3 1761 08166224 9

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 11. NUM. 130.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

OCTUBRE 1899

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

162646

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 11
no. 130-32

TIERRAS VIRGENES

(CONTINUACIÓN).

XXIII

Apuntaba ya la aurora en el cielo, cuando Solomine, después de haber recorrido alegremente sus cinco verstas, después de la comida de casa de Goluchkin, llamó á la puertecilla de la alta empalizada que cercaba la fábrica.

El obrero que estaba de guardia abrió en seguida, y, acompañado de tres enormes perros que agitaban sin cesar sus peludas colas, le condujo á su cuarto con solicitud respetuosa. Le causaba placer la vuelta del jefe.

—Llega usted de noche, señor Solomine. Aquí no le esperábamos hasta mañana.

—¡Bah! El paseo en este tiempo agrada por la noche.

Las relaciones que existían entre Solomine y sus obreros eran buenas, aunque un poco diferentes de lo ordinario. Los trabajadores le respetaban como á un superior y se conducían con él como con un compañero. Mas se le consideraba como hombre de energía en el desempeño de su cargo.—Lo que Basilio Fedotof afirma—solían decir—es sagrado: es un sabio capaz de confundir á todos los ingleses.

Referían, en efecto, los obreros que en cierta ocasión fué

un día á visitar la fábrica uno de aquellos, y sea porque Solomine había hablado con él en inglés, sea porque el visitante había sabido apreciar la extensión de sus conocimientos, es lo cierto que elogió muchas veces á Solomine, sin estar él delante y hasta le propuso, riendo, ir con él á Liverpool, diciendo después delante de los obreros, en ruso incorrecto:

—¡Es bueno! ¡Oh! ¡Muy bueno!

Esto hizo reir mucho á los operarios, quienes repetían con orgullo.

—¡Oh, nuestro jefe es cosa buena! ¡Es de los nuestros!...

Lo cierto es que era de ellos y que estaba con ellos.

Al día siguiente le despertó su amigo favorito Paul, quien, mientras le ayudaba á vestirse, le dió algunas noticias y le preguntó otras. Tomaron el té en un instante, y Solomine, poniéndose la chaqueta del trabajo, bajó á la fábrica y empezó á funcionar regularmente como la rueda de una máquina.

Pero le aguardaba una nueva detención en el trabajo.

A los cinco días de su regreso, Solomine vió entrar en el corral de la fábrica un elegente faetón tirado por cuatro soberbios caballos, y al punto un lacayo de librea, conducido por Paul, le entregó solemnemente una carta con sello blasonado de parte de S. E. el general Sipiaguin.

En esta carta, impregnada no de perfumes, pero sí de cierto olor inglés tan distinguido como desagradable, escrita en forma impersonal, pero de puño y letra del alto dignatario, el noble señor de la finca de Arjanoie, excusándose en primer término de dirigirse á una persona á quien no conocía personalmente, pero de la cual había oído hacer cumplidos elogios, se *tomaba la libertad* de invitar á que fuese á su casa Mr. Solomine, cuyos consejos podrían serle de gran utilidad á propósito de una importante empresa industrial; y en la esperanza de que Mr. Solomine tuviese la amabilidad de aceptar su invitación le enviaba un carruaje. En el caso, sin embargo, de que Mr. Solomine no pudiese ausentarse de la fábrica aquel mismo día, le suplicaba que le indicase otro cualquiera, según

su conveniencia, y entonces Sipiaguin le enviaría expresamente un coche. Seguían luego las fórmulas de ordenanza, adicionadas con un elegante párrafo digno de un ministro y absolutamente incomprensible—por sabido se calla,—para los no iniciados.

La carta terminaba con una posdata, esta vez en primera persona. «Espero que no rehusará usted venir á comer *sin ceremonia.*» Las palabras *sin ceremonia,* estaban subrayadas.

Al mismo tiempo que esta carta, el lacayo, no sin cierta vacilación, presentó á Solomine otro billete sin sello. Estaba escrito por Nejdanof, y no contenía más que estas palabras:

«Venga usted, se lo suplico, y podrá usted prestar un gran servicio, aunque no precisamente á Mr. Sipiaguin.»

Al acabar de leer la carta de Sipiaguin, Solomine dijo:

—¡Diablo! Me contrariaría ir de otro modo que sin ceremonia. Jamás he tenido frac. ¿Y por qué demontre he de ir yo allá abajo? Para perder el tiempo y nada más. Mas cuando abrió la carta de Nejdanof, se rascó la nuca, y, todo irresoluto, se acercó á la ventana.

—¿Qué respuesta se digna darme el señor?—le preguntó respetuosamente el lacayo.

Solomine permaneció un momento al lado de la ventana, y sacudiendo al cabo los cabellos y pasándose la mano por la frente, respondió:

—Voy. Espere usted á que mude de traje.

Salió el lacayo con aire digno. Solomine mandó llamar á Paul, y entró en la fábrica. Después de haberse puesto una levita negra bastante ancha, hecha por un sastre de poco pelo, y un sombrero cilíndrico de color de ala de mosca que le daba un aspecto poco distinguido, subió al faetón; pero acordándose de que no había cogido los guantes, llamó al indispensable Paul, que fué á buscar un par, de piel de gamo, recientemente lavados y con los dedos más estirados de lo conveniente.

Solomine se guardó los guantes en el bolsillo, y dijo que se podía ya partir. Inmediatamente el lacayo, con una energía

tan imprevista como inútil, saltó al pescante, el cochero lanzó un grito para animar á los caballos, y el coche emprendió su camino.

En tanto que Solomine caminaba hacia la casa de Sipiaguin, el hombre de Estado, sentado en el salón, con un folleto político á medio cortar sobre las rodillas, hablaba con su mujer acerca del joven fabricante. Le había escrito, decía, para proponerle que dejase la fábrica de hilado del comerciante de Moscú, y que se encargase de su fábrica, que iba de mal en peor, y que debía reorganizarse de pies á cabeza.

A Sipiaguin no se le pasaba por la imaginación que rehusase el joven venir á la finca, ni siquiera que lo aplazase para otro día, aunque en la carta se le dejase á su elección la fecha de su venida.

—Pero si la nuestra es una fábrica de papel, y la que ese joven dirige es de hilado—indicó Mad. Sipiaguin.

—Es igual, querida; allí, como aquí, hay máquinas..... y Solomine es un mecánico.

—Mas ¿quién sabe? Puede que sea especialista.

—En primer lugar, querida, en Rusia no hay especialistas. Además, ya te he dicho que es mecánico.

Mad. Sipiaguin se sonrió.

—Debes ser prudente, amigo mío; has tenido desgracia con los jóvenes; cuida de que no te suceda otra vez lo mismo.

—¿Te refieres á Nejdanof? Sin embargo, creo que he conseguido mi objeto. Como pasante de Kolia, nada hay que pedirle. Sin contar con que *non bis in idem*. Perdóname esta pedantería; eso quiere decir que la misma cosa no se repite.

—¿Esa es tu opinión? Pues yo creo, por el contrario, que todo se repite en el mundo, sobre todo lo que pertenece á la naturaleza de las cosas, y principalmente cuando se trata de jóvenes.....

—*¿Que voulez-vous dire?*—dijo Sipiaguin, dejando el folleto sobre la mesa.

—*¡Ouvrez les yeux, et vous verrez!*—respondió la esposa.

Cuando hablaban francés usaban el usted.

—¡Hum!—exclamó Sipiaguin.—¿Hablas del estudiantillo?

—Del señor estudiante, sí.

—¡Hum! ¿Es acaso porque guarda algo aquí dentro? (se tocó la frente con los dedos.) ¿Eh?

—Abre los ojos.

—Mariana, ¿eh?

—Te digo que abras los ojos.

Sipiaguin frunció las cejas.

—Bueno, ya pondremos esto en claro más tarde. He aquí ahora lo que quería decirte. Probablemente ese Solomine estará un poco cortado..... es natural..... la falta de costumbre. Habrá que estar amable con él para que no se corte más. No digo esto por tí. Tú eres una perla, y cuando quieres eres capaz de marear al mundo, en un abrir y cerrar de ojos. *J'eu sais quelque chose Madame.* Pero digo esto por los demás; por este, v. gr.

Señaló con el dedo un sombrero gris de última moda que estaba en un mueble; el sombrero pertenecía á Kallomeitsef, que había llegado á Arjanoie aquella mañana.

—Habla demasiado y desprecia absolutamente al pueblo, cosa que yo condeno. Noto también que, desde algún tiempo á esta parte, muestra cierta irritación, cierta tendencia agresiva.....

—¿Acaso sus negocios (Sipiaguin hizo un movimiento de cabeza, una indicación vaga, pero su mujer comprendió inmediatamente) marchan mal? ¿Eh?

—Abre los ojos, te lo repito.

Sipiaguin se enderezó.

—¡Eh!

Este ¡eh! fue pronunciado de modo muy diferente á los otros y mucho más bajo.

—¡Ah, ah! Entonces quizá podría llegar el caso que yo los abriese demasiado. Que se tomen precauciones.

—Esto es lo que debe hacerse. Respecto á tu nuevo joven,

descuida; si llega hoy, se tomarán todas las medidas necesarias.

Después se vió que todas eran inútiles. Solomine, ni se intimidó ni se cortó.

Cuando lo anunció el criado, Sipiaguin se levantó inmediatamente y gritó de modo que pudiera oírsele desde la antecámara.

—Hacedle entrar, no hay que repetirlo, hacedle entrar.

Después se encaminó á la puerta del salón y se detuvo en la entrada. Apenas hubo Solomine franqueado el dintel, cuando Sipiaguin le tendió las manos, y, moviendo la cabeza de derecha á izquierda con amable sonrisa, le dijo cariñosamente:

—¡Ah! Ha sido usted muy amable. No sabe usted lo que se lo agradezco.

E inmediatamente le condujo hasta Mad. Sipiaguin.

—He aquí á mi mujer— dijo apoyando suavemente la mano en la espalda de Solomine, como para aproximarle á su esposa.—Querida mía, el primer mecánico y el primer jefe de fábrica de este Gobierno, Basilio (vaciló) Fedoceitch Solomine.

Mad. Sipiaguin se incorporó ligeramente, levantó con gracia los párpados, sonrió primero al joven con expresión infantil y, como á un antiguo conocido, le alargó después su diminuta mano, la palma hacia arriba, el codo junto al cuerpo, la cabeza un poco inclinada del lado de la mano, como si pidiese una limosnita.

Solomine dejó á los dos esposos tiempo suficiente para estas ceremonias, estrechó la mano de uno y de otro y se sentó á la primera invitación.

Sipiaguin le preguntó solícitamente si quería tomar algo; pero el joven le respondió que no sentía necesidad de tomar nada, que no se sentía fatigado en lo más mínimo por el viaje, y que, por lo tanto, estaba á su disposición.

—¿Podría entonces súplicar á usted que visitase la fábrica?—preguntó Sipiaguin con el tono del que teme ser indis-

creto y que no se atreve á esperar tamaño favor por parte de su huésped.

—En seguida, si usted quiere—contestó Solomine.

—¡Es usted muy amable! ¿Quiere usted que enganchen un coche? ¿Prefiere usted ir á pie?

—Pero, si según mis noticias, la fábrica de usted está muy cerca de aquí.

—Media versta, todo lo más.

—Entonces, ¿para qué hacer que enganchen?

—¡Vamos, muy bien! Mi sombrero, mi bastón,... pronto... Tú, Valentina, ponte en movimiento. ¡Mi sombrero!

Sipiaguin se movía mucho más que su huésped. Todavía volvió á repetir.—¿Y mi sombrero?—Y él, un gran dignatario, echó á correr fuera como un escolar turbulento.

Mientras que su marido había hablado con Solomine, Madama Sipiaguin había mirado á hurtadillas, pero atentamente, á aquel nuevo joven.

Sentado tranquilamente en una butaca con las dos manos en las rodillas—no había hecho uso de los guantes,—Solomine contemplaba tranquilamente, pero con curiosidad, los muebles y los cuadros.

—¿Qué quiere decir esto?—pensaba Mad. Sipiaguin,—es un plebeyo, un verdadero plebeyo, y, sin embargo, qué natural es.

En efecto, Solomine estaba con la mayor naturalidad del mundo, no como las personas que se esfuerzan en parecer naturales, sino como el hombre cuyos pensamientes son poco complicados, pero fuertes.

Madama Sipiaguin quiso entablar conversación; pero notó que le costaba algún trabajo encontrar qué decir.

«¡Ah!—pensó—¿Acaso me impone este obrero de fábrica?»

—Mi marido—rompió al fin—os está muy obligado por el tiempo precioso que le sacrificais.

—Mi tiempo no es muy precioso, y además yo no he venido más que por un momento.

«*Voilà où l'ours a montrè sa patte*»—pensó la señora, en francés.

En este momento el marido apareció en la puerta que había quedado abierta, con el sombrero puesto y el bastón en la mano.

Volviéndose un poco, dijo:

—Basilio Fedoceitch, estoy á las órdenes de usted.

Solomine se levantó, saludó á la señora y siguió á Sipiaguin.

—Por aquí, sígame usted por aquí—repetía Sipiaguin como si se encontrase en un bosque virgen, teniendo Solomine necesidad de un guía.

—Fíjese usted, hay dos caminos, Basilio Fedoceitch.

—Puesto que usted quiere llamarme por mis pronombres —dijo Solomine sin apresurarse—yo no me llamo Fedoceitch, sino Fedotich.

Sipiaguin le miró por encima del hombro, con cierta desagradable sorpresa.

—¡Ah! Le pido á usted perdón, Basilio Fedotich.

—Eso no vale la pena.

En esto salía de la casa y encontraron á Kallomeitsef.

—¿Dónde va usted así?—preguntó Sipiaguin, mirando de reojo á Solomine...—¿A la fábrica? *C'est l'individu en question.*

Sipiaguin abrió los ojos y movió ligeramente la cabeza como recomendando prudencia.

—Sí; á la fábrica á mostrar mis pecados y mis miserias á este señor mecánico. Permítame usted que le presente á usted al Sr. Kallomeitsef, un propietario vecino nuestro, Sr. Solomine.

Kallomeitsef hizo uno ó dos movimientos de cabeza casi imperceptibles, sin volverse siquiera hacia Solomine. Este, por el contrario, miró fijamente á Kallomeitsef, y algo extraño pasó por sus ojos medio entornados.

—¿Puedo acompañar á usted?—preguntó Kallomeitsef.—Usted sabe que me gusta instruirme.

—Como usted guste.

Salieron al camino. Apenas habían andado veinte pasos vieron al clérigo de la parroquia que, con la sotana remangada, volvía al presbiterio. Kollomeitsef se separó del grupo, marchó con paso rápido y firme hacia el cura, que no esperaba tal cosa, y que se sintió un poco intimidado; le pidió la mano y estampó en aquella mano roja y cubierta de sudor un sonoro beso, volviéndose luego hacia Solomine con aire provocador. Evidentemente le preocupaba el recién venido, y quiso dar una lección á aquel palurdo que por tan sabio se tenía.

—¿Es esa una manifestación, mi querido amigo?—le dijo Sipiaguin entre dientes.

—Sí, amigo mío, una manifestación necesaria en los tiempos que corren.

Cuando llegaron á la fábrica fueron recibidos por un *Pequeño Ruso* de gran barba y dientes postizos que había reemplazado al intendente alemán, definitivamente expulsado por Sipiaguin. Aquel hombre no estaba allí más que provisionalmente. Parecía incapaz, y se limitaba á decir fuera de propósito: *He aquí ó si Dios quiere*, y suspiraba á cada instante.

Inmediatamente se comenzó la inspección de la fábrica. Muchos obreros conocían á Solomine de vista y le saludaban. A uno de ellos le dijo: «Buenos días, Gregorio, ¿tú por aquí?»

No tardó en convencerse de que el negocio estaba mal dirigido. Se había derramado el dinero á manos llenas, pero sin resultado. Las máquinas eran de pésima calidad, y mientras que faltaban muchas cosas necesarias, sobraban las inútiles y superfluas.

Sipiaguin no cesaba de mirar los ojos de Solomine, á fin de adivinar su opinión, haciéndole al mismo tiempo tímidas preguntas, por lo menos que le dijese si conocía que había allí bastaute orden.

—Sí; el orden no falta; pero ¿y los resultados?... Dudo que los haya.

—Sipiaguin y el mismo Kallomaitsef comprendían que el joven se encontraba en la fábrica como en su propia casa; que todo le era familiar y conocido hasta en sus menores detalles. Ponía la mano sobre una máquina, como el jinete pone la suya en el cuello de su caballo; tocaba una rueda con la punta de un dedo, y la rueda se paraba ó echaba á andar; tomaba del depósito y extendía en la palma de la mano un poco de la pasta con que se hacía el papel, y aquella pasta mostraba en seguida todos sus defectos.

Apenas hablaba, y ni miraba siquiera al mayordomo. Sin pronunciar una palabra, salió de la fábrica. Sipiaguin y Kallomeitsef le siguieron.

Sipiaguin no permitió que nadie le acompañase. Hasta llegó á dar con el pie en el suelo y apretó los dientes. Mostrábase desconfiado.

—Le conozco en la cara—dijo dirigiéndose al joven—que no le ha agradado á usted mucho la fábrica, y bien se me alcanza que está en malísimas condiciones; pero dígame usted sinceramente, se lo suplico á usted, sin ceremonia... ¿Cuáles son sus principales defectos? ¿Qué convendrá hacer para corregirlos?

—La fabricación del papel no es de mi cuerda—respondió Solomine.—Lo único que puedo decir á usted, es que las empresas industriales no son cosa propia de los aristócratas.

—¿Considera usted estas ocupaciones como humillantes para la aristocracia?—preguntó Kallomeitsef.

—¡Oh, no; de ninguna manera! ¿Qué hay de humillante ahí dentro? Por lo demás, aunque hubiese algo de eso, no es precisamente la razón á que yo me refería.

—¡Eh! ¡Cómo!

—Quiero decir sencillamente—continuó Solomine con tono pacífico—que los nobles no están habituados á ese género de ocupación. Para acometerlas con fruto es menester un espíritu comercial, montarlo todo sobre ciertas bases... y tener además constancia y paciencia. Los nobles no entran en estas

consideraciones. Como esto se ve todos los días. Establecen fábricas de telas, de papel, de hilados, y al fin y á la postre, ¿en qué manos vienen á caer todas estas fábricas? En las manos de los mercaderes. Es una lástima, porque los comerciantes son unas verdaderas sanguijuelas. Pero la cosa no tiene remedio.

—¿De modo que, según la opinión de usted—dijo Kallomeitsef—nosotros, los nobles, no podemos comprender las cuestiones mercantiles?

—¡Oh! ¡Todo lo contrario! Los nobles son maestros en... cierto género de mercantilismo. Solicitar y obtener concesiones de caminos de hierro, organizar Bancos, obtener monopolios; en todo esto y en lo que se le parece, nadie aventaja á los nobles. De esta manera saben formar grandes capitales. A esto es á lo que yo me refería cuando usted se ha tomado el trabajo de incomodarse.

—Hablo de las empresas industriales de importancia y que funcionan regularmente, porque establecer tiendas de licores, casas de cambio al detall, prestar trigo ó dinero á los campesinos al interés de 100 ó 150 por 100, como hacen actualmente muchos nobles, todo esto, según mi opinión, no son verdaderas operaciones mercantiles en el recto sentido de la palabra.

Kallomeitsef no respondió. Pertenecía precisamente á esa raza de propietarios usureros de los que Markelof había hablado en su última entrevista con Nejdanof; y por cierto que era de los más inhumanos en sus exigencias, nunca hechas directamente y por sí mismo á los campesinos (á los cuales estaba, naturalmente, prohibida la entrada en el perfumado gabinete del señor). Kallomeitsef hacía sus operaciones por medio de un agente.

Al escuchar el discurso que Solomine dejaba caer lentamente de sus labios y como con indiferencia, Kallomeitsef se recomía interiormente... Mas por esta vez nada dijo, ni tan sólo el movimiento de los músculos de sus mejillas, producido

por la presión convulsa de sus mandíbulas, dejaba adivinar lo que le pasaba.

—Sin embargo, permítame usted, permítame usted, señor Solomine—replicó Sipiaguin;—todo eso que usted dice era completamente exacto en los tiempos pasados, cuando disfrutaban los nobles de derechos diferentes, cuando se encontraban... en general... en otra situación. Mas ahora, después de todas las bienhechoras reformas que se han realizado en nuestra época industrial, ¿por qué los nobles no habrán de poder consagrar su atención, su capacidad hacia esas grandes empresas industriales? ¿No serían capaces de comprender y entender lo que entiende un simple comerciante sin instrucción? Justo es convenir en que no carecen de desarrollo intelectual, y no es aventurado afirmar, con una certidumbre absoluta, que son, hasta cierto punto, los representantes de la civilización y del progreso.

Sipiaguin hablaba muy bien. Su elocuencia hubiese alcanzado, de seguro, un triunfo en cualquier parte, en San Pertersburgo, en una sección del Ministerio, quizás en esferas aun más elevadas; pero no produjo la más ligera impresión en Solomine.

—Los nobles no pueden manejar estas cosas—volvió á repetir.

—Pero ¿por qué? ¿por qué?—dijo casi á gritos Kallomeitsef.

—Porque los nobles son verdaderos empleados de los *tchinovniks*.

—¿De los *tchtnovniks?*

Kallomeitsef se sonrió cáusticamente.

—Probablemente usted, señor Solomine, no se ha dado cuenta de lo que ha querido decir.

Solomine continuó sonriéndose.

—¿Por qué supone usted eso, señor Kolomentsof?

Kallomeitsef casi dió un salto al oir que se mutilaba su nombre.

—Puede usted estar seguro de que yo me doy siempre cuenta de lo que digo.

—Entonces explique usted lo que entiende por esa frase.

—Pues bien, según mi punto de vista, *tchinovniks* es y ha sido siempre todo extranjero, todo intruso, y actualmente los nobles se han convertido en extranjeros y en intrusos.

Kallomeitsef se echó á reir.

—Perdóneme usted, querido señor, mas no comprendo nada de lo que está usted diciendo.

—Tanto peor para usted. Haga usted un esfuerzo y acaso pueda comprender.

—¡Señor!...

—Señores, señores—se apresuró á decir Sipiaguin como buscando con la vista á alguien á quien no encontraba.—Yo le suplico, señor Kallomeitsef, que se calme. La comida debe de estar preparada ó poco ha de faltar. Síganme ustedes, señores, os lo suplico.

Cinco minutos después, Kallomeitsef entraba como una bomba en el gabinete de Mad. Sipiaguin, gritando:

—Valentina Mikhailovna, ¡si usted supiera lo que ha hecho su marido! Primero trajo á su casa un nihilista y ahora viene con otro. Y éste es todavía peor que el primero.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Ah! Enuncia sabe Dios qué opiniones, y además fíjese usted bien en esto: ha estado hablando durante una hora con su marido de usted y no le ha dado ni una sola vez el tratamiento de Excelencia ¡Habrase visto, el vagabundo!

XXIV

Antes de la comida, Sipiaguin llamó á su mujer al gabinete. Tenía necesidad de hablar con ella frente á frente.

Le dió cuenta de la triste situación de la fábrica, añadien-

do que Solomine le parecía un hombre inteligente, aunque un poco susceptible, por lo que era necesario guardar con él *cuidadosas atenciones*.

—¡Oh! Si le pudiese atraer, ¡qué buen asunto sería!—dijo por dos veces.

Sipiaguin se mostraba disgustado de la presentación de Kallomeitsef.

—¡Diablo de hombre! Por todas partes ve nihilistas, y no piensa en otra cosa que en el medio de exterminarlos. Bueno que los extermine en su casa..... No sabe contener la lengua.

Mad. Sipiaguin indicó que el nuevo visitante no parecía tener necesidad de *cuidadosas atenciones*, y hasta que no ponía atención en ellas; no porque fuese grosero, sino porque era indiferente á todo, cosa á la verdad extraña en un hombre de su clase.

—No importa, está con él lo mejor que puedas, te lo suplico — le dijo Sipiaguin.

Mad. Sipiaguin prometió hacerlo así, y tenía palabra.

Primeramente tuvo una entrevista con Kallomeitsef. No se supo lo que le dijo; pero es lo cierto que éste fue á sentarse á la mesa con el aspecto de un hombre que se ha jurado á sí mismo tener calma y discreción, tal como él lo entendía.

Esta resignación anticipada daba á todo su ser un ligero tinte de melancolía; pero también ¡cuánta dignidad, cuánta, había en todos sus movimentos!...

Mad. Sipiaguin presentó á Salomine á todas las personas de la casa (el joven se fijó en Mariana más que en las demás personas), y le hizo sentar á su derecha. Kallomeitsef estaba á su izquierda, el cual, desdoblando la servilleta y guiñando los ojos, se sonrió como diciendo:

—Vamos, señores, representemos la comedia.

Sipiaguin se había sentado enfrente, y le seguía con la vista, no sin algún temor.

A consecuencia de la nueva distribución de los asientos,

Nejdanof no estaba al lado de Mariana: se le había colocado entre Sipiaguin y Ana Zakharovna.

Mariana encontró su tarjeta (era una comida de ceremonia) sobre su servilleta, entre Kallomeitsef y Kolia.

La comida estuvo admirablemente servida. Delante de cada cubierto había una lista del *menú*, escrita sobre una hoja de color.

Después de la sopa, Sipiaguin hizo recaer la conversación sobre su fábrica, y en general sobre la producción industrial en Rusia; Solomine, siguiendo su costumbre, respondía lacónicamente. Desde que comenzó á hablar, Mariana fijó en él sus ojos. Kallomeitsef, sentado al lado de la joven, le dijo algunas galanterías (para evitar así, según lo había prometido, entrar en polémica); pero Mariana no le escuchaba. Hay que advertir que Kallomeitsef le dedicaba sus cumplimientos sin convicción, por pura cortesía, y haciéndose cargo de que entre la joven y él había un abismo imposible de salvar.

En cuanto á Nejdanof, alguna cosa peor se había interpuesto entre él y el dueño de la casa, quien le consideraba como un simple mueble ó como un espacio vacío. Positivamente Sipiaguin se había olvidado hasta de la existencia del joven. Esta nueva situación surgía tan pronto y tan completamante, que Nejdanof, habiendo pronunciado algunas palabras durante la comida, respondiendo á una pregunta de Ana, Sipiaguin volvió la cabeza con asombro, como si se hubiese preguntado de dónde provenía aquel ruído.

Evidentemente Sipiaguin poseía algunas de las principales cualidades que adornan á nuestros altos dignatarios rusos.

Después del pescado, Valentina, que prodigaba todos sus cuidados y seducciones al lado derecho, es decir, á Solomine, dijo en inglés á su marido:

—Nuestro huésped no bebe vino; puede que desee tomar cerveza.

Sipiaguin se apresuró á pedirla.

Solomine, volviéndose tranquilamente á Valentina, le dijo:

—Señora, probablemente ignorará usted que he pasado dos años en Inglaterra, y que entiendo y hablo el inglés. Se lo digo á usted por si acaso deseaba decir algo en secreto delante de mí.

Valentina se apresuró á asegurar, riendo, que tal precaución era inútil, porque respecto de él no había advertido más que cosas favorables. En el fondo encontraba esta salida de Solomine un poco extraña, pero delicada á su manera.

Kallomeitsef no pudo contenerse por más tiempo.

—Usted ha estado en Inglaterra, comenzó á decir, y conoce usted probablemente las costumbres de aquel país. Permítame que le pregunte si cree que merecen ser imitadas.

—En parte, sí; en parte, no.

—Eso es lacónico, poco claro,—respondió Kallomeitsef, evitando ver los signos que le hacía Sipiaguin.—Mas, ya que ha hablado usted de los nobles ha debido usted tener ocasión de haber estudiado sobre el terreno lo que los ingleses llaman *Landed gentry* (1).

—No, no tuve ocasión; he vivido en otra esfera; pero sí tengo opinión acerca de esos señores.

—¡Ah! está bien. ¿Y usted piensa que la existencia de algo parecido á ese *Landed gentry* sea imposible entre nosotros, y que en todo caso no sería de desear el que existiese?

—Creo, en efecto, en primer lugar, que es imposible; en segundo, que no debe desearse.

—¿Y por qué, mi querido señor Solomine?

Este *querido señor* tenía por objeto tranquilizar á Sipiaguin, que se mostraba inquieto y que se agitaba en su asiento.

—Precisamente porque de aquí á treinta años vuestro *landed gentry* habría desaparecido por completo.

—Permítame usted, mi querido señor — repitió Kallomeitsef—que le pregunte qué es lo que le hace creerlo así.

---

(1) Propietarios de la aristocracia inglesa que viven en las provincias.

—Se lo diré á usted: en esta época la tierra pertenecerá á los propietarios, sin distinción de origen.

—¿A los comerciantes?

—La mayor parte á los comerciantes; es, cuando menos, lo probable.

—¿Y de qué modo se hará eso?

—Porque los comerciantes comprarán la tierra sencillamente.

—¿A los nobles?

—A los señores nobles.

Kallomeitsef se sonrió con aire de condescendencia.

—Si mal no recuerdo, decía usted la misma cosa á propósito de las fábricas y de los establecimientos industriales. Y, sin embargo, habla usted de todo el suelo.

—Y, sin embargo, hablo de todo el suelo.

—Y, según supongo, á usted le complacería mucho ese resultado.

—De ninguna manera; ya lo he dicho; el pueblo no será tampoco feliz.

Kallomeitsef levantó suavemente la mano.....

—¡Qué solicitud por el pueblo!.....

—Señor Solomine—gritó Sipiaguin—¡Ya está aquí la cerveza!..... ¡Veamos, Simeón!—añadió á media voz. Mas Kallomeitsef ya no se contenía.

—Según advierto—dijo dirigiéndose de nuevo á Solomine—no tiene usted de los comerciantes una opinión muy favorable; y, sin embargo, por su origen pertenecen al pueblo.

—Es verdad.

—Me había parecido que todo lo que pertenecía al pueblo, de cerca ó de lejos, lo creía usted perfecto.

—¡Oh! no señor. Está usted en un error al pensar eso. Nuestro pueblo es acreedor á censuras, en muchas cosas, aunque no siempre sea culpable. Nuestros comerciantes, hasta ahora, son hombres de rapiña y arreglan sus propios negocios

con hombres también de rapiña. ¿Qué hacer? ¡El que es desollado desuella á su vez! ¡En cuanto al pueblo!.....

—¿En cuanto al pueblo?—repitió Kallomeitsef con voz aflautada.

—Es un gran dormido.

—¿Y usted desea despertarle?

—No sería malo.....

—¡Ah! ¡Oh!..... ¡Esto es lo que os hace falta!

—Permitan ustedes, permitan ustedes; — dijo Sipiaguin con tono imperativo, comprendiendo que había llegado el momento de poner una barrera, y la puso.

Apoyado el codo del brazo derecho en la mesa y agitando en el aire á derecha é izquierda la mano de ese mismo brazo, pronunció un discurso largo y detallado. De una parte alababa á los conservadores, de otra, aprobaba la conducta de los liberales, mostrando cierta preferencia hacia estos últimos, de los cuales se declaró partidario; ensalzó al pueblo, pero no sin indicar sus puntos flacos; expresó su entera confianza en el Gobierno, pero se preguntó inmediatamente si todos los subordinados se conformarían con las paternales intenciones de él. Proclamó la utilidad y la importancia de la literatura, mas haciendo notar que moderación absoluta era la condición *sine qua non* de su existencia. Dirigió sus miradas al occidente; al pronto se regocijó; después manifestó sus dudas; miró al oriente y tuvo al pronto una impresión de tranquilidad que se trocó en una exclamación de esperanza. Finalmente propuso un brindis á la triple alianza de la religión, de la agricultura y de la industria.

—Bajo la éjida del poder,—añadió Kallomeitsef, con tono severo.

—Bajo la éjida de un poder sabio y benévolo,—replicó Sipiaguin.

Los convidados bebieron en silencio. El espacio vacío situado á la izquierda del orador, Nejdanof, en otros términos, emitió, es verdad, una palabra de desaprobación; mas no ha-

biendo llamado la atención de nadie, volvió á quedare silencioso, y la comida terminó felizmente sin que ninguna nueva discusión viniese á turbarla.

Valentina, con su más encantadora sonrisa, ofreció á Solomine una taza de café. El joven no la aceptó, y ya buscaba con los ojos su sombrero, cuando Sipiaguin, cogiéndole cariñosamente del brazo, le hizo entrar en su gabinete y le ofreció primeramente un excelente cigarro, y después le propuso que se encargara de su fábrica en las condiciones más ventajosas.

—Usted será el jefe absoluto, señor Solomine, el jefe absoluto.

Solomine aceptó el cigarro, pero rehusó la proposición, sin que le hiceran ceder las lisonjeras promesas da Sipiaguin.

—Al menos no me diga usted rotundamente: ¡no!, querido señor Solomine; dígame usted siquiera que lo pensará hasta mañana.

—Sería lo mismo, porque no he de aceptar.

—¡Hasta mañana! Se lo suplico á usted. ¿Qué trabajo le cuesta aceptar tan corto plazo?

Solomine se vió obligado á convenir en que, en efecto, nada le costaba dilatar la contestación hasta el día siguiente... Inmediatamente salió del gabinete á buscar su sombrero; pero Nejdanof, que hasta aquel momento no había tenido ocasión de cambiar con él ni una palabra, se acercó á él y le dijo con viveza:

—No se vaya usted, se lo suplico: tenemos que hablar.

Solomine dejó el sombrero, y Sipiaguin, en aquel momento, viéndole vagar por el salón con aire irresoluto, le dijo:

—Pasa usted la noche en casa, ¿no es así? No hay que preguntarlo.

—A las órdenes de usted—respondió Solomine.

Mariana, que estaba cerca de una ventana, le dirigió una mirada tan reconocida, que el joven se quedó pensativo.

XXV

Antes de ver á Solomine, Mariana se lo había figurado muy de otra manera. A la primera ojeada no le pareció muy distinto de los demás hombres, lo mismo que cuando vió al primero recién venido. Sin duda que había visto, en su vida, muchos como aquél: rubios, delgados y musculosos.

Pero á medida que le miraba, y que escuchaba sus discursos, sentía que se agrandaba su confianza; confianza y no otra cosa era lo que Solomine le inspiraba. Aquel hombre, de aspecto tranquilo, nada solapado, aunque algo tosco, no era, de seguro, ni embustero ni jactancioso; podía servir de sostén á quien se apoyase en él como en un muro de piedra. Seguramente que no era capaz de hacer traición; es más: era de los que os saben comprender y sostener. Mariana acabó por estar convencida de que Solomine debía causar la misma impresión que en ella en todos los que estaban presentes.

No daba gran importancia á cuanto había dicho.

La conversación á propósito de las fábricas y de los comerciantes apenas si le había interesado; pero le agradaban sobremanera las palabras con que se expresaba y la mirada y la sonrisa con que las acompañaba.

Era un hombre veraz... he aquí lo que importaba á la joven y lo que la impresionaba.

Es cierto, aunque difícil de explicar, que los rusos son lo más embusteros del mundo, y, sin embargo, nada estiman ni veneran tanto como la verdad.

Además, para Mariana, Solomine tenía otra especie de aureola... era de los que Basilio Nicholaievitch recomendaba á sus correligionarios.

Durante la comida. Mariana cambió, á propósito de estos pensamientos, varias miradas con Nejdanof, y cuando hubo

terminado se asombró al establecer entre ambos jóvenes uua comparación en que no salía fovoredido Nejdanof.

Nejdanof, es verdad, tenía las facciones mucho más finas y agradables, pero su semblante expresaba una mezcla de sentimientos inquietos: despecho, turbación, impaciencia... y hasta cierto abatimiento; parecía que estaba sentado sobre alfileres; trataba de hablar y se callaba bruscamente; su sonrisa resultaba forzada.

Solomine, por el contrario, aunque parecía que se aburría un poco, estaba en la de Sipiaguin como en su propia casa.

Al verle se comprendía que la manera de ser de este hombre era absolutamente independiente de la de otros.

—De seguro, si le pido consejo—pensaba Mariana—me dirá algo que sea útil.

Ella fue quien ha hecho que Nejdanof le hablase después de la comida.

La velada pasó sin gran animación. Por fortuna se había acabado de comer bastante tarde, y la noche no tardó en llegar. Kallomeitsef estaba ceñudo y se callaba.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Mad. Sipiaguin con acento de lástima.—Amigo mío, ¿se le ha perdido á usted algo?

—Precisamente—respondió Kallomeitsef.—Se cuenta que uno de los generales de la Guardia se quejaba de que sus soldados hubiesen perdido la disciplina. «Que se me busque esa disciplina, gritaba» Yo á mi vez digo: «Que se me busque el *dignaos ordenar, señor.*» El *señor* ha desaparecido y con él todo respeto y toda subordinación.

Mad. Sipiaguin le declaró que ella no le ayudaría á buscarlo.

Envalentonado con el éxito de su *speek* de la comida, Sipiaguin pronunció otros dos discursos, extendiéndose en consideraciones sobre ciertas medidas indispensables; hasta llegó á pronunciar frases que tenía preparadas especialmente para San Petersburgo. Hasta repitió una de estas palabras prece-

didas de la fórmula, «si se me permite hablar así». Fue á propósito de uno de los ministros que por entonces ocupaban el poder; le trató de espíritu inconstante y vano, siempre inclinado hacia lo ilusorio y quimérico. Por otra parte, Sipiaguin, no olvidándose de que tenía un negocio pendiente con un ruso, con un hombre del pueblo, tuvo buen cuidado de emplear ciertas expresiones destinadas á probar que él era un verdadero ruso, lo que se llama un verdadero ruso, para el cual son familiares los arcanos todos de la vida de su pueblo.

Así es que cuando Kallomeitsef indicó que la lluvia podía echar á perder el heno, Sipiaguin le respondió al punto con la frase vulgar: «Si el heno es negro, la espiga de trigo será blanca.» Asimismo citó una porción de proverbios, tales como los siguientes: «La mercancía sin el comerciante es como una huérfana.» «Mide la tela diez veces antes de cortarla una sola.» «Cuando el trigo abunda no faltan los celemines.» «Cuando por San Jorge los álamos ostenten hojas anchas como monedas, puedes estar seguro de que meterás tu trigo en el granero cuando llegue la fiesta de Nuestra Señora de Kayan.» Se presentó también ocasión de equivocarse y de decir, por ejemplo (confundiendo dos proverbios), que «la nutrición queda en su jaula,» ó bien que «el oro de la jaula nutre al pájaro.»

Pero las gentes, enmedio de las que estas cosas ocurrían, no sospechaban siquiera que se había equivocado el ruso de pura sangre; además, gracias al príncipe Kovrijkine, estaba acostumbrada á semejantes trastrueques. En cuanto á Sipiaguin, pronunciaba sus sentencias y sus adagios con una voz especial, fuerte y un tanto gruesa, con una voz verdaderamente rústica. Estas sentencias, lanzadas en San Petersburgo en tiempo y lugar oportuno, eran causa de que las más altas y poderosas señoras exclamasen: «¡Qué bien conoce las costumbres de nuestro pueblo!» Y los altos y poderosos dignatarios añadirían: «Las costumbres y las necesidades.»

Valentina no cesaba de girar en torno de Solomine; pero

el ningún resultado de sus tentativas la descorazonaba hasta el punto de que una vez, al pasar al lado de Kallomeitsef, no se pudo contener y dijo á media voz:

—¡Dios mío, qué fatigada estoy!

A lo cual el otro respondió con sonrisa irónica:

—¡Tú lo has querido, fraile Mostén!....

En fin, después de la recrudescencia de frases amables y cumplimientos que ordinariamente preceden al instante de la separación, cuando la gente se ha fastidiado; después de los apretones de manos, las sonrisas y atenciones amistosas de ordenanza, los visitantes y sus huéspedes, tan fatigados los unos como los otros, se separaron.

Solomine, á quien se le había instalado en una de las mejores habitaciones, si no la mejor del segundo piso, con tocador á la inglesa y sala de baño, encontró allí á Nejdanof.

El joven comenzó por dar á Solomine calurosamente las gracias por haber consentido en quedarse.

—Ya sé—le dijo—que es un sacrificio para usted.

—De ningún modo—le respondió Solomine con su habitual tranquilidad.—¿Dónde está el sacrificio? Además, no podía rehusar la petición que usted me hacía.

—¿Por qué?

—Porque tengo simpatía hacia usted. Esa es la razón.

Nejdanof se mostró más bien gozoso que sorprendido. Solomine le apretó la mano: después se montó á caballo en una silla, encendió un cigarro, y con los brazos apoyados en el respaldo, dijo:

—Veamos. ¿De qué se trata?

Nejdanof montó también sobre una silla, pero no encendió ningún cigarro.

—¿De qué se trata? Se trata de que quiero huir de esta casa.

—¿Quiere usted dejar esta casa.....? ¡Pues, andando, y á la gracia de Dios!

—No; dejarla, no..... huir.

—¿Se le sujeta á usted aquí entonces? Por casualidad, ¿ha tomado usted dinero adelantado.....? En ese caso, dígamelo usted..... Yo tendré un placer.....

—No me comprende usted, querido Solomine..... He dicho huir y no partir..... porque yo no me voy solo.

Solomine levantó la cabeza.

—Entonces, ¿con quién?

—Con cierta joven que ha visto usted hoy aquí.

—¡Ah, sí, es bella! Según eso, ¿se aman ustedes? ¿O es que han convenido en dejar juntos una casa en que no se encuentran bien?

—Nos amamos.

—¡Ah!

Solomine reflexionó un instante.

—¿Es pariente de los dueños de la casa?

—Sí; pero participa de nuestras ideas, y está dispuesta á todo.

—¿Y usted, Nejdanof, está dispuesto?

Nejdanof frunció ligeramente las cejas.

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? Usted me verá en la obra.

—No dudo de usted, Nejdanof; si le he hecho á usted esta pregunta, es porque, á excepción de usted, me parece que nadie está dispuesto.

—¿Y Markelof?

—Sí, es verdad. Markelof, sí; pero ese, á lo que yo pienso, ha nacido dispuesto á todo.

Al llegar aquí la conversación, alguien dió en la puerta dos golpes tenues y discretos. Sin esperar respuesta se abrió aquella, y entró Mariana, que se dirigió á Solomine.

—Estoy segura—dijo—de que no se sorprende usted de verme aquí á estas horas. Seguramente que ya le han dicho á usted..... (Señaló á Nejdanof.) Deme usted la mano, y sepa que es una joven honrada la que le está hablando.

—Sí, lo sé—respondió Solomine con tono grave.

Al entrar Mariana, se levantó de la silla.

—La estuve á usted mirando durante la comida, y me decía: «¡Qué ojos tan de mujer honrada tiene esta señorita!» Nejdanof me ha hablado, en efecto, del proyecto de ustedes. Pero dígame usted claramente, ¿por qué quieren huir?

—¿Por qué? La obra que yo tanto amo..... No se sorprenda usted, Nejdanof no me ha ocultado..... Esa obra comenzará dentro de algunos días..... y habré de estar en esta casa de señores, en la cual todo es mentira y falsedad. ¡Los seres á quienes amo van á correr quién sabe qué peligros, mientras que yo.....!

Solomine le interrumpió con un ademán.

—No se agite usted. Siéntese; yo voy á sentarme también. Usted también, Nejdanof..... Escúchenme ustedes. Si no existe otro motivo más que ese, no vale la pena de partir todavía. La obra comenzará más tarde de lo que ustedes piensan. No estorbará un poco de prudencia. No hay necesidad, créanme, de precipitarse hacia adelante con la cabeza baja.

Mariana se sentó, envolviéndose al mismo tiempo en un gran mantón que llevaba sobre los hombros.

—Pero yo no puedo permanecer aquí más tiempo; todo el mundo me insulta. ¿Hoy mismo, esa loca de Ana, no me ha dicho delante de Kolia, aludiendo á mi padre, que la manzana cae siempre cerca del manzano? Asombrado Kolia le ha preguntado qué era lo que quería decir. En cuanto á Mad. Sipiaguin no digo nada.....

Solomine la interrumpió de nuevo; esta vez sonriéndose. Mariana comprendió que se burlaba un poco de ella; pero la sonrisa de Solomine era de las que á nadie mortifican.

—¿Qué es lo que le molesta á usted, señorita? Ni conozco á Ana, ni tengo noticia de ese manzano de quien acaba usted de hablar. Pero, vamos á ver: una mujer tonta le dice á usted una tontería; ¿y no es usted capaz de soportarla? Entonces, ¿cómo se va usted á componer para vivir en el mundo? Todo él está invadido por los tontos. No: esa razón no me convence. ¿Tiene usted otras?

—Yo tengo la convicción—intervino Nejdanof con voz sorda—de que un día ú otro me va á despedir Mr. Sipiaguin. ¡Algo le han dicho, porque me trata del modo más despreciativo!...

Solomine se volvió hacia Nejdanof.

—Entonces, ¿por qué huir, si está usted seguro que no se le ha de detener?

Nejdanof se quedó un momento como desconcertado.

—Ya le he explicado á usted—comenzó á decir.

—Ha hablado de huir—le interrumpió Mariana—porque yo parto con él.

Solomine la miró, y moviendo bondadosamente la cabeza dijo:

—Sí, perfectamente, querida señorita; pero, se lo repito á ustedes; si verdaderamente quieren dejar esta casa, porque creen que la revolución va á estallar...

—Precisamente—dijo Mariana atajándole.

—En ese caso—repuso Solomine,—pueden ustedes permanecer en ella durante mucho tiempo. Pero si tratan de huir porque se aman y aquí no hay medio de unirse... en ese caso...

—¿En ese caso...?

—No me resta otra cosa que decir á ustedes, según la antigua costumbre, «amor y concordia», y ayudarles en la medida de mis fuerzas, si es necesario y posible. Porque la verdad es que desde el primer momento, á usted señorita y á él les he tomado un cariño como de hermano.

Mariana y Nejdanof se acercaron á él por un mismo impulso, y le cogieron cada uno de una mano.

—Díganos usted solamente lo que es preciso hacer—exclamó Mariana.—La revolución está lejos aún... ¡bueno! Pero indíquenos usted cuáles son los caminos, los preparativos necesarios imposibles en esta casa y en estas condiciones, pero que nosotros haríamos de tan buena gana juntos! Díganos usted solamente á dónde es menester ir... Enviénos usted. Nos envirá, ¿no es verdad?

—¿Y á dónde?

—Enmedio del pueblo.

—En el bosque—pensó Nejdanof, recordando las palabras de Paklin.

Solomine miró atentamente á Mariana.

—¿Usted quiere conocer al pueblo?

—Sí, es decir, no solamente conocerle, sino también tratar... trabajar por él.

—¡Está bien! Prometo á usted que lo conocerá. Yo le daré á usted el medio de obrar, de trabajar por él. Y usted, Nejdanof, ¿tiene el propósito de consagrarse á ella y al pueblo?

—¡Sin ninguna vacilación!—respondió Nejdanof con viveza.—¡Djaggernat!—pensó acordándose de nuevo de las palabras de Paklin.—He aquí el enorme carro que avanza... Oigo ya el rechinar y el estrépito de sus ruedas.

—Está bien—repitió Solomine con aire pensativo.—¿Cuándo tenían ustedes intención de huir?

—Mañana, si á usted le parece.

—Bueno, ¿y á dónde?

—¡Chist! Hablen ustedes bajo—murmuró Nejdanof.—Andan en el corredor.

Los tres se callaron durante unos momentos.

—¿En dónde tienen ustedes intención de refugiarse?—continuó Solomine bajando la voz.

—Nada hemos pensado—respondió Mariana.

Solomine miró á Nejdanof que hizo un signo negativo.

Solomine extendió el brazo y despabiló cuidadosamente la luz; después dijo:

—Escuchen ustedes, amigos míos, vénganse á mi fábrica. No es cosa muy divertida, pero estarán seguros. Les ocultaré, precisamente tengo una habitación. Nadie irá allí á buscarlos. Id y estaréis en salvo. Acaso dirán ustedes que en una fábrica hay demasiada gente. Precisamente eso es lo que conviene. Donde hay mucha gente es donde más fácilmente puede uno ocultarse. ¿Está decidido?

—No resta más que le demos á usted las gracias—respondió Nejdanof.

Y Mariana, que al oir lo de la fábrica se había asustado un poco, añadió con viveza:

—¡Oh, sí, sí, qué bueno es usted! Pero no nos tendrá usted allí mucho tiempo, ¿no es verdad? ¿Nos enviará usted á alguna parte?

—Esto no durará sino hasta que ustedes... Y en el caso en que quieran casarse yo lo arreglaría todo. Vive cerca de la fábrica un clérigo llamado Zossimo, una buena persona y que creo que es primo mío. El los casaría en un abrir y cerrar de ojos.

Mariana se sonrió silenciosamente; Nejdanof estrechó de nuevo la mano de Solomine, y al cabo de un instante, le preguntó:

—Dígame usted, el patrón, el propietario de la fábrica, ¿no se incomodará? ¿No podrá esto proporcionarle á usted algún disgusto?

—No se preocupe usted de mí; es completamente inútil—respondió Solomine.—Con tal de que su fábrica marche bien, lo demás le tiene sin cuidado. Y ni usted ni esta encantadora señorita tendrán que suplicarle nada. Nada tampoco tienen ustedes que temer de los obreros. Díganme ustedes á qué hora les espero.

Mariana y Nejdanof se miraron.

—Pasado mañana por la mañana á buena hora, ó al día siguiente—dijo Nejdanof.—No hay tiempo que perder. De un momento á otro pudiera despedírseme.

—Estamos convenidos—dijo Solomine levantándose.—Esperaré á ustedes todas las mañanas, y no me ausentaré en toda la semana. Todo estará dispuesto.

Mariana, que había dado un paso hacia la puerta, se dirigió á él.

—Adiós, querido Basilio Fedotich. ¿Es así como usted se llama?

—Sí.

—Adiós, ó más bien, hasta la vista. ¡Y gracias, gracias!

—Adiós, buenas noches, mi querida niña.

—Adiós, Nejdanof. Hasta mañana—añadió Mariana.

Y salió rápidamente.

Los dos jóvenes permanecieron durante un momento inmóviles y silenciosos.

—Nejdanof...—dijo al cabo Solomine.

Después se calló.

—Nejdanof—volvió á decir—cuénteme usted lo que pueda contarme acerca de esa joven. Cuál ha sido hasta ahora su vida. ¿Qué es? ¿Cómo se encuentra aquí?

Nejdanof contó brevemente lo que sabía.

Solomine le escuchaba con atención profunda.

—Nejdanof... — dijo luego — velad por ella... porque si ocurriese, si llegase el día... sería un mal para usted... ¡Adiós!

Se alejó. Nejdanof se quedó algún tiempo enmedio de su cuarto; después murmuró:

—Tanto peor: no hay que volver á pensar en eso.

Y se echó en la cama.

Mariana, al entrar en su cuarto, encontró sobre la almohada un billetito concebido en estos términos:

«Me da usted pena: se pierde usted. Reflexione en qué abismo va á arrojarse con los ojos cerrados. ¿Por quién y por qué causa?—*V.*»

La alcoba estaba llena de perfume fresco y sutil: evidentemente Valentina acababa de salir.

Mariana cogió una pluma y escribió en la misma esquela:

«No me sermonee usted. Dios sabe cuál de nosotras dos es más digna de piedad. Por mi parte sé que no querría estar en lugar de usted.—*M.*»

Dejó el billete en la mesa, completamente cierta de que iría á parar á manos de Valentina.

Al día siguiente por la mañana, Solomine, después de hablar con Nejdanof y de rehusar definitivamente la proposición de Sipiaguin, se volvió á su casa.

Durante todo el camino estuvo sumido en sus reflexiones, cosa que no le acontecía casi nunca, porque generalmente el ruido del carruaje le producía cierta clase de soñolencia.

Pensaba en Mariana y en Nejdanof, y se decía:

«Si *él* hubiese estado enamorado, de seguro hubiese hablado de otra manera.»

Pero después seguía diciendo:

«Como yo no lo he estado nunca, no puedo saber lo que hubiese dicho en su lugar.»

Se acordó de cierta irlandesa que había visto una vez en un almacén, detrás del mostrador; tenía magníficos cabellos casi negros y ojos azules y obscuras cejas. Aquella joven le había mirado con expresión triste y á la vez interrogadora. Solomine estuvo paseándose en la calle por delante del escaparate, agitado, y preguntándose que haría, si la hablaría ó no.

Hallábase entonces de paso. El patrón le había enviado á hacer unas compras, confiándole una cantidad considerable. Solomine pensó en enviar el dinero y permanecer en Londres; tan fuerte fue la impresión que le había causado la bella Polly (sabía su nombre por haberlo oído á uno de los compañeros de la joven.) Sin embargo, logró vencerse y regresó á casa del patrón. Polly era más linda que Mariana; pero ésta tenía la mirada triste también é interrogadora y era, además, rusa.

—Pero, ¿por qué me preocupo de estas cosas?—dijo casi en alta voz.—¿Por qué han de inquietarme las novias ajenas?

Y sacudió el cuello de su abrigo como intentando desechar al mismo tiempo pensamientos inútiles. En aquel momento llegaba á la fábrica y en el umbral de la puerta se destacaba la figura de su fiel criado.

XXVI

La negativa de Solomine hirió profundamente á Sipiaguin, quien echó de ver repentinamente que el tal Stephesom no era tan notable mecánico y que, además, se las echaba de hombre importante, como acontece á los plebeyos vanidosos.

—Estos rusos, en cuanto creen que saben hacer bien una cosa, se vuelven insoportables. En el fondo, Kallomeitsef tiene razón.

Bajo la influencia de estos pensamientos desagradables, el hombre de Estado consideró á Nejdanof más de lejos que nunca; así es que advirtió á Kolia que aquel día no daría lección con su preceptor, porque era conveniente que se fuese acostumbrando á estudiar sin necesidad de guía. Esto no obstante, no puso inmediatamente al preceptor en la puerta de la calle, como él temía. Se contentó con ignorar su existencia.

En cambio, Valentina no se había olvidado de la de Mariana.

Dos horas antes de comer hizo la casualidad que ambas mujeres se encontraran solas en el salón. Cada una de ellas comprendió que había llegado la hora del choque inevitable. Después de un momento de vacilación, se aproximaron una á otra lentamente.

Valentina se sonreía; Mariana estaba grave; ambas tenían pálido el semblante. Al cruzar el salón Valentina miró á derecha é izquierda, arrancando, al pasar cerca de una maceta, una hoja de geranio. Los ojos de Mariana estaban fijos en aquella cara sonriente que se le acercaba.

Mad. Sipiaguin fue la primera que se detuvo, y golpeando el respaldo de una silla con las puntas de los dedos,

—Señorita Mariana—dijo negligetemente,—me parece que se ha establecido entre nosotras una correspondencia en regla... y la verdad es que entre dos personas que viven bajo

el mismo techo, la cosa resulta bastante extraña, y ya sabe usted que las extrañezas no me gustan.

—No soy yo, señora, la primera que ha entablado esa correspondencia.

—Sí, es verdad. Por esta vez, mía ha sido la culpa. Pero no se me ocurría otro medio para despertar en usted el sentimiento, no sé como decirlo, el sentimiento...

—Hable usted sin rodeos; no se contenga usted ni tema molestarme.

—El sentimiento... de las conveniencias...

Valentina guardó silencio. No se oía en el salón otro ruido que el ligero chocar de los dedos en el respaldo de la silla.

—Y ¿en qué se funda usted para decir que he faltado á las conveniencias?—preguntó Mariana.

Valentina se encogió de hombros.

—Querida mía, usted no es una niña y me entiende bien. Figúrese usted que su conducta ha pasado inadvertida para mí, para Ana, para todos los de la casa... Usted, sin embargo, no se ha preocupado por guardar reserva. Usted todo lo desprecia. Acaso mi marido sea el único que hasta ahora no ha notado nada. Tiene otras preocupaciones más interesantes é importantes á que atender. Pero, excepto él, todo el mundo conoce la conducta de usted.

Mariana palideció aún más intensamente.

—Suplico á usted, señora, que se explique con más claridad. En resúmen, ¿de qué está usted disgustada?

«¡Insolente!»—pensó Valentina.

Mas se contuvo y prosiguió:

—¿Desea usted saber de qué estoy descontenta? Estoy descontenta de las entrevistas prolongadas que tiene usted con un joven que, por su nacimiento, por su educación y por su posición social es muy inferior á usted. Estoy descontenta... (no, esta palabra no me parece bastante enérgica) estoy indignada de las visitas de usted, á una hora inconveniente, de las visitas nocturnas que hace usted al cuarto de ese joven.

Y ¿dónde sucede esto? ¡Bajo el techo de mi casa! ¿Acaso á usted le parezca esto conveniente, y pretende que yo calle y que proteja semejante ligereza? Como mujer honrada... ¡sí, señorita, lo soy, lo he sido y lo seré siempre! como mujer honrada que soy me es imposible no sentir indignación por la conducta de usted.

Valentina se dejó caer en una butaca como agobiada por el peso mismo de tan gran indignación.

Mariana se sonrió por primera vez desde el principio de la entrevista.

—No dudo de la honradez de usted, presente, pasada y futura; lo digo con absoluta sinceridad. Pero se indigna usted sin motivo. Ninguna vergüenza he traído á esta casa. En efecto, amo al joven á quien ha aludido.

—¿Ama usted al señor Nejdanof?

—Le amo.

Valentina se enderezó en la butaca.

—Pero vamos á ver, Mariana; ese estudiante es de nacimiento equívoco, sin familia y más joven que usted. (Valentina pronunció con cierta fruición estas palabras.) ¿Qué puede resultar de todo ello? Usted que tiene talento, ¿qué es lo que ha encontrado en ese joven? ¡Un barbilindo insignificante!

—No siempre ha sido usted de la misma opinión.

—¡Oh, Dios mío! querida, no se ocupe usted de mí. Se trata de usted, de su porvenir. Hablemos seriamente, ¿puede ese joven ser un buen partido?

—Puedo asegurar que jamás me ha preocupado eso del partido que usted dice.

—Como, ¿qué es lo que quiere usted decir? Ha seguido usted el impulso de su corazón: bueno... Pero naturalmente, eso debía terminar en un matrimonio.

—Nada sé de eso. Jamás he pensado en ello...

—¿Qué no ha pensado usted en ello? ¿Pero ha perdido usted la cabeza?

Mariana dijo volviéndose un poco:

—Pongamos fin á esta conversación que, en rigor, carece de objeto: no podemos entendernos.

Valentina se levantó bruscamente.

—Yo no puedo, no debo poner fin á esta conversación. Tiene demasiada gravedad. Respondo de usted delante (iba á decir delante de Dios, mas vaciló y dijo) delante del mundo entero. No puedo guardar silencio cuando oigo semejantes extravagancias. ¿Por qué decía usted que no podían comprenderla? ¿Qué quiere decir tanto orgullo? No; la entiendo á usted demasiado bien. Comprendo que alimenta usted esas nuevas ideas que habrán de conducirla infaliblemente á la perdición. ¡Entonces será demasiado tarde!

—Puede ser; pero créame usted, cuando llegue el momento de perecer, no extenderemos hacia usted la mano para que nos salve.

Valentina se restregó con fuerza las manos.

—Siempre ese orgullo, ese malhadado orgullo. Escúcheme usted, Mariana,—añadió, cambiando súbitamente de tono.

Intentó atraer hacia sí á Mariana, pero la joven dió un paso atrás.

—Escúcheme usted; se lo suplico. Después de todo, ni soy tan vieja, ni tan tonta que sea imposible entenderse conmigo. No soy intransigente. Cuando joven se me tenía por republicana, ni más ni menos que á usted. Escúcheme. Hablando con franqueza, jamás le he mostrado á usted ternura maternal; además, sé que esto no le causaba á usted pena; pero sé también que tengo grandes deberes que cumplir, y me he esforzado en no faltar á ellos. Quizás el partido con que yo había soñado para usted, y por el cual ni mi marido ni yo hubiéramos vacilado ante ningún sacrificio; quizás, digo, este partido no esté en armonía con las ideas de usted; pero, créame, en el fondo de mi corazón.....

Mariana miraba á Valentina sus magníficos ojos, sus labios rosados, sus manos blancas, con los dedos cubiertos de

sortijas y un poco entreabiertos con que la hermosa dama oprimía de un modo tan expresivo el cuerpo de su vestido de seda..... Mariana la interrumpió bruscamente.

—¡Un partido, dice usted un partido!.... Ese hombre sin alma, ese vil que se llama Kallomeitsef.....

Valentina separó las manos de su traje.

—¡Sí, Mariana; hablo de Kallomeitsef, de ese joven, bueno, bien educado, que hará, de seguro, la felicidad de su mujer, y que sólo le rechazaría una loca! ¡Sí, una loca!....

—Y ¿qué hacer, tía mía? Es preciso creer, en efecto, que estoy loca.

—Pero, hablemos seriamente. ¿Qué es lo que puedes echarle en cara?

—¡Oh, nada absolutamente! ¡Que le desprecio!

Valentina movió la cabeza á derecha é izquierda con impaciencia y volvió á dejarse caer en la butaca.

—No hablemos más de él y volvamos al asunto. ¿Amas á Nejdanof?

—Sí.

—¿Y tienes intención de continuar tus entrevistas con él?

—Sí, bien decidida.

—¿Y si te lo prohibo?

—No haré á usted caso.

Valentina dió un salto en la butaca.

—¡Ah, no me hará usted caso! ¡Y oigo decirlo á una joven á quien he colmado de beneficios, á una joven recogida en mi casa..... á la hija!....

—La hija de un padre deshonrado—acabó Mariana con voz sombría.—Continúe usted, no se contenga.

—No he sido yo quien lo ha dicho; pero en todo caso no hay por qué incomodarse. ¡Una joven que come mi pan!....

—Hace usted mal en recordarme eso, señora. Una aya francesa para Kolia le hubiera costado á usted más cara, porque yo he sido quien le ha dado lección de francés.

Valentina levantó la mano derecha, en la que tenía un pa-

ñuelo de batista con una cifra bordada en uno de los picos y perfumado de ilang-ilang. Quiso hablar, pero Mariana continuó impetuosamente:

—Tiene usted razón, mil razones; si en lugar de todo eso que ha dicho usted, en lugar de todos esos pretendidos beneficios y de esos sacrificios tan decantados, pudiera usted decir «esa joven á quien amo». Pero tiene usted bastante lealtad para no mentir en este punto.

Mariana temblaba como si estuviera acometida por un acceso de fiebre.

—Usted me ha detestado siempre. En este mismo momento, en el fondo del corazón de usted, del cual estaba usted hablando hace un instante, está usted satisfecha; sí, satisfecha, porque realizo las eternas predicciones de usted, que me cubren de vergüenza, y lo único que la desagrada á usted es que una parte del escándalo caiga sobre esta aristocrática..... honesta casa.

— Usted me insulta..... — balbuceó Valentina. — Salga usted.

Pero Mariana no se contenía.

—Todos en la casa, así me lo ha dicho usted, todos en la casa, Ana, todo el mundo conoce mi conducta. Y es claro, todo el mundo está rebosando de indignación. Mas, por ventura, ¿le pido yo á usted nada ni á todas esas gentes? ¿Debo dar la menor importancia á su opinión? ¿No es bien amargo para mí el pan de esta casa? ¿Qué miseria habrá que no prefiera yo á esta riqueza? ¿No existe entre esta casa y yo un verdadero abismo, abismo que nadie puede llenar? ¿Es posible que usted, que es una mujer de inteligencia, no tenga conciencia de todo esto? Y si usted me odia, es posible que no comprenda el sentimiento que me inspira, y que no nombro nuevamente.... porque es demasiado claro.

—¡Salga usted, salga usted!—repetía Valentina golpeando el suelo con su diminuto pie.

Mariana dió un paso en dirección á la puerta.

—Quiero librar á usted de mi presencia. Pero antes he de decirle esto: Cuentan que Rachel, la célebre actriz Rachel, en el *Bajaceto* de Racine no acertaba á dar la debida entonación á esta frase: *¡Salid!* Lo mismo le pasa á usted. Y puesto que decía usted hace un momento: «soy una mujer honrada, lo he sido y lo seré», oígame usted bien: tengo la convicción de que soy mucho más honrada que usted.

Mariana salió lentamente. Valentina se dejó caer en la butaca, quiso gritar, intentó llorar; pero las lágrimas no acudieron.

Se contentó con hacerse aire con el pañuelo, pero el perfume que se escapaba de él le excitaba cada vez más los nervios.

Se consideraba desgraciada, herida..... Se confesaba que había algo de verdad en lo que acababa de oir. Pero ¿cómo había podido juzgársela tan duramente, tan injustamente?

—¿Seré en efecto tan perversa?—pensaba.

Miróse á un espejo colocado entre dos ventanas. El cristal le devolvía un rostro encantador, aunque un poco alterado y como veteado de manchas rojas, y unos ojos soberbios, suaves como el terciopelo.

—¡Yo perversa! ¡Perversa yo con estos ojos!

En este momento entró su marido, y Valentina ocultó nuevamente su rostro con el pañuelo.

—¿Qué tienes?—le preguntó él con cariño.—¿Qué tienes, Valia? (Había inventado este diminutivo de Valentina, y no lo empleaba más que cuando estaba completamente á solas con su mujer, generalmente en el campo.)

Mad. Sipiaguin comenzó por decir que no tenía nada; pero luego, volviéndose en la butaca y adoptando una graciosa postura, echó los brazos al cuello de su marido (Mr. Sipiaguin estaba de pie, inclinado sobre su esposa), y ocultando el rostro en el escote del chaleco, se lo contó todo sinceramente, sin doblez, sin la menor atenuación; hasta trató, si no de disculpar á Mariana, por lo menos de excusarla hasta cierto punto: echó

la culpa de todo á su juventud, á su temperamento apasionado, á los defectos de su primera educación; también, sin sombra de disimulo, se acusó á sí misma.

—Si hubiese sido mi hija, no habría sucedido esto; yo la hubiese atado corto desde el primer momento.....

Sipiaguin la escuchó hasta el fin con expresión simpática y condescendiente, mezclada de cierta severidad: permaneció inclinado hasta que Valentina separó las manos y la cabeza; la llamó ángel, la besó en la frente y le declaró que sabía ya lo que tenía que hacer como amo de casa. Después se alejó como un hombre de condición humana, pero enérgica, que se prepara á cumplir un deber penoso, aunque necesario.

De seis á siete de la tarde, después de la comida, Nejdanof escribía en su cuarto á su amigo Siline.

«Querido Vladimiro: Te escribo en el momento en que se verifica un cambio decisivo en mi existencia. Se me echa de esta casa, y parto. Pero esto sólo no sería nada... parto acompañado. La joven de que te he hablado viene conmigo. Todo contribuye á reunirnos: la semejanza de nuestros destinos, la conformidad de nuestras opiniones, de nuestras aspiraciones y la reciprocidad de nuestros sentimientos.

Nos amamos; por lo menos, tengo la persuasión de que yo no podría experimentar el sentimiento del amor bajo forma diferente á la en que Mariana se me presenta.

Pero mentiría si te dijese que no experimento cierto temor secreto, si te ocultase la extraña angustia que siente mi corazón. Ante nosotros todo es sombra, y enmedio de esas densas lobregueces es donde vamos á lanzarnos. No es menester que te diga á dónde nos dirigimos y cuál es el papel que hemos elegido. Mariana y yo no buscamos la felicidad, la vida dulce y fácil; queremos luchar juntos, uno al lado del otro, y sosteniéndonos mutuamente. Nuestro objeto está bien definido; pero ignoramos cuáles son los caminos que han de conducirnos hasta él.

¿Encontraremos, ya que no simpatía ni auxilios, al menos

la posibilidad de poder hacer algo? Mariana es una excelente, una honrada joven; si nuestro destino fuese perecer, no sentiría el menor remordimiento por haberla impulsado á esta determinación, porque, en rigor, no era posible para ella otra cosa. Y sin embargo, querido Vladimiro, tengo un peso sobre el corazón... me atormenta una duda, no acerca de mis sentimientos hacia ella, ¡oh, no! pero... yo no sé... Lo que no ignoro es que es ya tarde para volverse atrás.

Tiéndenos la mano, aunque desde lejos, y haz votos porque tengamos paciencia, abnegación y fuerza para amar... sobre todo, fuerza para amar. Y tú, pueblo ruso, á quien desconocemos, pero á quien amamos con toda la fuerza de nuestro ser, con toda la sangre de nuestro corazón, recíbenos sin indiferencia y enséñanos lo que de tí debemos esperar.

¡Adiós, Vladimiro, adiós!»

Cuando hubo acabado de escribir estas líneas, Nejdanof se alejó de la finca.

A la noche siguiente, cuando comenzaba á apuntar la aurora, el joven esperaba en el lindero del bosque de álamos, no lejos de la casa de Sipiaguin. Un poco detrás, y entre las hojas de un espeso grupo de avellanos, se entreveía un carruaje de campesino, tirado por dos caballos medio desenganchados; bajo el asiento, formado por cuerdas entrelazadas, dormía un viejecillo *moujik,* de pelo gris, echado sobre un montón de heno y envuelto en un saco de lienzo todo remendado.

Nejdanof miraba con insistencia el lado del camino inmediato al grupo de sauces que limitaba el jardín: la noche estaba tranquila; perdidas en el vacío profundo del cielo pestañeaban débilmente algunas estrellas.

Sobre los redondos bordes de las nubes que se amontonaban en los confines del horizonte, llegaba, deslizándose por la parte de Oriente, un pálido resplandor; de aquel mismo punto del horizonte venía también el frío penetrante de la madrugada.

De repente, Nejdanof tembló y se enderezó. Cerca de él

había rechinado una puerta del jardín; de enmedio de la sombra de los sauces se destacó sin apresuramiento una delicada sombra de mujer, envuelto el busto en un amplio pañuelo, llevando un paquetito colgado de su brazo desnudo, y poniendo el pie sobre el polvo del camino que atravesó rápidamente dirigiéndose al bosquecillo.

Nejdanof se lanzó á su encuentro.

—¡Mariana!—murmuró.

—¡Yo soy!—respondió una voz que salía de debajo del embozo del pañuelo.

—¡Por aquí, soy yo!—dijo Nejdanof, cogiéndola con fuerza por el brazo desnudo.

La joven sintió un escalofrío y juntó los codos.

Nejdanof la condujo hasta el carruaje y despertó al campesino, que, levantándose con presteza, se puso en la parte delantera del vehículo, se metió el saco y empuñó las riendas.

Los caballos hicieron un movimiento como para arrancar; pero el cochero les calmó con voz enronquecida por el sueño.

Nejdanof colocó á Mariana, después de extender su abrigo sobre el asiento, le envolvió los pies en una manta; el heno estaba un poco húmedo; se colocó al lado de la joven, y dijo en voz baja al conductor:

—Ya sabes á dónde. En marcha.

Los caballos tiraron del carruaje, echaron á andar, salieron del bosque, y el vehículo, sacudido y dando tumbos sobre sus estrechas ruedas, rodó al fin sobre el camino.

Nejdanof sostenía á su compañera por el talle; Mariana, separando con sus dedos helados el pañuelo que le protegía la cara, se volvió hacia el joven, y sonriéndose le dijo:

—¡Oh, qué buena mañana! ¿Hace frío, Alejo?

—Sí—respondió el campesino;—de seguro que habrá rocío.

Había, en efecto, tanto, que los cubos de las ruedas, que rozaban con las puntas de las yerbas nacidas al borde del camino, se llenaban de gotas; la verdura de la yerba tenía un tono gris, parecido al del acero.

Mariana volvió á estremecerse.

—Hace frio, hace frío—repetía alegremente.—¡La libertad, Alejo, la libertad!

XXVII

En cuanto oyó Solomine que un caballero y una señora acababan de llegar en un coche y preguntaban por él, se dirigió á la puerta de la empalizada que rodeaba la fábrica.

No preguntó á los recién venidos por su salud; se limitó á saludarlos con un movimiento de cabeza, y ordenó al cochero que entrase en el corral, encaminando á sus huéspedes al pabellón en que Solomine vivía, á cuya entrada ayudó á apearse á Mariana.

Nejdanof saltó después que la joven.

Solomine les hizo atravesar un largo corredor obscuro, subir una escalera, y les condujo á la parte trasera del pabellón, en el segundo piso. Una vez allí, abrió una puerta baja y entraron los tres en un cuartito con dos ventanas, bastante bien amueblado.

—¡Sean ustedes bien venidos!—dijo Solomine con su eterna sonrisa, que entonces parecía más prolongada y cordial que de costumbre.—Este es vuestro alojamiento. He aquí un cuarto y otro al lado. No es magnífico, pero puede pasar. Nadie vendrá á olisquear. Hay bajo las ventanas lo que mi patrón llama un *parterre*, yo lo llamo un patatal; está rodeado de murallas. Se hallan ustedes en su casa. Conque otra vez buenos días, encantadora señorita, y usted también, Nejdanof, ¡buenos días!

Y les estrechólas manos.

Los dos jóvenes permanecían inmóviles, sin quitarse los abrigos, y mirando con ojos en los que se veía en parte la sorpresa, en parte la alegría.

—Vamos á ver qué es eso—dijo Solomine.—Quítense los abrigos. ¿Qué es lo que han traído?

Mariana enseñó el paquetito que llevaba colgado al brazo.

—No tengo más que esto.

—Yo—dijo Nejdanof—traigo un saco de noche y una maleta, que se han quedado en el carruaje..... Voy á.....

—Quieto, quieto.

Solomine abrió la puerta.

—Paul—gritó, inclinándose sobre la obscura escalera,—oye: trae unos objetos que hay en el carruaje.

—¡En seguida!—contestó la voz del *omnipresente*.

Solomine se dirigió de nuevo á Mariana, que se había quitado el pañuelo, y que en aquel momento se desabrochaba la toquilla.

—¿Ha salido todo bien?

—Todo. Nadie nos ha visto. He dejado una carta á madame Sipiaguin. No he cogido ni vestidos ni ropa interior, porque como usted nos iba á enviar..... (no se atrevió, no sabemos por qué, á decir *al pueblo*), no valía la pena de traerlos; para nada me hubieran servido. Tengo, además, dinero para comprar lo que me haga falta.

—Ya se arreglará todo en seguida..... Pero, esperen ustedes—dijo señalando á Paul, que entraba con las maletas de Nejdanof:—les recomiendo al mejor amigo que tengo en esta casa; pueden ustedes contar con él como conmigo mismo. ¿Le has encargado á Tatiana el *samovar?* — añadió á media voz.

—Van á traerlo—respondió Paul,—y la crema, y todo.

—Tatiana es su mujer—continuó Solomine.—Hasta que usted....- ¡Ah!..... sí, hasta que usted tenga costumbre, ella la servirá á usted, señorita.

Mariana dejó la toquilla en un diván de cuero que ocupaba uno de los rincones.

—Llámeme usted Mariana; yo no soy señorita..... Tampoco tengo necesidad de sirviente..... no he salido de aquella casa

para tener servidores. No se fije usted en mi traje. No tenía otro allá abajo. Menester será que lo cambie.

Su traje, de buena tela de color aceitunado, era muy sencillo, pero cortado por una costurera de San Petersburgo, sentaba admirablemente á la joven, haciendo que el talle se dibujase con elegancia lo mismo que los hombros: era, en suma, un traje de moda.

—¡Bah! No será una sirviente, será una ayudante á la americana. Pero esto no le impedirá á usted tomar té. Aunque es aún temprano, deben ustedes estar fatigados. Voy ahora á la fábrica: ya volveremos á vernos más tarde. Cuando necesiten ustedes algo, pídanselo á Paul y á Tatiana.

Mariana le tendió cariñosamente ambas manos.

—¡Cómo darle á usted las gracias!—dijo, mirándole con ternura.

Solomine le acarició dulcemente la mano.

—Podría contestar á usted que no merezco gracias..... y sería verdad. Pero prefiero decir á usted que su agradecimiento me causa gran placer; así es que estamos en paz. Hasta luego; vamos, Paul.

Mariana y Nejdanof se quedaron solos.

La joven se dirigió á él y mirándole como había mirado á Solomine, pero con una más alegre mirada, más tierna y luminosa:

—¡Oh, amigo mío!—le dijo,—comenzamos una vida nueva..... ¡Oh! ¡No puedes figurarte cuán alegre y encantador me parece este cuarto, comparado con esos detestables palacios! Dime, ¿estás contento?

Nejdanof le cogió las manos y las apretó contra su pecho.

—Soy feliz, Mariana, porque emprendo contigo esta nueva vida. Tú serás la estrella que me guíe, mi apoyo, mi fuerza.

—¡Querido Alejo! Mas, perdona; es preciso que me arregle un poco; voy á entrar en mi cuarto; espérame aquí, que en seguida vuelvo.

Mariana entró en la habitación contigua, cerró la puerta,

y un minuto después, entreabriéndola y sacando la cabeza por la abertura, dijo:

—¡Qué agradable es Solomine!

Después desapareció de nuevo, y se oyó echar la llave.

Nejdanof se aproximó á la ventana y miró al jardín..... y, sin saber por qué, fijáronse sus ojos atentamente en un manzano viejo y ya estéril.

Se sacudió, se arregló un poco, abrió el saco de viaje, y, sin sacar de él nada, se puso otra vez á la ventana.

Al cabo de un cuarto de hora apareció Mariana, alegre, animada, con la tez coloreada por el agua fresca; y algunos instantes después, Tatiana, la mujer de Paul, entraba con el *samovar* el servicio de té, los panecillos blancos y la crema.

Tatiana formaba vivo contraste con la figura de su marido: era una verdadera mujer rusa, sólidamente formada, rubia, blanca, con la cabeza descubierta y con una larga trenza, sujeta alrededor de una peina de forma de cuerno.

Sus facciones eran algo bastas, pero agradables; los ojos grises, buenos y francos. Vestía un traje de indiana descolorido, pero en buen estado; tenía las manos un poco grandes, pero bellas y bien cuidadas.

Se inclinó tranquilamente, y dijo con voz firme y clara, sin arrastrar las sílabas:

—¡Muy buenos días!

Y se puso á arreglar el *samovar,* las tazas y lo demás.

Mariana se le acercó.

—Déjeme usted que la ayude, Tatiana. Deme usted un paño.

—Esto no vale la pena, señorita; yo estoy ya acostumbrada..... Basilio Fedoitch me ha hablado. Si desea usted alguna cosa, dígnese dar orden; haremos lo que usted mande.

—Tatiana, no me llame usted señorita, se lo suplico. Estoy vestida como las señoras, pero ahora..... ahora soy.....

Mariana, un poco turbada por la insistente mirada de Tatiana, se calló.

—¿Qué es usted ahora?—le preguntó Tatiana con voz tranquila.

—Si usted quisiese..... en efecto..... soy noble; pero yo quiero prescindir de ello y llegar á ser una mujer del pueblo.

—¡Ah, sí; ahora comprendo! Usted es de los que quieren simplificarse. Hay así muchos.

—¿Cómo ha dicho usted, Tatiana? ¿Simplificarse?

—Es un modo de decir que se estila ahora. Vivir como vive el pueblo; eso es simplificarse. Es necesario que haya quien enseñe á razonar al pueblo. Pero esto es poco divertido. Dios le dé á usted paciencia para soportarlo.

—Simplificarse—repitió Mariana—¿oyes, Alejo? En este momento somos simplificados.

Nejdanof se echó á reir y repitió también:

—Simplificados.

—¿Y quién es este señor? ¿Quién es? ¿Un maridito? ¿Un hermano?—preguntó Tatiana á la joven, en tanto que enjugaba cuidadosamente las tazas con sus manos grandes y hábiles, contemplando con sonrisa entre maliciosa y de cariño tan pronto á Nejdanof como á Mariana.

—No—respondió ésta;—ni es mi marido ni mi hermano.

Tatiana levantó la cabeza.

—¿Entonces viven ustedes en *libre gracia?* También de esto se ve mucho. En otro tiempo solía acontecer algo semejante entre los viejos creyentes, en los *raskolniks;* pero actualmente hay otros que hacen lo mismo. Cuando Dios envía su bendición, se vive contento y en confianza. Para esto no hace falta clérigo. En la fábrica hay muchas parejas así, y no de las peores.

—¡Qué frases tan graciosas usa usted, Tatiana! *¡En libre gracia!* Eso me gusta. A propósito, Tatiana: quisiera pedir á usted un favor. Deseo hacerme ó comprarme hecho un vestido como el de usted, ó más sencillo, si es posidle. Zapatos, medias, pañuelo, todo como usted. Tengo el dinero necesario.

—Bueno; todo se hará, señorita..... No se incomode usted, no lo volveré á decir. ¿Pero cómo habré de llamar á usted?

—Mariana.

—¿Y el apellido del padre de usted? (1).

—¿Para qué hace falta el apellido de mi padre? Llámeme usted Mariana á secas. ¿No la llamo yo á usted Tatiana?

—Sin embargo..... No es lo mismo. Dígame usted su apellido.

—Bueno. Sea: Vikenti. ¿Y el de usted?

—¿El mío? Ossip.

—Pues bien; yo la llamaré á usted Tatiana Ossipovna.

—Y yo llamaré á usted Mariana Vikentievona. Esto resultará muy bien.

—¿Tomará usted el té con nosotros, Tatiana Ossipovna?

—Por ser el primer día no rehuso, Mariana Vikentievona, una tacita.

—Siéntese usted, Tatiana Ossipovna.

—Mil gracias, Mariana Vikentievona.

Tatiana se sentó; tomó el té á la usanza del pueblo ruso, cogiendo con los dedos terroncitos de azúcar, que partía en pedazos con los dientes, guiñando el ojo del lado por donde mordía.

Mariana entabló de nuevo conversación con ella. Tatiana respondía sin timidez, interrogaba á su vez y contestaba. Habló de Solomine casi como de un Dios, y colocó á su marido en primera línea, después de Solomine. La vida de la fábrica le parecía muy pesada.

—Esto no es la ciudad—decía—ni la aldea. Si no fuera por Mr. Solomine, no estaría aquí ni una hora.

Mariana escuchaba atentamente sus relatos. Nejdanof, sentado á cierta distancia, miraba á su compañera sin sorprenderse de la atención que mostraba por lo que decía la

(1) El empleo del nombre y apellido juntos, equivale al señor, señora, señorita, según los casos.

joven. Para Mariana todo era nuevo. En cuanto á él, le parecía que había visto en otras ocasiones centenares de Tatianas semejantes á aquella, y aun creía que había hablado con ellas mil veces.

—Escuche usted, Tatiana Ossipovna—dijo Mariana.—Usted ha creído que nosotros queremos instruir al pueblo; no, lo que queremos es servirle.

—¿Cómo servirle? Enseñarle, ¡qué mayor servicio! Mire usted: yo, por ejemplo, cuando me casé no sabía leer ni escribir, y ahora ya sé, gracias á Basilio Fedotych. Y no es él quien me ha enseñado, sino un hombre bastante viejo pagado por él. ¡Eh! ¡Soy todavía joven, aunque grande!

—Yo quisiera—dijo Mariana—aprender algún oficio. Mas ya hablaremos de esto otras veces. De costura sé algo; si aprendiese algo de cocina, podría hacerme cocinera.

Tatiana se asombró.

—¡Cocinera! ¿Cómo? Pero las cocineras viven en las casas de los ricos ó de los comerciantes. Los pobres se guisan ellos mismos su comida. En un *artel* de trabajadores acaso.

—Pero ese es un oficio penosísimo.

—No tendría inconveniente en estar en la casa de un rico, con tal que pudiera encontrarme con los pobres. Sin contar con esto, ¿cómo podría buscarlos? Jamás se me presentará ocasión como esta, con auxilio de usted.

Tatiana dejó la taza boca abajo, en el plato.

—No es cosa tan fácil—dijo sonriéndose—como darse la vuelta al dedo con un hilo. Enseñaré á usted cuanto sepa; pero no crea usted que soy una sabia. Pregúntele usted á mi marido. El es otra cosa; lee mil clases de libros, y se lo explica á usted todo como con la mano.

Al ver que Mariana liaba un cigarrillo, le dijo:

—Perdone usted, Mariana Vikentievona; si verdaderamente trata usted de simplificarse, habrá usted de dejarse de eso —señalando con el dedo al cigarrillo.—Porque en ciertos quehaceres, en el de cocinera, por ejemplo, no se acostumbra.

Todo el mundo al verla á usted fumar, adivinaría que es usted una señorita.

—No fumaré. Es una costumbre fácil de olvidar. Puesto que las mujeres del pueblo no fuman, no conviene que yo fume.

—Ha dicho usted la verdad. A los hombres se les tolera ese vicio, á las mujeres no..... Pero aquí se acerca Solomine: son sus pasos. Pregunte usted á Solomine; él se lo explicará á usted, tan claro como el agua.

En efecto, se oyó la voz de Solomine que hablaba detrás de la puerta:

—¿Se puede entrar?

—Entre usted, entre usted,—gritó Mariana.

—Es una costumbre inglesa que se me ha quedado,— dijo Solomine al tiempo de entrar. — ¿Y qué tal? ¿No han tenido ustedes aún tiempo de fastidiarse? Por lo que veo, han tomado el te con Tatiana. Conviene que la oigan ustedes; tiene muy buen sentido. El patrón ha llegado hoy, por cierto muy intempestivamente. Comerá aquí. ¡Qué le vamos á hacer! Es mi patrón.

—¿Qué especie de hombre es?—preguntó Nejdanof, saliendo de su rincón.

—Un hombre como todo el mundo, un poco aficionado á la bebida, pero no es malo. Conmigo está suave como una seda. Me necesita..... He venido á decir á ustedes que probablemente no nos volveremos á ver en todo el día. Traerán aquí la comida. Procuren ustedes que no se les vea desde el corral. No olvide usted, Mariana, que los Sipiaguin han de procurar ver á usted.

—Creo que no,—respondió Mariana.

—Yo tengo la persuasión de que sí.

—Es igual—repuso Solomine.—De todos modos, conviene ser prudentes, siquiera en los primeros momentos. Después, todo ello se arreglará.

—Sí; pero oiga usted: es preciso que Markelof— dijo Nejdanof—sepa dónde estoy. Tenemos que avisárselo.

—¿Por qué?

—Es indispensable para nuestro asunto. Debe siempre saber en donde estoy. Se lo he prometido. Es seguro que guardará el secreto.

—Está bien, enviaremos á Paul.

—¿Y mi traje, estará pronto?—preguntó Nejdanof.

—El traje; pero esto va á ser una mascarada..... ea, adiós; que descansen ustedes. Vamos, Tatiana.

Mariana y Nejdanof se quedaron otra vez solos.

XXVIII

Comenzaron como la vez anterior, por estrecharse fuertemento las manos. A poco Mariana dijo:

—Espera, voy á ayudarte á arreglar tu cuarto.

Y se puso á sacar lo que contenía el saco de viaje y la maleta.

Nejdanof quiso ayudarle, pero ella se opuso declarando que lo haría por sí sola «porque era necesario que se fuese acostumbrando á servir». Y en efecto, ella sola colgó las prendas en los clavos que había encontrado en el cajón de la mesa, después de haberlos clavado en la pared, valiéndose para ello de la tabla de un cepillo; luego colocó la ropa en una cómoda vieja que había entre las dos ventanas.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — dijo de repente.—¡Un revólver! ¿Está cargado? ¿Para qué tienes esto?

—No está cargado. Dámelo. ¿Para qué me preguntas? En nuestro oficio hace falta.

Se echó á reir y siguió en su faena, sacudiendo cada prenda y golpeándola con la palma de la mano; puso después en el canapé dos pares de botas; algunos libros; un paquete de papeles y el famoso cuaderno de poesías fueron solemnemente colocados en una rinconera de tres pies, que la joven bautizó con el nombre de mesa de escribir y mesa de trabajo, por opo-

sición á la otra, que era redonda, y que designó con el nombre de mesa de comedor ó mesa de te.

Acabados estos quehaceres, cogió el cuaderno de versos, lo levantó hasta la altura de los ojos, y mirando á Nejdanof por debajo, le dijo sonriendo:

—Lo leeremos juntos ¿verdad? en los ratos que nos dejen libres nuestras ocupaciones.

—Dame ese cuaderno, voy á echarlo al fuego,—gritó Nejdanof.—No merece otra cosa.

—Entonces, ¿por qué te lo has traído? No, no quiero que lo quemes; no he de dejarte que lo eches al fuego. Y eso que se dice que los poetas aunque amenazan con quemar sus obras, no cumplen nunca su promesa. De todos modos lo guardaré yo; así estará más seguro.

Quiso protestar Nejdanof; pero Mariana se entró en su cuarto con el cuaderno, y volvió á salir con las manos vacías.

Se sentó al lado de Nejdanof y se volvió á levantar en seguida.

—¿No has estado aún en mi cuarto..... en mi alcoba? ¿Quieres verla? No es peor que la tuya. Ven: te la enseñaré.

Nejdanof se levantó también y siguió á la joven. Su habitación era un poco más pequeña que la de su compañero, pero el mobiliario era más elegante y más moderno. En la repisa de la ventana habia un vaso de cristal con flores, y en uno de los lados un catre de hierro.

—¿Has visto qué galante es Solomine?—exclamó la joven. —Pero es preciso que no nos dejemos vencer por la pereza. De seguro que no tendremos á menudo un alojamiento como éste. ¿Sabes una cosa? Convendría, para no separarnos, que encontrásemos colocación para ambos en el mismo sitio. Será difícil—añadió después de una pausa.—De todos modos, tú no volverás á San Petersburgo, ¿no es verdad?

—¿Y qué tengo yo que hacer en San Petersburgo? Seguir estudiando en la Universidad y dar lecciones. ¿A qué semejante cosa?

—Veremos lo que dice Solomine. Él sabe mejor que nosotros lo que conviene que hagamos.

Volvieron á la sala contigua y se sentaron el uno al lado del otro.

Elogiaron á Solomine, á Tatiana y á Paul; hablaron de Sipiaguin, de la vida que acababa de desaparecer como detrás de una niebla: cogidos de las manos se miraban en éxtasis; después hablaron de las clases sociales en que iban á penetrar, y de los medios de que habrían de valerse para no inspirar desconfianza.

Nejdanof dijo que cuanto menos pensasen en ellos, mejor les resultaría.

—Sin duda—contestó Mariana,—puesto que, como Tatiana dice, queremos simplificarnos.

—No es en ese sentido en el que yo hablaba,—replicó Nejdanof.—Quiero decir que no es necesario violentarse.....

Mariana se echó á reir.

—Estoy pensando, Alejo, en que ambos somos simplificados.

Nejdanof se rió también, repitiendo simplificados; después se puso pensativo: también Mariana se quedó pensativa.

—Alejo,—dijo.

—¿Qué?

—Me parece que estamos así un poco cortados. Los recién casados (estas palabras las dijo en francés) deben experimentar algo de esto en su primer viaje de novios. Son felices, muy felices, pero están un poco cortados.....

Nejdanof se sonrió forzadamente.

—Los recién casados..... Tú sabes, Mariana, que nuestro caso no es idéntico.

Mariana se levantó, y puesta de pie delante de Nejdanof:

—Eso depende de tí,—dijo.

—¿Cómo?

—Escucha, Alejo: cuando me digas, bajo tu palabra de hombre honrado, y te creeré, porque eres, en efecto, un hom-

bre honrado; cuando me digas que me amas con ese amor..... con ese amor que une á los amantes para toda la vida, seré tuya.

Nejdanof enrojeció y volvió un poco el rostro.

—Cuando te lo diga..... ¿serás mía?

—Sí, en cuanto me lo digas. Mas ya lo ves: no me lo dices en este momento. ¡Oh, sí, Alejo! ¡Eres un hombre honrado! Hablemos ahora de cosas más importantes.

—Pero, ¿crees, Mariana, que no te amo?

—Lo sé, y esperaré..... Pero la mesa de escribir no está todavía arreglada, Aquí tienes envuelta una cosa.

Nejdanof se levantó vivamente de su silla.

—Deja eso, Mariana, te lo suplico; no lo toques.

Mariana le miró por encima del hombro, y levantando las cejas con asombro:

—¡Es un secreto! ¡Tienes un secreto!

—Sí, sí—balbuceó Nejdanof todo turbado, y añadió como dando una explicación:—es un retrato.

Esta palabra se le escapó á pesar suyo. El papel que Mariana tenía entre las manos contenía, en efecto, el retrato que Markelof había entregado al joven.

—¡Un retrato!.....—dijo Mariana lentamente.—¿Y de mujer?

Entregó el paquete á Nejdanof; pero éste fue á cogerlo, con tan mala fortuna, que faltó poco para que se cayese. El papel quedó entreabierto.

—Es mi retrato—gritó Mariana con viveza.—¡Oh, puesto que es un retrato mío, tengo derecho á guardarlo yo!

Lo tomó de la mano de Nejdanof y le preguntó:

—¿Lo has dibujado tú?

—No..... no he sido yo.

—¿Quién entonces? ¿Markelof?

—Lo has adivinado.

—¿Y cómo es que está en tu poder?

—Él me lo ha regalado.

—¿Cuándo?

El joven se lo refirió todo á su compañera. Mientras que hablaba, Mariana pasaba alternativamente sus miradas de Nejdanof al retrato, y en los dos á la vez se agitaba el mismo pensamiento. Si él hubiese estado aquí, hubiera tenido derecho á exigir.....

Pero ni Mariana ni Nejdanof formularon en alta voz su pensamiento..... acaso cada uno de ellos lo leía en el espíritu del otro.

Mariana envolvió nuevamente el retrato en el papel, y lo dejó sobre la mesa.

—¡Pobre Markelof! —murmuró.—¿Dónde está ahora?

—¿Dónde? En su casa. Tengo que ir mañana ó pasado por los libros y folletos que me ha prometido, y que se nos olvidaron en el momento de partir.

—¿Crees que al darte este retrato se proponía renunciar á todo, absolutamente á todo?

—Eso me pareció.

—Y, sin embargo, crees encontrarle en su casa.

—Ciertamente.

—¡Ah!

Mariana bajó los ojos y dejó caer los brazos.

—He aquí á Tatiana, que nos trae la comida—exclamó de repente.—¡Qué mujer más buena!

Tatiana se presentó, trayendo los cubiertos, las servilletas y la vajilla. Mientras ponía la mesa, contó lo que había pasado en la fábrica.

El patrón ha llegado de Moscú *por la máquina*. Se ha puesto á recorrer todos los pisos como un loco. No entiende una palabra de nada, pero lo hace para dar ejemplo. Solomine lo trata como á un niño. El patrón ha querido hacerle alguna observación, pero Solomine le ha dado con la contestación en la nariz. «Lo dejo todo y al momento.» El patrón entonces ha aguzado las orejas, ¡y de qué manera! En este momento comen juntos. El patrón ha venido con un compañero que se admira

de todo. Debe de ser hombre de dinero. Está casi siempre callado, y sólo de cuando en cuando mueve la cabeza. Es un hombre muy gordo, muy gordo. Un gordinflón de Moscú. Dice muy bien el proverbio: «Moscú está en el fondo del embudo; todo es allí redondo.»

—¡Qué bien se fija usted en todas las cosas!—exclamó Mariana.

—Abro el ojo—respondió Tatiana.—Ya está lista la comida. Coman con buen apetito. Yo voy á sentarme y á mirar.

Los dos jóvenes se pusieron á la mesa. Tatiana se sentó en la repisa de una ventana y apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—¡Qué simpáticos son ustedes! Me gusta mirarlos: tanto, que me da casi pena. ¡Ah, gentil pareja! Han tomado ustedes un fardo de mucho peso para sus hombros. A los jóvenes como ustedes, las gentes del zar gustan de meterlos en el cofre.

—¡Bah! No se apene usted, comadre—respondió Nejdanof;—ya sabe usted el probervio: el que nace para seta, debe ir al cesto.

—¡Sí, ya lo sé! Pero los cestos que ahora se gastan son estrechos, y no se sale de ellos como se quiere.

—¿Tiene usted hijos?—le preguntó Mariana,—para variar de conversación.

—Tengo un muchacho que va ya á la escuela. Tenía una hija, mas la perdí; ¡la pobre cayó bajo una rueda! Si al menos se hubiera quedado en el sitio..... Pero no: estuvo durante mucho tiempo mala. Desde entonces mi corazón se ha hecho mucho más blando que antes. En otro tiempo era duro, duro como la madera.

—Pues qué, no amaba usted á su marido?

—¡Oh! Eso es otra cosa: eso es propio de las jóvenes. Usted ama al suyo, ¿no es verdad?

—Le amo.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Está bien.

Tatiana miró á Nejdanof, miró á Mariana, y no acabó la frase.

Por segunda vez cambió de conversación Mariana. Dijo luego á Tatiana que había renunciado á fumar, cosa que ésta alabó mucho. A continuación se puso á hablar de su traje, y recordó á la mujer de Paul la promesa que le había hecho de enseñarle algo de cocina.

—Tengo, además, que pedir á usted un favor: ¿no podría usted proporcionarme hilo grueso? Quisiera hacerme unas medias muy sencillas.

Tatiana le prometió que haría todos los encargos; recogió el servicio y salió de la habitación con su acostumbrado andar tranquilo y seguro.

—¿Y qué haremos nosotros ahora?—dijo Mariana á su compañero, y sin esperar respuesta siguió.—Escucha: como nuestro verdadero trabajo no comienza hasta mañana, ¿quieres que consagremos la noche á la literatura? Leeremos tus poesías; yo seré juez implacable.

Nejdanof se resistió durante largo tiempo. Mas accedió al cabo, y se puso á leer alto los versos del cuaderno.

Mariana se sentó junto al joven, mirándole á la cara durante la lectura.

Verdaderamente, como había dicho, se mostró juez severo. Muchas poesías le desagradaron; prefería las más cortas, puramente líricas y sin fin moral.

Nejdanof leía mal, no se atrevía á declamar los versos, é intentaba al propio tiempo impedir que resultasen fríos, de modo que su recitado no era ni pescado ni carne.

Mariana le interrumpió de repente para preguntarle si recordaba unos versos de Dobroliubof que comienzan por estas palabras: «Apenas temo á la idea de la muerte» (1). Y la jo-

(1) Apenas temo á la muerte; lo que me causa temor es que me juegue una mala partida. — Temo que sobre mi cuerpo helado no caigan lágri-

ven la recitó desde el principio hasta el fin con un tonillo algo infantil.

Nejdanof observó que aquella poesía era por todo extremo amarga y dolorosa. Después añadió que él no hubiera podido escribirla porque no tenía que preocuparse por las lágrimas que se verterían sobre su ataúd. Nadie las vertería.

—Sí se verterán, si yo te sobrevivo,—dijo lentamente Mariana.

Levantó los ojos al techo, quedóse un momento silenciosa, y murmuró después, como hablando consigo misma:

—¿Cómo habrá podido hacer mi retrato? Sin duda de memoria.....

Nejdanof se volvió vivamente hacia ella.

—Sí, de memoria.

Mariana se sorprendió al oir la respuesta. Había creído que se hacía mentalmente la pregunta.

— Es extraordinario.....—repitió en el mismo tono,— porque la verdad es que no tiene ningún talento para la pintura. ¿Qué estabas diciendo? ¡Ah!, sí; hablaba de los versos de Dobroliubof. Hay que hacer versos como los de Puckine ó siquiera como los de Dobroliubof: no son precisamente poesías; pero valen tanto como ella.

—Como los míos, ¿verdad Mariana, que no valen la pena de escribirlos?

—¿Los tuyos? A tus amigos les agradan, no porque sean buenos, sino porque tú eres bueno, y tus versos te retratan.

Nejdanof se sonrió.

—Helos aquí enterrados, y yo con ellos.

---

mas ardientes, que no depositen flores sobre mi ataúd. Que sin algún motivo egoísta, no marche detrás de mi féretro una multitud de amigos, y que bajo la tierra de mi sepultura, no sea para alguien objeto de cariño.

Temo además que todo esto que con tanto ardor y tan vanamente he deseado durante toda mi vida, no venga á sonreirme con sonrisa encantadora cuando descanse para siempre entre las cuatro tablas de mi ataúd.

Mariana le dió un golpecito en la mano y le llamó *malo*.

Momentos después dijo que se sentía fatigada y que se iba á acostar.

—¿No sabes?—añadió sacudiendo sus cabellos cortos y rizados.—¡Tengo 137 rublos! ¿Y tú?

—Yo 98.

—¡Oh, somos demasiado ricos para simplificados! Hasta mañana.

Salió; pero al cabo de algunos instantes, la puerta se entreabrió y, entre la estrecha abertura, una voz dijo: «¡Buenas noches!....» Después, más dulcemente: «¡Buenas noches!»

Sonó la cerradura.

Nejdanof se dejó caer sobre el diván, y ocultó la cara con la mano.

Después se levantó de repente, se fué á la puerta y llamó.

—¿Quién es?—dijo la voz de Mariana.

—No te he dicho hasta mañana, y vengo á decírtelo..... Hasta mañana.

—Hasta mañana,—respondió dulcemente la voz.

XXIX

Al día siguiente Nejdanof llamó á la puerta del cuarto de Mariana.

—Soy yo—dijo.—¿Puedes salir?

—Espera..... En seguida.

Al salir lanzó una exclamación de sorpresa. Al punto no le conoció. Llevaba un viejo kaftán de nanquin amarillento, corto de talle y con botoncitos; se había cortado el cabello á la usanza rusa, con la raya enmedio; anudado al cuello llevaba un pañuelo azul, y en la mano tenía un casquete con la visera rota. Las botas eran de piel de vaca, sin lustre.

—¡Dios mío!—exclamó Mariana.—¡Qué feo estás!

Luego le echó los brazos al cuello y le abrazó con cariño.

—¿Por qué has elegido ese traje? Pareces un burguesillo de la ciudad..... un vendedor ambulante ó un sirviente sin ocupación. ¿Por qué te has comprado ese kaftán, y no una blusa de obrero ó un saco de campesino?

—Precisamente — dijo Nejdanof, el cual con aquel traje parecía, en efecto, un tenderillo. Lo comprendía y se sentía mortificado, turbado..... hasta tal punto, que pasaba maquinalmente las manos, con los dedos extendidos por el pecho, como para limpiarse..... — Me ha asegurado Paul que con la blusa de obrero ó con el saco de campesino me conocerían enseguida, mientras que con este traje — según dice — creerán que lo he llevado toda mi vida, cosa que, á decir verdad, no hiere ni amor propio, dicho sea entre paréntesis.

—En ese caso, ¿quieres comenzar inmediatamente?

—Sí; me propongo intentar..... Y pensándolo bien.....

—¡Eres feliz!.....—interrumpió Mariana.

—Ese Paul es un hombre extraordinario—replicó Nejdanof.—Todo lo sabe; sus ojos penetran hasta lo más hondo, con la particularidad de que sabe poner la cara de tal suerte, que parece no se fija en nada. Es muy servicial. Me ha traído los cuadernos de casa de Markelof, á quien ya conocía, y á quien llama familiarmente Sergio Mikhailovitch. A Solomine lo adora: se lanzaría por él al agua ó al fuego.

—Lo mismo que Tatiana—añadió Mariana.—¿De qué dependerá que las gentes le estimen de ese modo?

Nejdanof no respondió.

—¿Qué folletos te ha traído Paul?—preguntó Mariana.

—Los que generalmente se distribuyen. *La historia de cuatro hermanos*, y, en fin, los más conocidos, y que son también los mejores.

Mariana miró en torno suyo con inquietud.

—¿Qué hará Tatiana? Prometió que vendría temprano.

—Aquí está—dijo la mujer de Paul entrando en la habitación con un paquete en la mano.

Al llegar á la puerta oyó la exclamación de Mariana.

—¡No era el asunto cosa tan fácil!.....

Mariana se precipitó á su encuentro.

—¿Lo trae usted?

—Tatiana dió golpecitos en el lío.

—Todo está aquí; todo completo. No tiene usted más que probárselo; después la veremos.....

—¡Oh! Vamos, mi buena Tatiana.

Mariana entró en su cuarto.

Cuando se quedó solo Nejdanof dió un par de vueltas por la sala con paso tardo y arrastrando los pies. Sin saber por qué, se le figuraba que aquel modo de andar era propio de los burguesillos.

Se olió las mangas y el interior del gorro, é hizo un gesto. Se miró á un espejito colgado en la pared cerca de la ventana, y movió la cabeza. La verdad: no estaba hermoso.

—¡Tanto mejor!—pensó.

Eligió después algunos folletos, se los metió en el bolsillo, y pronunció algunas palabras de las que usa exclusivamente el pueblo.

—Así me parece que hablan, sobre poco más ó menos; pero ¡bah! ¿á qué viene hacer de payaso?

Nejdanof recordó la historia de un alemán desterrado, que se vió obligado á atravesar toda Rusia huyendo. El hombre hablaba mal el ruso. Se había comprado en la tienda de un villorrio un gorro de mercader forrado de piel de gato; se le tomó por un comerciante, y logró sin dificultad pasar la frontera.

En este momento entró Solomine.

—¡Ah, ah!—gritó.—Ya estás arreglado. Perdóname, amigo; pero con ese traje no es posible hablarte de usted.

—¡Oh, yo le suplico á usted..... yo te suplico! ¡Si tenía el propósito de suplicártelo!

—¡Es mejor hablarse de tú! Sin duda te propones acostumbrarte á ese traje. Está bien. Pero es preciso que esperes; mi patrón no se ha ido, está durmiendo.

—Saldré más tarde—respondió Nejdanof.—Iré á dar una vuelta por los alrededores hasta que tenga instrucciones más precisas.

—¡Bien pensado! Solamente que, Alejo..... te llamaré sencillamente Alejo, es más breve, ¿no te parece?

—Alejo, y hasta si quieres, Sixei (1).

—No, no exageremos..... ¿Para qué? Oye: un buen consejo vale muchas veces, según se dice, más que el dinero. Veo que tienes folletos; distribúyeselos por donde quieras, pero no en la fábrica.

—¿Por qué?

—Porque sería peligroso para tí. Además, yo he prometido al patrón que aquí no se haría propaganda. La fábrica es suya. Además, algo se ha hecho ya en las escuelas, por ejemplo..... Y tú podrías echarlo á perder todo. Haz lo que quieras y puedas por tu cuenta y riesgo; no me opongo. Pero no me toques á mis obreros.

—Siempre es buena la prudencia—dijo Nejdanof con una sonrisa cáustica.

Solomine se sonrió también, pero con su habitual expresión.

—Precisamente, mi buen Alejo, siempre conviene. Pero, ¿qué es lo que veo? ¿Dónde estamos?

Estas últimas exclamaciones se referían á Mariana, que, vestida con un traje de indiana rameado y ya lavado varias veces, un pañuelo amarillo por los hombros y con otro encarnado en la cabeza, acababa de presentarse en el umbral de su cuarto. Tatiana, que la seguía, la miraba con satisfacción.

Mariana parecía más joven y fresca con aquel sencillo traje, que le sentaba mucho mejor que á Nejdanof su largo kaftán.

—Basilio Fedotytch, suplico á usted que no se burle de

(1) Modo con que el pueblo pronuncia en Rusia el nombre de Alejo.

mi—dijo con acento suplicante, poniéndose colorada como la flor del granado.

—¡He aquí nuestra pareja!—gritó Tatiana, batiendo palmas.—Pero no te enfades, mi hermoso jovencito. Eres muy gentil; pero al lado de mi reinecita no resultas muy bien.

—La verdad es—pensó Nejdanof—que está lindísima. ¡Oh, cuánto la amo!

—Ahí tiene usted: ha cambiado su anillo por el mío; me ha dado el de oro, y yo le he entregado el mío de plata.

—Las hijas del pueblo no tienen anillos de oro—dijo Mariana.

Tatiana suspiró.

—Yo se lo guardaré á usted, paloma mía. Esté usted tranquila.

—Vamos, siéntense ustedes los dos—dijo Solomine, que durante todo este tiempo, con la cabeza algo inclinada, no había cesado de mirar á Mariana.—En otro tiempo existía la costumbre de sentarse antes de ponerse en camino. Y ustedes dos van á emprender una caminata larga y difícil.

Mariana, encarnada todavía, se sentó; Nejdanof hizo lo mismo, y después Solomine. Tatiana tomó también asiento en un grueso tronco, puesto de pie.

Solomine paseó sus miradas sobre todos.

—Separémonos un poco para ver mejor cómo estamos sentados—dijo, guiñando el ojo y echándose á reir.

Su risa, lejos de molestar, era comunicativa.

Pero Nejdanof se levantó con viveza.

—Parto—dijo—ahora mismo. Todo esto es muy agradable; pero la verdad es que parece que estamos representando un sainete con cambio de trajes.

—No tengas cuidado—dijo, dirigiéndose á Solomine,—no se tocará á tu fábrica. Me voy á dar una vueltecita por las cercanías. Cuando vuelva, ya te referiré, Mariana, mis aventuras, si es que tengo alguna que contarte. Dame la mano para que tenga buena suerte.

—¿No toma usted un poco de té?—le preguntó Tatiana.

—No; no quiero perder tiempo. Si tengo necesidad, entraré en una posada ó en una taberna.

Tatiana movió la cabeza.

—Actualmente, en nuestros caminos se encuentran tantas tabernas como vedijas en una piel de carnero. Hay muchos pueblos, y quien dice pueblos dice tabernas.

—Adiós, hasta luego..... *adiós la compañía*—repitió Nejdanof, comenzando á representar su papel. Mas aún no había llegado á la puerta, cuando vió salir á Paul de la sombra del corredor, que le presentaba un largo y delgado bastón de peregrino, cuya corteza estaba labrada en forma de espiral.

—Tome usted esto—le dijo—Alejo Dmitrich, para apoyarse durante el camino.

Nejdanof tomó el bastón sin decir palabra, y salió. Paul le siguió. Tatiana se disponía á salir, cuando Mariana, acercándose á ella, la detuvo.

—Espere usted, Tatiana; la necesito.

—Vuelvo en seguida; voy tan sólo á buscar el desayuno. Su compañero de usted se ha marchado sin tomar el té. Se conoce que tenía prisa. Pero no es esa una razón para que usted haga penitencia. El que viva verá. ¡Siempre hay tiempo!

Tatiana salió. Solomine se levantó y se quedó en el fondo de la sala. Cuando Mariana se volvió hacia él, un poco asombrada de no haberle oído pronunciar una palabra, vió en su rostro una expresión que hasta entonces no había notado: expresión de inquietud, de interrogación, casi de curiosidad.

La joven se turbó y enrojeció de nuevo, y Solomine, como avergonzado de lo que había denunciado su semblante, se puso á hablar más alto que de costumbre.

—¡Vamos, vamos, Mariana; he aquí el principio!

—¿El principio? ¿Qué principio? Siento no sé qué disgusto. Alejo tiene razón: ¡estamos representando una comedia!

Solomine se volvió á sentar.

—Dígame usted, Mariana: ¿cómo se figura usted que de-

ben ser los comienzos de nuestra obra? ¡Oh, no se trata ahora de construir barricadas, con una bandera en lo alto, y lanzar gritos de «viva la República»! Después de todo, tales cosas no son propias de las mujeres. He aquí lo que debe usted hacer. Busque usted una muchacha cualquiera y enséñela cualquier cosa; no crea usted que la tarea es fácil. La discípula probablemente tendrá el entendimiento torpe, y desconfiará de usted. De seguro que pensará que no necesita que usted la enseñe. Al cabo de dos ó tres semanas empezará usted esa misma tarea con otra muchacha. En el intervalo limpiará usted á un niño que padece de tiña, y le enseñará usted el alfabeto, ó asistirá usted á un enfermo... Estos son los verdaderos comienzos.

—Para eso, ¿no están las Hermanas de la Caridad? Y si esta es mi misión, ¿para qué todo esto?

Mariana indicó con un gesto su traje y todo cuanto la rodeaba.

Había soñado otra cosa.

—¿Quiere usted ofrecerse en sacrificio?

Los ojos de Mariana resplandecieron.

—¡Sí, sí, sí!

—¿Y Nejdanof?

Mariana se encogió de hombros.

—Nejdanoff..... Iremos juntos..... ¡ó iré yo sola!

Solomine miró fijamente á Mariana.

—Perdóneme usted si mis palabras son inoportunas; pero desde mi punto de vista, limpiar la cabeza de un tiñoso es un sacrificio, un gran sacrificio del que pocas gentes son capaces.

—Yo no rehuso hacer eso.

—Lo sé, sí. Usted es capaz de hacerlo. Haga usted esto en espera de lo que sea necesario hacer más adelante.

—Pero, en primer lugar, es preciso que reciba consejo de Tatiana.

—Perfectamente; pídale usted consejos. Lavará usted la loza, pelará usted pollos..... Y más tarde, ¿quién sabe? Quizá salvará usted la patria.

—¿Se burla usted de mí?

Solomine movió suavemente la cabeza.

—No, mi buena Mariana. No me burlo de usted; mis palabras son la verdad pura. En los tiempos que corren, las mujeres rusas son mejores que nosotros.

Mariana, que había bajado los ojos, los levantó.

—Quisiera justificar la esperanza de usted, Solomine..... y en seguida morir.

Solomine se levantó.

—No, viva usted, viva usted. Eso es lo principal. Y, hablando de otra cosa, ¿no tiene usted curiosidad de saber lo que pasa en la antigua casa de usted con motivo de la fuga? Acaso se hayan tomado medidas para buscar á usted. No tiene usted más que decírselo á Paul, y se enterará de todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Es maravilloso ese Paul—dijo Mariana, sorprendida.

—¡Ya lo creo que es maravilloso! Cuando llegue el momento de vuestras bodas, él será el que lo arreglará todo con Zossimo..... ¿Se acuerda usted? Es el cura de que ya le hablé. Pero, por el pronto, no hay necesidad. ¿No?

—No.

—¿No? Está bien, no.

Solomine se acercó á la puerta, que separaba el cuarto de Mariana del de Nejdanof, y se inclinó hacia la cerradura.

—¿Qué mira usted?—le preguntó Mariana.

—¿Cierra bien la llave?

—Sí, cierra bien,—murmuró la joven.

Solomine se volvió á ella, que permanecía con los ojos bajos.

—De modo, que no es necesario saber lo que Sipiaguin ha resuelto, ¿verdad?

Solomine hizo un movimiento para salir.

—¡Solomine!

—¿Qué quiere usted?

—Dígame usted, se lo suplico: ¿por qué usted, que siempre está tan taciturno, se muestra usted conmigo tan hablador?

—¿Por qué?—Solomine cogió las manos suaves y pequeñas de la joven entre las suyas, grandes y duras.—¿Por qué? Probablemente, porque la amo á usted mucho. Adiós.

Y salió. Mariana, inmóvil y de pie, le vió partir, quedóse un momento pensativa, y fué después á buscar á Tatiana, que todavía no había traído el desayuno; tomó una taza de té, lavó la vajilla, peló pollos y peinó la tiñosa cabellera de un chiquillo.

A la hora de comer volvió á su cuarto.

No tuvo que esperar á Nejdanof durante mucho tiempo.

El joven entró fatigado, cubierto de polvo y se dejó caer en el diván. Mariana se sentó á su lado.

—Bueno, bueno: cuenta.

—¿Recuerdas aquellos versos, *Esto sería risible, si no fuese tan triste?*

—Sí.

—Pues bien: esos versos vienen ahora perfectamente, á propósito de mi primera salida. Pero, no; más bien que triste, es completamente cómica. En primer lugar, he adquirido la convicción de que no hay nada tan fácil como representar un papel. Nadie, ni por soñación, ha sospechado quién soy. Pero es menester una cosa en que yo no había pensado: es preciso combinar de antemano alguna historia. De lo contrario, acontece que la gente le pregunta á uno: ¿de dónde viene usted? ¿A qué se dedica? Y no se sabe qué responder. Sin embargo, esa historia no es cosa imprescindible. Basta con invitar al preguntón á tomar una copa de aguardiente y contarle luego cualquier disparate.

—¿Y tú, los has contado?—le preguntó Mariana.

—Como Dios me ha dado á entender. Además, todas las personas con quienes he hablado están descontentas, pero nadie muestra deseos de conocer cómo puede remediar ese descontento. Pero, está visto; como propagandista, soy poco fuerte. He dejado, sin decir una palabra, dos folletos en dos isbas; he deslizado uno en un carro..... ¿Para qué servirán?

¡Dios sólo lo sabe! He ofrecido folletos á cuatro sujetos. Uno me ha preguntado si aquel cuaderno era un libro piadoso, y no ha querido cogerlo: el segundo me ha dicho que no sabía leer, pero lo ha tomado para sus hijos á causa de la estampa de la cubierta: el tercero ha comenzado repitiendo: «Sí, esto es; esto es.» En seguida me ha llenado de injurias, y no ha querido tampoco quedarse con él. El último lo ha aceptado, y hasta me ha dado las gracias con efusión; pero me figuro que no ha entendido ni una jota de lo que le he dicho. Un perro me ha mordido un pie; una mujer, desde el umbral de su isba, me ha amenazado con las tenazas, gritando: «¡Eh, pillo! ¡Valiente tanda de vagabundos de Moscú estais vosotros!.... ¿No habrá quien os mate?» Un soldado con licencia ilimitada me ha perseguido, gritándome: «¡Espera, espera, compañero, que vamos á molerte!» Y, sin embargo, se había emborrachado á costa mía.

—¿Y después?

—¿Después? Tengo una bota mucho más grande que otra, que me ha hecho una rozadura en un pie. Tengo, además, hambre, y me duele la cabeza á causa del aguardiente que he tenido necesidad de tomar.

—¿Has tomado mucho?

—No; muy poco; lo indispensable para dar ejemplo; pero he tenido que entrar en cinco tabernas. No puedo soportar ese brebaje: ¡el aguardiante! ¡Cómo podrán beberlo los campesinos! Es inconcebible. Si fuese preciso beber aguardiente, tendría que renunciar á mi misión.

—¿Dices que nadie ha sospechado de tí?

—Nadie. Sin embargo, un tabernero, un hombre grueso y pálido, de ojos azules, me ha mirado con aire sospechoso. Le oí que decía á su mujer: «Echale el ojo á ese rojo bizco (jamás me he dado cuenta de que fuese bizco); debe ser un tranfullero; mira qué modo tiene de beber.» ¿Qué quería decir? Lo ignoro; pero de seguro no era un elogio. Lo decía con un tono así como el de Gogol en *El Revisor*. Acaso hayan hecho mali-

ciosas suposiciones al verme derramar el aguardiente con disimulo debajo de la mesa ¡Ah! ¡Qué oficio para un estético este de ponerse en contacto con la vida real!

—Ya serás más afortunado otra vez, — le dijo Mariana para consolarle;—pero me satisface que tomes tu primer ensayo por el lado humorístico. En suma, ¿verdad que no te has aburrido?

—No, hasta me he divertido; pero sé bien que si me pusiese á pensar en todo esto, me desazonaría y me pondría triste.

—¡No! ¡No! No te dejaré pensar en semejante cosa; te contaré lo que he hecho. Nos van á servir la comida; en primer lugar, te diré que he lavado maravillosamente la marmita, en la que Tatiana nos ha hecho la sopa. Te lo contaré todo, según vamos comiendo.

Así lo hizo.

Nejdanof, escuchando su relato, la miraba, la miraba fijamente; tanto, que la joven se interrumpió muchas veces para preguntarle por qué la miraba tanto; pero Nejdanof no contestó.

Después de comer, propuso Mariana que oyese la lectura de una novela de Spielhagen; pero apenas hubo acabado la primera página, Nejdanof se levantó y se echó á los pies de Mariana.

La joven se levantó de la silla, él le abrazó las rodillas prorrompiendo en palabras apasionadas, desesperadas, locas.

Quería morir, sabía que moriría bien pronto.....

Mariana no le rechazaba, no le resistía; se sometía pasivamente á aquella violenta acometida, mirándole de alto á bajo con una expresión resignada y casi acariciadora.

Apoyó las dos manos sobre la cabeza de Nejdanof que el joven apretaba contra los pliegues de la falda; pero esa misma tranquilidad influyó con más fuerza sobre el joven, que los esfuerzos que hubiera podido hacer su compañera para rechazarle.

Se levantó y dijo:

—Perdóname, Mariana, por esto de hoy y lo de ayer; repíteme que estás dispuesta á esperar á que yo sea digno de tu amor, y perdóname.

—Te he dado mi palabra, y no sé faltar á ella.

—Gracias..... Adiós.

Salió. Mariana se encerró en su cuarto.

IVAN TURGUENEFF.

(Se continuará).

LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA

La suprema obsesión que en la actualidad domina toda cultivada inteligencia en la América del Sur, consiste en lo que ya se llama en el lenguaje común los *Peligros americanos*. Un distinguido pensador argentino, el Sr. D. A. Rodríguez del Busto, acaba de publicar un libro con este título, el cual tiene dos objetos: sostener la polémica con el Profesor de la Universidad de Santiago de Chile, Dr. Paulino Alfonso, que ha presidido en Buenos Aires el último *Congreso científico latino americano,* sobre la inminencia de estos peligros basados en la tendencia de anexión, absorción y conquista que hacia los países hispanoamericanos se ha despertado en los Estados Unidos, é impugnar á la vez *La ciencia política y el derecho constitucional comparado* del Profesor del Colegio Universitario de Nueva Yorck, Mr. John W. Burgess, en lo que en su nueva teología política se encamina á justificar esta tendencia. La polémica del Sr. Rodríguez del Busto con el profesor Alfonso está constituída por tres cartas de éste y sus respectivas contestaciones por parte del primero, que antes de ser coleccionadas en este libro fueron sucesiva é íntegramente insertas en *La Patria,* de Córdoba, capital del Estado de su nombre en la federación argentina, siendo como ampliación á la última del escritor cordobés la impugnación de la obra de Mr. Burgess.

El Sr. Rodríguez del Busto es uno de los defensores más entusiastas y ardientes de la integridad y de los derechos de la raza *ibérica* en América, rechazando desde luego el dictado de *latina,* y del mismo modo comulga en los principios de los que, desde el Norte de Méjico hasta los últimos archipiélagos del estrecho de Magallanes, sostienen la urgente necesidad de una confederación ó, á lo menos, de una alianza de toda la raza para ponerse á cubierto del peligro común. El escritor chileno Sr. Alfonso no participa de estas opiniones ni siente los mismos desvelos por la integridad de la raza. Si ocurriera la anexión ó la conquista, la toleraría y hasta consideraría como una solución de regeneración y de progreso para la humanidad la irrupción extranjera en toda la América de origen español que trajese á las dilatadas comarcas del continente del Sur, al Centro y á la parte del continente del Norte que ocupan los quince millones de mejicanos, la mezcla de una nueva savia, la imposición de nuevas ideas y nuevas costumbres, un éxodo de sangre y una renovación de cerebro mediante el cual todo lo existente se extinguiera para dar vida á una generación más sana, más inteligente y más útil. Por parte del señor Rodríguez del Busto, la impugnación de la obra de Burgess no es sino la protesta del desvío contra las atracciones yankis que se inoculan en la América española bajo el insinuante atractivo de la sagacidad y el ofuscador sofisma de la ciencia.

Del análisis de estas manifestaciones se deduce el actual estado moral por el que atraviesa todo el mundo iberoamericano, y la disposición verdadera que en el tablero ocupan todas las piezas que han de entrar en el juego que se aproxima: en los Estados Unidos, la perfecta unidad de pensamiento y acción para dilatar sus dominios y absorber bajo su soberanía todo el mundo colombiano, aquí atraído por la sagacidad ó por la seducción, allá amedrentado por la amenaza, en unas partes reclamado á la conquista por el nervio de los intereses, y en otras por las persuasiones del saber; en la América de origen ibérico, la eterna vacilación, la eterna división de opi-

niones y la eterna falta de previsión y cautela. De cualquier modo, así en las cartas del Sr. Alfonso como en otros hechos más recientes y de mayor trascendencia que los escritos del ilustrado profesor chileno, se adquiere, por los que estudian desde lejos todas las posiciones y las ven con mayor diafanidad, esta convicción profunda: que la confederación, ó al menos la alianza iberoamericana, lucha para realizarse con dos obstáculos más insuperables que los temores que despiertan los perfectamente denominados *Peligros americanos:* los obstáculos que levantan la disposición invencible de Chile, aun después de las entrevistas de Punta Arenas, á dejarse influir contra sus propios intereses por sus aliados de raza sajona del viejo mundo, Inglaterra, y la disposición invencible del Brasil, á pesar de la reciente visita del General Roca á Río Janeiro, á dejarse influir contra sus propios intereses por sus aliados sajones del nuevo mundo, los Estados Unidos. La raza anglosajona conspira contra la raza iberoamericana en el seno de ésta misma. Ni Chile ni el Brasil despertarán del todo mientras los peligros que amenazan desde lejos no se conviertan en peligros cercanos que amaguen más directamente sus intereses exclusivos.

El mismo Sr. Alfonso extracta y sintetiza el pensamiento del Sr. Rodríguez del Busto antes de exponer el suyo propio. El Sr. Rodríguez del Busto traza con fecundo ingenio un cuadro sociológico, nutrido de intensa erudición, para demostrar que el origen de la raza española no es menos antiguo que el del pueblo griego y lo es incuestionablemente más que el de los romanos, germanos y antiguos scitas de Europa, en lo que funda su razón para no llamarla *latina;* exalta el grado de su civilización que hubo de influir considerablemente en las ideas y en las costumbres de los varios invasores de la Península, ya de procedencia latina, ya germánica, y sostiene que si, conforme con el grado de genio propio que aquella civilización prehistórica hace suponer, la raza española, á través de las vicisitudes del tiempo, ha ofrecido al mundo constantes mani-

festaciones de inteligencia y de capacidad, de manera que, lejos de acreditar, como se ha pretendido, su inferioridad respecto de la raza germánica, ratifica sus nunca superadas aptitudes para las labores de la civilización; de ser, en realidad, una ley de la historia que las civilizaciones que han traspasado los límites de la madurez cedan el paso al imperio de las razas robustas y jóvenes que ellas mismas han engendrado, en el caso de que la madre España esté condenada á desaparecer como un grande organismo social y político que se disuelve, debe esperarse que su poder y su influjo revivan y se engrandezcan en el vasto escenario americano, heredero de su genio, y coronado por los esplendores de una nueva y brillante civilización. Esta herencia grandiosa de misión y de objeto compele á la América que civilizó nuestra sangre y nuestro esfuerzo á prepararse para tan difícil cometido, y dejando á un lado sus estériles discordias civiles é internacionales, fomentando por los medios adecuados su desarrollo lógico y progresivo, promoviendo alianzas entre sus distintos países, y aun estableciendo entre ellos una gran confederación, crear la base del apoyo recíproco, del común prestigio y, en caso necesario, de la común defensa de sus incipientes nacionalidades ante toda invasión y toda intervención que se proyecte en el extranjero.

Frente á esta opinión, el Sr. Alfonso hace la exposición de la suya. Discute primero si la raza ibérica, por las influencias sociológicas de lenguaje, instituciones jurídicas, ideas y costumbres, está bien incluída ó no en la órbita de las que ha dado origen histórico á las nacionalidades modernas comprendidas en el dictado común de pueblos latinos, rumanos, italianos, franceses, españoles y portugueses, y pondera las conquistas civilizadoras del genio latino, después de la caída del Imperio; aunque al enumerar algunos de los hechos culminantes por él representados, desde el influjo del Pontificado católico, hasta el influjo de la Revolución francesa, ni mienta siquiera sucesos tan culminantes como el descubrimiento y

civilización de América, ni otras efemérides de las que han dado mayor impulso á la cultura y á la prosperidad de los pueblos modernos. Mas al lado de la glorificación de estas conquistas opone el reverso de sus glorias en sucesos, cuyo juicio no puede aceptarse en definitiva en opinión de cosa juzgada, como lo que el Sr. Alfonso llama la intransigencia teocrática en oposición á la eficacia suprema espiritual del Papado; la expulsión de los judíos y de los moriscos de España, ideas que entran perfectamente dentro de los nuevos cánones políticos de los tratadistas americanos que, como Burgess, sostienen la hemogeneidad étnica de los Estados, é imponen hasta la deportación de los elementos que le sean extraños y hostiles, cuando lo imponga la necesidad de su defensa ó de su conservación, en oposición á la épica leyenda de la Reconquista española y de la persecución de la media luna hasta arrancarle los medios de la dilatación de su poder por Europa y los de su predominio sobre el Mediterráneo, y las ponderadas crueldades de los españoles en la conquista de América, concepto elaborado vilmente contra España por todos los libretistas rivales del tiempo, y posteriores, desde Pigafetta hasta el P. Thomas Falkner, en oposición al hecho grandioso del descubrimiento, de la dominación, de la creación de los nuevos pueblos y de la fundación de los institutos, de la cultura moral é intelectual que América nos debe. Y tomando estos supuestos errores por capítulos de estrechas cuentas, de las que la naturaleza inexorablemente ajusta, así á los individuos aislados como á las colectividades humanas, en sus aciertos ó en sus desaciertos, de la suma de estos pecados y culpas hace derivar la aplicación de aquellas leyes remuneratorias á que está sometida toda la vida moral en el planeta, y que se resuelven en las supremas sentencias de la Historia.

Para el Sr. Alfonso la raza sajona, en su opinión triunfante, está dotada, en su conformidad con la corriente imperiosa de la vida moderna, de tantas virtudes como le faltan á la raza latina, á que él mismo pertenece; y como, lejos de recha-

zar el predominio de la fuerza por *última ratio rerum* y *lex suprema vitæ*, lo conceptúa el superior recurso de los más inteligentes y de los más sensatos, estragada, como en su sentir se encuentra, la civilización latina, á pesar de sus refinamientos, y aun por ellos mismos, no le queda más que ceder el paso á los nuevos elementos civilizadores, pues por incultos ó violentos que sean, su triunfo será la última fórmula del derecho, y su obra la última palabra del bien de la humanidad.

El ilustrado doctor chileno siente cierta inclinación, cierta debilidad por el imperio de la fuerza, pues su noción de la historia no le determina otro instrumento impulsivo al camino de la civilización. ¿Qué hizo Roma, que definió el derecho —pregunta—sino dominar con su fuerza á los pueblos que venció? ¿Qué hizo España en la épica conquista del suelo americano? Si la misma fuerza que Roma y España emplearon para sojuzgar los mundos, se volvieron contra ellas cuando perdieron las virtudes que justificaron sus respectivas conquistas; si sus respectivas civilizaciones ya estragadas vieron desvanecerse su grandeza y sus glorias, el mundo, por eso, ni se detuvo ni se detiene; la ley del progreso atropella cuanto le estorba, y es vano alegar contra las fuerzas siempre vivas de la civilización triunfante las vetustas ejecutorias de otros tiempos. Aspira, sin embargo, la raza á subsistir; pero el estado de las razas en cada momento histórico, depende de un conjunto complejo de circunstancias, y no sólo de sus elementos étnicos, pues suele suceder que la inoculación de la nueva sangre crea un carácter que se sobrepone históricamente al de la raza inoculada. No quiere decir esto que con una copia literal del buen gobierno sajón se corrigiesen en la América que fue española todos los vicios de la tradición, de las influencias físicas locales, de las influencias morales de religión, educación y costumbres políticas; pero combinadas las cualidades predominantes de la raza latinoamericana en el grado necesario de las virtudes sajonas, podrían restaurarse aquellas virtudes eclipsadas en toda la raza latina de los dos mundos, en

Francia fustigada por las discordias europeas (?), en Italia debilitada por su vanidad de figurar como potencia de primer orden (!) y en España estenuada por el influjo de sus tradiciones de teocracia (?!) y despotismo (!!!), por la ignorancia y común desidia de las masas populares, por la atonía de su vida industrial, por la falsedad efectiva de sus instituciones constitucionales, por sus frecuentes convulsiones internas y por los espantables *fracasos* (!) que han concluído con los últimos restos de su imperio colonial. Todas estas naciones latinas, y singularmente España, en el balance de lo mucho malo que hicieron, sobre todo este último país en América, sufren el peso de las responsabilidades de raza que se les imputa, responsabilidades que dejaron su légamo en la América que fue española y que en tres cuartos de siglo que lleva de independencia no ha podido sacudir todavía el influjo del régimen colonizador español, el hábito del absolutismo más ciego, la subsistencia de una teocracia intransigente é injusta, la falta casi absoluta de toda educación sistemática, y los errores de un régimen económico que hasta aquí ha mantenido comprimido el trabajo y ahogado los gérmenes de la riqueza pública. En esta disposición temen muchos el avance progresivo y absorbente del coloso del Norte; pero éste sólo avanzará cuanto pueda y cuanto deba, y nunca llegará á las regiones australes; y como ni en Chile ni en la Argentina debe alimentarse la más mínima probabilidad de que sean capaces de agredirlas, ni el más mínimo temor de que estos pueblos fueran incapaces de resistirlos, no hay necesidad de confederaciones ni de alianzas de carácter general é indefinido, sino de no dormirse, de trabajar y educarse, de vivir en paz unos con otros y de hacer vida nacional é internacional sana é higiénica. De la paz dependerá la seguridad, el progreso y la gloria.

Colocada en tales términos esta polémica, hay que reconocer que ni por una parte, ni por otra, los ilustrados campeones que la sostienen se colocan en el punto de vista esencialmente político y trascendental del problema que con razón

preocupa la casi unanimidad de los entendimientos americanos. Al Sr. Rodríguez del Busto le hipnotiza la idea de la irremediable caída de España, tanto por sus recientes descalabros y pérdidas coloniales, como por la decadencia de la raza entera, y como los deudos mal avenidos del moribundo, disputa en la antecámara del paciente la prematura herencia que deja. El Sr. Alfonso no piensa en ella; imbuído del positivismo y del egoismo inglés, y viendo que los peligros han de devorar á muchos otros antes que se aproxime á los lejanos linderos del extremo austral del continente que habita, se cruza de brazos, ó se echa á dormir, repitiendo el conocido epígrama de Príncipe:

Pues que no hemos de pagar,
Vivamos anchos, Colasa.

Entre tanto, los refugios á la ciencia sin duda muestran la erudición profunda de los contendientes; pero en la historia de la humanidad la razón del hombre ha resuelto muy pocos problemas, y la consagración de las revoluciones que mudan la faz de los pueblos no se ha realizado jamás por teorías, sino por hechos que *à posteriori* se explican por la observación y la crítica. La razón suprema que dirige los movimientos de la historia, no pertenece al hombre, sino á Dios, cuyos arcanos nos son incomprensibles, y en cuyos dictados todas las aptitudes de los hombres no son más que instrumentos de sus designios, que se emplean sin conciencia de la finalidad de sus actos, en la solución de problemas que se desarrollan á veces durante siglos, y siempre por diversas generaciones. Cualesquiera que sean los despojos por España sufridos y los límites á que su poder haya quedado reducido, ni España está moribunda, ni ha llegado el tiempo de las herencias de su misión. ¡Que España muere como murió Roma! Pues qué, ¿Roma ha muerto? Murieron sus Césares, cayeron sus ídolos y emancipáronse sus conquistas políticas; pero Roma, restaurada por la virtud del Pontificado católico, sustituyó los altares de los

falsos ídolos por los altares del verdadero Dios; sustituyó el imperio de la fuerza por el imperio del espíritu; sustituyó las dignidades humanas por las dignidades divinas, y no sólo continuó viviendo en la vida y en la historia, sino que desde aquella gloriosa sustitución ejerce la soberanía moral del universo con destinos imperecederos y eternos. ¡Ni murió Roma con la caída de sus Césares, ni ha muerto España por la pérdida de sus colonias! Más muerta, al parecer, quedó en el siglo VIII, cuando en Guadalete las hordas de Tarif derrotaron los ejércitos de Rodrigo y, vencedoras, se esparcieron de mar á mar y desde el Pirineo hasta el estrecho gaditano, y sin embargo, España no murió: continuó subsistiendo arrinconada en las cuevas de los montes cántabros, y sólo en el Guadalete perecieron los dominadores germanos. Pero el espíritu ibérico, de que tan eruditamente escribe el Sr. Rodríguez del Busto, condensó en aquel puñado de hombres libres todo el conjunto de las virtudes étnicas de raza, y las virtudes étnicas de raza, enardecidas por la fe, cuyo rayo venía de la otra nacionalidad salvada por la sustitución del poder de los Pontífices, por lentos pasos recobraron el territorio, de que á su vez desalojaron al inclemente nómada invasor. La crisis en que España entra no es tan profunda como aquella crisis. Desalojada de las conquistas con que gravitó sobre todos los polos del planeta, vuelve á encerrarse en sí misma á meditar nuevos destinos inmortales. La raza que ocupa la Península no es la raza advenediza que protegían las legiones romanas invencibles, las hordas sangrientas salidas de los bosques septentrionales, ni la avalancha desoladora del Asia y del Africa, fanatizadas. La raza que la ocupa es la raza legendaria de todas las emancipaciones. Vive y vivirá en el seno de una civilización que no caduca, y cuando por su esfuerzo y por su valor se han descubierto y han entrado dentro del dominio y de la civilización del hombre los más apartados é incógnitos rincones del planeta, esta victoriosa conquista por la que no sólo se le debe el momento heróico inicial, sino

la más tenaz y fecunda cooperación de cuatro siglos, jamás será proscrita en el sistema de armonía que tiene que ser la última resultante de esta gran labor civilizadora de exploración, de ocupación, de dominio, de educación y de progreso con que por todas partes se despierta la redención de la barbarie, la posesión total de la naturaleza, la sabia explotación de todos sus frutos y la imperiosa distribución de sus bienes por toda la especie.

Los tiempos en que la civilización, siempre en marcha, dejaba atrás anuladas las regiones estragadas que excluía de sus beneficios el movimiento de la victoria ó el movimiento de la civilización que siempre seguía á aquélla, han pasado de todo punto. Ya no se dará nunca más el caso de que el África triunfante anule al Asia, la Grecia al África, y Roma á Grecia, á Cartago y á todo cuanto quedaba fuera de los derechos de su imperio. Y si entre los sabios de los Estados Unidos, donde la imaginación fosforecente tenía en el dominio de sus inteligencias ilustradas tanta parte al menos como los talentos de reflexivo discurso, ha habido, y hay, muchos que han pensado que el encumbramiento de América arguye la ruina de Europa, á la manera como la marcha incesante de las civilizaciones antiguas dejaba arruinadas á las que quedaban atrás, padecen en esto un error tan lamentable, como los que, en alas de la misma imaginación y á pesar de las reposadas condiciones étnicas de los entendimientos sajones, sueñan también, no ya con el imperio universal de todo el continente americano, sino con el del planeta entero. Cuando la civilización dispone, á par que las nuevas exploraciones hasta del uno y otro polo, la internación de los continentes abandonados á la barbarie y al olvido por las viejas civilizaciones vencedoras, y ni la inclemencia de los desiertos de arenas movedizas, ni la del sol que quema la sangre, ni la de las nieves perpetuas que la solidifican, ni la de las razas feroces que no conocen ningún principio de humanidad, detienen este movimiento uniforme en todos los pueblos superiores, á derramar la

luz y los beneficios de la civilización sobre toda costra maciza del globo que habitamos, sobre toda superficie navegable del mar, sobre toda capa impalpable del espacio donde el pulmón humano pueda respirar y el ansia de saber conservar las facultades para observar; ¿qué pueblo, por floreciente que se halle, ni por victorioso que se encuentre, anulará la vida de otros pueblos, los condenará, como en lo antiguo, á la servidumbre ó á la barbarie, y hará pesar como una maza de hierro una civilización triunfadora sobre una muerta civilización? El porvenir no será de América, sino del planeta entero. América gozará sobre Europa, por largo tiempo, los beneficios de su virgen naturaleza. El obscuro labrador de los trópicos, que en un día de fatiga siembra su rica parcela de plátano, café ó tabaco, podrá realizar en pocos meses la fortuna que el mísero gañán de Inglaterra, de Alemania, de Italia, de España, no podrá reunir durante toda su vida, trabajando paciente, solícito, sin descanso detrás de la yunta de sus pesados bueyes; pero, aun contra la ingratitud de la naturaleza estragada por la larga explotación de los siglos, donde quiera que el hombre se agite, y sobre todo, en esta augusta Europa, habituada á todas las conquistas de la civilización, realizadas por sus esfuerzos, quedarán comunes á su trabajo manual y reproductivo el empleo de todas las aplicaciones de los inventos humanos, cooperando á la grata rivalidad del trabajo y á la dulce participación de sus beneficios. Esta comodidad común será la más firme garantía en lo futuro de la común independencia y de la común libertad. Ya es tiempo de que en América se abandonen los idealismos sin realidad. La prosperidad creciente de América no anulará á Europa, ni el creciente poder que da la prosperidad la someterá á su servidumbre. En cuanto á España, como no sobrevenga el cataclismo de una nueva Atlántida que hunda la península en el fondo de los mares, siempre será una nación generosa y apta para la realización de todos los destinos humanos en esta situación geográfica que ocupa en la entrada del Océano y del Medite-

rráneo, con la llave de los dos mares, que si por un momento en la vida de la historia nos está usurpada, cruzados de brazos hemos de esperar su recuperación, cuando, en la oleada alternativa de la fortuna y de la desgracia, á los que están arriba les toque caer abajo, como nosotros caímos.

Pero si España por este lado nada tiene que temer, no sucede lo mismo con los pueblos americanos de su origen, todavía débiles por su división, por sus diferencias, por su escaso espíritu de confraternidad, por la inseguridad de los poderes bajo que se rigen, por la insuficiencia de sus propios medios para explotarse á sí mismos, por la mal meditada organización del mayor número de sus jóvenes nacionalidades, por la hipoteca á que tienen entregada en la mayor parte de sus obras públicas el capital nacional, y por otras causas de índole demasiado compleja. Son merecidas y justas las alarmas de los que, con el Sr. Rodríguez del Busto, ven suspendidos sobre la cabeza de esas jóvenes nacionalidades, cual espadas de Damocles, los *Peligros americanos;* y son justas y merecidas estas alarmas, porque las sugieren todos los síntomas que se palpan ó se dejan sentir, y, tanto ó más que en otro orden de hechos, en el terreno científico, en que el distinguido escritor argentino discute é impugna al Profesor del Colegio Universitario de Nueva York, Mr. John W. Burgess.

Si se examina bien el programa de *La ciencia política y derecho constitucional,* de Burgess, sólo parece un libro didáctico para las aulas. En las cuatro divisiones en que se comparte, trata primero del concepto de *La nación,* que incluye el concepto de *las nacionalidades; El Estado* y la *Constitución del Estado* es la materia esencial del segundo estudio; *La organización del Estado y de sus instituciones,* la del tercero, y *La libertad individual y el carácter de la sumisión,* el último. El lenguaje de toda la obra es más preceptivo que crítico, y sienta en toda ella principios tan erróneos como este que tomo al azar: «Todo el que estudia la historia de la civilización europea sabe que la organización política de los Estados europeos

se basó primitivamente en la unión del trono y el altar, ó sea *en el principio del despotismo asiático.*» (Lib. ij, cap. ij, página 80 de la traducción española.)—Como el Sr. Burgess dogmatiza para la cátedra, no tiene necesidad de probar; y, realmente, hasta para contradecirle sería preciso que se explicase previamente el valor de muchos términos de los de esta proposición. ¿Qué se entiende, con relación á la idea del tiempo, en ese adverbio *primitivamente* á que remonta el principio de la historia de la civilización europea? Debemos suponer que no nos equivocamos refiriendo el principio de la civilización europea á que el autor de *La ciencia política* alude, al principio de las sociedades ó nacionalidades modernas después de las irrupciones bárbaras. ¿Y de qué reflejos asiáticos tomáronse entonces los moldes para establecer la unión del trono y del altar, como base de la organización política de las nacionalidades que surgieron de la obscura confusión de aquel caos? Lejos de ver con juicios equivocados estos reflejos, derivados de elementos que no pudieron ejercer ningún influjo en la lenta elaboración de aquellos hechos históricos, la crítica racional impone la justa apreciación de las causas que motivaron aquella alianza de elementos constitutivos de tan gran restauración y el significado esencial de lo que cada uno de estos elementos representaba. Del fondo de aquella anarquía surgió una unidad de autoridad y de poder material, que fue el trono, y una unidad de principios morales y de derecho, que fue el altar. El altar simbolizaba este principio moral, que servía de garantía y de tutela al derecho, así al derecho personal como al derecho social ó colectivo, y este principio de derecho incluía el principio de libertad civil que ennoblecía aquellas nuevas sociedades. Su alianza con el poder de suprema autoridad, el trono, establecía el equilibrio y la armonía política y social. ¿A qué ir al despotismo asiático á buscar el origen y el molde de las instituciones que de aquí surgieron? Sin imitación de ninguna parte, este principio de organización política nació de la propia inspiración y de la suprema necesidad de las cir-

cunstancias. No había necesidad de moldes de ninguna parte. En aquellas sociedades que nueva y libremente se organizaban, el altar era la libertad y era el derecho, porque el derecho y la libertad representaban los dones de la naturaleza inherentes á la vida civil del hombre, y el concepto supremo de este derecho se confundía entonces y se confunde hoy con la idea de Dios. El otro principio de la alianza era el poder material, la autoridad jurídica, la autoridad ó delegada ó de imposición, cuya armonía con el principio moral del altar constituyó entonces, como constituye hoy, el fundamento, ya tácito, ya explícito, en toda organización civil, la base de toda organización política y social. En los Estados Unidos, de que Mr. J. W. Burgess es ciudadano, cuando el Pastor protestante abre, exhorta y bendice las funciones de las Cámaras norteamericanas, ¿no realiza este mismo principio de alianza entre el poder moral y el poder material en la organización política del Estado americano, que Mr. Burgess atribuye en la primitiva oganización política de los Estados europeos á un principio tomado del despotismo asiático? Toda esta psicología científico-política de los protestantes sajones, así de los del viejo como de los del nuevo mundo, está llena de estas pomposas determinaciones de un eterno error y de una eterna contradicción.

Entre los juicios enfáticos de esta inconsistencia y los principios políticos que se sientan en la obra de Mr. Burgess, si hay motivos para la alarma de entendimientos tan claros como el del Sr. Rodríguez del Busto, serán suficientes algunos pasajes para probarlo. Al estudiar los principios fundamentales en que descansa la idea de *nación* y el hecho político jurídico de cada *nacionalidad*, el autor de *La ciencia política* pasa revista, con exclusión de los Estados hispanoamericanos, los de los continentes de Asia y Africa y las nacionalidades nacientes de la Oceanía, á las nueve nacionalidades esenciales en que divide la población política en Europa y la de los Estados Unidos; examina después el carácter político particular de cada una de estas naciones, y hace á continuación el análisis

de las razas que las constituyen. No niega á la raza latina el genio político que ha realizado en la historia las conquistas imperiales de Roma, la coordinación de un derecho civil, la universalidad del Pontificado católico, la creación de los municipios y que ha sido el principal elaborador de todas las instituciones jurídicas, que más ó menos modificadas por el tiempo, aun siguen subsistiendo ó dando norma á las que se crean; mas con estar tan patente la historia, adjudica á la raza germana tal superioridad de genio político sobre la latina, que concluye por denominar á las naciones ó Estados nacionales que de ella han emanado las naciones políticas por excelencia. Del genio político germánico emanaron los visigodos de España, los suevos de Portugal, los lombardos de Italia, los francos que dominaron las Galias, los alemanes de Alemania, Holanda, Suiza y Austria, y estirando todo lo posible el concepto, si no convierte en germánicas las razas que pueblan la Grecia, la Rumania, los Principados danubianos y hasta la Rusia, germanos son los que en la cúspide de sus respectivas instituciones dirigen la organización política de estos pueblos. Con estos datos define que únicamente las razas germánicas son las poseedoras de capacidad especial para fundar naciones ó Estados nacionales, y que, por lo tanto, en la economía general de la Historia á ellas es á las que les está confiada la misión de dirigir la civilización política del mundo moderno. Y como los Estados Unidos deben considerarse también como un Estado nacional germánico, á ellos les toca la misión de dirigir la civilización política de los demás Estados de otra raza constituídos en la América del Norte, del Centro y del Sur, que á pesar de su larga independencia, no han logrado todavía organizarse en verdaderos Estados nacionales.

Estas ideas se completan con estas otras proposiciones.—«El hecho—dice Mr. Burgess—de que sea el Estado nacional creación del genio político germánico, erige á la nación germánica en la nación política por excelencia y la autoriza en la economía del mundo á asumir la dirección del estableci-

miento y la administración de los Estados. En ciertas circunstancias no debe permitirse siquiera la participación de los otros elementos políticos en esta labor, pues el ejercicio del poder político no es un derecho del hombre, sino que debe fundarse en la capacidad; por cuya razón las naciones germánicas deben llevar la civilización política á todas las partes del globo habitadas por razas bárbaras y no políticas. Bajo esta misma consideración, y en virtud de la misión manifiesta que incumbe á las razas germánicas, se desprende que es de su parte una política justificada la intervención en los asuntos de poblaciones no enteramente bárbaras, y que han hecho algunos progresos en la organización política con cierto grado de perfección. Y como interesa á la civilización del mundo que por donde quiera reinen la ley, el orden y la verdadera libertad, la impotencia permanente de un Estado para garantizar estos intereses constituye una amenaza contra la civilización, haciéndose necesario que uno ó más Estados con capacidad política asuman su soberanía y traten de organizar políticamente al país ó países que no tienen esta capacidad.»

La obra de Mr. Burgess se escribió para preparar la guerra con España, el protectorado dispensado á la insurrección cubana, la situación anormal en que desde la conclusión de la guerra se sostenía la gran Antilla, siempre ocupada y administrada por los Estados Unidos, la anexión de Puerto Rico y el despojo de las Filipinas. Los efectos producidos en la aplicación de estos principios son ya de conocimiento común. Con ellos ha estado absolutamente conforme la conducta de los Estados Unidos respecto á las posesiones coloniales de que se ha despojado á España. Pero los principios sustentados por Mr. Burgess han quedado en pie; otros libros, en competencia, han venido más tarde á apoyarlos, entre tanto que las ideas de la necesidad de la anexión de toda la América latina á la sajona, por la incapacidad de la primera para organizarse políticamente á sí misma, han sido ideas que hasta en discursos de profecía se han derramado en la conciencia de la

opinión en periódicos, en nuevos libros, en discursos hasta del heraldo aliado inglés de las pretensiones yakees, el Ministro británico Chamberlain. En la polémica suscitada entre el Dr. Alfonso, de Chile, y el escritor argentino Sr. Rodríguez del Busto, cree el primero, para oponerse al proyecto de toda alianza iberoamericana, que así á Méjico y á la Argentina, como á Chile, y en general á todas las jóvenes Repúblicas de origen español, para estar seguras en su independencia y vivir con honor y con gloria, basta sólo no dormirse, no contrariar la obra de la naturaleza, gozar los bienes con que la naturaleza las enriquece, trabajar y adecuarse y hacer una vida nacional é internacional sana é higiénica. Pero el Sr. Rodríguez del Busto desconfía, con razón, de los que se creen, á nombre de la raza germánica á que pertenecen, con capacidad especial—pudiéramos decir única—para la fundación de Estados Nacionales, y que se consideran investidos de la misión de dirigir la civilización política del mundo moderno, y tienen por una política justificada la intervención en los asuntos de poblaciones no enteramente bárbaras y que han hecho algunos progresos en la organizacion política con cierto grado de perfección. Si de este concepto no se ha librado España, Estado nacional que cuenta con siglos de existencia y que ha creado en todas las regiones del planeta tantos pueblos libres y cultos, por ella sabiamente gobernados durante cuatro siglos, ¿qué *republiquilla,* como los *yankees* llaman, sin excepción, á todas las de la sangre ibérica, sin excluir á Méjico, que cuenta quince millones de súbditos civilizados, se creerá libre de la amenaza que Mr. Burgess formula, y que todo el mundo denomina *peligros americanos?*

La cuestión es que en las agresiones absorbentes que contra la América de origen ibérico se preparan, no hay más razón discutible que la de la fábula de *El lobo y el cordero;* pero á las cosas crudas hay que darles su barniz, y en el debate entablado sobre las razas capacitadas y las razas incapacitadas, las razas vigorosas y las razas decayentes, las razas vie-

jas y las razas jóvenes, no existen más que una multitud de convencionalismos, dorados por la ciencia, y que constituyen el barniz del buen *parecr* en la ruda realidad que se ve en perspectiva. Las razas, las naciones y los pueblos, tienen sus alternativas de alzas y bajas, en que influyen mil elementos excesivamente complejos y múltiples para enumerarlos, y entre estas alzas y bajas se realizan las evoluciones de la Historia. Al terminar el siglo XV á España tocó el lauro de ponerse en la vanguardia de la evolución. Se había inventado la imprenta, la brújula y la pólvora; se habían arrojado de la península los mahometanos; con la constitución de las nuevas nacionalidades había dado un paso de gigante la situación política y civil de los nuevos Estados; el renacimiento artístico y literario amplió las esferas del espíritu, y el descubrimiento y conquista de América dió al Atlántico la importancia comercial y política de que le mantenía despojado la ignorancia de sus límites y á la actividad del hombre el dominio entero del planeta. A poco, la protesta religiosa, practicando nuevo camino, por la discusión, á los vuelos del pensamiento y á las dilataciones de la ciencia, completó aquella suma de conquistas que produjeron la mayor revolución civilizadora que en la humanidad se había realizado desde el drama sangriento del Calvario, la creación de la Cátedra de Roma, la división y caída del Imperio y la irrupción de los bárbaros. No fue la revolución producida por tantos inventos gloriosos, el diluvio de hierro y de sangre, que sumió en un caos las sociedades desconcertadas del Imperio deshecho; pero durante las luchas á que dió margen, hubo, como siempre, vencidos y vencedores, razas sindicadas de decayentes, y razas ponderadas de reconstructivas, entidades nacionales que desaparecieron y entidades nacionales que se depuraron, Estados en ruinas y Estados en apogeo. ¿Qué duda cabe que nos encontramos enmedio de una de las más grandes evoluciones de la Historia? Entonces el descubrimiento del Nuevo Mundo modificaba sólo los elementos primarios de la geografía: hoy

es la emancipación de aquellos pueblos desde entonces formados, lo que modifica el equilibrio de la política. Entonces la invención de la imprenta ponía en tensión el pensamiento, la de la pólvora cambiaba la estrategia de la guerra, y la de la brújula ponía el tránsito del mar al alcance de la inteligencia, emancipándole de las confusiones de la temeridad. ¡Hoy..... hoy los inventos no caben en las ponderaciones de la fantasía: el vapor, el hilo telegráfico, la luz y el motor eléctrico, los terribles explosivos, la impresión por la luz, la aplicación multiforme de la máquina..... lo infinito! ¿No ha de producir esto una revolución política profunda en todo el planeta, ya dominado por la exploración científica y por las audacias del comercio, al lado de la cual la revolución política francesa sólo parezca el prólogo del drama?

No es la raza sajona de los dos mundos la que está, como antes España, al frente de esta grande evolución: son los Estados Unidos americanos. No es el inmenso Océano Atlántico el que modifica las relaciones políticas y comerciales de los hombres, sino todos los Océanos: el Pacífico, el Boreal, los de dos Polos. Inglaterra no ha hecho más, para sobrevivir, que ponerse á las espaldas de aquella poderosa hija que ya la aventaja en opulencia y que se halla situada entre los dos Océanos de las nuevas luchas. ¡Ay del día del primer descalabro que Inglaterra sufra! ¿Quién sabe? Enmedio del inmenso poder de que presume, un secreto presentimiento hace comprender que su suerte fija está en el reloj inexorable del destino. No se engañan los publicistas yankees: de allí ha de venir el movimiento. Pero por lo mismo que el movimiento producirá tal vez el caos, á los pueblos jóvenes de la América de nuestro origen incumbe, por instinto de propia conservación, saber aprovechar los instantes, unirse entre sí y ponerse en la corriente. Yo, desde luego, declaro que estoy más al lado del argentino Rodríguez del Busto que del doctor chileno Paulino Alfonso.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

SANTA CRUZ DE LA SERÓS

OBSERVACIONES SOBRE UN MONUMENTO ARQUITECTÓNICO CASI DESCONOCIDO

El que llevado del entusiasmo por los recuerdos históricos y artísticos, y deseando compensar debilidades presentes con el recuerdo de fortalezas pasadas, se decida á visitar el Monasterio de San Juan de la Peña, ha de prepararse para un viaje incómodo, ciertamente, pero fecundo en impresiones de variados géneros. Empréndese la excursión desde Jaca, por la carretera de esta ciudad á Sangüesa, y á no larga distancia de la antigua corte de Ramiro I se halla el viajero con la venta de *Escula-bolsas,* nombre un tanto naturalista y bastante expresivo. Allí se deja el coche, y *caballero* en uno de esos mulos montañeses, cuyo admirable instinto los hace insustituibles para tales expediciones, comienza la subida al renombrado panteón de los primeros reyes aragoneses. Tras una hora de marcha, encuéntrase el pueblo de Santa Cruz de la Serós, oculto entre dos estribaciones de la sierra de San Juan y en la embocadura de la estrecha y selvática hondonada cuya salida cierra la enorme y celebérrima Peña.

En tan humilde pueblo, y dándole fondo el agreste paisaje, se conserva una iglesia curiosísimo ejemplar de la arqui-

tectura española de la Edad Media, digno de ser estudiado por cuantos posean el amor *á las cosas que fueron,* pero tan poco conocido, que apenas si existe autor donde pueda leerse su descripción (1), y aun ésta, somera é incidental, se debe al feliz emplazamiento de la iglesia en la ruta de San Juan de la Peña; que á no ser así, mantuviérase virgen de todo encarecimiento y atención. Y, sin embargo, la iglesia de Santa Cruz de la Serós merece un examen concienzudo y una monografía detallada, cuyo croquis tratamos de esbozar aquí, si bien por modo incompleto, puesto que circunstancias materiales nos impiden ser más extensos y ampliar el estudio con fotografías y dibujos.

Cuenta la Historia (2) que en el año de 984 el Rey Sancho y su mujer Doña Urraca dotaron espléndidamente *el Monasterio de Santa María de las Sorores de Santa Cruz.* No dice el documento correspondiente que estos reyes fueran sus fundadores; pero debió ser así, porque no se le conocen bienes con anterioridad, y no se comprende en aquellos tiempos la existencia de una casa de religión indotada. De tan lejana fecha se deduce que este es el convento de monjas más antiguo que existe en Aragón. Ramiro I, en su testamento otorgado el año

(1) El Sr. Cuadrado, en el tomo de *Aragón,* de la conocida obra *Recuerdos y bellezas de España,* se ocupa ligeramente de esta iglesia, al reseñar la expedición á San Juan de la Peña, acompañando una litografía de Parcerisa un tanto fantástica. De ella está copiado el dibujo que se inserta en la nueva edición de la obra, hecha por el editor Sr. Cortezo.

El Sr. Balaguer, en su escrito *San Juan de la Peña,* inserto en el libro *A granel* (Madrid, 1898), es todavía más conciso en la descripción del monumento de que se trata.

(2) *Teatro historico de las Iglesias del Reyno de Aragon,* por el reverendo P. Fr. Ramón de Huesca, continuado por el R. P. Fr. Lamberto de Zaragoza. Tomo VIII. Pamplona, 1870.—Dice este último autor que en 1599 confirmó Felipe III los privilegios y donaciones de la casa, extendiéndose con tal motivo una Escritura, en la que se hicieron constar los documentos (algunos ya entonces desaparecidos), por donde se ha venido en conocimiento de la historia de este Monasterio.

1061, recomienda á su hija Doña Urraca, que había ingresado en este Monasterio en la flor de su juventud, y á las demás *sorores* (hermanas), que vivan siempre bajo la obediencia del Abad de San Juan de la Peña. Pero el ennoblecimiento y apogeo de la casa se debió á las Infantas Doña Teresa, viuda del Conde de Provenza, y Doña Sancha, viuda del de Tolosa, hijas ambas de Ramiro I, que la dotaron con ricos y extensos territorios, sobresaliendo en esplendidez la última de aquellas ilustres señoras, que por privilegios de 1076 y 1096 otorgó al Monasterio muchos lugares, sobre los que éste ejercía jurisdicciones civil y criminal. A la santa casa «asilo de la inocencia y arca de refugio», como la llama el P. Lamberto, de Zaragoza, se retiró Doña Sancha, ordenando que en ella fuese enterrado su cuerpo. Por lo categórico de sus palabras, conviene á nuestro estudio copiar las de un cronista de la Orden, el cual dice así (1): «También en este tiempo (1076) se fundó un Mo»nasterio en Cataluña (2), llamado Santa María, cabe el pue»blo de Santa Cruz; edificóle doña Sancha, Infanta, hermana »del Rey de Aragón, muger del Conde de Tolosa, para q̄ mon»jas principales tomasē en él el abito.» «Enriqueziole bastante»mente esta Señora, y despues le calificó, dexando en él ente»rrado su cuerpo» (3). El Convento de Santa María de las Sorores fue, pues, de los llamados *Monasteria Dominorum*, en los cuales no se admitían más que personas ilustres y de conocida nobleza, á diferencia de los *Monasteria Nonarum*, abiertos á toda categoría de gentes (4).

(1) *Crónica general de la Orden de San Benito*, por el M. R. Fr. Antonio de Yepes. Tomo VI; Valladolid, 1617.—Folio 324 vuelto.

(2) Por error geográfico, explicable por razones históricas, coloca el P. Yepes en Cataluña el antiguo condado de Aragón.

(3) El P. Yepes advierte á continuación que no ha de confundirse este Monasterio, que se llama de Santa María de la Serós, en el pueblo de Santa Cruz, con el de Santas Cruces, de monjas cirtencienses.

(4) Yepes, *Ob. y t.* citados, folio 318 vuelto.—San Hugo, Abad de Cluny, al final del siglo XI fundó el Monasterio de Marcigny, para damas nobles, que tenía en España otros bajo su dependencia. (V. Viollet-le-Duc, *Dictionnaire*, t. I, pág. 255).

En 1555 se trasladó la comunidad á Jaca, ocupando el Real Monasterio de monjas benedictinas, y en 1622 se llevaron á éste, desde Santa Cruz, las cenizas de las tres Infantas, depositándose en un antiguo sepulcro de piedra, sobre el cual, y en el presbiterio, se colocó una lápida con la siguiente inscripción:

«Aquí yace D.ª Urraca, Monja y Fundadora de este Real »Monasterio, D.ª Sancha, Condesa de Tolosa y D.ª Teresa de »Proenza, hijas de Don Ramiro, Rey de Aragón. Trasladó sus »huesos del Monasterio de Santa ✠ de la Serós la M. Ille. S.ª »D.ª Gerónima Abarca, Abadesa, á 22 de Nbre. de 1622.»

¿Qué resta hoy de la casa *edificada, enriquecida* y *calificada* por Doña Sancha en el último cuarto del siglo XI? La iglesia solamente. Más de trescientos años de abandono, dieron en tierra con las edificaciones conventuales, y con parte de la iglesia misma, pues en tal estado viéronla Cuadrado y Balaguer: hundida la bóveda, obstruído el paso por las piedras y entregada á la acción destructora de todos los elementos. Una mano piadosa, creemos que la del actual Ilmo. Señor Obispo de Jaca, la ha limpiado y rehecho, y aun cuando en esta restauración no todo es digno de elogio, no debe regateársele al salvador de un monumento de tal importancia.

Porque la tiene, y grande, en la historia de la arquitectura española, la Iglesia de Santa Cruz de la Serós, nombre en el cual se ha transformado, por corrupción, el primitivo de Santa María de las Sorores de Santa Cruz. Trátase, según lo que la historia dice y nosotros analizaremos, de una construcción del último cuarto del siglo XI; y si por tan respetable antigüedad es digna de estudio, éste se impone con mayor fuerza por los rasgos especiales que el monumento presenta.

La planta, de no grandes dimensiones, se compone de una sola nave, en forma de cruz latina, coronada por un ábside semicircular, al que acompañan, en los dos brazos de la cruz, sendas capillitas, semicirculares también, y que por su pequeñez no alcanzan la categoría de ábsides secundarios, peculia-

res del estilo románico. Detalle notable: estas capillitas son por fuera de planta rectangular, es decir, que no se acusan al exterior en semicilindro, sino con planos y aristas verticales. La iglesia, que está orientada litúrgicamente, tiene una sola puerta en el hastial Oeste, y en el lado Sur un pequeño compartimiento, hoy dedicado á sacristía. El alzado interior se compone de muros rectos y lisos en la nave principal, en los cuales hay adosadas columnas con capiteles historiados, sobre los que cargan arcos de medio punto que sirven de refuerzo al medio cañón, de igual directriz que éstos, con el que se cubre la nave. Los brazos de la cruz, de muros también lisos y sin columnas, tienen bóvedas de crucería, de carácter por demás primitivo, con nervios en forma de grueso baquetón, cuyos arranques se apoyan del modo más bárbaro en los ángulos. La plementeria está despiezada por el sistema francés en una de las dos bóvedas, y por el normando en la otra (1). El ábside tiene tres estrechas y sencillísimas ventanas, y bóveda de cuarto de esfera.

Tal es el interior de la iglesia de Santa Cruz, y aquí parece que acaba cuanto en él hay que describir. Pero no es así, porque en los pies, y á la altura del arranque de la bóveda, se ve un hueco, obscuro para ventana, é inaccesible para puerta. Y, sin embargo, es esto último; mas si hoy es posible subir á ella por una escalera de madera, no se adivina por dónde vsrificábase la ascensión en los primitivos tiempos, pues en los muros no se ven restos de escalera alguna, lo cual parece prueba de que hubo interés en dificultar la subida, y que aquel hueco debe ser entrada de algo que se dispuso como lugar de refugio en casos apurados, bien por el asedio de moros, bastante frecuentes en los años anteriores á la reconquista de

(1) El sistema *francés* se compone de hiladas que apoyan todas en el arco formero ó en el transversal, y en los diagonales; en el *normando*, las hiladas cargan en aquéllos, y se cruzan en el espinazo, formando lo que se llama en construcción *espina de pez*.

Huesca (1096), bien por el de gentes maleantes ó tropas enemigas, que todo esto abundaba en aquellos agitados siglos. En efecto, traspuesto el hueco mencionado, asciéndese por estrecha escalera abierta en el grueso del muro; escalera cuyos pétreos y altísimos peldaños, más propios son para forzudos guerreros que para delicadas vírgenes del Señor. El pasadizo desemboca en un recinto abovedado, que se eleva sobre el crucero de la iglesia, formando la bóveda de ésta el piso de aquél. Tal disposición, que hace esta linterna independiente de la iglesia, prueba que no se hizo para el ornato ó ennoblecimiento de ella, y parece confirmar la suposición antes expuesta. El recinto mencionado es de planta cuadrada, transformada luego en octógono regular por cuatro nichos que arrancan desde el pavimento mismo. Sobre el octógono asienta una cúpula semiesférica, despiezada por anillos concéntricos. Cuatro columnas colocadas, no en los vértices sino en los medios de los muros, sostienen dos arcos cruzados, de sección compuesta por dos gruesos baquetones, que refuerzan la cúpula.

La linterna, cimborrio ó como quiera llamarse, se comunica por una estrecha puerta con la torre, emplazada sobre el brazo de la derecha de la cruz que forma la planta de la iglesia. Esta torre es un altísimo recinto prismático cuadrangular, al que dan luz tres órdenes de ventanas pareadas, cuyas columnillas rematan en capiteles de labor bárbara. Cúbrese con otra cúpula análoga en forma y despiezo á la antes descrita, pero sin arcos de refuerzo. El paso de la planta cuadrada al octógono, está aquí hecho por medio de cuatro *trompas*.

En el exterior merecen notarse la puerta principal, de arco de medio punto, moldurado con un grueso baquetón que apoya sus salmeres en columnas con capiteles curiosísimos, y tímpano en el que se ve esculpido el lábaro (1); los canecillos

(1) En las fajas lisas de este tímpano se leen los siguientes versos latinos:

del tejaróz que forma el perímetro de la cubierta y las coronaciones de la linterna del crucero y la torre, cuyos nichos y trompas se acusan por tejadillos á dos vertientes, protegiendo las cúpulas pirámides octogonales.

Descrita queda con esto la interesante iglesia; pero concluída la árida enumeración de sus partes, cúmplenos analizarlas con relación á la época y al estilo.

Es aquella, como se ha dicho, el último cuarto del siglo XI, y es este el románico cluniacense más característico, sin las exuberancias ornamentales que en la siguiente centuria provocaron las censuras de San Bernardo, pero también sin la sequedad bárbara de los cenobios catalanes y navarros. En la disposición del monumento nótase desde luego la doble naturaleza de santuario y castillo, tan frecuente en aquellos tiempos, pero con diferencias esenciales. No se ven en la iglesia de Santa Cruz ni ábsides coronados de adarves, como en las catedrales de Avila y Tarragona, ni poderosas torres almenadas, como en la de Sigüenza, ni sobre la puerta se enhiesta robusto baluarte, como en la de Jaca. Inútiles alardes de fuerza serían estos en una casa habitada por débiles mujeres. Las *sorores* de Santa Cruz prepararon tan solo un lugar de refugio, y no de defensa, para esperar, en momentos de peligro, que la Divina Misericordia las amparase, alejando los enemigos ó atrayendo huestes amigas que las socorrieran y libertaran.

Estudiemos ahora, por separado, los caracteres arquitectónicos de la iglesia de Santa Cruz. La planta no es la esplén-

---

Janua sum præpes: per me transite, fideles
Fons ego sum vitæ; plus me quam vina sitite,
Virginis hoc templum quisquis penetrare beatum.

Y este otro:

Corrige te primum, valeas quo poscere Xpristum.

En las puertas de la catedral de Jaca, que presentan mucha analogía con la de Santa Cruz, también hay esculpidos versos y preceptos latinos.

dida de tres naves, crucero y girola rodeada de capillas (catedral de Santiago), ni la de igual cuerpo y triple ábside, característica de los templos de la época (catedral de Jaca, San Isidoro de León, etc., etc.), ni la más modesta, de una sola nave (San Juan de Amandi, San Juan de Priorio, parroquia de Ujo, etc., etc., y algo más tarde la abadía de San Quirce, en Burgos; el Salvador, de Sepúlveda; colegiata de Cervatos, San Isidro, de Avila, la Magdalena, de Zamora, etc., etc.), sino que su forma, de cruz latina y una sola nave, parece exclusiva en España de la vertiente del Pirineo, pues esta es, en sus líneas generales, las de San Pedro de Camprodón (Gerona), San Pablo del Campo (Barcelona), San Juan de las Abadesas (Gerona) y algunas otras abadías benedictinas (1), y apenas se puede señalar en las regiones castellanas y leonesas.

Si del estudio de la planta pasamos al de su alzado, nada que se salga de lo genuino del estilo nos ofrece el cañón seguido de la nave y el cuarto de esfera del ábside. Pero no así las bóvedas de crucería de los dos brazos menores de la iglesia. ¡Bóvedas de crucería en una construcción cristiana española del siglo XI! El hecho, admitido sin discusión, revolucionaría la historia de la arquitectura nacional; pero analizando los elementos de estas bóvedas, puede deducirse que son hechura de la segunda mitad de la centuria duodécima.

---

(1) La iglesia del monasterio de San Salvador de Oña se compone hoy de una sola nave, de los últimos años del siglo XII ó primeros del XIII, con un crucero y ábside del XV; pero lo inusitado de tal forma en los tiempos de la transición románico-ojival, da lugar á creer que la actual construcción se levantó en el reinado de Alfonso VIII, siguiendo la forma que tenía la que edificaron los monjes de San Juan de la Peña en el siglo XI.

La iglesia de Leyre, cuyo monasterio se pobló también á principios de esta centuria con monjes de Cluny, tiene hoy una sola nave ojival y una cabecera con triple ábside, resto de la iglesia del siglo XI. El señor D. Pedro Madrazo supone («Navarra»—Recuerdos y bellezas de España) que el cuerpo de esta fue de tres naves.

No otra cosa manifiestan la sección de los nervios, que es un robusto y simple baquetón, y el arranque de éstos, que se afila en él y sale del muro sin apoyo ni preparación alguna. Es decir, que nos encontramos con otro ejemplo más que añadir á los interesantísimos esbozos de la crucería ojival que se ven en el ábside de la catedral de Avila y en las iglesias de Veruela y Poblet, todas de la última mitad del siglo XII. Parece, pues, seguro que los brazos que forman la cruz de la iglesia de la Serós estuvieron cubiertos con medios cañones; peroque, resentidos ó derrumbados un siglo después de su construcción, exigieron nuevas bóvedas, haciéndose éstas por el sistema que por entonces comenzaba á generalizarse. Pero los caracteres de las dos crucerías manifiestan que son de los más antíguos, ó acaso los primeros ejemplares que de su clase existen en España, aumentándose con esto notablemente su interés. En la plementeria de ambas hemos de notar que se emplearon los dos despiezos usados en la época; el francés en la de la izquierda y el anglo-normando en la de la derecha, propio aquél de los constructores de la isla de Francia y éste de los de la Aquitania y el Anjou (1).

Verdaderamente extraña é inusitada es la colocación del cimborrio en la iglesia que estudiamos. Tanto, que ella le da el carácter de ejemplar rarísimo, y casi nos atreveríamos á decir que único. Porque si la elevación de linternas sobre los cruceros es costumbre de origen bizantino, adoptada en Occidente desde el siglo VII, según los franceses, por la imitación de la capilla de Aquisgran (2), y que los españoles acaso podamos atribuir, como tantas otras, á la influencia di-

(1) Viollet-le-Duc, *Dictionnaire raisonné de l'Architecture*, tomo IV. Construction.—Dice este autor que el sistema anglo-normando no se usó en Francia más que hasta los primeros años del siglo XIII, pero que persistió en Inglaterra. Lo mismo puede afirmarse de España, puesto que lo vemos empleado en la linterna de San Vicente de Avila, obra del final de aquel siglo.

(2) Viollet-le-Duc, *ob. cit.* Clocher.

rectamente oriental, traída á España por los imperiales que dominaron en la costa levantina en los tiempos visigodos; si tal construcción, repetimos, es frecuentísima en las iglesias rhinianas, francesas y españolas, en todas ellas, si no estamos equivocados, la linterna se manifiesta al interior, bien en toda su altura, ó bien cortada, en parte, por una bóveda cupuliforme que la acusa. Pero en Santa Cruz el cimborrio permanece oculto, y nada manifiesta su existencia en el interior; prueba plena de que no fue el embellecimiento de éste el objeto de su edificación. Y que no lo fue tampoco el alojar las campanas, lo testifican la carencia de verdaderas ventanas y la torre-campanario que á su lado se eleva. ¿Pudo ser un agregado que, como tal, no entró en el plan primitivo de la iglesia? No lo creemos, estudiando la armonía del exterior del monumento y los caracteres del interior de la linterna.

Ésta se compone, como descrito queda, de un compartimiento de planta cuadrada, que transforman en octogonal cuatro grandes nichos y que cubre una cúpula semiesférica de perfecto despiezo anular. Cuantos autores se han ocupado en esta clase de estudios han dicho y repetido que los arquitectos occidentales demostraron siempre tal antipatía á las superficies de doble curvatura, que tendieron constantemente á convertirlas en *regladas,* transformando el nicho en arco avocinado, la pechina en trompa, la cúpula en bóveda octogonal cilíndrica, y el casquete esférico en crucería. El hecho parece cierto; y, sin embargo, tan numerosos son los ejemplares de bóvedas de doble curvatura que se van estudiando en los monumentos de nuestro suelo, que hay que rendirse ante la realidad, confesando que en los siglos XI y XII hubo en España una serie de maestros que bajo la doble influencia bizantina, importada por la costa del Mediterráneo, y aquitana, venida á través del Pirineo, construyeron innumerables cúpulas, desde las rudimentarias de San Pedro, de Camprodón, y San Pablo, de Barcelona, pasando por las típicas de San Quirce (Burgos) y la Colegiata de Castañeda (Santander), hasta las

suntuosas de Silos (1), Hirache, Toro, Zamora y Salamanca.

La cúpula de la torre de Santa Cruz de la Serós, sobre trompas, y la del cimborrio, sobre nichos, son nuevos ejemplares que añadir á los citados. Y auméntase el interés de la última por el agregado de los dos nervios de refuerzo. La colocación de estos arcos es muy curiosa. Porque en la serie de bóvedas cupuliformes con nervios que del arte románico se conservan, éstos se hallan apoyados, casi sin excepción, en los ángulos de la planta, y corresponden, por lo tanto, á las diagonales del polígono; pero aquí, por caso extraño, están en los centros de los lados (2). Un ejemplo algo parecido, pero no igual, puede señalarse en la bóveda, en *rincón del claustro,* de la torre vieja de la catedral de Oviedo; pero donde tenemos otro que acaso contenga el modelo de la de Santa Cruz, es en el crucero de la catedral de Jaca, donde se levanta una cúpula sobre cuatro arcos de refuerzo, colocados en los medios y no en los vértices del octógono. La coincidencia merece notarse, pues establece una filiación, ó estrechas relaciones de parentesco por lo menos, entre estos dos monumentos; cosa que, en verdad, nada tiene de sorprendente por ser ambos casi coetáneos (3), estar emplazados en lugares vecinos y en camino por demás frecuentado por las relaciones que Jaca y San Juan de

---

(1) Esta cúpula, con la iglesia de que formaba parte, fue demolida el siglo pasado. Véase el artículo publicado por el que esto escribe en el número de *La Ilustración Española y Americana,* correspondiente al 22 de Enero último.

(2) Las bóvedas cupuliformes de San Millán y la Vera Cruz de Segovia tienen los nervios en los lados, y no en los vértices del octógono; pero estas cubiertas son del sistema que pudiéramos llamar *mahometano,* que no reune estos nervios en una clave central, y, por consiguiente, es distinto al género que ahora estudiamos.

(3) La catedral de Jaca se fundó en 1040 por Ramiro I y se consagró en 1063; y aunque esta ceremonia no indica que estuviese concluída del todo la fábrica, los caracteres arquitectónicos indican en ella alguna mayor antigüedad con respecto á la iglesia de Santa Cruz.

la Peña sostenían en los reinados de Ramiro I y Sancho Ramírez.

Si observamos atentamente el conjunto del interior de esta linterna, de cuyo pavimento arrancan las columnas que sostienen los nervios resaltados, sobre los que carga la cúpula, aunque con independencia de éstos, no cabe dudar que la impresión que produce es la de un recinto de *estructura ojival*, entendiendo con este calificativo el sistema de construcción y no los detalles de la misma. Poniéndose en el justo medio entre los que creen que la bóveda de crucería proviene exclusivamente de la cúpula aquitana y los que opinan que se debe á la transformación de la de arista romana, y creyendo, con Viollet-le-Duc, en una doble corriente, es interesante el estudio de la linterna de Santa Cruz de la Serós, donde parece contenerse un esbozo de la crucería cupuliforme ó anglonormanda, que, naciendo de la bóveda *vaida*, que al fin no es más que una variante de la cúpula, y, andando el tiempo, dió forma á las que cubren las naves bajas de la colegiata de Toro y la catedral de Ciudad Rodrigo y algunas de la catedral vieja de Salamanca, construídas bajo la influencia aquitana, de la que son tipos las iglesias de Saumur y Saint-Avit-Senieur.

Concluyamos este breve análisis con el de la torre, y anotemos su inusitado emplazamiento sobre el brazo derecho del crucero y no sobre la entrada ó á los lados de éste, como es general en el estilo, ó adosada á aquél, según hay numerosos ejemplos. La cúpula sobre trompas que cubre el alto recinto del campanario, no tiene nervios ni resaltos que interrumpan su desnuda superficie, pudiéndose así apreciar su perfecto despiezo, que indica en el constructor nada vulgar maestría en su arte.

Por estas ligeras observaciones puede deducirse el interés que para el estudio de la arquitectura española tiene la iglesia benedictina de Santa Cruz de la Serós, monumento que á su respetable historia une el ser un ejemplar curiosísimo del

arte del siglo XI, agregando á los caracteres generales del estilo otros que le dan categoría de *monumento-tipo*. Pero conocida la obra, ocurre preguntar por el autor. Inútil empeño sería averiguar el nombre de quien vivió en época en que el anónimo cubría por igual á todos los artistas. Pero ya que hoy no podamos conocer la persona, presumiremos fundadamente su clase. Trátase de una abadía dependiente de la casa de Cluny y construída en los tiempos en que el monje cluniacense Hildebrando regía la Iglesia con el nombre de Gregorio VII; San Hugo, Abad de Cluny, era árbitro inapelable entre los tronos, y ejercía influencia poderosa sobre el Rey de Castilla ó León, Fernando I, y más tarde con el conquistador de Toledo, grandes donadores de la casa francesa; en que Anastasio de Cluny venía á España á ejercer su misión entre los moros; en que cluniacenses eran los monjes de San Juan de la Peña, los de la mayoría de los monasterios españoles y casi todos los Obispos; era, en fin, el siglo en el cual la Orden de Cluny surtía, si vale la palabra, á Europa de Santos y Papas, Obispos y Embajadores, literatos y artistas. Monje de Cluny era Gauzon, el arquitecto de la casa-matriz; monjes de Cluny fueron los constructores de las abadías de la Orden, y monje clunicense debió ser el que levantó la casa de las sorores de Santa Cruz. ¿Francés, ó español? Imposible es establecer su nacionalidad en una comarca para la que *no había Pirineos,* según la frase de un autor, en la época en que Ramiro I casaba con una hija del Conde de Bigorre, Sancho Ramírez con la del de Roucy, la Infanta doña Sancha con el Conde de Tolosa y doña Teresa con el de Provenza, y en que las relaciones políticas, sociales y religiosas entre Gascuña y Aragón eran cordialísimas.

*
* *

Mudos testigos de fenecidas grandezas, ocupan el humildísimo lugar de sillares en las casas y las cercas del pueblo de

Santa Cruz, capiteles de bárbaras figuras ó típicas hojarascas románicas, molduradas dovelas, trozos de laudas góticas y piedras marcadas con los extraños signos gremiales. Esto es cuanto queda de la casa conventual de las Sorores. Deploremos la destrucción de la histórica abadía; pero al mismo tiempo, alabemos á Dios que ha permitido se conserve su interesante iglesia. Dirijámosla una última mirada desde lo alto de la empinadísima y peligrosa senda que conduce á San Juan de la Peña. Poco á poco la masa del monumento se esfuma y empequeñece ante la imponente mole de los Pirineos que, en magnifico anfiteatro, surge en el horizonte; y allá se queda, en el fondo del valle, lo que resta de la notabilísima construcción de Doña Sancha, mientras nosotros vamos saboreando el intenso y melancólico placer que dejan en el alma las horas transcurridas en ideal coloquio con los restos de aquellos tiempos de patente fe y ruda energía, tan intensamente expresados por la arquitectura del monumento.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,
Arquitecto.

Jaca-Madrid, Agosto de 1899.

POETAS AMERICANOS

¡MADRE!

¡Ay! ¡qué es en vano callar, si sienten
Los corazones sus fibras rotas;
Y la esperanza tiende su vuelo
Y en el desierto nos abandona!
¡Ay! ¡que es muy triste de lo pasado
Traer recuerdos á la memoria,
Y ver las flores de la inocencia
Vagar marchitas y sin aroma!
¡Sueños de ángel! ¡Juegos de niño!
¡Nubes rosadas y mariposas!
¿Do está la magia de vuestro encanto?
¿Dónde habéis ido? ¿Do estais ahora?
Mi pobre madre, mi viejecita,
La de las frases consoladoras,
La de los besos enamorados,
La de los sueños color de gloria;
Hace ya tiempo que en el sepulcro
Duerme su eterno sueño de sombra;
Y desde entonces, ¡todo me falta!
Y desde entonces, ¡todo me sobra!

Do quier que muevo la planta incierta,
Do quier que tiendo la vista ansiosa,
Miro el desierto ¡sin una palma!
Miro el Océano ¡sin una roca!
La golondrina deja su nido;
Pero á su nido de nuevo torna;
Y en él descanso y amor encuentra;
Y en él su tierna canción entona.
Mas yo sin rumbo ni hogar camino
Mi amargo llanto bebiendo á solas;
Y en vano exhalo mis tristes quejas;
¡Qué no hay un seno que las recoja!
¡Ay! Que la estrella que me ilumina
Se vela siempre por negras sombras,
Y en los jardines de mis anhelos
Hay cien espinas por cada rosa!
¡Ay! Que es en vano que de mi lira
Vibrando partan las dulces notas;
Si van errantes, como en el viento
Las desprendidas y mustias hojas.
Hoy que mis penas callar pretendo,
Más proporciones mi duelo toma;
¡Es que no hay valla, ni fuerte dique,
Para el torrente que se desborda!
¡Hoy es mi santo! ¡mi cumpleaños!
¡Me duele el alma! pero ¿qué importa?
¡Quiero embriagarme!... ¡lágrimas mías,
Hasta los bordes llenad la copa!

PAULO EMILIO ROMERO.

LA ORACIÓN DEL NIÑO

Se detuvo ante el santo Crucifijo;
Ante el altar se arrodilló con calma,
Y del Señor, ante la imagen, dijo
Con una voz que se exhaló de su alma:
—«¡Jesús! ¡mi buen Jesús, á quien imploro!
Sabe que á mis amigos no hago daño:
Es que en casa ¡no hay pan! ¡Por eso lloro!
¡Mírame bien los ojos! ¡No te engaño!
»Es mi madre quien dice que soy bueno:
Y como eso me sirve de alegría,
Te puedo asegurar que no me apeno
Por dejar de comer durante el día.
»Pero mis hermanitos y mi hermana,
La más pequeña, la graciosa Friso,
¡No comen desde ayer por la mañana,
Y, como tienen hambre, te lo aviso!
»¡Bueno! ¡bueno! ¡ya sé! ¡Tal vez por otros
Nos abandonas, y si tal hicieras!...
¡Siempre habrás de acordarte de nosotros,
Y de la pobre Friso.... aunque no quieras!
»Mira: te he referido mis fatigas,
Y mis males también te he relatado,
Sólo para que luego no me digas
Que hay cosas que yo á tí no te he contado...»
Dijo: y de aquel altar sobre las gradas,
Como el implume pájaro en su nido,
Clavadas en el Cristo las miradas,
Pensando en Friso se quedó dormido.

BONIFACIO B. BYRNE.

EL NIDO

Lluvia de perlas, nubes de aromas
Visten los campos primaverales;
Rubias espigas las verdes lomas;
Nieblas azules los manantiales.
La agreste lira de los amores
Vibra en los sauces de la ribera,
Y allí en un toldo nupcial de flores,
Cantan su dicha dos ruiseñores
Una mañana de primavera.
Dióles el campo césped mullido;
Dióles el viento música y galas;
Y ellos, cantando cubren su nido,
Ya con sus besos, ya con sus alas.
Todo era flores en la pradera;
Todo era nubes de oro en los cielos.
—¡Era una tarde de primavera,
Cuando arrullaron por vez primera
Los ruiseñores á sus hijuelos!

JUAN C. ROSSEL.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

EXPOSICIÓN MÁS PROFUNDA DE LA ORIGINALIDAD Y UNIVERSALIDAD DE UN PUEBLO.

Háse mostrado en los discursos precedentes, con ayuda de los hechos históricos, que los caracteres de los alemanes son los de un pueblo primitivo, que tiene derecho á llamarse propiamente el pueblo *(das Volk)*, con exclusión de otros que se separaron de él; y esto es lo que quiere expresarse con la palabra «Alemán» literalmente. Conviene á nuestro propósito detenernos todavía algo más en este asunto, para contestar á una objeción que se nos podría hacer, esto es: si realmente consiste en esto la individualidad alemana, hay que confesar que actualmente les queda bien poco á los alemanes del carácter nacional primitivo. Por nuestra parte, reconocemos sin vacilar que así lo parece, y aspiramos á buscar las diversas razones de ello y á explicarlas.

Mostremos desde luego, en la totalidad de las relaciones del pueblo primitivo, cómo ha podido, en el mundo moderno, continuar la cultura de ese mismo mundo, intentando producir, á la vista de los esfuerzos superficiales del extranjero, nuevas creaciones sacadas de su propio medio. Pero es evidente que entre el esfuerzo y la creación media gran espacio, y que el intervalo entre uno y otra comprende por necesidad

períodos en los que el pueblo primitivo se muestra casi enteramente fusionado con el extranjero y paréce semejante á él, por hallarse todavía en el período del esfuerzo, sin haber podido realizar todavía lo que deseaba producir. En este período, precisamente, se encuentra hoy día Alemania, por lo que toca á la mayoría de las clases cultas, revelándose en ellas las manifestaciones de la manía de imitar al extranjero, que penetran hasta la intimidad de su vida. La filosofía, en cuanto pensar libre, desembarazado de las trabas de toda creencia ciega en una autoridad exterior, es justamente el medio de que el extranjero se ha valido para imprimir movimiento á su madre patria, como hemos visto en el discurso precedente. Pero en aquellos países, el esfuerzo hecho no ha llegado á realizar nada, salvo raras excepciones, y por esto la filosofía extranjera va todavía en busca de nuevas formas, á la vez que se entromete en las ciencias más próximas para juzgarlas conforme á su punto de vista; y como el alemán no puede nunca abdicar de su carácter serio ni permanecer indiferente ante las cosas de la vida real, esta filosofía influye aún en la vida pública, que dirige según sus principios y reglas. Trataremos de demostrar esto punto por punto.

Ante todo, no olvidemos que el hombre no tiene sus opiniones científicas en forma libre y arbitraria, sino tales como se las impone su propia vida, y que ellas se convierten á su vez en fuente íntima, intuitiva pero oculta, de esa misma vida. Tu naturaleza íntima es la que, indeclinablemente, se presenta á tus ojos, y nunca podrás ver otra cosa, á menos que tú mismo cambies. Ahora bien; la esencia íntima del extranjero ó del pueblo que no sea primitivo, consiste en la creencia en algo definitivo, firme, inmutable, por bajo de lo cual se mueve la existencia libre, sin poder franquearlo ni fusionarse con él. Este límite infranqueable hállase de tal manera presente al espíritu, que sería imposible creer ó pensar en otra cosa sin cambiar toda su naturaleza íntima ó arrancarse el corazón del pecho. El extranjero cree necesariamente en la muerte, cosa

primera y última, fuente fundamental de todas las otras y, con ellas, de la vida.

Examinemos ahora cómo se expresa hoy entre los alemanes este dogma fundamental del extranjero.

Manifiéstase, en primer término, en la filosofía propiamente dicha. La actual filosofía alemana que merece citarse, aspira á encontrar un fundamento, una forma científica, aunque no sea posible alcanzarla; y á pesar de los esfuerzos impotentes del extranjero, desea la unión, desea la realidad y el ser, buscando, en lugar de la simple apariencia, el fondo de la que se muestra en forma fenomenal: en todo lo cual lleva razón, porque sobrepuja en mucho á los maestros de la actual filosofía extranjera, penetrando más adentro y con mayor constancia en los principios mismos de las cosas extranjeras. Este fondo de toda apariencia exterior es, en cuanto esos investigadores pueden determinarlo, aún con error, preciso, definido y estable; es lo que es y nada más, invariable en su Yo y en su esencia; síguenle por todas partes la muerte y la pérdida de su originalidad; y como ellos necesitan, para volar hacia la vida, de un sostén y una ayuda, no sabrían nunca, con su propio pensar, que es imagen de su vida, exceder de ese apoyo; porque, para ellos, lo que no es definido y limitado—por consecuencia muerto—no es nada; sus ojos no ven cosa alguna entre el ser inmutable en sí y la nada, porque su vida no va más allá. Su sentimiento, único apoyo que les queda, paréceles infalible, y si alguien se niega á creer en él como ellos creen, lejos de suponer que posee el sentido de la vida, tiénenlo por incapaz de ver cual sea el apoyo que le sostiene en la vida, y de elevarse á consideraciones superiores. Inútil é imposible resulta abrir los ojos á tales pensadores; sería preciso hacerlos nuevamente de otro modo, de ser esto posible. Desde este punto de vista, la filosofía actual alemana no es alemana, sino extranjera.

Por el contrario, la filosofía que tiene en sí misma su fin, muy por encima de la simple apariencia fenomenal (*die Erscheinung*), parte de una vida pura, divina, completa, eternamente idéndica, en lugar de contentarse con una vida cualquiera; y así ve cómo aquella vida se manifiesta en la apariencia, en expansión infinita, y llega, conforme á la vida fundamental, al ser y no á la nada. Entonces nace en ella ese ser tal como puede realizarse. Tal es la filosofía verdaderamente alemana, es decir, primitiva; y fuera de ella, nadie puede ser realmente alemán.

El sistema anteriormente explicado, que domina en la mayor parte de los filósofos alemanes, sin ser propiamente alemán, penetra (ya se funde en la plena conciencia como verdadero método filosófico, bien sea tan sólo el principio inconsciente de nuestros restantes pensamientos), penetra, digo, las demás ideas científicas de la época; pues, en efecto, bajo la influencia extranjera, nuestra época se esfuerza especialmente, no en almacenar, como antes se hacía, en la memoria hechos científicos, sino en trabajarlos y pensarlos desde el punto de vista filosófico puro. En lo que mira á este esfuerzo, nuestra época tiene completa razón; pero si pretende tomar como método en este esfuerzo la filosofía extranjera con sus creencias de muerte, se equivocará grandemente. Consideremos ahora todas las ciencias que tocan de cerca nuestro asunto, y especifiquemos cual es, en cada una de ellas, la parte que corresponde á las nociones y puntos de vista extranjeros.

La constitución y gobierno de los Estados considéranse como una disciplina liberal, con reglas fijas, en la cual el extranjero, guiado por los modelos de la antigüedad, nos ha precedido en la demostración de la verdad. Pero ¿en qué principios ha fundado el extranjero su política, puesto que su pensamiento, su voluntad y su idioma se apoyan en un elemento acabado, agotado y muerto, y en cuáles se apoyarán los que le siguen? Sin duda, en el arte de hallar cierto estado de cosas muerto y estadizo, algún *statu quo* capaz de producir ese

mecanismo que ellos sueñan para su sociedad. Será este el arte de reducir toda la vida de la sociedad á un sistema de rodajas y palancas combinado de tal suerte, que cada una de ellas esté determinada, por el conjunto, á servir al todo; será el arte de reducir un cálculo de fuerzas ilimitadas á un total finito, y de obligar á los ciudadanos que sólo buscan su bien particular, á servir al bien general, aunque sea contra su gusto y voluntad. El extranjero ha expuesto este principio de muchísimas maneras y ha fundado sobre él multitud de constituciones políticas; la madre patria ha adoptado esas doctrinas, las ha utilizado en construir mecanismos políticos llevándolos hasta sus últimas consecuencias; y, como siempre, ha excedido al modelo extraño, porque penetra más adentro, más profundamente y con más verdad. Si en la sucesión de los fenómenos sociales se produce un choque, esos políticos limítanse á decir que ha fallado una de las ruedas del mecanismo y sólo saben un remedio: quitar la rueda inútil para colocar otra en su lugar. Cuanto más nos familiarizamos con esta idea completamente mecánica de la sociedad y más versados estemos en el arte de simplificar ese mecanismo en que todas las ruedas son equivalentes y casi del mismo metal, mejores políticos pareceremos hoy día, y con razón, puesto que sin esas nociones claras y precisas todavía cabría causar mayores males.

Este concepto del arte político exige la estimación de su severa ordenanza y una apariencia de elevación, y aun puede prestar ciertos servicios en los países donde todo aparece reglamentado por una Constitución cada vez más monárquica. Fuera de esto, su impotencia salta á la vista. En efecto: quiero admitir que habéis dado á vuestro mecanismo gubernamental toda la perfección soñada: cada una de sus ruedas, hasta las más ínfimas, hállase impulsada forzosa é irresistiblemente, por otra que le es inmediatamente superior, movi-

da á su vez por otra, y así hasta llegar á una rueda suprema; pero, ¿qué fuerza obrará sobre la que ha de poner en movimiento la máquina entera? Podréis haber suprimido todas las resistencias derivadas del rozamiento de las ruedas con el último resorte, haberle dado una fuerza ante la cual ceda todo, y que sólo en vuestro mecanismo puede producirse, creando así la constitución monárquica todopoderosa; ¿pero cómo pondréis en movimiento ese primer resorte y cómo le determinaréis á ver y querer el bien, sin excepción alguna? ¿Cómo pensais dar origen al movimiento perpetuo de vuestros engranajes, tan metódicamente organizados, pero actualmente inmóviles? ¿Deberá la máquina entera, como en vuestra perplejidad decís alguna vez, reobrar por sí misma para impulsar su primer resorte? Una de dos: ó el movimiento se producirá por una fuerza nacida de las energías propias del resorte, ó de una fuerza que inside en toda la máquina, con independencia de aquél. Si adoptais la primera hipótesis, giraréis en un círculo que destruye todo pensamiento y todo mecanismo, puesto que la máquina entera no podrá excitar el resorte sino en tanto que ella misma sea impulsada por él, cosa que no puede ocurrir hasta que el resorte actúe directamente sobre sí mismo. Si el resorte no actúa sobre sí—y este es precisamente el inconveniente que quiero evidenciar—la inmovilidad persistirá á pesar de todo. Si adoptais la segunda hipótesis, habréis de confesar que el principio de todo el movimiento de vuestra máquina reside en una fuerza que no podréis medir, que no está encadenada á vuestro mecanismo y que actúa según leyes propias, que vosotros ignorais. En ambos casos, confesad que sois unos vanidosos y fanfarrones impotentes.

La conciencia de todo esto se ha producido en el mundo, puesto que en este sistema, que reposa únicamente en esa fuerza y no quiere ocuparse para nada en los otros ciudadanos, trátase de dar al príncipe, de quien depende todo movimiento social, la mejor educación posible. Pero, ¿cómo adquiriremos la seguridad de que semejante educación se dirige á una natu-

raleza soberana capaz de recibirla, y dado caso de que así sea, cómo aceptaría gustoso, aquel á quien nadie puede obligar, que le dirijan y le hagan observaciones? Estos caracteres extranjeros del arte político subsistirán siempre en él, tanto en Alemania como en el exterior. Notemos, en honor de la raza y del carácter alemanes, que siempre nos ha detenido, á pesar de nuestra habilidad para establecer constituciones autoritarias, cierta vaga impresión de que no debía ser así; y en ello reside la explicación de que hayamos quedado muy á la zaga de los extranjeros. Si hubiésemos de recibir el beneficio de las leyes extranjeras, no nos sentiríamos embarazados por ello, porque poseemos un espíritu capaz de alcanzar las mayores alturas de tal legislación. Pero nosotros, que no hemos de ser sobrepujados por nación alguna mientras nos sea posible expresar por medio de la pluma nuestros pensamientos, bien podíamos haber comprendido por la vida que no es ese el verdadero camino, y por eso hemos deseado conservar el estado antiguo hasta el advenimiento del estado social perfecto, en vez de adoptar uno tan nuevo como frágil.

Muy otro es el verdadero arte político alemán. Como el extranjero, busca la estabilidad, la seguridad, la independencia de la ciega y variable Naturaleza. Pero niégase á adoptar un elemento fijo y definido que actúe sobre el segundo elemento del mecanismo, ó sea el espíritu, y prefiere tener como elemento primordial un espíritu fijo y estable. Este es para él el resorte que actúa sobre sí mismo, siempre en movimiento, capaz de organizar y continuar la vida social entera. Nuestro arte social comprende que semejante espíritu sería imposible crearlo mediante simples exhortaciones dirigidas á los hombres adultos, sino que, por el contrario, hay que dirigir la educación únicamente á la juventud, todavía vírgen, de la nación entera; no contentándose, como en el extranjero, con actuar sobre las clases directoras ó sobre la cabeza superior, el príncipe. El Estado, en la persona de sus ciudadanos, hombres ya hechos, no es más que la educación continua del género hu-

mano, y por ello nuestro arte político piensa que es necesario preparar desde el principio al futuro ciudadano para recibir esta educación superior. De este modo ese arte político, verdaderamente alemán y enteramente moderno, repetirá los principios antiguos; así entre los griegos la Ciudad descansaba en la educación y vivía por ella, formando ciudadanos como no los ha visto semejantes nuestra época. El alemán tratará de realizar una Ciudad análoga á la antigua, dando á los ciudadanos un corazón amplio, abierto á todos y de sentimientos filantrópices.

El mismo espíritu extranjero domina las ideas de la mayor parte de nuestros contemporáneos, acerca de la vida general de una raza humana y de su historia. Utilizando un idioma en que todo está acabado y muerto, puede una nación alcanzar cierta perfección en las expresiones al pintar esa vida en los límites en que se mueve y tener así un siglo de oro literario como hemos demostrado anteriormente. Pero le será imposible, á menos que renuncie absolutamente á sí misma y que posea una modestia excesiva, *pensar* al género humano de otro modo que como se piensa á sí propia, asignándole por tanto, como á ella, un grado de civilización de que no podrá exceder. Los castores y las abejas construyen su habitación como la construían hace miles de años, sin que durante tan largo tiempo hayan hecho progreso alguno; pues á juicio de esos espíritus, lo mismo que á estos animales debe ocurrir á la raza que se llama humana. Todavía es posible que esta raza descienda por bajo de los castores y de las abejas que, á lo menos, ya que no aprenden nada nuevo, no pueden olvidar lo que una vez supieron; mientras que el hombre, después de haber llegado á la cima, vuelve á caer, necesitando esfuerzos seculares para reconquistar el grado medio que le hubiera valido más conquistar. Añadamos que esos pensadores creen que la humanidad se halla en el apogeo y edad de oro, y su mayor cuidado consiste en investigar el rastro de ella en la historia, para juzgar conforme á esto de los esfuerzos hechos

por el hombre para renovar ahora aquellos esplendores. En su concepto, la historia ha cerrado ya muchas veces el círculo en que gira, no habiendo, por tanto, nada nuevo bajo el sol, porque han secado la fuente de la vida eterna y dejan que la muerte continúe su camino y descanse á menudo entre los hombres.

Sabido es que la filosofía de la historia nos viene del extranjero, y aunque en su país de origen haya enmudecido, se transforma al introducirse profundamente entre nosotros, pudiendo apreciar perfectamente, al hacerse alemana, los esfuerzos del extranjero; el cual, si bien habla ahora menos de esa filosofía de la historia, logra más obrando conforme á ella y prepara así una nueva edad de oro. Merced á su posición, hállase el alemán en condiciones de profetizar el porvenir de esos esfuerzos, trazarles el camino y admirarlos con una rectitud y sinceridad que no emplearía para los suyos propios. ¿Cómo podría, en efecto, emplearlas? La edad de oro significa en todos sentidos, para él, suspensión de vida, muerte. El oro, metal precioso, será tal vez lo más puro que encierra el seno de la tierra muerta, pero no es menos cierto que el elemento del espíritu vivo hállase del lado del sol y de todos los soles que de él emanan. El alemán sabe bien esto y no cree que la historia y la humanidad se desarrollen según la ley misteriosa de un círculo cerrado; sino que, por el contrario, el hombre recto y dotado de personalidad construye la historia creando en el tiempo cosas siempre nuevas, sin rehacer jamás lo que ya está hecho. No espera nunca la vuelta del pasado; y cuando éste se reproduce, palabra por palabra, como dice el libro antiguo, guárdase muy bien de encontrar admirable semejante resultado.

Este espíritu de muerte del extranjero, extiende su influencia á nuestras restantes ideas científicas, como basta ver en los ejemplos precedentes, sin que nos advirtamos claramente de ello, en razón á que nosotros trabajamos á nuestro modo los objetos de estudio que nos suministra el extranjero, pene-

trando profundamente en este orden de cosas. Sólo he citado ejemplos que se refieren á nuestro asunto, de manera que se evitasen las objeciones que podrían sacarse de las consecuencias de los principios expuestos. Estamos muy lejos de ignorar esos principios, que no exceden de nuestro alcance; y si dispusiéramos de tiempo, los desarrollaríamos hasta sus últimas consecuencias, *a priori* y *a posteriori;* pero de momento hemos de dejarlos á un lado, juntamente con sus consecuencias, en que penetramos mucho más de lo que pudiera crer un observador superficial.

De la misma manera que sobre nuestras ideas científicas, ejerce ese espíritu extranjero su influencia sobre nuestra vida ordinaria y su reglamentación; para demostrar lo cual, como hemos demostrado lo precedente, determinaremos la esencia de la vida original ó de la libertad.

La libertad, entendida como vacilación indecisa entre muchas cosas igualmente posibles, no es propiamente la vida, sino tan solo una dirección y preparación para la vida real. Esta indecisión debe ser sustituída por una decisión clara y por la acción, con lo cual empieza la vida.

Ahora bien; toda decisión de la voluntad se manifiesta en el primer momento como una cosa primaria y no derivada de otra anterior que sea como su principio: es una cosa que existe por sí, tal como es. Determinemos sólidamente este sentido de la palabra libertad, único posible. En cuanto al objeto de la determinación voluntaria, pueden darse dos casos: en primer lugar, el fenómeno puede aparecer, en este objeto, solo y completamente separado del ser; luego, el ser puede presentarse sólo en la manifestación de una decisión voluntaria, y notemos ahora que el ser únicamente puede manifestarse en una decisión de la voluntad, pero cabe la existencia de decisiones voluntarias en que el ser no se manifieste y aparezca tan sólo el fenómeno. Hablemos en primer término de este último caso.

El fenómeno puro y simple, separado del ser, haciéndose capaz de manifestarse solo y de exteriorizarse, llega de este

modo á determinarse de un modo invariable, en cuyo caso, él es necesariamente lo que es. Si una decisión voluntaria no es más, en cuanto á su objeto, que ese fenómeno aislado, no es algo libre, primario y original, sino algo necesario y sometido á las leyes del fenómeno que son, con relación á él, superiores y primitivas. No siendo el pensar del hombre más que el espejo en que se refleja su ser íntimo, la decisión á que acabamos de referirnos y que á primera vista parecía libre, en su calidad de decisión voluntaria, perderá ese carácter cuando el pensamiento reflexione sobre ella y la vea como necesaria, como realmente es. Aquellos cuya voluntad no ha podido traspasar el círculo estrecho de los fenómenos, se creen libres, ilusionados por su inteligencia superficial y volandera, pero sólo alcanzarán la verdad mediante el pensar que por todas partes les muestra los lazos apretados de la necesidad.

La primera ley fundamental del fenómeno como tal fenómeno consiste, según lo hemos demostrado suficientemente más arriba, en que puede diversificarse en formas variadas, las cuales, en ciertos respectos, constituirán un conjunto indefinido y variable, y en otros, un conjunto definido y estable en que cada elemento, determinado por los demás, los determina, á su vez, á todos. Cuando la decisión voluntaria no excede de la fenomenalidad, puesto que la representación de la evidencia no es, realmente, en general, evidencia de cosa alguna, el objeto de esa decisión voluntaria se determina por el conjunto fijo en todas las decisiones posibles, y no contiene, ni puede contener, sino lo que resta por *querer* luego de haber significado todas esas decisiones voluntarias posibles. Tanto vale decir que, de hecho, no tiene nada de independiente, primario y personal, siendo tan sólo, en cuanto derivada, una consecuencia del encadenamiento general de toda fenomenalidad; y así lo confiesan y lo dicen, en iguales términos que nosotros, todos los que han alcanzado ese grado de civilización y piensan seriamente; porque para ellos, lo que se muestra es la nuda fenomenalidad y no el ser mismo.

Por el contrario, cuando en una decisión voluntaria se manifiesta el ser directamente por sí mismo, en persona, en vez de mostrarse al través de un intermediario, reaparecen todas las consecuencias de que hemos hablado á propósito de la fenomenalidad considerada como círculo cerrado, porque todavía, en este caso, hay fenomenalidad; pero ya no pueden estas consecuencias agotar el ser, y resta luego, hecha deducción de todo lo que puede explicarse, un *superabit* no determinado por las relaciones precedentes. Entonces entra en juego, como dije, ese excedente que se hace visible y que por ello, no por su esencia íntima, cae bajo la ley de la visibilidad en general, que le impone sus condiciones; pero él sobrepuja á esa ley derivada á su vez de un derivado, y por consecuencia, necesaria, y se convierte así en cosa que es por sí misma primera, primitiva y libre; y de este modo se muestra al pensador que piensa profundamente y alcanza en sí mismo su propio fin. La ley superior de la visibilidad *(Ersichtlichkeit)* es, como ya se dijo, que el fenómeno se diversifique infinitamente. Ahora bien, el *superabit* mencionado se revela de cada vez excediendo las consecuencias ordinarias de la fenomenalidad, hasta lo infinito, y así se muestra él propio como tal infinito. Pero evidentemente, este carácter no persiste sino porque cada vez ese exceso se hace sensible y cognoscible, porque traspasa siempre las consecuencias de la fenomenalidad, hasta lo infinito excedidas por él, y porque tiene la propiedad de ser siempre más que ellas. Independientemente de la necesidad de su pensar, permanece en toda su pureza ese infinito superior á todo, que puede representarse hasta lo infinito, no siendo mayor ni menor que ese exceso en ningún momento, y creando el infinito y todo lo que puede manifestarse en él tan sólo por su visibilidad, en tanto que excede al infinito. Donde ese excedente se manifiesta (lo cual no es posible sino en una decisión voluntaria), muéstrase el ser mismo, único que es y que quizá existe de sí mismo, por sí mismo; siendo, en otros términos, la vida divina vista en la fenomenalidad y manifestándose por

sí misma inmediatamente; en lo cual reside precisamente la verdadera originalidad y libertad, en las cuales podemos depositar nuestra confianza.

Pero no nos será posible hallar una respuesta general á la general cuestión de si el hombre es ó no libre; puesto que de igual modo que el hombre, en el sentido vulgar de la palabra, no es libre si no puede vacilar entre muchas determinaciones, puede, en el sentido elevado de la palabra, ser ó no libre. En la manera como cada cual resuelve esta cuestión, refléjase fielmente la imagen de su yo íntimo. Quien de hecho no es más que un anillo en la gran cadena de los fenómenos, puede considerarse por un momento libre y transmitir á su raza lo que en sí mismo ve; mas el exacto rigor de su pensar no tardará en modificarle esta ilusión. Por el contrario, aquel cuya vida, dominada por la verdad, procede directamente de Dios, es el único libre y puede creer en su libertad y en la de los otros.

Quien cree en un ser finito, acabado y muerto, es porque él mismo está muerto y no puede pensar de otro modo. Él y su raza parécenle derivar y resultar fatalmente de un elemento superior, primario; pero esto no es otra cosa que la expresión de su sentimiento, el punto en que su pensar, por sí mismo, es directamente vida; y juntamente, es la fuente de su juicio respecto de la raza, mirada en su historia, en su presente y su porvenir, en su vida y la de los otros. Hemos denominado carácter extranjero á esa creencia en la inmovilidad de la raza, contraponiéndolo á los caracteres de un pueblo naturalmente vivo y progresivo. Este extranjerismo, una vez implantado entre los alemanes, se manifestará en una sumisión ciega á la fatalidad, en adelante inmutable, de su personalidad; y entonces abandonarán, ellos ó los otros, todo propósito de mejorarse por medio de la libertad, viéndose irresistiblemente llevados á servirse de sí propios y de los demás tales como son, para sacar de unos y otros el mejor partido posible, expresando en su vida la creencia en la universal posibilidad

de pecar, igual para todos: así lo he descrito en otra ocasión (1), y os invito á releer lo que allí dije para que veais cómo se aplica á la época actual. Este modo de pensar y de obrar proviene del estado de inmovilidad en que se ve el Yo, después de haberse reconocido por entero y sin velo alguno: antes, en la obscuridad, todavía creíase libre, aunque con error, por supuesto, dado por su yo actual, aunque el hecho, en general, sea cierto; bien se ve, con esto, cuán desastrosa es esta evidencia para el yo corrompido. Mientras permanece ignorada esta corrupción, hállase sin cesar aguijoneada por un contínuo llamamiento á la libertad, y le ofrece ocasiones para intentar su perfeccionamiento. Pero cuando la evidencia le descubre lo que es antes de su reforma, comunícale la calma de una conciencia buena y el contentamiento de sí mismo, lo cual no es otra cosa que apatía. Tales hombres créense entonces incapaces de todo perfeccionamiento, y gracias si sirven para mantener á los buenos en una irremediable repugnancia hacia el mal ó en una plena sumisión á la voluntad divina.

He ahí con toda claridad y plenamente expresada nuestra descripción del pueblo alemán. Su rasgo distintivo es la creencia en algo primario, absoluto, original que existe en el hombre mismo, en la libertad y el progreso moral infinitos, en el perpetuo perfeccionamiento de nuestra raza; en todo lo cual no creen los otros pueblos y aún les parece ser evidente todo lo contrario. Los que viven de una vida creadora, los que dejan á un lado la nada cuando otra cosa no pueden hacer, y esperan á que se adueñe de ellos una vida creadora; los que, aun sin llegar tan lejos, por lo menos aspiran á la libe - tad, amándola, en vez de temblar ante ella, todos esos son hombres primitivos, y si se los estudia, se les considera como una colectividad, forman un pueblo primitivo (*Urvolk*) el pueblo alemán en una palabra. Por el contrario, los que se

(1) Vid. *Medio de llegar á la vida feliz*, lec. XI.

limitan á ser puramente derivados de un ser superior, sus esclavos, y tan sólo bajo ese aspecto se consideran, esos se convertirán en tales esclavos cada vez más, precisamente por creer que lo son, y permanecerán así fuera de la vida que se agita delante de ellos y á su lado, como ecos de una voz ahogada que devuelve el monte, pueblo ajeno al pueblo primitivo y considerado por él mismo como extranjero. En la nación que hasta nuestros días se ha llamado propiamente pueblo, ó sea *alemán*, la colectividad ha mantenido hasta hoy el progreso y la vida; y á esa misma, una filosofía clara por esencia, le ofrece ahora un espejo en que ella ve reflejada su propia naturaleza, que la guiaba hasta hoy sin revelarse esplícitamente, y ve así á qué se halla destinada por su vocación, á la vez que le propone formarse en ese destino con arte reflexivo y razonado, volviendo á anudar sus alianzas y á cerrar su propio círculo. Ante ella queda expuesto el principio conforme al cual debe cerrarlo; quien quiera que crea en la cultura del espíritu y en su libertad y desee la eterna permanencia de esa cultura suprasensible mediante la libertad, ese, cualquiera que sea el lugar de su origen y la lengua que hable, pertenece á nuestra raza y será nuestro. Por el contrario, quien crea en la inmovilidad, en el retroceso y en la rutina, y coloque á la cabeza y dirección del mundo una naturaleza muerta, ese, cualquiera que sea el lugar de su nacimiento y el idioma que hable, será extraño á nosotros y habrá que desear que se aparte completamente de nuestro lado, cuanto antes mejor.

Basándonos en todo lo que llevamos dicho en punto á la libertad, podemos dar á entender á todo el que tenga oídos la verdad siguiente: que nuestra filosofía verdadera busca un fin último enteramente distinto que la filosofía extranjera, que cree en la inmutabilidad; y preciso es proclamar esta verdad, no para hacerla comprender á los pueblos muertos, cosa imposible, sino para evitar que desfiguren esas palabras y parezcan querer y pensar de este modo. Sin envanecerse con pre-

sentir obscuramente cosas que no puede realizar, esa filosofía alemana se eleva realmente y por el hecho mismo de su pensar, á la inquebrantable noción del «más que el infinito» y en ella encuentra el verdadero ser. Ella contempla el tiempo, la eternidad y el infinito en su origen, que induce de las manifestaciones y de la visibilidad de ese Uno invisible en sí mismo é imposible de comprender con toda perfección, á menos que nos fuera dado ver la parte de él que permanece oculta para nosotros. El infinito, según esa filosofía, no es nada en sí mismo y no posee realidad alguna; es únicamente el medio por el cual el ser Uno, que existe solo en su invisibilidad, se hace visible, hallando en él un esquema, una figura, una sombra de sí mismo para hacerse imaginable.

Todo lo que puede hacerse visible en ese infinito del mundo de las representaciones, nada de la nada, sombra de sombras, no es más que el medio que hace visible al infinito nada primario y su tiempo, que abre ante el pensar el camino que dirige hacia el ser inconcebible é invisible.

En esta imagen del infinito, única posible, el ser invisible aparece libremente como la vida libre y creadora de la inteligencia ó como decisión voluntaria del ser racional, y no puede manifestarse ni aparecer de otro modo. Toda existencia determinada que se revela como vida material, es tan sólo una sombra vacía, producida en la inteligencia á través de la nada, y completamente opuesta á aquello cuyo conocimiento debe elevar nuestra inteligencia á la noción exacta de su nada, al conocimiento del ser invisible, como único verdadero.

En esta sombra llevada por la sombra de las sombras se agita ahora esa filosofía que cree en la muerte, convirtiéndose en filosofía de la naturaleza, la más muerta de todas las filosofías, que teme y ruega por la conservación de sus creaciones.

En esta filosofía, la vida y el amor tienden á la inmovilidad. Cuando añade que el ser que supone real se identifica

con el absoluto, no hay forma de creerla, á pesar de todas las pruebas y de todos los juramentos; habla gratuitamente de lo que ignora y lo repite como oración de otra filosofía contra la cual no ha combatido; y si alguna vez le fuese dado ver claro, le sería preciso abandonar esa dualidad que sólo se mantiene merced á sus máximas, y se vería obligada á aceptar la unidad, eliminando cuidadosamente de ella esa dualidad y todos sus diversos aspectos. Mas para eso hace falta un pensar, una reflexión madura y acabada. Pero ella ignora el arte de ese pensar y es incapaz de poseerlo, no quedándole otro recurso que revolotear ligeramente, puesto que, además, le es antipático aquel pueblo á que nos referimos y no puede ir en su busca, porque la perturbaría en el error que ama.

Nuestra filosofía se distingue claramente de esa otra filosofía, como lo hemos probado tan exactamente como nos ha sido posible.

JUAN T. FICHTE.

CRÓNICA LITERARIA

Los libros del mes.—En las ferias.—Psicología de los libros viejos.—Dedicatorias y curiosidades.—Los libros de texto.—La opinión pública y la enseñanza.

Por mucho que hagan gemir las prensas Galdós, Pereda, Valera, la Sra. Pardo Bazán ó cualesquiera otros de nuestros escritores de primera fila, sus libros no serán en Octubre los verdaderos libros del mes, la actualidad del papel impreso, los volúmenes que atraerán con preferencia la demanda de los compradores ni la atención de la mayor parte del público que lee.

En materia de libros, el lapso de tiempo comprendido desde los últimos días de Septiembre hasta primeros de Octubre, pertenece en gran parte á los *muertos*, al *spoliarium* de volúmenes, que es acaso la única nota interesante de las ferias de Madrid; y en otra parte no menor á los productos de la didáctica oficial: á las obras de texto, que no pertenecen ya á la categoría de los difuntos, pues por vivas se dan y dan ellas de vivir á muchos, aunque suele ser la vida de estos libros tan fugaz como la de las rosas, si bien mucho menos poética y brillante.

Los *muertos* son simpáticos—ya comprenderá el lector que me refiero á los muertos del ramo de librería que todos los

años se exhiben en la feria, esperando que algún curioso les diga «levántate y anda...» mediante la entrega de dos ó tres pesetas al cancerbero que guarda el Tártaro donde yacen.

Más de una vez los periódicos que han clamado por la desaparición de las ferias, que no son tales ferias, sino una especie de *Américas* ó Rastro transitorio, en que se expenden géneros de tan diferentes linajes y categorías como los libros y las avellanas y azofaifas, más de una vez, repito, han elegido por blanco preferente de sus críticas, inspiradas en motivos de *ornato público*, los puestos de libros. Siempre me ha parecido esto terriblemente *beocio*, más propio para discurrido por aburguesados tenderos, *filisteos* recalcitrantes en todo lo relativo al pensamiento, que por periodistas, al fin gente de letras. Viejos y destartalados, los puestos de libros de la feria son más interesantes y sugestivos para el bibliófilo y el literato, que cualquier elegante comercio de bisutería ó de telas del centro de Madrid.

Los libros viejos de las ferias tienen algo que no tienen los volúmenes recién salidos de las prensas, que vemos en las librerías *de nuevo*. Estos últimos no tienen aún individualidad; no hay distinción entre los múltiples ejemplares de una obra. En los libros de lance, por el contrario, cada ejemplar parece que tiene un sello personal impreso, por los que fueron sus poseedores y que ya se revela en signos ostensibles, cuándo una dedicatoria, cuándo una anotación marginal, cuándo las huellas del uso denunciadoras de una lectura asidua, cuándo un pormenor, ó una cifra de la encuadernación; ó ya, quedando más oculta, se ofrece, sin embargo, á que la fantasía del rebuscador ó del curioso reconstruya á su modo, ó imagine, la historia ó la novela de aquel libro, que mientras está en almoneda parece un náufrago de la vida.

El placer de *bouquiner*, de rebuscar libros viejos, (no hay en el castellano corriente un verbo sinónimo del francés) es una voluptuosidad que ofrece emociones semejantes á las de la caza. El bibliófilo persigue la pieza rara, que generalmente

no encuentra, pues en estos tiempos no se hallan incunables en los tenderetes de libros viejos. El cazador de libros tiene que contentarse, como Tartarín, con un león ciego y domesticado; pero la emoción de la rebusca, el curioseo de los libros, lo que dicen las mudas páginas de cada uno á los oídos de la fantasía que percibe la música de los más tenues sonidos, y aun la de los sonidos que no existen, son cosas que valen ciertamente más que los resultados materiales de la caza.

El contacto del hombre parece que da á las cosas inanimadas algo de humano, un como reflejo de alma donde se imprime alguna parte de las penas, las alegrías y las pasiones de los seres humanos que se sirven de aquellos objetos materiales. La casa en que vivimos, los muebles y utensilios que usamos, las ropas que nos cubren, llegan á ser como una extensión de nuestra personalidad, como cosas ligadas á ella por hilos invisibles. ¿Y qué más íntimo ni más *personal* que los libros, con los cuales se comunica más directamente nuestro espíritu que con otra cosa alguna, y que por su misma elección, por las ideas y sentimientos que nos sugirieron, y por ser ellos obra del espíritu humano, tienen con nosotros mayor y más estrecha relación y parentesco?

El interés y la curiosidad que nos inspiran las vidas de nuestros semejantes, sentimiento sin el cual no podría existir la novela, y aun sería difícil la existencia de la historia, encuentra en el examen de los libros viejos abundante pasto. Cada tomo de estos es, en cierto sentido, un documento humano de mayor ó menor interés, indescifrable á veces, como no sea para la imaginación que con su voluntad creadora todo lo descifra, claro y transparente en otras ocasiones.

Entre las cosas curiosas que en estos libros se encuentran, figuran las dedicatorias. En algunos casos, ó sea en algunos volúmenes, aparecen borradas como por un sentimiento de pudor del que, acaso en momentos de apretada penuria, enajenó el libro y quiso conservar por aquel medio el incógnito; pero con frecuencia se muestran sin ningún recato, poniéndo-

nos en la pista de la procedencia del volumen y ofreciéndonos un dato, un jalón para su historia. Y como los autógrafos carecen casi (ó sin casi) de valor entre nosotros, no es raro hallar las firmas de nuestros primeros escritores en la primera página de ejemplares de sus obras, que no por esto suelen adquirir sobreprecio. Más de una vez he visto en libros de lance dedicatorias de Castelar (en los *Cinco primeros siglos del Cristianismo*) de Pérez Galdós, de Pí y Margall, de Picon, ¡qué sé yo de cuantos escritores de primera línea!

La variedad de procedencias de estos libros, sustraídos muchos furtivamente para venderlos á vil precio, explica esa abundancia de dedicatorias. Recuerdo haber leído en las ferias un libro dedicado al propio Sr. Sagasta. D. Práxedes no habría ido á venderlo, seguramente, pero allí estaba. Era, si mal no recuerdo, una obra de un publicista japonés, escrita en inglés, sobre cuestiones del Extremo Oriente; uno de esos libros que se remiten casi siempre á los jefes de Gobierno y á los Ministros de Estado de todos los países..... y que, generalmente, no se leen.

Con cosas más raras se tropieza rebuscando en los puestos de libros. En un ejemplar de cierta obra de erudición, soporífera por cierto, y caída en completo olvido, vi sin sorpresa, porque algo sabía del asunto, la reivindicación de la paternidad del libro, hecha por el verdadero autor contra el que la firmaba.

Las anotaciones y comentarios marginales suelen tener la franqueza y la intimidad de un soliloquio; en ocasiones son cómicos y hasta ridículos; con frecuencia son extravagantes, mas no es imposible ni aun difícil encontrar algunos que dan una nota de sensatez y de buen juicio.

También se tropieza á veces con rasgos afectivos, con expresiones conmovedoras de sentimiento, en estas confidencias conservadas en los libros. Ví hace tiempo uno que me conmovió profundamente. Era, si no me es infiel la memoria, una edición inglesa de las *Mil y una noches*, y en una de las

guardas había escrito, sobre poco más ó menos, lo siguiente: «Este libro es para mí un recuerdo preciosísimo. Lo guardaba desde su niñez, y lo leyó mil veces, mi tierna y angelical hija C... Espero que sus hermanos le conserven como una memoria de la que tanto les quiso».

¿Qué azares de fortuna, qué peripecias de la vida llevaron á los viles tenderetes de la feria aquel libro, conservado como una reliquia familiar, como recuerdo de la adorada muerta, cuya memoria evocaba el amor paternal en aquellas sencillas líneas de la portada? El olvido, la muerte, la pobreza acaso, habían lanzado aquel volumen, que hojeó la muerta cuando niña, y conservó después como recuerdo de la infancia, á las promiscuidades del montón, al capricho del primer postor indiferente que se presentara. Me pareció que comprar aquel libro era realizar una obra de piedad y misericordia, algo así como enterrar á un muerto... ¡y costaba tan poco!

La investigación de las clases de libros que son más favorecidos por la demanda en este singular mercado, el estudio de los géneros y autores preferidos, el de los idiomas que el público comprende y lee, darían indicios interesantes y sinceros acerca del estado general de nuestra cultura y nuestro gusto literario.

En gran parte, los parroquianos de esta rama particular del comercio de libros son curas, estudiantes y tal cual aficionado ó bibliófilo. Libros de religión ó cánones de los de uso corriente, regateados pacienzudamente real por real; libros de texto, no menos regateados, aunque éstos suelen tener precio poco menos que fijo, como artículo de segura salida... (mientras no hay cambio de catedrático); novelas de autores conocidos, franceses ó españoles (lo inglés se cotiza poco y lo alemán carece casi de valor en estas prenderías de libros), son los volúmenes que más se venden, y á los cuales siguen las obras de vulgarización y las ediciones de lujo, que por la buena impresión, por los grabados y las encuadernaciones, suelen hallar salida en concepto de libros *decorativos*.

Pero los puestos de libros de las ferias están ya en decadencia; el número de librerías de esta clase ha aumentado en Madrid de tal modo, que puede considerarse que hay una feria permanente. Sin embargo, en las sórdidas instalaciones de la feria auténtica, en los tenderetes y tablados del paseo de Atocha, ó en los puestos de la calle del Arenal por Navidad, suele salir á relucir, entre los bajos fondos de las librerías de lance, entre todo lo invendible y las eternas obras de surtido (la *Historia de España,* de Lafuente; la Biblia, del P. Scio; la *Historia Universal*, de Cantú, etc., etc.) algún libro olvidado mas no indigno, sin embargo, de memoria; alguna obra interesante ó curiosa, ó algún ejemplar *sugestivo* de aquellos á que antes me refería.

De ahí que los aficionados, prometiendo todos los años no volver á la feria, al regresar cansados y cabizbajos del destierro donde la coloca el pudoroso culto de nuestros ediles al ornato público (que no es tal ornato ni cosa que lo valga), vuelvan, sin embargo, al año siguiente para buscar una vez más el libro deseado que casi nunca encuentran, ó sencillamente para *flanear* y mariposear entre todos, ya movidos por la apasionada curiosidad del bibliófilo, ya por esa otra curiosidad del hombre de imaginación, para el cual son esos libros viejos ventanas por donde cabe atisbar algunos rincones de la gran novela de la vida.

*
* *

Los otros libros del mes, los que no están muertos, ó de estarlo son muertos que andan... y cobran, son, como al principio dije, los libros de texto. La opinión pública, que opinión pública hay también en estas cosas, los ha juzgado más de una vez desfavorablemente, sin atender en verdad á lo que dicen tales libros, á la mayor ó menor dosis de sabiduría con-

tenida en ellos, sino tan sólo á sus precios y, alguna vez, á su extensión. El veredicto de la opinión en este caso, ha sido, pues, un veredicto económico y cuantitativo.

La calidad de los libros de texto, no es un fenómeno aislado ni un hecho independiente. Es la resultante de un sistema y un estado de la enseñanza, y de un grado de cultura general. El libro de texto como medio de instrucción, como instrumento pedagógico, es un hecho correlativo de muchos otros dentro de las condiciones de la enseñanza en un pueblo y una época determinados. Y como exposición de conocimientos y teorías científicas, es, tanto por su contenido como por su forma y su método, un signo, una muestra del grado de desarrollo de la cultura científica.

Con nuestros libros de texto pasa lo que con nuestra enseñanza y nuestro profesorado: son muy desiguales; no hay en ellos ese nivel medio general de cultura y de preparación pedagógica que suele observarse en los de otros países, aparte de las inevitables diferencias de talento y de erudición que ha de haber entre los autores. Aquí se pasa de un extremo á otro; de la ciencia sólida y verdadera, á las manifestaciones, no raras, ni aun bajo la toga magistral, de la más supina ignorancia. Hay libros de texto que justificarían plenamente la pérdida de la cátedra, y los hay que no merecen sino elogios. Y es que siendo bajo el nivel general de nuestra cultura y de nuestra enseñanza, los hombres de verdadera ciencia tienen que formarse á sí propios por su esfuerzo individual, y son casos aislados, no productos normales de un sistema pedagógico y de una atmósfera constante de ilustración. Y al propio tiempo, el abuso del favor abre frecuentemente el acceso á las cátedras, y pone oficialmente al nivel de los verdaderos maestros á obscuras medianías y hasta á completas nulidades.

No hay tampoco—y esto no se escribe en son de censura—unanimidad en la cuestión misma de la utilidad de los textos. Profesores eminentes tenemos que ni han escrito texto, ni lo

señalan y, en cambio, hay otros, entre nuestros mejores catedráticos, que han cultivado este género didáctico, ó que aun no siendo autores, señalan ó aconsejan textos.

A mi entender, los libros de texto, en su acepción, que pudiéramos llamar clásica, de manuales didácticos destinados á doctrinar á los escolares en una asignatura ó rama de los estudios, han perdido mucha de su importancia y están en camino de acabar de perder lo que les queda. El libro de texto fue la verdadera piedra angular de la enseñanza en la época escolástica en que las lecciones eran tales lecciones, en sentido etimológico (lecturas), en que los libros eran escasos y costosos, en que se explicaba en las cátedras alguna obra famosa en vez de una teoría ó un cuerpo de doctrina; en que dominaba el criterio de la autoridad (Aristóteles ó Bartulo y Baldo), y en que las explicaciones eran meras glosas y comentarios. Pero la difusión de los libros, la baratura de las impresiones, el aumento de la producción científica en todos los ramos del saber, la generalización de las bibliotecas, el progreso de la instrucción general y el criterio de la libre investigación de la verdad, han ido relegando á los textos á lugar muy secundario entre los medios de enseñanza, limitándolos á *Memorandums*, á resúmenes de preparación para exámenes, casi casi á remediavagos ó alivio de estudiantes desaplicados.

La opinión general, quiero decir, la opinión del vulgo ilustrado, ó sea la de la mayoría de los padres de familia que tienen algún hijo siguiendo carrera ó en disposición de seguirla, da, sin embargo, gran importancia á la existencia de los libros de texto y los considera como elemento esencial de la enseñanza, si bien se queja de su precio y de su mucha extensión (me refiero á lo que esa opinión dice, no expongo la mía). No es brillante, de cierto, el estado de nuestra enseñanza oficial ni particular, ni son nuestros libros de texto, por lo común, modelos en su género; pero esa opinión general de las personas que pasan por ilustradas, ó al menos por no completamente

iletradas, está todavía á más bajo nivel, y merecería una enseñanza y unos textos mucho peores. El ideal de la mayoría de los padres de familia en materia de libros de texto sería la uniformidad de doctrina, una especie de dogma científico promulgado por autoridad del Estado; textos á peseta, cartillas didácticas que pudieran aprenderse de memoria en una semana. Con esto, y exámenes semestrales y reducción de años en las carreras, pareceríales satisfactorio cualquier sistema pedagógico, fueran los que fuesen sus verdaderos resultados intelectuales; como que el resultado á que se tira casi siempre es la obtención del título, patente, que, al revés de la de invención, es con la garantía del Gobierno, puesto que éste reconoce por virtud de ella la suficiencia profesional.

Pero, buenos ó malos, los libros de texto son en estos días la preocupación de muchas cabezas juveniles. Pocos estudiantes, aun entre los más holgazanes, suelen dejar de hojear con curiosidad los flamantes libros de texto del nuevo curso, aunque no vuelvan á tomarlos en las manos hasta los angustiosos días de Mayo, en que la proximidad del examen estimula hasta á las voluntades más negligentes. Muy vario es el destino de estos libros: los unos son conservados como grato recuerdo de la mocedad y de las aulas, y evocan al cabo de años, en el hogar tranquilo, la imagen de los lejanos días de la alegre y bulliciosa juventud; otros caen por pecados de sus dueños en el Argel de la casa de préstamos; éstos pasan de mano en mano, y llegan á ostentar en la amarillez de sus hojas y lo gastado de su pasta las honradas marcas del estudio asiduo; aquellos van á parar á las librerías de lance, y un cambio de profesor les convierte en género invendible ó de muy difícil salida; mas todos tienen el privilegio de haber fijado algún momento la atención de inteligencias jóvenes, dotadas de la savia y la frescura de los primeros años, accesibles á los entusiasmos, al amor á la verdad y á la ciencia: todos ellos han sembrado algún germen de cultura en esos espíritus que son tierra virgen y no fatigada; todos han puesto en comunicación por

largas horas, ó siquiera por breves momentos, al pensamiento, abierto á todas las impresiones de la gente moza con la acumulación de experiencia y de saber de las generaciones pasadas, que da por resultado la ciencia y, en un sentido más amplio, la civilización. ¿Qué mejor destino para un libro?

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—Los indios americanos.—Quichuas y aymaráes en Bolivia y el Perú.—Los tobas y matacos del Chaco en la Argentina.— La invasión de La Sabana. — Su reducción. — Emigración de los indios del Kansas á Méjico. — La insurrección de los mayas. — Conminación de los Estados Unidos á Méjico.— Protesta de la prensa mejicana. — Méjico y su actual florecimiento.—El General Porfirio Díaz.— Su reelección.—Insurrecciones de Bolivia, Santo Domingo, Venezuela y Colombia.—El radio pacífico. — El pensamiento de la unión americana en la literatura. — La guerra contra el lenguaje castellano por las colonias anglo-sajonas é italianas. — Inmutabilidad de este carácter étnico de las jóvenes Repúblicas de nuestra sangre (1).

La casi constante aparición del indio americano en el escenario de los sucesos con que se elabora la historia viva, es una demostración palpable de que no fue tan rigorosa ni tan desoladora como la emulación y la calumnia hicieron creer, en una guerra de descrédito que ha durado cuatro siglos, la conquista y dominación por los españoles de los mundos que arrancaron con su denuedo y perseverancia al impenetrable secreto del Océano. Solamente estas razas inferiores, ya de color cobrizo, de América, ya de color amarillo, de Asia y

(1) *La Nación*, de Buenos Aires, en su número correspondiente al 29 de Julio, publicó, transmitida por telégrafo desde Montevideo, á la llegada del correo de Europa, el testamento de Castelar sobre *La unión de la América Latina*, que vió la luz pública en esta *revista* de nuestra España Moderna.—(N. de la R.)

Oceanía, que estuvieron bajo nuestro imperio, dan muestras admirables de esa tenaz consistencia con que en nuestras perdidas Filipinas mantienen, casi desarmados, un sueño de independencia contra un ejército dos veces renovado de 40.000 norteamericanos, que cubren las numerosas costas de sus apiñadas islas de fuertes acorazados, y que en tierra, sin adelantar un paso, pelean contra los desnudos indígenas, con todos los instrumentos de la *carnicería civilizada*: la ametralladora y el cañón de tiro rápido, el fusil de terrible repetición y abrumador alcance, la bala explosiva, la granada incendiaria y la de melenita, y el oro del engaño. ¡Y no se rinden!

En los Estados libres en que se han dividido, en su independencia, los vastos territorios americanos que fueron españoles por espacio de trescientos años, la población de sus indígenas sigue siendo numerosa, y partícipe en mayor ó menor grado de los beneficios de la civilización que durante los cuatrocientos últimos años trabaja por su conquista moral, ó refractaria á toda luz de regeneración, haciendo vida civil en las nuevas poblaciones, aunque sin interesarse en las ventajas del mundo que les rodea, ó gozando de la salvaje libertad que le facilita, en la selva ó la montaña, la inmensa extensión de territorios ubérrimos, donde todavía la habitación del hombre culto no ha hecho animar nuevas sociedades por falta de elementos progresivos de población, da muestras de una vitalidad que es un perpetuo mentís á las opiniones que con tan sañuda tenacidad se han explotado contra España. De los indios que hacen la vida civil, todavía están frescos los recuerdos del modo como los *aymaraes* de la Paz han prestado, como auxiliares, su colaboración á las últimas revoluciones políticas de Bolivia. En el Perú y en el Ecuador se había temido también que los partidos de acción, que todavía perturban, harto más frecuentemente de lo que á los intereses generales de pueblo y de raza conviene, aquellos Estados, hubieran seguido el criminal ejemplo que se había dado en la República de las altas planicies con los indios peruanos de

Iquitos y los ecuatorianos de la provincia de Tungurahua. Por fortuna los *quichuas* del Perú no han sido sugestionados, y si los indios de Pillaro en el Ecuador se lanzaron al campo de la lucha, en la subida de Culipachan, en el paso de Guapante y en las gargantas del Chimborazo sufrieron tan terrible castigo, que les obligó á la sumisión.

Sin estos ejemplos, y obrando, al parecer, enteramente por sí, la Argentina tiene en la actualidad sobre el tapete la reducción de sus indios *tobas,* que en el Chaco han cometido recientes y sensibles agresiones, y Méjico lucha del mismo modo por contener la rebelión pronunciada en el territorio del Yaqui por sus indios *mayas.* Los *tobas* del Chaco, se ha dicho en Buenos Aires que son la máscara con que se cubren los malhechores de la provincia de Santa Fe, que periódicamente caen sobre las nuevas colonias agrícolas é industriales del Chaco y Formosa, cometiendo todo género de sorpresas y desmanes. Sin embargo, los últimos *malones,* que han cubierto de terror y desolación aquellos apartados territorios, han tenido por base formal la irrupción de los indígenas montaraces, y desde el trágico asesinato de la Condesa de Villebrune, destrozado su cuerpo de lanzadas y flechazos en su propia casa, en la jurisdicción de Resistencia, en el mes de Febrero pasado, los asaltos y los asesinatos de la indiada se repiten casi sin descanso, á pesar de la persecución de que han sido objeto y de los combates que con ella han sostenido las fuerzas destacadas de Florencia, de la Sabana, del Rosario, y de los refuerzos militares enviados por el Gobierno de Buenos Aires. En estos repetidos encuentros se logró dar muerte al cacique Caballero y más de ciento ochenta indígenas de los que acaudillaba; el capitán Podestá ha librado otros combates ventajosos con las muchedumbres que tienen por jefes al cacique Mencairi y otros dos caciques jóvenes y audaces, Ticton y Sananiqui, cuya presencia es el terror de las poblaciones; pero estos encuentros, sangrientos para las dos partes, aunque victoriosos para las tropas regladas de los argentinos, no han

bastado á impedir la entrada en la Sabana, donde al toque de clarín, como tropas de línea, arremetieron contra la población, sembrando á mansalva la muerte y el estrago. Los hombres de los obrajes murieron lanceados; las mujeres, violadas, aparecieron muertas, como un rastro de espanto, por los caminos por donde los invasores practicaron su retirada, y casi todos los niños fueron cautivados. Los *tobas* iban capitaneados por Razoy, el asesino del misionero Ermeti, que se supone asesino también del explorador español Ibarreta. El saqueo correspondió á la crueldad de la matanza, y yeguadas enteras fueron destruídas, llevándose yeguas, caballos y potros.

Indudablemente no era necesaria la representación personal hecha al General Roca por una comisión de propietarios é industriales establecidos en el Chaco, para que el Gobierno argentino hubiera pensado ante estos sucesos en la necesidad de formular un plan, ya militar, ya enteramente civil, para dar á aquellos territorios la seguridad de que hasta aquí han carecido, ya por la persecución sin tregua de los indígenas, ya por la de su reducción, y de cualquier modo por el castigo inexorable de los malhechores y asesinos refugiados entre ellos, y que son los que impulsan á estas correrías sangrientas á los indios cazadores del interior y los de los toldos del Llirí. Para el primer plan, el general Vintter, que por su larga residencia en el Chaco, como jefe de las fuerzas militares que allí tiene establecidas el Gobierno de Buenos Aires, conoce bien aquel terreno, presentó un proyecto de ocupación, cuyo desarrollo le permitiría dejar así el Chaco Central como el Austral con indios útiles y pacíficos en número reducido, en el espacio de tres años, dotándosele para esto, no sólo de nuevas fuerzas militares de caballería sobre el contingente que ya existe en las nuevas poblaciones, sino de tres mil animales de labranza, granos y herramientas de cultivo: de modo, que la campaña que el general Vintter se proponía seguir no se circunscribía á la acción defensiva y de seguridad

por medio del elemento armado, sino á la de la atracción civil por medio de la cultura de los campos. Una guerra de exterminio hecha en nuestro tiempo con las ideas y las costumbres humanitarias que son el principal signo de la civilización, es de todo punto imposible. Pero, además de que la guerra de exterminio repugna á toda noción de humanidad, sin duda alguna sería contraproducente, pues el indio montaraz, luchando por la vida, tomaría sus represalias, dando á la lucha una extensión indefinida é imprimiéndole el carácter de la más violenta salvajez.

Aun teniendo en cuenta estas ideas humanitarias, contra el proyecto del General Vintter se pronunciaron los representantes de los propietarios é industriales del Chaco, que en comisión se presentaron al General Roca días antes de emprender éste su reciente expedición política á Montevideo y á Río Janeiro. La cuestión es que estos propietarios é industriales hacen vida común con los *matacos* y *tobas* del Chaco y de Formosa; y los que pueblan desde Resistencia hasta el río Pilcomayo, no sólo son mansos y pacíficos, sino que respetan la vida y las haciendas, hasta el punto de que no hay provincia ni territorio en toda la República donde se encuentren más garantidos; agréguese á esto que el mayor número de estos indígenas está bautizado, que se ha logrado hacer asistir sus niños á las escuelas, que los jóvenes se filien en la guardia nacional local, y que los hombres se dedican al trabajo en las nuevas colonias, siendo los únicos braceros y peones con que se cuenta en aquel territorio. Su disposición natural para toda clase de oficios los hace tan útiles, que indios son en su mayor número hasta los maquinistas y fogoneros de las fábricas que allí se han establecido. Los representantes que acudieron al General Roca le demandaron disposiciones de policía para la seguridad de aquel territorio; pero no contra los indios que lo habitan, sino contra los que, á título de ambulantes de comercio ó con otros pretextos, se destacan de la provincia de Santa Fe y vienen á envenenarlos físicamente con sus alcoholes y moralmente

con sus sugestiones al robo y á la matanza. De esta comisión formaban parte los propietarios de la colonia de Las Palmas, que tienen invertido en este ingenio un capital de tres millones de pesos, poseen un ferrocarril de 35 kilómetros, una vacada de diez mil cabezas de ganado, y tienen empleados en estas industrias y labores tres mil indios; los de la colonia Dalmacia, con extensas plantaciones agrícolas y doce mil cabezas de ganado; los de los establecimientos de Santa Isabel y Nueva Roma, con otra cuantiosa hacienda vacuna y plantaciones de algodón; los del ingenio Formosa, la colonia General Vedia y el establecimiento ganadero de Simón Ostwald, que son los estancieros más internados en el territorio, y cuyas fortunas industriales alcanzan cifras de suma consideración. Todos estos propietarios, y los demás, cuya representación asumían, no sólo se han expresado en defensa del indio mataco y toba, al que se ha supuesto autor de los desmanes relatados, sino que, lejos de aprobar los planes del General Vintter, han solicitado el retiro de las fuerzas militares acumuladas por los últimos sucesos en Formosa y en el Chaco; el nombramiento de un comisionado civil para que informe sobre el estado de progreso en que se encuentra aquel territorio y de la participación que en él toma el indio que lo habita, y que se tomen las medidas que se consideren adecuadas para el fomento de las misiones y el establecimiento de nuevas escuelas para que los niños indígenas gocen de los beneficios de la educación moral é intelectual.

Como se ve, estas pretensiones, no sólo impugnan todo proyecto de guerra de exterminio contra los indígenas, sino que, por el contrario, tienden á incorporar la raza bárbara á la civilización. Y en efecto, la impresión que en el General Roca y sus Ministros han producido estas representaciones han sido tales, que inmediatamente ha surgido en el Gobierno argentino el pensamiento de contraponer al plan de ocupación militar propuesto por el General Vintter, el plan del religioso franciscano Fray Pedro de Iturralde, prefecto de las misiones del

convento de San Lorenzo, establecido en la provincia de Santa Fe, que gestiona por implantar en Formosa la reducción de indios, creando una inmensa colonia católica india. El Obispo de Santa Fe, Monseñor Boneo, favorece esta solicitud; pero tiene la competencia del Obispo Salesiano de Montevideo, Monseñor Cagliero, que persigue el mismo pensamiento, y á quien apoya en el ánimo del General Roca el Ministro argentino del Interior Sr. Yofre. Sea de origen español ó de origen italiano la gran misión que se proyecta para civilizar al indio montaraz del Chaco y Formosa, ¡qué espectáculo tan distinto del que se ha dado en otros continentes del Nuevo Mundo en el trato con los indígenas! Fray Pedro Iturralde, que solicita 16 leguas cuadradas de territorio para su misión, á fin de dar 50 hectáreas á cada familia india que allí se establezca, haciendo honor al recuerdo de la madre España, ha recordado en sus memoriales al Gobierno argentino que en él, como franciscano, reside toda la tradición civilizadora de América desde las primeras exploraciones de Cristobal Colón. Franciscanos fueron los primeros apóstoles del Nuevo Mundo y salidos del corazón de Castilla. Si hay indios salvajes que civilizar y no exterminar, que la tradición no se interrumpa, ya que el voto de los sentimientos generales de nuestro tiempo deciden que más que por la espada y el exterminio, la obra de la civilización se ensancha cada vez más y se realiza por el influjo de la cruz y la redención del trabajo.

A los misioneros salesianos que ofrecen al Gobierno argentino su establecimiento redentor de Formosa, nada hay tampoco que imputar. Toda misión cristiana es vía de salvación, y en Chile se ve, con creciente estímulo, en los beneficios producidos en la enseñanza de la infancia indígena por el establecimiento de la Casa de la Providencia de Telmuco, donde se educan las niñas *araucanas*. Por vez primera se han visto en Santiago las letras de las nietas de Caupolican y de Leutaro dirigirse al jefe de aquel Estado en mensajes escritos en su propio idioma, felicitándole en la festividad de su onomásti-

co (1). La civilizadora misión de las monjas de la Casa de la Providencia es más útil á las exigencias de la humanidad y á los progresos de la civilización, que la corrosiva intoxicación del abuso del alcohol en que por tanto tiempo se ha tratado de extinguir una raza insumisa y belicosa.

***

La situación de los indios *mayas* de Méjico también ha estado, y aun sigue, dando mucho que hacer y hablar, lo mismo en la República de Porfirio Díaz que en la de los Estados Unidos. Realmente no ocurrió en las márgenes del río Yaqui, ni en general en el Estado de la Sonora, asunto alguno por el que pudiera esperarse, ni sospecharse siquiera, una sublevación de parte de los indígenas que lo pueblan; muy por el contrario: de los últimos movimientos de los indios que entre sí se comunican entre las dos fronteras, sólo debía prometerse una completa tranquilidad. Todavía no hace cuatro me-

(1) La felicitación de las niñas araucanas al Presidente Errázuriz, en los días de su onomástico, decía así en las dos lenguas:

EN ARAUCANO

Ñidol Trroquin em: *Inche c'pau michialiafieb trrocom pichi malen tañigui m'lelu f'ta una Providencia pignelu, Temuco huarla meu. C'pau aluafiel mañum eimi frenemuqueyim: Ñidol trroquin em, c'pau feipiafiel petu eimi trronquin, inchiñ mapuche niciñ quiñe ruca duamquimaiñ; t'fachi ruca men, quimfiyiñ Dios, quimfiyiñ chilcatum c'dau cai. Eluuiñ mañum, petu eimi trroquei men, aduiyiñ chilcatum inchíñ dugnu men, chumcan rume cuiñquimquelaiñ.*

EN CASTELLANO

Señor Presidente: Vengo á saludaros en nombre de todas las niñas que hay en la Casa de la Providencia de Telmuco. Vengo á daros las gracias porque vos, Señor Presidente, nos teneis compasión. Vengo á deciros que, durante vuestro Gobierno, las *mapuches* tenemos una Casa de educación en la que nos enseñan á conocer á Dios, á leer, escribir y trabajar. Vengo á deciros que, durante vuestro Gobierno, hemos aprendido á leer y escribir en nuestro idioma, lo que antes nadie nos había enseñado.

ses que los indios que habitaban en los Estados Unidos la región de Wichita, en Kansas, en número de 4.700 *cheroquis*, 3.900 *criks* y 1.500 *delawares*, abandonaron el territorio de la Unión, no pudiendo sufrir la persecución incesante de que eran objeto de parte de los norteamericanos, cuyas autoridades sistemáticamente atropellaban sus derechos con notorio olvido de los pactos y promesas existentes, y marchaban á establecerse en Méjico, donde habían adquirido grandes extensiones de terreno en Durango, Guadalajara y la Sonora. Posteriormente una comisión de indios *likapús*, procedentes de Santa Rosa y de la colonia del Nacimiento, á quienes querían despojar de su territorio los indios-yakis, llamados *cimilones*, se presentó con sus quejas al General Porfirio Díaz, demandándole amparo y entregándole los títulos de propiedad y los planos de los terrenos que se les disputaban. Esta comisión se hallaba compuesta del jefe de la colonia de Oconuhumá, llamado Kezitemo; del juez de la colonia del Nacimiento, Amechika; del jefe de la misma colonia, Ottopezi, y de Kizú-Kame, capitán de la de Oconuhumá. La colonia del Nacimiento se halla establecida en la zona oriental del Estado de Coahuila, y la de Oconuhumá en territorio norteamericano; pero unos y otros, los indios de las dos colonias, que viven enteramente bajo un régimen primitivo, se tratan y familiarizan sin atención á fronteras; y como los agravios de que se quejaban provenían de las invasiones de los negros *cimilones*, raza bárbara que merodea en el Norte de Coahuila y en el Sur de Texas, el General Díaz, que los recibió con mucha atención, les indujo á representar las mismas querellas al Gobierno de Washington, á fin de que los Estados Unidos les prestasen las mismas garantías de seguridad que el Gobierno de Méjico se obligaba á darles. Esta actitud, bajo el aspecto internacional, era perfectamente correcta, y los Estados Unidos no han tenido reclamación alguna que formular por ella. En cuanto á los indios del Kansas, se trata de tribus completamente civilizadas; en su emigración á Méjico han hecho uso de un dere-

cho natural y legal, y, lejos de poder suponer que de ninguno de los dos hechos pudieran surgir conflictos de ningún género, la amable acogida dispensada á la llegada de los nuevos pobladores de Durango, Guadalajara y la Sonora, y á los querellantes de Santa Rosa y de la colonia del Nacimiento, debía entenderse que encontraría un eco simpático en los demás indígenas mejicanos.

La causa de la rebelión de los *mayas* del Yaqui, en la Sonora, no ha llegado á explicarse. Desde la segunda quincena de Julio último se observó que andaban inquietos, que desertaban á sus montañas y que se llevaban sus armas. A pesar de estos síntomas, su sublevación fue una sorpresa verdadera. Méjico es el país de América donde el indio goza mayor bienestar, bienestar que alcanza hasta á los que más reacios se muestran á las sumisiones civiles de una cultura social que siempre les ofrece estímulos y atracciones. La sublevación, no obstante, tomó, desde su principio, un carácter general, tomando parte en ella la mayoría de los indios que estaban en el Yaqui. El pretexto lo dió la desobediencia á una orden del Cuartel General en punto á administración interior del pueblo. Desde que el General Torres advirtió los primeros movimientos ordenó al Comandante Juan Maldonado pasase con su escolta á Bácum; que amonestara á los indios, que les recogiese las armas y que procurase aprehender á los instigadores al desorden. Pero aunque del 16 al 20 de Julio Maldonado quitó á los sublevados algunas armas de parque metálico, algunos fusiles viejos de percusión y algunos arcos y flechas, y prendió varios alborotadores, con lo que creyó que todo quedaba concluído y pacificado, los rebeldes pudieron refugiarse en Vican, donde se fortificaron, y aun hicieron alguna tentativa de expedición río abajo, hasta que derrotados en Palo Parado, tuvieron que volver á encerrarse en el pueblo. Todo el empeño del General don Lorenzo Torres, mientras le llegaban los auxilios que había pedido, se cifró en impedir que los indios ensanchasen su campo de acción, fortaleciendo los puntos débiles de la línea del

río Yaqui y preparando los medios de atacar ventajosamente á los rebeldes. En los diez últimos días de Julio, les ocasionó dos derrotas consecutivas, haciéndoles unos ochenta muertos, entre los que se hallaban cuatro de sus cabecillas. En combinación con él, y con las fuerzas de que fue posible echar mano, comenzaron á operar el Coronel Anastasio Torres, hermano del General, que desalojó á los indios de Añil; el Coronel Angel García Peña, que estableció su cuartel en Forin para estar en comunicación inmediata con el General, y el Coronel Peinado, que con las fuerzas de la Guardia Nacional que pudo organizar en Guaymas, en el momento se puso sobre la indiada. El resultado de estas operaciones fue la toma de Vican, con lo que el núcleo principal de la rebelión quedó desmoralizado y disperso. Todavía, sin embargo, el 10 de Agosto, el General Torres los acosó en Lehutla, entre Tarín y Vican, y al día siguiente los desalojó de los bosques á donde se habían refugiado; y aunque ni los rebeldes habían sido totalmente sometidos á las últimas noticias, ni habían cedido de su empeño, fácil es conjeturar que el resto de la campaña consistirá probablemente en perseguir á los que se han internado en las montañas y en invadir las rancherías que los indígenas tenían en el valle de Guaymas.

Lo que nadie se atrevería á definir sería el objeto final de esta rebelión, si el *San Francisco Chronicle*, de la capital de la California, no hubiese imprudentemente hecho asomar la punta de la oreja, como vulgarmente se dice. Apenas se habían librado los primeros combates contra los *yaquis,* antes de pasar siquiera un mes desde que los indios se insurreccionaron, cuando *The San Francisco Chronicle* se creyó en el deber de consagrar todo un editorial á un asunto *de tanta trascendencia*. «Ya es tiempo, escribía, de que el Gobierno americano exija del de Méjico que se ponga fin á esa guerra.» Como es natural, aunque la opinión de un periódico cualquiera no basta para constituir el voto autorizado de un Gobierno ó de la opinión de un pueblo, el artículo de la *Chronicle* ha hecho

en Méjico una malísima impresión. Todo el mundo se pregunta: «¿Qué quiere decir una exhortación tan extemporánea, tratándose de un suceso que en absoluto carece de trascendencia y que nada interrumpe, ni momentáneamente siquiera, la marcha progresiva y pacífica que con éxito inusitado ha emprendido este país? ¿Es que en la política audaz que en los Estados Unidos se ha inaugurado, se están buscando incesantemente pretextos para amilanar á los pueblos americanos con la amenaza de una intervención? No es ciertamente una vergüenza para ningún país, que un elemento insignificante y casi bárbaro de su población total cree una perturbación sin base ni objeto, puesto que en la rebelión de los yaquis ni se ha levantado una bandera, ni se ha dado el grito de ninguna aspiración: lo que sí es una vergüenza á la faz de la civilización, cuyos principios tanto ponderan los pueblos que, como los Estados Unidos, se consideran á la cabeza de ella porque disfrutan el veleidoso poder que da el influjo de la opulencia, tengan que desertar de su suelo é ir á demandar la hospitalidad extranjera tribus enteras, no de hombres ya salvajes, sino de hombres civilizados, como los indígenas de la región de Wichita, proclamando al sentar sus reales en los territorios que Méjico les ha dispensado: «*Preferimos ser súbditos mejicanos, á continuar formando parte de la gran democracia americana que casi ha destruído nuestra raza.*» Toda la prensa de Méjico ha protestado contra la sugestión de la *San Francisco Chronicle,* creyendo que es el colmo de la hipocresía dirigir al General Porfirio Díaz las invitaciones calurosas que se le han hecho para que asista á la *Exposición Comercial* de Chicago y Filadelfia, que se celebra en este mes de Octubre, y dirigir al país, que gobierna con universal beneplácito, las insidiosas insinuaciones del periódico aludido de la capital de California.

Y los periódicos mejicanos tienen razón. En la insurrección de sus indios *mayas* no hay más que la protesta del hombre salvaje, que en todas partes es refractaria á someterse á

las imposiciones de la civilicación; y Méjico, después de vencidos sus insurrectos, disponiéndose á educarlos paciente y lentamente en lugar de exterminarlos ó proscribirlos, vive noblemente en los principios de la humanidad y en el regazo de la civilización. Los indios rebeldes, nada que lo desdore tienen que decir contra él. No así los indios del Kansas, que han ido á refugiarse á los Estados mejicanos de Durango, Guadalajara y la Sonora, los cuales al demandar á Méjico una nueva patria han expuesto ante la faz del mundo que del seno de la democracia americana los expulsan las persecuciones con que son tratados en los Estados Unidos, justificando lo que recientemente refería Mr. Leupp en las páginas de *The Forum* al describir los asesinatos en masa cometidos por las tropas federales en los territorios indios, hasta conseguir despoblar de los pieles-rojas las regiones que ocupaban.

*
* *

Precisamente los Estados Unidos dirigen á Méjico estas insidiosas inculpaciones, cuando el concepto de la primera de las Repúblicas americanas de origen español se eleva más favorablemente en la opinión y en el juicio del mundo. Los progresos realizados en los últimos veinte años no pueden menos de merecer la más profunda consideración. La población ha crecido en ese tiempo, de 9 millones de habitantes á 15. Tenía sólo 559 kilómetros de ferrocarriles, en cuya construcción no cesa, y ya cuenta con 13.000. Se han fundado, desde 1870, 10.000 escuelas de instrucción primaria y multitud de academias, liceos, institutos politécnicos, de Bellas Artes, de comercio y de Artes y Oficios. Se han duplicado los ingresos del Tesoro público; se ha triplicado el comercio exterior, y su crédito internacional ha pasado, de la casi completa nulidad, al tipo de confianza, que arguye la cotización de sus valores en las Bolsas de Europa, superando el 100 por 100 de sus intereses. Esta situación ha permitido al actual ministro

de Hacienda de la República, D. Roberto Núñez, presentar á las Cámaras la proposición de ley del 12 de Mayo último, para que se autorice al Poder ejecutivo á convertir la Deuda pública pagadera en oro, sustituyéndola por otra que, aunque represente mayor capital nominal, devengue interés inferior al 6 por 100 y exija para el servicio de réditos una asignación menor que la que hasta aquí se había destinado á dicho objeto. A pesar de esto, el nuevo empréstito mejicano que acaba de contratarse en Amsterdam se ha cotizado desde el primer momento á más del 101.

Después de haber salvado en el momento crítico su situación financiera adoptando el etalón de plata, que para Méjico ha sido el papel de tarifa protectora para sus manufacturas locales y que benefició su exportación en la plena conciencia de que la plata todavía tiene que jugar un papel importante en las operaciones financieras del mundo, el impulso dado á sus industrias, así en perfeccionamiento como en baratura, favorecida ésta por sus tarifas aduaneras y sus tarifas de transportes terrestres y marítimos, las de carga y descarga y las facilidades dadas á todo género de comunicaciones, han producido un cambio en la prosperidad común, tan profundo como el que se ha verificado en las costumbres. El pueblo obrero, como ha escrito recientemente un notable publicista del país, no viste ya calzón de manta blanca y camisa con las faldas de fuera; el pie calloso y desnudo calza hoy zapato de cuero burdo, que oculta las impurezas y negruras que adivina el olfato; la mujer ha refinado la coquetería de su vestido y de su tocador, y la más pobre trata de ataviarse con ropas semejantes á las de las clases medias, y éstas aspiran á ponerse sombreros y vestidos que las hagan aparecer acomodadas. El salario del obrero se eleva, así como el jornal del bracero, y todo tiende ó establecer el equilibrio del bienestar social. Las libertades civiles de tal modo han maridado con las costumbres, que hoy parecerían actos de un despotismo intolerable cualquier determinación que pusiera reglamentos á la invio-

labilidad de la conciencia, al respeto y la manifestación de la fe, á la expresión del pensamiento escrito ó hablado, á la libertad de reunirse, de asociarse, y á todas las demás conquistas de los derechos del individualismo en la sociedad y en el Estado.

Todas estas conquistas han venido á personificarse en el General Porfirio Díaz, jefe de aquella República, cuya sustitución ni parece racional siquiera. A principios de Agosto hubo un periódico de la capital que osó plantear esta cuestión. Inmediatamente se creó en Acatlan un Club, denominado *El Progreso*, cuyo exclusivo objeto no era otro que promover el concurso de la opinión, no para la reelección del General Díaz para la Presidencia de la República en el próximo período constitucional, sino para que se hagan manifestaciones y se eleven instancias á fin de rogar al Presidente la continuación de su magistratura, no por el voto ó la aclamación de sus conciudadanos, sino por la *postulación*, es decir, por la *súplica* de todo el país. Como en toda sociedad numerosa, no han faltado excepciones, tal vez de legítimos pretendientes, que, no teniendo censuras que derramar sobre el ídolo de Méjico, han pretextado que el descanso convendría tal vez á su salud. Pero el mismo General Díaz ha querido contestar por sí mismo á los que han manifestado en su interés el temor de que el exceso del trabajo presidencial relajara su salud. En efecto: hace pocos días, acompañado de sus ayudantes, se presentó inopinadamente en uno de los colegios militares de la capital, á la hora en que los alumnos hacían sus ejercicios gimnásticos. Los presenció con gran complacencia; celebró á los más ágiles y diestros, y luego que los ejercicios concluyeron, dijo: *¡Bueno! Hasta aquí, ya hemos visto lo que los jóvenes son capaces de hacer; ahora es necesario ver lo que hacen los viejos.* Y desnudándose de su levita militar, comenzó á trepar por escalas aéreas y á hacer ejercicios de agilidad y de fuerza, dejando á todos los circunstantes maravillados, pues el General Porfirio Díaz ya se halla rayano de los sesenta y nueve años. Esto quiso dar á entender que el General Díaz no admite su jubilación.

Obran los mejicanos como cuerdos en sostener al frente del Estado al hombre á quien el país debe todo su florecimiento interior y, lo que vale más que este mismo florecimiento, la suma de los respetos que en el extranjero exaltan su autoridad. Si á él se deben los progresos hechos en los ferrocarriles, en los telégrafos, en las escuelas, en la industria, en el crédito, todavía son más importantes los beneficios que Méjico recibe del prestigio de esta autoridad. Chile estrecha con Méjico sus relaciones de raza y de familia estableciendo el contacto continuo por medio de las líneas de navegación en la misma forma que lo ha hecho con España. El movimiento de Chile lo seguirán el Perú y el Ecuador. La América del Centro busca también en Méjico el nudo de su equilibrio, y Guatemala ha sido la primera de esas cinco Repúblicas que ha levantado el grito de la aproximación y de la fraternidad. La reciente recepción oficial del nuevo Ministro de Colombia, Sr. Marroquín, acreditado cerca del Gobierno del General Díaz, ha sido un acto de una importancia solemne, y en los discursos pronunciados es más lo que se dice entre líneas que lo que se dice con palabras, aun con haber sido éstas bastante explícitas y expresivas.

A todos los jefes de Estado de las Repúblicas americanas de origen español, tocará tal vez en breve jugar en la historia un papel de estrecha responsabilidad, como el artículo de la *San Francisco Chronicle*, á propósito de los indios del Yaqui, les previene, y las figuras eminentes que ya se han destacado por sí mismas, conviene sean conservadas en el lleno de sus prestigios y en el lleno de su autoridad. Algunos países privilegiados, como la Argentina, cuentan con varios hombres de talla, capaces de afrontar los peligros de todas las circunstancias. Si Roca fracasase en la política que se le impone, queda Mitre, queda Pellegrini, quedan otras figuras de análogo relieve. Pero Méjico no tiene más que un Porfirio Díaz; el Centro no tiene más que un Estrada Cabrera; el Ecuador no tiene más que un Eloy Alfaro; el Perú no tiene más que un Nicolás

Piérola; Chile no tiene más que un Federico Errázuriz, y lo que ellos representan, aunque, como en el Perú, Piérola quede detrás de la cortina con Romaña, no lo representan los que tienen que pasar por un nuevo ensayo de poder y formar un nuevo prestigio de autoridad. Y como los ejemplos son más elocuentes y persuasivos que las palabras, á todos estos Estados de América, sobre los que pesa un peligro común, que se hará más grave en el momento en que termine la atención de las guerras del Pacífico, recordaremos lo que en España ha sucedido en el conflicto de las insurrecciones coloniales, atizadas por los Estados Unidos para venir á parar á los resultados conocidos. España tenía un hombre. El día nefando de la tragedia criminal de Santa Agueda quedaron perdidas las colonias. A pesar de la tenacidad de Mac-Kinley; á pesar del aparato con que estaban preparados los sucesos, si aquel hombre hubiera vivido, ni se hubiera hecho la guerra con los Estados Unidos, ni España habría quedado inícuamente despojada de su poder colonial. El triunfo de los Estados Unidos y la exoneración política de España se ha debido únicamente á dos crímenes miserables, movidos ¿quién sabe? tal vez por una misma mano: la explosión del *Maine* en las aguas de Cuba y el disparo de Angiolillo sobre Cánovas del Castillo. El primero de los dos crímenes fue necesario para dar el pretexto, y el segundo para desembarazarse del obstáculo. El obstáculo, en efecto, á los pensamientos de los Estados Unidos, era la autoridad de un hombre, y aquel hombre era Cánovas del Castillo.

Hacen bien los mejicanos en hacer perpetua, mientras viva el General Porfirio Díaz, la alta magistratura que ha dotado de tanta autoridad.

***

A pesar del artículo de la *San Francisco Chronicle*, la insurrección de los *mayas* del Yaqui no será para Méjico lo que para sus respectivos países han sido la de Bolivia, que toda-

vía no ha logrado crear un Gobierno definitivo; la de Santo Domingo, que también ha dado margen para que los periódicos de Nueva York hayan hablado primero de intervención y después de anexión; la de Venezuela, que esteriliza los esfuerzos de esta República por regenerarse, y la intentada también en los cuarteles de Colombia, y fracasada por el buen sentido que, á fuerza de ominosas enseñanzas, se impone á la nación, que para su daño tiene la desventaja de ser la Soberana de Panamá.

De Bolivia hay poco que decir. Después del triunfo de la revolución, se han hecho unas elecciones, y estas elecciones debieran haber tenido la autoridad de un plebiscito. Lejos de esto, ha tenido que retirarse del campo de la contienda legal todo un partido, el partido conservador, acosado por las intransigencias de sus adversarios. Este retraimiento hará defectuosa la situación que se cree con carácter definitivo, cuando las Cámaras se reunan y la elección de un nuevo Presidente dé por terminada la misión provisional de la Junta de Gobierno por que se rige la República. En el terreno internacional, las inteligencias descubiertas con el viaje del *Willmington* entre los Estados Unidos del Norte, y las indiadas desamparadas, y los caudillos que las hicieron instrumento peligroso de su labor desquiciadora, producen una censura más sobre la violencia de los hechos que en las planicies andinas se han verificado. Se ha pronunciado un movimiento de atracción por parte del Perú, y este hecho no dejará de tener su importancia en el desarrollo del programa del porvenir, como todo lo que relacione más estrechamente unos pueblos suramericanos con otros. Entre tanto, del compás de espera presente sólo hay que aguardar que, en una ú otra forma, se constituya cuanto antes la normalidad salvadora de una legalidad positiva.

Sobre la revolución dominicana no hay motivos sino para profundos desconsuelos. El General Ulisses Heureaux no era un Presidente, sino un dictador; pero, al cabo, como Porfirio Díaz en Méjico y Nicolás Piérola en el Perú, era el hombre de

su país. Treinta años había vivido en perpetua campaña desde que dirigió todos los levantamientos contra el usurpador Báez. A la presidencia no llegó, sin embargo, hasta 1882; pero desde entonces él había sido el alma de la nación. Después de su asesinato, el telégrafo de la capital de Jamaica no cesó de alarmar al mundo, haciendo temer en que á la dictadura terminada por el delito, sustituiría un período anárquico de funestas consecuencias; y como en los Estados Unidos estaban preparados y deseosos de cogerse aunque fuera de un clavo ardiendo para alarmarse, bastaron aquellas noticias para que sonaran por el mundo los gritos de intervención y de anexión. Como siempre que se trata, hasta de los cuernos de la luna, en Washington se ponderaron los extensos intereses americanos que en la revuelta isla se hallaban comprometidos. Primeramente se dijo que la mayor parte de la deuda dominicana se hallaba en poder de los yankees; pero como esto no sería razón bastante para una intervención formal, la prensa neoyorkina, variando el argumento, no dejó de representar un día y otro día que la posición geográfica de la isla y su valor estratégico pesarían bastante en el ánimo del Gobierno americano para no dejar pasar la favorable coyuntura y apoderarse de la isla. Mas Inglaterra, Francia, Alemania é Italia se apresuraron á mandar sus barcos de guerra á Santo Domingo á proteger los intereses de sus súbditos respectivos, y aunque los Estados Unidos enviaron á sus aguas el crucero *Nueva Orleans* y el cañonero *Macchias* á observar los acontecimientos, indudablemente estas actitudes contribuyeron á la resolución del vicepresidente Figueroa á ocupar la presidencia y á formar un nuevo Gabinete, á fin de poder acudir prontamente á las incidencias que pudieran ocurrir ya en la política interior, ya en la política internacional. De esta manera, cuando la legación americana fue allanada por las turbas, antes de que el Ministro Mr. Rower formulara su protesta ya había recibido la consiguiente satisfacción. El castigo de los asesinos presidenciales que cayeron en manos de las autoridades, fue otro de los re-

cursos de fortuna para dominar la situación violenta creada por aquel crimen. No obstante, los peligros surgían por todas partes, y no se sabe á donde hubieran llegado sin la acusación que la prensa de Europa formuló contra los Estados Unidos, atribuyéndoseles el *Deus es machinâ* de la revolución de Santo Domingo. *Le Matin*, de París, ponía en boca de un personaje importante recién llegado á Europa de las Antillas, la declaración de que los sucesos de la isla dominicana eran una farsa, que los naturales del país nada tenían que ver con ella, que el complot se había fraguado por los americanos para intervenir en la isla y anexionársela después, y que los cabecillas que jugaban el papel principal en toda la comedia, no eran sino instrumentos estipendiados de las intrigas yankees, á cuya orden servían algunos filibusteros americanos. La impresión de esta denuncia en Washington fue extremada, y puede decirse que desde el momento en que el telégrafo la comunicó á América, cambió de repente todo el giro de las cosas. En la Secretaría de Estado del Gabinete de Washington dejó de hablarse en los términos conminatorios que habían sido la consigna de los días anteriores, y Mr. Hay hizo declarar por medio de los periódicos americanos de Nueva York y París que si los trastornadores de Santo Domingo fuesen á los Estados Unidos á organizar expediciones filibusteras, las autoridades americanas impedirían su embarque, así como el de armas, municiones y provisiones de guerra. El Gobierno del general Wenceslao Figueroa fue reconocido por el de Mac-Kinley, y ya todos los planes de los revolucionarios fueron fracasando uno por uno.

Descartado el elemento extranjero de los sucesos de Santo Domingo, la situación interior se simplificó bastante. Ha habido encuentros y choques, y el caudillo de la revolución, Jiménez, ha logrado victorias sin sangre, como la alcanzada en Macoris por los Generales Cáceres, Vázquez y Bracho, á quienes el gobernador de la plaza entregó sin resistencia el parque, el fuerte, el arsenal y el edificio; pero cualquiera que sea

el término definitivo de estos sucesos, la frase terrible, la que engendra la voz común de *los peligros americanos*, la palabra *anexión* parece alejada por ahora de las soluciones que se den al problema planteado desde el asesinato de Ulises Heureaux. Razón tenía *El Correo Militar,* de Madrid, cuando comentando estos hechos, decía que si Europa, en la cuestión de España y los Estados Unidos, hubiera procedido en los términos que ha obrado ante la revolución de Santo Domingo, de otra manera se hubiera substanciado el problema que ha hecho á España perder su posición en América, que la ha desnudado de todo su poder colonial y que ha herido profundamente la influencia europea en el Nuevo Mundo.

También la revolución de Venezuela ha concluído felizmente, aunque después de una empeñada batalla entre los rebeldes al mando del General Cipriano Castro, que se hallaba fortalecido en Punta Arenas, Estado de los Andes, y las fuerzas del Gobierno que les atacaron en tan ventajosas posiciones. El combate duró diez y ocho horas. Los rebeldes fueron desalojados de los fuertes que ocupaban, y el jefe de la revolución tuvo que abandonar el campo, sembrado por más de 800 cadáveres. La ocupación de la plaza de San Cristobal, que era la base de las operaciones, por el General Fernández, y las terribles pérdidas experimentadas por el nucleo de la revolución, han sido el término de estas nuevas y aciagas aventuras.

¿Habrán concluído, por ahora, las revoluciones sudamericanas? No, por cierto. El Perú siempre está en jaque con la actitud del General Cáceres y del Coronel Vezcarra, los enemigos acérrimos y personales de Piérola y de sus hechuras. Aunque proclamada por las Cámaras peruanas la Presidencia de Romaña, éste no se considera sino como el lugarteniente de Piérola, y se le hace la misma guerra sin cuartel. Sólo se espera que el General Piérola deponga, al terminar su magistratura, los atributos de su magistratura, para que suene la hora de nuevas revoluciones. En el Ecuador también se ha logrado la paz, pero el General Alfaro la cree, sin duda, tan

poco consistente, que á fin de no dar personal pretexto para nuevas perturbaciones, ha hecho la formal protesta de que su nombre no se pondrá en candidatura para la reelección presidencial. En Colombia se vive bajo el temor de inminentes trastornos. Todos los días se descubren conspiraciones políticas, y todos los días se procede contra algún presunto revolucionario. La última persecución ministerial la han sufrido los liberales de Cundinamarca y Santander, y las alarmas de Panamá, donde se ha levantado de improviso un partido separatista, son bastantes para tener inquieto al Gobierno de Bogotá y á la residencia del Presidente.

¿Qué hay, en realidad, pacífico, qué sereno en toda la vasta extensión que ocupan las jóvenes Repúblicas de sangre ibérica? El Brasil, la Argentina y Chile, y entre el Brasil y la Argentina el Paraguay y el Uruguay. ¿Qué pensamientos de porvenir pueden formarse con Estados cuya situación interior es tan insegura? Si los peligros que se temen sobrevinieran, ¿con qué fuerzas de resistencia se dispondrían á contrarrestarlos?

*
* *

Entretanto el sentimiento de la fraternidad y de la unión palpita por todas partes, y sobre todo por las esferas en que se cierne el espíritu. Hay hechos que lo revelan más elocuentemente que los libros que se publican de los filósofos y de los políticos. Berisso acaba de dar la fórmula de esta unión en el libro recientemente publicado en Buenos Aires con el título de *El pensamiento americano,* y que no es más que una colección de bosquejos críticos de los poetas y literatos más insignes que descuellan ó han descollado en toda la América que fue española. Este mismo pensamiento lo ha acogido en Santiago de Chile *La Ley,* y en el número anexo que publica todos los domingos confunde en una sola conjunción de raza todos los escritores de los dos mundos que en prosa ó verso,

en ciencia ó letras, en especulaciones mecánicas ó en bellas artes, se producen en la rica lengua de Cervantes. Tenemos que confesar que en España nada se produce semejante al *anexo dominical* del periódico político de Santiago de Chile *La Ley,* y su aparición se nos hace tanto más agradable, porque en virtud de ella, no sólo se estrechan las filas del entendimiento entre toda la raza, sino que se responde victoriosamente á los que desde hace mucho tiempo proponen, como temas de discusión en América, *si la enseñanza del castellano* á los americanos debe excluir en la esfera oficial la de otros idiomas, no tanto por la acumulación de las diferentes emigraciones de otras lenguas que ya ocupan vastos territorios de América, cuanto por *the difficulties of the Spanish language simplified for the English speaking pupils.*

Pero no es sólo el profesor anglosajón Alfred Boissie el que emprende la cruzada contra el castellano en aquella vasta parte de América que ocupan los que descienden de nosotros: *La Gazzeta del Popolo*, de Turín, ha comenzado una discusión semejante, á fin de que el castellano de los conquistadores de América se sustituya con el italiano de sus emigraciones modernas, y pide más: *la italianización* americana. Nosotros no consideramos esto ni siquiera como un peligro de ningún género, cuando en estos últimos meses, y con motivo de los proyectos atribuídos á Ricciotti Garibaldi, en Santiago de Cuba y Buenos Aires, á la vez se han escrito artículos sobre *medidas represivas contra extranjeros* y ha sonado hasta la palabra *expulsión*, y estas ideas han tomado cuerpo en el Senado argentino por medio de la palabra del Senador Cané. Otro periódico escribe entre admiraciones un artículo que titula *¡La raza italoamericana conquistándonos!* La fusión de *Los intelectuales de América* jamás podrá hacerse sin nuestro concurso, y este es el único defecto del libro publicado con este título por Mario Centoni. Brillantes son las tres últimas generaciones literarias de la América que fue española, pero la primera tuvo por maestra la generación de nuestra guerra de la Independen-

cia, en la que sólo Quintana ocupó el espíritu de los dos mundos; la segunda tomó por modelo nuestra generación romántica, y la tercera nuestro último florecimiento. De esta última generación, Campoamor, Bécquer, Núñez de Arce, son tan nacionales en América como entre nosotros, y aunque del otro lado del Atlántico se abriga la queja de que su literatura no trasciende hasta nosotros, hay en ello un error de pasión que crea una injusta queja. Menéndez Pelayo ha publicado, bajo los auspicios de la Academia Española, una antología poética de los dos mundos; Pérez de Guzmán la del *Cancionero de la Rosa*, y Valera ha popularizado en España todos los nombres brillantes de aquel hemisferio.

En cuanto á los extranjeros que allí han emigrado, anglosajones ó italianos, alemanes ó eslavos, tienen que conformarse con una ley dura, pero constante, del destino. Al buscar en la América que fue española una nueva patria, hacen tácita renuncia de la suya para sí y para sus hijos. En cuanto á idioma podrán conservar el suyo una ó dos generaciones; pero á la tercera, ellos serán los extranjeros para sus propios nietos.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Situación de los escritores en Alemania.—El estilo como condición de la vitalidad.=Usos y costumbres: Fiestas napolitanas.=Sociología: Cómo han decaído las naciones latinas.=Ocultismo: Lo que enseñan los libros de magia.—Apariciones y manifestaciones de muertos.=Impresiones y notas: El papel de la prensa.—Fabricación de lámparas incandescentes.—La característica de las épocas literarias.—El siglo del aire líquido.—Max Nordau y la paz universal.—Los telegrafógafos.—Garofalo y la teoría del crimen y de la pena.

LITERATURA

Situación de los escritores en Alemania.—Es indudable—dice Sperans en la *Revue des Revues*—que el público dispensa hoy mejor acogida á las producciones literarias por la mayor extensión de la cultura general, y que los escritores obtienen, por lo mismo, más ganancias y mejor posición social que antiguamente. Pero como por otra parte el número de escritores ha aumentado extraordinariamente, la competencia es terrible, y como en general los que tienen mayor talento son los menos á propósito para agradar á la masa, la crema intelectual es la que menos provecho pecuniario saca de sus obras.

En Alemania la situación se complica además por varias causas: los libros alemanes se leen todavía muy poco fuera de Alemania y de Rusia, y no tienen, además, clientela acomodada como los ingleses, pues la clase rica en Alemania es casi

toda de origen reciente y no tiene bastante cultura para interesarse por las cosas de la inteligencia, siendo en general bastante pobres los círculos alemanes. Esto, junto con la sed de enriquecerse de las casas editoriales, ha hecho que los autores hayan tenido que someterse á las peores condiciones de explotación, no siendo en parte alguna, tan grande como en Alemania, la distancia entre autores y editores.

Sólo el teatro proporciona al autor rentas de importancia, siendo sacada su parte del ingreso bruto, y equivaliendo al 10 por 100 en los *Hoftheater* subvencionados, y al 8, 6 ó 3 en los demás. Una obra de éxito colosal ha producido á su autor 125.000 francos; pero esto es rarísimo, y apenas pueden contar con resultados semejantes más que Blumenthal, Sudermann y Hauptmann, estimándose como un gran éxito llegar con una pieza de un autor popular á 30.000 marcos de rendimiento, y siendo muy raros los productos obtenidos por la venta de la obra. Juan Schlaf, cuyo *Meister Kolze* es la obra más notable del teatro contemporáneo, se ha vuelto loco de hambre y de miseria.

Los novelistas se hallan en peores condiciones que los dramaturgos. En Alemania se lee mucho, pero se compran muy pocas novelas. La gente prefiere suscribirse por tres marcos al mes á un gabinete de lectura que le da derecho á llevarse un volumen diario, y con este sistema los libros tienen muchísimos lectores pero pocos compradores. Los autores más populares, como Keller, Fontane y Raabe, no pueden vivir de su pluma, y uno es empleado del Estado en Zurich, otro crítico teatral de la *Vossische Zeitung*, y otro pensionado de la fundación Schiller; Teodoro Storm, uno de los más notables poetas, no sacaba de sus escritos ni para cigarros.

Los mejor tratados entre los novelistas son los que publican sus obras en periódicos y Revistas, sobre todo en alguna *Familienblatt;* así ha podido Spielhagen ganar de 8 á 12.000 marcos con una novela. La *Gartenlaube* paga sus novelas á 25 marcos por columna; pero muchos periódicos de bastante cir-

culación no dan más de 600 francos por una novela. De ahí que se cite como caso raro el de König que, con novelas del género patibulario, ha conseguido llegar á tener una casa de campo. La última capa de los novelistas alemanes, formada por gentes que nada tienen que ver con la literatura, y que componen obras para las clases más bajas del pueblo, es quizá la que sale mejor librada, pues cobran por la cantidad de cuartillas que emborronan, sin que los editores se fijen en la calidad del producto.

De los poetas líricos no hay que hablar. Rara vez, en parte ninguna, ha dado la poesía para vivir; pero en Alemania es cosa corriente que un poeta, aunque sea de primer orden, no cobre nada del editor por sus libros, y que hasta se ve obligado á veces á costearse la edición de sus poesías. El año último hubo que abrir una suscripción á favor de Detler de Liliencron, el primero de los líricos alemanes, hombre de cincuenta años, que cuenta con entusiastas y numerosos lectores. ¡La suscripción no produjo más que 1.000 marcos!

El periodismo es el que ofrece allí, como en todas partes, mayores ventajas; pero la colaboración se paga tan mal, que pocos llegan á sacar para vivir con holgura agotando sus fuerzas intelectuales. Un hombre como Fontane recibe 200 marcos mensuales por sus artículos de crítica teatral en la *Gaceta de Voss*, pagando el *Berliner Tageblatt* 20 marcos por cada folletín de cinco á seis columnas, y llegando al máximum de los honorarios la *Gaceta de Francfort*, que da 50 francos, y la de Colonia que paga todavía más.

Por lo demás, son muy pocos los grandes diarios alemanes que tengan folletines originales ó inéditos, y casi todos están abonados á los llamados *Feuilleton-Correspondenzen*. Los empresarios de estas correspondencias de folletines adquieren el original ó el derecho de traducción de una novela, y la reproducen en todos los periódicos abonados, teniendo al efecto un servicio de copistas, á quienes pagan 15 pfennigs (unos 20 céntimos) por línea, y haciendo de este modo negocios muy lu-

crativos. Los periódicos á los que todavía parece costoso este servicio, saquean y roban con la mayor frescura, y del modo más escandalosamente impune; pues como los escritores alemanes no están organizados en Asociación, carecen de medios para evitar eficazmente la reproducción de sus obras.

Lo mismo en esta rama que en la novela, los simples obreros vienen á ser los mejor retribuídos. Los diarios alemanes tienen por base la información local, y los reporters que se la proporcionan suelen estar bien pagados; el que extiende sus relaciones y consigue entenderse con varios diarios para darles sus informes, es el que llega al máximum de renta á que puede aspirar el periodista alemán. En Berlín se cita al noticiero Thisch, que gana al año de 20 á 30.000 marcos, y á Lange, que obtiene de 18 á 20.000. No les pagan sus artículos más que á 5 pfennigs (6,50 céntimos) la línea, pero entregan sus copias á 20 periódicos distintos y sacan un marco (1,25 pesetas) por cada línea; es lo que había llegado á sacar, como caso único, el novelista Hans Hopfen.

En cuanto á los demás redactores, su situación es semejante á la del folletinista. Un artículo de fondo que produce 20 marcos, se considera ya muy bien pagado, aunque la *Gaceta de Francfort* los paga á 25 francos, dando á su corresponsal político de Berlín 10.000 marcos anuales; la de *Colonia* es la más espléndida, pues su corresponsal en Berlín gana 20.000 marcos, no habiéndole superado más que Hammerstein, el corresponsal de la *Gaceta de la Cruz*, que ganaba 30.000 marcos. Los jefes de redacción de la *Gaceta de Voss* y del *Berliner Tageblatt*, cobran 20.000 marcos; pero la mayor parte de sus colegas no ganan más que 6.000, cobrando 3.000 los redactores principales y mucho menos los demás, en los grandes diarios, por supuesto.

Y no hay que pensar que la prensa alemana viva mal; en general una empresa de periódico es en Alemania mucho más lucrativa que en Francia, porque tiene muchos más anuncios, y mejor pagados. En Francia ningún periódico podría soste-

nerse sin subvenciones de una ú otra clase, mientras que en Alemania es muy raro el diario que las recibe, porque no las necesita, estando allí poco extendida la corrupción de la prensa, y siendo excepcionales los casos de venalidad.

En suma: el librero, el editor y el empresario de periódicos suelen en Alemania enriquecerse, siendo raros los que se arruinan; pero el autor apenas saca para mal vivir, siendo contados los que logran crearse una posición pecuniaria relativamente brillante.

*
* *

El estilo como condición de la vida.—Tal es el título del artículo que en la *Revue des Revues* publica Pablo Stapfer para establecer la relación que existe entre el estilo y las probabilidades de pasar á la posteridad en la historia literaria.

«No se vive, ha dicho Chateaubriand, sino por el estilo: la obra mejor compuesta nace muerta si el estilo falta.» «Las obras bien escritas—opinión corriente—son las únicas que pasan á la posteridad.» Pero ¿qué es estilo? ¿Qué se entiende por «obra bien escrita? Nosotros, profesores de literatura ó laureados de Academia, escribimos bien; nos cuidamos de la construcción elegante de la frase, de su medida variada, de sus movimientos flexibles y de su cadencia armoniosa, evitando la repetición del mismo vocablo á dos líneas de distancia, y huyendo en lo posible de la cacofonía de los *que* y de los *de* en racimo. Es más: para ser comprendidos desde luego, atendemos al orden luminoso del discurso, á la propiedad de los términos y á la claridad de la expresión, economizando palabras inútiles, animando las abstracciones con imágenes y dando color á la frase con la variedad de los giros. Quince años se necesitan—según Taine—para aprender á escribir con claridad, sobriedad y precisión.

Los maestros en este arte se dividen en dos grupos: los que se divierten con este juego y los que se desesperan por el es-

fuerzo que exige. Bouilhet, que era de los primeros, expresa en sabrosos términos la voluptuosidad de escribir; Flaubert, de los segundos, fue mártir del arte, «asediado—como dice Maupassant—por la creencia absoluta de que no existe más que una sola manera de expresar una cosa, un solo nombre para decirla, un adjetivo para calificarla y un verbo para darle vida».

Aunque todos afirmemos la identidad del fondo y de la forma, no es eso cierto en la realidad, habiendo poetas que no son artistas, y buenos historiadores y grandes filósofos que no son escritores. Bodin ha llenado los seis libros de su *República* de ingeniosos y profundos conceptos á los que sólo falta la forma; Vigny no pasará de poeta de segundo orden por no haber sabido llegar con sus versos á su pensamiento; Maine de Biran, Augusto Comte y Renouvier son minas en que el oro, encerrado en su ganga, carece de brillo; de Thiers no se citan frases ridículas, pero tampoco puede citarse una sola página verdaderamente bella; la señora Stäel, muy superior á Chateaubriand por la extensión y fecundidad de sus talentos, no merece el nombre de escritora, aunque fuera un brillantísimo pie de tertulia literaria por sus improvisaciones.

Todos los diversos modos de escribir pueden reducirse á dos: el *sencillo* y el *artístico;* los dos requieren igual trabajo, pero se distinguen en que el primero concentra la atención del lector en la idea, sin que se distraiga por la forma, y el segundo expresa la idea coquetamente, distrayendo la atención del lector por los primores del estilo. Stendhal pretendía que un autor había llegado á la perfección si se acordaba uno de sus ideas sin poder recordar sus frases, concepto análogo al de Descartes al afirmar que «cuando el lenguaje y la salud son perfectos no se sienten», y al de Winckelmann al decir que «la belleza perfecta es como el agua pura, que no tiene sabor particular».

No hay, sin embargo, que rebasar los límites de la sencillez hasta tocar en la sosería, distinguiendo lo que quizá es el

más alto esfuerzo del arte de lo que constituye su desconocimiento ó su negación. En nuestros tiempos de excesiva cultura nada es más docto que los escritos que parecen sencillos. Halevy estimaba que son los únicos destinados á atravesar los siglos, afirmación que Anatolio France aceptaba, aunque reemplazando los siglos por años. La escritura artística, por el contrario, corre el riesgo de envejecer en seguida, porque no siendo su ley la expresión absoluta de las cosas, y gastándose en parte su fuerza en perseguir formas no esenciales, ocurrirá casi fatalmente que éstas se tomen de los adornos perecederos de la moda pública y de la fantasía particular.

Los escritores afiliados deliberadamente á una ú otra escuela, tienen, en común, la preocupación extrema del bien escribir. Ese cuidado dominante y continuo caracteriza en general á todos los escritores de segunda fila, no absorbiendo, sino por excepción, á los de primer orden. Por eso los modelos del arte de escribir sin faltas se encuentran más bien en Horacio que en Lucrecio, en Bourdaloue y Nicole que en Bossuet y Pascal. Cuando se cree, con Flaubert que «el estilo es por sí solo el modo absoluto de ver las cosas», y se afirma con Buffón que «todas las bellezas intelectuales que se encuentran en un buen estilo son otras tantas verdades tan útiles, y quizá más preciosas para el espíritu público que las que pueden formar el fondo del asunto», no está lejos el vértigo de mirar la pluma como el cetro del mundo. Toda rebusca de la forma literaria, al modelar la idea, puede perfeccionarla, pero puede también sacrificarla y deformarla; Plutarco era tan retórico, al decir de Courier, que hubiera hecho ganar á Pompeyo la batalla de Farsalia si con ello hubiera podido redondear su frase. Si hay tales enlaces de palabras que proporcionan al artista que las encuentra, como asegura Bourget, «una plenitud de bienestar intelectual comparable al bienestar que la evidencia proporciona á los matemáticos»; si en la lucha de las ideas por la existencia no hay que dejar vivir, como dice Caro, sino á «las que lo merecen por su acabada organiza-

ción»; y si «la forma bajo la que se expresa el pensamiento, como dice Mezières, es parte esencial de la belleza del pensamiento mismo», las cosas y la verdad corren el riesgo de no existir sino por la magia del arte y la voluntad del escritor.

El estilo es la expresión natural de una personalidad vigorosa en una escritura original, á veces trabajada, y ordinariamente libre de la necesidad ansiosa de la perfección ejemplar. No es absolutamente necesario que un gran hombre que tiene estilo escriba siempre bien: ni Montaigne, ni Pascal, ni Molière, ni Saint-Simon, ni Lamartine, ni Balzac, son modelos impecables; y de Shakespeare se ha dicho que era un mundo, con sus tierras incultas, sus asperezas, pantanos, landas y precipicios. Escribiendo bajo el dictado de Dios, como decía Víctor Hugo, los escritores de genio cometen las faltas propias de Dios. Renan desarreglaba de propósito con habilidad la armonía de sus frases para parecerse menos á los humildes, que no tienen más que su caja ordinaria de música y no se atreven á turbar su monotonía.

Si la primera ley del escritor es, según Brunetière, «hacer vivo», y si la vida es «el movimiento que desarregla las líneas», ¿quién no ve que el orden y la simetría perfectos no son para el poeta y el novelista el mejor modo de imitar al Creador? Cierto que el arte no puede menos de ser más sencillo y ordenado que la naturaleza, pero debe conservar en lo posible su rica complejidad y su artístico desorden. «Hay incorrecciones—decía Dumas—que á veces dan vida al conjunto, como unos ojos pequeños, una gruesa nariz, una boca grande ó una cabellera enmarañada, dan á veces más gracia y pasión á una cabeza que la perfecta regularidad griega».

No hay, pues, que exagerar el precio de esa cualidad moral y literaria alojándola en regiones casi inaccesibles. Las personas que escriben bien forman hoy verdaderas legiones. ¡Cuántos talentos! ¡Qué de ingenios! ¡Y todo eso tiene que morir!... ¡Y la mayor parte de eso apenas ha comenzado á vivir!...

No podemos, pues, tener confianza en que el *estilo* ni el

bien escribir hayan de servirnos de pasaportes seguros para la posteridad. Y en cambio ni siquiera nos queda el consuelo de podernos vengar por el pensamiento de que todo lo mal escrito esté condenado á la destrucción y al olvido. Hay quien muere perfectamente con una obra maestra de dicción, ó afirmando vigorosamente su personalidad y su estilo en escrito altamente original, y se ven afortunados galimatías atravesar gallardamente los siglos, á condición, sin embargo (única idea justa que subsiste de los aforismos corrientes sobre el estilo como condición de vitalidad), de que tal galimatías lleva la firma de un maestro.

USOS Y COSTUMBRES

Fiestas napolitanas.—El pueblo napolitano es más aficionado á divertirse que ningún otro, y el problema que tiene que resolver — según dice d'Agiout en la *Revue Bleue* — es el de recrearse un día entero sin gastar nada, pues los regocijados *popolani* del hermoso golfo son tan alegres como pobres.

¿Cómo resuelven problema tan difícil? Del modo más sencillo: en Nápoles hay unas 300 iglesias, y en los suburbios otras 100, todas las cuales tienen que celebrar la fiesta de su titular con toda pompa, empezando con el alba y concluyendo ya de noche; con tomar parte en estas fiestas, queda resuelto el problema de divertirse todo un día sin gastar un céntimo.

La diversión comienza tres días antes de la fiesta con el adorno de la iglesia. Los napolitanos gustan de colores chillones y de todo género de oropelescos ornamentos. Muros y columnas desaparecen bajo cortinajes de seda con franjas doradas, guirnaldas de papel rizado, ramos de hojalata, estrellas de vidrio y palmas de zinc dorado, cosidas ó pegadas á la tela, que se despliega en curvas extravagantes por paredes y cornisas, mientras las bóvedas se engalanan con globos multicolores y arañas caprichosas, haciendo juego con angelotes

de yeso pintado, remendados á toda prisa. Los adornistas mutilan y destruyen, sin respetar nada, cuanto encuentran á su paso para colgar y arreglar el templo, convirtiendo en espumaderas las pinturas de un Giotto á fuerza de agujerearlas, embadurnándolo todo de colorines y llenando de rociaduras grasientas de las lamparillas de la iluminación la fachada y el interior, sin que nada pueda detener semejante vandalismo, pues el cura que se atreviera á oponerse á tamañas atrocidades, sería aborrecido y silbado por aquel populacho de pervertido gusto.

Mientras los adornistas ejecutan sus tareas, el barrio entero se pone en movimiento para engalanar la calle principal, y para criticar la ornamentación de la iglesia á medida que avanza. ¿Se entrelaza grotescamente un paño de terciopelo púrpura cubierto de estrellas azules con una banda de seda verde sembrada de flores amarillas? El público chilla de satisfacción. En otro caso, si no le dan gusto, patea y silba, apostrofando al adornista.

La víspera de la fiesta se viste á la venerada imagen; si es una Madona ó una santa, cuatro mujeres, de las más distinguidas penitentes del barrio, se encargan de esta piadosa tarea, cambiando las ropas de diario de la imagen, por las de gran ceremonia; si es un santo, la operación se realiza por cuatro caballeros. Tratándose de una santa, se rizan los cabellos de la peluca ó se la peina á la moda, y por la mañana del día de la fiesta, las artesanas rumbosas del barrio llevan sus joyas para embellecerla, no tardando la virgen en ostentar en cada oreja una veintena de pares de pendientes, cuajándose de broches su pecho, desapareciendo su cuello bajo multitud de collares, pendiendo de cada uno de sus dedos rosarios de sortijas, y mostrando cosidas á su falda no pocas cadenas de reloj con dijes de los más ricos especieros de la barriada.

El cuadro del altar mayor, única obra de arte respetada por los adornistas, no se libra de otras profanaciones, tenien-

do que someterse á un remozamiento, ya por un lavado de agua de miel, ya por fuertes refregados, ya por restauraciones, encargadas al vidriero de la esquina.

Desde la víspera del gran día, la plaza ó calle, y los alrededores del santuario, se ven invadidos por puestos de sorbetes, naranjas, dátiles, turrones, panderetas, juguetes, linternas y callos y caracoles. El melonero es uno de los tipos más curiosos, y tiene que largar su retahila mientras cala sus sandías: «¡No creáis que he venido yo aquí por ganar dinero! Tengo que cumplir un voto. ¡El día de hoy tengo que dar la raja de sandía por menos de lo que me cuesta! ¿Véis? La pulpa es crema pura, y ¡el jugo es agua bendita! ¡La sandía de la derecha no puede abrirse, porque está reservada á su eminencia el cardenal-arzobispo; la de la izquierda tampoco, por estar destinada á Su Santidad el Papa! ¡Sólo la del medio puede calarse en honor del bienaventurado!»

La multitud, compacta é hirviente, se amontona en torno de los vendedores, que gritan hasta ponerse roncos. En el verano, para no perder vez, la gente pasa la noche en la calle, enmedio de aquel barullo, y á lo mejor se arma una camorra entre el partido que encuentra mal adornada la iglesia y el que afirma que el adornista ha «casado» muy bien las telas y los colores. La gente se insulta, y la cuestión amenaza con tomar grave giro, cuando alguien entona de pronto la canción de moda, y los dos partidos, reconciliados, cantan á coro el estribillo. Las canciones, que son siempre eróticas, se ensayan el 7 de Septiembre, ahullándolas — no hay otra palabra posible — ante el portal abierto del santuario de Piedigrotta, y obteniendo el premio la de música más alegre y letra más picaresca, que luego se canta todo el año en los cafés, en los salones, por los pianos de manubrio y por las charangas militares. Hace dos años, la canción de moda fue la «Lección de solfeo»:

¡Maestro, ya no tengo voz!
Do, re, mi, fa, sol, la, si, do.

Tengo un gato en la garganta.
¡Es culpa de mi amigo!
¡Ay, si supieras lo que me ha hecho!
Sol, la, sí, do, re, mi, fa, sol.
¡Lo que me ha hecho, lo que me ha hecho!
Me ha cortado el silbato.
¡Caro maestro, estoy cansada!
Fa, sol, la, si, do, re, mi, fa.

Estas canciones de la calle alternan con las letanías del interior de la iglesia, formando el más completo contraste. El napolitano goza con esto lo indecible, y por eso no sabe vivir fuera de Nápoles, pues aunque le dieran, lejos de su golfo, aquel sol, aquel cielo y aquellas olas, sentiría la nostalgia del ruido, del barullo, de los colorines, de las iluminaciones, de los contrastes y de los petardos.

Llegado el día, comienzan á repicar las campanas una hora antes del alba, y siguen repicando y volteando todo el día; cuando el monago se cansa, diez aspirantes se disputan su relevo, alegando las más perentorias razones para obtener la preferencia: uno ha hecho voto de repicar para purgar sus pecados; otro es compositor de música, y especialista, por consiguiente, en repiques, y otro es sobrino en cuarto grado de la criada de la hermana del cura.

El rector organiza la procesión. Todo el mundo quiere formar en ella con cogulla blanca y un cirio en la mano, y es preciso ser persona conocida para obtener tal favor. Vestidos los *hermanos*, se saca á subasta el derecho de llevar el crucifijo, el estandarte ó uno de los bastones del palio.—¡A una lira la cruz!—¡Una lira y cinco céntimos!—¡Una lira, cinco céntimos y un manojo de cebollas.....!—Lo más honorífico es llevar el pendón: hay señores que pujan hasta las 50 ó 60 liras por tener la satisfacción de ir todo el día con la cabeza descubierta al sol, cargados con una pesada bandera. Es cosa corriente que el abanderado se detenga para dirigir chicoleos á las damas, y que vaya silbando aires de caza.

Preparada la procesión, el cura se las entiende con los jefes de banda, pues hay que contratar dos orfeones por lo menos, uno de vanguardia y otro de retaguardia. Las disputas vuelven á empezar, pues todos quieren ir acompañando á la imagen, hasta que el trato se hace, y por una friolera quedan contratadas las dos murgas que han de amenizar el acto, no sólo con sus desacordes músicas, sino con los picantes apóstrofes que han de dirigirse mútuamente durante la procesión.

La misa mayor suele ser cantada por un organista, un violoncelista, un contrabajo, dos tenores y dos barítonos, todos los cuales son coristas de teatro que no saben nada de música religiosa, y que ajustan el latín, como pueden, al aire de las óperas que saben, cantando el *Credo* con la música de *La donna é mobile*. Al alzar es costumbre que las dos murgas entonen juntas la *Marcha Real;* y aquello es el acabose de estrépito y de desacuerdo: el órgano conserva su bajo diapasón, la murga de Aliano toca en *mi* bemol y la de Marianela en *la,* y los instrumentos de cada una, no del todo acordes entre sí, están en tono distinto unos de otros; por fortuna, al tumulto de aquella cacofonía del interior viene á juntarse el estallido de las bombas y petardos del exterior, y la gritería consiguiente de la multitud que ahoga el estruendo de los murguistas.

Después de la misa sale la procesión. El pobre cura corre de un lado á otro para poner orden, y el desfile comienza á través de las estrechas y tortuosas calles, sembradas de cáscaras de naranja, de higos y de sandía; los farolillos gotean sebo y aceite, y los pilletes se agarran á las guirnaldas de vasos de colores para verterlos sobre los que pasan; uno resbala, otro se mancha y otro tropieza, y todos juran y vociferan, destacándose de aquel barullo los tacos de carretero de los portadores de la veneranda imagen, agobiados por el peso y por el calor.

Ante las tiendas de lujo la imagen se detiene, y el piadoso comerciante, honrado con aquella visita, ofrece al cura, después de una salva de cohetes, una caja de botellas ó de ma-

carrones, una camisa, un par de botas ó una caja de sardinas. Si la procesión parece hermosa, el público aplaude á su paso; si no gusta, los feligreses la silban estrepitosamente, sin perjuicio de arrodillarse al paso del santo ó de la Madona.

Para pagar murgas y cantores, adornistas y pirotécnicos, se procede á la subasta de los objetos regalados, pues no basta el dinero de la fábrica. Esta subasta no es lo menos curioso de la feria. Apilados los regalos, el encargado de la venta los presenta al público, encareciendo sus cualidades: «¡Hermanos míos!—dice.—El ilustrísimo Sr. D. Marcos Tormisa, hombre honrado y muy buen mozo, ha dado, por tener el honor insigne de llevar el crucifijo, la considerable suma de una lira y cuatro céntimos, y además este manojo de cebollas. Estas legumbres se venden; pero no creais que son hortalizas ordinarias como las que cualquiera pueda encontrar en el mercado; son cebollas benditas, santificadas y milagrosas. Curan, por simple aplicación, las caries de las muelas y los callos de los piés; si se coloca una cebolla encima de la cama de un calenturiento, la quinina más activa no le cura tan pronto.» Y así se vende todo lo que se ha recogido ante la apiñada multitud que se disputa aquellos regalos.

Llegada la noche, el pueblo impaciente grita para que se prenda pronto fuego á las ruedas y cohetes del pirotécnico. Y en la exigua plaza ó en la estrecha calle estallan las bombas con ruido ensordecedor, y los soles de fuego arrojan sobre la muchedumbre su lluvia de chispas, y los cohetes rompen las vidrieras de las casas ó saltan los ojos de los descuidados, y las bengalas ocasionan incendios. Pero, enmedio de todo, la gente grita, y baila, y corre, y disputa, y aplaude, y silba, y se divierte, y se retira rendida á su casa, pensando en repetir la gresca al día siguiente.

SOCIOLOGIA

Cómo han decaído las naciones latinas.—En el paso de una á otra civilización, dice el profesor Sergí en la *Nueva Antología*, ocurre el desenvolvimiento de los progresos realizados, y una lucha abierta ú oculta por virtud de la cual las naciones quedan atrasadas en su evolución: aunque hayan sido las primeras en suscitarla, están fatalmente destinadas á la muerte.

Hay una paleontología social, como existe otra animal: naciones que vivieron en épocas antiguas, con leyes y formas sociales adecuadas á tales épocas, se extinguieron sin nueva resurrección, y sus descendientes son á modo de residuos incoherentes é inhábiles para reconstituirse en naciones, como los pueblos de los valles del Eufrates y el Tigris, ó los del Asia Menor y el mismo Egipto. Hoy son como tribus semisalvajes, más ó menos obedientes al imperio turco, pero refractarias á la civilización europea, mientras enmedio de ellas persisten todavía los residuos incoherentes y deformados de sus antiguas tradiciones civiles, á manera de supervivencia tenaz que impide su asimilación á la civilización moderna.

Muchos han hablado de las causas de tan terribles derrumbamientos, atribuyéndolas á la corrupción y á la decadencia de los hombres, cuando éste es un efecto y no una causa de la ruina de las naciones. El fenómeno es complejísimo y muchas causas reunidas, sociales, étnicas é internacionales, contribuyen á la catástrofe; pero todas ellas pueden reducirse á una más comprensiva que á todas las abarca, y que se compendia en una sola palabra: el inmovilismo.

Cuando las sociedades progresan en el mundo y la civilización adopta nuevas formas, las naciones que resisten al movimiento progresivo y se inmovilizan, envejecen y mueren, no habiendo más que un medio para salvarse, que es el aisla-

miento absoluto, la evitación de todo contacto; de ahí la vida maravillosa, por lo larga, del imperio chino, que pertenece á la paleontología social y que, una vez rotas sus murallas, está destinado á perecer. El inmovilismo, pronto ó tarde, produce efectos fatales en todas las naciones. ¿Deberá atribuirse á esta causa la caida del imperio romano? Sergí así lo sostiene.

Las naciones que nacen pequeñas y crecen lentamente por propio vigor, se forman un clima social propio, adaptado á su naturaleza, creándose así sentimientos y costumbres nacionales. Así creció Roma. Pero no hay duda que en este período de crecimiento, las naciones sufren influencias de todas clases de las naciones vecinas ó lejanas, por sus múltiples relaciones. Una civilización no nace como un fenómeno de generación espontánea, ni nacida se alimenta, para crecer, de sus solos elementos nativos interiores, sino que sufre impulsos violentos ó pacíficos en su desarrollo, por su contacto con los demás pueblos con quienes se relaciona, y estas influencias exteriores serán asimiladas, si la nación tiene en sí misma gérmenes de vitalidad, en el momento oportuno de su madurez. Así se formó Roma, creando la civilización latina por la asimilación de elementos etruscos y griegos.

Roma adulta se sintió con tanta energía, que la derramó en todas direcciones, venciendo á las naciones vecinas y á los bárbaros é imponiendo á todos sus leyes y civilización. Pero, aun respetando costumbres y religiones de los pueblos vencidos, conservaba doquiera las formas sociales y políticas de la metrópoli, sin asimilarse ninguna otra. ¿Porqué había de modificarse ante los bárbaros vencidos un pueblo culto y señor? La Roma del imperio fue la misma Roma de Italia, inmóvil en sus manifestaciones sociales y políticas, sin sufrir otra influencia que la tardía de la Grecia artística é intelectual. Y no se diga que Roma imperial sufrió el influjo de los pueblos vencidos en los trajes ó en el lujo, pues tales influencias no pueden modificar el carácter social y político. Roma se inmovilizó como las vetustas naciones orientales, y esta inmovili-

dad apareció cual rigidez letal cuando ante la aparición del cristianismo Roma abandonó su habitual tolerancia y se convirtió en tiránica perseguidora del pensamiento.

Así perdía la gran Roma su plasticidad y fortaleza, pues no avanzar es un paso en el retroceder, quedándose atrás en el movimiento universal. Pero estas consideraciones son modernas, efecto de reflexiones póstumas, que no sabe hacer un pueblo vivo en el apogeo de su gloria, inspirado por su orgullo nacional, que le hace considerar sus instituciones como las mejores de todas. Los que encuentran la causa de la decadencia de Roma en la corrupción, en los vicios, en el lujo, no reflexionan que estos hechos pueden ser causas secundarias ó concomitantes de la decadencia de las naciones, y que sólo aparecen cuando la decadencia se halla muy adelantada, para precipitarla.

La Edad Media ha sido interpretada de muchos modos, pero es innegable que ha sido una era de nuevas formaciones nacionales y sociales y de transiciones entre lo viejo y lo nuevo que debía surgir de las ruinas de aquél. Los pueblos que fueron los antiguos creadores de la primitiva civilización se disgregaron, convirtiéndose en fragmentos de despedazado coloso, y se extinguieron como naciones, quedando como fósiles de aquellas sociedades paleontológicas. Roma difundió con la conquista su cultura, y los pueblos bárbaros supieron asimilársela modificándola según sus instituciones nativas, y entonces se produce un nuevo desplazamiento de la civilización, que pasa del Mediterráneo al centro, al norte y al occidente de Europa con movimiento lento que tarda siglos en llevarse á cabo.

El imperio romano se disolvía bajo los golpes de los bárbaros, pero no desaparecía de las tradiciones, del sentimiento y de los deseos del pueblo que había tenido la gloria de representarlo. Así, todos los que aspiraban á realzar la suerte de Italia soñaban con resucitar el muerto imperio, como Dante, Petrarca y Rienzo. Era el inmovilismo persistente que queda-

ba como aspiración del pasado y que contenía siempre el movimiento de avance, llegando á seducir á los Carlomagnos y Barbarrojas con su prestigioso nombre, si bien el resucitado imperio de estos monarcas era muy distinto del de Marco Aurelio ó Septimio Severo: un hecho nuevo con nombre viejo.

Los italianos, en vez de asimilarse las ideas nuevas y útiles que recibían ó surgían del contacto con los demás pueblos, se inmovilizaban cada vez más en el sentimiento de la renovada civilización latina. Cuando en el período del Renacimiento pudieron respirar mejor, tropezaron de nuevo con la tradición del eterno imperio romano, y la cultura rediviva fue vista á través del Olimpo greco-romano; no era un verdadero y propio Renacimiento, sino un aviejamiento que debía ser fatal, como lo fue, y como lo había sido la lucha fratricida entre güelfos y gibelinos, entre los partidarios del imperio tudesco y los del imperio papal, formas imperiales ambas de la vetusta aspiración inmovilizadora.

Y no se diga que una de las naciones latinas, la España de Carlos V y Felipe II, tuvo una especie de imperio romano, y que, por lo tanto, lo expuesto no basta á explicar el fenómeno de la decadencia de estas naciones: los dominios españoles fueron ensanchados más bien por enlaces regios que por conquistas reales, y la hegemonía efímera de España fue debida al descubrimiento de América, que trajo al pueblo español grandes riquezas y gran movimiento que quizá habría continuado si Felipe II, con su exagerado sentimiento religioso, secundado por el mismo pueblo, no hubiese precipitado la decadencia de España. Era siempre el mismo sentimiento, el inmovilismo, que, como España no había tenido un imperio romano, se manifestaba bajo el aspecto religioso de la intransigencia inquisitorial.

El inmovilismo en las naciones es semejante á un movimiento regresivo, porque, respecto al movimiento progresivo universal, quedarse parado es quedarse atrás. Así ha sucedido á las naciones latinas, y á Italia la primera, no siendo este fe-

nómeno privativo de algunas clases sociales, sino universal, pues aun hoy mismo, á pesar de los daños claramente señalados por los que ven sin prejuicios el movimiento civil europeo, el inmovilismo latino se manifiesta en todo, y singularmente en las leyes de enseñanza, que tienden á perpetuarlo y extenderlo, anacronismo fatal y ruinoso.

El fenómeno del inmovilismo que señalo en las naciones latinas, ostensible en Italia y España, y larvado en Francia por el florecimiento económico, implica consecuencias gravísimas. Mientras por el atraso general las naciones se empobrecen, quieren, sin embargo, tener apariencias de poderosas, revelando con ello más y más su debilidad y miseria; se intenta resucitar las antiguas glorias, y se sacan las viejas insignias como símbolo de grandeza; pero todo se hunde en una catástrofe que parece imprevista, como lo enseña España en su última guerra, y también Italia y Grecia. La decadencia por inmovilismo reviste un carácter general é invade todas las manifestaciones de la actividad, incluso las militares, y en el día de la prueba fatal todo falta: arte, ciencia, espíritu militar y resistencia; porque ha quedado la forma y no la substancia, la apariencia y no la realidad.

Sólo un camino queda abierto para levantarse: «¡Moverse por nuevas vías!»

OCULTISMO

Lo que enseñan los libros de magia.—Con el propósito de establecer las relaciones que á través de los siglos y de las supersticiones ligan á los mágicos de otros tiempos con los psicoterapeutas y psicólogos de hoy, estudia Julio Bois en la *Revue des Revues* la psicología y enseñanza de los libros de magia, apoyándose principalmente en los documentos inéditos que ha encontrado en la Biblioteca del Arsenal. Varios de estos documentos, los más serios, antiguos y mejor escritos, pro-

ceden de los benedictinos, demostrando la existencia en los conventos de la enseñanza cabalística á título de entretenimiento más ó menos lícito. Sus títulos son pintorescos, siendo los más importantes *Las clavículas del rey Salomón, legadas á su hijo Roboam;* el *Gran Grimoire,* atribuído al Papa Honorio y célebre por sus prescripciones sacrílegas, y el *Enchiridion,* casi ortodoxo y que se supone fue regalado á Carlomagno por el Papa León III.

¿Qué contienen semejantes opúsculos? Supuestos secretos mágicos, recetas para adquirir ciertas ventajas materiales ó quiméricas: para ganar seguramente á la lotería, para librarse de quintas, para descubrir tesoros ocultos, fabricar oro, producir temblores de tierra, hacer granizar, tronar y llover, apagar un incendio, hacerse invisible, abrir las cárceles, etc. Este es el cebo, el anzuelo para pescar al vulgo, la retahila del juglar. Pero si entrais en la barraca, allí descubriréis cosas más serias, bosquejándose allí la sugestión y la hipnosis. La avaricia, la envidia, la pereza y la lujuria, forman la piedra cuadrangular en que se asienta la iglesia del buen nigromante.

Las pobres mujeres, sobre todo, son las más apuntadas por las flechas psíquicas de los maleficios. ¡Qué de lazos les son tendidos en aquellas páginas! Allí se enseña el medio de obligar á una mujer á seguirnos, á hacer de ella cuanto se quiera y á bailar desnuda ante el público. Por supuesto, el hombre queda también sujeto á servidumbre semejante por medios análogos.

He aquí, según el *Enchiridion*, el «secreto místico para guardar los carneros»: «Escribid en pergamino virgen el Viernes Santo, durante la Pasión, *Otheos;* poned este escrito en el mango del cayado, y poniéndolo en pie no se irán los carneros.» Si se quiere sacar un buen número en las quintas, no hay más que decir, añadiento tres *Padre-nuestros:* «Señor, que no habéis querido que vuestra túnica fuese desgarrada, sino echada á suertes, haced la gracia de librarme, hoy que me sorteo. Se-

ñor, libradme; Señor, libradme; Señor, libradme si tal es vuestra voluntad.» Para contener un incendio basta con decir: «Fuego de Dios, pierde tu calor, como Judas perdió su color cuando hizo traición al Señor en el jardín de las Olivas»; pero una nota marginal aconseja prudentemente no emplear la fórmula sino después de haber echado agua al incendio.

Lo que domina, sobre todo, son las recetas de amor: las hay insolentes, despampanantes y conmovedoras, para todos los gustos y temperamentos. ¿Cómo encontrar la mujer que nos conviene para esposa? No es muy difícil. «Tomad coral pulverizado y polvo de imán con sangre de pichón blanco; formad con ello una pasta que encerraréis en un ancho higo, envolviéndolo todo en tafetán azul; colgadlo de vuestro cuello, poned á la cabecera de vuestra cama una rama de mirto, y pronunciad esta oración: «Señor clementísimo, que habéis dado esposa á vuestro servidor Abraham y á su hijo, indicadme con quién me debo casar, por misterio de vuestro Espíritu, amén.» Por la mañana procurad acordaros de lo que habéis soñado, repitiendo esta operación tres viernes seguidos; si no veis nada, tanto peor: será señal de que debéis permanecer soltero.»

La manzana, la verbena y el sapo representan el primer papel en la magia escrita. El sapo hay que cojerlo bien vivo, durante el crepúsculo matutino de un viernes; se le ata por las patas de atrás á la chimenea, y, cuando esté bien seco, se le pulveriza en un mortero; luego se envuelven los polvos en una hoja de papel y se depositan detrás de un altar donde se diga misa, recogiéndolos el tercer día á la misma hora; el efecto es fulminante: no hay más que poner un poco de este polvo en una flor, y cada mujer que la huela os seguirá á todas partes.» A veces no se trata más que de una simple fascinación. «Si estais enamorado de una mujer, aparentad que sacais su horóscopo, y hacedla que se acerque y os mire fijamente, de frente, entre los dos ojos; recitaréis algunas palabras bárbaras, y la pobrecilla, impresionada, obedecerá todas vuestras órdenes.»

Estos ejercicios sólo son absurdos para un escéptico irreflexivo, estando basados en las dos leyes de la analogía y de la asociación de las ideas. Aquellos cuya inteligencia es bastante crepuscular para adoptar tan singulares ritos, exaltan con ellos su propia pasión, haciéndose más enamorados. El mago emplea la sangre de los animales lascivos: la paloma, el gorrión, la codorniz; adopta la piedra de imán, que suscita la idea de la atracción; ordena cojer flores sobre la tumba de una virgen muerta de amor; elige la hora y el día de Venus, y lo combina todo para sugerir pensamientos eróticos.

Las acciones á distancia no son ya explicables por la sugestión ó por la hipnosis, sino por la telepatía. La telepatía, ciencia de observación reconstruída por la Sociedad de indagaciones psíquicas de Londres, no es más que el renacimiento de la antigua nigromancia, con la diferencia de que hoy se hace con sinceridad, científicamente y sin misterios, lo que antes se hacía con todo el aparato misterioso de la hechicería.

Nuestros actuales hipnotizadores, sugestionadores y magnetizadores, nuestros psiquistas y espiritistas pueden encontrar en los libros de magia no pocos de sus fenómenos y hasta de sus doctrinas. Si su habilidad es menor que la de sus predecesores, su moralidad, en cambio, es más grande, pues la charlatanería se mezclaba siempre en la Edad Media con la magia, culpa de los tiempos más que de los nigrománticos, que tenían que parecer algo juglares para escapar á los tiros de la superstición y á las susceptibilidades de la tiranía. Así, Cornelio Agripa tuvo que poner, sobre su rostro austero de filósofo, la máscara de libertino y de loco, para que se le dispensaran sus trabajos psicológicos. Paracelso tuvo que escribir en lenguaje inextricable, como Theofrasto, Aureolo y Bombasto, no sólo para impresionar la imaginación, sino para evitar cuestiones graves.

La teoría de la sugestión y del hipnotismo se encuentra perfectamente indicada en Agripa y Paracelso: *Tu es quod cogitas* «eres lo que piensas ser», dice Paracelso. Si me hacéis

pensar que estoy enfermo, lo estoy; sano, lo estoy. ¿Cómo puede ser eso? Por la voluntad, la mía ó la que se me impone. «La voluntad de un hombre—dice Paracelso—puede por su virtud, por su energía, obrar sobre el ser espiritual de otro hombre, combatirlo y someterlo á su poder.» «Sufrirás—dice—todo lo que sufra una figurilla de cera fabricada á tu semejanza; y no es tu cuerpo el atacado, sino tu espíritu; por eso los remedios reservados al cuerpo son inútiles: tal es la pena de la maldición.» «No te burles de estas cosas ¡oh médico!—exclama,—porque no sabes cuál es el poder de la voluntad.» Y ha sido preciso, en efecto, llegar á esta segunda mitad del siglo XIX para que los médicos reconociesen ese poder.

Cornelio Agripa, más lúcido que Paracelso, es también más preciso: «De un modo completamente natural—dice en su *Filosofía oculta*, vol. II, cap. VI,—sin ninguna superstición y sin mediación de espíritu alguno, es posible que un hombre transmita su pensamiento á otro.» Pero la sugestión le parece inseparable del hipnotismo, y quiere que la fuerza de la inteligencia vaya acompañada «de la acción, de los caracteres, de las imágenes, de las fórmulas mágicas y de ciertos experimentos maravillosos», para lo cual ha escrito, en efecto, en su libro IV un ritual que es un manual de hipnotismo y de sugestión incomparable, pues los agentes físicos no se emplean empíricamente como hoy, al azar, sino que están subordinados á una idea, llevando el sello de la inteligencia y sirviendo de vehículos á la fe.

En todos estos libros—dice el autor de *El Satanismo y la Magia*—palpita una religión á través de sus páginas, frecuentemente indescifrables para el simple curioso. Esa religión es sencillamente el paganismo, el culto de las fuerzas primitivas en forma de símbolos, como lo reconoce Marco Gregorio Malhers, un sabio hebraista y egiptólogo que ha reconstituído, conforme á los manuscritos del Museo británico, las *Clavículas de Salomón*.

***

Apariciones y manifestaciones de muertos.—¿Es la muerte un fin ó una transformación? ¿Existen ó no pruebas de la supervivencia del ser humano después de la destrucción del organismo vivo? Hasta hoy—dice Camilo Flammarion en la *Revue des Revues*—esta cuestión ha quedado fuera del cuadro de las observaciones científicas. ¿Puede abordarse por los principios del método experimental, al que debe la humanidad los progresos todos realizados por la ciencia? ¿No se puede tratar de investigar si ciertos hechos, correcta y escrupulosamente observados, son susceptibles de ser analizados científicamente y aceptados como reales por la crítica más severa?

No se trata aquí de los fenómenos de telepatía: la acción psíquica de un cerebro sobre otro á distancia es tan cierta como la atracción del sol sobre la tierra ó la influencia del imán sobre el hierro. En este momento mismo—dice Flammarion—tengo sobre mi mesa centenares de observaciones irrecusables, de autenticidad absolutamente científica. Pero si es verdad que en determinadas circunstancias puede señalarse la muerte de una persona por diversas manifestaciones á distancia, no sucede lo mismo con las apariciones y manifestaciones *después de la muerte;* de éstas trata especialmente el ilustre astrónomo en su artículo. Sea por apariciones en estado de vigilia, sea por audiciones de voces reconocidas, sea por sensaciones de tacto, sea durante el sueño, sea por evocaciones espiritistas, muchas personas afirman haber estado en comunicación con parientes ó amigos muertos. Lo importante es no negar nada caprichosamente ni admitir nada que no esté probado.

Entre los muchos testimonios que cita Flammarion en apoyo de la veracidad de su tesis, existen algunos que verdaderamente son dignos de mención por las circunstancias especiales que en ellos concurren. Tales son los siguientes:

Dos amigas se habían prometido mutuamente visitarse después de la muerte. Fallecida la primera, la segunda esperó varios días sin observar nada. Pero una noche, estando acos-

tada, con su habitación alumbrada por una lamparilla, vió á su amiga sentada en un sillón. Estaba vestida con una especie de capelina de capuchón, que sorprendió á la observadora por no haberla nunca visto aquel abrigo. Cuando hubo desaparecido la visión, la señora P..... supuso que sería una alucinación. Pero habiendo venido á verla la hija de la difunta, supo por ella, con gran sorpresa, que su madre había sido sepultada con una pelliza de capuchón que sólo se ponía por las noches, cuando estaba completamente sola y que prefería á toda otra vestidura. Esta aparición ocurrió varios días después de la muerte, y el hecho sucedió en Lyon, habiendo sido atestiguado por el Sr. Castex-Dégrange, Director adjunto de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Un religioso, amigo de mi padre — escribe á Flammarion la señorita Pothier, de París— debió su vocación á un hecho extraño. Vió en sueños á su hermana, aparecérsele después de su muerte, apoyada en el ángulo de una mesa y quejándose de que sufría horriblemente. Aunque creyéndose bajo la impresión de una simple pesadilla, su asombro fue tan profundo que en cuanto se levantó al rayar el día, aquel joven fue á ver el sitio en que su hermana se había apoyado, y allí estaba la huella de la mano, claramente dibujada en la mesa.

En 1895, en Bosset (Dordoña) muere una señora, dejando una niña de cuatro años, que fue recogida por su tío, un buen labrador. Dos años después estaba éste segando con su mujer y su hija, y la huérfana estaba junto á ellos; el campo se hallaba al descubierto, y nadie hubiera podido acercarse sin ser visto. De pronto, las cuatro personas oyeron distintamente un «buenos días» pronunciado con voz triste y lenta, en la que el labrador, su mujer y su hija, reconocieron la voz de la difunta. La niña preguntó quién acababa de decir «buenos días», pues no se veía á nadie.

En Noviembre de 1893, en Bruselas, una niña de tres años estaba atacada de garrotillo; se acercaba su fin, cuando hacia las siete de la noche , la niña, que se hallaba desde por la ma-

ñana en estado comatoso y que no había abierto la boca, se incorporó con un esfuerzo, miró fijamente hacia delante, y recobrando la voz gritó, señalando con el dedo la ventana: «¡Abuelito está ahí! ¡Haced sitio! ¡Haced sitio!» Aquel abuelito había muerto hacía ocho meses.

La señorita Courtés, de Marmanda, refiere que, con motivo de una herencia, todos los hijos querían poseer el sillón en que su padre había fallecido, cuando una de las hijas tuvo la ocurrencia de hacerlo fotografiar, mostrando la fotografía la imagen del difunto sentado en aquel sillón, tal como estaba en el momento de su muerte.

El alcalde de Maulay (Vienne) estaba en su granero quince días después de la muerte de su padre, cuando se sintió violentamente zarandeado en el momento mismo en que se hacía una reflexión desatenta sobre el autor de sus días.

La señora Delvert escribe que en el convento en que fue educada, una joven se negó á continuar habitando en su celda, porque una monja la había asustado. Aquella monja no era de las que había en el convento: era alta, delgada, pálida y había dado vuelta á la celda con aire inquisidor. La enseñaron la fotografía de una hermana que había muerto allí dos meses antes, y la joven la reconoció declarando que era la misma que la había asustado.

Acababa de perder—escriben de Burdeos—un hijo de diez y seis años. Algunos días después, su hermano menor, de cinco años, jugando solo en una habitación con su caballo de cartón, llegó precipitadamente diciéndome: «Acabo de ver á Gastón; estaba sentado y me miraba jugar; me ha dicho que fuese bueno, y luego se ha marchado sin querer entretenerse conmigo.» El niño, que tiene hoy veinte años, tiene siempre presente este recuerdo.

Una joven paralítica—escribe Vivoux, de Digne—pasaba frecuentemente las tardes en casa de mi tía. Mis primos, conociendo su buen carácter, y gustando de bromear, se chanceaban á veces sobre la situación de la pobre joven en el otro

mundo. «No parece que creéis mucho en ello — replicaba la joven sonriendo, y os burlais de mí; pero estad tranquilos, que cuando me muera, ya vendré á meteros miedo.» Poco tiempo después murió. Se pasaron algunas semanas y nadie pensaba en su amenaza, cuando en la puerta de un armario se produjo un ruido inexplicable, como una serie de golpes dados con intención. Mis primos examinaron el mueble y no encontraron nada; pero á un gesto de impaciencia que hicieron, el ruido se reprodujo tan violentamente, que retrocedieron asustados.

Mi abuela—dice C. R. de Pau—oyó á su padre, muerto, llamarla por su nombre. «No tengas miedo, la dijo, soy yo. Vengo á decirte que se me ha olvidado pagar 5 francos á Bautista; vive en la aldea de B.....; págale esa cantidad y descuéntale 10 sueldos por una pilita que ha roto.» Mi abuela quedó á la vez sorprendida y angustiada. Fué algunos días después á la aldea de B....., y encontró á la mujer del criado Bautista, que la dijo: «Ese pobre señor ha muerto sin habernos pagado los 5 francos que nos debía.» Cuando estaban en esto llegó Bautista. «¿Y no había usted roto algo en la casa? —preguntó la abuela.—Sí—contestó el criado;—una pilita de agua bendita que podría valer 10 sueldos.»

Una señora—escribe Berta Sermiquet, de Shrewsbury,—propietaria de una antigua casa solariega, deseó hacer fotografiar una habitación que en otro tiempo era el gabinete particular de su abuelo. Se colocó el aparato, y como había que tenerlo puesto algún tiempo por la poca luz, todo el mundo se retiró. Cuando se hubo desarrollado la fotografía, se vió una forma humana, como una sombra, sentada en el sillón que solía ocupar el abuelo. Se hizo llamar á un antiguo amigo de la casa, y éste reconoció las facciones de su amigo, muerto hacía muchos años.

La señora María de Thilo, doctora en Medicina de Saint-Imier (Suiza), dice lo siguiente: Un joven oficial ruso que estaba sentado al piano un día de fiesta cantando y acompa-

ñándose, se levantó de pronto pálido, con los ojos desencajados. Todos le rodearon, preguntándole; era que veía una mujer de rara belleza en el dintel de la puerta, que le hacía señas de que la acompañase. Como nadie la veía más que él, trataron de disuadirle; pero el fantasma reapareció por segunda y por tercera vez, esta última de rodillas é implorando la siguiese. El oficial no resistió más, y seguido por todos los concurrentes, marchó detrás del fantasma. Este salió de la ciudad, siguió la carretera durante veinte ó treinta minutos, volviéndose para ver si venían con él, y llegado junto á un foso bastante profundo, desapareció. Pusieron piedras para reconocer el sitio, y al día siguiente los oficiales volvieron con soldados, que se pusieron á cavar en el foso. Se encontraron en él dos cadáveres, una joven de gran belleza y un joven. Era un matrimonio que había sido asesinado en su viaje de bodas por el postillón, habiendo sido descubierto y ejecutado el asesino.

Una cuñada de mi madre que vive en París—dice Cunfin de la Flecha,—vino á vernos al Jura. Al siguiente día, por la mañana, nos contó que no había podido dormir porque había tenido delante una vieja apoyada en el pie de la cama. Describió exactamente su peinado, el color del traje y otros detalles, y resultaron corresponder todos á los de cierta señora B., que había ocupado aquella habitación y había muerto en ella mes y medio antes. La cuñada de mi madre no la había visto nunca ni había oído jamás hablar de ella.

Era yo entonces muy joven—escribe Jouvieu, de Valparaíso—y dormía en la misma habitación que mi madre. Mi cama estaba colocada enfrente precisamente de la puerta, que daba á un corredor. Una noche me hicieron acostar temprano, como de costumbre, acompañándome mi madre con una bujía, que dejó en la mesa, retirándose en seguida para acabar de pasar la velada con el resto de la familia. Yo estaba sentado en la cama, vacilando en meterme bajo las sábanas, cuando, al levantar al azar los ojos, vi al extremo del corredor una

vieja que venía hacia mí, y que tomé al pronto por mi abuela. Distinguía claramente, en la sombra en que se hallaba, todos los detalles de sus vestidos. El asombro que experimentaba al ver que era una persona completamente desconocida, se cambió en terror cuando la aparición entró en el cuarto, y allí, aunque en plena luz y distinguiéndola tan claramente como antes, veía yo los muebles á través de su cuerpo. El fantasma se adelantó hasta el pie de la cama, y entonces no pude menos de gritar. Todos acudieron; conté lo que acababa de ver, y se rieron de mí, diciéndome que había soñado; pero jamás se ha borrado esto de mi memoria.

Me había hospedado—dice el conde H. de M.—en una fonda de Londres. Una noche, leyendo una obra de lord Lytton, observé ante mí, sentada en un sillón, una anciana señora con traje obscuro, la cabeza inclinada hacia adelante, con frente roja de hinchadas venas, llevando un gorro ridículo, adornado con dos ramitos de violetas y de cucos; aquella cabeza era presa de movimientos convulsivos, y á cada sacudida las flores caían sobre la sien izquierda de un modo completamente risible. Al día siguiente pregunté á la dueña de la fonda si entre sus huéspedes había tenido alguna vez algo semejante. Mi pregunta pareció contrariarla; pero, al fin, me confesó que aquella anciana señora había muerto en mi habitación seis meses antes, que se llamaba miss King, que pocos días antes de su muerte había sufrido terribles accesos de tos, y que precisamente llevaba entonces un gorro con aquellos dos ramitos que la daban tan ridículo aspecto.

En todas estas impresiones, sensaciones y observaciones hay un fondo real, y no sería lógico, ni correcto, ni científico, rechazarlas de plano porque su explicación es difícil. Claro es que no tienen el rigor de las demostraciones matemáticas ni de los experimentos de física ó química; pero contienen elementos humanos más ó menos precisos que deben pesarse y compararse. Declarar que no son más que sensaciones imaginarias de cerebros enfermos sería evidentemente un error,

tanto más cuanto que, en general, lejos de ser consecuencia de determinadas preocupaciones, se presentan espontáneamente con gran asombro de los observadores.

IMPRESIONES Y NOTAS

El papel de la prensa.—Con este título estudia Arturo Maillet en la *Francia de mañana* la influencia decisiva que en el espíritu público ejerce la prensa periódica, comparándola á la del magnetizador sobre el magnetizado, y mostrando cómo los lectores se apasionan y exaltan cuando los periódicos se exaltan y apasionan, obrando cada diario sobre su clientela como un electricista sobre sus aparatos.

Que hasta tal punto se vea así privado todo un pueblo de su libre arbitrio, moviéndose á impulso de las excitaciones del periódico que lee, es seguramente un fenómeno curioso, pero que podría explicarse por la confianza ó el respeto inspirados por la prensa. Lo extraño, sin embargo, y lo anómalo del caso está en que, si se pregunta á quien quiera que sea sobre la estimación que la prensa le merece, os habla de los periódicos en los términos más despreciativos, y lo menos que de ellos dice es que mienten y se venden. ¿Cómo explicar esta contradicción? Unicamente por nuestro sistema de educación y nuestro régimen de vida, que nos hace esclavos de las palabras que oímos por la imposibilidad de comprobar su exactitud: despreciamos á nuestro guía, pero le seguimos como sigue el ciego al perro que le sirve de lazarillo.

¿Qué hacer en tal situación? Sería pretensión vana querer transformar la prensa; pero cambiemos nosotros, y ella cambiará. Un periódico es un negocio, y ningún comerciante vende en su tienda lo que no gusta á sus clientes.

***

Fabricación de lámparas incandescentes.—Sobre tan interesante punto, publica Becerro de Bengoa en *La Naturaleza* un curioso artículo.

Las lámparas incandescentes requieren multitud de operaciones á cual más delicadas y de mayor precisión: un obrero hace el globo de vidrio, otro el hilo de carbón, otro los enganches de platino ó aluminio, otro la base ó ajuste, otro la cápsula de tornillo ó de bayoneta, etc., todo bajo la dirección de los encargados de las operaciones exigidas para la fabricación y colocación de cada una de estas partes de la lámpara.

El filamento destinado á dar la luz por la corriente que lo pone en incandescencia, se fabricaba antes carbonizando una fibra de bambú; pero hoy se obtiene disolviendo algodón en cloruro de zinc y formando así una especie de colodion muy espeso, que se hace pasar por tubos muy finos de vidrio, dejándolos luego caer en agua fría, donde se coagulan formando delgadísimos filamentos, y dándoseles entonces la longitud y curvatura que han de tener en la lámpara. Para carbonizarlos sin que se quemen, se los envuelve en polvillo de carbón, se colocan en cajas refractarias, y se meten en hornos de elevada temperatura, que les hacen perder todas sus substancias volátiles; como, á pesar de todos los cuidados, nunca quedan iguales en diámetro, sino que mirados al microscopio presentan grandes desigualdades, y esto facilitaría su ruptura, se les refuerza é iguala calentándolos en un recipiente lleno de gas del alumbrado, cuyo carbón se deposita en el hilo, dándole así más igualdad y resistencia. Para juntar un kilo de hilo incandescente del de las lámparas de 10 bujías y 110 volts, que tiene 15 centímetros de longitud por 4 centésimas de milímetro de diámetro, se necesitan 714.000 hilos; así que nada tiene de extraño que un kilo de hilo de esta clase cueste 7.000 duros.

Fabricado el hilo, se sujeta por sus dos extremos á dos hilitos de platino que atraviesan la base de la lámpara para ponerse en comunicación con la corriente, siendo preferido este

metal por su relativa infusibilidad é inalterabilidad, y por lo bien que se suelda con el vidrio, por ser casi iguales sus coeficientes de dilatación. Hecho esto, se colocan los extremos del hilo en una especie de anillo de vidrio fundido, uniendo en seguida todo ello en caliente á la bomba, y cerrándola al enfriarse con sólo dar una vuelta al aparato, asegurándose el cierre perfecto por medio de varios tanteos.

No se ha terminado con esto, pues hay que hacer el vacío, sacando del interior de la bomba todo el aire que contenga; para ello se introduce una corriente en el hilo, que centellea un instante y consume todo el oxígeno interior; en seguida, por medio de la llama del soplete, se separa la bomba del tubito hueco que ha servido para manejarla, y el cierre queda perfectamente hecho. Se coloca entonces la base de la lámpara en un pie de latón que contiene una masa aisladora, y queda el aparato terminado.

*
* *

La característica de las épocas literarias.—Jorge Renard, en la *Revue de Paris*, hace constar que varios períodos de la historia literaria revelan la existencia de un temperamento dominante que constituye la característica del período, y que se halla determinado por diferentes influencias más ó menos permanentes y decisivas.

Así, en la segunda mitad del siglo XVIII domina la sensibilidad con Vauvenargues, Bernardino de Saint-Pierre, Rousseau, Condillac, Diderot y Voltaire, que no admite que una pieza no haga llorar, mientras otras veces ha dominado lo burlesco con Scarron y Cyrano, reflejándose hasta en el exterior de las personas con las grandes narices de Condé, Fouquet, San Vicente de Paúl y Cyrano. Hechos puramente materiales influyen en la historia literaria, y la invasión del cólera, por ejemplo, produce libros como la *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, ó *El Judío Errante*, de Eugenio Sué, de colorido fúne-

bre, como el neurosismo de nuestros días da lugar á la efímera aparición de la poesía decadentista.

Según las épocas, parece como que la supremacía intelectual se complace en recorrer determinadas provincias. Así, en el siglo XVI triunfa la Turena con Rabelais, Ronsard y Du Bellay; como después aparece privilegiada la Gascuña y la Guyena con Montaigne, la Boetie y d'Aubigné; y luego la Normandía con Malherbe, Corneille, Rotrou y Scudery, y en el siglo XVII la Isla de Francia con Retz, la Rochefoucauld, Scarron, Molière, Boileau, Lafontaine, Racine y La Bruyère. Los climas mismos ó los accidentes geográficos parecen también gozar cierta especie de turno de moda ó predominio, viéndose en el siglo XVIII dominar en la literatura descriptiva las islas, en la primera mitad del siglo XIX los lagos, en la segunda el mar, etc.

Hay en todo este trabajo de Renard algún atisbo feliz y no pocos hechos curiosos; pero, en general, peca de exceso de generalización, como todos los destinados á establecer entre la raza ó el clima y la producción literaria una relación de causa á efecto.

*
* *

El siglo del aire líquido.—Así titula Roux al siglo XX, presumiendo, no sin razón, que las aplicaciones de este importante descubrimiento, por su número y su trascendencia, han de ser tales que llegarán á revolucionar las condiciones de nuestra vida material.

El aire líquido, ayer mera curiosidad de laboratorio, ha entrado ya en el dominio del comercio ordinario, y para el año próximo será seguramente de uso tan familiar como la electricidad ó el vapor. Sus primeras aplicaciones, con las que comenzará la conquista del imperio que le está reservado, son las del abanico automático, el aparato refrigerante y el explosivo de última novedad: siempre al lado de la vida la muerte.

El inventor del abanico ó ventilador de aire líquido es Ostergren. El aparato inventado en Junio es sencillísimo, y se reduce á un recipiente circular de bronce, que contiene el aire líquido, y sobre el que se apoya una especie de trompa espiral rematada por un abanico de metal; el líquido desprende un vapor que, al contacto con el calor de la atmósfera, se dilata moviendo las alas del abanico, por cuyas ranuras se desprende, refrescando el ambiente. Sus ventajas indiscutibles sobre los ventiladores eléctricos, son las de que éstos no hacen otra cosa que agitar el aire de la habitación, y aquéllos no sólo lo agitan, sino que lo refrescan y purifican con sus elementos propios de frescura y pureza, siendo, por otra parte, sumamente económico, pues se calcula que el gasto para refrescar con aire líquido un taller donde trabajen 20 obreros no pasará de un franco diario.

Como materia refrigerante, nada puede compararse con el aire líquido, obtenido á 312 grados Fahenheit bajo cero. Para la conservación y transporte de carnes y pescados, el aire líquido reune condiciones inmejorables, con la ventaja sobre el hielo de que se conserva siempre perfectamente seco, sin humedecer por consiguiente las substancias conservadas, como sucede con el hielo ordinario al fundirse, y sin contar con el gran espacio que el hielo necesita para el transporte en las cámaras refrigerantes, espacio que el aire líquido deja libre casi por completo, y que puede ocuparse con mercancías.

Los cañones de aire líquido dejarán también muy atrás los sistemas actuales, y la pólvora, la dinamita y el aire comprimido, serán reemplazados con ventaja por el aire líquido, que servirá también para las curas antisépticas, para los embalsamamientos, etc.

*
* *

Max Nordau y la paz universal.—El original Max Nordau dedica en la *Deutsche Revue* unas cuantas notas á la Con-

ferencia de la paz, preguntándose irónicamente qué sería de los cuervos humanos si la paz eterna llegara á ser una realidad, y en qué gastarían su exceso de fuerza si no hubiera guerras.

«Los belicosos—dice—tienen que satisfacer una necesidad orgánica, y la satisfarán siempre, á despecho de todas las Conferencias de la paz, sin que esto quiera decir que la Conferencia del Haya sea inútil. No puede cambiar los tigres en corderos, pero puede hacer menos buenas las condiciones de la vida bélica, y por ende disminuir el número de los tigres y debilitarlos, pues cuantos menos placeres y delicias ofrezca la guerra, más reducido será el número de los que la deseen.»

Cuando los vencedores se comían á los vencidos, nada había que pudiera apartarlos de las expediciones guerreras, y aun ahora es más fácil exterminar completamente las razas antropófagas del Africa y Australia que inspirarles sentimientos pacíficos. Cuando, después de la batalla, eran los prisioneros martirizados por sus vencedores y entregados, por último, al degüello, la guerra tenía muchos más atractivos que cuando más tarde se abolió semejante costumbre. Cuando después de la matanza, los vencidos eran reducidos á esclavitud ó tenían que pagar un rescate, la guerra era más apetecida que ahora, que no se tiene en el cautivo más que una carga sin provecho. Cuando en las ciudades tomadas, los habitantes eran saqueados y las mujeres violadas, un sitio abría el apetito, y un asalto era una fiesta, mientras que hoy, la rendición de una fortaleza nada ofrece de orgiástico.

Si se quita á un soldado en campaña, ó sobre el campo de batalla, el derecho á la matanza y á la destrucción, obligándole á someterse á las leyes y á respetar la vida de otro, la guerra pierde todo el atractivo que tiene para los temperamentos belicosos. De todas las voluptuosidades que puede satisfacer una guerra exenta de los frenos establecidos por principios de derecho natural, no queda más que el amor al peligro, infinitamente menos apetecible que los goces del saqueo y de la matanza.

Es dudoso que los arbitrajes lleguen jamás á impedir la guerra. En cuanto á saber si la guerra es en adelante imposible, habría ante todo que hacer el experimento. Pero lo que sí es posible es que se llegue á disgustar de la guerra á la minoría que todavía se apasiona por ella y que no la quiera ya, una vez despojada de todos los encantos que le ofrece.

*
* *

Los TELEGRAFÓFAGOS.—La palabra es nueva, como la cosa, y hemos tenido que inventarla para dar nombre á los comedores de telégrafos, pues hay, en efecto, animales que utilizan los telégrafos, ya como alimento, ya como morada.

Uno de los más curiosos de estos animales, según dice Coupin en la *Revue des Revues*, es el *melanerpes formicivorus*, de Méjico y California, pájaro que desde que se han instalado en la región en que vive los postes telegráficos, se dedica á picarlos y agujerearlos para establecer en ellos su residencia y graneros de invierno. Para ello hace tres especies de agujeros: en uno, de siete á ocho centímetros de diámetro, se establece el macho; en otro, sesenta centímetros más abajo, la hembra con su cría, y en la parte alta el poste se halla completamente acribillado de agujeros, llenos de bellotas, provisiones de invierno del melanerpes; en alguno de los postes atacados no se han contado menos de 700 de estos agujeros.

En Noruega los *picos*, oyendo el zumbido que el aire produce en los postes, creen que hay dentro un enjambre de insectos, y empiezan á darle picotazos rabiosos para encontrarlos, haciendo en ellos agujeros de siete á ocho centímetros, hasta que se convencen de que no hay nada dentro. También los osos se dejan engañar por el mismo zumbido, y creyendo que los postes contienen colmenas, los minan y golpean por la base hasta derribarlos.

En América los papagayos hacen también pasar muy malos ratos á los telegrafistas, pues con su afición á ejercitar su

pico, se entretienen en roer la madera en torno de los tornillos que sujetan los aisladores de porcelana, hasta que éstos se desprenden. Otros muchos pájaros, sin atacar precisamente á los telégrafos, producen en ellos graves perturbaciones, colgando de ellos sus nidos, tan numerosos á veces que si los empleados no los quitaran acabarían por inutilizarlos, como sucede en el Brasil, sin contar con que, en tiempo de lluvias, estos nidos humedecidos ponen en comunicación unos alambres con otros y hacen que se reciba en Río Janeiro un telegrama dirigido á Méjico. Las mismas derivaciones se producen con las telarañas y con los nidos de las abejas albañiles, que cargan de lodo los aisladores y hacen que la corriente se ponga en comunicación con el poste y con la tierra.

Todos estos animales, y la multitud de insectos perforadores, van pronto á verse chasqueados con la invención de la telegrafía sin hilos, que es para ellos la telegrafía sin postes.

***

Garofalo y la teoría del crimen y de la pena.—La cuarta edición que Alcan acaba de editar del libro de Garofalo sobre *La naturaleza del crimen y la teoría de la penalidad*, reproduce las teorías del ilustre criminólogo italiano, uno de los jefes más caracterizados de la escuela penal positivista.

En todo hombre pueden distinguirse dos sentimientos primordiales: el de la *piedad*, que le inclina á evitar sufrimientos á sus semejantes, y el de la *probidad*, que le impide arrebatarle lo que le pertenece.

El delito que muestra la ausencia de uno de estos sentimientos ó de ambos en el delincuente, es el delito *natural*, pudiéndose definir al criminal como «el hombre en quien hay ausencia, eclipse ó empobrecimiento de los sentimientos de piedad ó de probidad.» El criminal es un ser moralmente anormal que no puede adaptarse á la sociedad en que vive, estando privado de sentido moral. Hasta en lo físico se revela

la anormalidad, pues el criminal suele ser feo, repulsivo, de poca frente, etc.

El derecho social de castigar no estriba en la necesidad de corregir, ni de intimidar, ni de hacer expiar al criminal sus actos reprensibles, sino en la necesidad que la sociedad siente de defenderse de quienes no pueden adaptarse á sus condiciones de vida.

No importa, pues, que el criminal sea ó no responsable: loco ó cuerdo, sus actos demuestran que carece de sentido moral, y que, no siendo susceptible de adaptación, la sociedad tiene el derecho de imposibilitarle para que la dañe.

Tampoco importa que el acto criminal sea más o menos reprensible desde el punto de vista de la justicia absoluta. La cuestión que hay que plantear es ésta: ¿Es susceptible el criminal de adaptación ó no? Si la adaptación es imposible, el mejor medio de impedir nuevos crímenes es eliminarle, y el procedimiento de eliminación más perfecto para el criminal no loco es la muerte. Si hay esperanza de adaptación, deberá sometérsele á la relegación hasta que se adapte, sin perjuicio de la indemnización á su víctima.

Si el acto culpable no prueba suficientemente las condiciones de adaptación del reo, éste no deberá ser encarcelado: pagará una multa al Estado y una indemnización al lesionado, en relación con su estado de fortuna y con el daño producido, y si el reo fuera insolvente, se le hará trabajar, vigilado por la autoridad, hasta que pague su deuda.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Dello stato presente del diritto internazionale e dei suoi futuri progressi, per Eduardo Cimbali. Prolusione al corso di diritto internazionale, letta il giorno 14 gennaio 1897, nella R. Università di Macerata.—Roma, Fratelli Bocca, editori, 1897.—Un folleto de 28 páginas.

Hállase escrita esta *prolusión* con el mismo espíritu con que lo están otros trabajos del mismo Cimbali, de que á su debido tiempo se dió cuenta (en la *Revista de Legislación),* á saber: manifestando que lo que hoy se llama «Derecho internacional», no es sino el predominio y la glorificación de la fuerza; que por esa razón hay Estados que representan la *expresión,* y otros que representan la *opresión* de la independencia de los pueblos, Estados *conquistadores,* Estados *cárceles* y Estados *esclavos,* y que solamente existirá un Derecho internacional, verdaderamente, cuando sea la voluntad libérrima de los individuos y de los pueblos la forma única de constituirse los Estados, cuando éstos se agreguen á otros y se desagreguen de ellos tan sólo por su espontánea voluntad (forma: el plebiscito, que es lo que debe reemplazar á la conquista y la violencia), y cuando para asegurar la independencia, la libertad y los demás derechos de los Estados, formen éstos, no un Estado federal, sino una confederación, y establezcan un poder superior y común á todos ellos, encargado de hacer que vivan vida realmente jurídica y que sea la razón y el derecho, en vez de la actual violencia, el fundamento de sus recíprocas relaciones.

El propio autor reconoce que hoy por hoy su aspiración no pasa de tal, es un ideal lejano; pero esos ideales son justamente los que han servido siempre para hacer marchar hacia adelante y hacia arriba á la humanidad, y en su nombre es en el que se han realizado los actos y los acontecimientos más laudables y trascendentales. «Idealistas» como el profesor Cimbali es lo que necesitamos, y sobre todo, nosotros los españoles.

P. Dorado.

La Nozione scientifica del dicentramento amministrativo, por Carlos F. Ferraris.—Un vol., 61 págs. Venecia, Ferrari, 1898.

El problema de la descentralización vuelve á ser estudiado con más detenimiento, y con un sentido más profundo y científico que lo fue allá por los tiempos del doctrinarismo francés. No en vano se ha dejado sentir el influjo de los procedimientos históricos y positivos, y de las mismas concepciones sociológicas, en la ciencia política. La causa determinante del interés que actualmente despierta en algunos países, como Italia, el problema de la descentralización, está, sin duda, en la necesidad sentida con gran fuerza, de rectificar de un lado el criterio absorbente, según el cual, por imposición de las circunstancias, se ha organizado la vida local, y de otro el criterio jerárquico á que obedece el funcionamiento pesado, ruinoso é insoportable á veces, de la burocracia.

La monografía del insigne tratadista señor Ferraris, acerca de la descentralización administrativa, es uno de tantos indicios como revelan el interés actual que el problema tiene. «El hecho—dice—de haberse renovado recientemente las discusiones sobre el problema de la descentralización administrativa, nos ha inducido á exponer algunas consideraciones para contribuir así á la formación de una teoría de la misma.» Y en el desarrollo de estas consideraciones, empieza el autor por fijar el valor de los términos y los límites de su estudio. Criti-

cando la idea de Laccava y Saulo Romano, el señor Ferraris distingue entre descentralización y autarquía local, distinción que, con otros nombres, hemos mantenido nosotros en nuestros estudios de derecho administrativo, y que estimamos necesaria para evitar muy lamentables confusiones teóricas y prácticas. Así, las consideraciones que constituyen el fondo interesantísimo de este folleto, tan recomendable, se distribuyen para explicar estas dos formas de organización del Estado, á saber: la *descentralización jerárquica*, esto es, el sistema por virtud del cual el Estado confía á la administración gubernativa local atribuciones que, por su naturaleza, pueden ser confiadas ó dejadas á la administración gubernativa central, y la *descentralización autárquica,* que aplica á algunas circunscripciones territoriales el principio de la autarquía, esto es, de la libre manifestación de su actividad en la esfera de acción que la ley les designe.

A. Posada.

Precis de quelques campagnes contemporaines, par le Commandant E. Bujac. La guerre hispano-americaine. — París, Henri Charles Lavauzelle.

Gracias á la amabilidad de su autor, hemos recibido el libro que lleva el anterior título, cuyo tema, no contrayéndose á la guerra hispano-americana, abarca la última insurrección cubana, y la filipina. Examina los hechos de estas tres contiendas en su aspecto político y militar sin descender á detalles que no caben en un libro de 400 páginas, pero resultando un cuadro de conjunto bien desarrollado, escrito concienzudamente, pues demuestra el autor haber leído mucho de cuanto acerca de estas tres campañas se ha dicho por españoles y ex-extranjeros, y expuesto con orden, método y elegancia.

Si bien tiene el libro carácter militar, resulta en él predominante el aspecto político de los sucesos. Así había de ser forzosamente dadas las dimensiones de la obra, que al abarcar

varias campañas no puede descender á muy extensas consideraciones sobre la ejecución de las operaciones. Latino de corazón y amante de la verdad y la justicia, pónese el autor decididamente de nuestra parte al juzgar las causas que de la guerra cuentan americanos y españoles; señala á la execración universal los procedimientos rastreros de la diplomacia yankee, los abusos del Cónsul general en la Habana, la doblez demostrada en el asunto del *Maine,* la repugnante hipocresía con que so capa de humanitarismo se emprendió una guerra lisa y llanamente de conquista, lanzando á la faz de todas las naciones un insulto al derecho y á la razón, y demostrando al llegar á la lucha que las fuerzas militares de los Estados Unidos merecen escasa consideración así por lo que respecta á instrucción y aptitud para empresas guerreras, como por el escaso respeto demostrado á las prácticas que rigen las contiendas entre países civilizados.

Al juzgar á los españoles, achacando los reveses á deficiencias de preparación y á *maleficios de nuestra política,* exculpa á las fuerzas armadas de muchos de los cargos contra ellas formulados; y aun cuando entendemos que alguna vez entusiasmado con el indudable valor demostrado por las tropas españolas, llévale su simpatía hacia nosotros á extremar su benevolencia más de lo justo, recomendamos tales juicios á los que en esta tierra comienzan á arrojar culpas que son de todos, sobre quienes durante años y años han combatido por nuestra bandera, y no podemos ser muy severos con el comandante Bujac por darnos muestra de simpatía, que todo español ha de agradecer como merece.

Los que han luchado en Cuba y Filipinas no podrán olvidar las cariñosas y honrosas frases con que, *en castellano*, les dedica el autor este libro; y no habrá español ausente de su desgraciado país que no se conmueva al leer el testimonio de respeto que á los soldados de la España caída y humillada rinde la hidalguía de un soldado extranjero.

IGNOTUS.

OBRAS NUEVAS

Almenas C. de las).—Campaña parlamentaria. En 4.°, 48 págs.: 1 peseta.

Alvarez Ardanuy (V.) — Estudio gráfico de la táctica de infantería. En 8.° apaisado, dos tomos, 119 y 128 págs.: 3 pesetas.

Amunátegui (M. L.) —La crónica de 1810 *Tomo III.* Santiago (Chile . Imp. Elzeviriana de J. T. Medina; 1899. En 4.°, 432 páginas.

Argamasilla de la Cerda y Bayona (J.) Nobiliario y armería general de Navarra. *Cuaderno primero.* En 4.°, 272 págs. con escudos heráldicos: 5 pesetas.

Balaguer (V.)—Obras. *T. XXXVII.* En 4.°, VIII 544 págs.: 8 pesetas.

Becerro de Bengoa (R.)—La enseñanza en el siglo XX. En 8.°, 388 páginas: 5 pesetas.

Berga y Oliver (M.)—Harinas: alteraciones y falsificaciones. En 4.°, 32 págs.

Bisson (A.)—Manso cordero; juguete cómico en un acto. En 4.°, 31 páginas: 1 peseta.

Blasco (E.) Cuentos. En 8.°, 310 páginas: 3,50 pesetas.

Brugarolas Sivilla (J.)—El arte para todos. *Cuaderno primero.* En 8.° apaisado, 32 págs.: 50 céntimos.

Calvo Escrivá (J.)—Puentes levadizos. En 4.°, 272 págs.: 12 pesetas.

Cascales y Muñoz (J.)—La palabra y sus manifestaciones; origen y desarrollo del lenguaje articulado. En 8.°, 159 págs.: 1,50 pesetas.

Castillo y Soriano (J. del).—El Abogado consultor de la mujer; derechos y deberes de la mujer española según la vigente legislación civil, penal y administrativa. En 8.°, 48 págs. *Cuaderno primero:* 25 céntimos.

Catarineu (R. J.)—Los forzados; poesías. En 8.°, 77 págs.: 2 pesetas.

Codera (F.)—Decadencia y desaparición de los almoravides en España. En 8.°, XXXII-421 págs.: 5 pesetas.

Contreras (A.)—Anuario de la minería, metalurgia y electricidad de España. *Año sexto; 1899.* En 4.°, XVI-472 págs.: 10 pesetas.

Elola (J. de).—El Credo y la razón. *Segunda edición.* En 8.°, 592 páginas: 3 pesetas.

Esteva Ravassa (G.)—Golpe de mar; drama en un acto. En 4.°, 50 páginas: 1 peseta.

Fernández Mayo (M.)—Ripios de Mayo. En 8.°, IX-90 págs.: 75 céntimos.

García (J. C.)—Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara, y bibliografía de la misma hasta el siglo XIX. En 4.° mayor, XII 801 págs.: 10 pesetas.

García Icazbalceta (J.) — Obras. *Tomo IX.* Biografías. IV. México. Imp. de V. Agüeros. En 8.°, 457 páginas: 6 pesetas.

Biblioteca de Autores Mexicanos, *volumen 20.*

García Obregón (M.)—Treinta jor-

nadas. En 8.°, 524 págs.: 4 pesetas.

Gómez Carrillo (E.)—Maravillas; novela funambulesca. En 8.°, 197 páginas: 2,50 pesetas.

Grau Delgado (J.)—Trasuntos. En 8.°, 424 págs.: 3,50 pesetas.

Iriarte (C. de) y Navarro (L.)—Topografía fotográfica, ó sea aplicación de la fotografía al levantamiento de planos. En 4.°, dos volúmenes, XVI-463 págs. de texto y Atlas de 26 láminas apaisadas: 15 pesetas.

Juan y Ballester (M.)—Compendio de Historia Sagrada. En 8.°, 271 p ginas: 1,25 pesetas.

Jusué (E.)—Tablas para comprobación de fechas en documentos históricos. En 4.°. 80 págs.: 2 pesetas.

Krüger (P.)—Historia, fuentes y literatura del derecho romano. En 4.°, 365 págs.: 7 pesetas.

Labatut (C.)—La jabonería moderna; manual verdaderamente práctico de la fabricación de jabones. En 8.°, VIII-352 págs.: 5 pesetas.

Lois Vázquez (M.) — Horas perdidas. En 4.°, VIII-89 págs.: 2 pesetas.

Maluquer y Salvador (M.) — Derecho consular español. En 4.° XI-899 págs.: 15 pesetas.

Martínez Ruiz (J.) — La sociología criminal. En 8.°, XV-210 págs.: 3 pesetas.

Mauricio (»)—La gran traición. En 8.°, 111 pág.: 50 céntimos.

Mellado (A.)— En Roma; escenas y cuadros. En 4.°, 302 págs.: 4 pesetas.

Mesonero Romanos (M.) — Velázquez fuera del Museo del Prado. Apuntes para un Catálogo de los cuadros que se le atribuyen en las principales Galerías públicas y particulares de Europa. En 8.°, 299 págs.: 8 pesetas.

Minteguiaga (P. V. M. de).—La punibilidad de las ideas. ¿Puede haber delito en la emisión de ciertas ideas? En 4.°, 212 págs.: 3 pesetas.

Mondáriz (Las aguas de).—Album-guía publicado por los propietarios del establecimiento minero-medicinal, con la colaboración de los Sres. Argumosa (J. de), Arniches (C.), Arzobispo de Valladolid, Aza (V.), Campos (G. de), Compañy (fotógrafo), Cantó (G.), Castelar (E.), Echegaray (J.), etc. En 8.° mayor, 82 págs. y un mapa, con láminas y grabados.

Se remite gratis pidiéndolo al Director.

Monserrat á la vista. Album de fotografías de la histórica montaña. En 4.° apaisado, con 32 fototipias: 2,50 pesetas.

Morales Arjona (A.) — El azafrán; reglas prácticas para su cultivo. En 8.°, 45 págs.: 1 peseta.

Murguía (M.)—D. Diego Gelmírez, En 4.°, XIV-212 págs.: 4 pesetas.

Pérez Barreiro (R.)—Compendio de gramática castellana para uso de las escuelas de 1.ª enseñanza. En 8.°, V-87 págs., encartonado. 1 peseta.

Pérez García (A.)—La boda de Juanita. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Pérez Rioja (A.) — Liquidaciones coloniales. La tragedia de América; cómo empieza y cómo acaba. En 8.°, 157 págs.: 2 pesetas.

Pérez Zúñiga (J.) — El gabán de pieles; juguete cómico en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

Picón (J. O.)—Vida y obras de Don Diego Velázquez. En 8.° mayor, VII-215 págs. y 16 fotografías: 5 pesetas.

Pigafetta (A.)— Primer viaje alrededor del mundo, traducido de la edición italiana, y anotado por Manuel Walls y Merino, Secretario de Embajada. En 4.° LIII-IV y 262 págs., con 3 mapas: 6 pesetas.

Ponte y Blanco (F.)—Elementos de carreteras y ferrocarriles (construcción y conservación). En 4.°, 527 págs., con grabados: 10 pesetas.

Ramírez (R.) y Jiménez de Quirós (E.)—Una bala perdida; juguete cómico en un acto. En 4.°, 32 páginas: 1 peseta.

Redel (E.)—Obras literarias. *Tomo II.* En 4.°, 337 págs.: 3 pesetas.

Retana (W. E.)—La imprenta en Filipinas (1593-1810) con una de-

mostración gráfica de la originalidad de la primitiva. *Adiciones y observaciones* á «La imprenta en Manila», de D. J. T. Medina. En 4.° mayor, 280 págs., y una lámina plegada: 10 pesetas.

Ribot (Th.)— Las enfermedades de la personalidad. En 8.°, VIII-271 págs.: 2,50 pesetas.

Idem.—Las enfermedades de la memoria. En 8.°, VI-210 págs.: 2,50 pesetas.

Rivera y Esteban (J.) — Prontuario de doctrina cristiana. En 8.°, 207 págs.: 3 pesetas.

Robles y Juárez (L.) — La solución al problema agrícola en los terrenos de secano. En 4.°, VIII-280 págs.: 4 pesetas.

Rodríguez Marín (F.)—Mil trescientas comparaciones populares andaluzas, recogidas de la tradición oral. En 8.°, XIX-118 págs.: 2 pesetas.

Rodríguez Martínez (J.)—Los desastres y la regeneración de España. En 4.°, XVI-208 págs.: 2 pesetas.

Romero Almenaza (A.)— Tráfico y consumo de carnes. En 8.° mayor, 262 págs.: 5 pesetas.

Sánchez Arjona (J.)—Noticias referentes á los anales del Teatro en Sevilla desde Lope de Rueda hasta fines del siglo XVII. En 4.°, 529 págs.: 6 pesetas.

San Millán y Alonso (R. de). — El lazo; novela. En 8.°, 78 pág.: 1 peseta.

Serrano y Morales (J. E.)— Reseña histórica en forma de diccionario, de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España, hasta el año 1868, con noticias bio-bibliográficas de los principales impresores. En 4.° mayor, XXVIII-657 págs., con 127 reproducciones de portadas, colofones, retratos, marcas y escudos de impresores: 20 pesetas.

Shakespeare.—Cuento de amor; comedia fantástica, refundida y puesta en castellano por Jacinto Benavente. En 8.°, 88 págs.: 2 pesetas.

Spencer (H.) — Los datos de la Sociología. Dos vols., en 4.°, 297 y 300 págs.: 12 pesetas.

Suárez de Mendoza (A.)—Cistoscopia y cateterismo de los uréteres. En 4.°, 49 págs , con grabados, 1,50 pesetas.

Thebussem (Dr.) — Futesas literarias. En 8.°, 203 págs.: 2 pesetas.

Torroja (E.) — Tratado de geometría de la posición, y sus aplicaciones á la geometría de la medida. *Cuaderno tercero*. En 4.° mayor, págs. 289 á 496: 5 pesetas.

Vega (L. de). — Obras publicadas por la Real Academia Española. *Tomo IX*. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Tercera sección. En folio CLXXXI-631 páginas: 20 pesetas.

Verdaguer (J.)—Santa Eulalia. Edición ilustrada. En 8.°, XXII-88 páginas y 24 láminas: 3 pesetas.

Vergara (M.) — Para el campo: algunas poesías campestres castellanas. En 4.°, XLIV-576 págs.: 10 pesetas.

Villalba Hervás (M.)—Historia contemporánea. De Alcolea á Sagunto. En 8.°, 425 págs.: 4 pesetas.

Villavicencio (R.)—Discursos leídos en la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del Sr. Dr. D. Rafael Villavicencio, el día 14 de Mayo de 1899. Contestación del Dr. D. Amenodoro Urdaneta. Caracas. En 4.°, 61 páginas.

Tema: El estudio del lenguaje y su importancia en las Ciencias Naturales y en las históricas.

Alba (E.)—¡¡Me caso!!; monólogo en prosa.—En 4.°, 14 páginas: 1 peseta.

Alvarez Maldonado (J.)—Relación de la jornada y descubrimiento del Río Manu. En 4.°, XXIII-53 páginas y un mapa.

Antich é Izaguirre (F.)—Los que rezan; novela. En 12.°, 224 páginas: 1,50 peseta.

Arambilet (S.)—Paso á dos; juguete cómico. En 4.°, 38 págs.: 1 peseta.

Bernárdez (R.)—La Eucaristía. En 12.°, 58 págs.: 50 céntimos.

Blasco y Recio (J.)—Providencias

de la ley ó fallos de la justicia; drama en tres actos. En 4.°, 114 páginas: 2 pesetas.

Castañón (F.)—¡A que no!; monólogo cómico-lírico, en verso. En 4.°, 18 págs.: 1 peseta.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XVIII.* (Valdivia y sus compañeros. XI). Santiago de Chile, 1899. En 4.° mayor, 488 páginas: 15 pesetas.

Colom y Beneito (F.)—La cuestión del juego. En 8.°, 30 págs.: 1 peseta.

Delgado (S.)—La espuma; comedia en un acto. En 4.°, 48 págs.: 1 peseta.

Estasen (P.)—Tratado de las suspensiones de pagos y de las quiebras. En 4.°, 448 págs.: 7 pesetas.

Esteva Ravassa (G.)—Los claveles; drama en un acto y en prosa. En 4.°, 39 págs.: 1 peseta.

Estudios militares de hacienda pública. I. Lo que debe ser la Administración militar en España, según leal saber y entender de un Capitán de transportes. En 4.°, 44 páginas: 50 céntimos.

Fernández Arias (A.)—Plantas de salón; comedia en un acto. En 8.°, 54 págs.: 1 peseta.

Fernández Ruiz Pino (J.)—La Virgen de la Paloma; leyenda religiosa. En 8.°, 32 págs.: 25 céntimos.

Gante (E.)—¡De vuelta de las ínsulas!; viaje fantástico al país de los encantos. En 8.°, 122 págs.: 2 pesetas.

García Alvarez (E.), Paso (A.) y López Monis (A.)—Concurso universal; proyecto cómico-lírico, en un acto. En 4.°, 35 págs.: 1 pta.

Gómez de Fuencaral (J.)—Manual práctico de perfumería. En 4.°, 128 págs.: 2 pesetas.

Gorostiza (M. E. de).—Obras de D. Manuel E. de Gorostiza. *Tomo I. Teatro.* México. Imprenta de V. Agüeros, editor; 1899. En 8.°, XII 458 págs., y retrato: 6 pesetas.

Granés, Alvarez y Paso.—Los presupuestos de Villapierde; revista política financiera, en un acto. En 4.°, 38 págs.: 1 peseta.

Haëbler (K.)—Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI. En 8.°, XXV-288 páginas: 4 pesetas.

Hornachuelos (Duque de).—Perucho; novela moral. En 8.°, X-210 páginas. Encartonado: 3 pesetas.

Jackson Veyán (J.) y López Silva (J.)—Los Arrastraos; sainete lírico, en verso, en un acto. En 4.°, 50 págs.: 1 peseta.

Jerez (D.) y Fernández (A.)—La panadera; sainete lírico en un acto. En 4.°, 52 págs.: 1 peseta.

Lois (R.)—Burbujas; libro de versos en castellano y en gallego. En 4.°, 150 págs.: 2 pesetas.

Menor (E.)—Principios de derecho mercantil. En 4.°, 600 págs.: 10 pesetas.

Merino (G.) y Lucio (C.)—¿Cytrato?... ¡De ver será!...; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 47 páginas: 1 peseta.

Mir y Noguera (J.)—Frases de los autores clásicos españoles. En 4.°, XLVII-884 págs.: 12 pesetas.

Idem.—La Religión. En 4.°, XV-833 páginas: 8 pesetas.

Mitre (D. Bartolomé).—Horacianas ad litteram versæ, con notas y nuevos comentarios por Un Arcade de Roma, M. C. de la Academia Española, M. de la Universidad de Buenos Aires, etc. *Segunda edición* completa y corregida. Buenos Aires. Imp. y litografía de J. Péuser; 1900. En 8.°, XX-803 págs.: 7,50 pesetas.

Montes de Oca et Obregon (I.)—Laudatio funebris Episcoporum Americæ Latinæ hucusque vita functorum coram Patribus Concilii Plenarii Latino-Americani Romæ in Aula Conciliarii, IV nonas Iulias A. D. MDCCCIC ab Ignatio Montes de Oca et Obregon, Episcopo Potosiensi et Concilii Secretario habita. Typis Vaticanis. Imprimatur Fr. Albertus Lepidi Ord. Praed. S. P. A. Magister. En folio, 21 págs.: 1 peseta.

Mora Obregón (A de la).—Apuntes de contabilidad (primer curso). En 8.°, 35 págs.: 1,50 pesetas.

Navarrete (A.)—Manual de ictiología marina. En 4.°, XI-276 páginas, 15 láminas: 10 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Al pie de la torre Eiffel. En 8.°, 316 págs.: 3 pesetas.

Obras completas, tomo XIX.

Parellada (P.)—El filósofo de Cuenca; comedia en tres actos. En 4.°, 66 págs.: 2 pesetas.

Pazos (R. de) y Gijón (R.)—Los gladiadores; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 34 págs.: 1 peseta.

Penichet y Lugo (F.)—Comentarios á la tutela. En 4.°, VIII-424 páginas: 5,50 pesetas.

Peñas Berzosa (M.)—Láminas de los diferentes movimientos tácticos de batallón. En 12.° apaisado, figuras 87 á la 176: 2 pesetas.

Rodríguez de Celis y Varela Díaz.—¡¡Ladrones!!... Monólogo cómico. En 8.°. 32 págs.: 1 peseta.

Saco y Brey (E.)—Patria y libertad bajo el régimen republicano unitario. En 8.°, 78 págs.: 1 peseta.

Sellés (E.)—Los caballos; sátira dialogada en un acto y en prosa. En 4.°, 38 págs.: 1 peseta.

Silvio (»)—Emilio Castelar; análisis filosófico de su vida pública. En 4.°, 67 págs.: 1 peseta.

Solvay (E.)—El contabilismo social. En 4.°, 21 págs.: 1 peseta.

Soriano (Dr.)—Cartilla sanitaria para embarazadas. En 8.°, 16 páginas: 1 peseta.

Soriano (M.) y Falcato (L.)—El estado de sitio; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 39 págs.: 1 peseta.

Valencia (Fr. A. de).—Soliloquios. En 8.°, 268 págs.: 2,25 pesetas.

Velázquez.—Catálago ilustrado de la Sala de Velázquez en el Museo del Prado de Madrid. En 8.°, 47 páginas: 1 peseta.

Verdades (El Capitán).—La guerra hispanoamericana. Historia negra, relato de los escándalos ocurridos en nuestras ex colonias durante las últimas guerras. En 8.°, 255 págs.: 2 pesetas.

Yráyzoz (F.)—La luz verde; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 57 págs.: 1 peseta.

INDICE

Págs.

Tierras vírgenes (novela) continuación, por Ivan Turgueneff..... 5

La evolución de la Historia, por Juan Pérez de Guzmán..... 73

Santa Cruz de la Serós, observaciones sobre un monumento arquitectónico casi desconocido, por Vicente Lampérez y Romea. 92

Poetas americanos: ¡Madre! por Paulo Emilio Romero.—*La oración del niño*, por Bonifacio B. Byrne.—*El nido*, por Juan C. Rosel..... 106

Discursos á la Nación Alemana: Exposición más profunda de la originalidad y universalidad de un pueblo, por Juan T. Fichte. 110

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 127

Revista Hispanoamericana, por Iob..... 137

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 161

Notas bibliográficas..... 199

Obras nuevas..... 203

España moderna

AÑO 11. NUM. 131.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

NOVIEMBRE 1899

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

TIERRAS VIRGENES

(CONTINUACIÓN).

XXX

Quince días después, en la misma habitación, Nejdanof, inclinado sobre la mesa de tres pies, á la pobre y débil luz de una vela de sebo, escribía á su amigo Silin. Era ya muy avanzada la noche. En el diván y en el suelo se veían algunas prendas de vestir, todas estropeadas. Sobre los vidrios de la ventana golpeaba la lluvia incesante: grandes ráfagas de viento tibio soplaban de cuando en cuando.

«Querido Wladimiro: te escribo sin poner dirección; confiaré esta carta á un peatón, que la echará al correo en una estación distante, porque mi presencia aquí es un secreto; revelar este secreto sería perder también á otra persona. Te bastará saber que estoy en una fábrica con Mariana desde hace quince días. Nos escapamos de casa de Sipiaguin el mismo día que te escribí. Hemos encontrado hospitalidad aquí en casa de un amigo, que se llama Basilio y que está al frente de una fábrica. Es un hombre excelente. Nuestra estancia en esta casa no es más que transitoria. Esperamos á que llegue el momento de obrar; la verdad es que, á juzgar por lo que observo, ese momento está aún muy distante. Mi querido Wladimiro, estoy triste, muy triste.

Ante todo, te diré una cosa: aunque Mariana ha huído conmigo, entre nosotros no median otras relaciones que las de hermano con hermana. Me ama y me ha dicho que será mía si yo reconozco en mí el derecho de exigírselo.

No reconozco en mí ese derecho, mi querido Wladimiro. Cree en mí y en mi honradez, y no la engañaré. Estoy seguro de que no he amado hasta ahora, y de que jamás (de ello estoy bien seguro) amaré á nadie más que á ella. Mas ¿cómo podría unir yo su destino al mío? ¡Atar un ser vivo á un cadáver, ó, por lo menos, á un cuerpo medio muerto! ¿Qué diría mi conciencia? Me responderás que si mi pasión fuese más fuerte, mi conciencia se callaría..... Pero, en rigor, yo no soy más que un cadáver, honrado si quieres, y lleno de buenas intenciones. No me eches en cara, te lo suplico, mi exageración habitual..... ¡Cuanto te digo es la verdad, la pura verdad! Mariana tiene un carácter muy reconcentrado. Actualmente está totalmente consagrada á la obra en la cual tiene fe..... mientras que yo.....

No hablemos más de amor ni de sentimientos puramente personales, ni de cosa que se le parezca.

Hace quince días que me he lanzado enmedio del pueblo, y lo cierto es que hay pocas cosas más tontas que esta ocupación. La falta está en mí. No soy eslavófilo; no soy de los que están enamorados del pueblo y apetecen el contacto de ese elemento cándido y fuerte. No me lo aplico sobre mi pensamiento enfermo como un *parche de franela*. No, antes al contrario, quiero influir en él, pero, ¿cómo?

¿Por qué medio? En realidad, cuando estoy con gentes del pueblo, no hago más que prestar oído á lo que dicen, y observar; mas cuando trato de hablar, no acierto á hacerlo bien. Veo que no sirvo para nada. Me hago á mí mismo el efecto de un actor que desempeña un papel que no encaja con sus facultades. A veces me asalta un sentimiento de concienzuda buena fe, que acaba por trocarse en duda, y hasta en un impulso de mal humor contra mí mismo.

La verdad es que todo esto vale bien poco. Me disgusta pensar en tales cosas y contemplar este traje que me he puesto: un verdadero traje de máscara, como dice Basilio.

Se asegura que es preciso empezar por estudiar la lengua del pueblo para conocer sus costumbres y sus hábitos..... Esto es falso, falso de toda falsedad. Ten fe, cree lo que dices, y habla como quieras.

He tenido ocasión de oir una especie de sermón predicado por un profeta raskolnik.

Sólo Dios sabe qué especie de mezcolanza hacía de expresiones bíblicas, de frases de libros y de modos de decir populares, no rusos, sino en el dialecto de la Pequeña Rusia, pronunciando *ts* por *t*, é *i* por *e*. De continuo volvía á repetir las mismas frases, como gallo silvestre cuando canta. ¡El espíritu me posee! ¡El espíritu me posee! Sus ojos parecían carbones encendidos; era su voz sorda y potente; apretaba los puños; parecía de hierro aquel hombre. Sus oyentes no entendían ni una palabra; pero, ¡qué veneración! ¡Qué éxtasis! ¡Y le seguían!

Cuando comienzo á hablar, parezco un delincuente que pide perdón. Hacerse raskolnik..... ¿y para qué? Su ciencia es fácil de adquirir..... pero la fe, la fe, ¿dónde encontrarla? Mariana tiene fe. Desde que amanece está trabajando siempre al lado de Tatiana, una buena mujer, no del todo tonta, la cual, entre paréntesis, pretende que queremos simplificarnos, y no cesa de llamarnos simplificados. Como te decía, Mariana está constantemente al lado de esa Tatiana, siempre en pie, siempre activa y moviéndose como una verdadera hormiga.

Está contentísima porque se le van poniendo las manos rojas y ásperas, y espera de un momento á otro que llegue la hora de subir al cadalso, si es necesario. Cuando voy á hablarle de mis sentimientos, siento una especie de vergüenza: me parece que extiendo mi mano para coger lo que pertenece á otro..... Además, su mirada..... ¡oh!, aquella terrible mira-

da, sometida é inerme, que parece decir: «Seré tuya si quieres..... pero ¡acuérdate!.....» ¿A qué esto? ¿No hay algo más grande y mejor sobre la tierra?

Lo que quiere decir en otros términos: «Ponte tu kaftán remendado, y *ve al pueblo.*»

¡Oh, cómo maldigo entonces mi naturaleza nerviosa, mis sentidos, por extremo delicados, mis desalientos por cualquier motivo, toda esa herencia de un padre aristocrático! ¿Con qué derecho me ha arrojado á la vida, dándome órganos en absoluta discrepancia con el medio en que me veo obligado á vivir?... ¡Engendrar un pájaro y lanzarlo al agua! ¡Dar la vida á un estético y sepultarlo en el lodo!... ¡Crear un demócrata, un amigo del pueblo, y que este demócrata sea de tal suerte que el solo olor de la *vodka* le produzca náuseas y casi vómitos!...

Ahí tienes... Me dejo arrastrar hasta el punto de blasfemar de mi padre. Si soy demócrata, la falta es mía y no suya.

Sí, Wladimiro, esto va mal.

Me asaltan ideas perversas, ideas grises. Pero acaso me dirás: ¿es posible que en el espacio de quince días no hayas encontrado una sola vez alguna cosa que te consuele, algún individuo, ignorante sí, pero leal?

A esa pregunta, ¿qué he de responderte? En efecto, he entrado algo de eso; he encontrado á un hombre excelente, de inmejorables condiciones; pero tanto yo como mis folletos le somos completamente inútiles; sí, inútiles. Creo que ya te he dicho su nombre otra vez. Un empleado de la fábrica (mozo muy agradable y muy inteligente, verdadero brazo derecho de Basilio, y que ha de ser un jefe con el tiempo), Paul, digo, tiene un amigo llamado Elisario, bonito nombre, ¿verdad?, un espíritu firme, un alma libre y sin nebulosidades; pero aunque hablamos muchas veces, es lo cierto que entre nosotros dos existe una muralla: me mira con una expresión que quiere decir: ¡No! ¡no! ¡no!

He trabado conocimiento con otro que pertenece al núme-

ro de los violentos. ¿Para qué tan bellas palabras?—me ha dicho.—Una sola basta. Siendo propietario, como eres, ¿quieres, sí ó no?—A lo cual yo le he respondido: —¿De dónde sacas tú que sea un propietario? (Hasta recuerdo que le dije que Dios te bendiga.) Pero si eres pueblo,—me ha replicado,—¿á qué viene todo eso que nos cuentas?... Te ruego que me dejes tranquilo.

He hecho una observación: los que os escuchan de buen grado y que reciben los folletos sin hacerse de rogar, puedes estar seguro de que son espíritus débiles que ceden al viento, como aquí se dice. Otras veces tropieza uno con un hablador, uno que se las echa de instruido, cuya ciencia consiste en repetir como tema favorito una misma palabra.

Uno de ellos me ha mareado con la palabra *producción*. A cuanto le decia, me respondía siempre: ¡Ah! ¡sí... ya sé... ¡la producción!... ¡Al diablo con él!

Otra observación... ¿Te acuerdas?—de esto hace ya bastante tiempo.—Se hablaba de los hombres que son *demasiado Hamlet*... Pues entre los aldeanos, pásmate, hay hombres como esos. La mayor parte son de condición enfermiza. Personas interesantes que nos escuchan de buen grado, pero que, tratándose de la acción, no valen un kopek... son idénticos á los Hamlet de otro tiempo.

¿Qué hacer? ¿Fundar una imprenta clandestina? Para qué. No nos faltan folletos. Tenemos algunos que dicen al campesino: «Haz la señal de la cruz, y coge el hacha;» otros que dicen sencillamente: «Coge el hacha.»

Escribir novelas de tesis sacadas de la vida popular. Puede que no se imprimiesen siquiera. ¿Es preciso verdaderamente tomar el hacha? Mas ¿contra quién, con quién y para qué? ¿Para que un soldado de la nación te descerraje un tiro? Esto, en rigor, no sería más que un suicidio un poco complicado. Si me viese en ese caso, preferiría matarme por mi mano. Por lo menos podría elegir la manera, la hora, y hasta el lugar de mi cuerpo en que había de apoyar el cañón de la pistola.

En verdad te digo, que si en este momento estallase guerra no importa dónde, una guerra popular, iría á tomar parte en ella, no por luchar á favor de ésta ó de la otra idea; para acabar de una vez.

Nuestro amigo Basilio, el que nos ha dado hospitalidad, es un hombre feliz. Es de los nuestros; pero ¡qué tranquilo está siempre! Nada le impacienta. Si fuese otro, le habría dicho mil injurias..... Pero á él no puedo..... La verdad es que todo depende del carácter y no de las opiniones. Basilio es un carácter de una pieza. Y tiene razón.

Pasa muchos ratos con Mariana y conmigo. ¡Caso curioso! Ella me ama y yo la amo (no te sonrías, te aseguro que es la pura verdad); y no encuentro, sin embargo, nunca motivo de conversación; en cambio, con él habla, discute y escucha. No tengo verdaderos celos de él; toma medidas para buscarle una colocación; á lo menos lo inquiere por todo el país; pero siento gran amargura cuando los contemplo.

Sin embargo, yo no tendría más que pronunciar la palabra matrimonio para que Mariana aceptase inmediatamente; el clérigo Zossimo entraría inmediatamente en escena y entonaría el canto de *Isaías* (1), y todo lo demás del ritual. Pero te aseguro que no sería más feliz, y que en nada cambiaría, absolutamente en nada. Me hallo en una situación sin salida.

¡Ah, sí! La vida me ha destroncado, como nos decía, ¿te acuerdas? el borracho de nuestro sastre, quejándose de su mujer.

Creo, sin embargo, que esto no durará mucho tiempo. Presiento que algo inesperado se aproxima.

¿No pido la acción inmediata? ¿No he probado yo mismo que hace falta empezar? Pues bien: empezaremos.

No sé si te he hablado de otro amigo que tengo, de un moreno, pariente de los Sipiaguin. Me parece que éste nos prepara un caldo difícil de tragar.

---

(1) Cántico que se entona al celebrarse el matrimonio.

Quisiera acabar mi carta; pero, ya lo ves. ¡Cuando escribo cualquier cosa, acabo por hacer versos. No se los leo á Mariana, porque no le gustan..... Tú.... tú los elogias algunas veces, y, sobre todo, no se los lees á nadie.

Me ha conmovido un hecho que se produce en toda Rusia...., Pero, lee esos versos:

«SUEÑO

Hacía mucho tiempo que no había vuelto á ver el lugar de mi nacimiento; pero no he encontrado en él el menor cambio: aspecto de muerte, ausencia de pensamiento, casas sin techo, murallas arruinadas, fango y mal olor, y pobreza, y miseria, miradas de esclavos insolentes ó taciturnos: todo está lo mismo. Nuestro pueblo es libre, y sus manos, como otras veces, penden inertes.

¡Sólo en una cosa hemos aventajado á Europa y al Asia y al mundo entero! ¡Jamás mis queridos compatriotas han dormido sueño tan terrible!

Todo duerme: en el campo, en la ciudad, en el carro, en el trineo, el día, la noche, sentado, de pie....., el comerciante, el tchinovnik, duermen; el vigilante duerme bajo el frío de la nieve y bajo el ardor del sol; el que es juzgado y el juez también duermen; los campesinos están sumidos en un sueño de muerte; siegan, labran, pero duermen; trillan el trigo y siguen durmiendo; padre, madre, hijos, todos duermen. El que golpea y el golpeado duermen igualmente. Sólo la taberna vela con el ojo siempre abierto. Y teniendo entre sus manos un jarro de aguardiente, la cabeza en el Polo Norte y los pies en el Cáucaso, nuestra patria, la santa Rusia, duerme un sueño eterno.

Te ruego que me perdones; no quería enviarte carta tan triste que no te hiciese reir un poco, siquiera al final..... Algunos versos te habrán parecido débiles..... pero, ¡bah!.....

¿Cuándo te escribiré otra carta? ¿Te volveré á escribir?

Cualquier cosa que á mí me sobrevenga, no me olvidarás, estoy seguro. Tu fiel amigo,

A. N.»

P. D. Sí; nuestro pueblo duerme; pero tengo para mí que si alguna cosa le despierta, no será la que nosotros creemos.»

Al terminar la última línea, Nejdanof arrojó la pluma y se dijo á sí mismo: «¡Ea! Por de pronto, trata de dormir tú también, y olvida todas estas tonterías, ¡coplero!»

Se acostó, pero el sueño tardó en venir.

Al día siguiente le despertó Mariana al atravesar su cuarto para ir á buscar á Tatiana; pero apenas había tenido tiempo de vestirse, cuando la joven volvió á entrar con la alegría y la agitación pintadas en el rostro; parecía profundamente emocionada.

—¿No sabes, Alejo?..... Se dice que en el distrito de T....., muy cerca de aquí, ya ha comenzado.....

—¿Comenzado.....? ¿Qué es lo que ha comenzado? ¿Quién te ha dicho eso?

—Paul; se dice que los campesinos se han sublevado, porque no quieren pagar los impuestos, y se agrupan.

—¿Has oído eso por tí misma?

—Tatiana me lo ha dicho; pero aquí viene Paul: pregúntale.

Entró Paul y confirmó lo dicho por Mariana.

—Sí, se ha turbado el orden en el distrito de T....., es cierto—dijo, sacudiéndose la barba y entornando los ojos negros y brillantes.—Probablemente ha sido cosa de Markelof. Hace cinco días que falta de su casa.

Nejdanof cogió su casquete.

—¿A dónde vas?—le dijo Mariana.

—¿A dónde he de ir?..... Allá abajo,—respondió con las cejas fruncidas, sin levantar los ojos:—al distrito de T.....

—En ese caso yo voy contigo. Tú me acompañas. Déjame que busque algo que ponerme en la cabeza.

—Eso no es cosa de mujeres,—respondió Nejdanof con tono sombrío y los ojos fijos en el suelo, con cierta especie de irritación.

—No, no. Haces bien en ir; de lo contrario, Markelof te tomaría por un holgazán..... Pero yo iré contigo.

—No soy un holgazán,—dijo Nejdanof con tono sombrío.

—Quise decir que nos tomaría á ambos por dos holgazanes. Parto contigo.

Mariana tomó el pañuelo en su alcoba. En tanto Paul dejó escapar un «¡oh!» de inquietud, y acudió á prevenir á Solomine.

Antes que Mariana saliese de su cuarto, Solomine entraba en el de Nejdanof. El joven estaba delante de la ventana con la frente apoyada en el brazo y el brazo sobre la vidriera. Solomine le tocó en la espalda. Se volvió bruscamente; tenía alborotados la barba y el cabello (no se había aseado todavía), lo cual le daba un aspecto salvaje y extraño.

Solomine también había cambiado en el espacio de quince días: su semblante estaba más pálido y alargado; el labio superior, algo levantado, dejaba ver los dientes. También parecía turbado..... tanto cuanto pudiera turbarse su alma perfectamente equilibrada.

—Markelof no ha podido contenerse—dijo.—Esto puede acabar mal para él, en primer término, y luego para los demás.....

—Quiero ir á ver.....—interrumpió Nejdanof.

—Y yo también—añadió Mariana, apareciendo en el dintel de la puerta.

Solomine se volvió lentamente hacia ella.

—No se lo aconsejaré á usted, Mariana. Puede usted perderse y perdernos á nosotros, sin intención y sin necesidad. Que vaya Nejdanof á enterarse, si quiere, de lo que ocurre, y no con mucho apresuramiento. Pero usted, ¿para qué?

—No quiero dejarle ir solo.

—Usted le estorbará.

Mariana miró á Nejdanof, que estaba de pie, inmóvil, con el rostro inmóvil también y el aspecto taciturno.

—¿Y si hubiese algún peligro?—replicó la joven.

Solomine se sonrió.

—Esté usted tranquila; si hubiese peligro la dejaría partir.

Mariana se quitó el pañuelo de la cabeza, y se sentó.

Solomine se dirigió á Nejdanof y le dijo:

—Tú, amigo mío, reflexiona un poco: es posible que haya exageración en todo esto. De todos modos, te suplico que seas prudente. Voy á buscar á uno que te acompañe. ¿Me prometes volver en seguida? ¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿De verdad?

—Cómo no, si aquí todo el mundo te obedece, empezando por Mariana.

Nejdanof salió sin decir adiós.

Al llegar al corredor, Paul surgió de un rincón obscuro, y bajó delante de él la escalera, haciendo sonar sus botas claveteadas. El era quien debía acompañar á Nejdanof.

Solomine se sentó al lado de Mariana.

—¿Ha oído usted lo que acaba de decir Nejdanof?

—Sí; se engaña al suponer que obedezco á usted más que á él. A él le amo; pero á usted le escucho. Le quiero, pero usted está más en armonía con mis ideas...

Solomine le acarició suavemente una mano.

—Se trata de una cosa muy desagradable,—dijo al fin.—Si en ella se ha mezclado Markelof, está perdido.

Mariana tembló.

—¿Perdido?

—Sí. Jamás hace las cosas á medias; de seguro que no se ocultará en las últimas filas.

—¡Perdido!—murmuró de nuevo Mariana, y algunas lágrimas cayeron de sus ojos.—¡Ah, Solomine, qué lástima me da!... Mas, ¿por qué no ha de triunfar? ¿Por qué ha de sucumbir por fuerza?

—Porque en esta clase de aventuras, aunque tengan éxito, los primeros sucumben siempre. En la que ahora acaba de acometer, no solamente perecen los de la primera y segunda fila, sino los de la décima y hasta los de la vigésima.

—De modo que no conseguiremos nunca...

—¿Lo que usted sueña? ¡Jamás! No llegaremos á verlo por lo menos con los ojos del cuerpo. ¡Oh, con los del espíritu es otra cosa... Podemos darnos el placer de verlo. En esto no hay engaño.

—Pero dígame usted entonces...

—¿Qué?

—¿Por qué sigue usted este camino?

—Porque no hay otro. Hablando más claro: Markelof y yo caminamos al mismo objeto, pero por caminos diversos.

—¡Pobre Markelof!—dijo tristemente Mariana.

Solomine volvió á acariciarle la mano con suavidad.

—Esperemos. Nada hay todavía de cierto. Esperemos las noticias que nos dará Paul. En nuestro oficio... es preciso no ser impresionables. Los ingleses dicen *Never say die.* Es un buen proverbio, mejor que el ruso. Cuando entra la desgracia, nunca viene sola. ¿A qué conduce el afligirse por adelantado?

Solomine se levantó.

—¿Y la colocación que me iba usted á buscar?—preguntó de repente Mariana.

Todavía brillaban las lágrimas en sus mejillas; pero la tristeza había huído de sus ojos.

Solomine volvió á sentarse.

—¿Tanta prisa tiene usted de marcharse de aquí?

—¡Oh, no! Pero quisiera ser útil.

—Usted es útil aquí, Mariana. No nos deje usted; espere. ¿Qué quería usted?—preguntó á Tatiana que entraba en aquel momento.

No hablaba de *tú* más que á Paul, y eso porque éste se hubiese tenido por desgraciado si Solomine le hubiese hablado de usted.

—Ahí hay una mujer que pregunta por Nejdanof,—respondió Tatiana, que se reía agitando los brazos.—He intentado convencerla de que no había nadie de ese nombre en la casa, y que no lo había habido jamás. Pero entonces ella...

—¿Qué?

—Al oirme ha escrito su nombre en este papel, y me ha dicho que lo enseñase, que se la dejaría entrar, y que, si en efecto Nejdanof no estaba, le esperaría.

El papel decía en gruesos caracteres: «Machurina.»

—Hágala usted entrar, dijo Solomine. ¿No os molesta que la haga pasar aquí, Mariana?—Es también de los nuestros.

—¡De ninguna manera! Por el contrario se lo suplico á usted.

A los pocos momentos vieron aparecer en el dintel á Machurina, exactamente vestida como la vimos en el primer capítulo.

XXXI

—¿No está en casa Nejdanof?—preguntó.—Después, al reconocer á Solomine se dirigió á él y le tendió la mano.—¡Buenos días Solomine! – Sobre Mariana echó una mirada de reojo.

—Pronto vendrá,—contestó Solomine.—Pero permítame usted que le pregunte quién le ha dicho...

—Markelof. Hay, sin embargo, dos ó tres personas en la ciudad que lo saben.

—¿Sí?

—Sí. Alguien ha debido de hablar. Parece que han reconocido á Markelof.

—He aquí—insinuó Solomine—la utilidad de los disfraces. Permítanme ustedes que les presente mutuamente,—añadió en alta voz.—La señorita Sinetsky, la señorita Machurina. Tome usted asiento.

Machurina movió imperceptiblemente la cabeza y se sentó.

—Tengo una carta para Nejdanof, y una pregunta que hacerle á usted, Solomine.

—¿Una pregunta? ¿De parte de quién?

—De parte de alguien á quien usted conoce... ¿Está aquí todo dispuesto?

—Nada hay dispuesto.

Machurina abrió sus ojillos cuanto pudo.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada.

—¿Es esa la respuesta que debo dar?

—Esa misma.

Machurina se quedó pensativa y sacó un cigarrillo del bolsillo.

—¿Quiere usted darme fuego?

—He aquí una cerilla.

Machurina encendió el cigarro.

—Otra cosa se esperaba. En los alrededores todo marcha de distinto modo. Después de todo, eso es cuenta de usted. No he venido más que por un momento, lo preciso para ver á Nejdanof y darle la carta.

—¿A dónde marcha usted?

—Muy lejos.

Pensaba dirigirse á Ginebra, pero no quería decirlo delante de Solomine, de quien no estaba muy segura, y menos de aquella extraña que se hallaba con él. Se enviaba á Machurina á Ginebra, aunque no sabía más que muy poco alemán, para llevar á una persona á quien no conocía la mitad de un pedazo de cartón, en el cual había dibujado un racimo de uvas, con 279 rublos en plata.

—¿Y Ostrodumof está con usted?

—No; pero no se encuentra lejos de aquí... Se ha detenido en el camino. Mas responderá cuando se le llame. A Pimeno se le encuentra siempre. Puede usted estar tranquilo.

—¿Y cómo ha venido usted hasta aquí?

—En carruaje. Deme usted otro fósforo.

Solomine le alargó una cerilla encendida.

—Señor Solomine — dijo una voz detrás de la puerta,— ¿hace usted el favor de venir?

—¿Qué es eso? ¿Qué hay?

—Venga usted—repitió la voz con tono persuasivo y con insistencia.—Han venido dos obreros extranjeros que quieren dar un recado, y como Paul no está en la fábrica.....

Solomine se levantó y salió.

Machurina se puso á mirar á Mariana tan tenazmente, que la joven llegó á sentirse inquieta.

—Dispénseme usted—dijo con su voz ruda y áspera.—Soy muy tonta, y acaso diga lo que no deba. No se incomode; y si no quiere usted responderme, no me responda. ¿Es usted la señorita que ha huído de casa de los Sipiaguin?

Mariana, algo sorprendida, contestó sin embargo:

—¡Yo soy!

—¿Con Nejdanof?

—Sí.

—Permítame usted; deme la mano. Dispénseme usted, se lo suplico. Usted debe ser buena cuando él la ama.

Mariana estrechó la mano de Machurina, diciendo:

—¿Le conoce usted íntimamente?

—Le conocía. Le veía en San Petersburgo. Por eso le hablo á usted de él. Markelof también me ha dicho.....

—¡Ah! ¿Le ha visto usted hace poco?

—Hace poco. En este momento no está en casa.

—¿Dónde está?

—A donde se le ha ordenado ir.

Mariana suspiró.

—¡Ah, señora Machurina, tengo miedo por él!

—En primer lugar, yo no soy señora. Es preciso prescindir de esas fórmulas. En segundo lugar, no debe usted decir *tengo miedo*. ¡No tenemos miedo por nosotras, y habríamos de

tenerlo por los demás!.... Eso no conviene. No hay que tener miedo por nada. Es inútil..... Pero no me hago cargo, que á mí no me es difícil hablar de ese modo..... Yo soy fea; pero usted..... usted es linda..... Para usted, pensar como yo es sumamente difícil.

Machurina bajó la cabeza y se volvió un poco.

—Markelof me decía..... Sabría que tengo una carta para Nejdanof: «No vayas á la fábrica ni lleves esa carta..... Turbarías una fiesta. Allá abajo ambos son felices. ¿Tanto mejor! ¡Déjalos! ¡No turbes su dicha!....» Quisiera no disgustar á ustedes..... Pero ¿qué hacer de esta carta?

—Es preciso dársela—dijo Mariana.—¡Qué buen corazón tiene Markelof! ¿Cree usted que se hará matar ó que será conducido á Siberia?

—¿Y qué importa? ¿Por ventura no se vuelve de Siberia? En cuanto á perder la vida..... Unos la tienen dulce, otros amarga. La de Markelof no es de azúcar refinada.

Machurina miró de nuevo á Mariana de una manera intensa y escrutadora.

—Verdaderamente, es usted—exclamó después de una pausa—una belleza, linda como un pajarillo. Pero Alejo no viene. Voy á darle á usted la carta. No puedo esperar más.

—Se la entregaré en cuanto venga; puede usted estar segura de ello.

Machurina apoyó la mejilla en la palma de la mano y se quedó algún tiempo sin decir palabra.

—Dígame usted, y perdone la pregunta: ¿Le ama usted mucho?

—Sí.

Machurina movió la cabeza.

—No necesito preguntar á usted si él la ama. ¡Ea, me voy; no puedo detenerme! Dígale usted que he venido, y que le saludo. Dígale usted: «Ha venido Machurina.» ¿Se acordará usted de mi nombre? ¿Sí? Machurina. Y la carta..... Espere usted. ¿Dónde la habré guardado?

Machurina se levantó, dió vueltas buscando en los bolsillos, y disimuladamente se llevó á los labios un papel plegado y se lo tragó.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué tonta! Si la hubiese perdido..... Sí; la he perdido... ¡Ah, qué desgracia! Si alguno la encuentra... No..... no la tengo. Ahí tiene usted: se ha cumplido lo que Markelof quería...

Machurina hizo con la mano un gesto negativo.

—¡Para qué buscarla!..... Se ha perdido.

Mariana se acercó á Machurina y le dijo:

—Abráceme usted.

Machurina la abrazó y la estrechó contra sus brazos con una fuerza casi viril.

—Por nadie hubiese hecho esto—dijo con voz sorda.—Es contra mi conciencia; es la primera vez. Dígale usted que sea prudente. Y usted también. Preste atención. Pronto esta comarca será mala, muy mala para todo el mundo. Partan ustedes cuanto antes. Adiós—añadió en voz alta y con tono brusco.—Y, oiga usted... Dígale... No; no le diga nada... nada.

Machurina salió dando un portazo, y Mariana quedó sola, pensativa, enmedio de la sala.

—¿Qué significa esto?—dijo.—¡Esta mujer le ama más que yo le amo! ¿Por qué me habrá hablado así? ¿Por qué Solomine, que se ha ido tan de repente, no vuelve?

Se puso á pasear de un lado á otro de la habitación. Sentía una extraña mezcla de despecho, de disgusto y de estupor. ¿Por qué no había salido con Nejdanof? Era Solomine quien le había hecho desistir; ¿pero dónde estaba Solomine? ¿Qué es lo que ocurría en torno suyo? Era, en efecto, por compasión hacia Nejdanof por lo que Machurina no había entregado aquella carta. Pero, ¿cómo se había atrevido á incurrir en semejante desobediencia? ¿Había querido mostrarse generosa? ¿Con qué derecho? ¿Por qué Mariana se preocupaba tanto de ello? ¿Y estaba verdaderamente preocupada?

Una mujer fea se había interesado por un joven..... ¿Qué

tenía esto de particular? ¿Por qué había supuesto Machurina que el afecto de Mariana por Nejdanof era más fuerte que el sentimiento del deber? Mariana no deseaba en modo alguno este sacrificio. ¿Qué contendría aquella carta? ¿Una llamada á la acción inmediata?..... ¿Y después?.....

¿Y Markelof? Está en peligro. ¿Qué debemos hacer nosotros? Markelof nos protege, procura que seamos felices, que no nos separemos. ¿Es esto grandeza de alma..... ó desprecio?

¿Habíamos de haber huido de aquella aborrecida casa, para estar juntos y arrullarnos como dos tórtolos?

Así pensaba Mariana, y cada vez con más fuerza aumentaba su agitación. Su amor propio también estaba herido. ¿Por qué se habían alejado todos de ella, *todos?* La mujerona que acababa de marcharse la había llamado pájaro y linda joven..... y gracias que no la llamó muñeca. ¿Por qué no habrá marchado Nejdanof sin compañía? ¿Necesitaba tutela? ¿Cuáles eran las verdaderas condiciones de Solomine? No tenía nada de revolucionario. ¿Podría imaginarse alguien que ella hacía todo aquello como por juego?

Todos estos pensamientos, tan pronto se mezclaban como se rechazaban entre sí, dando vueltas en la cabeza de Mariana. Con los labios apretados y los brazos cruzados como un hombre, se sentó cerca de la ventana y permaneció inmóvil, sin apoyarse siquiera en el respaldo de la silla. Todo su ser estaba en nerviosa tensión, con el oído alerta y dispuesto á saltar. No quiso ir á trabajar con Tatiana; sólo deseaba una cosa: esperar, y esperaba con una obstinación casi rabiosa.

A veces, el estado de su espíritu le parecía extraño é incomprensible. Pero, ¡bah!, tanto peor. Hasta llegó á pensar: «Todo esto que me preocupa, ¿será motivado por los celos?» Pero al acordarse de la cara de la pobre Machurina, se encogió de hombros haciendo un ademán como para apartar alguna cosa, no con este objeto, sino respondiendo inconscientemente á otro movimiento análogo del pensamiento.

Mariana esperó todavía durante largo tiempo. Por fin, oyó

ruido de pasos que sonaban en la escalera. Miró hacia la puerta: los pasos ya no se oían. La puerta se abrió, y Nejdanof, sostenido por Paul, apareció en el umbral.

El rostro del joven estaba teñido de palidez mortal; tenía la cabeza descubierta, y sus cabellos húmedos caían en mechones sobre la frente. Su mirada extraviada miraba sin ver los objetos. Paul le hizo atravesar el cuarto (Nejdanof arrastraba las piernas casi inertes y sin fuerzas), y le sentó en el diván.

Mariana se levantó precipitadamente de su asiento.

—¿Qué es eso? ¿Qué le pasa? ¿Está malo?

Pero Paul, después de haber sentado á Nejdanof, respondió á la joven con una sonrisa, y mirándola por encima del hombro, le dijo:

—No se inquiete usted; esto no es nada..... ¡La falta de costumbre!.....

—Pero ¿qué es lo que tiene?—insistió Mariana.

—Está un poco trastornado..... Ha bebido demasiado en ayunas..... Y eso es todo.

Mariana se inclinó sobre Nejdanof, que estaba recostado en el diván, teniendo la cabeza reclinada sobre el pecho; sus miradas vagaban sin dirección fija; su aliento olía á aguardiente: estaba ébrio.

—¡Alejo!—gritó involuntariamente.

Nejdanof abrió con trabajo los pesados párpados, y trató de sonreir.

—¡Ah, Mariana!.....—balbuceó.—Repetías *sim.....pli..... ficado*, *simplificado*. Ya me ves: ya estoy simplificado..... como está nuestro pueblo..... ¿Comprendes?

Se interrumpió, y pronunció luego algunas palabras ininteligibles; cerró los ojos, y se quedó dormido. Paul le colocó con cuidado en el diván.

—No se inquiete usted, señorita Mariana—repetía;—dormirá un par de horas, y se levantará como si tal cosa.

Mariana tenía deseos de saber lo que había sucedido; pero sus preguntas hubieran detenido á Paul, y prefería estar

sola..... mejor dicho, no quería que Paul viese á Nejdanof en aquel estado delante de ella. Así, pues, se dirigió á la ventana. Paul, que lo comprendió, envolvió con precaución los pies de Nejdanof con las faldas del kaftán del joven; le puso una almohada bajo la cabeza, y repitiendo de nuevo «esto no es nada», salió de la habitación andando de puntillas.

Mariana se volvió. Nejdanof tenía la cabeza pesadamente hundida en la almohada. Su semblante, pálido como el de un enfermo grave, mostraba una gran tensión inmóvil.

—¿Qué habrá pasado?—se preguntó la joven.

XXXII

He aquí lo que había sucedido:

Al sentarse en el carruaje, Nejdanof parecía acometido de una fuerte excitación; apenas habían salido del corral y empezado á caminar por la carretera en dirección al distrito de T....., cuando comenzó á llamar y á detener á los campesinos que encontraba, dirigiéndoles discursos tan breves como incoherentes.

—¿Qué es eso?—gritaba.—¿Dormís?..... ¡Levantaos! Ha llegado la hora. ¡Abajo los impuestos! ¡Abajo los propietarios!

Algunos aldeanos le miraban con asombro; otros pasaban de largo, sin hacer caso de sus gritos: le creían borracho.

Uno de ellos, al entrar en su casa, refirió que había encontrado en el camino á un francés, que le había hablado de no sabía qué cosas, en su jerga.

Nejdanof tenía el suficiente entendimiento para comprender hasta qué punto era absurda su conducta, y hasta estúpida; pero de tal modo estaba sobreexcitado, que no acertaba á distinguir lo racional de lo absurdo.

Paul se esforzaba por calmarle, diciéndole: «Vamos, vamos, esto es imposible.» Le recordaba que pronto llegarían á

una gran ciudad, la primera antes de la frontera del distrito de T....., y que allí podrían informarse.....

Pero Nejdanof no le escuchaba..... Durante todo este tiempo, su rostro manifestaba profunda tristeza, casi desesperación.

El caballo que tiraba del carruaje era pequeño, gordo y fuerte, con las crines cortadas. Trotaba mucho y tiraba con fuerza del vehículo, como si se hubiese dado cuenta de que tenían mucha prisa las personas que llevaba.

Antes de llegar á la ciudad, Nejdanof reparó, no lejos del camino, y delante de la puerta de una granja vacía, en un grupo de ocho campesinos; saltó al punto del carruaje y se dirigió á ellos, y por espacio de cinco minutos les pronunció un discurso, entrecortado por gritos súbitos y gestos desordenados.

Las palabras «¡libertad!», «¡marchemos!», y otras parecidas, vociferadas en voz alta, ronca, salían de sus labios mezcladas con otras menos inteligibles.

Los aldeanos, que estaban reunidos delante del granero para buscar el medio de meter allí un poco de trigo, aunque no fuese más que para muestra (era un granero comunal, y por consiguiente, vacío), miraban á Nejdanof, y parecía que escuchaban atentamente su discurso; pero es de suponer que no comprendían gran cosa, porque cuando se separó de ellos, gritando por última vez: «¡Libertad!», uno de ellos, el más perspicaz de todos, movió la cabeza con aire grave, y dijo:

—¡Qué severo es!

Otro añadió:

—Debe ser un jefe.

A lo cual, el paisano perspicaz, replicó:

—¡Pardiez, si no lo fuese, no daría tantos gritos! ¡Caramba con él! Le van á hacer llorar.

Nejdanof, después de subir de nuevo al carruaje y de sentarse al lado de Paul, dijo para sus adentros: «¡Dios mío, qué galimatías! Pero la verdad es que nadie de nosotros sabe lo

que es preciso hacer para sublevar al pueblo. ¿Servirá esto? No es ocasión la presente de reflexionar. ¡Tanto peor! ¡Si no es acertado mi procedimiento, tanto peor!..... Adelante.»

Tomaron de nuevo el camino de la ciudad; al poco tiempo de marcha, delante de la puerta de una taberna, había un grupo bastante numeroso de gentes del campo. Paul trató de detener á Nejdanof, pero el joven se había ya deslizado del carruaje, y, pronunciando el nombre de hermanos, se había precipitado enmedio de la reunión.

Se le hizo plaza, y Nejdanof comenzó una nueva predicación sin mirar á nadie y con voz á la vez furiosa y sollozante.

El resultado que obtuvo fue muy distinto del alcanzado delante del granero.

Un enorme mozallón, de rostro imberbe, pero feroz, vestido con una zamarra corta y grasienta, calzado con enormes botas, y con una gorra de piel de cabra, se acercó á Nejdanof, y, dándole un fuerte golpe en el hombro, le dijo con voz de trueno:

—Tienes razón. Eres buena persona. Pero sin duda no sabes que cuchara seca araña la boca. Ven con nosotros y podremos oirte mejor.

Arrastró á Nejdanof hacia la taberna. Todo el grupo le siguió.

—Mikheïtch,—gritó el mozallón:—¡aguardiente del de diez copeks, mi vaso favorito! Yo convido á un amigo. De dónde sale, de qué raza es, el diablo lo sabe; pero atiza que es un gusto á los señores. Bebe,—dijo á Nejdanof ofreciéndole un vaso enorme, lleno hasta el borde, húmedo por fuera, como si estuviese sudoroso. – ¡Bebe, puesto que eres nuestro amigo!

—Bebe,—gritó la banda.

Nejdanof cogió el vaso (estaba sofocado) y gritó:—¡A vuestra salud, hijos míos!—Y lo vació de un trago.

¡Ouf! Lo bebió con resolución desesperada como la que hubiera tenido que emplear para arrojarse sobre una batería ó sobre una fila de bayonetas...., pero Dios, ¿qué es lo que le

pasaba? Sintió como si le golpearan las espaldas y las piernas; se le abrasaba la garganta, el pecho, el estómago, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Una convulsión de disgusto, que apenas pudo dominar, recorrió todo su cuerpo. Gritó con todas sus fuerzas para calmar de cualquier modo que fuese aquella horrible sensación. Todo en la sombría taberna parecía caliente, angustioso, sofocante. ¡Y que hubiera en el mundo semejantes antros!

Siguió hablando, hablando largamente, gritando con arrebato, con furor, estrechando las anchas manos de aquellos hombres, duras como madera, y abrazándolos, juntando su cara con aquellas barbas grasientas. El coloso de la zamarra le abrazó también hasta casi estrujarlo. Este último parecía un energúmeno. «Arrancaré la lengua,—gritaba,—le cortaré el cuello al que haga algún mal á nuestros hermanos. Le aplastaré el cráneo..... Ya le oiréis gritar. Sé mi oficio. He sido carnicero.» Al hablar así enseñaba su enorme puño cubierto de manchas rojizas..... De repente, una voz, ¡santo Dios!, gritó de nuevo: «¡Bebe!», y Nedjdanof volvió á echarse al cuerpo otro trago de veneno.

Esta vez el efecto de la bebida fué terrible. Le parecía que le desgarraban las entrañas horribles garfios de hierro, que un azadón enorme le golpeaba los sesos, y que delante de sus ojos se extendían círculos verdes.

En torno de él estalló un zumbido que se convirtió en estrépito horrible. ¡Horror! ¡Otro vaso! ¿Era posible beber aquello? En torno de él se agruparon rostros enrojecidos, cabelleras polvorientas, hálitos jadeantes, espantosas carcajadas. Manos velludas le sujetaron por todas partes.

—¡Ea! ¡Sigue tu discurso!—gritaban voces frenéticas.—¡Habla! ¡Habla! Anteayer, un extranjero como tú, nos ha pronunciado otro discurso.

La tierra oscilaba bajo los pies de Nejdanof. Su propia voz le hacía el efecto de un grito que venía de fuera..... ¿Sería aquello la muerte?

De repente un aire frío le acarició el rostro; no más empujones, ni rostros enrojecidos, ni olor de aguardiente, de piel de cabra y de cuero!..... Estaba sentado en el carruaje, al lado de Paul. Su primer impulso fue el de querer bajarse gritando:

—¿A dónde vas? ¡Detente!..... Aún no he tenido tiempo de explicarles.....

Después, encarándose con su acompañante, le dijo:

—Y tú, demonio de hombre, compadre astuto, ¿cuáles son tus opiniones?

Paul le respondió:

—Todo ello estaría bien si no hubiese señores, y si toda la tierra nos perteneciese; pero actualmente no hay orden que autorice estas cosas.

Y hablando así, le colocó suavemente en el vehículo, é inmediatamente sacudió las riendas sobre el cuello del caballo, y ambos se lanzaron camino de la fábrica.

Nejdanof iba medio dormido, balanceándose á derecha é izquierda; el viento, al pasar sobre su rostro, hacía huir sus malos pensamientos.

Sólo una cosa le traía inquieto: que no se le hubiese dejado explanar sus ideas..... pero de nuevo el aire acariciaba su semblante inflamado.

Cuando se presentó ante Mariana, sintió un movimiento de vergüenza.....; después, sueño de muerte.

Paul se lo contó todo á Solomine. Confesóle que no había tratado de impedir que bebiese Nejdanof, porque era aquel el solo medio de sacarle de la taberna. De otro modo, los campesinos no le hubiesen dejado marchar.

—Cuando Nejdanof se sintió vencido por la bebida, les dije á los aldeanos: «¡Vamos, amigos míos, dejadle marchar!..... ¡Es tan joven!» Y lo han soltado, pero diciéndome: «Danos medio rublo por el rescate.» Y se lo he dado.

—¡Bien hecho!—dijo Solomine.

Nejdanof dormía, y Mariana, sentada delante de la ventana, miraba la tapia del jardín. ¡Cosa extraña! Las ideas y los

sentimientos malos, casi coléricos que la habían agitado antes de la llegada de Nejdanof, habían huído de un golpe. El aspecto de Nejdanof no era tampoco para ella objeto de repulsión ni de disgusto. Sólo le inspiraba piedad.

Sabía perfectamente que no era ni disipado ni borracho, y sólo pensaba en lo que había de decirle cuando despertase para hacerle olvidar su vergüenza y su disgusto.

—Sí,—se decía:—es preciso que yo procure que él mismo me cuente cómo le ha sucedido esta aventura.

No sentía ni la menor agitación; pero estaba triste, profundamente triste. Le parecía que respiraba bocanadas de la atmósfera verdadera que envolvía á aquel mundo en el que pretendía lanzarse, y aquella gritería, aquellas tinieblas la espantaban. ¿A qué Noloch iba á ofrecerse en sacrificio? Pero no; no era posible; todo aquello era momentáneo, y pronto volvería á entrar en orden.

Mariana se levantó, se acercó al diván en donde estaba echado Nejdanof, enjugó con el pañuelo su frente pálida, dolorosamente contraída aun durante el sueño, y echó hacia atrás los cabellos del joven, contemplándole con mirada triste, como la madre que vela á su hijo enfermo. Pero su vista le hacía daño; así es que, levantándose silenciosamente, volvió á entrar en su alcoba, dejando la puerta abierta.

No trató de ocuparse en ningún trabajo: se sentó, entregándose de nuevo á sus sueños. Sentía cómo el tiempo se deslizaba gota á gota, minuto á minuto. Aquel sentimiento le agradaba, y le latía el corazón como si esperase alguna cosa.

¿Dónde se ocultaba Solomine?

La puerta rechinó suavemente, y entró Tatiana.

—¿Qué quiere usted?—le dija Mariana, disimulando mal su contrariedad.

—Mariana—respondió la mujer de Paul á media voz—escuche usted. No esté usted disgustada: á cualquiera puede sucederle otro tanto; y después de todo, feliz el que.....

—No estoy disgustada, Tatiana—interrumpió la joven.—

Nejdanof está algo enfermo; en rigor, no es esta una gran desgracia.

—Está bien. Tanto mejor. Yo me decía: Mi Mariana no viene..... ¿Qué le pasará? Mas á pesar de todo, no hubiese venido, porque en estos casos la primera regla es: «No te entrometas ni te mezcles.» Pero ocurre que hay ahí un individuo que acaba de presentarse en la fábrica, y que no sé quién puede ser. Es cojo, pequeñuelo, y á todo trance quiere ver á Nejdanof. ¿Qué quiere decir todo esto? ¡Por la mañana aquella joven, ahora este cojo! Cuando le he dicho que Nejdanof no estaba, ha preguntado por Solomine. «No me voy sin verle, porque se trata de una cosa muy seria.» Hemos tratado de despedirle, como á la mujer de por la mañana, diciéndole que Solomine tampoco está aquí, que ha salido; pero el cojo ha contestado: «No me iré; aquí le esperaré, si es menester, hasta la noche.» Y se empezó á pasear por el corral. Venga usted al corredor, y podrá ver por la ventana si conoce al tal personaje.

Mariana siguió á Tatiana, y al pasar cerca de Nejdanof, notó la contracción dolorosa de su frente, enjugándola de nuevo con su pañuelo.

Al través de los vidrios polvorientos de la ventana del corredor, vió al vigilante de que le había hablado Tatiana. No lo conocía.

En aquel instante, Solomine dobló la esquina de la casa. El cojuelo se aproximó vivamente á él, y le tendió la mano, Solomine la estrechó. Evidentemente se conocían. Ambos desaparecieron.

A poco sonaron pasos en la escalera: era que subían.

Mariana volvió lentamente á su cuarto y se detuvo respirando con fuerza. Tenía miedo. ¿De qué? No lo sabía.

La cabeza de Solomine apareció en el umbral.

—Mariana, ¿nos da usted su permiso? Vengo con un amigo á quien es preciso que vea usted.

Mariana mostró su asentimiento con una inclinación de cabeza, y Solomine entró seguido de Paklin.

XXXIII

—Soy amigo de su esposo de usted—dijo Paklin inclinándose exageradamente ante Mariana, como intentando ocultar la inquietud de su semblante.—Soy también amigo de Solomine. Nejdanof duerme; según parece está malo. Traigo malas nuevas, que en parte he puesto en conocimiento de Solomine, y en virtud de las cuales es preciso tomar ciertas medidas decisivas.

La voz de Paklin era entrecortada, como de un hombre á quien atormenta la sed y tiene seca la boca.

Las noticias que traía eran, en efecto, muy malas. Markelof, sujeto por los campesinos, había sido conducido á la ciudad; el socio de Goluchkin denunció á su principal, quien fue también detenido. Goluchkin, por su parte, denunciaba á todo el mundo, refería cuanto sabía, proponía convertirse á la religión griega, y ofrecía regalar á un gimnasio el retrato del metropolitano Philoreto. Había enviado ya 5.000 rublos para que se distribuyesen entre los guerreros inválidos. No era posible dudar de que había denunciado á Nejdanof. De un momento á otro era posible que la policía viniera á la fábrica.

También Solomine estaba en peligro.

—En cuanto á mí—añadió Paklin,—sólo una cosa me asombra, y es que se me deje andar libre. Ciertamente que nunca me he ocupado en política, y que nunca he entrado en conciliábulos. En una palabra: me he aprovechado del olvido ó de la negligencia de la policía para poner á ustedes al corriente, y para que hagan lo posible... lo posible para evitarse disgustos.

Mariana oyó hasta el fin cuanto dijo Paklin. No sólo no se asombró, sino que hasta se mostró más calmada. Tenía razón Paklin: era menester tomar precauciones. Su primer movimiento fue interrogar á Solomine con la mirada.

No mostraba turbación el fabricante; pero los músculos de los labios le temblaban imperceptiblemente..... Tampoco se sonreía como de costumbre.

Comprendió Solomine la significación de la mirada de Mariana: esperaba sin duda que él hablase para proceder como conviniera.

—El asunto, en efecto, es bastante delicado—dijo.—No estaría demás que Nejdanof desapareciese por algún tiempo. Y á propósito, Mr. Paklin: ¿cómo ha sabido usted que se hallaba aquí?

Paklin movió la mano.

—Alguien le ha visto, sin duda, cuando predicaba por estos alrededores. Ese individuo le siguió sin mala intención, porque es de nuestras ideas. Pero permítame usted que le diga —continuó, dirigiéndose á Mariana:—¡realmente, nuestro amigo Nejdanof ha sido poco prudente!

—De nada servirían ahora las censuras—contestó Solomine.—En este momento sería inútil tratar nada con él; pero de aquí á mañana estará mejor, y la policía no se apresurará tanto como usted supone. También usted, Mariana, convendría que parta con él.

—No hay necesidad de decirlo—respondió Mariana con voz sorda, pero firme.

—Sí—repitió Solomine;—es menester reflexionar y elegir el medio mejor.

—Permítanme ustedes que exponga una idea—dijo Paklin,—una idea que se me ha ocurrido en lo que venía en el carruaje. Me apresuro á decir á ustedes que he despedido al cochero una versta antes de llegar á la fábrica.

—Veamos qué idea es esa—dijo Solomine.

—Hela aquí: ustedes me proporcionan caballos, y yo escapo á casa de Sipiaguin.

—A casa de Sipiaguin—repitió Mariana.—¿Y para qué?

—Van ustedes á ver.

—Pero ¿usted lo conoce?

—No; pero escúchenme y fíjense bien en mi plan. Me parece una verdadera inspiración. Markelof es cuñado de Sipiaguin, hermano de su mujer. ¿No es así? Pues bien: figúrense ustedes que ese señor no hace nada por salvarle. Y en cuanto á Nejdanof, admitamos que Sipiaguin esté encolerizado contra él..... Mas, en rigor, esto no impide que sea su pariente, puesto que se ha casado con usted. El daño que amenaza á nuestro amigo.....

—Yo no estoy casada—dijo Mariana.

Paklin se mostró sorprendido.

—¿Cómo? ¿Después de tanto tiempo..... todavía?..... ¡Bah!—añadió.—Se puede mentir algo. En todo caso, ustedes se casarán. Pero, en rigor, aquí no es posible encontrar mejor partido que el que yo propongo. Observe usted que hasta ahora Sipiaguin no los ha buscado á ustedes. Esto prueba que existe en él cierta generosidad. Quiero que esta frase no os moleste..... ostentación de generosidad. ¿Por qué, en ese caso, no aprovechar esta ocasión que se presenta? Diga usted.

Mariana levantó la cabeza y se pasó la mano por los cabellos.

—Puede usted aprovechar cuanto guste respecto á Markelof, ó para usted mismo, Sr. Paklin; pero ni Alejo ni yo admitimos la intervención, y menos la protección de Sipiaguin. Hemos huído de su casa para no volver jamás á acudir suplicantes á su puerta. No tenemos necesidad, ni de la generosidad ni de la ostentación de ella por parte de Sipiaguin ni de su mujer.

—¡Bueno! Esos sentimientos son dignos de alabanza,—respondió Paklin, mientras que pensaba:—«Me han echado un jarro de agua fría. Sin embargo, si se considera... De todos modos, estoy dispuesto á obedecer. Voy á ocuparme tan sólo de Markelof, de nuestro bravo Markelof. Esto no obstante, me ha de permitir usted que le diga que Markelof es pariente por parte de Sipiaguin, mientras que usted...

—Señor Paklin, suplico á usted...

—Perfectamente, perfectamente... Pero, sin embargo, no puedo menos de extrañar... Porque Sipiaguin es hombre de mucha influencia.

—Y usted, por sí mismo, ¿no teme nada?—le preguntó Solomine.

Paklin dijo con cierto orgullo:

—En momentos como estos, no debe uno pensar en sí mismo.

En el fondo, esta idea era la que más le preocupaba.

Sobre ser débil como era, hacía alarde de valor, como la liebre de la fábula.

A cambio del servicio prestado, Sipiaguin podría, si llegaba el caso, decir una palabra en su favor. Porque, en suma, Paklin se sentía comprometido: había oído y hasta hablado...

—Su idea—dijo al cabo Solomine—no me parece mala, aunque, á decir verdad, no confío en el éxito. En todo caso, nada se pierde.

—Ciertamente: pongámonos en lo peor: supongamos que se me pone de patitas en la calle. ¿Qué se ha perdido?

—Cierto que en eso no hay ningún mal.

—Gracias,—pensó Paklin.

Solomine continuó:

—¿Qué hora es? Han pasado cuatro horas. No hay tiempo que perder. Voy á proporcionar á usted caballos al momento. ¡Paul!

En lugar de Paul, fue Nejdanof quien apareció en el umbral. Las piernas se le doblaban, sosteníase con una mano en el quicio de la puerta, y, débilmente entreabiertos los labios, fijaba delante de él sus turbios ojos. No comprendía nada.

Paklin fue el primero que se dirigió á él.

—Alejo,—gritó:—¿no me conoces?

—Nejdanof le miró entornando los ojos.

—Paklin,—dijo al cabo.

—Sí, sí; soy yo. ¿Estás malo?

—Sí, estoy malo. Mas ¿cómo es que estás aquí?

—Porque...

En este momento Mariana tocó con el dedo á Paklin. Se volvió y notó que le hacía señas.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Es verdad!

—Te diré, Alejo; he venido aquí para un asunto importante, y me marcho para continuar mi camino. Ya te explicarán Solomine y Mariana... la señorita Mariana también. Ambos están conformes con mi resolución. Se trata de todos nosotros: es decir, no, no.

Hizo un movimiento y miró á Mariana.

—Se trata de Markelof, de nuestro amigo Markelof, de él solo... Pero, adiós: los minutos son preciosos; adiós, amigo mío. Ya nos veremos. Señor Solomine, tenga usted la bondad de acompañarme para arreglar eso de los caballos.

—Está bien... Mariana, desearía aconsejar á usted que sea firme; pero la recomendación es inútil. Usted es de las que no se doblan. ¡Oh! ¡Sí, sí!—apoyó Paklin.—Usted es una romana de los tiempos de Catón, de Catón de Utica. Pero, vamos, señor Solomine, vamos.

—Tiene usted tiempo,—dijo Solomine sonriendo.

Nejdanof se apartó para dejar paso á los dos; pero bien claro expresaba su mirada que nada comprendía. Luego se dejó caer suavemente en una silla enfrente de Mariana.

—Alejo,—le dijo la joven,—todo está descubierto; Markelof ha sido vendido por los aldeanos cuando trataba de sublevarlos. Se le ha conducido á la cárcel de S... al mismo tiempo que al comerciante en cuya casa comiste el otro día; probablemente la policía vendrá aquí para apoderarse de nosotros. Paklin va ahora á casa de Sipiaguin.

—¿Para qué?—murmuró Nejdanof en voz apenas inteligible.

Sus ojos denotaban entonces mayor claridad, y su semblante volvía á tomar su expresión habitual. Parecía que la embriaguez le había abandonado de repente.

—Para tratar de obtener su protección.

Nejdanof se enderezó.

—¿Para nosotros?

—No; para Markelof. Quería también hablar en nuestro nombre; pero yo se lo he prohibido. ¿He hecho bien, Alejo?

—Bien hecho,—dijo Nejdanof tendiendo las manos sin levantarse de la silla;—bien hecho,—repitió; y atrayéndola hacia él y apretando su rostro en la cintura de la joven, rompió á llorar.

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?—preguntó Mariana.

Como la otra vez, cuando el joven cayó á sus pies presa de un arrebato de pasión, lo mismo que entonces, Mariana apoyó ambas manos sobre la cabeza temblorosa de Nejdanof. Mas lo que sentía en aquel momento era muy distinto de lo que había sentido la vez primera. Entonces se entregaba, se le sometía, imperaba su dccisión; ahora sentía por él piedad, deseo únicamente de calmarle.

—¿Qué tienes?—repetía.—¿Por qué lloras? ¿Es acaso por el estado algo anormal en que has vuelto á casa? No, por eso no puede ser. ¿Es por lo que le ha acontecido á Markelof? ¿O acaso temes por mí, por tí? ¿Consideras perdidas nuestras esperanzas?..... ¿Acaso creías que nuestro asunto había de marchar como sobre ruedas?

Nejdanof levantó bruscamente la cabeza.

—No, Mariana, no,—dijo conteniendo sus sollozos:—no tengo temor ni por tí, ni por mí... pero siento, á la verdad...

—¿Qué?

—Que tú, Mariana, tú, has enlazado tu destino al de un hombre que no te merece.

—¿Por qué?

—Porque..... por ejemplo..... ese hombre, en un momento como este..... puede llorar.

—No eres tú el que lloras; son tus nervios.

—Mis nervios ó yo, es igual. Oyeme, Mariana, mírame á los ojos: ¿es cierto que en este momento no te arrepientes?

—¿De qué?

—De haber huído conmigo.

—No.

—¿Y me seguirás siempre á donde quiera que vaya?

—Sí.

—¿De verdad, Mariana?.....

—Sí; te he dado mi mano, y en tanto que seas aquel á quien yo he amado, no la retiraré.

Nejdanof seguía sentado. Mariana continuaba en pie delante de él. El joven rodeaba con sus manos la cintura de su amiga, que apoyaba las suyas en los hombros de Nejdanof.

—Sí..... no.....—pensó Nejdanof:—y, sin embargo, la otra vez, cuando la tenía en mis brazos como en este momento, su cuerpo al menos permanecía inmóvil, mientras que ahora siento que suavemente, quizá á su pesar, huye, se aleja de mí.

Abrió los brazos, y Mariana, en efecto, hizo hacia atrás un movimiento casi inapreciable.

—Escucha,—dijo en alta voz;—si fuese preciso huir, antes que la policía nos descubra..... creo que debemos empezar por casarnos. No sería fácil que encontrásemos un clérigo tan complaciente como ese Zossimo.

—Estoy pronta,—dijo Mariana.

Nejdanof la miró atentamente.

—¡Mariana!—dijo con sonrisa amarga.—El sentimiento del deber.....

Mariana se encogió de hombros.

—Convendrá consultar con Solomine.

—¡Ah, sí, con Solomine!.....—dijo lentamente Nejdanof.—Pero, según es de suponer, también él está amenazado por la policía. Me parece que juega un papel más importante que yo, y que está más enterado.

—Lo ignoro,—respondió Mariana.—Jamás habla de sí mismo.

—No es como yo,—pensó Nejdanof.—Eso es lo que quiere decir.—¡Solomine!..... ¡Solomine!.....—añadió después de una larga pausa.—¿Ves..... Mariana? No te tendría lástima si el

hombre á quien hubieses unido tu suerte fuese un Solomine, ó si fuese el propio Solomine.

Mariana, á su vez, miró atentamente á Nejdanof.

—No tienes derecho para decir eso.

—¡Que no tengo derecho! ¿Qué quieres decir? ¿Que me amas, ó que, en general, no conviene que toquemos esta cuestión?

—No tienes derecho,—repitió Mariana.

Nejdanof bajó la cabeza.

—¡Mariana!—dijo con voz un poco alterada.

—¿Qué?

—Si en este momento te exigiese..... Tú lo sabes..... No, no, nada te pido..... Adiós.

Se levantó y salió. Mariana no le detuvo. Nejdanof se sentó en el diván y ocultó su cara entre las manos. Se espantaba de sus propias palabras, y hacía esfuerzos para no pensar. Experimentaba una sensación particular, como si una mano subterránea y obscura agarrase las raíces mismas de su ser para no soltarlas nunca. Comprendía que aquel ser querido que estaba allí, tan cerca, en la alcoba, no vendría á buscarle, y que él tampoco iría á su encuentro. ¿Para qué?..... ¿Qué había de decirle?

Unas pisadas, firmes y rápidas, le hicieron abrir los ojos. Solomine atravesaba el cuarto; llamó á la puerta de la habitación de Mariana, y entró.

—*¡Honor y plaza!*—murmuró amargamente Nejdanof.

Involuntariamente había surgido en su memoria el recuerdo de la fórmula con que un funcionario es relevado por otro.

XXXIV

Las seis de la tarde serían cuando en el salón de Arjanoie jugaban á las cartas Sipiaguin, su mujer y Kallomeitsef. Entró un lacayo y anunció que un desconocido, un cierto Paklin,

deseaba ver á Mr. Sipiaguin para un negocio muy urgente y de altísima importancia.

—¡Tan tarde!—dijo Mad. Sipiaguin con asombro.

—¿Cómo?—exclamó Sipiaguin, frunciendo su nariz clásica. —¿Cómo dices que se llama ese señor?

—Ha dicho que se llama Paklin.

—¡Paklin!—exclamó Kallomeitsef.—¡Paklin! ¡Solomine! Verdaderos nombres rurales—dijo en francés (1).

—¿Y dices—repitió Sipiaguin, volviendo hacia el lacayo su nariz siempre fruncida—que se trata de un negocio importante y urgente?

—Eso dice.

—¡Hum! Algún mendigo ó algún intrigante. (O las dos cosas á la vez, apuntó Kallomeitsef, probablemente.) Hazle pasar á mi despacho.

Se levantó.

—Dispénsame, Valentina. En tanto que vuelvo, jugad una partida de *ecarté*. O espérenme ustedes, porque regresaré en seguida.

—Hablaremos en tanto—respondió Kallomeitsef.

Sipiaguin, al entrar en el gabinete, reparó en la menguada figura de Paklin, humildemente arrimada á la pared entre la puerta y la ventana. El funcionario experimentó cierto sentimiento, verdaderamente ministerial, de alta piedad y de condescendencia algo desdeñosa, que es propia de los altos dignatarios de San Petersburgo.

—Dios mío, ¡qué aire de pájaro desplumado tiene!—pensó. —Y además cojea.

—Siéntese usted—dijo en voz alta, empleando el tono de voz de barítono más afable que le fue posible, moviendo al mismo tiempo la cabeza, un poco echada hacia atrás, y sentándose delante de Paklin.—Debe usted estar fatigado del via-

(1) Paklin, significa estopa, en ruso; Solomine, paja.

je. ¿Qué negocio tan grave es el que le trae á usted á esta hora?

—Excelentísimo señor—empezó Paklín, sentándose tímidamente en una butaca,—me he permitido presentarme en esta casa...

—Espere usted, espere usted. No es esta la primera vez que yo le he visto á usted. Jamás olvido las caras que he visto, aunque no haya sido más que una sola vez; tengo una excelente memoria... Pero, ¿en dónde le he visto?...

—No se equivoca usted, excelentísimo señor. Tuve el honor de ver á V. E. en San Petersburgo, en casa de un hombre que, después de aquella fecha... desgraciadamente, ha provocado la indignación de V. E.

Sipiaguin se levantó bruscamente de su butaca.

—En casa de Mr. Nejdanof... Me acuerdo, sí; pero no será de parte de él de quien viene usted.

—De ninguna manera... por el contrario... yo...

Sipiaguin volvió á sentarse.

—Hace usted bien, porque en ese caso le hubiera suplicado á usted que se retirase inmediatamente. Entre Mr. Nejdanof y yo no puede haber mediadores. Mr. Nejdanof me ha inferido una de esas ofensas que jamás se olvidan. No soy capaz de vengarme, pero no quiero saber nada ni de él ni de esa joven, más depravada de espíritu que de corazón (Sipiaguin repetía esta frase por la trigésima vez desde la fuga de Mariana), que no ha vacilado en abandonar la casa en que se le había dado asilo, para convertirse en la querida de un vagabundo sin familia. Bastante es que los haya olvidado.

Acompañó sus palabras de un movimiento con la mano de alto á abajo, como para alejar alguna cosa que molesta.

—Los he olvidado, sí—repetía.

—Ya he tenido el honor de asegurar á V. E. que no vengo de su parte, aunque sí podría poner en conocimiento de V. E. que están ya unidos por los lazos del matrimonio.

—¡Bah!—pensó.—He dicho que contaría tonterías, y cumplo mi palabra. Llegue quien pueda.

Sipiaguin movió la cabeza, apoyada en el respaldo de la butaca, de derecha á izquierda.

—Nada de eso me interesa, mi estimado señor. Un necio matrimonio más sobre la tierra. Pero á todo esto, ¿cuál es el asunto urgente á que debo el honor de la visita de usted?

—¡Espera, maldito director de departamento!—pensó Paklin.—¡Quiero hacerme á tus mañas, especie de ratón inglés! —El hermano de la esposa de V. E.—dijo en alta voz—ha sido preso por los aldeanos, á quienes trataba de sublevar. A estas horas está encerrado en el palacio del gobernador.

Sipiaguin saltó de nuevo.

—¿Qué? ¿Qué dice usted?—balbuceó, no con su voz de barítono ministerial, sino con una especie de falsete.

—Digo que el cuñado de V. E. ha sido detenido, y está en la cárcel. En cuanto tuve conocimiento de ello, busqué caballos para traer la noticia. Al obrar así, he creído que era de alguna utilidad, proporcionando á V. E. que pueda salvar á un desgraciado.

—Se lo agradezco á usted mucho,—añadió Sipiaguin en el mismo tono de antes, y, dando fuertemente con la palma de la mano sobre el botón de un timbre, llenó la casa entera de vibraciones metálicas.—Se lo agradezco á usted mucho,—repitió con voz más firme;—pero, sépalo usted: un hombre que no teme atropellar todas las leyes divinas y humanas, aunque fuese cien veces pariente mío, no es un desgraciado, sino un criminal.

Un criado entró corriendo en el despacho.

—¿Qué desea el señor?

—Un coche en seguida, de cuatro caballos. Voy á la ciudad. Philipo y Stephano me acompañarán.

El lacayo desapareció.

—Sí, señor,—continuó Sipiaguin;—mi cuñado es un criminal. Si voy á la ciudad, no es para salvarle. ¡Oh, no!

—Pero excelentísimo señor.....

—Tales son mis principios, amigo mío: le suplico que no

insista usted sobre este punto, ni me fatigue con sus objeciones.

Sipiaguin se puso á pasear de uno á otro lado del despacho. Paklin le miraba con ojos extremadamente abiertos.

—¡Caramba!—pensaba.—Se habla de ti como de un liberal, y ahora resulta que eres *león devorador*.

La puerta se abrió de par en par, y entraron en el despacho, primero, Valentina con pasos apresurados, y detrás de ella Kallomeitsef.

—¿Qué pasa? ¿Has mandado enganchar? ¿Vas á la ciudad? ¿Qué ha ocurrido?

Sipiaguin se acercó á su mujer, y, cogiéndola por la muñeca, le dijo en francés:

—Es preciso que te armes de valor. Tu hermano está preso.

—¿Mi hermano? ¿Sergio? ¿Y por qué causa?

—Predicaba á los campesinos teorías socialistas.

Kallomeitsef lanzó un gemido lastimero.

—Sí, ¡les excitaba á la revolución! ¡Hacía propaganda! Los paisanos le han detenido y entregado. Ahora está en la cárcel.

—¡Oh! ¡Desgraciado loco.....! Pero, ¿quién te ha dicho?....,

—Este señor que está aquí..... el señor..... ¿cómo se llama.....? Mr. Konopatin acaba de darme la noticia (1).

Valentina miró á Paklin, que se inclinó con expresión de desaliento.

—¡Vaya una hembra!—pensó.

Ni en los momentos más críticos dejaba nuestro Paklin de ser sensible á la belleza femenina.

—¿Y vas á ir á la ciudad ahora..... tan tarde?

Encontraré al gobernador levantado.

—¡Ya había yo previsto que esto acabaría así!—exclamó Kallomeitsef.—¡Si no podía ser de otra manera! Pero, ¡qué buena gente son nuestros campesinos! ¡Es maravilloso! Per-

(1) En ruso, Konopatin significa *el que traga estopa*.

dón, señora,—añadió en francés:—es hermano de usted; pero, ante todo, la verdad.

—Pero, vamos, Boris, ¿de verdad quieres marchar?—preguntó Valentina.

—Apostaría cualquier cosa—continuó Kallomeitsef,—á que también el maestrillo Nejdanof anda mezclado en el ajo. Metería la mano en el fuego. Todos son de la misma ralea. ¿No se le ha detenido? ¿No sabe usted nada?

Sipiaguin hizo con la mano el ademán consabido de apartar algo molesto.

—Nada sé, ni nada quiero saber. A propósito—añadió, dirigiéndose á su mujer:—parece que se han casado.....

—¿Quién te lo ha dicho, el señor?

Miró á Paklin, entornando algo los ojos.

—El mismo.

—En ese caso,—exclamó Kallomeitsef,—debe saber necesariamente dónde están. ¿Sabe usted dónde están? ¿Usted lo sabe? Usted lo sabe.

Al decir esto, se balanceaba delante de Paklin, de derecha á izquierda, como para cerrarle el paso, aunque el cojo no daba señales de querer huir.

—Pero, responda. ¿Lo sabe usted? ¿Lo sabe?

Al cabo, Paklin, ya molestado, contestó:

—Aunque lo supiese no se lo diría á usted, señor.

—¡Oh, oh!.....—dijo Kallomeitsef.—Está bien, está bien. (Este debe ser también de la banda).

—El coche espera—dijo un lacayo, entrando.

Sipiaguin, con un ademán enérgico y elegante, cogió el sombrero; pero tan insistentemente le suplicó Valentina que defiriese la marcha para el siguiente día, adujo tan buenas razones, que la noche estaba muy adelantada, que todo el mundo estaría durmiendo en la ciudad, y que la marcha sólo serviría para excitarle los nervios; que podía, además, constiparse, etc., etc....., que Sipiaguin, dejándose convencer, dijo al fin:

—Me someto.

Y con otro ademán no menos elegante, pero nada enérgico, dejó el sombrero sobre la mesa.

—Que desenganchen,—ordenó al lacayo;—pero que el coche esté listo para mañana á las seis. Que se despida al carruaje en donde ha venido este señor, nuestro huesped. Que se pague al cochero. ¿Desea usted algo, señor Konapotin? Le llevaré mañana en mi coche, señor Konopatin. Decía usted... No lo he entendido. ¿Toma usted aguardiente, verdad? ¡Denle ustedes aguardiente al señor Konopatin! ¿No; no le gusta á usted?.... Es igual..... ¡Feodor!..... conduce al señor á la cámara verde. Buenas noches, señor Kono.....

—¡Paklin! — gritó el cojo con voz tonante. — Me llamo Paklin!

—¡Ah! Sí, sí; es lo mismo. ¡Pero qué voz tiene usted, á pesar de su debilidad aparente! Hasta mañana, señor Paklin. Esta vez lo he dicho bien. ¿También usted vendrá con nosotros?—añadió en francés dirigiéndose á Kallomeitsef.

—¡Ya lo creo!

Se condujo á Paklin hasta la cámara verde, y aún se le encerró.

Cuando se acostaba, oyó dar la vuelta á la llave en la cerradura de su cuarto. Se dijo á sí mismo mil injurias por su humorada de venir á casa de Sipiaguin, y pasó muy mala noche.

A las cinco y media entraron á despertarle. Le entraron el café, y mientras lo tomaba, un lacayo, con el hombro lleno de cordones de color, esperaba, con el plato en las manos y moviendo los pies, como diciendo: «¿Pero no acaba usted? Los amos esperan.» Después se le condujo á la planta baja. El coche estaba ya delante de la puerta, lo mismo que el carruaje de Kallomeitsef.

Sipiaguin apareció en la escalinata envuelto en una capa de camelote con cuello redondo. Nadie usaba, desde hacía mucho tiempo, semejante abrigo, á excepción de cierto elevado

personaje á quien Sipiaguin hacía la corte, y á quien se esforzaba en imitar. En las ocasiones oficiales y de importancia, jamás dejaba de usar esta capa.

Saludó á Paklin con amabilidad, y señalándole con un gesto los almohadones del carruaje, le invitó á que se sentase.

—Señor Paklin, usted viene conmigo, señor Paklin. Meted bajo el asiento la maleta del señor Paklin. Yo acompaño al señor Paklin,—decía cargando el acento sobre la *a* del nombre Paklin.—¡Ah! — parecía querer decir. — ¿Te mortifica tu nombre, y no quieres que se te cambie? ¡Toma, traga Paklin! Mr. Paklin, ¡Paklin!

Este desgraciado nombre vibraba sin tregua en el aire fresco de la mañana.

Tan fresco era, que Kallomeitsef salió detrás de Sipiaguin haciendo varias veces *¡burr!;* se envolvió en su capa, se colocó en su carruaje descubierto. (Su buen amigo el Príncipe Miguel Obrenovitch de Servia, al ver aquel carruaje, encargó otro igual á casa de Binder. Ya saben ustedes: el gran constructor de los Campos Elíseos.)

Durante este tiempo, Valentina miraba por entre la entreabierta persiana, con gorra y bata de noche.

Sipiaguin entrando en el coche, la saludó con la mano.

—¿Está usted á gusto, señor Paklin? En marcha.

—Te recomiendo mi hermano;—gritó Valentina.

—¡Esté usted tranquila!—respondió Kallomeitsef dirigiéndola una mirada tranquilizadora por debajo de su casquete de viaje, adornado con una escarapela casi oficial, imaginada por él mismo.—Al otro es á quien hay que pescar.

—En marcha—repitió Sipiaguin.—Señor Paklin, ¿no tiene usted frío? En marcha.

Los coches partieron.

Durante los primeros diez minutos, Sipiaguin y Paklin guardaron silencio. El infortunado Sila, con su gabán raído y su casquete estropeado, resultaba aún más miserable sobre

el fondo azul obscuro de la tela con que estaba forrado el interior del carruaje.

Miraba silenciosamente las cortinillas azuladas que se enrollaban rápidamente cuando se apoyaba el dedo en el resorte: la alfombrilla de piel blanca y peluda en que metía los pies, y el cajón de madera encarnada, incrustado en la pared delantera, de donde salía, cuando se le golpeaba, una plancha para escribir y un pupitre para apoyar un libro. (A Sipiaguin le gustaba hacer creer que le agradaba trabajar en coche, como á Mr. Thiers, durante sus viajes.)

Paklin se sentía intimidado. Sipiaguin, mirándole dos veces de reojo, y sacando, con lentitud majestuosa del bolsillo lateral, una petaca de plata, adornada de una cifra con caracteres eslavos, le ofreció, sí, positivamente le ofreció un cigarro, que tomó negligentemente entre el segundo y tercer dedo de la mano, protegida por un guante amarillento de fábrica inglesa y de piel de perro.

—No fumo—balbuceó Paklin.

—¡Ah!—respondió Sipiaguin.

Y encendió su cigarro, un delicioso regalía.

—Debo decir á usted, querido señor Paklin—dijo con tono cortés, lanzando bocanadas pequeñas de hilos ondulantes de oloroso humo,—que le estoy realmente reconocido. Acaso ayer me haya usted tomado por algo violento..... Le aseguro á usted que no es ese mi carácter (cortaba intencionadamente sus frases). Se lo aseguro á usted. Póngase, señor Paklin, en mi situación. (Sipiaguin colocó su cigarro en el otro ángulo de la boca.) La situación en que me encuentro me..... ¿cómo le diré á usted?..... De repente el hermano de mi mujer..... se compromete..... y me compromete..... también á mí, de la manera más increíble. ¿Qué le parece á usted, señor Paklin? ¿No le parece á usted que todo esto es fuerte cosa?

—No lo creo así.

—¿Y no sabe usted á punto fijo por qué ni en dónde se le ha detenido?

—He oído decir que en el distrito de T.....

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Un señor.

—Naturalmente..... No había de haber sido un pájaro. Mas ¿qué señor es ese?

—El ayudante del gerente de negocios de la Cancillería del gobernador.

—¿Cómo se llama?

—¿El gerente?

—No, el ayudante.

—Se llama Ouliachevitch. Es un empleado muy concienzudo. En cuanto tuve noticia de este asunto, me he apresurado á ponerlo en conocimiento de usted.

—Sí, sí; perfectamente. Repito á usted que se lo agradezco mucho. Pero ¡qué locura! Porque es una locura. ¿Verdad, señor Paklin? ¿No es verdad?

—Verdadera locura—exclamó Paklin, que sentía que un frío sudor le corría como una serpiente tibia y suave por la espina dorsal.—Es sencillamente no entender á nuestros campesinos. Mr. Markelof, por lo que yo he podido conocer, tiene un corazón bueno y noble; pero no ha entendido nunca al aldeano ruso.

Paklin miró disimuladamente á Sipiaguin, que, ligeramente vuelto hacia él, le envolvía en una mirada fría, pero no hostil.

—Los que quieren excitar á la sublevación al pueblo ruso, no podrán conseguir su objeto más que sirviéndose de su acatamiento al poder y á la familia imperial. Es preciso imaginar para ello alguna leyenda como la del falso Demetrio: mostrar en el pecho alguna marca imperial estampada con una moneda enrojecida al fuego.

—Sí, sí, como Pugatchef—interrumpió Sipiaguin con un tono que quería decir: «¡No tanta erudición; también nosotros sabemos de historia!»,—y repitiendo de nuevo: «¡Ha sido una locura, una verdadera locura!», parecía absorto en la contemplación del hilillo de humo que se escapaba de su cigarro.

—Excelentísimo señor—dijo Paklin algo más animado:—he dicho á V. E. hace un momento que no fumaba. No es verdad; fumo, ¡y el cigarro de V. E. expele tan delicioso perfume!.....

—¡Eh! ¿Qué decía usted? ¿Qué es eso?—dijo Sipiaguin, como si despertase de un profundo sueño.—Y sin dar á Paklin tiempo de repetir lo que había dicho (prueba de que le había entendido perfectamente y que repetía por repetir sus palabras), le presentó la petaca abierta.

Paklin, con amable complacencia, encendió discretamente el cigarro.

—Este es el momento favorable,—pensó.

Pero Sipiaguin se le adelantó.

—Me ha hablado usted, según creo,—dijo negligentemente con cortas interrupciones, examinando el cigarro é hinchando los carrillos, y echándose el sombrero unas veces hacia los ojos y otras hacia la frente,—me ha hablado usted de su otro amigo, el que se ha casado con mi..... pariente. ¿Le ha visto usted? ¿Se han instalado lejos de aquí?

—(¡Eh, eh!—pensó Paklin.—¡Atención, amigo Sila!)

—No los he visto más que una vez. En efecto, viven cerca de aquí.

—Naturalmente, usted comprende,—replicó Sipiaguin, continuando su maniobra,—como ya le he dicho, que no puedo interesarme seriamente por esa joven ni por el amigo de usted. ¡Dios mío! Yo no tengo prejuicios, pero convenga usted conmigo en que han obrado de un modo absurdo..... tontamente. Tengo, además, la convicción que la causa principal de todo ello es la política (la política repetía encogiéndose de hombros), y no otro sentimiento.

—También esa es mi creencia.

—Sí, Mr. Nejdanof era de los rojos. Debo hacerle la justicia de que no ocultaba sus opiniones.

—Nejdanof,—exclamó Paklin,—acaso se haya dejado arrastrar; pero su corazón.....

—Su corazón es bueno,—interrumpió Sipiaguin;—sin duda, sin duda; lo mismo le acontece á Markelof. Todos esos señores tienen buen corazón. Probablemente habrá tomado parte también en este asunto, acaso le hayan preso. Será menester que interceda también por él.....

Paklin se apretó el pecho con las manos.

—¡Ah, sí, sí, excelentísimo señor, protegedle! Merece, se lo aseguro á V. E., toda su simpatía.

—¡Hum! ¿Lo cree usted así?

—En fin: y si no es por él, á lo menos hágalo V. E. por su sobrina, por su mujer (Dios mío, Dios mío,—decía para sí Paklin,—qué cosas estoy ensartando!)

Sipiaguin entornó los ojos.

—Muy bien, joven, muy bien. Su conducta de usted es digna de elogios. ¿Dice usted que viven por aquí cerca?

—Sí, excelentísimo señor: en un gran establecimiento.

Paklin se mordió la lengua.

—¡Vamos, vamos en casa de Solomine! Eso. Ya yo lo sabía. Sí, me lo habían dicho.

Sipiaguin lo ignoraba hasta entonces, y nadie le había hablado una palabra; pero al recordar la visita de Solomine, sus entrevistas nocturnas con Nejdanof, había aventurado aquella hipótesis. Paklin había mordido el anzuelo.

—Puesto que usted lo sabía.....—comenzó á decir el cojo, pero se detuvo, y se mordió de nuevo la lengua: era demasiado tarde.

Una mirada que le dirigió Sipiaguin le hizo comprender que durante toda esa conversación el funcionario había jugado con él como el gato con el ratón.

—Sin embargo,—añadió el pobre diablo,—debo decir á usted que, en rigor, yo no sé una palabra.

—Yo no le pregunto á usted nada. ¿Para qué? ¿Qué significa lo que usted dice y por quién me ha tomado?—exclamó con aire altanero Sipiaguin, echándoselas repentinamente de alto funcionario.

Paklin se sintió de nuevo humillado, débil, atrapado, anonadado. Hasta entonces había fumado, arrojando suavemente y como á hurtadillas el humo. Desde aquel momento no volvió á fumar.

—¡Dios mío!—exclamó interiormente, en tanto que un tibio sudor corría abundantemente por sus miembros.—¿Qué es lo que acabo de hacer? Los he denunciado á todos. ¡Oh! ¡Me ha engañado! ¡Se me ha comprado con un buen cigarro! ¡Soy un denunciador! ¿Y cómo remediarlo, Dios mío?

No había tiempo de remediar ya el mal. Sipiaguin dormía con aspecto digno y grave, como un verdadero ministro, envuelto en su capa de los grandes días. Un cuarto de hora después, los dos coches se detenían delante de la casa del gobernador.

IVAN TURGUENEFF.

(Se concluirá.)

UN DRAMA DE LA PASIÓN EN PERSIA

Todo el mundo ha oido ó leído noticias del drama de la Pasión representado en Ammergau, y apenas se encuentra una persona que habiéndolo visto no quede hondamente impresionada y conmovida. Los aldeanos de la comarca, las gentes del gran mundo, el viajero vulgar, fueron á Ammergau y todos gozaron y sintieron; pero lo que, según dicen, se ha notado especialmente, ha sido la afluencia de ministros de todas las religiones. Que los paisanos católicos, cuya religión les habitúa á la ostentación y pompa del culto fuesen atraídos por una admirable representación escénica de los sublimes momentos de la historia de su fe, era natural; que los viajeros y los elegantes lo fuesen por lo que era á la vez la moda y una nueva sensación de un género intenso, tampoco sorprende; ni que también fuesen atraídos allí muchos eclesiásticos. Por supuesto que los sacerdotes católicos romanos se congregaban en gran número: el protestantismo de gran parte del clero anglicano se supone que es débil, y era de esperar que los ministros anglicanos mostrasen su simpatía en Ammergau. Pero que igualmente estuviesen allí y diesen muestra de aprobación y simpatía los ministros protestantes de la más in-

tachable calidad, los protestantes disidentes, para quien recuerde su casi universal conmoción en este país, no hace muchos años, contra Roma y su religión, la clara aversión á los *papistas* y todas sus prácticas, es causa de asombro. Concuerdan con esta observación los escritos de los disidentes más jóvenes y de criterio más moderno, que manifiestan disposición á mirar la Iglesia romana más bien desde el punto de vista histórico, que desde el político; un deseo de hacer justicia á la indudable grandeza de ciertas instituciones y hombres producidos por esa Iglesia, enteramente actual y contrario á la sencilla creencia de los primeros tiempos, de que entre los protestantes y Roma había eterno inconmensurable abismo. Algo de esto influye, sin duda, para provocar la simpatía de los modernos protestantes hacia el catolicismo. Pero, en general, esa simpatía nace igualmente en disidentes y eclesiásticos de causa mejor—de la amplitud de concepciones más vastas, de un concepto de la religión, del hombre y de la historia, superior al de antaño.—Hemos visto en los periódicos recientemente, que un clérigo que en una plática popular dió cuenta del drama de la Pasión en Ammergau y se extendió sobre sus impresiones, fue amonestado por ciertos protestantes, quienes le dijeron que, en vez de ocuparse de espectáculos patéticos, su tarea era ir por el camino de la fe, no por el de la vista, y enseñar á sus prójimos á hacer lo mismo. Pero tamaña severidad parece haber excitado más extrañeza que alabanza; que tanto nos impulsan ya las ideas cada vez más amplias acerca de la religión y de lo que en ella realmente nos importa. A este interés me propongo apelar en el presente artículo. El drama de la Pasión en Ammergau con su inmenso auditorio, la seriedad de sus actores, la emoción apasionada de sus espectadores, me trajo á la memoria algo que he leído recientemente, algo acaecido, no en Baviera ni en la cristiandad, sino en ese maravilloso Oriente de donde, mal que le pese á Europa, ha venido toda nuestra religión, y de donde, á estas alturas, viene todavía un influjo poderoso, una

acción decisiva sobre el sentimiento y la voluntad del hombre. Deseo presentar este producto del remoto Oriente mientras está fresco el recuerdo de lo que se ha visto en Ammergau, y veremos si trayendo juntos á extraños y enemigos que parecían estar separados cual lo están los polos, como en Ammergau halla también en Persia un imán peculiarísimo, un foco de fé ardiente.

El conde Gobineau, en otro tiempo Ministro de Francia en Terán y Atenas, publicó hace pocos años cierto libro interesante sobre el estado presente de la Religión y la Filosofía en el Asia Central. También es favorablemente conocido el conde por sus estudios étnicos. Sus talentos é inteligencia merecen todo respeto, y en su libro sobre la Religión y la Filosofía en el Asia Central tiene la gran ventaja de escribir acerca de cosas que ha estudiado, con observaciones é investigaciones propias, cosechadas y bebidas en el mismo manantial. El propósito principal de su libro es dar una historia de la carrera de Mirza-Alí-Mahommed, reformador religioso persa, el original *Bâb* y fundador del *Bâbismo,* al cual todas las personas cultas conocen siquiera de nombre. Bâb significa *puerta,* la puerta ó entrada de la vida; y en la agitación que ahora hierve en el Oriente mahometano, Mirza-Alí-Mahommed—que parece haberse enterado por los misioneros protestantes de nuestras Escrituras y por los judíos de Shiraz de las tradiciones judáicas, haber estudiado además la religión de los ghebers, la antigua religión nacional de Persia y haber hecho una especie de amalgama de todo ello con el mahometismo,—se presentó hace cerca de veinticinco años como la *puerta,* la *entrada* de la vida; halló discípulos, repartió escritos y, finalmente, llegó á ser causa de desórdenes, que le condujeron á ser ejecutado en la ciudadela de Tabriz. El Bâb y sus doctrinas son tema sobre el cual mucho podría decirse, pero lo dejo á un lado, á excepción de un incidente de la vida de Bâb, del cual daré cuenta. Como todos los religiosos mahometanos, hizo la peregrinación á la Meca, y sus meditaciones en ese

centro religioso fueron las que principalmente le sugirieron su misión. Pero poco después de haber vuelto á Bagdad hizo otra peregrinación, y en esta fue donde vió claro su objeto, y cómo su vida estaba destinada á él. «Deseaba—extracto de las palabras del Conde de Gabineau—completar sus impresiones yendo á Kufa para visitar la mezquita arruinada donde Alí fue asesinado y donde el teatro del crímen se enseña todavía. Pasó allí varios días en meditación. El lugar parece haberle hecho impresión grande; entraba en una carrera que podría y debía guiarle á una catástrofe parecida á la que había sucedido en aquellos sitios, y donde su imaginación le mostraba á Imán Alí yaciendo á sus pies, herido y sangriento. Los que le acompañaban dicen que pasó entonces por un género de agonía moral que puso fin á todas las vacilaciones de su naturaleza. Lo cierto es que cuando á su vuelta se detuvo en Shiraz, estaba cambiado. Ninguna duda le turbaba ya; estaba decidido y persuadido; había tomado su resolución.»

También este Alí, á cuya tumba fué el Bâb, y donde sufrió la crisis espiritual recordada aquí, es nombre familiar para muchos de nosotros. Nuestro conocimiento del Oriente no es en general muy profundo; no obstante, casi todos han oído, por lo menos, el nombre de Alí, el león de Dios, el joven primo de Mahoma, la primera persona, después de su esposa, que creyó en él, y á quien Mahoma, agradecido, reconoció por hermano, delegado y vicario. Alí era uno de los capitanes de Mahoma más afortunados y mejores. Casó con Fátima, hija del Profeta; sus hijos, Oassán y Hussein, eran, cuando niños, los favoritos de Mahoma, quien no tenía hijo que le sucediese, y se esperaba que nombrase á Alí sucesor. No le nombró. A su muerte (en el año 632 de nuestra era), Alí fue olvidado, y el primer califa, ó *vicario y teniente* de Mahoma en el gobierno del Estado, fue Abu-Bekr; sólo la herencia espiritual de Mahoma, la dignidad de Iman, ó *Primado,* recayó por derecho en Alí y sus hijos. Alí, león de Dios como era en la guerra, separado de la política y de las

intrigas, amaba el retiro y la oración, y era el más piadoso y desinteresado de los hombres. A la muerte de Abu-Bekr fue desdeñado otra vez en favor de Omar. Othman sucedió á Omar, y Alí todavía permaneció tranquilo. Othman fue asesinado, y entonces Alí, por evitar principalmente disturbios y derramamiento de sangre, aceptó (a. d. 655) el califato. Entre tanto, los ejércitos mahometanos habían conquistado á Persia, Siria y Egipto. El Gobernador de Siria, Moawiyah, hombre experto y ambicioso, se levantó como califa, siendo reconocido su título por Amrou, Gobernador de Egipto, y hubo una batalla indecisa y sangrienta en la Mesopotamia entre el ejército de Alí y el de Moawiyah. Gibbón narrará el resto: «En el templo de la Meca, tres charegitas ó entusiastas discurrieron sobre los desórdenes de la Iglesia y el Estado; convinieron luego en que las muertes de Alí, de Moawiyah y de su amigo Amrou, Virrey de Egipto, restablecerían la paz y la unidad de la religión. Cada uno de los asesinos eligió su víctima, envenenó su daga, consagró á ese fin su vida, y partió secretamente al sitio de acción. Su resolución era igualmente desesperada; pero el primero equivocó la persona de Amrou, y dió de puñaladas al enviado que ocupaba su asiento; el príncipe de Damasco fue herido peligrosamente por el segundo; Alí, el califa legítimo, recibió una herida mortal de la mano del tercero, en la mezquita de Kufa.»

Los sucesos de que damos cuenta rápidamente, deben conservarse en la memoria, pues son los elementos de la historia mahometana: sin ellos, no se puede comprender bien el estado del mundo mahometano, pues ese mundo está dividido en dos grandes sectas: la de los Shiahs y la de los Sunis. Los Shiahs son los que rechazan como usurpadores á los tres primeros califas, y empiezan con Alí, primer sucesor legítimo de Mahoma; los Sunis reconocen, lo mismo que á Alí, á Abu-Bekr, á Omar y Otshmán, y consideran á los Shiahs como impíos herejes. Los persas son Shiahs, y los árabes y turcos son Sunis. Hussein, uno de los hijos de Alí, casó con una prin-

cesa persa, hija de Yezdejerd, último de los reyes Sarranianos, Rey á quien la conquista mahometana desterró de Persia: y por este matrimonio, Persia llegó á estar relacionada especialmente con la casa de Alí. «En el siglo IV de la Hegira—dice Gibbon—se levantaron, cerca de las ruínas de Kufa, una tumba, un templo y una ciudad. Muchos miles de Shiahs reposan en el recinto sagrado, á los piés del vicario de Dios; y el desierto está vivificado por las numerosas visitas anuales de los persas, que estiman su devoción no menos meritoria que la peregrinación á la Meca.»

A fin de comprender lo que voy á narrar después de la cita del Conde Gobineau, debemos seguir investigando la historia mahometana antes del asesinato de Alí. Moawiyah murió en el año 680 de nuestra era, casi cincuenta años después de la muerte de Mahoma. Su hijo Yezid le sucedió en el trono de los califas en Damasco. Durante el reinado de Moawiyah, los dos hijos de Alí, los Imanes Hassán y Husein, vivían con sus familias en religioso retiro en Medina, donde estaba sepultado su abuelo Mahoma. El carácter de abstención y abnegación, que hemos notado en Alí, estaba impreso en ellos con mayor vigor y vehemencia; pero, cuando Moawiyah murió, el pueblo de Kufa, la ciudad de la llanura del Eufrates, donde Alí había sido asesinado, envió proposiciones para hacer califa á Hussein si quería venir junto á ellos, y se ofreció á apoyarle contra las tropas siriacas de Yezid. Hussein se creyó obligado á aceptar la proposición. Dejó á Medina, y con su familia, parientes y deudos, hasta el número de ochenta personas, se encaminó á Kufa. Entonces sucedió la tragedia tan familiar á todo mahometano, como ignorada de nosotros, la tragedia de Kerbela. «¡Oh, muerte!»—exclamaba el trovador de Persia Kurroglon, en su último canto, antes de ser ejecutado.—«¡Oh, muerte, á quién perdonas! ¡Ni siquiera Hassán y Hussein, escabeles del trono de Dios en el séptimo cielo, han sido perdonados por tí! *¡No, tú les hiciste mártires en Kerbela!*»

Lo mejor que podemos hacer es recurrir de nuevo á la historia de Gibbon para la relación de esta tragedia famosa. «Hussein atravesó el desierto de Arabia con una tímida comitiva de mujeres y niños; pero cuando se aproximó á los confines de Irak le alarmó el aspecto solitario y hostil del país, y sospechó la defección ó la ruina de su partido. Sus temores eran justos; Obeidallah, gobernador de Kufa, había extinguido las primeras chispas de una insurrección, y Hussein estaba cercado en la llanura de Kerbela por un cuerpo de 5.000 jinetes, que interceptaban la comunicación con la ciudad y el río. En una conferencia con el jefe enemigo, propuso la opción á tres condiciones: que se le permitiese volver á Medina, ó quedar apostado en una guarnición frontera contra los turcos, ó que le condujesen en salvo á la presencia de Yezid. Pero las órdenes del califa ó su teniente eran severas y absolutas, y se informó á Hussein de que tenía que someterse al Comandante de los Fieles como cautivo y criminal, ó esperar las consecuencias de su rebelión.

—¿Creéis—replicó él—aterrorizarme con la muerte?

Y durante la breve tregua de una noche se preparó á arrostrar su destino con tranquila y solemne resignación. Reprimió las lamentaciones de su hermana Fátima, que deploraba la inminente ruina de su casa.

—Nuestra confianza—decía Hussein—sólo está en Dios. Todas las cosas del cielo y tierra deben perecer y volver á su Creador. Mi hermano, mi padre, mi madre, eran mejores que yo, y cada musulmán tiene un ejemplo en el Profeta.

Instaba á sus amigos á concertar su salvación por una huida oportuna; ellos rehusaron animosamente abandonarle ó sobrevivir á su amado maestro, y su valor se fortificó con una ferviente oración y la esperanza del Paraíso. En la mañana del día fatal montó á caballo, llevando su espada en una mano y el Corán en la otra; los flancos y retaguardia de su partida estaban resguardados por las trincheras y un foso profundo, que habían llenado de haces encendidos, según la práctica de

los árabes. El enemigo avanzaba de mala gana, y uno de sus jefes desertó con treinta soldados para reclamar el compañerismo de una muerte inevitable. En cada combate parcial ó ataque cerrado, la desesperación de los fatimitas fue invencible; pero las multitudes que les rodeaban les hostigaban á cierta distancia con una nube de flechas, y hombres y caballos caían muertos sucesivamente. A la hora de la oración se pactó por ambas partes una tregua, y la batalla concluyó, al fin, con la muerte del último compañero de Hussein.

Los detalles de la muerte de Hussein serán luego más oportunos; basta decir en este momento que sucumbió, y las mujeres y niños de su familia fueron llevados con cadenas á Damasco al califa Yezid. Gibbon concluye el relato de este modo: «En lejana edad y clima, la trágica escena de la muerte de Hussein despertará la simpatía del más frío lector. En la fiesta anual de su martirio, en la devota peregrinación á su sepulcro, sus apasionados persas abandonan sus almas al frenesí religioso del pesar y la indignación.»

Hállanse las tumbas de Alí y de su hijo, unas treinta millas separadas una de otra, en la llanura del Eufrates, y tenían, al escribir Gibbon, sus peregrinaciones y su tributo de duelo entusiasta. Pero el Conde Gobineau relata, en el libro de que he hablado, una exposición de estas solemnidades que á Gibbon le era desconocida. Dentro de la centuria presente se ha creado un drama sobre la base de la historia de los mártires de Kerbela, drama nacional persa, que el Conde Gobineau, que lo ha visto y oído, se atreve á colocarlo al nivel del drama griego como asunto sublime y serio, que atrae el corazón y el espíritu del pueblo donde tuvo origen; mientras que el drama latíno, inglés, francés y alemán es, dice, en comparación, mero pasatiempo más ó menos intelectual y elegante. A mí me parece que los *tazyas* persas,—así se llaman estas piezas—hallan mejor paralelo en el Drama de la Pasión de Ammergau que en el drama griego. Se basan por completo en un asunto: los sufrimientos de la *Familia de los*

Diez, como se llama á Imán Hussein y las personas que le rodeaban en Kerbela. El asunto va precedido, á veces, de un prólogo que algún día quizá, cuando se sienta más la necesidad de varios, llegará á ser otro drama; pero, al presente, el prólogo guía invariablemente á los mártires. Por ejemplo: el Emperador Tamerlán, en su conquistador progreso por el mundo, llega á Damasco. El Gobernador le entrega las llaves de la ciudad; pero es descendiente de los asesinos del Imán Hussein: Tamerlán lo averigua, le abruma á denuestos, y le despide de su presencia. El Emperador ve luego á la hija del Gobernador espléndidamente ataviada, piensa en los sufrimientos de las santas mujeres de la Familia de los Diez, y la reconviene y despide como á su padre. Retírase preocupado por la gran tragedia que de tal manera vino á su memoria, y no puede dormir ni sosegar. Llama á su visir, y el visir le dice que el único modo de calmar su turbado espíritu es ver una *tazya*. Y así comienza la *tazya*.—Otras veces (y esto mostrará cuán extrañamente confundido está en el mundo religioso de que nos ocupamos, lo más familiar con lo desconocido) José y sus hermanos aparecen en escena, y se representa la antigua historia de la Biblia. José es arrojado en el hoyo y vendido á los mercaderes, y sus hermanos llevan á Jacob su sayo manchado de sangre; después Jacob queda solo, llorando y quejándose; entra el ángel Gabriel y le reprende por su falta de fe y constancia, diciéndole que lo que sufre no es una centésima parte de lo que Alí, Hussein y los hijos de Hussein sufrirán algún día. Jacob parece dudarlo; Gabriel, para convencerle, ordena á los ángeles que ejecuten una *tazya* presentando lo que un día sucederá en Kerbela. Y así principia el drama.

Estas piezas se representan en los diez días primeros del mes de Mo-harren, aniversario del martirio de Kerbela. Son tan populares, que ahora también invaden otras estaciones del año; pero lo clásico para ellas es, como dejo dicho, el mes de Mo-harren. El Rey y el pueblo se visten de luto, y por la no-

che, mientras no comienzan las *tazyas,* están pasando procesiones, y el aire resuena con los golpes de pecho y las letanías de «Oh, Hassan! ¡Oh, Hussein!»; mientras los seyids—una clase de frailes humildes que pretenden ser descendientes de Mahoma, y de cuyas incesantes relaciones de la leyenda de Kerbela, muy amplificadas en sus homilías durante las peregrinaciones y en las tumbas de los mártires, sin duda han tenido origen las *tazyas*—conservan el entusiasmo que ha excitado el drama del día por medio de sermones é himnos. Nadie se acuesta, y el que se acostase no dormiría. Las cofradías van en procesión con banderas negras y antorchas; los hombres llevan el túnico desgarrado, y golpean con la mano derecha el hombro izquierdo en una especie de cadencia mesurada para acompañar un cántico en honor de los mártires. Estas procesiones penetran en los teatros donde los seyids están predicando. Todavía más ruidosas son las cuadrillas de bailarines tocando una especie de castañetas de madera, unas veces delante del pecho y otras por detrás de las cabezas, y marcando el compás con música y baile á una endecha improvisada por los espectadores, en la cual los nombres de los imanes hacen el estribillo. Los más estrepitosos son los berbers, hombres de otra raza y de color más obscuro, con la parte superior de su cuerpo desnuda y lo mismo los pies, llevando algunos de ellos tamboriles y címbalos, otros cadenas de hierro y largas agujas. Se dice que uno de su raza se burló en otro tiempo de los imanes en su aflicción, y los berbers van en expiación de ese crimen. Al principio, su música y su marcha es lenta; pero después la música se aviva, y los portadores de cadenas y agujas se ponen á dar vueltas y empiezan á golpearse con las cadenas y á pinchar sus brazos y mejillas con las agujas, primero suavemente, luego con más vehemencia, hasta que de repente la música cesa y todos se detienen. De tal suerte retrocedemos en este suelo asiático, donde las creencias y usos se amontonan, capa tras capa y ruina sobre ruina, al lejano pasado de los martirizados imanes, al pasado maho-

metanismo, al pasado de la cristiandad, hasta á los sacerdotes de Baal hiriéndose con los cuchillos, y á la adoración de Adonis.

Los *tekyas* ó teatros para el drama en que se celebran estos panegíricos, sin cesar se multiplican. El Rey, los altos funcionarios, las ciudades, los ricos, como el orífice del Rey, ó cualquiera que tiene medios y deseo, contribuyen á las funciones; cada uno envía lo que quiere; es acto religioso decorar un palco ó regalar adornos para un *tekya;* y á fuer de ofertas religiosas, todos los dones son aceptados, por pequeños que sean. Hay tekyas para trescientos ó cuatrocientos espectadores, y los hay para tres ó cuatro mil. Hay en Ispahan representaciones en que se reunen más de veinte mil personas. En Terán, capital de Persia, tiene sus tekyas cada barrio de la ciudad, cada plaza y paraje libre se aprovecha para establecerlos, y, además, han sido abiertos expresamente algunos espacios para nuevos tekyas. El Conde Gobineau describe uno de estos teatros circunstanciadamente: «un tekya en Terán, de la mejor clase, es capaz para un auditorio de unas cuatro mil personas. La disposición, muy sencilla: el tekya es un cuadrilátero amurallado, con una plataforma de ladrillos en el centro, el *sakou*. Este *sakou* está rodeado de pértigas negras, clavadas á alguna distancia una de otra, y juntas por arriba con varas horizontales del mismo color, y de estas varas cuelgan lámparas de colorines, que se encienden para la oración y predicación de la noche cuando se acaba la representación. El *sakou* ó plataforma central, forma la escena; en conexión con ella, á una de las extremidades de la longitud del paralelógramo, hay un palco reservado: el *tâgnumâ,* más alto que el *sakou*. Este palco está decorado con esplendidez, y se usa especialmente para los cuadros interesantes y magníficos—por ejemplo, la corte del Califa—que ocurren en el curso de la pieza. Un pasillo de algunos pies de anchura queda franco entre este palco y la escena; todo el resto del espacio es para los espectadores; las primeras filas se sientan sobre los talones junto á este pasi-

llo, para ayudar á los actores á subir y á bajar las altas gradas del *tâgnumâ*, cuando tienen que pasar entre ése y el *sakou*. A cada lado del *tâgnumâ* están los palcos, y á lo largo de la pared del cercado, hay otros palcos con delanteras de madera primorosamente labrada, que se dejan en pie como parte permanente de la construcción; enfrente de éstos, al otro lado del piso y la escena, se levantan hileras de asientos como en un anfiteatro. Todas las localidades son gratuítas; las gentes de posición tienen generalmente palcos preparados y decorados, y cuidan de ocuparlos; pero si un palco no está ocupado cuando empieza la representación, cualquier mendigo ó chiquillo de la calle desarrapado puede entrar allí y sentarse. Enmedio del espacio hay una hilera de gigantescos maderos, y uno ó dos de ellos están clavados en la misma *sakou*, y desde estos mástiles se extiende un inmenso toldo que protege á toda la concurrencia. A cierta altura, cuelgan de estos maderos pieles de tigre y de pantera, para indicar el carácter violento de las escenas que van á representarse. También están sujetos á estos mástiles escudos de acero, pieles de hipopótamo, banderas y espadas desnudas. La mirada abarca un mar de colores y de esplendor. Los grabados de la madera y de los ladrillos desaparecen bajo los almohadones, las ricas alfombras, colgaduras de seda, muselina de la India bordada con plata y oro y chales de Kermán y de Cachemira. Hay lámparas, arañas de cristales de colores, espejos y cristales de Bohemia y de Venecia, vasos de porcelana de todos tamaños y magnitudes de la China y de Europa, pinturas y grabados, ostentándose doquiera. El gusto no siempre es sobriamente correcto, pero el conjunto hace el efecto de la prodigalidad y lujo magnífico que acostumbramos á asociar con los esplendores de las noches árabes.

En marcado contraste con esta ostentación, está la pobreza de la maquinaria escénica é ilusión del escenario. El asunto es demasiado interesante y solemne para necesitarla. Los actores se ven por todos lados, y las salidas, entradas y juego

escénico de nuestros teatros, son imposibles; la imaginación del espectador cubre todas las brechas y suple todos los requisitos. En la *mise en scene* de Ammergau, se comprende que los arqueólogos y artistas de Munich han puesto su mano correcta; en Terán no existe ninguna maestría. Un barreño de cobre lleno de agua representa el Eufrates; un montón de paja picada colocado en una esquina, es la arena del desierto de Kerbela, y el actor va y toma un puñado de ella, cuando su parte requiere que arroje el polvo sobre su cabeza, al uso oriental. No se intenta vestir con propiedad; á lo sumo se procura hacer honor á los personajes de mayor interés con vestidos y joyas que pasarían por trajes ricos y hermosos para lucirlos en la vida persa moderna. El dominio de los actores consiste en que les impregna la seriedad de los asuntos que representan allí. Están penetrados de esto, como el público que les rodea, y si el actor pone toda su alma en lo que hace, el público le encuentra á medio camino, y resultan los efectos de esta impresionabilidad extraordinaria. «El actor está arrebatado» dice el Conde Gobineau, «tan profunda y completamente, que casi siempre ve uno al mismo Yezid (el califa usurpador), al miserable Ibn-Saiz (el general de Yezid), al infame Shemer (teniente de Ibn-Said), en el momento en que prodigaban los insultos más crueles á los Imanes á quienes iban á matar, ó á las mujeres de la familia del Imán que, maltratadas por ellos, se deshacen en lágrimas y recitan entre sollozos su papel. Al público ni le sorprende ni le desagrada esto; por el contrario, penetrado de emoción golpea su pecho, levanta los brazos al cielo invocando á Dios, y redobla sus gemidos. Así, sucede con frecuencia que el actor se identifica de tal modo con el personaje que representa, que no puede decir, cuando la situación le arrastra con tan absoluto entusiasmo y olvido de sí mismo, que en efecto no lo *es*, y alcanza una realidad á la vez sublime y terrible, que produce en su auditorio impresiones superiores á las que pueden producir nuestras representaciones más estudiadas. Allí no hay nada

artificioso, ni falso, ni convencional; la naturaleza y los hechos representados hablan por sí mismos.

Los actores son hombres y muchachos: los papeles de ángeles y mujeres los desempeñan los muchachos. Los niños que se suben á las tablas suelen ser de las familias principales de Terán; su cooperación á esta solemnidad religiosa (pues tal se cree) se supone que trae bendición sobre ellos y sus padres. «Nada más conmovedor» dice el Conde Gobineau, «que ver á estas criaturitas, de tres ó cuatro años, vestidas con sayos de gasa negra de anchas mangas, las cabezas cubiertas de pequeños gorros negros bordados de plata y oro, arrodillándose al lado del cuerpo del actor que representa el mártir del día, abrazándole y echando sobre ellos mismos, con sus manecitas, la paja picada por arena, en signo de pena.» «Estos niños, es evidente» continúa, «que no creen que están representando, sienten que hacen una cosa muy formal é importante, y aunque son demasiado tiernos para comprender de lleno la historia, saben, en general, que es asunto triste y solemne. No se distraen con la concurrencia, no aparecen tímidos, desempeñan su papel prescrito con la mayor atención y formalidad, cruzando siempre respetuosamente sus brazos para recibir la bendición del Imán Hussein; y el público les contempla con la más viva satisfacción y simpatía.»

Las piezas dramáticas no llevan el nombre de su autor. Están escritas en estilo popular, al alcance de las personas más vulgares y más ignorantes del pueblo persa, y andan exentas, hablando comparativamente, de la fantasía é hipérbole oriental. Los seyids, ó frailes populares, de que ya hice mérito, probablemente han tenido parte en la composición de muchas de ellas. Los Moollahs, ó autoridades eclesiásticas regulares, las condenan. Es una innovación que desaprueban y creen peligrosa; se dirige á la vista, y su religión les prohibe presentar ante la mirada de los fieles las cosas religiosas; se aparta de los límites de lo que está revelado é indicado para ser doctrina ortodosa, é introduce novedades y herejías; pero

estos dramas van en aumento bajo el impulso de la imaginación y emoción del actor y del público, y cada día reciben nuevo desarrollo. Los doctos dicen, además, que estas piezas son un montón de mentiras, obra de gentes ignorantes, y no tienen palabras bastante fuertes para expresar su menosprecio hacia ellas. No obstante, es tan irresistible la moda de estos dramas sagrados, que desde el Rey en su trono hasta el mendigo de la calle, todos, excepto quizás los Mollahs, van á verlas y se sienten subyugados. Los Imanes y sus familias se expresan siempre con una especie de melodía lírica, que parece tener efectos rítmicos, á menudo de gran ternura y belleza; sus perseguidores, traidores y personajes antipáticos, siempre hablan en prosa.

La escena está bajo la dirección de un *chorœus,* llamado *oostad* ó «maestro», que es personaje sagrado en razón de las funciones que desempeña. A veces dirige al auditorio un comentario de lo que está pasando, y pide compasión y lágrimas para los mártires; en otras ocasiones, á falta de un seyid, reza y predica. Siempre se le escucha con veneración, pues él es el que dispone todo el espectáculo sagrado que tan hondamente conmueve al público. Sin intentar ocultarse, permanece constantemente en la escena con el libreto en la mano, da el apunte á los actores, pone á los niños y á algún actor inexperto en los sitios convenientes, viste al mártir con el sudario cuando va á morir, le sostiene el estribo cuando monta á caballo, y mete un puñado de paja picada en las manos de los que van á necesitarla. Veámosle ahora trabajar.

El teatro está lleno y hace mucho calor; jóvenes de rango, pajes del Rey, oficiales del ejército y doctos funcionarios del Estado, andan por medio del gentío con pellejos llenos de agua sobre las espaldas, distribuyendo agua todo alrededor, en memoria de la sed que sufrieron los Imanes en estos días solemnes en las arenas de Kerbela. Cantos y letanías extrañas, del género que hemos descrito, se elevan de vez en cuando entre el gentío: la entona un dervis, ó un soldado, ó un

obrero. Estos cantos son á menudo repetidos por la concurrencia; á veces se desvanecen y apagan por falta de voces, otras continúan hasta que alcanzan al paroxismo, y luego paran de repente. Se presenta una figura extraña é insignificante con vestidura de algodón verde y el aspecto de un mezquino mercader de los bazares de Terán, y sube al *sakou*. Saluda con la mano á la concurrencia, que en seguida queda silenciosa, y la apostrofa de esta manera en tono de fraterna y reconvención:

«Hola, musulmanes: ahí estáis tan contentos sentados cómodamente bajo el toldo; y os imaginais que el Paraíso ya se os abre. ¿Sabéis lo que es el Paraíso? Es un jardín, sin duda, pero un jardín como no tenéis idea. Me diréis: «Amigo, sepamos cómo es.» Yo, ciertamente que nunca he estado allá; pero muchos profetas lo han descrito, y los ángeles han traído noticias de él. No obstante, lo que os diré es que allí hay cabida para todas las gentes buenas, pues su longitud es de 330.000 codos. Si no lo creeis, averiguadlo. En cuanto á conseguir ser una de las personas buenas, permitidme deciros que no basta leer el Korán del Profeta (¡la salvación y bendición de Dios sea sobre él!), no basta hacer todo lo que este libro divino manda; no basta venir á las *Tazyas*, y llorar como hacéis cada día, hijos de perros que sois, que no sabéis nada de lo que puede aprovecharos; conviene, además, que vuestras buenas obras (si es que hacéis alguna, lo que mucho dudo) sean hechas en el nombre y por el amor de Hussein. ¡Musulmanes, Hussein es la puerta del Paraíso; musulmanes, Hussein es el que protege al mundo; musulmanes, por Hussein viene la salvación! Gritad: Hassán, Hussein!»

Y toda la multitud grita: «¡Oh, Hassán! ¡Oh, Hussein!»

«Está bien; y ahora gritad otra vez.» Y de nuevo gritan todos: «¡Oh, Hassán! ¡Oh, Hussein!» «Y ahora», continúa el extraño orador «ruego á Dios que os guarde continuamente en el amor de Hussein. Vamos, dirigid vuestra jaculatoria á Dios.» Entonces la multitud, como un solo hombre, levanta

los brazos al aire, y, con un profundo y prolongado grito, exclama: «*¡Ya Allah!* ¡Oh, Dios!»

Los pífanos, tambores y trompetas rompen á tocar; los *kesnas,* grandes trompas de cobre de cinco ó seis pies de largo, dan aviso de que los actores están dispuestos, y que va á comenzar la *tazya*. El predicador baja del *sakou* y los actores lo ocupan.

Para dar una ida clara del ciclo que estos dramas llenan, debiéramos empezar, como empiezan los actores en el primer día del Moharrem, con alguna pieza relativa á la infancia de los Imanes, por ejemplo, la pieza llamada *Los niños cavando.* Alí y Fátima viven en Medina con sus hijos pequeños Hassán y Hussein. El sencillo hogar y ocupaciones de la piadosa familia están á la vista. Es por la mañana. Fátima hállase sentada con el pequeño Hussein sobre el regazo, vistiéndole. Le peina, hablando mientras cariñosamente con él. El peine le arranca un cabello; el niño se estremece. Fátima se aflige por haber causado al niño esta molestia momentánea, y se detiene á contemplarle con ternura. Cae en ansiosa meditación, pensando en su amor por el niño y en el futuro desconocido que le aguarda. Mientras medita, el ángel Gabriel se aparece. La censura por su debilidad: «Cae un cabello de la cabeza del niño», le dice, «y llorais, ¿qué haríais si supiéseis el destino que le espera, las innumerables heridas de que algún día ese cuerpo será acribillado, la agonía que desgarrará vuestra alma?» Fátima, en su desesperación, es consolada por su marido Alí, y van juntos á la ciudad para oir predicar á Mahoma. Los muchachos y algunos de sus amiguitos comienzan á jugar; todos hacen mucho caso de Hussein, que es á la vez el más animado y el más amable de ellos. La partida se divierte cavando, haciendo hoyos en el terreno y levantando zanjas. Alí vuelve del sermón y pregunta qué es lo que hacen, y Hussein replica con frases ambiguas y proféticas, que expresan que estos hoyos y zanjas en la tierra representan sepulturas y fosas. Alí se marcha otra vez, y un grupo de muchachos

crecidos y violentos se lanzan allí y empiezan á tirar piedras á los pequeños Imanes. Un compañero escuda á Hussein con su propio cuerpo; pero cae de una pedrada, y de otra también Hussein queda tendido en tierra sin sentido. ¿Quiénes son esos tiranos y perseguidores? Son Ibn-Said y Shame y una cáfila, los futuros asesinos de Kerbela. La concurrencia se hace cargo estremeciéndose; los odiosos agresores se alejan triunfantes; Alí vuelve á entrar, levanta á los niños aturdidos y heridos, los deja en pie y lleva á Hussein á su madre Fátima.

Pero vengamos ahora de una vez á Kerbela y á los días del martirio. Una de las piezas más famosas del ciclo se llama el *Matrimonio de Kassem,* y nos mete de lleno en la acción. El Conde Gobineau ha dado una traducción, y de ella tomaremos algunos extractos. Kassem es hijo del hermano mayor de Hussein, el Imán Hassán, que por instigación de Yezid había sido envenenado en Medina. Kassen y su madre están en Kerbela con el Imán Hussein; también están allí las mujeres y niños de la santa familia; Omm-Leyla, esposa de Hussein; la princesa Persa, hija menor de Yezdejerd, el último de los Sassanidas; Zeyneb, hermana de Hussein, descendiente como él de Alí y Fátima, y nieta de Mahoma; su sobrino Abdallah, todavía niño pequeño, y, finalmente, su hermosa hija Zobeyda. Cuando comienza el drama, ya el campamento del Imán, en el desierto, está interceptado por el Eufrates y sitiado hace días por las tropas de Siria al mando de Ibn-Said y Shamer y los traidores de Kufa. La familia de los Diez sufre los tormentos de la sed. Uno de los niños ha traído una botella vacía y la arroja á los pies de Abbas, tío de Hussein, en silenciosa señal de aflicción; Abbas hace una salida hacia el río, y es muerto. Después Alí-Akber, hijo mayor de Hussein, realiza la misma tentativa, y con igual desgracia. Dos hermanos más jóvenes de Alí-Akber siguen su ejemplo, y sufren la misma suerte. El Imán Hussein se había lanzado sobre el enemigo, recuperando el cuerpo de Alí-Akber y trayéndole á su tienda,

pero el río todavía seguía inaccesible. En tan crítico momento empieza el *Matrimonio de Kassem*. Kassem, joven de diez y seis años, arde en deseos de partir y vengar á su hermano. A un extremo del *sakou* está el Imán Hussein sentado en el trono; en el centro se agrupan todos los miembros de su familia; al otro extremo yace el cadáver de Alí-Akber, con su madre Omm-Leyla, vestida y velada de negro, inclinada sobre él. Suenan las *kernas,* y Kassem, después de una solemne apelación á Dios y á los fundadores de su casa, de Hussein y de su hermana Zeyneb para que atiendan á su gran desgracia, se levanta y habla consigo mismo.

KASSEM.—«Sepárate de las mujeres del harem, Kassem. Considera y reflxiona un poco; aquí estás, y verás pronto el cadáver de Hussein, ese cuerpo segado como una flor, desgarrado por flechas y lanzas como si fuesen espinas.

»¡Tú viste la cabeza de Alí-Akber separada del tronco en el campo de batalla, y, sin embargo, vives!

»Levántate, obedece á lo que está escrito para tí por tu padre; ser muerto, ¡ese es tu destino, Kassem!

»¡Ve, despídete del hijo de Fátima, la más pura y digna entre las mujeres, y sométete á tu destino, Kassem!»

Hussein le ve aproximarse. «¡Ay!», dice, «es el ruiseñor huérfano del jardín de Hassán, mi hermano.» Después, Kassem habla.

KASSEM.—«¡Oh, Dios! ¿Qué haré bajo este peso de aflicción? Mis ojos están mojados de lágrimas, mis labios secos de sed. Vivir es peor que morir. ¿Qué haré, viendo lo que le sucedió á Alí-Akber? Si Hussein no me permite marchar, ¡oh desgracia! ¿Cómo me presentaré ¡oh, Dios!, en el día de la resurrección, cuando vea á mi padre Hassán? Y cuando vea á mi madre en ese día, ¿qué haré, ¡oh, Dios!, afrentado, cubierto de vergüenza delante de ella? Todos mis parientes se han ido á rendir homenaje al Profeta: si ese día falto yo ¡qué bochorno para mí!

Después se dirige al Imán:

KASSEM.—«¡Salve, umbral del honor y majestad de lo excelso; umbral del cielo y de Dios! En la lista de los mártires, tú eres el jefe; en el libro de la creación, tu historia siempre vivirá. Un huérfano, un hijo sin padre, abatido y llorando, viene á presentarte una súplica.»

Hussein le manda fomularla, y él contesta:

KASSEM.—«¡Oh, luz de los ojos de Mahoma el poderoso!; ¡oh, teniente de Alí el león! Abbas ha perecido; Alí-Akber ha sufrido el martirio. ¡Oh, tío mío, no te han quedado guerreros ni porta-estandarte! Las rosas han desaparecido, y también sus capullos; el jazmín y las amapolas se han marchitado. Únicamente yo, espina miserable, quedo todavía en el jardín de la Fe. Si tienes misericordia del huérfano, déjame marchar á combatir.»

HUSSEIN rehusa.—«Hijo mío», dice, «tú eras la luz de los ojos del Imán Hassán; tú eres mi amado recuerdo de él; no me pidas esto; no me supliques, no me instes; basta haber perdido á Alí-Akber.»

KASSEM responde:—«Que Kassem viva y Alí-Akber haya sido martirizado; ¡mas pronto la tierra me cubra! ¡Oh, Rey!, sé generoso al mendigo de tu puerta. ¡Mira cómo corren las lágrimas de mis ojos, y qué secos están mis labios con la sed! ¡Vuelve tus ojos hacia las aguas del Eufrates celestial! Yo muero de sed; concédeme, ¡oh, tú, señalado de Dios!, un cántaro lleno del agua de la vida que mana en el Paraíso que me espera.»

HUSSEIN rehusa todavía; Kassem se deshace en quejas y lamentaciones; su madre viene junto á él, y le pregunta la razón. Después dice:

«No te quejes del Imán, luz de mis ojos; sólo por orden suya puede darse la comisión del martirio. En esa comisión están firmados setenta y dos testimonios, todos justos, y entre ellos está tu nombre. Sabe que tu sentencia de muerte está ordenada en el escrito que llevas en tu brazo.»

Este escrito es el testamento de su padre Hassán. Lo ense-

ña triunfalmente al Imán Hussein, que ve escrito allí el deseo de que en la llanura de Kerbela permita á Kassem hacer su voluntad, pero que primero haya de casarse con su hija Zobeyda. Kassem consiente, aunque con sorpresa. «Considera», dice, «que Alí Akber yace ahí, mutilado por los enemigos. Bajo este cielo de sombría negrura, ¿cómo puede la alegría mostrar su semblante? Sin embargo, si tú lo mandas, ¿qué tengo que hacer sino obedecer? Tus órdenes son las del Profeta, y su voz es la de Dios.» Pero Hussein también tiene que vencer la repugnancia de la novia elegida y de todas las mujeres de su familia.

«Heredero del vicario de Dios» dice la madre de Kassem al Imán, «mándame morir; pero no me hables de boda. Si Zobeyda y Kassem se han de desposar, ¿dónde está el arbusto para teñir sus manos con el jugo de las hojas? ¿Dónde está la cámara nupcial?» «Madre de Kassem», responde el Imán con solemnidad, «dentro de poco, y en este campo de angustia, ¡la tumba será la cama de matrimonio, y la mortaja el vestido de boda!» Todo cede á la voluntad del sagrado. Las mujeres y los niños rodean á Kassem, le rocían con agua de rosas, le ponen brazaletes y collares, esparcen bombones alrededor, y luego se forma la procesión de las bodas. De repente se oyen tambores y trompetas, y aparecen las tropas sirias. A la cabeza vienen Ibn-Said y Shemer. «El Príncipe de la Fe celebra una boda en el desierto», exclaman con mofa; «pronto cambiaremos en duelo su fiesta.» Pasan de largo, y Kassem se despide de su novia. «Dios te guarde, esposa mía», dice abrazándola; «pues tengo que abandonarte!» «Permanece un momento aquí», dice ella, «un momento sólo; tu presencia es como la lámpara que nos alumbra; déjame dar una vuelta á tu alrededor como las da la mariposa, ¡suavemente, suavemente!»

Y girando alrededor de él, ejecuta el antiguo rito oriental del respeto de una recién casada á su marido. El, turbado, se levanta para marchar: «¡Las riendas de mi voluntad se aflo-

jan!» murmura. Ella le agarra por la ropa: «Suéltame», exclama él, «no nos pertenecemos!»

Después pide al Imán que lo envuelva en el sudario. «Oh, ruiseñor del huerto divino del martirio», dice Hussein al cumplir su deseo, «yo te visto con tu mortaja, y beso tu rostro; ¡no hay temor ni esperanza más que en Dios!» Kassem encomienda á su hermanito Abdallah al cuidado del Imán. Omm-Leyla levanta la vista del cadáver de su hijo, y dice á Kassem: «Cuando entres en el jardín del Paraíso besa por mí la cabeza de Alí-Akber!»

Las tropas sirias aparecen otra vez. Kassem se lanza sobre ellas, y todos se alejan combatiendo. La Familia de los Diez, al mandato de Hussein, pone el Korán sobre sus cabezas y ora, cubriéndose de arena: Kassem reaparece victorioso. Ha matado á Agrek, un capitán, jefe de los sirios, pero su sed es intolerable. «Tío», dice al Imán que le pregunta qué recompensa desea por su valor, «mi lengua se pega al paladar; la recompensa que deseo es *agua.*» «Me llenas de vergüenza, Kassem», contesta su tío; ¿qué haré? ¡Tú pides agua y no la hay!

KASSEM.—«Si pudiese tan sólo humedecer la boca, podría concluir en seguida con los hombres de Kufa.»

HUSSEIN.—«Por mi vida, que no tengo una gota de agua.»

KASSEM.—«Si fuese lícito, mojaría la boca con mi propia sangre.»

HUSSEIN.—«Hijo amado, lo que el Profeta prohibe no puede ser lícito.»

KASSEM.—«Yo te suplico; deja que mis labios se humedezcan una sola vez, ¡y venceré á tus enemigos!»

Hussein oprime con sus labios los de Kassem, quien, refrigerado, se lanza otra vez al combate, y vuelve sangrando y cubierto de dardos, á morir en la tienda á los pies del Imán. Así acaba el casamiento de Kassem.

Pero el gran día es el décimo del Moharrem, cuando acaece la muerte del mismo Imán. La narración de Gibbon resume los sucesos de este gran día. «La batalla concluyó al fin con la

muerte del último de los compañeros de Hussein. Solo, fatigado y herido, estaba éste sentado á la puerta de su tienda. Tenía la boca atravesada por un dardo: levantó las manos al cielo —estaban llenas de sangre — y pronunció una oración funeral por los vivos y los muertos. Su hermana salió de la tienda en un transporte de desesperación, y conjuró al general de los Kufianos á que no permitiese que asesinasen á Hussein ante sus ojos. Una lágrima se deslizó por la venerable barba del soldado, y los hombres más audaces de sus filas retrocedieron, apartándose á cada lado cuando el moribundo Imán se arrojó entre ellos. El feroz Shemer — nombre detestado por los fieles—reprendió su cobardía, y el nieto de Mahoma quedó muerto con treinta y tres heridas de lanzas y espadas. Después que pisaron el cadáver, llevaron su cabeza al castillo de Kufa, y el inhumano Obeidallah (el gobernador) le golpeó la boca con un junco. «¡Ay!» exclamó un anciano musulmán, «sobre esos labios he visto yo los labios del Apóstol de Dios!»

Para esta catástrofe no basta una sola *tazya;* todas las compañías de actores se unen en un vasto espacio abierto; alrededor del círculo se arman tiendas y barracas para los espectadores; en el centro, está el campamento del Imán, y el día concluye con su conflagración.

No faltan piezas que continúen la historia posterior á la muerte de Hussein. Una que produce efecto extraordinario es la de *La Doncella cristiana*. La carnicería concluyó, el enemigo se ha marchado. Los espectadores están mudos de respeto, la escena representa la silenciosa llanura de Kerbela y las tumbas de los mártires. Están expuestos á la vista sus cadáveres, llenos de heridas y con las armas todavía clavadas en ellas; pero alrededor hay infinidad de coronas, de luces encendidas, círculos de luz que demuestran que han entrado en la gloria. A un extremo del *sakou* una tumba más alta; es la del Imán Hussein, y su cuerpo herido descansa sobre ella. Entra brillante caravana, con camellos, soldados, servidores y una señorita montada á caballo con traje europeo, ó lo que pa-

sa en Persia por traje europeo. Detiénese cerca de las tumbas, y propone acampar allí. Sus servidores tratan de clavar una tienda; pero donde quiera que hacen un agujero en el terreno, sale un chorro de sangre, y un gemido de horror recorre el auditorio. Entonces, la hermosa viajera, en lugar de acampar, sube al *Cagnumá,* se acuesta allí para descansar, y se queda dormida. Se le aparece Jesucristo, y le hace saber que este sitio es Kerbela, y lo que ha sucedido aquí. Mientras tanto, un árabe del desierto, un beduino que en otro tiempo recibiera favores de Hussein, viene á hurtadillas, con intención de robar. No encuentra nada, y en un paroxismo de brutal furia empieza á maltratar los cadáveres. Fluye la sangre. El sentimiento de respeto de los asiáticos hacia sus muertos es bien conocido, y el horror de la concurrencia se eleva al grado máximo. Luego, el ladrón acomete y hiere el cadáver del mismo Imán, sobre el cual revolotean blancas palomas; la voz de Hussein, honda y lastimera, dice desde su tumba: «¡No hay más Dios que Dios!» El criminal huye aterrorizado; los ángeles, los profetas, Mahoma, Jesucristo, Moisés, los Imanes, las santas mujeres, todos se reunen en el *sakou,* rodean á Hussein y le llenan de honores. La doncella cristiana se despierta y abraza el Islamismo, el de la secta de los Shiahs.

Otra pieza corona la historia, trayendo á Damasco, á la presencia del califa Yezid, cautivos á las mujeres y niños de la familia del Imán. En esta pieza es donde se representa el magnífico cuadro, ya mencionado, de la corte del califa. Para él se prestan las joyas de la corona, y los trajes de las señoras de la corte de Yezid, representadas por muchachos que se escogen por su buen parecer, se dice que valen muchos miles de libras; pero el auditorio las contempla sin agrado, porque esta brillante corte de Yezid es cruel para los cautivos de Kerbela. Los presos son enviados á miserable calabozo subterráneo; la esposa del califa, que había sido en otro tiempo esclava de Fátima, la hija de Mahoma, y madre de Hussein y Zeyneb, va á ver á Zeyneb en la prisión; su corazón se conmueve, y,

pasando por la agonía del arrepentimiento, vuelve junto á su marido, le echa en cara sus crímenes, é intercede por las mujeres de la santa familia, y por los niños, que siguen llamando al Imán Hussein. Yezid manda que maten á su esposa, y envía la cabeza de Hussein á los niños. Sekyna, la hija menor del Imán, niña de cuatro años, toma en sus brazos la amada cabeza, la besa y se acuesta al lado de ella. Entonces Hussein se le aparece como en vida. «¡Oh, padre mío!» exclama ella, «¿dónde estabas? Yo tenía frío y hambre, y fuí apaleada, ¿dónde estabas?» Pero ahora le ve otra vez, y es dichosa. En la visión de su felicidad pasa de esta penosa vida á la otra, entra en descanso, y el drama termina con el entierro de la criatura.

Estos son los mártires de Kerbela, y estos los sufrimientos que despiertan en la concurrencia asiática tan honda y seria simpatía, tan sinceros transportes de compasión, amor y gratitud, que para encontrarles semejanza completa hay que pensar en los sentimientos que han causado emociones en Ammergau. Ahora bien, ¿dónde hemos de buscar la entidad objetiva del drama persa, como origen de la profundísima emoción?

El Conde Gobineau sugiere que en el sentimiento patriótico; y que nuestros deudos indo-europeos, los persas, conquistados por los árabes semitas, hallan en los sufrimientos de Hussein el retrato de su propio martirio. «Hussein», dice el Conde Gobineau, «no es solamente el hijo de Alí, es el marido de una princesa de la sangre de los reyes persas; él, su padre Alí, y todos los individuos de la familia de los Imanes, representan á la nación, representan á Persia, invadida, maltratada y despoblada por los árabes. El derecho insultado y violado en Hussein, está identificado con el derecho de Persia. Los árabes, los turcos, los afganos—enemigos implacables y hereditarios de Persia,—reconocen á Yezid como legítimo califa; Persia halla excusa en eso para odiarles más, y se identifica doblemente con las víctimas del usurpador. Es, por tanto, el

patriotismo el que aquí toma forma de drama para expresarse.» Sin duda encierra mucha verdad lo que dice el Conde Gobineau; y cierto que la división de los Shiahs y de los Sunis tiene su verdadera causa más bien en diversidad de razas, que en diferencia de creencias religiosas.

Pero confieso que si me pareciese que el interés de los dramas de pasión persas consistía únicamente en el curioso testimonio que dan del efecto del sentimiento patriótico en un pueblo conquistado, no me hubiese ocupado de ellos detenidamente. Creo que indican algo mucho más interesante. Lo que sea, no puedo hacer más que indicarlo; pero lo haré en conclusión, y después dejaré que el observador de la naturaleza humana lo aclare por sí mismo.

Cuando Jaffer, primo de Mahoma, y otros de sus primeros conversos, perseguidos por los idólatras de la Meca, huyeron á Abisinia en el año de nuestra era 615, siete años antes de la Hegira, y se refugiaron junto al Rey de su país, las gentes de la Meca persiguieron los fugitivos, ordenando que se les entregasen. Abisinia era ya entonces cristiana. El Rey preguntó á Jaffer y á sus compañeros acerca de esta nueva religión por la cual habían dejado á su país. Jaffer contestó: «Nosotros estábamos sumergidos en la obscuridad de la ignorancia, y adorábamos á los ídolos. Entregados á todas nuestras pasiones, no conocíamos otra ley que la del más fuerte, cuando Dios alzó entre nosotros un hombre de nuestra propia raza, de noble estirpe y á quien teníamos en mucha estimación por sus virtudes. Este apóstol nos habló para que creyésemos en un solo Dios y que á un solo Dios adorásemos, que rechazásemos las supersticiones de nuestros padres y despreciásemos las divinidades de madera y piedra. Nos mandó evitar la perversidad, hablar con verdad, ser fieles á nuestros compromisos, bondadosos y serviciales con nuestros parientes y prójimos. Nos mandó respetar la castidad de las mujeres y no robar al huérfano. Nos exhortó á la oración, á la caridad y al ayuno. Nosotros creimos en su misión y aceptamos las doctri-

nas y la norma de vida que nos trajo de Dios. Por esto nuestros paisanos nos persiguieron, y ahora quieren que volvamos, que tornemos á su idolatría.» El Rey de Abisinia rehusó entregar á los fugitivos, y volviéndose otra vez á Jaffer, después de algunas explicaciones más, levantó una paja del suelo, y le dijo: «Entre nuestra religión y la vuestra no hay el grueso de esta paja de diferencia.»

No me hago solidario de tal afirmación, aunque bien podemos afirmar que la cuenta que Jaffer da de la religión de Mahoma es mucho más verdadera que las que corren vulgarmente entre nosotros. Realmente, por honra de la humanidad, siendo más de cien millones de hombres los que profesan la religión mahometana, según se dice, agrada pensar que no se equivocaba. Para la opinión popular de todas partes, la religión está probada por milagros. Todas las religiones, excepto la propia de cada hombre, son enteramente falaces y vanas; los autores de ellas son meramente impostores, y los milagros que las atestiguan, fingidos. Olvidamos que este es juego que dos pueden jugar, aunque el creyente de cada religión imagina siempre que los testimonios de la propia han de ser los únicos y seguros. Será pues, añado, que este es achaque común de las reliquias todas, pero aparte de discusiones teológicas prueba adicional del valor de una religión, es el que haga más por lo que comunmente está reconocido como saludable y necesario. En la Cristiandad no necesita uno tratar de establecer que la religión de los hebreos es mejor que la de los árabes, ó la Biblia es libro más sublime que el Korán. La Biblia *se formó,* el Korán *fue hecho;* en eso consiste la inmensa diferencia entre ellos en profundidad y verdad. Esta misma inferioridad puede hacer del Korán instrumento más poderoso que la Biblia para ciertos prosélitos y para gentes de baja estofa y poca cultura. Por las circunstancias de su origen, el Korán tiene un carácter intensamente dogmático con la insistencia perpetua sobre el motivo de recompensas y castigos futuros, y la exhibición palpable del Paraíso y el in-

fierno, de que la Biblia carece. Entre las razas poco conocidas y adelantadas del vasto continente africano, los misioneros mahometanos logran más éxito que los nuestros, por el dominio que les da este carácter del Korán. Con todo, en Africa se demostrará, de seguro, algún día que siendo así que las gentes de la Biblia se revelan por medio de Isaac, y las del Korán por medio de Ismael, la diferencia entre la religión de la Biblia y la del Korán es casi como la diferencia de Isaac á Ismael. Yo creo que la severidad acerca de la rectitud, que es lo que en realidad significa el odio á la idolatría, y las profundas é inagotables doctrinas de que el Eterno ama la justicia, que no hay paz para los perversos, que la equidad es fundamento sempiterno, están demostradas é inculcadas en el Viejo Testamento con una autoridad, majestad y verdad que se dejan al Korán muy atrás, y que cuanto más progrese la humanidad y se ilustre, más sentirá que no tiene iguales. Mahoma no se informó bien, sin duda, de los judíos y sus documentos, si bien bebió algo de este manantial para su religión. Pero no es mero plagio de la de Judea, como tampoco es mero conjunto de falsedades. No; en la formalidad, elevación y energía moral de él y de la raza semítica, de la que nació y á la que habla Mahoma, hallo principalmente ese desprecio y odio á la idolatría, ese sentimiento del valor y verdad de la rectitud, juicio y justicia que forman la verdadera grandeza del falso Profeta y de su Korán, dando así testimonio independiente de las esenciales doctrinas del Antiguo Testamento, más bien que remedándolas. El mundo necesita rectitud, y la Biblia es gran maestra en ella; pero para ciertos tiempos y ciertos hombres, Mahoma fue también, á su manera, doctor en rectitud.

Bien sabemos cómo la concepción de la rectitud en el Antiguo Testamento, perdiendo con el tiempo la elasticidad y fuerza de la intuición, llegó á quedar algo petrificada, limitada y externa, necesitando renovarse. Sabemos cómo la Cristiandad la renovó llevando á estas mortecinas aguas del Ju-

daismo una especie de chorro cálido de tierna emoción, debido principalmente á cualidades que pueden ser atribuídas á mansedumbre y abnegación internas. El mahometanismo no se renovó de tal suerte. Comenzó con una idea de la rectitud, elevada, en verdad, pero limitada, y que podemos llamar de judío antiguo; y así prosiguió. No es religión de *sentimiento*. Nadie diría que son suyas las virtudes de mansedumbre, dulzura y abnegación; y cuanto más avanzaba, más visibles se hicieron las faltas de su estrecha base original, y se hizo más rígida y militante, y menos amable y simpática. Ahora bien: ¿qué son Alí, Hassán, Hussein y los Imanes sino una insurrección de nobles y piadosas naturalezas contra esta dureza y aridez de la religión que les envuelve? Insurrección que hace parecer á sus autores débiles, indefensos é infelices para el mundo y entre las luchas del mundo, pero que les da á conocer la alegría y la paz que el mundo anhela en vano, inspirando al corazón de la humanidad simpatía irresistible. «Los doce Imanes», dice Gibbon, «Alí, Hassán, Hussein y los descendientes de éste, hasta la novena generación, sin armas, tesoros ni súbditos, gozaron sucesivamente de la veneración del pueblo. Sus nombres fueron con frecuencia pretexto de sedición y guerra civil; pero estos santos efectivos despreciaron la pompa del mundo, sometiéndose á la voluntad de Dios y á la injusticia del hombre, y consagraron sus vidas inocentes al estudio y á la práctica de la religión.»

La abnegación y dulzura, basadas en lo hondo de su vida interna y probadas por inmerecido infortunio, constituyó el poder de los primeros y famosos Imanes, Alí, Hassán y Hussein, sobre la imaginación popular. «¡Oh, hermano!, dice Hassán, cuando estaba muriendo envenenado, á Hussein, que trataba de buscar y castigar á su asesino; ¡oh, hermano!, déjale en paz hasta que él y yo nos encontremos delante de Dios.» Así, su padre Alí se dejó despojar de sus derechos en vez de apegarse á ellos. Así dijo de Hussein su dichoso rival el usurpador califa Yezid: «Dios amaba á Hussein, pero no le permi-

tió llegar á nada.» Ellos nada lograrían; eran demasiado puros y nobles y honestos en su modo de vivir, como lo eran por su nacimiento; pero el pueblo, que también puede lograr muy poco, les amaba más por eso mismo, les amaba por su abnegación y mansedumbre, comprendía que eran caros á Dios, que Dios les amaba, y que ellos y sus vidas llenaban un vacío en la severa religión de Mahoma. Estos resignados pacientes, llenos de santa abnegación, que no peleaban ni gritaban, suplían en el Islamismo una parte tierna y patética. Los conquistados Persas, raza más suave, más móvil é impresionable que sus conquistadores semíticos, concentrados y austeros, sentían mejor esa necesidad y daban más preeminencia á los ideales que la satisfacían; pero también en los árabes y turcos y en toda la gente mahometana, Alí y sus hijos excitan entusiasmo y cariño. Alrededor de Hussein, que es el paciente mártir, ha venido á agruparse lo que hay de más tierno y conmovedor. Su persona trae á la imaginación del musulmán la naturaleza humana del mismo Mahoma, su afición á los niños—pues á Mahoma le gustaba acariciar al pequeño Hussein en su regazo y mostrarle á su pueblo desde el púlpito.—La Familia de los Diez está llena de mujeres y niños, y de su devoción y sufrimientos; santas mujeres irreprensibles, niños hermosos é inocentes. También hay amantes, también asoma la belleza y el amor en la juventud; pero todos siguen la atracción del puro y resignado Imán; todos mueren por él. El cariñoso lenguaje de los demás refleja en el suyo y lo realza, hasta que, finalmente, de la imaginación popular surge un inmenso ideal de mansedumbre y sacrificio, fundiéndose y rebosando en el alma.

Aun para nosotros, á quienes casi todos los nombres son extraños, cuyo interés por los lugares y personas es pálido ó nulo, que hoy las tenemos un momento ante nosotros para no volverlas á ver probablemente nunca,—aun para nosotros, ó mucho me equivoco, los efectos de este ideal son patentes. ¿Qué no será para aquellos á quienes cada nombre es familiar y recuerda las cosas más solemnes y queridas; que tienen toda

la vida su mirada fija con adoración en este ejemplo de abnegación y dulzura y que no conocen ningún otro? Sería superfluo decir al pueblo inglés que la religión del Korán no iguala en valer á la religión del Antiguo Testamento; todavía más superfluo decir que la religión de los Imanes no tiene la valía del Cristianismo. El carácter y enseñanzas de Jesucristo, ya lo he dicho á menudo en otras partes, poseen dos actividades características: mansedumbre y benigna equidad. La última, que nos muestra claramente los deberes como para darles la fuerza de una intuición, como para hacer del sacrificio total de nuestro ordinario egoismo la cosa más necesaria en el mundo, más sencilla, natural y atrayente, ha sido aplicada hasta aquí en espacio muy limitado, y está llamada á acción mucho más amplia: tiene una fecundidad que todavía transformará al mundo. De esto no carecen los Imanes, excepto en el punto de mansedumbre y sacrificio, que tiene algo de dulce justicia, y son su preliminar indispensable. *Dulzura* y *sacrificio* es lo que manifiestan, y hemos visto qué atracción ejerce. ¿Podíamos pedir al Cristianismo más fuerte testimonio? ¿Podíamos desear algún signo más convincente, de que Jesucristo fue en verdad, lo que le llaman los cristianos, *el deseo de todas las naciones?* Lo que contiene el Cristianismo es tan saludable y tan necesario, que una religión—grande, poderosa y feliz—se alza sin eso, y la virtud que le falta la obliga á retroceder. El Cristianismo puede decir á estos mahometanos persas, que tienen su apasionada mirada vuelta hacia los mártires Imanes, lo que en nuestra Biblia dice Dios á Ciro por Isaac su excelso antecesor: *Yo te rodeé, aunque tú no me has conocido.* Hay un largo camino de Kerbela al Calvario; pero los mártires de Kerbela presentan á la mirada de millones de seres de nuestra raza la lección predilecta del mártir del Calvario. Pues él dijo: «Aprended de mí, que soy *manso* y *humilde de corazón,* y hallaréis *descanso para vuestras almas.*»

MATEO ARNOLD.

POETAS AMERICANOS

RETRATOS

Á Benavente.

I

Don Gil, Don Juan, Don Lope, Don Carlos, Don Rodrigo.
¿Cuya es esta cabeza soberbia? ¿esa faz fuerte?
¿Esos ojos de jaspe? ¿esa barba de trigo?
Este es un caballero que persiguió á la Muerte.
Cien veces hizo cosas tan sonoras y grandes,
Que de águilas poblaron el campo de su escudo;
Y ante su rudo tercio de América ó de Flandes,
Quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo.
La coraza revela fina labor; la espada
Tiene la cruz que erige sobre su tumba al miedo;
Y bajo el puño firme que da su luz dorada,
Se afianza el rayo sólido del yunque de Toledo.
Tiene labios de Borja, sangrientos labios, dignos
De exquisitas calumnias, de rezar oraciones,
Y de decir blasfemias: rojos labios malignos
Florecidos de anécdotas de cien Decamerones.
Y con todo, este hidalgo, de un tiempo indefinido,
Fue el abad solitario de un ignoto convento,
Y dedicó en la muerte sus hechos: «*¡Al olvido!*»
Y el grito de su vida luciferina: «*¡Al viento!*»

II

En la forma cordial de la boca, la fresa
Solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo
Del óvalo del rostro de la blanca abadesa
La pura frente es ángel y el ojo negro es brujo.
Al marfil monacal de esa faz misteriosa
Brota una dulce luz de un resplandor interno,
Que enciende en las mejillas una celeste rosa
En que su pincelada fatal puso el Infierno.
¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María! ¡Oh, Sor María!
La mágica mirada y el continente regio,
¿No hicieron en un alma, pecaminosa un día,
Brotar el encendido clavel del sacrilegio?
Y parece que el hondo mirar cosas dijera,
Especiosas y ungidas de miel y de veneno.
(Sor María murió condenada á la hoguera:
Dos abejas volaron de las rosas del seno).

III

LEDA

El cisne en la sombra parece de nieve.
Su pico es de ámbar, del alba al trasluz;
El suave crepúsculo que pasa tan breve
Las cándidas alas sonrosa de luz.
Y luego en las ondas del lago azulado,

Después que la aurora perdió su arrebol,
Las alas tendidas, el cuello enarcado,
El cisne es de plata, bañado del sol.
Tal es cuando esponja las plumas de seda.
Olímpico pájaro, herido de amor.
Y viola en las ninfas sonoras á Leda,
Buscando su pico los labios en flor.
Suspira la bella desnuda y vencida,
Y en tanto que al aire sus quejas se van,
Al fondo verdoso de fronda tupida
Chispean lascivos los ojos de Pan.

Ruben Darío.

CÓMO SE PUEDE REFORMAR LA CONSTITUCIÓN DE 1876

I

Se ha hablado mucho en los periódicos políticos diarios de cierto proyecto acariciado, al parecer, por los jefes de los dos principales partidos monárquicos, y referente á la reforma de algún artículo de la Constitución española vigente. Dícese que el artículo á que la reforma habría de contraerse es el 60, según el cual «el Rey es menor de edad hasta cumplir diez y seis años». Próximo, según este artículo, el momento en que Don Alfonso XIII, hoy menor, habrá de ser declarado mayor de edad, con todas las naturales consecuencias que tal declaración supone, quizá se ha creído que puede no ser prudente aplicar el artículo citado, y sí, en cambio, retrasar la fecha de la mayor edad del Rey, á fin de que la Regencia continúe algunos años más.

No es mi propósito discutir aquí la oportunidad ó inoportunidad del proyecto indicado, que hasta puede ser una mera fantasía periodística. Sería preciso, para discutirlo, hacer consideraciones muy delicadas, acerca de las razones que pueden militar en pro de la prolongación del período de la minoridad

real y de los peligros que la Monarquía ha corrido en las Regencias reales, y no trato yo ahora de eso; como tampoco trato de discutir si es ó no oportuno, en las circunstancias por que el país atraviesa, iniciar un período de reforma de la Constitución, de una Constitución que no se ha reformado como tal nunca, en su letra al menos, y sobre cuya bondad y justicia no hay acuerdo perfecto entre los partidos españoles. Desde el punto de vista de los intereses que quieren garantir aquellos á quienes se atribuye el proyecto de reforma constitucional, podría la reforma del art. 66 ser una aventura que, hasta el presente, no ha corrido el Código político de 1876, salvo que hubiera una gran habilidad en los gobernantes ó autores de la reforma, y un gran patriotismo en todos para aprovechar la coyuntura que la misma habría de ofrecer, á fin de transformar de cierta manera las bases fundamentales de la Constitución, ampliando indefinidamente el criterio aplicable para la reforma constitucional, de suerte que todos los partidos vieran en la Constitución *reformable,* una legalidad común dentro de la cual podrían trabajar por el triunfo de sus ideales más caros.

Pero repito que no es mi propósito discutir ninguno de estos puntos; no quiero hablar de si se debe ó no se debe, ni de si conviene ó no conviene reformar la Constitución de 1876, sino que, partiendo del supuesto—aventurado quizá—de que se ha pensado ó se piensa en la posibilidad de reformar, aunque no sea más que el art. 66 citado, voy á discurrir breves momentos sobre *cómo se puede reformar* la Constitución vigente de 1876; problema de derecho político positivo de algún interés, y más difícil de lo que á primera vista parece.

II

En efecto, tratándose de reformar la Constitución de 1876, lo primero que cabe preguntar es si se puede reformar. Porque esta Constitución española carece de lo que, en opinión

del insigne tratadista de derecho constitucional, Burgess (1), debe estimarse como «la parte más importante de las Constituciones», lo que comunmente se llama «cláusula de reforma». —«De su existencia y acierto—añade dicho autor—es decir, de su correspondencia con las condiciones reales y naturales, depende que el Estado se desenvuelva continua y tranquilamente, ó que sufra alternativas de estacionamiento, retroceso y revolución.» No diría yo tanto; con ó sin procedimiento expreso y especial para su reforma, pueden las Constituciones servir ó no servir para su fin. Se comprende que en los tiempos en que se iniciaba el constitucionalismo, existiendo como existía una fe ciega en la eficacia de las declaraciones dogmáticas y de los articulados de un Código, tuviese una importancia grande, ó por lo menos se diese una gran importancia á la consignación de un procedimiento de reforma constitucional en las Constituciones. Pero la experiencia nos dice que pueblos como Inglaterra han tenido un desenvolvimiento político, normal, progresivo, sin trastornos graves, y eso que no se han parado á determinar, no ya el procedimiento de reforma de sus instituciones, pero ni la organización expresa de éstas, mientras, por el contrario, otros pueblos, como Francia, con Constituciones escritas y reformables por un procedimiento especial, no han disfrutado de la misma tranquilidad, ni han gozado de un desenvolvimiento normal en igual medida. Y no digamos nada de las Repúblicas hispanoamericanas.

La estabilidad de las instituciones de un pueblo depende de otras causas mucho más complejas. Pero, aun sin dar á la determinación expresa del procedimiento de reforma constitucional tanta trascendencia como pretende Burgess, en los países en que el derecho constitucional y su régimen se han introducido por obra de una ó varias revoluciones y como consecuencia de una elaboración expresa, en una Asamblea

(1) *Ciencia política y Derecho constitucional comparado*, I, pág. 169, trad. esp. de LA ESPAÑA MODERNA.

cosnstituyente, ó en varias, la determinación legal de cómo puede la Constitución reformarse es necesaria, ó puede serlo en determinadas condiciones, sobre todo cuando la desconfianza en los Gobiernos pide garantías contra las contingencias posibles de golpes de Estado ó de modificaciones de la Constitución poco meditadas. La prueba es que gran parte de los pueblos modernos constitucionales han fijado la manera de reformar sus Códigos fundamentales encomendando la tarea á entidades ó instituciones especiales, ó á las ordinarias, que obran para el caso de una manera especial. Unas veces se acude á la reunión de Asambleas constituyentes ó extraordinarias, como verbigracia ocurre en Bélgica, Dinamarca, Servia, Chile, República Argentina. Otras el proyecto de reforma constitucional se somete al voto popular, como en Suiza, y otras la reforma se hace por el poder legislativo ordinario, pero exigiendo trámites especiales distintos de los que se piden para reformar las leyes ordinarias, como ocurre en Alemania, Austria, Francia, Japón, Colombia, Brasil, etc. Por otro lado, el procedimiento para la reforma constitucional es un buen indicio del criterio imperante en cada Estado acerca de la institución que se reputa órgano más inmediato de la soberanía.

De todos modos, no es completamente indispensable, y hasta no debe estimarse como esencial lo de que una Constitución, para ser perfecta, necesite contener un procedimiento de reforma constitucional entre sus disposiciones. La Constitución de Italia nada dice respecto de la manera como debe reformarse. Y en nuestra España misma hemos tenido de todo. Prescindiendo de la Constitución *afrancesada* de 1808, llamada *de Bayona,* cuyo art. 145 alude á las modificaciones y adiciones constitucionales, en España se han dictado las Constituciones de 1812, 1834 (Estatuto Real), 1837, 1845, 1856 (que no llegó á promulgarse), el *Acta adicional* de 1856 restableciendo la Constitución de 1845, la reforma de ésta en 1857, las Constituciones de 1869 y 1876. Ahora bien; las Constituciones

de 1812, 1856 y 1869 contienen disposiciones especiales sobre la manera de reformarlas; en cambio, el Estatuto Real y las Constituciones de 1837 y 1845 nada dicen. Y no creo yo que la superioridad de unas Constituciones respecto de las otras dependa sólo de que tengan ó no tengan procedimientos de reforma constitucional, aun cuando desde el punto de vista democrático y liberal sea preferible lo primero, en cuanto signifique el reconocimiento de la soberanía en el cuerpo social.

III

Lo raro del caso es que nuestra Constitución de 1876 *no tiene ni deja de tener*—implícitamente—procedimiento de reforma constitucional. Y he aquí por qué el problema de cómo debe ser reformada es un problema difícil, y además porque las consideraciones hechas más arriba respecto de la mayor ó menor importancia de las *cláusulas de reforma* no pueden aplicarse á nuestro Código fundamental vigente.

Realmente, si atendemos á los antecedentes histórico-constitucionales de la Constitución de 1876 y á las opiniones de algunos de sus principales autores, verbigracia, el Sr. Cánovas y el Sr. Silvela, trátase de una Constitución doctrinaria, que sigue á la Constitución *reformable* por un procedimiento especial y expreso de 1869, y suscita con la Restauración el criterio de la Constitución de 1845. El señor Silvela, discutiendo con el Sr. Ulloa, si no estoy equivocado, en las Cortes de 1876, el proyecto de la que poco tiempo después había de ser Constitución de la Monarquía española, al comparar ésta con las Constituciones de 1869 y 1845 en el punto concreto de su posible reforma, la separaba de la primera radicalmente, y la consideraba idéntica en su espíritu y sentido á la de 1845 (1).

(1) *Diario de las Sesiones de Cortes.*—Congreso, 1876, n. 42, pág. 825.

Y tenía el Sr. Silvela razón. Ambas Constituciones se parecen muchísimo en el modo como tratan, ó mejor *no tratan* de su reforma. Porque aquí está la dificultad de la Constitución de 1876. Obra ésta en su preparación extraparlamentaria de una gran junta de 600 ex-senadores y ex-diputados celebrada en Madrid el 20 de Mayo de 1875 (1), fue *propuesta* á las Cortes *reunidas* en virtud de *convocatoria real*, por el Rey, *discutida* por las Cortes luego, y por fin *sancionada* por la Corona. La coparticipación del Monarca y de las Cortes en la elaboración de la Constitución, resulta además bien clara del encabezamiento que al frente de la Constitución va. «D. Alfonso XII... (dice) sabed: *que en unión y de acuerdo con las Cortes del Reino actualmente reunidas, hemos venido en decretar y sancionar la siguiente Constitución.*» Como luego la Constitución nada dice de cómo se puede reformar, parece al pronto que esta reforma se debería efectuar mediante el concurso de las Cortes y de la Corona, en la forma ordinaria, según la cual tal colaboración se efectúa, que no puede ser otra *que una ley*. Pero esta interpretación tropieza con el art. 23, referente al Senado, y según el cual, «las condiciones necesarias para ser nombrado ó elegido senador, podrán variarse por una ley;» lo que, lógicamente pensando, viene á indicar que las demás disposiciones de la Constitución no pueden variarse por una ley, pues de poder variarse, no habría por qué decir lo que dice el art. 23, sobre la posibilidad de variar por una ley las condiciones necesarias para ser nombrado ó elegido senador.

Relacionando unas disposiciones con otras, lo que parece más probable es, que el autor de la Constitución de 1876 pensaba en añadir á ésta un procedimiento particular para su reforma, distinto del empleado para hacer y reformar las leyes ordinarias. Es más, creo que tal era el propósito del autor principal de la Constitución vigente, autor en el sentido de

(1) Véase el preámbulo del proyecto de Constitución de 1876. *Diario de las Sesiones de Cortes*, 1876. I, núm. 28, Ap.

director supremo de la política imperante por entonces. ¿Porqué no llega á realizarlo? Sería algo temerario suponer en el hombre de Estado que llevaba el peso de la política de la restauración, olvido ó distracción de tal tamaño, como los que implican la falta de la cláusula de reforma, en una Constitución como la de 1876, que por su carácter doctrinario y por las circunstancias en que iba á ser aplicada, debía tener claro y explícito todo lo referente á la coparticipación en el ejercicio del poder constituyente, de los dos factores estimados como fundamentales de la soberanía: el Rey y el Pueblo. Más bien debería uno pensar, en el deseo vehementísimo revelado en la discusión del proyecto de Constitución, de normalizar cuanto antes la situación del régimen constitucional, puesto entonces en condiciones de gran dificultad, vacilante entre sus tendencias y simpatías por el doctrinarismo de la Constitución de 1845 y el hecho innegable de la vigencia de la Constitución de 1869. Por otra parte, acaso haya influído en el ánimo del autor de la Constitución lo peligroso de los debates acerca de la reforma constitucional, sobre todo en momentos como aquellos.

De todas suertes, sea cual fuere la causa, es lo cierto que la Constitución de 1876 da á entender en su art. 23 que debe ser reformada de una manera especial, y que luego la Constitución nada dice de cómo debe reformarse.

¿Cómo resolver, entonces, la cuestión? Figurémonos que se trata de reformar el art. 66, citado al principio de este artículo, y que, atendiendo al art. 23, se declara que no puede ser reformado por una ley. ¿Qué hacer? De seguir el criterio manifestado repetidas veces por el Sr. Cánovas, autor principalmente responsable del Código político de la Restauración, sería preciso que en la reforma colaborasen la Corona y las Cortes, órganos, en opinión de dicho hombre de Estado, de la soberanía de la Nación; pero, aparte de lo discutible que en principio es esta concepción de la Soberanía Nacional, y de que, según la Constitución misma, como el Sr. Azcárate hizo

observar al propio Sr. Cánovas en una discusión parlamentaria (1), el Rey y las Cortes son el Poder legislativo, pero no la soberanía, no cabe duda que las ideas políticas doctrinarias imperantes en el primer período de la Restauración se han modificado radicalmente en el primer período de la Regencia, según se desprende de discusiones parlamentarias muy célebres, habidas entre los Sres. Cánovas, Sagasta, Azcárate, Salmerón, Maura y muchos otros. Y no sólo esto: aun cuando admitiéramos la célebre doctrina canovista de la Constitución interna, y de la irreformabilidad por las vías legales de los dos factores capitales de esta Constitución, la Monarquía y las Cortes, aun suponiendo que éstas son órganos insustituibles de la Soberania Nacional—Soberanía Nacional no negada por el Sr. Cánovas—¿por qué *vías legales* se podría reformar la Constitución de 1876, al tenor de su articulado?

Desde luego, dado el criterio con que se procede en el derecho político, y según el cual *una Constitución* es toda la ley constitucional del Estado cuando es una Constitución completa, es decir, codificada á la manera de las de 1812, 37, 45, 69 y 76, no cabe pensar en que, al darse la Constitución de 1876, se haya considerado que quedaba vigente nada de cuanto contenía la anterior Constitución de 1869, ni aun teniendo en cuenta que aquélla nada dice ni en pro ni en contra de la parte que en la de 1869 se refiere á la reforma constitucional.

IV

Verdaderamente el problema de la reforma de la Constitución de 1876 no puede ser resuelto con arreglo á ninguna disposición legal vigente; no hay vías legales que seguir para reformarla. Hay, pues, que discurrir hasta cierto punto fuera

(1) *Diario de las Sesiones de Cortes.*—Congreso, 1886; núm. 44.

del terreno legal ó del derecho escrito; pero es preciso no alarmarse, porque sin necesidad de acudir á medios extraordinarios, yo creo que cabe proponer términos adecuados para reformar la Constitución de 1876.

La Constitución de 1876, obra de unas *Cortes ordinarias*, convertidas de hecho, por una disposición del monarca, en Cortes Constituyentes—si damos, como quería el Sr. Castelar, este nombre á todas las Cortes que discuten y votan una Constitución,—es una Constitución incompleta á todas luces. Sea por lo que fuere, esta Constitución no tiene cláusula de reforma, no obstante lo que va implícito en el art. 23 relativo á la manera de variar las condiciones para ser nombrado ó elegido senador.

Ahora bien; si se quiere reformar la Constitución de 1876 *sin salirse del criterio político á que responde en su origen,* lo primero que debería hacerse sería completar la Constitución, esto es, acordar en Cortes la manera de reformarla, manera que tendría que ser distinta de la empleada para hacer una ley (1). Y esto, que debería hacerse en Cortes convocadas al efecto, á fin de que el cuerpo electoral decidiera, hasta donde en España esto es posible con las costumbres electorales corrompidas que por tal modo nos degradan y envilecen, acaso serviría, como indicaba al principio, para poder llegar á una solución de concordia entre las distintas maneras de concebir y de interpretar las doctrinas de la soberanía política. De otra suerte, si se hiciera una reforma de la Constitución como quien hace una ley cualquiera, se vulneraría la Constitución de 1876, como en tiempos más azarosos de nuestra vida constitucional se vulneró la de 1845 por los políticos de entonces, poco aprensivos en verdad, y precursores, á su pesar, del movimiento revolucionario de 1868. Y si decididos á tomar la vía más racio-

(1) Véase como precedente la proposición de ley sobre procedimiento para la reforma de la Constitución, del Sr. Nieto.—*Diario de las Sesiones de Cortes*, Congreso, 1882, núm. 21. Ap. 28.

nal de dictar ante todo un procedimiento de reforma de la Constitución se obrara *por sorpresa*, sometiéndole á unas Cortes elegidas sin saber que ante ellas habría de plantearse una cuestión de tanta trascendencia constitucional, se atentaría de hecho á una de las más respetables prerrogativas de la soberanía de los Estados constitucionales: la prerrogativa que implica el poder de definir su ley fundamental. Adviértase que aun en aquellos países, como Inglaterra, en los cuales no se hace distinción alguna entre *ley constitucional* y *ley ordinaria*, por lo que toca al procedimiento empleado para su elaboración, pues se conceptúa al Rey y al Parlamento como los órganos de toda la función legislativa del Estado; sin embargo, jamás se somete *por sorpresa*, es decir, sin que el cuerpo electoral, apercibido, decida una cuestión política fundamental á las deliberaciones del Parlamento.

ADOLFO POSADA.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Había motivos sobrados para esperar que semejantes publicaciones contuviesen este año algo que contribuyera á servir de *sursum corda* al con razón decaído ánimo de muchísimos españoles, algo así como señales evidentes de esa enmienda de que tan necesitados estamos y que es lo que puede constituir nuestra única salvación, ó, cuando menos, que contuvieran propósitos serios de emprender nuevos rumbos é indicación de los planes que los directores de nuestra vida social se hayan trazado para hacer la prometida «revolución desde arriba». En la situación de atraso, descomposición y agotamiento de toda clase en que nos hallamos, como parece que han tenido que reconocer, «ante la brutal evidencia de los hechos», aun los más optimistas y rehacios á tales confesiones, cualquier cosa podía aguardarse del acto de apertura de los Tribunales, menos un discurso y una Memoria más que añadir á la pila no pequeña de los discursos y Memorias de años anteriores.

Porque si bien es cierto que en años anteriores se nos venía diciendo, con una uniformidad espantosa (espantosa para gentes de distinto temple que el nuestro, menos «bravas» y «despreocupadas» que nosotros), que la «marea de la criminali-

dad» iba en aumento incesante, y esto hubiera debido estimularnos á considerar la morada en que vivimos cuarteada y amenazando ruina, también lo es que, por una parte, nosotros no nos habíamos cuidado de examinarla despacio, quizá para no ver sus grandes grietas y poder seguir gozosos habitándola y entregándonos en ella á la alegría y el bullicio, y que, por otra parte, los arquitectos encargados de inspeccionar la solidez de la misma, de custodiarla, de mantenerla en pie y acudir á la reposición de desperfectos, ora se consideraban impotentes para corregir los males que observaban, y por lo mismo cerraban los ojos ante ellos como si no existieran y pasaban de largo, haciéndose de este modo la ilusión del avestruz, ora nos aseguraban año tras año que las cosas marchaban bien, á pedir de boca, y que no había fundamento alguno para sentir alarma, pues las goteras que á veces caían en algunas habitaciones del edificio no significaban sino *peccata minuta,* fácilmente redimibles y reparables, y, en último caso, «imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana». Repásense las Memorias de los años últimos, sobre todo las debidas á la pluma de D. Luciano Puga, muerto recientemente, y se encontrarán pruebas abundantes de lo que decimos, pruebas que, por lo demás, procuré yo mismo poner de bulto al tratar, á su debido tiempo y en esta misma Revista, de las mentadas publicaciones.

Pero, al presente, las cosas se hallan de otra manera. A estas alturas, no es ya lícito seguir meciéndose en tales ilusiones y escondiendo la cabeza bajo el ala. Cuando la casa está ya en el suelo, no cabe poner en duda que se hallaba ruinosa. Los más interesados en continuar engañando á sus «buenos súbditos» para que éstos se dejen embobar y tomen por construcciones sólidas los castillos de naipes, pintados por fuera de piedra, que presentan ante su vista, saben bien que el golpe sufrido ha sido demasiado brusco para abrir los ojos aun á los más lerdos y ensimismados en la contemplación de la tramoya, y que cada vez ha de ser más pequeño el número de los que

traguen el anzuelo. ¿Acaso no es por eso por lo que, desde que comenzaron á soplar los huracanes (huracanes y no más, ruidosos, impetuosos, de cortísima duración, y por lo mismo estériles y aun nocivos, en vez de vientos constantes, suaves y delgados, que son los verdaderamente fecundos) de *regeneración,* se ha querido echar abajo la administración de justicia actual, para reorganizarla de nueva planta, como todo, y sobre bases más firmes que las actuales? ¿No es por eso por lo que el mismo actual Presidente del Consejo de Ministros, poco antes de serlo y en uno de sus alegatos para la conquista de ese puesto, se atrevió á decir, en un periódico de gran circulación, que «la justicia no está instituída en España para otra cosa que para servir á los amigos y perseguir á los adversarios»; con lo que echaba á tierra de un solo golpe la farándula convencional con que mutuamente pretendíamos á veces engañarnos, aun cuando la farsa no nos pasase adentro, es decir, aquella farándula, según la cual la administración de justicia es una de las pocas cosas puras y limpias, una de las escasas instituciones robustas que existen en España?

Tampoco debe olvidarse que el actual Gobierno, á cuyo frente se halla el propio Sr. Silvela, autor de las frases anteriores, se hizo dueño del Poder á título de «regenerador», como órgano, por lo tanto, de toda aquella grandísima parte de opinión que reclamaba un cambio absoluto en los procedimientos políticos y administrativos, cambio consistente en dejar á un lado los antiguos, gastados, de la falsía y la trampa, los de entrar con todas y con todos, siempre que el hacerlo así sirva para mantenerse uno en el mando y para satisfacer los propios intereses y los de los amigos que nos sostienen y ayudan á manejar en provecho suyo y nuestro la máquina, y en sustituirlos por aquellos otros procedimientos que consisten en «desposarse con la verdad», en hacer una «selección» de personas acabando con el nepotismo y con la beneficencia de nómina, en infiltrar en toda nuestra vida social el pregonado «sentido jurídico» que no se conoce en ella sino de oídas.

El primer Ministerio, nombrado después de la llamada «catástrofe nacional» precisamente para curar los efectos de ésta y evitar su repetición, cegando las fuentes que ahora la habían originado; el primer Ministerio, puesto para calmar aquella fiebre «regeneradora» que entró á los españoles de pronto y tan fuerte después de los «desastres de las guerras», estaba obligado, para cumplir sus promesas, á poner inmediatamente manos á la obra de «reconstituir el país», mucho más si ese Ministerio estaba presidido por un hombre que se pasa la vida presentando como programa de su conducta en cuanto gobernante frases como las anteriormente citadas: á menos que las lance á guisa de señuelo para pescar incautos y como pabellón de colores brillantes que encubre mercancías averiadas. Cualquier malicioso se daría á sospechar esto último, teniendo en cuenta que ni la «verdad», ni la «selección», ni el «sentido jurídico» resplandecen á la hora de ahora más de lo que resplandecían antes de ocupar el Poder el Ministerio del señor Silvela, que pretendía monopolizar tales excelencias y virtudes. Si en algo habían de traducirse inmediatamente los trabajos de mejoramiento y saneamiento social á que ese Ministerio ofrecía entregarse, era precisamente en la administración de justicia y en los resultados obtenidos con el mejor funcionamiento de la misma. Ahora, en los documentos leídos en la apertura de Tribunales del presente año judicial debían encontrarse ya los signos que acusaran haberse comenzado la mejora; pero no se encuentra, en verdad, ninguno: son un discurso y una Memoria cortados por el mismo patrón que los de otros años, y con un contenido totalmente análogo al de otros años. Por otra parte, si el Gobierno que nos rige tuviese propósitos de hacer que las palabras que tan á menudo se complace en repetir se tradujeran en hechos tangibles, saliendo así al paso á los que desconfían de ellas, la revisión del proceso de Montjuich, no sólo estaría acordada y decretada á estas horas, sino efectuada; en cambio, se ha visto claro el empeño que ha puesto en entorpecerla y dificultarla, como si

la misma fuese cosa que le pone miedo, y es seguro que mientras el Sr. Silvela, el voceador del «sentido jurídico» sea jefe del Gobierno, la justicia no aparecerá por este lado.

Seguimos, por consiguiente, tan degenerados ó *desregenerados* como hace un año y hace dos, en el mismo estado que entonces y con los mismísimos hábitos viciosos de entonces; entre otros, con el de buscar la «selección» del personal para el desempeño de los puestos públicos y el cobro de la nómina, echando mano de los amigos y proscribiendo á los que no lo sean. Sin duda, el Sr. Silvela se quejaba de que la justicia estuviera instituída en España «para servir á los amigos y perseguir á los adversarios,» cuando sentía la nostalgia del Poder y ocupaba el lugar del yunque; pero en cuanto cogió «las riendas» y empuñó el martillo, cambió de criterio y le pareció muy bien hacer aquello mismo que antes censuraba. ¿Puede darse otra explicación que esta á lo que hacen él y su compañero en el Ministerio «regenerador», Sr. Durán y Bas, ese Ministro de Gracia y Justicia de quien se decía cuando juró que iba á dar una vuelta completa á todo cuanto se relaciona con nuestra administración de justicia (que encontraba, al ponerse al frente de ella, detestable, como la encontrara su jefe), empezando por ser inflexible en lo tocante á la provisión de cargos, no dándolos sino al mérito indiscutible y á la antigüedad rigorosa? Porque la única selección que hacen consiste, al parecer, en barrer hacia adentro (1).

*
* *

El Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Durán y Bas, es una de las reputaciones científicas «hechas», de las «de clavo pasado», de las pertenecientes ya á la categoría de las «indiscu-

(1) Dicen que «visto Frades, se han visto los demás lugares.» «Frades», en el caso que voy á referir, está en Salamanca, y es de presumir que «los demás lugares» serán todo el territorio que constituye «los dominios»

tibles» (por supuesto, dentro de casa únicamente, no en el extranjero). Y como ha alcanzado ya un puesto entre los dioses de nuestro Olimpo, no he de meterme yo ahora á discutir lo «indiscutible», revisando los méritos que le han elevado «de la inmortalidad al alto asiento»: cosa, por lo demás, impertinente en este artículo. Lo que sí puedo decir, en la seguridad de que hay mucha gente que piensa como yo, es que, de no hallarse ya en posesión del renombre que goza, su discurso de apertura de Tribunales de 15 de Septiembre del presente año no se lo hubiera dado. Porque, ¡cuidado que es anodino! Si viviera un amigo y coopositor mío á cátedras, que se ma-

---

del Sr. Durán y Bas y de su colega en «selección» y exquisito «sentido jurídico» Sr. Silvela.

Quedó vacante hace muy poco tiempo la vicesecretaría de la Audiencia provincial de Salamanca, y aspiraba «á su mano,» con el santo fin de «desposarse» con ella (con la vicesecretaría), como el Sr. Silvela con «la verdad,» un nieto del ex-ministro conservador y «figura» muy saliento del partido así apellidado, Sr. Concha Castañeda; hijo de un Concha Alcalde, ex-diputado, silvelista, y según he leído, secretario particular del señor Durán y Bas; sobrino de otro Concha Alcalde, también silvelista, arquitecto, ex-diputado, ex-concejal de Madrid de los ex-procesados, y acaso también pariente de otros varios personajes de la actual situación «regeneradora.» El Ministro de Gracia y Justicia, en vista de tantos méritos... de parentesco, accedió inmediatamente á las pretensiones del mancebo y ordenó le fuera entregada por esposa la tal vicesecretaría, aun cuando no por el rito solemne de la *confarreatio*, sino por el menos solemne del simple *usus*. La Junta de Gobierno de la Audiencia, que hacía de Consejo de familia de la huérfana, se negó á autorizar la unión, porque careciendo el pretendiente de la edad legal necesaria para verificarla, la unión, de realizarse, iría afectada de un vicio de nulidad; entonces, el Ministro de Gracia y Justicia telegrafió á la dicha Junta de Gobierno, mandándole imperativamente dar sobre la marcha posesión de la plaza vacante al muchacho, aun cuando no tuviera edad, porque... con los Ministros, ex-ministros, políticos influyentes y sus respectivos hijos, nietos, sobrinos, demás parientes, amigos, deudos y paniaguados no rezan las leyes, las cuales se han hecho sólo para estorbo y en perjuicio de la *carne de cañón*.

logró antes de tomar posesión de la suya, bien ganada, y que era de los pocos que calan á lo hondo y no se contentan con aposentarse en la superficie, clasificaría ese discurso entre los trabajos llamados por él «clara de huevo y fécula de patata». «Ni sal, ni agua, ni pescado», diría el sentido popular que es la reciente obra del Sr. Durán y Bas. Creo que será por eso por lo que alguien, habiéndolo leído, no sacando de él nada en limpio, y necesitando, por otra parte, pagar tributo á la rutina y á la inercia mental, que exigen formar esta ecuación: producto de la mente de Durán y Bas = cosa notable, no ha encontrado mejor modo de traducir la ecuación dicha que formando estas otras: el discurso de que se trata no lo entiendo; me parece que no dice nada de particular; como lo firma su autor, podría firmarlo cualquier otro sin escrúpulo, porque no compromete á nada; si fuera anónimo, nadie haría caso de él; pero como es cosa de Durán y Bas, Ministro de Gracia y Justicia por añadidura, debe de ser = cosa notable; cosa notable en un trabajo científico que no dice nada á mis ojos, que yo no entiendo, debe de ser una maravilla de profundidad, á lo cual suelen llamar metafísico; luego, discurso Durán y Bas = metafísico; trabajo notable de un gobernante que no suelta prendas, ni hace manifestación alguna con claridad y resolución, ni formula programa alguno que le comprometa á nada; y esto, cuando se esperaban de él declaraciones terminantes, sobre todo en un asunto de Gobierno en que la opinión y la prensa le juzga muy comprometido, á saber: en lo concerniente al regionalismo, una de las espinas del actual Gabinete conservador, debe de ser = muy gubernamental. Resultado: que para salir del paso y no perder la costumbre de adular á los jefes y mandones (sistema habitual en la publicación donde está el juicio á que voy refiriéndome), con lo que se puede ganar mucho y no perder nada, una *Revista* profesional va y dice: «El discurso leído por el Ministro, Sr. Durán y Bas, en la solemne apertura de Tribunales, es una obra *verdaderamente metafísica y gubernamental.*» Y el autor de esto,

que en su propósito es un bombo, pero que en muchos oídos podría sonar á delicada censura, se habrá quedado tan satisfecho. Sin embargo, es en el fondo el mismo juicio que he leído, tocante al discurso de referencia, en alguna otra Revista y en diferentes periódicos..... lo que induce á sospechar que, ó no se han atrevido quienes los han escrito á decir la verdad, fenómeno que está aconteciendo á cada instante, ó no sabiendo qué decir, han dicho cualquier cosa, pero cualquier cosa que respondiera al *cliché* forzado de que, siendo el discurso hijo de Durán y Bas, tenía que ser «profundo», «lleno de doctrina», «obra maestra», etc., etc.

Yo comencé á leer el discurso con ansiedad verdadera y con el deseo de encontrar en él cosa distinta de la que han solido ofrecernos en ocasión análoga otros Ministros de Gracia y Justicia ó Presidentes del Tribunal Supremo. Esperaba que el tema escogido (y que ya se había cuidado el Ministro de anunciarnos por medio de los diarios), con ser muy antiguo y muy resobado — el individualismo: límites de la actividad del individuo frente á la del poder público — sería tratado y presentado con novedad, mayor ó menor, y, sobre todo, con abundancia de doctrina y esbozando cuando menos los aspectos que en nuestros días presenta, esto es, los problemas que en relación con el mismo vienen estudiando los representantes contemporáneos de las diferentes direcciones sociológicas y filosófico-jurídicas. Y no puedo menos de decir que he experimentado una completa decepción: el discurso de Durán y Bas es digno de Romero Robledo y está á la altura del que éste leyó en ocasión semejante el año 1895, y estoy por decir que me parece inferior á los que ha leído en los años subsiguientes, hasta el pasado, el Sr. D. Santos de Isasa. Unos cuantos lugares comunes, que por lo mismo están al alcance de cualquiera, de cualquiera por lo menos de cuantos constituyen el vulgo de los juristas (la consabida contraposición entre los «absolutos» é invariables principios de justicia y las «variables» necesidades sociales, hijas de las circunstancias,

la oposición entre la justicia y la «utilidad», entre el «deber moral» y el «interés utilitario», la separación entre la «verdad moral, que da al derecho su origen», la «verdad social, que le da su contenido» y la «verdad histórica, que le da su asimilación á los pueblos», con otras variaciones análogas sobre el mismo tema); unas cuantas afirmaciones vagas, tan vagas é incoloras, que sin inconveniente alguno podría suscribirlas lo mismo un radical que un conservador: así cuando se promete «poner todas las leyes en armonía con el «espíritu» de nuestras instituciones políticas y con las condiciones y necesidades de la sociedad española y vigorizar la vida social de nuestro pueblo en todos los órdenes de ella, restaurando nuestras decaídas fuerzas sociales y reanimando la actividad de todos los elementos de prosperidad y de progreso, particularmente aquellos cuyo estado de atonía es más evidente», como cuando recomienda huir «en la reforma de las instituciones del doble peligro que se ofrece de que, si son radicalmente profundas las innovaciones, se conviertan en temerarios ensayos, y si, por el contrario, se aplica á ellos el *festina lente*, degenerando la prudencia en pusilanimidad, sean tardíos los remedios para dolencias sociales que los piden con apremio», como cuando preconiza el mantenerse en un justo medio en punto á la extensión mayor ó menor que ha de darse á la libertad individual, en punto al problema de la centralización y la descentralización, en punto á la manera como ha de intentarse resolver la cuestión social, etc., etc.; una especie de artículo de fondo de periódico, escrito en lenguaje poco asequible, poco claro, con una manera de decir muy singular, que no es la corriente, que no se pega, y por eso seguramente la ha calificado alguno, en son de alabanza, de muy metafísica..... esto es lo que viene á ser el trabajo del Sr. Durán y Bas. Si á mí me preguntan por las soluciones concretas que sostiene y por la doctrina y la argumentación en que las apoya, me veré apurado para contestar, porque yo apenas encuentro en las treinta y tantas páginas que comprende el discurso más que un

montón de palabras, á veces escritas hasta con incorrección (v. gr.: «El criterio *que aplicar* á las diversas leyes»; «*Es* por tal motivo *que*.....» Corresponden dos observaciones que hacer.....), en el cual se diluyen, como ocurre cabalmente en los editoriales de los periódicos, dos ó tres «claras de huevo» que diría aquel amigo mío de que antes hablé.

El aspecto más interesante del problema de la libertad individual, problema que es el que se ha propuesto como tema del discurso el Ministro, según queda dicho, ni siquiera lo ha planteado; sólo una vez (pág. 32) ha pasado rápidamente por delante de él, cuando dice que «tratándose de intereses *meramente privados*, la capacidad jurídica de las personas *no debe limitarse sino* cuando el ser no posea las condiciones que la razón considere necesarias para ejercerla sin perjuicio propio ó ajeno». Ahora, convenía que hubiese ahondado en el asunto y hubiese examinado estas cuestiones: ¿será, por tanto, posible, en el campo del derecho privado, confiarse alguna vez enteramente á la buena voluntad de las personas, suprimir, con respecto á ellas, toda tutela legal, toda reglamentación autoritaria, y dejar á los que entablen relaciones jurídicas *completa libertad exterior* para entablarlas? Si es posible esto en el terreno del derecho privado, ¿no lo será igualmente en el del llamado derecho público? Si no lo es, ¿cuál será la razón de la diferencia? Y si se proscribe la libertad absoluta, lo mismo en una que en otra esfera, y se afirma, por consiguiente, la necesidad de un cierto grado de tutela legal (que lleva consigo incluso las formas más violentas de coacción, como las ejecuciones y embargos, los arrestos y detenciones, las penas de toda clase), ¿será posible determinar la extensión de este grado, esto es, establecer, de otro modo que por el arbitrio caprichoso, el límite hasta donde ha de dejarse obrar sin trabas á la persona, y más allá del cual no puede concederse á ésta libertad de acción? En suma: el problema que no ha tocado el Ministro, y que parece que debió tratar, es el de la posible abolición de las leyes y de las autoridades, y su sustitución por el contrac-

tualismo libre; ó lo que es igual, el problema del anarquismo libertario. Problema del cual apenas puede concebirse que se prescinda á la hora presente en un discurso doctrinal tocante á la esfera en que la libertad de los individuos puede y debe moverse legítimamente; con la particularidad de que las circunstancias le eran totalmente propicias al Ministro para estudiarlo, ya que habiéndolo examinado el año anterior el señor Isasa, en igual solemnidad, bajo el aspecto del derecho meramente legislado ó «constituído», según suele decirse, omitiendo de propósito el hacerlo bajo el aspecto teórico y de derecho «constituyente», pudo perfectamente el Sr. Durán hacerse cargo de este vacío y llenarlo en su discurso del presente año, donde tan bien encajaba. Pero el Sr. Durán, que no creo yo se halle, á pesar de su edad, tocado de involución senil, é inutilizado por lo mismo mentalmente para entrar en laberinto semejante, ha hecho como si lo estuviera, y por descuido, ó por arte (probablemente por esto último, dada toda la contextura del trabajo) ha guardado silencio completo acerca de la teoría libertaria. Después de todo, sin embargo, es posible que haya hecho bien, porque si había de limitarse á añadir cuatro frases y cuatro generalidades más á las muchas que ya contiene el discurso, es mejor que se haya callado.

***

La Memoria del Sr. Viada Vilaseca, quien hace ya muchos años que viene actuando en el Tribunal Supremo, bien como teniente fiscal, bien como magistrado, no ofrece cosa alguna de singularmente notable; dentro del patrón á que suele ajustarse la formación de semejantes trabajos, es una cosa de esas que se suelen llamar «aceptables» y «pasaderas». Pero su lectura deja una impresión muy distinta de la que dejaba la Memoria del año pasado, y aun de la que dejaban también algunas Memorias de años anteriores, v. gr.; la escrita en 1894 por D. Juan de Aldana, teniente fiscal á la sazón del Tribunal Su-

premo. La diferencia principal estriba en que, mientras el señor Viada se reconoce esclavo de las leyes vigentes, y como «funcionario» y «hombre de ley» no se atreve á decir nada de ellas, aun cuando le parezcan malas y dignas de censura, otros fiscales, y singularmente el Sr. Sánchez Román, en su Memoria del año anterior, han expresado bien claramente la idea de que es lícito y obligatorio para los funcionarios judiciales juzgar, no solamente *secundum leges,* sino también *de legibus;* han puesto de relieve grandes injusticias que se cometen aplicando leyes que no deben ser obedecidas, y han protestado, con razón, contra los que «viven esclavos de la letra y sacrifican la justicia y lo sacrifican todo al rito y á la fórmula legal», aunque para ello tengan que acudir á «artificios, amaños, argucias y sofismas». Y no vale acudir, como frecuentemente ocurre, al socorrido argumento de la disparidad entre los dictados de la teoría y las exigencias de la vida y la administración de justicia práctica, diciendo, v. gr., que el Sr. Sánchez Román es un profesor de Derecho, acostumbrado á discurrir para la cátedra (también es hombre de bufete y de mucha práctica en el foro), y el Sr. Viada ha consagrado toda su existencia profesional al desempeño de las funciones judiciales; porque, aparte de que si el tal argumento pudiera aquí someterse á discusión, el resultado creo que no había de ser muy favorable para los que defendieran el punto de vista del señor Viada, aparte de eso, repito, ahí está, contra lo que éste ha hecho, la citada Memoria de D. Juan de Aldana, y el Sr. Aldana tiene la misma carrera que el Sr. Viada y desempeña ocupaciones idénticas á las de este último. La diferencia, por tanto, no se halla meramente en la índole de la profesión de cada uno, sino también, y principalmente, en la índole de la persona, en su temperamento, en su temple. Donde quiera que uno va, allí lleva todo su espíritu, y ve las cosas por su prisma, y las hace como puede y sabe hacerlas. Sea profesor, magistrado, industrial ú obrero mecánico, cada individuo se comporta en todas partes como lo que es, y es como lo ha hecho

toda una serie de influjos, no solamente la profesión. ¡Cuánta distancia entre el modo como entienden y practican A, B, C, D..... Z el desempeño de la misma función á que sirven de órganos! Tan «funcionario judicial» y tan «hombre de ley» como el Sr. Viada es, según he dicho, el Sr. Aldana, y, sin embargo, el Sr. Aldana protesta en su Memoria, en límites prudentes, contra monstruosidades tales como la que resulta, verbigracia, de aplicar según su letra, no según su espíritu, el famoso art. 90 del Código penal vigente, y el Sr. Viada resuelve consultas de sus subordinados en el sentido contrario, ó sea ordenándoles que apliquen dicho artículo conforme á su tenor literal (V. la pág. 121 de la Memoria: resolución á consultas de los fiscales de las Audiencias de Cádiz y Murcia). Algo análogo ocurre en la materia de la reincidencia (pág. 40 y sigs. de la misma Memoria): aunque la manera de estar tratada la misma por nuestro Código es absurda (dentro del corriente criterio de la administración de justicia penal, se entiende, quizá no en otro distinto), el Sr. Viada quiere que se respete la letra de éste; y si bien pide una reforma del mismo, lo hace con una frialdad tal (en la Memoria de 1894, por el contrario, se ve que el Fiscal se duele cordialmente de todas las injusticias legales que va denunciando y como que aconseja implícitamente á sus subordinados que salten por cima de la absurda ley para no cometerlas), que parece más bien que no la desea. Después de todo, esta solución es la que aplica al Código penal entero, pues luego de dedicar muy pocas líneas á pedir, como por compromiso, su reforma, resumiendo, al efecto, lo que en Memorias anteriores se ha expuesto para presentarla como *urgente*, acaba por decir que tal reforma no corre prisa, porque el Código que tenemos «garantiza suficientemente las libertades públicas y privadas, sin llegar *todavía* á constituir una nota discordante y retrógrada». ¡Qué más habrá querido el señor Durán y Bas que leer esto, para considerarse autorizado á modificar el Código penal de 1870 en el sentido reaccionario que por ahí se le atribuye! Como el señor Fiscal del Supremo

le asegura que no es retrógrado, él se dirá: «pues hagámoslo», y así lo pondremos «en armonía con el espíritu de nuestras instituciones políticas y con las condiciones y necesidades de la sociedad española» (según promete hacerlo en su discurso, página 7), «vistas á través de mis antiparras», añadirán el señor Ministro y el Presidente del Consejo para sus respectivos coletos.

Lo peor que yo he encontrado en la Memoria del señor Fiscal es el exagerado legalismo de que está impregnada, ese legalismo que le lleva, por una parte, á recomendar una interpretación judaica de las leyes (v. gr., en las págs. 40 y siguientes y 121, ya citadas al tratar de la reincidencia y del art. 90 del Cód. pen.), análoga á la de aquel tribunal inglés que se negó á aplicar la ley que castiga la bigamia á uno que estaba casado con *tres* mujeres al mismo tiempo, ó á la de aquel otro que porque la ley penaba el robo de *caballos* rehusó declarar ladrón á quien había robado sólo *un* caballo, ó á la dada recientemente por el Tribunal Supremo de Leipzig, negándose á calificar de robo la derivación clandestina y furtiva de una corriente eléctrica anudando hilos conductores á un cable ajeno, porque—ha dicho el Tribunal—semejante sustracción no lo es de objetos materiales, que es á los que el Código se refiere al hablar del delito de robo, y que, por otra parte, le hace sentar repetidamente afirmaciones como éstas: «cuando el precepto legal es claro, no hay para qué hablar de su espíritu» (pág. 40); «las instituciones legales cuentan con mi respeto y con mi decidido apoyo como funcionario mientras subsistan» (pág. 69), aun cuando «de la aplicación estricta de los preceptos de la ley se originen anomalías y verdaderos contrasentidos» y aun cuando esa aplicación «sea contraria á los principios de la ciencia penal, á la razón y á la equidad» (pág. 41); «lo que puede ser lícito para el moralista, no lo es para el hombre de ley, porque la esfera en que aquellos se mueven es muy otra de la en que están encerrados éstos» (págs. 13-14), y otras semejantes.

El Sr. Viada será seguramente de los que, á continuación de estampar las frases anteriores, pensará estas otras para sus adentros, y acaso las escribirá también en sitio diferente que las primeras y cuando la impresión inmediata de éstas se halle ya un tanto borrosa ó lejana: «la letra mata y el espíritu vivifica»; «*oportet obedire Deo magis quam hominibus*»; «entre el derecho natural y el legislado, el primero debe prevalecer»; «las leyes no deben separarse de la moral, sino traducir los preceptos de ésta, y cuando así no lo hagan, no deben ser obedecidas, porque son injustas, y las leyes injustas no merecen nombre de tales ni se debe prestarles obediencia»; «las leyes jamás deben ser aplicadas, cuando su aplicación hubiera de conducir á la contradicción, á la iniquidad ó al absurdo», etc. ¿No es el Sr. Viada de los que prestan acatamiento á estas máximas? Casi me atrevo á asegurar que sí, y, en tal caso, no me explico las otras afirmaciones suyas que dejo acotadas. Quizá juzgue que su cargo de Fiscal exige que se comporte como él lo hace, y así lo indica en efecto. Mas á mi juicio se equivoca, porque si el Fiscal es el custodio y guardián de la ley, no lo es ni se ha creado seguramente para que lo sea de la ley injusta, irracional, absurda, inadecuada, inoportuna, contradictoria consigo misma, enemiga de la equidad, de los preceptos morales, de los dictados del derecho natural, sino de la ley verdadera, cuyas raíces están en la naturaleza misma de las cosas, en el orden divino del mundo, y cuyo contenido es la justicia y la racionalidad misma, ó sea las mismas exigencias reales de cada caso y momento; y cuando ocurra que el texto legal ande por un lado y el derecho vivo esté en otro distinto, y aun opuesto á veces, la elección no parece dudosa: el fiscal de la ley, ó del Gobierno, ó de S. M., semejante á los golillas de los siglos medios y del Renacimiento (épocas en las que tuvieron su misión que cumplir, sin duda, misión que ya hoy no les corresponde), se pondrá de parte de la fórmula muerta de la ley, de la cáscara, y tirará la nuez, mientras, por el contrario, el Fiscal del derecho, el que conozca y

sienta de verdad el imperio de éste, romperá la envoltura para penetrar en la substancia y aprovecharla.

Un ejemplo evidente de semejante diferencia nos lo ofrece el contraste que existe, de un lado, entre la manera, grata al Sr. Viada, como proceden los Tribunales españoles en la administración de justicia penal en ciertos casos en que andan de por medio infelices acosados por el hambre, y la manera como se ha comenzado á proceder en estos casos en los Tribunales extranjeros; y de otro lado, entre los veredictos dados por los jurados y los fallos de los Tribunales de derecho. Por las Revistas científicas, y tras de ellas por los periódicos políticos en la sección de «Curiosidades» (aun por los nuestros, verbigracia, *El Liberal,* el *Heraldo, La Correspondencia*), han andado rodando desde no hace mucho tiempo noticias relativas á una serie de fallos de Tribunales extranjeros (ingleses, franceses, portugueses), en los que no sólo se ha absuelto á ciertos individuos que se habían apoderado de un pan ajeno en circunstancias muy especiales é interviniendo abandono por parte del panadero (caso inglés y francés), ó en que una muchacha, apenas entrada en la adolescencia, hallándose abandonada, se embriagó «para engañar el hambre y la tristeza», según ella misma dijo al juez, y, embriagada, había causado lesiones leves á una mujer (caso portugués), sino que los correspondientes magistrados abrieron colectas alguna vez entre los asistentes al juicio para reunir algún fondo con que socorrer á los pobres procesados absueltos. Una vez iniciada la trocha por uno ó dos Tribunales, no han tenido dificultad otros muchos en entrar por ella y en consagrar poco menos que el «derecho al hurto» en estado de necesidad, de que hablan (denominándolo impropiamente, pues en la intención de los autores aludidos aquí no hay hurto verdadero) ciertos moralistas y escritores antiguos. En Francia ha habido, en efecto, últimamente una repetición tal de hechos semejantes, que pudiera creerse constituyen una verdadera epidemia, una de esas epidemias morales que han comenzado á estudiar ciertos

pensadores contemporáneos. La Audiencia de Aix (en 6 de Julio de 1898), el Tribunal de Ruan (en 24 de Noviembre de 1898), el Tribunal de Château-Thierry (en Enero de 1899), el mismo Tribunal de Ruan (en 15 de Marzo de 1899), el Tribunal de Montbélliard (en 16 de Marzo de 1899), el Tribunal de Perpignan (en 28 de Marzo de 1899); como se ve, un buen número de Tribunales y acaso otros de que no tenemos noticias, han absuelto á otros tantos mendigos llevados ante ellos, apoyándose principalmente en que, mientras la Beneficencia no esté organizada como debe estarlo y todo el mundo tenga alimentación, albergue y vestido seguro, no hay derecho para condenar á nadie como mendigo, y menos á aquellos que han buscado inútilmente trabajo (con lo que se reconoce judicialmente el «derecho al trabajo», tan combatido por muchos míopes gobernantes y «hombres de ciencia»). Y de tal manera ha conmovido á la opinión este nuevo proceder de los administradores de la justicia, que hasta ha sido objeto de un debate en las Cámaras (interpelación de M. Marcelo Sembat, discutida el 17 de Marzo último), y los estudiosos de cosas penales y sociales vienen consagrándole mucha atención, porque presumen que la ruta seguida por los citados Tribunales ha de ser cada vez más frecuentada por ellos mismos y por otros, y que de día en día irá ensanchándose el concepto del «estado de necesidad» en la mente de los mismos juzgadores y reconociéndose por éstos la llamada «complicidad social» en los delitos, á despecho de cuanto digan los textos legales, formados en tiempos en los cuales dominaba otro orden de ideas. Es de sospechar, sin embargo, que el fenómeno mencionado no obedezca exclusivamente á esta última causa, sino también á otra, ligada con intimidad á ella, es decir, á la convicción que entre los penalistas adquiere de vez en vez mayor fuerza, de que es preciso economizar cuanto se pueda la cárcel, sobre todo para los reos de delitos de poca entidad, para los jóvenes y para los delincuentes primarios, reservándola únicamente para aquellos casos en que sea de todo punto im-

prescindible echar mano de ella. Por este camino marcha con toda resolución Inglaterra, guiada por su inteligente y activa *Howard Association*.

Ahora bien; el proceder referido no puede menos de representar una «herejía jurídica» (legal quieren y deberían decir, que no es lo mismo que jurídico) para los legistas que, como el Sr. Viada, están encariñados con el Código de tal manera, que fuera de él, estando él vigente, no encuentran justicia, y cuya preocupación principalísima, si no exclusiva, es que el texto de la ley quede á salvo, aun atropellando su espíritu. (Lo cual, dicho entre paréntesis, proviene justamente de la carencia de cultura y sentido «jurídico», que es tanto como decir de cultura y sentido filosófico, sociológico, científico, realista; aunque esté uno muy atiborrado de textos legales y de resoluciones del Tribunal Supremo.) Por eso, aunque en la estadística de la administración de justicia se tropieza el señor fiscal con que la mayoría de los delitos son delitos contra la propiedad, y con que de estos «la mayor parte son en cuantía insignificante, muchos sólo por valor de algunos céntimos», y aunque reconoce que «acaso las sustracciones de leñas sean las que más preponderan y más contribuyen á aumentar la cifra total» y que «la carencia de trabajo, la miseria, la necesidad de proporcionar sustento á una desdichada familia (1) impulsan con frecuencia á ir á coger una carga de

(1) Quizá el Sr. Viada no sabe bien, por no haber tocado las cosas de cerca, la gran verdad de hecho que envuelve esta observación suya, que él parece presentar de un modo hipotético. Induce á creerlo así lo que en la misma página dice, pocas líneas más arriba, cuando propone un remedio «sencillo», esto es, que á nadie se le ha ocurrido, para evitar las frecuentes quemaduras que en el hogar de la familia suelen ocurrir, de niñas abandonadas en casa durante el invierno, mientras el padre se halla en las labores del campo y la madre lavando ó ganándose un pobre jornal. El remedio tan «sencillo» consiste en obligar (por medio de una medida del Gobierno, que ejecutarán bajo su responsabilidad los Alcaldes) á todos los vecinos á que construyan el hogar, para encender el fuego, por

leña al monte para mitigar con su mísero importe el hambre de seres queridos», no aconseja á los fiscales y á los tribunales que hagan lo que hemos visto van haciendo en el extranjero; para él, lo primero y lo último es que se respete y se aplique el texto legal, y una vez hecha justicia de este modo, que perezca el mundo, que es tanto como decir: «ustedes, moralistas, que hablan de un estado de extrema necesidad, que puede justificar ciertos hechos, y ustedes, jurisconsultos, teólogos y filósofos, que aconsejan la desobediencia á las leyes injustas y la posposición de la letra al espíritu, del error, capricho ó equivocación de un legislador falible y débil á las reclamaciones

---

lo menos á medio metro de altura.» «*Veni, vidi, vici et salvavi puellas*»,—se habrá dicho D. Salvador.—Pues no, señor; precisamente no ha vencido usted por no «venir» y «ver», pues si así lo hubiera hecho, y, en lugar de mirar y comentar el articulado del Código penal y de las demás leyes penales, hubiese visto, estudiado y comentado las cosas, la verdadera fuente de la justicia, que en este caso era la vida real de los campesinos pobres, hubiera llegado á saber que si los hogares no están en las casas de éstos á medio metro de altura, como el fogón en las de los señoritos y los ricos, «no es por falta de misterio», como los propios campesinos dicen, no es porque se les haya escapado, hasta que V. E. ha venido á dársela, una solución tan sencilla, sino porque *no puede ser*, y no puede ser, entre otras muchas razones (derivadas de las mismas exigencias de la vida y los quehaceres del hogar del campesino pobre: que no pueden quemar carbón y tienen que contentarse con quemar mala leña, la cua no hay más remedio que colocarla en el suelo; que hay que poner llares para colgar el caldero; que hay que hacer humo para curar las morcillas y las castañas; que la lumbre se hace de un gran montón de paja ó de leña hornija, alrededor de la cual hay que poner á veces una larga fila de pucheros, etc., etc.), porque los hijos y la familia toda del campesino pobre no tienen otro sitio donde calentarse, cuando tienen frío, más que la lumbre, lo que no es posible hacer cuando ésta se coloca en lo alto, pues no es cosa de estarse de pie junto á ella todo el tiempo necesario (y menos durante la velada, cuando se reune toda la familia), ni colocada la lumbre en alto se calientan los pies. Bien hará, por lo tanto, el Sr. Viada en no solicitar privilegio por su invención: á menos que con la medida de gobierno que propone se reparta también carbón para calentarse y guisar á los que no lo tienen ni pueden compraalo.

de la realidad, á los llamados preceptos del derecho natural, de la ley humana á la ley divina, apelen ustedes á Poncio Pilato: *dura lex, sed lex.*»

No suele ser esta la resolución que al conflicto da el Jurado, y por eso no es tal institución (1) de la devoción de los legistas, llámense liberales ó conservadores. El señor Fiscal nos da en su Memoria datos bastantes para asegurar que el derecho viviente, no el precepto legal muerto, es lo que ha servido de norte al funcionamiento del Jurado en España durante el año judicial último, pues nos dice, y por cierto sin censurarlo, cosa que parece extraña, y hasta puede decirse que aprobándolo y encontrando en ello motivos de felicitación (2), que «los jurados no juzgan por los méritos del juicio, sino por noticias y antecedentes á él extraños», ó sea por los antecedentes que pueden adquirir de la vida anterior del procesado, de quién sea éste, de lo que es capaz de hacer, y, por consecuencia, de si es ó no hombre de fiar para el porvenir. Lo que significa tanto como lo siguiente: Los jurados juz-

(1) La cual me parece indefendible é innecesaria desde el momento en que los miembros que componen los tribunales que se llaman de derecho sean menos leguleyos y más jurisconsultos; mientras tanto, el Jurado creo que debe continuar existiendo, pues aunque yerra muchas veces, acierta también (de un modo tosco, sin duda, efecto de la misma imperfección del conjunto de las instituciones sociales vigentes) otras muchas (á ellas pertenecen casi todas las en que el Jurado emite veredictos que los «hombres de ley» califican de «absurdos» y «notoriamente injustos»), en tanto que los llamados jueces de derecho no aciertan, á mi juicio, casi nunca, y no aciertan, precisamente por apegarse demasiado, como leguleyos, al texto legal.

(2) «A la sociedad—concluye—le importa poco que fallen (los jurados) por las pruebas oficiales ó por otras confidenciales y privadas; *lo que interesa es que el fallo sea honrado y justo*». En efecto, eso es lo que interesa; pero interesa, no sólo ahora, sino siempre, no sólo con relación á los jurados, sino con relación á toda clase de tribunales. ¿Por qué, sin embargo, no dice lo mismo de todos ellos el Fiscal? Este sería uno de los caminos para ir en busca de la justicia real, dejando á un lado, en caso necesario, la legal, y para hacer que sobre la letra de ley reinara su espíritu,

gan, más bien que del delito, del delincuente; es decir, que sin saberlo, realizan una de las aspiraciones más fuertemente sentidas por los más avisados penalistas contemporáneos de todas procedencias; lo que no acontece con los tribunales de derecho, ni en general con los leguleyos, pegados al Código como la yedra al árbol. Así se explican las observaciones que el Sr. Viada hace acerca del criterio de benignidad ó dureza, según los casos, del Jurado, criterio que seguramente hallarán desacertado los «hombres de ley», y que á los que no lo son—y á ellos mismos cuando se quitan los cristales ahumados de leguleyos con que suelen ver las cuestiones y las miran á ojo desnudo, sin antiparras, como un mortal cualquiera—les parecerá de perlas. Ese criterio consiste en absolver, más que á quienes no hayan cometido delitos, á quienes los han cometido en circunstancias tales que hacen presumir que sus autores no ofrecen para lo futuro *más peligro* del que ofrece uno cualquiera de los hombres que se llaman honrados

---

ese espíritu que no parece hace mucha gracia al Sr. Viada. ¿Qué diferencia encuentra él—ni legal siquiera, pues el art. 84 de la ley del Jurado tiene su correspondiente en el 741 de la ley de Enjuiciamiento criminal—para los efectos de la apreciación de las pruebas entre el Jurado y el Tribunal de derecho? Si á los jurados les es lícito «fallar por pruebas confidenciales y privadas, y no por las oficiales», «dar preferencia á lo que consideren más exacto y verídico», «formar su conciencia» para el fallo tomando en consideración todo «lo que sepan, lo que en su localidad hayan oído á personas veraces, tal vez á los mismos que luego declaran en el juicio adulterando los hechos, y lo que, *por cualquier concepto*, hayan averiguado y comprobado», ¿por qué razón no ha de ser lícito esto mismo á los jueces de derecho? ¿Son, ó deben ser, éstos últimos máquinas de juzgar, y aquéllos, hombres que juzgan con libertad plena, y que, cuando llega el caso, dejan á un lado la ley para irse tras de la justicia efectiva que en ésta no encuentran?—Pero si tal libertad de juicio se atribuye á todos los juzgadores, ¿cuál será entonces la materia del juicio: el hecho realizado, ó la conducta entera del sujeto de quien se trate, para condenar ó absolver al cual no será el delito cometido sino *uno de tantos* indicios ó pruebas, uno de tantos datos—no siempre el más importante siquiera—sobre que ha de apoyarse la resolución que se tome?

(v. gr., los mismos miembros del Jurado); y, por el contrario, en condenar á aquellos otros individuos que, aunque quizá no hayan cometido el delito por que estén procesados, ó cuando menos de las pruebas practicadas no resulta claro que lo hayan cometido, sin embargo, tienen malos antecedentes y se les considera capaces de cometerlo, y por eso mismo se les tiene por peligrosos. Por esto, «es justo consignar, dice el Sr. Viada, que la benignidad [de los jurados] en los delitos contra las personas está limitada á los homicidios en riña *cuando el culpable tiene buenos antecedentes*, pues los mismos fiscales reconocen que en otros casos, *cuando no concurren fuertes estímulos pasionales que hagan simpática la figura del procesado*, los jurados, casi siempre, resuelven *de conformidad con la acusación pública»;* por eso, «en los delitos de robo suele bastar la simple *mala conducta* del que se sienta en el banquillo *para que se le condene»*; por eso «acostumbran también á ser severos los jueces de hecho cuando se trata de atentados contra la honestidad realizados en niñas menores de doce años» (verdaderas aberraciones sexuales, cuyos sujetos, por lo mismo que no son normales, ofrecen para los normales peligro); por eso «obtienen siempre la particular indulgencia del Jurado las imprudencias, bien temerarias, bien simples con infracción de reglamentos», pues «la distinción entre el dolo y la culpa es tan radical en el Jurado, que los hechos culposos los reputan siempre inocentes» (más bien quizá debería decirse «no reveladores de peligro»); por eso, en fin, «el Jurado no considera justiciables, al menos en la casi totalidad de los casos, los delitos cometidos por medio de la imprenta, á los cuales los jueces de hecho conceden siempre la más amplia amnistía». De todo lo cual parece que resulta que en la Memoria fiscal del presente año, donde, como en todas las anteriores, no podían faltar largas páginas consagradas al Jurado y á sus defectos, porque esto es de *n* (cuando nada suele decirse de los defectos de los demás tribunales, ¡que tantos y tan graves tienen!), queriéndolo ó sin quererlo, más bien sin quererlo, se hace la apología

de esta institución, presentándola implícitamente como el portavoz y representante del buen sentido jurídico popular, y en parte también del sentido científico (que no debe andar separado del primero, y que más bien ha de venir á confundirse con él).

Aquí doy por terminadas mis observaciones sobre la Memoria del Sr. Viada, y el presente artículo. La necesidad de no alargarlo más me obliga á pasar en silencio algunas otras cosas respecto á los puntos tratados, así como también me impide decir siquiera cuatro palabras tocante á varias otras afirmaciones y problemas que se hallan y acometen en la publicación de referencia, tales, v. gr., como lo referente á la manera como aprecia y juzga el Fiscal del Supremo la labor de sus subordinados durante el año judicial próximo pasado, y la contradicción que parece existir entre esto (pág. 9) y la misión que, según el mismo Sr. Viada, incumbe al ministerio público (pág. 56); lo referente á los atentados contra la autoridad, que creo yo debieran compararse—cosa que no le ha ocurrido hacer, naturalmente, al señor Fiscal—con los atentados cometidos *por* la autoridad (que son muchos, y á veces graves, y suelen tener grandísima eficacia criminógena); lo referente á la distinción entre las faltas administrativas y las judiciales; lo referente á la reincidencia, etc.

P. Dorado.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

Á QUÉ REALIDAD PRESENTE DEBERÁ ENLAZARSE LA NUEVA EDUCACIÓN DE LOS ALEMANES

Nuestro último discurso ha completado y terminado muchas de las demostraciones indicadas en el primero. Decíamos al comenzar éste, que la cuestión primordial para nosotros consiste en salvar la existencia y perpetuidad de la raza alemana. Todas las divergencias deben desaparecer ante ese fin supremo, que en nada perjudicará á las obligaciones particulares de cada cual. Si recordamos ahora la diferencia establecida entre Estado y Nación, veremos con toda claridad que entre los intereses de uno y otra no puede haber conflicto alguno. Antiguamente el patriotismo debía y podía llevar la alta dirección de cada Estado alemán; ninguno de ellos podía perder de vista esa elevada noción sin abandonar su nobleza y su dignidad y precipitar su ruina; y, por consecuencia, el amor á esos intereses superiores convertía, á todos los que recibían su acción vivificadora, en mejores ciudadanos del Estado particular en que su actividad se ejercitaba directamente. Podía suceder que un Estado alemán disputase con otro sobre algunos privilegios particulares. Pero todo ciudadano que quería como cumple á un hombre razonable, en virtud de

las consecuencias derivadas de sobrevivir el estado primitivo de las cosas, debía desear que triunfase la buena causa, cualquiera que fuese el vencedor. Cuando más, hubiera podido tratar un Estado de reunir bajo su dominación á todos los alemanes, sustituyendo el mando de uno solo á la confederación primitiva de los pueblos. Suponiendo, por ejemplo, que el Gobierno en cuestión hubiese adoptado en vez de la forma republicana, que ha sido hasta hoy la mejor fuente de cultura y la garantía más sólida de nuestra individualidad, esa forma monárquica, concediendo á un jefe único, mientras viviese, el poder de ahogar en toda Alemania hasta el último retoño de la primitiva civilización nacional, el éxito de esta medida hubiese sido, si mis premisas son verdaderas, una desgracia inmensa para el patriotismo, y á ello hubieran debido oponerse todos los caracteres nobles en toda la extensión del territorio común. Todavía, en esta misma hipótesis tan desastrosa, hubieran sido compatriotas nuestros los que nos dominasen, conduciendo nuestros intereses de manera conforme á su origen; y aun en el caso que nuestro verdadero carácter hubiese sido aniquilado por cierto tiempo, hubiera persistido la ilusión de verlo pujante nuevamente, y los hombres de energía habrían podido esperar que llegaría un momento en que tendrían oyentes y se harían comprender de ellos. Nuestra nación hubiese existido, de todos modos, gobernada por sí propia, y no hubiera caído en el último grado de la escala social, puesto que la dirección del Estado continuaba en manos de los patriotas, ó cuando menos podía pertenecerles. Pero si conforme á nuestro primer supuesto—el cual poco importa, en rigor, que sea único ó se ramifique en muchos pueblos—aquella dirección pasase á manos extranjeras, es seguro que nuestros intereses cederían el puesto á los del extranjero, pues lo contrario sería antinatural. Donde quiera que su unión les hubiese conservado un lugar propio y estuviesen representados en la dirección del Estado, veríanse perseguidos. Sería preciso prepararles un último refugio en el corazón de los ciu-

dadanos, su asilo supremo. Si la mayoría de los ciudadanos se negasen á esto, se presentaría el caso que hemos examinado. Preciso es, por tanto, despertar en ellos ese ardor desvanecido, ó, en otros términos, es necesario elevar á la mayoría de los ciudadanos en la dirección de esos sentimientos patrióticos, y para estar seguro de lograr una mayoría, hay que propónerles á todos esa educación, dándose con ello la prueba irrefutable de que sólo por esta educación, y no por ningún otro medio, se podrá salvar nuestra unidad nacional. No será ahora falta nuestra si no se comprende todavía el objeto, la intención y el verdadero sentido de estos discursos.

Resumiendo: conforme á nuestra hipótesis, existen ciertos menores que han perdido á sus tutores naturales, reemplazados por amos extranjeros; si esos menores no quieren convertirse en esclavos, habrán de desembarazarse de sus nuevos directores y para ello necesitan llegar á la mayoría de edad. El patriotismo alemán ha perdido su puesto y debe reconquistarlo más alto, más amplio, para desarrollarse en él en apacible y secreto reposo, del que saldrá, cuando llegue la hora, en plena expansión de juventud, devolviendo á su nación la independencia perdida. He aquí por qué puede todavía subsistir entre nosotros el extranjero con sus chismes mezquinos é infantiles; mas cabe asegurar que su duración no será eterna, y que llegará un día en que ya no se pensará así.

Por muy rigurosamente enlazadas que estén las diferentes partes de esta demostración, todavía es necesario, para hacerla comprensible á otros y realizable, examinar si existen nuestra individualidad y nuestro patriotismo, como hemos dicho, y si todo ello merece ó no que nos esforcemos en conservarlo. A esta pregunta contestará el extranjero—lo mismo entre nosotros que en el exterior—negativamente; pero no tenemos por qué pedirle su opinión. Debe, por otra parte, notarse, que la solución de este problema no depende en manera alguna de una demostración basada en ideas claras, que nada nos suministrarían en punto á la existencia real ó verdadera de lo

que se discute, siendo el único medio por el cual podemos conocerlo, el sentimiento inmediato de nuestra personalidad, que todos poseemos. Por lo tanto, millones de personas pueden contestar que no; de lo cual se deducirá que para ellas no es así, pero no que en realidad no sea de ese modo, porque quien se levanta enmedio de esos millones para opinar de modo contrario, aunque se halle solo en afirmar la cosa, puede tener razón contra todos.

Nada impide que yo, que os hablo en este momento, sea ese hombre aislado que afirma, conforme á su experiencia inmediata en su yo, que existe un patriotismo realmente alemán, conocedor de la valía infinita de su objeto, y que sólo ese amor es quien le ha impulsado á decir lo que dice y dirá siempre, á pesar de todos los peligros, pues lo único que nos resta ya es la palabra, y aun ésta hállase vigilada y molestada de mil maneras. Todo el que posea estos sentimientos, quedará convencido, y quien no participe de ellos no podrá serlo, porque la demostración no se apoya en otra cosa; en este caso, serán perdidas todas mis palabras; pero ¿quién no se expondrá á perder cosa de tan poco valor como son las palabras?

En los discursos segundo y tercero hemos descrito, en términos generales, la educación de que ha de provenir, á nuestro juicio, la salvación del pueblo alemán. La hemos señalado como una transformación completa del carácter humano, y conviene ahora añadir un bosquejo de conjunto del proyecto.

Hasta hoy, se ha solido mirar el mundo sensible como el mundo real y verdadero, y en la educación al uso era lo que en primer término se proponía al discípulo. Después de él, se pasaba al pensamiento, ligado casi siempre al mundo sensible, que lo esclavizaba. La educación nueva transforma todo este orden. Considera el mundo del pensamiento como el único verdadero, y trata de conducir hacia él al alumno desde los primeros pasos. A ese mundo, y no á otro, quiere ligar todo el amor y satisfacción del discípulo, de manera que la vida de éste se eleva y desarrolla completa y necesariamente en ese

solo mundo del espíritu. Hasta ahora, la mayoría de los hombres vivía en la carne, en la materia, en la naturaleza; en la nueva educación, sólo el espíritu debe regir los actos de la mayor parte, y pronto los de todos los hombres. Hay que dar á la mayoría ese espíritu firme y seguro que hemos indicado es, como la única base posible de un orden social perfecto.

No cabe duda que esa educación realizará el fin que nos propusimos al comenzar estos discursos. El espíritu, cuya formación hemos anunciado, lleva en sí, á título de elemento esencial, el patriotismo, en el sentido elevado de la palabra, mirando necesariamente su vida como una vida eterna, y su patria como el soporte de esa eternidad; con lo que uno de los elementos esenciales de ese espíritu será el amor de nuestra patria alemana, que producirá la defensa valerosa de nuestro suelo y creará buenos ciudadanos, pacíficos y justos. Aún irá más lejos esa educación; como siempre ocurre cuando se emplean grandes medios para alcanzar un fin elevado, el hombre se hallará, por añadidura, plenamente desarrollado en sí mismo, preparado en el exterior para todos sus fines en el tiempo y en la eternidad. De aquí procederán también la salud de la nación y de la patria y la perfecta curación de todos los males que nos oprimen.

No debemos ya tener en cuenta el asombro que provoca la afirmación de ese mundo del pensamiento, único posible que rechaza lejos de sí al mundo sensible; no debemos detenernos ante la negación de ese mundo ni ante la pretendida imposibilidad de que el verdadero pueblo entre en él, porque hace mucho que todas esas objeciones han sido destruídas. Los que ignoran que existe el mundo del pensamiento, pueden buscar en otra parte los medios de averiguarlo, que nosotros carecemos ahora de tiempo para ello; queremos únicamente mostrar la manera de introducir á la mayoría del pueblo en ese mundo.

A nuestro juicio, la idea de esa nueva educación es algo más que una imagen vacía destinada á ejercitar la perspicacia del espíritu ó el sentido de la discusión, puesto que se ha lle-

vado á la práctica y ha entrado en la vida real, siendo preciso mostrar con qué realidad actual hemos de relacionar la ejecución de este sistema educativo.

Digamos algo más sobre esta cuestión: hemos de relacionar ese sistema al nuevo plan de educación inventado, propuesto y llevado á la práctica de un modo feliz, bajo su misma dirección, por Juan Enrique Pestalozzi. Procedamos ahora á establecer y determinar más exactamente esas relaciones.

Digamos, en primer término, que hemos leído los escritos de ese hombre y reflexionado largamente sobre ellos, deduciendo nuestras ideas de las reflexiones que nos ha inspirado el estudio directo de su plan, sin fijarnos en las exposiciones de segunda mano y en las apreciaciones de los hombres del día; y todo el que desee formar opinión propia en este asunto, hará bien en seguir el mismo procedimiento y evitar el contrario. Hasta ahora hemos hablado todo lo menos posible de las aplicaciones de ese método, no por desprecio, sino porque queríamos dar, ante todo, una idea firme y segura de los verdaderos propósitos del autor, que la práctica no siempre consigue realizar. De ellos ha de deducirse rigurosamente, sin más demostraciones, la manera de emplear el método y su aplicación, y sólo entonces podrá comprenderse y juzgar bien la práctica. Si, como creen algunos, este método hubiera de degenerar aquí y allá en algo ciego y empírico, no sería más que un juego y un puro aparato de charlatanismo; pero mi opinión es que, aun en este caso, no se debería en rigor hacer responsable de ello al propósito fundamental del autor.

Este propósito ó intención está garantizado en primer término, para mí, por el carácter de Pestalozzi, tal como lo muestran sus escritos, con toda franqueza y lealtad. Con él, como con Lutero y otros de igual sentido, hubiera podido yo demostrar cuál es el fondo del carácter alemán y probar que este carácter conserva hoy mismo su admirable poder en todos los países de lengua alemana. También él ha pasado su vida

en lucha con toda suerte de obstáculos, que interiormente consistían en su falta de claridad y de aptitud—faltándole, como le faltan en gran medida, los auxilios ordinarios de la educación esmerada,—y exteriormente en el desconocimiento en que siempre se le tuvo; luchaba por un fin que sólo entreveía confusamente, empujado por una inclinación invencible, poderosa y muy alemana: el amor al pobre pueblo desamparado. Ese amor que todo lo puede, hizo de él, como de Lutero, salvo la diferencia de tiempos y de las necesidades de la época, un instrumento sumiso, convirtiéndose en la vida de su vida, en el guía inconscientemente sentido, pero firme y resuelto, de su existencia, guía que le dirigirá al través de las tinieblas que le rodean; y como era imposible que un amor semejante nos abandonara sin recompensa alguna, él mismo es quien le corona, en el atardecer de su vida, con las ramas que brotaron merced á su descubrimiento, tan profundamente intelectual y real, ramas que han crecido mucho más espesas que él pudo figurarse aun en sus ensueños más ambiciosos. Quería él, simplemente, ayudar al pueblo; pero al desarrollar plenamente su invención, eleva al pueblo hasta el punto de suprimir toda barrera entre él y las clases superiores, y nos da, en vez de una educación popular, á que se reducía su propósito, una educación verdaderamente nacional, capaz de arrancar á los pueblos y á todo el género humano de las profundidades del actual abismo.

Las ideas fundamentales del autor hállanse expuestas en sus escritos con una claridad perfecta y una precisión indudable. En primer lugar, y por lo que toca á la forma, rechaza lo arbitrario y la charla mecánica de los sistemas antiguos, buscando, en cambio, una pedagogía firme, segura y decidida, tal como nosotros la deseamos también y como la exige el fondo serio del carácter alemán; y con toda sencillez declara que se propone, según una expresión francesa, «mecanizar la educación»; siendo este fin el que ha dado cuerpo á sus sueños. En punto á la materia ó contenido, el nuevo método cuya

descripción hago trata, en primer término, de despertar y formar la libre actividad personal del discípulo, su pensamiento, en cuyo fondo evolucionará más tarde el mundo de su amor; y de este primer punto tratan admirablemente los escritos de Pestalozzi, cuya idea fundamental aceptamos sin reservas. Sus observaciones están completamente de acuerdo con las nuestras cuando acusa á la educación antigua de haber sumergido siempre al discípulo en las tinieblas y en la obscuridad, sin dejarle nunca llegar á la verdad y á la realidad pura, pues el método antiguo jamás ha penetrado en las condiciones ordinarias de la vida ni ha trabajado en las fuentes de ella; y cuando Pestalozzi propone, para remediar este defecto, que se conduzca á los alumnos á la visión directa de las cosas, continúa el acuerdo absoluto con nuestras ideas, por las que deseamos que, despierta la actividad espiritual del discípulo, forme por sí misma sus imágenes, de modo que aprenda, mediante esta formación original, todo lo que ha de aprender; ya que la visión clara de las cosas no es posible sino para lo que se forma libremente. La aplicación del método ha demostrado también que el autor no entendía por visión clara la percepción material, siempre más ó menos ciega. Por último, ha expresado maravillosamente la ley general en cuya virtud desarrollará la nueva educación esa visión clara en el discípulo, á saber: que se siga siempre paso á paso, desde el comienzo, el progreso natural de las fuerzas que han de desarrollarse en el niño.

Los defectos del plan educativo de Pestalozzi, tanto en punto á las expresiones como á los proyectos, tienen un solo y mismo origen, que consiste en la incompatibilidad existente entre el fin demasiado estrecho que se proponía en un principio (suministrar á los niños del pueblo, totalmente abandonados, los socorros indispensables, dejando á un lado al resto de la nación), y los medios empleados que conducían á un resultado muy superior; pudiéndose salvar este desacuerdo con abandonar el fin primitivo y todo lo que de él deriva, para

dedicarse únicamente al segundo, y proseguirlo hasta sus últimas consecuencias.

Sin duda, el deseo de separar de la escuela lo más pronto posible á esos niños pobres para que se ganen el sustento, y el de darles medios para continuar la educación interrumpida, fue lo que hizo brotar en el corazón bondadoso de Pestalozzi ese culto exagerado de la lectura y la escritura, que convirtió casi en el fin y el *summum* de la instrucción popular, con su sencilla fe en la leyenda de los siglos pasados que consideraba esos medios como los mejores auxiliares de la educación; no obstante lo cual, advirtió que la lectura y la escritura han sido, hasta nuestros días, el mejor medio de sumergir á la humanidad en las tinieblas y en la obscuridad, y hacerla en extremo presuntuosa: lo cual, indudablemente, le llevó á sentar otras reglas en contradicción con su principio de la intuición directa, y sobre todo á la idea, absolutamente falsa, que convierte al lenguaje en el medio de elevar á nuestra raza desde la intuición obscura á la intuición clara y entera. Por nuestra parte, jamás hemos contrapuesto la educación popular á la de las clases elevadas, ni podríamos hacerlo, porque no queremos que continúe usándose por más tiempo la palabra «pueblo» en el sentido de populacho inferior y vulgar, sentido que el interés nacional alemán no puede tolerar que se perpetúe; y en cuanto á la palabra educación, siempre la hemos entendido como educación nacional. Si el pueblo ha de alcanzarla algún día, preciso es que se destierre el miserable propósito de que la educación haya de terminarse rápidamente para enviar al niño al trabajo material, siendo indispensable abandonar tal idea al entrar en los Consejos en que se discuta esta cuestión.

A mi juicio, esa educación se realizará con muy poco coste, bastándose, á sí propias, con ligera diferencia, las Instituciones (1), sin perjudicar lo más mínimo á los trabajos mate-

(1) Especie de colonias escolares en que los alumnos producen, mediante su trabajo, lo que consumen.

riales, sobre lo cual expondré, en debida ocasión, mi pensamiento: y aunque fuese de otro modo, sería preciso no obstantesostener al alumno en esa situación de alumno hasta su pleno desarrollo, porque la educación á medias no vale más que la ausencia total de educación, como se ve en las personas de edad madura: y los que piensan de diferente modo, podrían ahorrarse esa educación á medias y declarar desde luego que no quieren ayudar en nada al progreso de la humanidad. En estas condiciones, la lectura y la escritura de nada pueden servir á nuestra educación nacional mientras ésta dure, y más bien le han de ser muy perjudiciales, porque fácilmente conducen á reemplazar la intuición directa por el signo. A la atención, que sabe que no comprenderá nada si no ve cada cosa en su sitio, puede sustituir ese espíritu distraído que se contenta con una simple copia escrita y quiere aprender en el papel lo que probablemente no sabría ver nunca por sí, espíritu soñador tan frecuente en el mundo de los alfabetos. Sólo, pues, al final de esa educación, como término y último beneficio, aprenderá el discípulo la lectura y la escritura, siendo conducido á encontrar y emplear las letras del alfabeto mediante el análisis del lenguaje que posee de muy atrás de un modo perfecto; y este ejercicio, hecho tras su cultura anterior, no será para él más que un juego.

Hasta aquí por lo que se refiere á la educación nacional de la masa; otra cosa sería si se tratara del sabio futuro. Éste, no deberá expresarse en punto á las cosas comunes según lo que ocurra vagamente en él, sino que habrá de elevar, hasta la claridad de la expresión literaria, mediante una reflexión personal, las nociones que se le presentan confusas en sí mismo, para lo cual deberá aprender antes que los otros la escritura, instrumento de su pensar, con el fin de saber servirse de ella; aunque, de todos modos, será preciso no mostrar por ello tanto apresuramiento como hasta aquí se ha solido mostrar. Veremos esto mejor cuando distingamos la simple educación nacional de la de los sabios.

Conforme á estos puntos de vista, todo lo que Pestalozzi ha escrito acerca del sonido y la palabra como medios de desarrollar la fuerza del espíritu, debe revisarse y reducirse. Pero el plan de estos discursos no me permite entrar en tales pormenores. Me limitaré á sentar la siguiente observación, que penetra muy adentro en todo este asunto. El principio mismo del desarrollo que da Pestalozzi á todo conocimiento, se halla contenido en su *Libro para las madres*. En él fía mucho, entre otras cosas, en la educación doméstica. No queremos combatir las esperanzas que tiene en punto á las madres, pero estamos firmemente convencidos de que la educación nacional no puede, sobre todo en las clases obreras, ni comenzar, ni continuarse, ni terminar en la casa paterna, sino alejando á los niños del medio familiar. Los cuidados diarios, los movimientos de vanidad, el espíritu interesado que juega en él necesariamente, pesarán sobre el niño, lo deprimirán y le impedirán tomar vuelo libre en el mundo del pensamiento. El indicado alejamiento de la casa paterna es, pues, una condición absoluta para la realización de nuestro plan, y bajo ningún pretexto puede prescindirse de ella. Hemos mostrado suficientemente lo que ocurriría si el hombre volviese á desarrollarse como lo ha hecho hasta aquí; si se quiere transformarlo completa y totalmente, hay que arrancarlo á su propio medio y hacer absoluta la escisión con su vida anterior. Sólo cuando por primera vez haya sido verdaderamente formada por la nueva manera de educar toda una generación, procederá discutir qué parte de la educación nacional podrá confiarse al hogar doméstico. Dejando á un lado estas objeciones, si se ve en el *Libro de las madres* de Pestalozzi la teoría fundamental de la nueva enseñanza, habrá que confesar que yerra absolutamente al tomar como asunto el cuerpo del niño. Para ello, arranca de un principio muy exacto, á saber: que lo primero que debe conocer el niño es su propia persona; pero si se busca un cuerpo humano, ¿no le será, por ventura, más visible el de la madre? ¿Ni cómo podrá formar un conocimien-

to de su cuerpo antes de aprender á servirse de él? Esta noción no será, pues, un conocimiento elevado, sino una cosa aprendida de memoria, compuesta de signos arbitrarios, introducidos merced á un culto exagerado de la palabra. El verdadero fundamento de la instrucción y del conocimiento claro sería, para emplear la frase de Pestalozzi, un *a b c* de sensaciones. El niño comienza por sonidos de palabras, para reproducirlos por sí mismo, necesariamente solo; se le debería, pues, conducir igualmente á expresar con exactitud si tiene hambre, sueño, etc.; si percibe la sensación actual que se le presenta, con tal ó cual signo; si la entiende, etc., ó bien si se limita á pensar en ella; también debería expresar cuáles son las diferencias y grados de las impresiones distintas en un mismo sentido, por ejemplo, colores, ruidos, etc., todo ello mediante palabras especiales, y esta educación se realizará siguiendo una gradación razonada, desarrollando regular y progresivamente su sensibilidad. Así obtiene el niño, por de pronto, un yo que individualiza en el conocimiento libre y reflexivo, y con el cual prosigue sus investigaciones, en cuya virtud su vida real recibe una claridad espiritual que ya nunca ha de abandonarle. De este modo, también las formas, vacías en sí, y el ejercicio procedente del conocimiento de la medida y el número, logran, por su valor intrínseco claramente reconocido, lo que en el método de Pestalozzi no puede serles dado más que por una tendencia. En los escritos de Pestalozzi hállase la notable confesión de uno de sus discípulos que, iniciado en este método, había comenzado á considerar tan sólo los cuerpos geométricos. Esto es lo que habrá de suceder á todos los discípulos del método nuevo, si la naturaleza espiritual no los orientase de otro modo, sin saberlo ellos. En ese momento, dada esa noción clara de las sensaciones propiamente dichas, no son los signos de la palabra, sino directamente la palabra y la necesidad de hacerse comprender de lo demás, lo que forma al niño; y así pasa de las ideas obscuras y confusas á las ideas claras y bien definidas. Todas las

impresiones de la naturaleza circundante actúan á la vez sobre el niño que nace á la vida consciente, y se mezclan en un caos obscuro, del que nada claro y distinto puede salir. ¿Cómo se evitará ese caos? Hace falta para ello el ajeno socorro; pero esta ayuda, para que responda al llamamiento del niño, deberá expresarle claramente sus necesidades, ya notadas en el lenguaje. Hállase, pues, obligado á reconcentrarse en sí mismo, y para hacer tales distinciones, comparar lo que siente con otras sensaciones que ya conoce, pero que no experimenta de momento. Así se determina en sí mismo un yo libre y reflexivo. Pero esta dirección que la necesidad y la naturaleza inician con nosotros, la habrá de proseguir la educación, merced al auxilio de un arte libre y razonado.

En este conocimiento objetivo que se dirige á los objetos anteriores, los signos que determinan y dan claridad al conocimiento íntimo nada enseñan á quien ya conoce, pero permiten, cosa bien diferente, comunicarlo directamente á otros. La claridad de este conocimiento reposa, en efecto, por completo, en la visión clara, y ya hemos dicho que lo que podemos crear á voluntad y por entero en la imaginación conforme á la realidad, es conocido perfectamente, aun cuando no se tenga palabra para designarlo. La perfección de la visión clara debe, pues, preceder al conocimiento de la palabra; el camino contrario nos conduciría precisamente á ese mundo de tinieblas y obscuridad, á esa verbosidad prematura que Pestalozzi detestaba igualmente con mucha razón; y así, quien acuda á conocer la palabra lo más pronto posible y crea haber aumentado con esto sus conocimientos, vivirá precisamente en ese mundo de tinieblas y no hará sino aumentarlo. Creo que fue precisamente ese A B C de la sensación el que Pestalozzi escogió como primer principio del desarrollo intelectual y como contenido de su *Libro de las madres;* y este mismo flotaba obscuramente en sus ideas sobre el lenguaje, siendo la falta de ideas filósoficas completas lo que le impidió ver con toda claridad en este punto.

Este desarrollo del sujeto cognoscente, que se supone anterior á la sensación y que se toma como piedra angular de nuestra educación nacional, lo perfecciona el A B C de la intuición de Pestalozzi, es decir, su teoría de los números y las medidas. A esa intuición puede enlazarse una parte cualquiera del mundo sensible, introduciéndola en la esfera de las matemáticas hasta tanto que el alumno se haya ejercitado suficientemente en estos trabajos para abordar la concepción de un orden social humano y llegar al amor de ese orden, en lo cual hállase el segundo grado y el punto esencial de su cultura.

En esta primera parte de la educación, no debe olvidarse otro punto ya notado por Pestalozzi, á saber: el desarrollo de las aptitudes corporales del discípulo, que debe ir parejo con el desarrollo de su espíritu. Pestalozzi pide un A B C del arte, es decir, de las fuerzas corporales. Quiere ante todo que se adiestre en «golpear, acarrear, lanzar, empujar, luchar, tirar, dar vueltas, impulsar, etc. He ahí los ejercicios más elementales de la fuerza corporal. Es preciso adoptar una marcha natural y progresiva, desde el comienzo de esos ejercicios hasta llegar al arte absolutamente perfecto, es decir, hasta que el golpe y el choque, el salto y el tiro conduzcan con toda seguridad al más alto grado del sentido nervioso y den seguridad á los pies y á las manos». Deberá hacerse todo de una manera regular y natural, sin que nada quede entregado á la arbitrariedad, á fin de que no se diga que buscamos una educación puramente física. En este sentido, aún está todo por hacer, porque Pestalozzi no llegó á dar su A B C del arte. Sería preciso, ante todo, darlo; mas para ello se necesitaría un hombre que uniese, á una ciencia perfecta de la anatomía humana y de la mecánica, un alto grado de espíritu filosófico, y ese hombre sería así capaz de descubrir la perfecta armonía de ese mecanismo conforme al cual deberá formarse el cuerpo humano, y de indicar cómo debe desarrollarse la máquina en un hombre sano para que cada progreso llegue en su punto y hora, preparando y facilitando los que le siguen. De este

modo la salud y la belleza del cuerpo humano, la fuerza del espíritu, se verían, no sólo conservadas, sino también aumentadas y fortificadas. Es este un elemento cuya necesidad para la educación que se propone formar al hombre entero, nótase claramente, sobre todo cuando se dirige á una nación que quiere restablecer y conservar en adelante su independencia.

En el próximo discurso desarrollaremos nuestras restantes ideas sobre la educación nacional alemana.

JUAN T. FICHTE.

CRÓNICA LITERARIA

Una nueva edición de La Lozana andaluza.—Dos novelas: Redenta, por T. Orbe; Camila Sánchez, por Abraham Z. López Penha.

La aparición de una edición nueva de *La Lozana andaluza*, no carece de interés para los bibliófilos. De las contadas ediciones de esta obra, que permaneció por mucho tiempo ignorada—como lo estarán sin duda varias otras de su género y época—la más conocida en España, ó sea la que se publicó como primer volumen de la *Colección de libros raros y curiosos*, habíase agotado, alcanzando en el mercado de libros, los ejemplares de ella que algunas veces se hallaban á la venta, un sobreprecio de consideración. De la primera impresión de este libro, tengo entendido que no se conoce otro ejemplar que el descubierto por el señor Gayangos en la Biblioteca imperial de Viena. La edición moderna franco-española era en España muy poco conocida. De ahí que muchas personas que habían oido hablar sin duda del retrato de *La Lozana*, no hubieran tenido oportunidad de leer la obra de Delicado.

La nueva edición, impresa en Madrid esmeradamente y que lleva un facsímil bien hecho de la portada de la impresa en Venecia en 1528 (cuyo es el ejemplar que se conserva en

Viena), llega, pues, á tiempo de suplir esta falta de ejemplares de las ediciones anteriores. En nuestras colecciones bibliográficas (fuera de la de libros raros) no se había incluido esta curiosa obrita, quizás por su carácter licencioso, y se necesitaba que una nueva impresión viniera á hacerla asequible á la generalidad del público literario.

La celebridad de esta obra se ha debido, acaso más que á su mérito intrínseco, á su índole especial y á su rareza, que la hizo permanecer por largo tiempo desconocida, como queda dicho. Son numerosas en la literatura castellana de su época las obras que aventajan considerablemente á la de Delicado, así en punto á la elegancia del lenguaje cuanto al interés y belleza de la fábula, sin que de esto se infiera que sea tan sólo *La Lozana* interesante, como obra libertina, para los aficionados á esta clase de producciones literarias, que han sido siempre muchos y hoy no son, de seguro, menos abundantes que en cualquier otro tiempo.

No puede negarse, con todo, que esta extremada licencia de *La Lozana* ha sido parte y parte considerable para su celebridad, al igual de lo ocurrido con algunas obras del Aretino. A ser obra más recatada, el retrato famoso que trazó Delicado probablemente habría despertado mucho menos la atención de los curiosos.

Sin ser propiamente una de tantas *Celestinas, La Lozana* pertenece á la literatura celestiniana. Las aventuras y costumbres en ella narradas la clasifican en este grupo por razón de su asunto, y en él la incluye también la desenvoltura ¡con que *descubre lo humano.* Hay, empero, notable diferencia entre la trigicomedia famosa, molde y patrón de las produciones de este género y el retrato de *La Lozana andaluza.* Esa diferencia no es solo la tocante al mérito, que establece ya enorme distancia entre una joya literaria como la *Celestina* y el *Retrato,* que no es obra maestra, aunque sí curiosa é interesante. Diferencia considerable hay también en la estructura y composición de una y otra. Hay en la *Celestina* una acción

completa, dramática ó novelesca, según se quiera (y en dicha obra se ve precisamente el estrecho parentesco de ambos géneros). En *La Lozana* no hallamos ese pleno desarrollo de un asunto. Sus diálogos se limitan á presentarnos parte de la vida de la heroina, cuadrándoles á maravilla el título de retrato, pero nada más. No hay allí una verdadera acción dramática; no hay nudo ni desenlace: el autor se limita á pintarnos por medio de *La Lozana* y sus interlocutores, ó ya interviniendo él mismo á veces en la plática, la vida y milagros de aquélla. En la obra de Delicado falta también (aunque él diga otra cosa) la intención moral que indudablemente tiene la *Celestina,* no obstante encubrir tan poco lo humano. Allí (en *La Lozana*) no se trata de consecuencias, de relaciones entre causas y efectos de la conducta, sino de la pintura de los actos mismos. En la *Celestina*, los amores de Calixto y Melibea y la catástrofe final á que conducen, fueron probablemente lo principal de la obra en la mente del autor, aunque luego la figura de la vieja Celestina se sobrepusiese por su magistral ejecución y llegase á dar nombre á la obra; en *La Lozana* no hay una intriga amorosa semejante: las artes celestinianas y los lances con ellas relacionados forman la materia de los varios capítulos de este libro (que el autor llama mamotretos). En realidad el *Retrato* es una serie de diálogos unidos entre sí por referirse á la vida de un mismo personaje, pero con escasa relación de antecedentes y consecuentes. Podría alterarse el orden de algunos de ellos, sin introducir variación apreciable en la obra y sin que el desarrollo de ésta se resintiera.

*
* *

La Lozana andaluza fue escrita en Roma probablemente, (aunque se imprimiese en Venecia) ó al menos allí se inspiró Delicado para escribir la obra. Algunas cortesanas famosas á

que alude son personajes reales, y podría decirse que el escritor español pintó costumbres romanas, si se entiende no eran las que describe exclusivas de Roma, aunque el autor eligiera la ciudad eterna como teatro de sus personajes. Roma era entonces, desde uno de sus múltiples aspectos, lo que es hoy París: la ciudad cosmopolita del placer. Siendo por razones políticas y religiosas la metrópoli europea más visitada por los extranjeros, el número de éstos era allí considerable sobre todo para una época en que los viajes no eran fáciles, rápidos y frecuentes, como suelen serlo en la actualidad. Esta concurrencia de extranjeros creaba allí, como ahora en la capital de Francia, una población flotante ávida de diversiones y de placeres, y dispuesta á gastar y triunfar en todo lo que representase un deleite. No es extraño, pues, que hubiese allí tan grande número de cortesanas y de parásitos del vicio.

No es esto decir que los romanos fuesen mejores. Delicado pone en labios de su protagonista un juicio harto expresivo, cuando hace decir á la Lozana que ganaría más ejerciendo de tercera con las romanas de estado honesto que con sus habituales parroquianas, pertenecientes á lo que llaman los franceses, usando de un eufemismo (muy distante de la ruda claridad con que denomina Delicado las cosas y personas), el batallón de Citerea. Mas para formarse una idea aproximada de lo que era la Roma de entonces, y no exagerar la parte de su corrupción que á ella misma en realidad correspondía, hay que tener en cuenta su aspecto de ciudad internacional y de ciudad de placer, que en algún modo la hacía asemejarse al París moderno.

Por otra parte, obras como *La Lozana* son testimonios de valor relativo respecto de la moralidad en general. Son libros no de costumbres, sino de malas costumbres, y como su asunto es el vicio, claro es que la pintura de la corrupción social tiene que aparecer muy acentuada en sus páginas. Los *Diálogos de las cortesanas*, de Luciano, por ejemplo, pintan lo que

indica su título, costumbres de cortesanas. Lo propio ocurre con el libro de Delicado, en el cual, propiamente hablando, no se describen las costumbres de Roma en el siglo XVI, sino as del mundo del placer y de la galantería romana, lo que es enteramente lo mismo. Sin embargo de esto, bien sabido es que la época en que escribió Delicado era extremadamente inmoral. El Renacimiento no había resucitado sólo el gusto por el arte y la literatura paganos, sino también la licencia de costumbres de la antigüedad. Inmoralidad material, descaro y ostentación del vicio, habia más que ahora, aunque quizás la inmoralidad interna, la perversión de los espíritus, fuese, si no menor, más rara, menos generalizada. Había menos personas que pensaran y discurriesen por su cuenta, y por cada monstruo refinado, por cada tiranuelo de Italia, cruel, sensual, egoista, desligado de los sentimientos y respetos humanos, había millares de inconscientes que gozaban alegremente de la vida, rindiendo culto, sin segunda intención ni complicaciones psicológicas, á la lujuria y á la gula.

En *La Lozana* se observa una gran libertad de lenguaje; se llama á las cosas por sus nombres sin eufemismo alguno, y aun se las llama con aquellos nombres, más llanos y bajos, que sólo en la conversación familiar pueden hallar acogida y disculpa. Esta franqueza en la locución, digámoslo así, es bastante general en la literatura novelesca de aquella época. La división entre la lengua escrita y la lengua hablada, que, como todas las diferenciaciones, es resultado de un progreso, se hallaba menos adelantada; se escribía aún como se hablaba, aunque iba operándose ya la separación de la lengua literaria, urbana, despojada de las crudezas y de las formas familiares de la conversación. Y escribiéndose como se hablaba, no hay que decir lo que se escribiría al retratar escenas y costumbres de personas acostumbradas á *hablar mal* y á proceder y á expresarse con todo atrevimiento y completa desenvoltura. Por eso *La Lozana* pertenece al número de los libros que no pueden recomendarse como de lectura común. Si no fuese como

es, bastante conocido, habría que ponerle por advertencia: *sólo para hombres.*

El autor pretende disculpar el carácter licencioso de su obra, diciendo que se quedó corto al pintar y que sucedía más de lo que él describe.... «en todo este retrato—dice—no hay cosa ninguna que hable de religiosos, ni de santidad, ni con iglesias ni eclesiásticos, *ni otras cosas que se hacen que no son de decir.....*» «no es mucho escribir una vez, lo que ví hacer y decir tantas veces». En otro lugar añade: «este retrato de las cosas que en Roma pasaban.....» Hablando del saco de la Ciudad Eterna por las tropas del condestable de Borbón, escribe: «*¡O vosotros que vernés tras los castigados mirá este Retrato de Roma, y nadie ó ninguno sea causa de que se haga otro.*» En lo que no pueden admitirse las aserciones del autor es, en lo relativo á que su propósito fuese enmendar las costumbres. La mera lectura de la obra demuestra que no hubo tal intención ética, á no admitir que la inteligencia del autor estuviese perturbada hasta el punto de poner medios diametralmente contrarios á ese fin hipotético. Hay que admitir, pues, que era aquella una protesta convencional, hecha acaso para cubrir las apariencias.

Literariamente no es *La Lozana* obra de excepcional valer. La locución es fácil, y en algunos pasajes no está desprovista de viveza y de gracia, pero carece de elegancia y de lima y la afea el uso y abuso de formas populares. El mismo autor lo confiesa en estos términos: «Si quisieren reprender que por qué no van muchas palabras en perfeta lengua castellana, digo que siendo andaluz y no letrado y *escribiendo para darme solacio* y pasar mi fortuna que en este tiempo el Señor me había dado, *conformaba mi hablar al sonido de mis orejas que es la lengua materna y el comun hablar entre mujeres;* y si dicen por qué puse algunas palabras en italiano, púdelo hacer escribiendo en Italia, pues Tulio escribió en latín y dixo muchos vocablos griegos y con letras griegas; si me dicen que por qué no fuí más elegante, digo que soy iñorante y no bachiller.....»

Pinta bien este párrafo cómo se escribió el *Retrato;* lo que dice el autor concuerda por completo con la impresión que deja la lectura. Escrito para solaz, *para darse solacio*, como dice Delicado, no fue sometido á corrección y lima, sino que salió al correr de la pluma, como pintura de cosas vistas, sin plan propuesto de antemano, llevando, así en el lenguaje como en la composición interna, un sello de espontaneidad y naturalidad, que es el mayor mérito de la obra. Hay en este libro perfecta correspondencia entre la locución y lo expresado: los defectos de aquella se encuentran igualmente en el desarrollo de la acción: el mismo desaliño, la misma falta de preparación y de arte. Pero hay allí observación de la realidad, donaire, sinceridad, franqueza..... sobre todo franqueza.

Ya ha llovido desde los tiempos en que escribió y que describe Delicado hasta los que ahora corren. Mucho hemos mudado desde entonces, muy abatida se ve nuestra pasada grandeza y muy reducidos nos hallamos en punto á poderío y dominio. Mas en algo somos consecuentes. En el mundo de la galantería romana las españolas ocupaban los primeros lugares. También ahora nuestras Oteros, Reginas y Carmencitas, son estrellas de primera magnitud en los cafés cantantes de París. De suerte que seguimos exportando este género, pese á todas las competencias, y ya que no podamos asombrar con grandes hazañas ó maravillosos inventos á los extranjeros, les deleitamos al menos enviándoles mozas garridas y jacarandosas, capaces de dejar bien puesto en cualquier parte el pabellón de sus flotantes faldas.

La nueva edición de *La Lozana andaluza* parece inaugurar una colección de libros picarescos. Y en verdad que hay materia sobrada en la literatura castellana de este género para formar una biblioteca interesante.

*
* *

Entre las novelas publicadas recientemente que han llegado á mis manos, de dos deseaba decir algunas palabras en estas crónicas; mas, hasta ahora, no he podido llevar á ejecución ese propósito por estorbarlo otros asuntos que reclamaban preferencia.

Una de ellas es *Redenta,* de D. T. Orbe, el cual es ya un buen escritor y será con el tiempo un buen novelista, si es constante en cultivar este género. En su libro *Redenta*—una novela de marcado matiz socialista—hay algunas hermosas páginas llenas de elocuencia; mas se notan también no pocos defectos, nacidos probablemente de la inexperiencia del autor en el arte de novelar. Falta allí difumino, claro obscuro, naturalidad en la manera de desarrollar la acción. Presenta el señor Orbe en su libro sentimientos y situaciones reales, pero á veces no acierta á presentarlas en su forma natural. Parece que los personajes de esta novela andan con las almas al desnudo, confesándose unos á otros lo más recóndito de su sentir, al revés de lo que en el mundo real sucede, donde hasta los más vehementes y espontáneos sentimientos, y aun los mismos gritos de la pasión, al revestirse de palabras ó de cualquier forma sensible, se tapan siempre con caretas, aunque sean estas caretas lo bastante transparentes y convencionales para que detrás de ellas se descubra el gesto.

Aparece, además, el Sr. Orbe influído por ciertos prejuicios ya bastante anticuados. Uno de sus personajes recuerda lejanamente al célebre Rodín, de Eugenio Sué. Tales tipos pertenecen ya al archivo de la novela. No tienen ambiente en la realidad actual, ni corresponden con lo que sucede en ella.

Con todo esto, *Redenta* es un libro interesante, en particular por su agradable y elegante estilo. Al revés de lo que sucede, por lo común, en las novelas, en ésta, cuando habla el autor, interesa más que cuando hablan los personajes. Y es que el autor es pensador y literato, mas no está todavía suficientemente iniciado en el arte de novelar para poder mover con facilidad y desembarazo á los personajes de su obra, y

darles el soplo de vida y las apariencias de verdad que requieren las creaciones del novelista.

El otro libro á que aludía es *Camila Sánchez,* novela del escritor americano Don Abraham Z. López Penha. Aquí, el ambiente es muy distinto del de *Redenta;* no palpita en esta obra pensamiento alguno social, ni en sus páginas encuentran eco las reivindicaciones de las clases menesterosas. La acción se desenvuelve en un medio tranquilo de limitados horizontes, en que los días se deslizan sosegadamente bajo la faz del sol. La sociedad que nos pinta el Sr. López Penha es una sociedad completamente provinciana, en que cada día es igual al anterior y al futuro que ha de seguirle, y en que todo el interés de la vida se compendia en los noviazgos de las muchachas casaderas y en la tertulia del boticario. ¡Felices los pueblos que no tienen historia!, se ha dicho, y esa impresión de dicha y serenidad obscura y sin ruido, deja, en efecto, el cuadro de costumbres que traza el autor de *Camila Sánchez*. Parece como que ha descubierto un rincón del mundo en que rige de verdad el *nihil novum sub sole,* y en que las horas se suceden unas á otras semejantes, sin traer problemas ni conflictos, ni más variación que la consiguiente á haber entablado Fulanita relaciones amorosas con Zutano ó á haber reñido Zutanita con Mengano.

Con tan nimio asunto, despierta, sin embargo, interés la obra del Sr. López Penha. La locución, algo incorrecta, como la de la mayoría de los escritores americanos, conserva, sin embargo, un fondo castizo, atenuado, empalidecido, á la manera de las telas antiguas cuyos primitivos tintes aparecen descoloridos por la patina del tiempo. Hay en esta obra cierta mezcla de candidez y de ironía, y el autor abusa de algunas licencias, como la de citar autores imaginarios por vía de donaire. Poco acertado paréceme también el uso de los nombres latinos de las plantas al describir un paisaje. Es demasiada botánica para lo que se gasta en la novela. A menos que la nomenclatura sea también de imaginación.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Sumario:—Los atentados de Chile y Venezuela.—¿Anarquistas?—*Cui produt*?—La figura de Errázuriz en Chile.—Las tentativas de dominación en los canales del Magallanes.—El Archipiélago de Wellington en los canales del Sur.—Conflictos de la Argentina.—El proyecto de conversión del papel-moneda.—La revolución de Catamarca.—La política del General Roca en declive.—Transmisión del Poder presidencial en el Perú.—Romaña y los nuevos Ministros.—La herencia de Piérola.—¿Cuba cubana ó Cuba yankee?—Votos de la anexión.—Los españoles residentes y sus trabajos de unión.

Habíamos dado ya á la prensa nuestra anterior revista, cuando el correo de la América meridional nos impuso del infame atentado cometido en Santiago de Chile contra el Presidente de la República D. Federico Errázuriz. El telégrafo internacional, si lo transmitió á Europa, no trasladó la noticia á España. El suceso ocurrió el 30 de Agosto y sólo á una casualidad providencial se debió evitar la comisión de un nuevo delito contra la vida de un jefe de Estado más en aquel continente, donde, desde la emancipación de España, han sido tan numerosas las víctimas presidenciales de los odios que engendra la rivalidad política. Ahora se ha atribuído la mano criminal á las inspiraciones insidiosas de la anarquía. De cualquier modo, la preparación para el crímen se había hecho, burlando la vigilancia de la residencia presidencial, por medio de una bomba de explosivos colocada bajo las habitaciones en que

duerme el Sr. Errázuriz. La carga de la bomba consistía en 800 gramos de dinamita, teniendo el proyectil varias mechas arrolladas, que debían encenderse á dos cuadras de distancia. En el palacio de la Moneda ninguno se ha dado una explicación conveniente de la introducción de un extraño en el lugar donde la bomba se depositó, sin que nadie le hubiera visto; y en realidad el delincuente no ha sido hallado. El descubrimiento del delito que se proyectaba se debió á un empleado del Ministerio del Interior, que al pasar próximo al edificio presidencial, vió á un hombre descolgarse rápidamente de una de las ventanas, dándose á la huída. Sospechando de la comisión de algún robo, y hallándose á tal distancia del fugitivo que hubiera sido imposible darle alcance; sin poder dar gritos de alarma por la soledad en que se hallaba el sitio por donde el criminal huía, prefirió acercarse á la residencia del Presidente á dar cuenta de lo que había visto. Hízose entonces un minucioso registro en todo el edificio, y el resultado fue el hallazgo de aquel tubo metálico, en forma de U, cuya explosión hubiera destruído el palacio entero y aun algunos de los edificios contiguos.

Dada la respetabilidad y las simpatías generales que el Sr. Errázuriz goza en el pueblo sensato que gobierna, algunos periódicos quisieron quitar importancia al suceso, diciendo que el tubo no era un proyectil adecuado al objeto á que se destinaba, sino un trozo de cañería, y aunque no se niega la existencia de la carga, se discute la eficacia de los reóforos que debían hacerla estallar. Pero contra estos conatos de incredulidad, protesta la tentativa de análogo carácter que casi simultáneamente se ponía en ejecución en Caracas, la capital de Venezuela, donde el autor del proyectado crimen no eligió por víctima al Presidente Andrade, sino á su Ministro de Relaciones Exteriores. También abortó este conato criminal en medio de la revolución alzada en contra de los poderes constitucionales. No obstante, una y otra tentativa son hechos de indubitable gravedad, pues demuestran que en el seno de las

libres instituciones por que se rigen todas las sociedades políticas americanas, medran también los que con tenaz perseverancia y desde invisibles trincheras se proponen regenerar al mundo por medio de los periódicos horrores de sus sangrientos crímenes.

Si las tentativas de Santiago de Chile y de Caracas han sido movidas efectivamente por agentes del anarquismo, hay que confesar ó que estos hechos son una contradicción de la última tendencia que proclama la nueva escuela que se da el título de redentora de la humanidad, ó existe un engaño manifiesto en los que han dado al mundo el programa de su actual evolución. Los últimos crímenes de Ravachol, de Caserio, de Angiolillo y de Luccheni, no han sido aprobados por los directores del ideal anarquista, los cuales en sus escuelas y bibliotecas libertarias de París han proclamado que el anarquisma abandona el torcido camino de la propaganda por el hecho. Los atentados individuales han sido calificados de contraproducentes. Se ha declarado que sus autores, en lugar de haber contribuído á la propaganda de la idea reformadora, han sido una rémora para todos brutal, y se ha establecido que la revolución ha de hacerla la idea, produciendo corrientes colectivas, sucesivas y espontáneas, para las que hay que borrar del camino la huella terrorífera de la sangre.

Pero si los atentados de Santiago de Chile y de Caracas no son anarquistas, entonces, ¿qué son? ¿á qué se dirigen?

En Venezuela ha podido alentarlo el estado revolucionario en que el país se hallaba, hasta que se ha obligado al Presidente, General Ignacio Andrade, á entregar el Poder y abandonar el territorio de la República, después de proclamada la presidencia de su rival al General Cipriano Crespo. Aun así, la tentativa criminal del 28 de Septiembre de hacer volar, por medio de una máquina explosiva, el Ministerio de Negocios Extranjeros, sería siempre un hecho altamente reprobable. Mas sobre el Presidente de Chile, ni se formulan los cargos que se aguzan contra el Presidente de Venezuela, ni en-

medio de las frecuentes crisis políticas que crean los partidos militantes, ó son resultado de las dificultades financieras, de orden político interior y de orden político internacional, que perturban aquella sociedad, el Presidente Errázuriz lucha con ningún otro aspirante á la alta magistratura constitucional, que ejerce con gran prestigio y popular aplauso. Errázuriz no es un jefe de Estado brillante que se da los humos de dictador y asume en sí todas las iniciativas. Errázuriz es un político perfecto dentro del régimen representativo del Estado que gobierna, y ni impulsa ni contraría por sí los procedimientos por los cuales se ejerce el ministerio de los altos Poderes en los Gobiernos de opinión. No se le conocen, por lo tanto, ni enemigos políticos ni enemigos personales, y aun sosteniendo con tanta sabiduría el justo equilibrio de su papel, todo el mundo le reconoce el alto patriotismo y el sumo acierto con que ha contribuído hasta aquí á la solución de los problemas más abstrusos que la dirección de los sucesos ha señalado á la época de su gobierno. Mientras la cuestión de los límites andinos conservó aquella acritud tradicional que hizo temer por momentos la guerra con la Argentina, no economizó medio alguno de dotar á su país de los poderosos medios militares de ataque y de defensa, que habrían podido ser, en lo humanamente calculable, garantía del éxito. Para llegar á soluciones pacíficas hubo que hacer algún sacrificio de personas que disfrutaban en Chile prestigios merecidísimos y de primer orden, y no titubeó en hacer esos sacrificios. A las entrevistas de Punta-Arenas fue imbuído de un gran espíritu de cordialidad y de un gran deseo de consolidar prósperas alianzas, y mantuvo con noble decoro su papel sin tener que hacer la menor concesión en la alta independencia de su suprema representación. Esta conducta seria no le ha obligado á ningún género de retractaciones, y Chile, que sabe apreciar bien la conducta de su primer magistrado, le respeta y le venera, y puede decirse que en todo el territorio de la República austral no habría una mano que se armase del puñal ó del pro-

yectil del homicida para atentar contra la vida de tal Presidente.

Los atentados anarquistas, aunque hayan aparecido dirigidos contra personas tan inermes como la Emperatriz Isabel de Austria, han llevado en el fondo siempre un pensamiento oculto de profunda perturbación. Francia pudo neutralizar este pensamiento en el asesinato de Sidi Carnot, reintegrando inmediatamente al Poder que quedó herido con una leal sustitución. En Austria, la figura del Emperador Francisco José goza demasiado ascendiente sobre los pueblos que gobierna, para que aquella desgracia se hubiera traducido en una revolución no preparada y prematura. Sólo en España el crimen de Angiolillo privó al país de aquella inteligencia que todo lo abarcaba, que había logrado condensar en sí todas las facultades directivas de los problemas pendientes y que asumía también en sí todos los respetos y todos los prestigios dentro y fuera de la nación. Así fue que, muriendo el Rey Alfonso XII enmedio del conflicto de las Carolinas, las Carolinas se salvaron, y muriendo Cánovas del Castillo enmedio del conflicto de las colonias de América y de Asia, las colonias cayeron en el fondo de su sepulcro. ¿Y qué problemas de esta entidad dependen en Chile de la vida del Presidente Errázuriz, Presidente que, dentro de su país, no lucha con ninguna rivalidad?

Líbrenos Dios de asociar á la idea del atentado del Palacio de la Moneda la cuestión de las islas de Wellington, de cuyo arrendamiento ó venta á una Sociedad de ciudadanos *yankees* se habló hace algún tiempo, produciendo la natural alarma en toda la América Meridional. Los antecedentes de esta cuestión, tocada ya antes de ahora en estas Revistas, son los que siguen. Cuando en el Senado americano se planteó la cuestión de los canales, y todo el mundo temió ver ocupados y anexionados á la gran República del Norte los territorios por donde hubiera de atravesar el que al cabo se practicase, ya perteneciese á la débil República de Nicaragua, ya á la exhausta Re-

pública de Colombia, inmediatamente aparecieron los compromisos contraídos con Inglaterra en virtud del Tratado Bulwer Leyton. Bajo la base de las inteligencias establecidas entre los Estados Unidos y el Gobierno de la Gran Bretaña para despojar á la Monarquía española de sus colonias, se hizo decir en los periódicos americanos que Inglaterra transigiría en la anulación de dicho tratado. Pero luego se habló de las medidas tomadas por el Gobierno inglés para poner en buen estado de defensa, y establecer estaciones marítimas de guerra en sus diversos dominios insulares de América, y entre estas posesiones se citaron las de las islas Malvinas, que, una vez bien fortificadas, constituyen la llave estratégica del Estrecho de Magallanes.

Apenas circularon estos rumores, los Estados Unidos se apresuraron á enviar al Estrecho el crucero *New-York* para hacer estudios de exploración en los canales del Sur y en los archipiélagos que bañan sus aguas, á fin de determinar la posición que sería más ventajosa á los Estados Unidos para negociar el establecimiento de un puerto de depósito para carbones, que se constituyera en el principio de dominación territorial que el Gobierno de Washington apetece sobre los términos australes del continente americano. Contribuía á apoyar estas pretensiones la disposición del Gobierno de Chile, que había anunciado la subasta de aquellos territorios solitarios é inhabitados, á fin de crear nuevos centros de población y de refugio que, como la ciudad de Punta Arenas, pudieran en poco tiempo convertirse en nuevos núcleos de tráfico y de explotación. El Gobierno chileno, en la base para los contratos que había formulado para los arrendamientos que proponía, había introducido la cláusula de que los arrendatarios podrían subarrendar, con autorización del Gobierno soberano, cualquiera porción de terrenos comprendida en aquellos, y luego dividió en dos lotes las vastas extensiones del archipiélago de Wellington. El lote del Sur fue rematado por una compañía capitalista de Valparaíso en una cantidad casi

insignificante, á pesar de lo cual, tuvo que abandonar el negocio en vista de lo improductiva que sería toda explotación que se intentase en terrenos espantosamente yermos y desnudos de las dádivas de la naturaleza, en tal manera, que cuando los visitó Darwin en su viaje á la Patagonia, declaró que sólo servían para dar una idea completa de lo que debía ser el infierno. Pero á la postura del segundo lote, situado más al Norte, se presentaron proposiciones por una suma casi fabulosa, con la fianza de la casa norteamericana de Grace y compañía, cuyas relaciones como banquero de esta clase de negocios con el Gobierno de Washington, no son un misterio en ningún Gabinete de América, y que era la misma que por el mismo tiempo trataba de adquirir el total de las acciones del canal de Nicaragua y enviar por su cuenta ingenieros que hicieran un nuevo estudio de su trazado, negociando directamente con el Gobierno de la capital de aquel Estado. No sólo llamó la atención aquella postura por las dos circunstancias referidas, sino por hacerse á nombre del Sr. Lumney, persona que desempeña en Santiago de Chile la Legación del Gobierno americano. Por último, el extremo de la desconfianza lo produjo el viaje solapado de exploración del crucero *New York* á los canales, con lo que ya no cupo duda acerca de las intenciones que podrían esconderse en la proposición de arriendo de aquellos territorios.

La alarma de estas desconfianzas las generalizó la prensa, siendo el *Magallanes,* periódico de Punta Arenas, el primero en dar la voz de aviso, publicando un artículo denominado *Estación carbonera norteamericana en tierras magallánicas*, y no fue preciso poner en el fogón mucha leña para que inmediatamente respondiera á aquel grito el incendio de la opinión en todo Chile y en toda la América meridional. Los periódicos analizaron todos los términos y todas las posibles contingencias de la cuestión, y haciendo una apelación vigorosa á las Cámaras chilenas, alcanzó al cabo que el honorable senador Sr. Mier Cox provocara una declaración explícita del Ministro

de Relaciones Exteriores, el cual, ante la actitud de los capitalistas ingleses de Valparaíso, que habían desistido del contrato celebrado sobre el lote de los territorios del Sur del archipiélago referido, declaró anuladas todas las demás proposiciones. Un voto general de aprobación se pronunció entonces en toda la prensa chilena, que escribió sendos artículos de triunfo sobre estas dos cuestiones, simultáneamente discutidas, y, aunque de tan distinto carácter, profundamente relacionadas entre sí: «La isla de Wellington—dijeron acerca de la primera—ni se vende, ni se arrienda.» Respecto á la segunda, que envolvía la venta de los buques de guerra que constituyen la poderosa fuerza naval con que hoy cuentan Chile y la Arg entina, la opinión pronunció idénticos fallos, y *El Chileno* escribía: «El pueblo chileno sabe, y saben todos los pueblos sudamericanos, que la presente no es hora propicia para un desarme en este continente, y que todo acouseja á las naciones que, como Chile y la Argentina, han adquirido con graves sacrificios algunos elementos de defensa, no pueden ni deben desprenderse de ellos por ahora. Tiempo ha que, en unión de los espíritus más previsores de este continente, venimos poniendo el oído atento á ese zumbido de amenaza con que la gran potencia del Norte, hoy convertida, después de sus triunfos de las Antillas y las Filipinas, en una de las más fuertes del globo, se acerca á las Repúblicas sudamericanas. Ya no son un misterio ni son un sueño de visionarios alarmistas las gestiones que los Estados Unidos hacen para establecer su predominio sobre la América latina, después de haber acordado con los ingleses ese reparto del mundo en que dejan á éstos el Africa y Asia y se reservan entero el continente de Colón para mercado de su comercio, base de operaciones de su vasta política y alimento de su colosal ambición. Este peligro puede ser lejano, pero es real, efectivo y de tal condición, que un acontecimiento cualquiera, *como la adquisición de un pedazo de tierra sudamericana por los Estados Unidos*, podría precipitar y convertir en el más agudo y desesperante

conflicto que han visto las jóvenes Repúblicas desde que existen. Chile y la República Argentina necesitan mantener, mientras esa política subsista, fuerzas que indiquen, por lo menos, que no se abandonan indolentemente á la fatalidad. Las naciones más fuertes y mejor organizadas del continente tienen el deber de vigilar sobre el escudo previsoramente el desarrollo de los sucesos en esta materia, tendiendo á la vez á una aproximación entre sí, única esperanza seria que en un caso doloroso les quedaría. La hora, por lo tanto, es importuna, ni para hacer comprometidas concesiones territoriales que puedan ingerir en el país una base de reclamaciones futuras que dieran argumento especioso para otra clase de dominación, ni para que cualquiera de las Repúblicas sudamericanas se desprenda de sus elementos de guerra, no porque ninguna de ellas desee correr bélicas aventuras, sino porque hay un sentimiento de previsión que así se lo aconseja, *cuando el instinto con que un pueblo debe constantemente husmear el horizonte, recoge desde hace tiempo olorcillos de peligros, harto más graves que las estériles cuestiones en que hemos perdido medio siglo.*»

A estas resoluciones del Gobierno de Chile, y estas meditadas reflexiones de su más sana opinión nacional, ha respondido la tentativa criminal proyectada contra el jefe de aquel Estado, y providencialmente frustrada por la casualidad. Y todo el mundo se ha preguntado: ¿qué interés habrían tenido los anarquistas en la perpetración de este crimen, si fatalmente se hubiera consumado?

*
* *

Tampoco á la Argentina faltan, por desgracia, frecuentes quebraderos de cabeza, como si hubiera un interés clandestino en hacer abortar la policía del General Roca, sin que sea preciso, para abrigar semejante sospecha, pensar siempre en el fantasma del influjo de los tortuosos caminos de la política in-

ternacional americana. Unos días son los galenses de la colonia del Chubut los que tratan de promover conflictos internacionales, que el Gobierno de Buenos Aires va resolviendo prudentemente con las resoluciones tomadas, así sobre la gobernación política de aquellos territorios, como con el establecimiento de las estaciones y escuelas agrícolas que promueve, y para cuya ejecución se ha asesorado de comisiones de vecinos de las mismas colonias en cuyo nombre se elevaron, hace pocos meses, las apelaciones insidiosas al Gobierno británico de que se hicieron eco las informaciones del *Morning Post*. Otras veces se le rebelan en forma desoladora y sangrienta las indiadas del Chaco, que le compelen á ejercitar en su sumisión fuerzas militares, que no pueden evitar los encuentros violentos ni los combates repetidos que se han librado en el mes de Septiembre último cerca de Napalpi. La proyectada solución de los problemas financieros, que son el eterno *Palladium* de todos los pueblos sudamericanos, ricos y pobres, fuertes y flacos, ha hecho resonar en los círculos de la opinión hasta la alarmante amenaza de la apelación á una intervención extranjera; y antes de hacer efectiva la intervención decretada por las Cámaras en la administración corrompida de la provincia ó Estado de Buenos Aires, ya la revolución de Catamarca ha creado un nuevo conflicto de poder y de autoridad, penoso de resolver, como lo son todos los que afectan á la unidad de soberanía y á la homogeneidad de la administración.

En el conflicto económico producido por la aprobación de los proyectos de la conversión del papel moneda, y la valorización del billete en el Senado, así como en la oposición sistemática que se ha hecho á todos los proyectos financieros que el Gobierno argentino ha presentado á sus Cámaras, se ve más la mano de Inglaterra que las deficiencias de leyes que son el resultado extremo de la necesidad. La valorización oficial del papel-moneda, será siempre un sofisma vivo de los Gobiernos si la cotización del comercio lo deprecia y atribuye otro signo inferior representativo del valor nominal. Solamente entre

este y el valor real, hay una justa correspondencia cuando las reservas en oro son proporcionadas al papel en circulación, y por desgracia en la Argentina el cambio del oro ha alcanzado proporciones alarmantes, que agravarán, sin duda, las nuevas disposiciones legales. Pero, no por esto, como se ha supuesto en las teorías sustentadas por el Dr. Pellegrini en el debate del Senado, acerca de la potestad soberana del Estado para fijar el tipo del valor fiduciario corriente, hay ninguna herejía jurídica, económica ni legal, ni se prestan, por lo tanto, á las graves declamaciones á que ha dado pábulo. Esta teoría la han hecho práctica los Gobiernos de todos los Estados que han atravesado crisis económicas tan graves ó más graves que la en que se encuentra en la actualidad la República Argentina. Los Estados Unidos la impusieron durante su revolución; Francia, en la suya, hizo lo mismo, y en la Italia moderna ha sido el instrumento por donde se ha ido llegando á su actual relativa regularidad. No había, por lo tanto, motivo para hablar de despojos legales y de intervenciones extranjeras, derecho que si fuera reconocido daría ocasión á los mayores atropellos de la soberanía de las naciones.

Es indudable que la Argentina, con intenciones rectas, camina á la regularización de su Hacienda pública por medio de la regularización de su administración tradicionalmente deplorable; pero estas reformas inevitables no pueden hacerse sin lesiones sensibles de los intereses creados á la sombra de las corruptelas que se quieren corregir, y que naturalmente han de oponer el máximum de su resistencia á las medidas de salvación. Que estos intereses que se sienten lastimados protesten y se escandalicen, nada tiene de particular. Sí lo tiene, que se arroguen una autoridad de que carecen, para levantarse á las amenazas que en el mismo Buenos Aires han formulado *L' Italia al Plata*, *La France* y otros periódicos extranjeros que allí se publican y que han repercutido por medio de sus corresponsales de la Argentina en *El Times, La Pall Mall Gazzette* y otros periódicos de Londres. Esta actitud de

los periódicos ingleses es interesada, sin estar del todo exenta de razón. Inglaterra ha visto *oculis obliquis* las debilidades que el General Roca ha cometido con los Estados Unidos, principalmente en la negociación del tratado comercial reciente y de las tarifas concedidas al comercio norteamericano, que perjudica considerablemente al comercio inglés. Estas concesiones, también está en los derechos de la soberanía otorgarlas ó no libremente á los países con quienes no hay celebrados pactos privilegiados. Pero el argumento que contra esta conducta hace *The Mercantile Guardian* no tiene vuelta de hoja. Mientras la Argentina conceda á los Estados Unidos todas sus condiciones comerciales más favorables, para hacer sus empréstitos acude á los bancos de Londres y no á los de Nueva York. Si Inglaterra es buena para prestar su dinero á los argentinos, buena debe ser para obtener las mejores ventajas que con el tráfico internacional se otorgan á otras naciones. Así es que, á la completa indiferencia con que en la City se recibió el plan económico del Gobierno argentino, ha sucedido la agitación producida por las cartas de Buenos Aires dirigidas al *Times*, con el que han hecho causa común el *Standard* y el *Financial Times*.

Estos hechos prestan ocasión para juzgar de lo que en realidad puede ser y será siempre la base de las alianzas pretendidas entre Inglaterra y los Estados Unidos, cuyos intereses respectivos han de hallarse en perpetua oposición donde quiera que converjan. Pero al mismo tiempo dan idea cabal de la caída de prestigio en que ha incurrido el General Roca, por sus inconsecuencias, por sus vacilaciones y por la completa rectificación de su conducta ante el influjo en los Estados Unidos, que ó lo han hipnotizado con el famoso arbitraje de la Puna de Atacama, ó lo han aterrado con el veto impuesto á la alianza latina de las naciones americanas. En el terreno internacional esta era la alta representación que se atribuía al General Roca al venir segunda vez á la autoridad presidencial: en la esfera de la política interior, su misión se con-

traía á regenerar la administración, persiguiendo en esta regeneración la base de los progresos todos de la sociedad argentina. En el terreno internacional, ¡cuán diversos han sido los efectos de su viaje á Punta Arenas, de los de su visita á Río Janeiro! En Río Janeiro parece haberse destruído todo el edificio levantado con general aplauso en las entrevistas con Errázuriz. En el aspecto de la política interior, el doctor Pellegrini se ha interpuesto entre los votos del porvenir y las promesas no cumplidas del General Roca en el banquete que le ofrecieron en las antevísperas de su gobierno todas las altas fuerzas productivas é inteligentes de la sociedad que dirige.

Para complemento de esta caída ha surgido inopinadamente la revolución de Catamarca, que es otro síntoma de la debilidad de procedimiento y de la carencia de pensamiento directivo en que ha venido á substanciarse esta administración, que tantas rosadas esperanzas hizo concebir en las auroras de su Poder. El estallido de la revolución catamarqueña se realizó en las primeras horas de la noche del 22 de Septiembre. Al frente del movimiento se pusieron el abogado D. Emilio Molina y el administrador de impuestos Sr. D. Antonio Rivera, secundados por gran parte de los jóvenes más distinguidos de aquella sociedad. Toda la noche duró el fuego, hasta que á la madrugada los sediciosos abandonaron sus posiciones, retirándose hacia el Este y dando por fracasada la revolución en la ciudad. El Gobierno local organizó la fuerza que había de perseguirlos, y que les dió alcance á 18 kilómetros de la capital, en La Isla. Los perseguidos manifestaron que se rendían; á pesar de esto, las fuerzas destacadas hicieron fuego sobre ellos, matando al jefe de la revolución y al distinguido joven profesor del Colegio Nacional D. Ramón Barros, tomando presos al otro jefe, el Dr. Emilio Molina, y al joven Alberto Furque, hijo del diputado provincial de este apellido: los demás revolucionarios pudieron escapar, dándose dispersos á la fuga. Ya en el combate en las calles de Catamarca habían sufrido los sediciosos la muerte de otros cinco de sus

compañeros, habiendo quedado heridos, además, varios de ellos, y entre éstos, y como simple curioso, el español Francisco Martínez, y durante el día 23 fueron presos en sus domicilios otra porción de personas, de las cuales en el mismo día quedaron algunas en libertad. Entre tanto, las noticias de los departamentos vecinos eran poco tranquilizadoras. Adalgalá se hallaba en armas. En Santa Rosa hubo combate y muertos. En Tinogasta y Belén, en Ambato, Santa María y Pallin la revolución había rechazado las fuerzas destacadas para pacificar dichos pueblos, y los telegramas particulares llenaban de alarma á Buenos Aires, porque no sólo denunciaban que había sido alevosa la muerte de Rivera y Barros, sino ponderaba los excesos cometidos por las fuerzas encargadas de la represión, á la par que la extensión que tomaba el movimiento. Este había sido producido contra las arbitrariedades del Gobernador D. Florio Castellanos, en quien, al parecer, las leyes no existían sino para que él las conculque. De cualquier modo, el efecto en la capital de la República fue tan alarmante, que la Cámara de los Diputados dedicó íntegra su sesión del día 23 á la discusión de este incidente, accediendo dicho cuerpo político á la solicitud de varios ciudadanos que pedían la intervención del Gobierno central. La intervención fue votada. El Ministro del Interior, D. Felipe Jofré, pidió oficialmente explicaciones al Gobernador Castellanos, así de la muerte de los que fueron arcabuceados en la posesión de La Isla, como de la prohibición dictada sobre la circulación de la correspondencia del correo nacional y la detención de los empleados encargados de distribuirla, y aunque en los despachos oficiales se negaron todos estos hechos, en Buenos Aires siguiéronse recibiendo noticias de los rigores y atropellos que se seguían cometiendo por parte de los delegados de la mencionada autoridad. Toda la colonia catamarqueña residente en Buenos Aires visitó al Presidente y al del Senado, General Mitre, y se suscribió por la juventud de Catamarca, residente en la capital, una instancia, en que se pedía la solución del

conflicto, «confiando al pueblo de Catamarca, por medio de una intervención amplia, la libre elección de sus mandatarios.»

Indudablemente, los sucesos de Catamarca son consecuencia ineludible de la condición natural de los Gobiernos regionales. Cada acto de oposición engendra una revuelta, ante las que los poderes centrales pueden ser tan impotentes, que nada puedan hacer antes de que se encienda con todos sus rigores una guerra civil. Pero en la Argentina, en el estado actual de las cosas, todos estos conflictos se suman en un solo concepto de descrédito para la administración del General Roca, á quien se acusa de carecer, más que de consistencia, de pensamiento, y que á fuerza de querer resolverlo todo por medio de aquellas habilidades con que un día se rinde al poder supremo de la Iglesia y restablece las relaciones diplomáticas con el Vaticano, y al siguiente envía pomposamente al Rey Humberto algunos caballos de regalo y prohibe la exhibición de banderas pontificias en los templos católicos; todo lo empastela y deja peor que estaba.

¡Mal camino! ¡Por esa senda no se va sino al descrédito!

***

La transmisión del poder presidencial en el Perú, no sólo ha tenido toda la majestad de los actos aprobatorios de la sanción popular, sino que está llamada á deshacer en breve plazo esa serie continuada de amenazas revolucionarias que sucesivamente han llevado los nombres del General Cáceres, del coronel Vizcarra, del Vicepresidente Billinghurts, del diputado Negrete y del Dr. Augusto Durand, que han ido acaudillando las montaneras levantadas, ya contra el Presidente saliente, General Piérola, ya contra la legalidad de la última elección presidencial, ya contra la persona del mismo nuevo Presidente, D. Eduardo L. de Romaña, que por ser hombre nuevo no tiene blancos por donde herirle.

Desde luego ha causado en la parte inteligente de la sociedad peruana el mejor efecto que el nuevo Presidente tenga por base de su carrera sus estudios científicos profesionales, y que no sea un militar, sino un simple ingeniero civil el que encarna la alta magistratura de la nación. Generales han sido, desde la constitución de la República peruana, los Presidentes Orvegovo, Gamarra, Castilla, Echenique, Pezet, Prado, Balta, Cáceres, Morales, Bermúdez, etc., y cada una de estas presidencias ha equivalido á una verdadera dictadura. De Romaña se espera consolidar la consagración civil de su elevado poder, y que esta significación civilizadora redunde en la continuación de los grandes progresos políticos y materiales que el Perú indudablemente debe al magistrado que el 8 de Septiembre cesó en su misión constitucional.

Con el nombre de Romaña se asocian los de los vicepresisidentes D. Isaac Alzamora y D. Federico Bressani, el uno abogado y el otro hacendista de larga carrera, y los de los nuevos Ministros D. Manuel María Gálvez, presidente del Consejo y Ministro de Relaciones Exteriores; el Coronel Domingo J. Parra, de Gobierno; el doctor Eliodoro Romero, de Justicia; el capitán de navío D. Camilo N. Carriles, de Guerra y de Marina; el doctor Mariano A. Belaunde, de Hacienda, y el doctor Calbos Basabre y Forero, de Fomento. Casi todos los departamentos de la República están representados en estos nuevos nombres, cada uno de los cuales, así en sus propias facultades como en su representación política, encarna un prestigio y una autoridad. Romaña, es de Arequipa; Alzamora, de Lima; Gálvez, de Caxamarca; Parra, del Callao; Romero, de Lambazeque; Carrillo, de Paita; Belaunde, de Arequipa también, y Forero, del territorio aún cautivo de Chile, de la suspirada Tacna. Las carreras respectivas son una garantía de que su colaboración en el Gobierno será fecunda y eficaz. Pero para ello hay que reconocer que han de hacer grandes esfuerzos y alentar muy nobles iniciativas, pues Piérola y los Ministros que bajo su inspiración han gobernado, han

tenido la fortuna de dejar, al concluir el período de su mando, sin déficit el presupuesto, duplicados los ingresos respecto á los que recibió al tomar posesión del cargo, y el suyo ha sido el único Gobierno que ha conseguido organizar en el Perú regularmente la estadística civil, la estadística de las Aduanas, la estadística de la producción y de la contribución, siendo enteramente suya la forma vigorosa de la administración, que deja reformada y establecida.

Los movimientos insurreccionales han tratado de perturbar esta labor patriótica y plausible con sus casi continuas algaradas; pero en todas partes y con todos los nombres han sido vencidos, y alguno de sus jefes lleva en la opinión general el título de ingrato. Un solo problema nacional no ha sido resuelto por Piérola en la medida de sus ambiciones: el que entraña el protocolo de las provincias de Tacna y Arica; pero el protocolo está en pie, con los compromisos contraídos por él por las dos partes contratantes. Las soluciones han de venir del cumplimiento que Chile dé á las obligaciones que por este tratado se ha impuesto. Chile lo ha retenido; tal vez se retracte; con todo, Piérola deja á su sucesor el deber de sostener aquel pacto, y Romaña ha aceptado esta obligación.

Piérola no desaparece del Poder sin dejar émulos, y no han faltado ya algunos de éstos que han pretendido someterlo á una especie de juicio contradictorio acerca de la integridad de su administración. ¡El presupuesto sin déficit! Este es el juicio de su pureza. Por lo demás, son recursos harto usados y harto desacreditados ya en América tildar á los adversarios caídos, de inmorales. Verdaderamente, con cortas excepciones, las realidades nunca han correspondido á lo descarnado de la acusación.

*
* *

Deliberadamente tratamos de excluir de estas Revistas cuanto se relaciona con nuestras perdidas Antillas, aunque en

ellas España conserve tantos intereses de los connaturales allí establecidos. Es demasiado pronto todavía para que se entibie en lo que con Cuba y Puerto Rico se relaciona, el dolor siempre vivo de nuestro patriotismo exaltado. Además, ¿qué podemos decir de aquellas provincias antiguas españolas que no nos sea causa de nuevas tristezas, ya que no de nueva desilusión? Todavía ayer alardeaban los que sostenían en las manos las armas que esgrimieron contra la madre patria, de que no las soltarían antes de que los Estados Unidos les hubiese integrado totalmente de su suspirada independencia. Pero en los primeros días de Septiembre regresaban á Nueva York los comisionados del Gobierno norteamericano que tuvieron á su cargo la distribución de los tres millones de pesos acordados para los soldados cubanos, á condición de que entregasen las armas. 33.692 de esos patriotas armados, tendieron en efecto la mano, y recogieron los 2.520.900 pesos que se les dieron. ¡Qué suma de patriotismo y qué celo de independencia! Tan altos sentimientos se vendieron al coloso del Norte..... ¡por dos pesetas!

La conversión hacia la anexión yankee, es cada día más poderosa é irresistible. Aquel Mr. Porter, amigo íntimo del Presidente Mac-Kinley, que después de la rendición de Santiago de Cuba y de los preliminares de la Paz en Washington, vino delegado á la isla para estudiar su situación económica real, é informar al Presidente, ha hecho revelaciones al *New-York Herald,* presentando como imprescindible la necesidad de la anexión «porque el capital inglés amenaza en Cuba la supremacía mercantil de los Estados Unidos». El *París*, periódico que se publica en la Habana, pide el protectorado perpetuo y permanente de los Estados Unidos para la isla, y en esta solicitud escribe: «No estamos solos; como nosotros piensan cuantos anhelan hallar una solución práctica para el problema cubano, cada vez más obscuro desde que la gran Antilla dejó de ser pertenencia de España.» Y otro periódico, augur de otros fatídicos destinos, añade: «Si en Cuba se hi-

ciera un ensayo de sufragio universal, el resultado significaría la constitución de una República de negros para dentro de poco tiempo. La población de la isla se distribuye entre unos 30.000 españoles, 150.000 cubanos blancos y el resto es población de negros. En el término de cincuenta años, esta población alcanzará la cifra de 2.000.000 de negros por menos de 150.000 de otras razas. ¿Qué República será entonces la de Cuba? El único medio de impedirlo es la incorporación de la isla á los Estados Unidos, como Estado, como territorio ó como colonia». Los estadistas americanos abundan en las mismas ideas, y este será el resultado final de aquella insidiosa guerra de emancipación.

Así y todo, tenemos aún que interesarnos por aquellos connacionales nuestros que allá han quedado unidos á sus intereses, aunque en plazo más ó menos largo serán definitivamente súbditos perdidos para España. Todavía se hacen entre éstos patrióticos esfuerzos por conservar la unión, y aun estrecharla más, como símbolo de una idealidad de patria que aún palpita en sus corazones, y bajo ciertos conceptos son plausibles esos esfuerzos. El Casino Español de la Habana, la Sociedad de dependientes y las regionales de Asturias, Cataluña, Galicia y la Montaña, forman parte de estos grupos en unión á los que ahora se congregan á la colonia española de Cienfuegos, cuyo manifiesto, dirigido el 25 de Septiembre último á los españoles residentes en aquella jurisdicción por el presidente del Casino Español, hemos recibido.

Nosotros no podemos menos de aplaudir esas nobles tentativas. Nunca, como en sus desgracias, la patria es más digna del culto de amor y de la fidelidad de sus hijos.

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Nuestros contemporáneos, según el teatro francés.=Enseñanza y educación: Los trabajos de la Universidad de Clark.=Supersticiones: El culto de los árboles.=Bellas Artes: Miniaturas de Códices españoles.=Sociología: Las leyendas modernas.=Hermenéutica: Los testimonios humanos.=Impresiones y notas: Nombres de las obras sobre los rayos X.—Un nuevo drama de Hauptmann.—Las víctimas del régimen lácteo.—La confesión en la Iglesia primitiva.—El funcionarismo en España.—La literatura como oficio y como vocación.

LITERATURA

Nuestros contemporáneos, según el teatro francés.—Descontada en toda obra dramática la parte de exageración debida al temperamento del autor y á la índole del asunto, queda como residuo el alma desnuda del tipo dramatizado, y en esos límites cabe decir que el teatro es el reflejo de la época, pudiéndose seguir en la literatura dramática mejor que en ninguna otra, la evolución moral y psíquica de la sociedad contemporánea.

Para establecer la clasificación de los diversos tipos sociales, no pueden admitirse ya los tres grupos clásicos de la nobleza, la burguesía y el pueblo, por la confusión actualmente existente entre cada una de estas agrupaciones. Hoy—como dice en la *Revue Bleue* Luis Chevallier—el talón del valor social es el dinero, y la vida sufre todas las transformaciones

inherentes á la mayor ó menor riqueza de que se disponga, sirviendo de base á la clasificación de los seres humanos en tres grupos: las gentes del gran mundo, brillantes, ociosas, superficiales y vanas; la gente burguesa, consagrada á la vida de familia y á las ocupaciones profesionales, y la clase obrera, de las ciudades ó del campo, siempre amarrada al yunque del trabajo cotidiano. Aparte de estos grupos, puede todavía estudiarse, como restos de lo que antes fue, el de la aristocracia, ya que en el teatro todavía produce algunos tipos especiales, que no es dado englobar en el primero de los tres grupos que hemos hecho.

El noble se presenta en el teatro del último cuarto de siglo bajo tres diferentes aspectos: el de la perpetuación del nombre, el de su papel en la vida social y el del empleo de su inteligencia. El rasgo común característico es el de la ignorancia completa, voluntaria ó involuntaria, de la marcha del tiempo, la petrificación del tipo por orgulloso desprecio de la vida popular y común, en la roca de las añejas tradiciones. En *Los fósiles* se les ve pateando los principios morales por tener un heredero de su nombre; en *Las dos noblezas* aparece la testarudez altiva del viejo gentilhombre arruinado, que prefiere dar su hija á cualquier colega tan arruinado y terco como él, á entregarla al hijo ilustrado y laborioso de su vecino el industrial; en otras obras, en fin, se les contempla en el pleno desarrollo de sus facultades, en posesión de *la carrera*, la única carrera que puede seguir un hombre bien nacido, la diplomacia, inútiles, echándola de personajes porque se han cruzado con un Archiduque, y contando misteriosamente las conversaciones sorprendidas ó solicitadas de algún Embajador. Por estas muestras, se ve que la aristocracia es algo así como un vehículo parado y enmohecido en el incesante desenvolvimiento de la vida moderna.

Las gentes del gran mundo favoritas de los autores dramáticos, ofrecen más amplio campo de estudio en su vida casera y mundana, siendo su característica la más completa in-

diferencia por todo lo que no afecta directamente á su tranquilidad ó á sus goces egoistas. Chevallier pasa revista á los tipos del gran mundo en la familia y fuera de ella, y recoge las notas salientes que presentan en el teatro.

En el matrimonio puede decirse en general que, ya los pinten idealistas como Feuillet, escépticos como Meilhac, ó belicosos como Hervieu, su estado normal es el adulterio. Juegan á él sin escrúpulos, sin disfraces, sin remordimientos, como si se tratara de la cosa más natural del mundo: el señor tiene su círculo, la señora sus visitas y su modista, y cada cual obra como lo tiene por conveniente, bajo el régimen de una libertad sin intervención. Ordinariamente se encuentra al amante instalado junto á la chimenea, precisamente cuando el señor está en el círculo, contando á la señora los escándalos del día, disputando de cuando en cuando con ella, y retirándose á media noche; el señor, de quien naturalmente es amigo, no sabe nada ó aparenta no saberlo, ó bien lo sabe, pero lo tolera y hasta lo agradece, rogando al amante que asegure la paz del matrimonio; en todo caso, es el matrimonio de tres, vulgar ó cínico, á menos de que todos se entiendan, y el señor elija una amante entre las amigas de la señora, y la señora un amante entre los amigos del marido, caso no raro que constituye el matrimonio de cuatro. Tal ha sido, durante muchos años, el único estado normal de los matrimonios del gran mundo presentados en la escena.

Hace poco, parece que se ha producido una reacción; pero es más aparente que real, como hecha en nombre de la independencia de la mujer. ¿Cuál puede ser la causa de ese modo de vivir en pleno adulterio? La falta de cariño, de todo lazo sentimental ó moral entre los esposos, unidos por el azar de un encuentro, por el trueque de dos ambiciones, viviendo como extraños bajo el mismo techo, expuestos á todas las tentaciones ambientes, sin freno alguno moral que les contenga.

Verdad es que hay algunas excepciones, casos en que existe amor recíproco entre los esposos; pero aun en tales casos es

tan frágil el lazo, que la menor ráfaga lo rompe, como sucede en *El perdón* y en *Georgina Lemeunier*. Fuera de estas excepciones, sólo se ven monigotes articulados, autómatas que hacen gala de sus culpas. En *Froufrou*, la soledad del hogar, fruto de la disgregación de gustos y de educación entre un marido serio y una esposa frívola que le abandona por su amante; en *El Acróbata,* la hostilidad latente entre una mujer romántica y un marido positivo, ó, como en *La esfinge*, entre una misteriosa incomprendida y un tonto; en *La Marquesita*, la indiferencia completa entre un sabio y una desvergonzada que corre de los jóvenes á los viejos; en *Enamorada*, el enervamiento, producido por la desigualdad sensual de una joven ardiente y un médico que se casa para descansar; en *La Condesa Romani,* la guerra declarada entre la ciega sencillez de un gentilhombre y el instinto depravado de una bribona; en *La extranjera*, el grosero desdén de un aristócrata, enriquecido por el matrimonio, hacia su esposa, plebeya y buena; en *Francillón* el reto de una esposa, celosa de sus derechos, á un marido vanidoso, cuya jactancia apresura la catástrofe; en *La invitada,* la deserción del hogar por el orgullo herido de esposa susceptible y el regreso por la curiosidad de madre privada de sus hijos; en *El reparto,* la lucha del descaro femenino y de la abnegación varonil entre una esposa sin conciencia y un marido demasiado bueno; en *La vasalla*, *El grillete*, *La ley del hombre* y *Las tenazas*, el doble suplicio, la insurrección á chorro continuo, la mutua recriminación contra la ley y las obligaciones del matrimonio.

¡Qué profunda obliteración del sentido moral, qué singular relajación de costumbres hace suponer esta serie de cuadros! La conclusión que de su estudio tiene que sacar el espectador y el extranjero es esta: la mayoría de los matrimonios parisienses y, por extensión, franceses, en las altas clases sociales, viven en el adulterio, y á veces por el adulterio; la querida y el amante son en Francia elemento normal de la existencia conyugal.

¿Y qué les empuja á semejante falta? Todo, menos el amor. «Yo me aburría—hace decir Emilio Augier á una de sus heroínas,—y he ahí cómo ha empezado eso; él me ha aburrido, y he ahí cómo ha terminado.» Ese es el resumen de la historia del adulterio, y á eso vienen á reducirse sus causas determinantes. En cuanto á las ocasionales son en las mujeres: el despecho en *Froufrou*, furiosa de ver ocupado por su hermana el puesto en el hogar que ella ha dejado siempre vacío; curiosidad y vicio precoz en *Miguel Pauper;* exaltación novelesca de imaginación pervertida, en *Acróbata;* neurosis imprudente y calenturienta, en *Margarita;* fanfarronada de la infamia, en *La Princesa de Bagdad;* sentimentalismo y sensualidad inextinguible, en la esposa cortesana de *Enamorada;* depravación inconsciente y cínica, en *La parisién,* que engaña por hacer lo que sus amiguitas, por moda, por buen tono; aburrimiento, necesidad de intimidad confortable, en la sibarita señora de Salus de *La paz del matrimonio;* en ninguna parte amor verdadero, abnegación ni entrega de sí misma. En los hombres se encuentra la misma indiferencia; la mujer no es para ellos la esposa, ni la madre, ni la amiga, sino el ama de casa, un jefe del protocolo doméstico encargado de la etiqueta en las recepciones y comidas, ó un muñeco que se mira por costumbre al volver del Círculo, á menos de que sólo sea la esclava para el intervalo de los caprichos extraconyugales. La querida misma no es tampoco la compañera de las horas de locura junto á la cual se olvida todo, sino un lujo, una satisfacción de amor propio que se enseña como un buen caballo ó un caprichoso dije.

Consideradas fuera de la familia, las altas clases aparecen también como son: inútiles, frívolas y vanidosas. *Los inútiles*, de Cadol, aunque antiguos, son siempre reales, con su afán de matar el tiempo en torno del tapete verde, como *Los escándalos de ayer*, de Barrière, con la envidia de las condesitas á las aldeanas que se deslizan en su sociedad por la puerta grande del matrimonio, siguen siendo también de hoy. Hoy, las altas

clases, aristócratas ó advenedizas, están roídas por el cáncer de la ambición y por la sed del oro: los que no lo tienen, para adquirirlo, y los que lo tienen para gastarlo locamente. Desdeñosos del trabajo, ignorantes del deber, dirigen su actividad á frivolidades costosas, comedias de salón, minuets y pavanas, carreras de caballos, ruleta y bacarrá, creación de chalecos y de corbatas sensacionales, citas en casa de los costureros de moda, rondas nocturnas á las tabernas artísticas y á los restaurants donde se cena, tal es el círculo invariable de la existencia cotidiana de estas gentes. Y como este género de vida exige muchísimo dinero y las fortunas actuales no pueden hacer frente á tales gastos, se emplean todos los medios para obtenerlo. El honor, el orgullo, el respeto á las tradiciones de la familia cierran á veces el paso: hay que pisotearlos ó retroceder, y en esta alternativa nadie vacila, y el ejemplo de los demás sirve de aliento y de disculpa. Hasta bajo el manto de la caridad, ¡qué de villanías y falsedades! Ved en *Los bienhechores* todas esas damas reunidas en asamblea general para la función de beneficencia; unas hablan de su modista y de los trajes que han de estrenar; otras dan citas, que nada tienen que ver con la beneficencia, y ninguna piensa realmente en los pobres.

No salen mejor librados los tipos burgueses, flagelados por la crítica de la escena más que ningunos otros. Aquí también hay sus excepciones, y *La querida legítima,* de Davyl, como *La señora Caverlet,* de Augier, son, á pesar de lo irregular de su posición, de irreprochable honradez, amando sinceramente y habiéndose entregado sin cálculo, como en *Musotte*, la antigua amiga de Juan, se ve á éste acudir sin vacilar á su llamamiento de moribunda, cerrarla los ojos, y recoger su hijo natural, acogido con cariño por la mujer legítima, que comprende y perdona; pero estas son situaciones excepcionales, y el tipo filantrópico de *Juan Baudry*, que renuncia á todo por amor á la dicha del prójimo, es tan extraordinario, que parece más bien un excéntrico que un hombre de cabal sentido.

En los *Fourchambault* de Augier, está presentado el estudio de conjunto de la burguesía: el marido, respetuoso con el bien parecer, abandona á su amiga en cinta, para casarse con una mujer rica y de mal genio que le hace temblar; la mujer, coqueta y vanidosa, se pavonea en las recepciones de la Prefectura; el hijo, egoísta sin escrúpulos, no vacila en engañar á una honrada jóven para divertirse; la hija, una tontuela sin corazón, que asegura á los diez y siete años que todos los maridos son iguales, y tomará el que le salga.

El egoísmo es la nota dominante en las familias burguesas: «Vamos, hijos míos,—dice un padre—arreglaos para que yo pueda comer con buen apetito.» «Vamos, hija mía—dice una madre—piensa en nosotros; yo tengo interés en este matrimonio porque me traerá relaciones muy agradables.» «¡Ay! —exclama una joven dirigiéndose á su novio repentinamente arruinado, para despedirle—¡si siquiera os hubieran quedado veinte mil francos de renta!»

Tras el egoísmo aparece la codicia, el afán del dinero, no considerado como fruto legítimo del trabajo, recompensa del esfuerzo ó de la audacia, ó como palanca de la energía productora, sino como un maná caído del cielo en forma de dote ó de herencia, para el solo fin del goce grosero. «¡Mi hijo no se casará sino con una rica! exclama el padre. «Genovevita mía—dice una tía á su sobrina—casémonos ricamente; ese es el gran negocio.» «¡Te casarás con una millonaria, galopín!» —dice una buena madre á su hijo en *Los bienes ajenos*. Para las clases burguesas, el dinero es lo que era el nombre para la antigua nobleza: el título que abre todas las puertas y da derecho á todos los respetos.

Si del «alma burguesa» se pasa á la «conciencia burguesa,» se la vé no menos estigmatizada en el teatro. El concepto de la moral absoluta, independiente del tiempo y del espacio, no lo tiene hoy apenas nadie. La gente, puesta en el caso de resolver un conflicto moral, no pregunta á su conciencia «¿qué debo hacer?», sino «¿qué haría un hombre de mi clase en este

caso? ¿Cuál es la medida de infamia y cobardía tolerada por nuestras leyes?» Al lado de estas conciencias, los autores han colocado tipos de criminales, de refractarios, de gentes que no se cuidan de las formas, pero que aparecen paradójicamente más simpáticos porque son capaces de un impulso generoso, sin cálculos ni restricciones.

Los obreros y aldeanos tampoco son mejores. Los aldeanos, sobre todo, aparecen en escena como rutinarios, déspotas y avariciosos; para ellos, la tierra lo resume todo, y el amor que les inspira aniquila todo otro sentimiento, haciendo de estas buenas gentes palurdos de corazón seco y de espíritu positivo, como en *Los rústicos*; el amor á sus bienes le hace amar la ley que le protege, y el temor á las revoluciones le hace profundamente conservador; su psicología puede encerrarse en dos términos: amor á la tierra, miedo al gendarme. En la joven generación, se dibuja, sin embargo, cierto cambio, y la instrucción mal dirigida despierta en estas clases, como en las demás, ambiciones de satisfacción imposible. Los hijos, aguijoneados por las culpables promesas de un porvenir mejor, dejan la granja por el estudio, y obtenidos sus títulos, van á engrosar la muchedumbre impaciente y agriada de los postulantes sin empleo.

En cuanto á la clase obrera, Manuel evoca en *Los obreros* el tipo del trabajador de hermosa barba, pensador y bueno, tal como lo habían concebido en 1848 los falansterianos, pregonando la unión de la blusa y el gabán; pero este ideal de fraternidad dura poco, siendo sustituído por el de la lucha de intereses en *Las dos noblezas, Los malos pastores* y *La comida del león*. Los obreros marchan en sindicatos, hablando gordo y amenazando siempre, brotando de sus ojos la gana de poseer, de gozar á su vez de todos los bienes de este mundo, y siempre dejándose engañar por las palabras sonoras de los que aspiran á dirigirlos para explotarlos. En el obrero, como en el labrador, no hay huella de sentido moral; conducido por sus instintos groseros, y alentado por el ejemplo de las demás

clases, se abandona á la corriente materialista, buscando el olvido en la embriaguez y esperando el gran día de la revolución social.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

Los trabajos de la Universidad de Clark. — Un rico comerciante de Hubbardstown, J. G. Clark, que había hecho su fortuna en California y en Nueva York, ha querido (como dice en la *Revue des Revues* el Dr. Schinz, de Minnesota) dejar unido su nombre á una institución docente, fundando en Worcester (Massachusetts) en 1888, la Universidad de su nombre, y confiando la dirección de la misma al eminente pedagogo G. Stanley Hall.

El Dr. Hall, nacido en Asfield en 1846, hizo al terminar sus estudios en América dos viajes á Europa, visitando Alemania, Francia é Inglaterra, asistiendo á las lecciones de Zeller, Dorner, Trendelenburg, Kuno Fischer, Helmholtz, Du Bois-Reymond, Ludwig, Wundt, Brown-Séquard y Charcot, y encargándose á su regreso de una cátedra de Psicología contemporánea en la famosa Universidad de Harward; una serie de conferencias que entonces dió sobre asuntos pedagógicos, fue para él y para el público la revelación de sus especiales talentos y de su aptitud para la pedagogia.

El artículo que en 1883 publicó sobre «Los conocimientos del niño á su entrada en la escuela», adquirió gran notoriedad, y fue como el programa de su futura labor, con sus ideas de reforma de la enseñanza en América, su método de trabajo por medio de cuestionarios, y su espíritu sugestivo é investigador, hallándose allí el punto de partida de su tesis favorita de que el niño no piensa por encadenamiento lógico de pensamientos, sino por imágenes. En aquel artículo, como resultado de laboriosa información, se ve que el 77 por 100 de los niños ignoran lo que es un cuervo, 54 por 100 lo que es un

carnero, 45,50 un puerco, 33,50 una gallina, 18,50 una vaca, 32 una pera y 21 una manzana; el 90 por 100 no saben donde tienen las costillas, 80 el corazón, 15 la frente y siete las rodillas; 65 por 100 no han visto nunca un arco iris (ó no les han dicho lo que es, si lo han visto); 35 por 100 no saben nada de las estrellas ni de la luna; 90 no saben de dónde procede el algodón, 89 la harina, 69 la lana, 55 la leña, 50,50 la manteca, 20,50 la leche, etc.

Antes de esta publicación, en 1881, el Dr. Hall había sido nombrado profesor de Psicología en la Universidad de Juan Hopkins, en Baltimore, y de allí salió al cabo de seis años para encargarse de organizar y dirigir la nueva fundación de Clark. Comprendiendo que no podía hacer la competencia á la Universidad de Harvard, la más famosa de los Estados Unidos, quiso que la nueva institución tuviera caracteres especiales que la distinguieran de todas sus similares, y al efecto la montó sobre las bases siguientes: 1.ª Hacer de Clark una Universidad á la europea, consagrada á los estudios posteriores al bachillerato, pues en los Colegios ó Universidades (términos allí sinónimos) de Norte-América, la parte principal de los programas corresponde á lo que forma en Europa los últimos cuatro años del bachillerato. 2.ª Especializar su obra, para lo cual no estableció facultades de derecho ni de teología, de medicina ni de letras ó ciencias, sino estudios de *Matemáticas, Física, Química, Biología* y *Psicología,* consagrando especialmente su atención á la psicología, estudiada por medio de pacientes y originalísimas investigaciones de laboratorio, con predominante aplicación á la pedagogía. 3.ª Partir en todo trabajo del principio de la duda cartesiana, prescindiendo por lo tanto de toda teoría existente, y prohibiéndose establecer ninguna teoría nueva; hechos, hechos y hechos, sin comentarios, sin polémicas y sin tendencias de ninguna clase. 4.ª Asociar á los alumnos al trabajo de los profesores, coleccionando hechos, reuniendo opiniones, formando estadísticas y tablas de comparación, recogiendo diagramas, etc.

Nada da mejor idea de aquel género de labor que las publicaciones de los profesores. En psicología el *Curso de Psicología experimental* (dos tomos) del Dr. Sanford, se reduce á un seco relato de experimentos de laboratorio sobre los cinco sentidos y sobre las diversas facultades. En antropología, *El niño y la infancia en el pensamiento de los pueblos,* del doctor Chamberlain, forma un trabajo de benedictino de 464 páginas de interminable lectura, tratando, por ejemplo, el capítulo IV *(Tributo del niño á su padre),* de los *Nombres del Padre, Derechos del Padre, Padre rey, Padre sacerdote, Padre Dios, Padre cielo, Padre mar, Padre río, Padre hielo, Padre fuego, Padre sol, Padre tierra, Padre viento* y *Otros dioses Padres.* En pedagogía, no hay libro; pero existen multitud de obras y opúsculos sueltos de consulta, como el *Estudio sobre los miedos*, del Dr. Hall, consistente en un diluvio de hechos, relatados sin trabazón alguna, sobre el miedo de caerse, de perderse, de estar encerrado, del agua, del fuego, del viento, de los cuerpos celestes, de la obscuridad, de los sueños, del trueno, de los animales, de los ojos, de los dientes, de las pieles, de las plumas, de las personas, de la soledad, de la muerte, de las enfermedades, miedos religiosos y morales, miedo del fin del mundo, de los espíritus, miedos morbosos, miedos escolares y represión del miedo; más descarnados todavía son *La Memoria de los músculos,* de Smith, serie de cuadros enlazados por algunas palabras de texto; las *Investigaciones sobre los pensamientos y razonamientos de los niños,* listas de respuestas de niños á multitud de cuestiones; el *Examen de la memoria en los niños de escuela,* de Shaw, conjunto de cifras, estadísticas y cuadros; las *Dendropsicosis*, de Quantz, relatos de hechos provocados por la vista, miedo ó adoración de los árboles, etc.

Como medios de estudio, tienen los estudiantes: 1.°, las *clases,* que en general son poco frecuentes, pues una de las aspiraciones de Clark y de Hall es que los profesores se consagren á la investigación más bien que á la enseñanza, no de-

biendo dedicar más de dos horas por semana á las clases; 2.°, los *libros,* donde los alumnos encuentran materiales para sus trabajos de compilación, no cuidándose nunca de formular tesis nuevas, sino de resumir en un breve artículo las opiniones de los sabios sobre el asunto elegido; 3.°, los *laboratorios,* que cada vez adquieren mayor desarrollo, y de donde han salido trabajos como el *Estudio sobre las facultades motrices,* de Hancock; *La influencia del color de las superficies sobre nuestra estimación del tamaño de los objetos,* de Quantz, etc. 4.°, los *Syllabus* ó cuestionarios, muy en boga en Clark, método pedagógico cuyo alcance no deja de ser bastante discutido, aunque muchas de sus aplicaciones son de indiscutible valor (1); 5.°, las *Revistas* que el Dr. Hall publica para dar á conocer principalmente los trabajos de sus alumnos, y que son la *Revista americana de Psicología* y el *Seminario pedagógico* (2), redactadas casi exclusivamente por el Profesorado y por los alumnos de la Universidad, siendo uno de los más poderosos estimulantes del trabajo escolar, y apareciendo en ellas, al lado de no pocas fruslerías, artículos é investigaciones de innegable interés, como «El oído en los niños», «La

(1) Como ejemplo de este género de trabajos, pueden citarse las «Observaciones sobre los estudiantes de último año de Universidad que han elegido el curso de Psicología.» 1.° «¿Por qué habéis elegido esta rama del saber?» Cinco responden que por ser útil al estudio de la Medicina, treinta por serlo al del Derecho, veinte á la Teología, cinco á la Historia, cuatro á la Literatura y el resto por conocer los caracteres y saber cómo se debe obrar en la vida práctica. 2.° «¿Qué habéis ganado hasta ahora?» Seis dicen que nada, muchos que fundamentos para su fe, etc.» 3.° «¿Qué autores os han impresionado más?» Spencer, Kant, Emerson, Elid, Platon, Carlyle, etc.» 4.° «¿Qué asuntos os han interesado más? «A unos la evolución ó la cuestión de Dios, á otros la libertad moral, las curiosidades psicológicas, el idealismo ó el agnosticismo; la «psicología de los fenómenos religiosos», de Lemba; el «estudio sobre las muñecas», de Hall; la «sugestibilidad de los niños», de Small, etc.

(2) Acaba también de fundarse otra Revista, consagrada especialmente á las matemáticas.

escritura del espejo y de la mano izquierda», «La imitación en los niños», «La sugestividad en la infancia», «El espíritu burlón en los niños y el de tiranía en los más fuertes», etc.

Hay en todos estos procedimientos y trabajos no poco meritorio, junto con nimiedades sin objetivo ni alcance práctico. Así, por ejemplo, en el famoso *Estudio sobre las muñecas*, que es el modelo del género, resulta de los informes adquiridos sobre 848 casos, que, por bajo de siete años, el 82 por 100 de niños y el 98 de niñas, han jugado con muñecas, y entre siete y doce años, las muñecas han servido de juguete al 76 por 100 de niños y al 99 por 100 de niñas; en cuanto al castigo favorito de las muñecas, para el 41 por 100 consiste en enviarlas á la cama; para el 34, en pegarlas; el 32, en azotarlas; el 25, en reñirlas; el 20, en encerrarlas en un armario; el 13, en tenerlas sin salir de la habitación; el 12, en encerrarlas con llave; el 17, en hacerlas estar quietas y sentadas; el 11, en sacudirlas; el 7, en abofetearlas; el 7, en hablarlas muy severamente, y el 5, en reprenderlas con aspereza; respecto á la clase de muñeca preferida, 191 prefieren muñecas de cera; 153, de porcelana; 144, de trapos; 116, de biscuit; 84, de porcelana y trapos; 69, de cauchú; 12, de porcelana y cuero; 11, de cartón; 7, de yeso, y 6, de madera; 199 niñas han dado á sus muñecas los nombres de sus amiguitas; 87, el más adecuado á la belleza de la muñeca; 54, nombres de capricho; 33, los nombres de los donantes; 26, el nombre de *Dolly* (muñeca); 21, cambian de nombres con frecuencia, etc.; 88 alimentan á sus muñecas con leche; 75, con pan; 62, con pasteles; 45, con agua; 33, con bombones; 27, con bizcochos; 19, con patatas; 8, con helados; 3, con uvas; 3, con nueces; 4, con sal, etc.

Uno de los inconvenientes más graves de los métodos de la Universidad de Clark consiste en que, por detenerse en los detalles, suele perderse de vista el conjunto; y otro no menos grave es el de suponer que los estudiantes llegan allí con suficiente preparación, cuando no pocos entran en Clark sin saber siquiera la historia de la filosofía, lo que les expone á

tomar como descubrimientos propios lo que ya está hace siglos resuelto. El filantrópico Clark y el pedagogo Hall merecen, sin embargo, todos los respetos y todas las simpatías por el entusiasmo y la fe con que han acometido la empresa trascendental de reformar los estudios universitarios y de abrir á la ciencia nuevos horizontes.

SUPERSTICIONES

El culto de los árboles.—El sentimiento religioso—dice Ersilia Caetani en la *Nueva Antología*—que en el ánimo deja el solemne y misterioso silencio de los bosques, no menos que la veneración á ciertos árboles, se manifestaron en todos los antiguos pueblos en forma de culto especial, cuyo recuerdo han conservado tradiciones, libros y monumentos.

Antes que ninguno y sobre todos aparece aquel árbol paradisiaco de la Ciencia y de la Vida, que tanto figura en la historia del primer pecado. Semitas y aryos conocieron indistintamente el árbol del Cielo, de la Vida y de la Ciencia, el primero de los cuales tiene por frutos los cuerpos luminosos del espacio, el segundo produce una bebida que da la eterna juventud, y el tercero comunica la presciencia y la omnisciencia. Entre los caldeo-asirios, la imagen del árbol de la Vida era objeto de especial culto, constituyendo uno de los más elevados emblemas de la religión, y hasta entre los chinos se encuentra la tradición de siete árboles extraordinarios que florecieron en los montes Cuen-Lun, y uno de los cuales hacía inmortal á los que probaban sus frutos. La India misma tuvo sus árboles edénicos, entre los que se hace notar el que teniendo sus raíces en la tierra toca con su copa el cielo, que no es otro que el árbol de la Ciencia. En cuanto á los egipcios, creían que desde lo alto de un sicomoro vertía la diosa Nut en el alma del difunto la bebida de la inmortalidad, y por lo que hace á los persas, ponían á orillas de un lago paradisiaco

dos árboles, cada uno guardado por un genio, y uno de los cuales alejaba la muerte y otro producía todas las semillas. El tipo más perfecto de árbol cosmogónico es el que presenta la mitología escandinava en el Iggdrasill, que llegaba hasta el cielo como la Weltesche de los antiguos germanos, cubriendo con sus ramas toda la tierra y asentándose en su cima un águila.

Dejando á un lado los árboles fabulosos, vengamos á los que realmente han existido siendo objeto de veneración y culto. En el Antiguo Testamento se alude señaladamente al terebinto, bajo el que se manifestaba de ordinario la divinidad, y que por lo mismo era venerado, erigiéndosele altares y ofreciéndosele sacrificios. El *Ashera*, del que habla á menudo la Biblia no era, en el culto cananeo de Palestina, sino el simulacro de la diosa de la fecundidad y de la vida bajo la figura de un árbol ó palo adornado, á semejanza de nuestros *árboles de Mayo*.

Los árboles figuraron no poco en la mántica ó arte de adivinar de todos los pueblos semíticos, dando lugar á la folimancia ó arte de ver el porvenir por el ruido de las hojas agitadas por el viento, que se tenía por la voz de la divinidad.

Entre los caldeo-asirios el culto del ciprés era antiquísimo, venerando también el *Samullu* ó árbol de luz, al que estuvo dedicado un templo en Babilonia. Los árabes, por su parte, veían un árbol fatídico en el *Samurah*, de cuyas espinas, que servían de amuletos, se decía salían voces que predecían el porvenir, lo que trae á la mente el recuerdo de los árboles espinosos de la dolorosa selva dantesca, dentro de los cuales están encarceladas las almas de los suicidas, y dé donde salen gemidos y suspiros.

Entre los árboles sagrados del paganismo semítico, la palma es, sin embargo, el más caracterizado. Baste recordar la soberbia palma que los de Negran, en el Yemen, conservaban en la parte oriental de la ciudad, y en torno de la cual se reunían una vez al año para celebrar sus fiestas: después de ador-

narla con telas preciosas, depositaban á su pie ofertas y dones, y le suplicaban hasta que de su centro salía la voz profética de un espíritu; entonces todos se postraban adorándola, retirándose después.

Los indios tuvieron también árboles y bosques sagrados, llamando al ciprés «árbol de Dios»; un uso bastante extraño era el de adoptar un árbol por hijo, é invocándolo como tal, adorarlo y suplicarle. El culto de los árboles estuvo siempre en boga en la India, y hoy mismo conservan algunos su puesto de honor á la entrada y en las plazas de las aldeas, existiendo el culto del *tulasi,* planta dedicada á Vishnú, cuyas hojas curan toda clase de males y hacen espeler el veneno de las serpientes.

En Persia, el Zend Avesta, calificando los árboles de *puros* y *santos*, excita expresamente á rogarles é invocarlos. El ciprés, sobre todo, fue objeto de especial veneración; Zoroastro plantó uno en Batras, que creció tanto, que pudo en poco tiempo sostener una grandísima sala; y se cuenta también que otro que plantó en Kirshmer, en el Korasán, pudo sostener un amplísimo palacio con dos magníficas salas, cuyo piso era de plata, el techo de oro y las paredes de ámbar y piedras preciosas. Por lo grandes, pueden juntarse estos cipreses legendarios con los dos plátanos de que habla Plinio: uno, en la Licia, tenía ochenta pies de circunferencia en la cavidad del tronco, y en él dió el cónsul Licinio Muciano un banquete á dieciocho comensales; el otro, en el territorio Veliterno, sirvió á Calígula para dar una comida, cabiendo bajo sus ramas, no sólo los quince convidados, sino todos los criados que asistían á la mesa. La religión zéndica hace de la figura esbelta del ciprés la representación de la llama.

En Persia, el culto de los árboles está muy arraigado; y sin hablar de lo que cuentan Sadi, Barbaro y Valle, es hoy mismo corriente ver, junto á las fuentes sobre todo, árboles de todas clases, de cuyas ramas penden telas multicolores que los peregrinos ofrecen supersticiosamente y que nadie se atreve á tocar, lo mismo que en tiempo de Herodoto.

En cuanto á los galos y germanos, Tácito cuenta la manera con que sacaban de los árboles presa gios, y sabido es que, según Roberto de Fulda, los germanos veneraban en el siglo VIII de nuestra era el altísimo árbol llamado Irminsul, siendo allí tan respetados los bosques, que los delitos forestales eran castigados con severísimas penas, teniéndose por cierto que quien dañara un árbol tenía que perecer en el mismo sitio con toda su familia.

En Grecia, la famosa encina de Dodona, el rumor de cuyo follaje debía expresar la voluntad de Jove, demuestra el alto concepto en que los helenos tenían á los árboles; el laurel de Apolo era estimado como el árbol saludable por excelencia; el olivo estaba consagrado á Minerva y plantado sobre la Acrópolis, pendiendo de sus ramas las armas divinas y sirviendo de divisa en las monedas de Atenas; el renombrado bosque de cipreses de Dafne en Antioquía fue religiosamente conservado hasta los días del Bajo Imperio; el agnocasto estaba consagrado á Juno, y sus hojas y ramas tenían la virtud de conservar la castidad, por lo cual las damas lo ponían en sus lechos durante las solemnes fiestas de las Tesmoforías; Baco tenía bajo su tutela los árboles todos, y especialmente la vid, y era costumbre colgar de las ramas de los árboles saludables coronas, tablas votivas y figurillas, ó tímpanos, crótalos y dobles flautas, si eran de los dedicados á Baco.

En Italia, el culto divino se celebró en las florestas desde la más remota antigüedad, dividiendo los etruscos á los árboles en dos grupos, favorables y adversos, correspondientes á los felices é infelices de los romanos. Todo árbol consagrado por la religión ó por el rayo era intangible, á menos de recurrir á los ritos de la *exauguratio*. Los tocados por el rayo eran funestos, y el propietario tenía que ofrecer por ellos un sacrificio á Júpiter. La higuera ruminal y la navia fueron los árboles más celebrados de los romanos: bajo la primera amamantó la loba á Rómulo y Remo, y sólo comenzó á secarse en tiempo de Nerón, lo que fue considerado de mal agüero; y la

segunda la plantó Tarquino Prisco en recuerdo del prodigio del augur Navio. Otro árbol antiquísimo era el *Cornus Romuli:* la tradición decía que queriendo Rómulo probar su fuerza, tiró desde el Aventino un palo con la punta en cuerno, que se clavó en el Palatino, sin que pudiera nadie arrancarlo; aquel palo reverdeció y se convirtió en verdadero árbol, que fue encerrado como cosa sagrada en un recinto murado.

Dos mirtos plantados ante el templo de Quirino, uno por los patricios y otro por los plebeyos, simbolizaban la unión de las dos clases; en 456 antes de Jesucristo, un cónsul tomaba por testigo á una encina de la fe violada por los écuos, y Plinio recuerda un loto de cuyas ramas se colgaban las cabelleras cortadas á las vestales el día de su consagración. Pero el árbol entre todos famoso era el pino consagrado á Cibeles, que debía ser llevado solemnemente el 22 de Marzo al templo de la madre de los dioses en el Palatino, envuelto en vendas de lana y cuajado de guirnaldas de flores, habiéndose creado en tiempo del Imperio el colegio sacerdotal de los dendroforios para el culto especial del sagrado pino, extendiéndose posteriormente esta institución á muchas otras ciudades del imperio romano, adquiriendo los dendroforios carácter de corporación comercial.

Bosques sagrados famosos fueron también el de los Arvales, ninguno de cuyos árboles podía cortarse sin antes cumplir ciertos solemnes ritos y sacrificios; y el de laureles de Livia Augusta, consagrados especialmente á la casa imperial, y en el que los emperadores acostumbraban á coger los ramos para entretejer sus coronas, plantando nuevos vástagos, habiéndose notado que á la muerte de cada emperador perecía el arbustillo plantado por él, y que poco después de la muerte de Nerón, último de los Césares, todo el bosque pereció de una vez.

El culto de los árboles subsistió durante toda la época del paganismo; y no pocos siglos después de la venida de Jesús, las Capitulares francas tenían que condenar la supersticiosa costumbre de adorar los árboles, hasta que la colocación de

imágenes de María bajo los árboles que el pueblo se obstinaba en reverenciar fue transformando poco á poco aquel culto pagano en culto católico, aunque todavía quedan en muchos puntos huellas inequívocas de la antigua superstición.

BELLAS ARTES

Miniaturas de Códices españoles.—En el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, dedica el infatigable Presidente de la Sociedad, D. Enrique Serrano Fatigati, dos sentidos artículos al estudio de las miniaturas de nuestros Códices en los siglos del IX al XIII, ilustrando la materia con cuatro interesantísimas láminas que muestran los diversos tipos de ornamentación de los manuscritos y la evolución por que pasaron.

Entre los manuscritos españoles de autenticidad indiscutible, pueden citarse, como anteriores al año 1000, las *Decretales* de Gregorio IX, un *Misal* con la Crucifixión y las *Homilías* de San Gregorio, pertenecientes al siglo IX, y conservados todos en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, y las *Etimologías* de San Isidoro (Escorial y Academia), las *Morales* de San Gregorio y *El Fuero Juzgo Nacional*, con varios *Misáles* y *Psalterios*, la *Exposición de los Salmos*, las *Homilías sobre los Evangelios*, el libro del cordobés Paulo Alvaro y el *Manual muzárabe*, guardados en la Real Academia de la Historia y correspondientes al siglo X. Del siglo XI se conservan Códices *Vigilano* y *Emilianense* y los *Comentarios al Apocalipsis de San Beato*, en el Escorial, así como el *Liber Çomes* (Historia) el *Evangeliario* de Lorenzana (Nacional), una *Biblia* de la Universidad Central y los *Sermones dominicales diversorum* (Nacional). Del XII son la *Crónica*, de Pelagio; el *Misal*, de San Fagund, y parte de la llamada *Biblia*, de Avila, todos en la Biblioteca Nacional. En el siglo XIII, en fin, se despliega con todos sus primores la pintura en per-

gamino y vitela de las famosas producciones de Alfonso el Sabio *Las Cantigas*, *El Lapidario*, el libro de los *Juegos* y el *Saber de Astronomía*, todos en la Biblioteca de la Universidad Central; el *Breviario de Historia Católica*, del Arzobispo don Rodrigo, en la misma biblioteca; la *Biblia Sacra*, de Villafranca, y el *Almansor Rasis et Damascenus*, ambos en la Nacional, y dos Códices de Justiniano y unas *Decretales*, de Graciano, conservados los tres en el Archivo Histórico.

Con carácter exótico, bizantino, alemán, sajón ó francés, existen en las colecciones españolas otros preciosos manuscritos, como el *Codex legum longobardorum,* un Apocalipsis, varias Biblias y un *Psalterio,* en la Biblioteca Nacional; el *Códice Aureo*, en el Escorial, y las *Epístolas*, de Cipriano; el *Tratado sobre Ezequiel*, del beato Gregorio; las *Cuestiones hebráicas;* las *Epístolas* de San Pablo, y los *Comentarios* á las mismas, de Gilberto Porretani; el *Examen de San Mateo*, del beato Remigio, y las *Sagradas Escrituras*, de los hermanos Guillelmi de Altona, conservado todo en la Biblioteca Nacional, y perteneciente al mismo período de la Edad Media.

Aunque los momentos culminantes de nuestra cultura coincidieron con los del Imperio de Oriente, se hace difícil establecer la filiación artística de las diversas escuelas y producciones, pues si en arquitectura y escultura se formaron escuelas y grupos de maestros é imagineros, en los manuscritos, entonces y siempre, se reveló la individualidad del artista, ajustada á su educación, á sus gustos y á la apreciación subjetiva de los asuntos que estaba llamado á ilustrar con sus creaciones. Y si á esto se agrega que no siempre una obra ha sido exornada por el mismo artista que la empezó á ilustrar, como puede verse en no pocos manuscritos que, empezando con iluminaciones completas, siguen con meros perfiles y terminan con blancos, se comprenderá lo difícil que resulta la clasificación cronológica y artística de los dibujos, y que no pueden apreciarse éstos comparando en conjunto las obras de una escuela con las de otra, sino cotejando producciones homogé-

neas, Evangeliarios con Evangeliarios, Psalterios con Psalterios.

La evolución artística se hace por la humanidad entera, y ningún pueblo deja de sufrir el influjo de los que le han precedido en civilización, ni hay ninguno tan estéril que no aporte algo al progreso como fruto de su ingenio. Las influencias se propagan de un pueblo á otro, y se modifican por el que las recibe.

El Sr. Serrano Fatigati considera en la ornamentación de los manuscritos las representaciones *humanas* y las de *animales*, prescindiendo de la iconografía religiosa, y sirviéndole de base principalmente los *Comentarios al Apocalipsis*, de San Beato, varios tratados científicos y de Concilios, y las *Etimologías* de San Isidoro.

Estudiando las representaciones humanas, se ve desde luego en las miniaturas la superposición de las opuestas influencias que aparecen en el arte medioeval español; así, mientras la impúdica Roma figura ataviada á la europea en dos de los Apocalipsis, aparece vestida á la oriental en los otros dos; así la siega y la vendimia de unos Códices presentan tipos etnográficos, indumentaria y vegetación de una especie, y los de otros la ofrecen muy distinta, variando también los instrumentos de la vendimia, aunque constantemente se repite la hoz de la siega como prueba de lo extenso de su uso; así se ve, en la representación de los ángeles y ancianos que tañen instrumentos de música en los *Apocalipsis* del Escorial, que usan el monocordio, obteniendo las notas por los diversos modos de hacerle sonar, mientras que en los Códices de la Bibliotecas Nacional y de la Historia, las figuras manejan una especie de contrabajo ó violoncello tricorde, apareciendo también la doble flauta, los platillos y las copas, mostrando los adelantos realizados de un siglo á otro.

En los Códices *Vigilano* y *Emilianense,* puede seguirse la lucha de las diversas corrientes que se disputaban el predominio en el arte y en la indumentaria en el suelo castellano. Los

dibujos son bárbaros, pues el monje Vigila de Albelda, aunque algo más antiguo, era más artista que el de San Millán de la Cogulla. Sus cabezas tienen más expresión y sus ropajes dejan transparentar la carne animada, mientras que los plegados y actitud de las figuras emilianenses son excepcionalmente amanerados. Las coronas que ciñen los reyes, las túnicas y mantos de los personajes, son bastante diferentes en unas y otras miniaturas, revelándose en las emilianenses decidida propensión á los tipos hieráticos, y en los vigilanos ciertos propósitos realistas y notable espíritu de observación.

Las conclusiones más positivas que de la comparación que de estos y otros Códices pueden deducirse, son las de que los miniaturistas vestían á los grandes personajes históricos con arreglo á lo que habían oido contar ó imaginaban, mereciendo poco crédito los datos suministrados por tales dibujos para la reconstitución histórica, mientras reproducían fielmente los ropajes de las clases sociales que les eran conocidas, así como todo lo relativo á mobiliario y útiles y operaciones de artes y oficios. La corriente nórdica y la oriental, dando por fruto el sincretismo, es la nota saliente de la ornamentación de los Códices españoles.

Por lo que hace á las representaciones animales, reales ó fabulosas, la fauna de las miniaturas no puede ser más pintoresca. El dragón y el basilisco clásicos, se mezclan con felinos y rumiantes de carácter realista, y los monstruos bicorpóreos con áspides y cocodrilos de imaginarias formas, mostrando cómo se alían los productos de la observación con las representaciones fantásticas tradicionales. En los marcos iluminados del Códice de Albelda, se entrelazan las exóticas figuras, que sólo de referencia eran conocidas por el artista, con perros y gatos, gallos y liebres, serpientes, *haganes* y *lendas*, barajándose con los monstruos de origen nórdico, exornados de típicos redondeles y bandas, las imágenes procedentes de animales orientales, y apareciendo como formas intermedias el felino en sus diversas variantes; la clásica sirena de cuerpo

cuadrupédico y cabeza femenina, y la *surec*, de análoga figura. Lo mismo en estas representaciones que en las humanas ya descritas, la superioridad artística del Códice vigilano sobre el emilianense es indiscutible, dentro de la común tosquedad que los caracteriza.

El cuadrúpedo tragasapos y la serpiente del Apocalipsis escurialense son más imperfectos todavía, no aventajándolos en nada los monstruos de otros muchos Códices. La mayor parte de estas figuras tienen significación simbólica, y á veces mero objeto decorativo, cuando no son copias de otros manuscritos, encajadas al azar como motivo de ornamentación. Las del Códice vigilano constituyen un verdadero *bestiario gráfico*, que permite estudiar la fauna real y la fabulosa de la época.

SOCIOLOGIA

Las leyendas modernas. — «Quien bien te quiera te hará llorar», y en verdad que llorar hace Frantz Jourdain, que toma por lema este refrán para el artículo que publica en *L'Effort*, descubriendo no pocas humanas miserias.

«El mundo—dice—se ha atracado siempre de mentiras, y en los helados pantanos de la Escandinavia, como en las soleadas colinas de Grecia, el mito ha surgido siempre impregnado de la misteriosa nostalgia del más allá. Al envejecer, la humanidad se ha cansado de esas chiquilladas, y ha cambiado los alegres muñecos por graves libros. Hoy, orgullosa de su saber y de su racionalismo, no cree ya en los cuentos azules de antaño. Escéptica, práctica, egoísta, seca, ha reemplazado la fábula por la ciencia, pero sin mostrarse más noble, más generosa, ni más inteligente que en los pasados tiempos.

En lugar de las muertas creencias, han surgido nuevos prejuicios, y la sociedad moderna posee todavía sus dogmas, sus ídolos, sus templos y sus fetiches. Se ha decretado que sacer-

dotes y magistrados formaban una casta aparte, dotada de todas las virtudes y rodeada de todos los respetos, como si por vestir una toga se convirtiese en perfecto el ser humano. Se nos llena la boca hablando del «sacerdocio médico», como si no supiéramos que los médicos venden sus consultas y su experiencia como un tendero garbanzos ó judías, y que permanece tan indiferente ante un enfermo pobre, herido de muerte, como solícito con un rico, acometido por pasajero malestar. La infalibilidad de un pantalón encarnado y de un par de botas, se convierte en dogma, y Enrique Rochefort, que no comulga porque su doctor le ha prohibido los farináceos, se santigua devotamente ante la puerta cerrada de un Consejo de guerra.

Los artistas forman una especie de aristocracia feudal que hay que aceptar, so pena de pasar por «burgués», injuria grave en los tiempos que corren. Que un empleado enfermo caiga en la miseria, ó que un negociante, vencido por la mala suerte dé en quiebra, ó un obrero se rompa un brazo, cayendo de un tejado, el público pasa indiferente ante tales sufrimientos; pero que no le hablen de un artista desgraciado, porque su sensibilidad no lo aguantará, y el mismo Estado tendrá que darle un buen estanco ó algún buen momio. ¿Quiné cuenta los poetas sin valor que viven del presupuesto ó los malos copistas del Louvre, cuyas obras compra el Estado? Ante todo, hay que entenderse sobre el sentido real de la palabra artista. De cien sujetos que trabajan exclusivamente en lo que ha dado en llamarse ideal—Ideal y Compañía—noventa y nueve *hacen* arte lo mismo que si copiaran notificaciones de escribano ó midieran franela por oficio y por ganar dinero. Y los que llegan á ser caseros no se andan con bromas para tiranizar á los inquilinos de sus inmuebles, aunque sean artistas desgraciados; y en cuanto á corazón y generosidad, si no vacilan en tomar parte en ventas de caridad, donde se les hace buen reclamo, hacen en los demás casos lo que aquel pintor que se entretuvo en emborronar un dibujo en la habi-

tación de un jefe de estación mientras llegaba el tren, y cuando, al irse, el jefe de estación tendía la mano para conservar aquel recuerdo, el artista arrojó al fuego su obra, diciendo: —¡Dejaros eso! ¡Tanto valdría, querido, regalaros un billete de mil francos!

Por regla general, en el amplio mundo del Arte, los literatos tratan á los pintores de chapuceros, como los pintores llaman pasteleros á los músicos, que á su vez califican de idiotas á los escultores, de quienes se ríen por su parte los arquitectos, á quienes todo el mundo tilda de majaderos. En el fondo de su alma, ninguno siente sincera admiración más que por sí mismo, y todos execran por instinto las personalidades originales ó potentes, pudiéndoseles aplicar á casi todos esta gráfica expresión de los Goncourt: «¿Mis colegas.....? ¡Si tuvieran que votar por mí, no me nombrarían ni guarda campestre!» Sólo la medianía ó la estupidez merecen su benevolencia.

¿Se recuerda la feroz campaña contra Wagner, dirigida por el mismo Berlioz? ¿Se recuerda á Rude, dejado á la puerta del Instituto; á Barye, desdeñado; á Rodin, puesto en cuarentena por los pontífices de la escultura; á Viollet-le-Duc, humillado por sus «queridos compañeros»; á Delacroix, injuriado; Corot, privado sistemáticamente de la medalla de honor; Courbet, expulsado de la Exposición en 1855; Puvis de Chavannes, ridiculizado, y tantos y tantos otros hombres ilustres atropellados, desconocidos y pisoteados por quienes más debieran haber contribuído á su crédito y su gloria? ¿Y en literatura? Reléanse las críticas sobre Chateaubriand, Balzac, Víctor Hugo, Baudelaire, Poe, Heine y tantos otros, y se sabrán cosas instructivas; aunque reciente está el ejemplo de Lemaitre, mordiendo á Goncourt, Sarcey á Becque y Brunnetiere á Zola, sin hablar de los latigazos con que gentes sin nombre han fustigado á Mallarmé, á Tolstoi, á Huysmans y á Hauptmann. «¡Faubert!—decía no hace mucho un poetilla de diez y ocho años.—¡Ni siquiera le honro con mi desprecio!»

Los elogios los reservan estas gentes para sí solas, escri-

biendo sobre sus propias elucubraciones artículos sugestivos que son obras maestras de ridículez; las notas enviadas á la prensa, que acompañan á los nuevos libros, son insoportables de fatuidad. ¿Y luego en los periódicos.....? «En el tercer acto, la sala delirante se retorcía de entusiasmo», «Ese libro, del que todo París ha comprendido el alto alcance.....» «Nuestro eminente colaborador, que no sólo es un poeta exquisito, sino que.....» Brulat, en *Los reporters,* y Conte, en *El Infierno,* han descubierto en este género de juego torpezas deliciosas.

Como hay arreglos con el cielo, los más venenosos de estos tipos están siempre dispuestos á bailar la bamboula del éxito ante un título ó una gran fortuna: las espinas dorsales más encorvadas en el Elíseo, ante el Presidente de la República, eran las mismas que antes de la elección presidencial habían silbado con indignada energía al «innoble panamista.» La mayor parte de la gente pensadora hace creer que el talento, y hasta el genio, no tienen parentesco ninguno con el carácter. Los elegidos parecen tener sed de cobardía, de bajeza, de aplastamiento, de servidumbre, necesidad irrazonada de lamer pies completamente repugnantes. ¡Qué distancia tan enorme entre su alma real y la leyenda forjada en torno de su nombre!

IMPRESIONES Y NOTAS

Nombres de las obras sobre los rayos X. — Los rayos Rœntgen—dice *Cosmos*—no tienen nombre fijo todavía, puesto que su mismo inventor no ha querido darles más que el de *Rayos X*, con notoria modestia. De aquí la diversidad de denominaciones de esta interesante parte de la Física, y la dificultad de entenderse para buscar y encontrar en libros, revistas y catálogos, lo concerniente á las fotografías obtenidas por medio de dichos rayos, y á las aplicaciones múltiples de los mismos. Estos estudios se conocen con los nombres de

Radiografía y radiograma en Francia.
Skiagrafía y skiagrama en Inglaterra.
Actinografía en Alemania.

***

Un nuevo drama de Hauptmann. — Gerardo Hauptmann acaba de terminar un nuevo drama, que llevará el título de *Çunegunda de Kinast*. El asunto está sacado de una historia legendaria de la Silesia. Cunegunda es una virgen guerrera, cuyo amor es solicitado por multitud de pretendientes. Cunegunda, que había visto morir á su padre cayendo á caballo de los bastiones del castillo de Kinast, propone á todos los paladines que aspiran á su mano, recorrer á caballo aquel mismo peligroso sendero, siendo su amor el premio del que salga airoso de tan difícil prueba. Muchos ensayan y sucumben, hasta que uno, por fin, logra su propósito; pero está casado, y confiesa lealmente á Cunegunda su situación, declarándola que ha intentado la prueba en favor de un amigo suyo. Cunegunda no acepta el cambio, y desesperada por lo imposible de su matrimonio con aquel valiente, se arroja de los bastiones del castillo, y muere como su padre.

El asunto es excelente para una ópera.

***

Las víctimas del régimen lácteo. — Tal es el título de una obra publicada en París por el Dr. Jorge Meunier, y cuyas conclusiones pueden resumirse en lo siguiente:

El niño sólo debe alimentarse de leche y sus preparados, y el adulto sólo debe tomar leche en algunas raras enfermedades perfectamente definidas.

La leche es un alimento y no una bebida, y exige, por consiguiente, un trabajo digestivo que sólo pueden llevar á cabo un estómago y un intestino en buen estado de salud.

La leche no puede ser bebida por los niños, sino mamada, de modo que la saliva pueda empezar en la boca el trabajo de la digestión.

La mayor parte de los medicamentos producen escaso ó ningún efecto terapéutico cuando se toman simultáneamente con la leche.

La leche, lejos de ser una panacea universal contra todas las enfermedades, es, en ciertos casos, muy perjudicial, particularmente en las manifestaciones febriles en que la dieta es de rigor.

Importa beber la leche muy lentamente, teniendo cuidado de que haya, entre cada comida de leche, un espacio de tiempo suficiente para la digestión.

Debe fijarse mucho la atención en la procedencia de la leche, pues su composición varía según la alimentación de los animales que la segregan; es preocupación muy arraigada y extendida la de que la leche es mejor cuanto más manteca contenga, cuando esta leche se obtiene precisamente suministrando á las vacas alimentos fermentables, y es sumamente indigesta.

***

La confesión en la Iglesia primitiva. — Lea, autor protestante, ha dicho: «La Iglesia primitiva no ha conocido más penitencia que la pública; esta penitencia no era sacramental; luego el sacramento de la penitencia no existía en los primeros siglos del Cristianismo.» El P. Harent, en los *Etudes*, refuta esta tesis probando la falsedad del hecho en que se funda.

En el libro de Martene, *De Antiquis Ecclesiæ ritibus,* se encuentra esta antiquísima *orden:* «Tunc da ei pœnitentiam secundum quodque peccatum quod peccaverit, sicut in pœnitentiali continetur: et post absolvat eum sacerdos ne forte ei superveniat subitanea mors, et ligatus de hoc sæculo abscedat;»

todo esto lo ha de hacer el sacerdote después de haber confesado al fiel que viene á pedir penitencia.

Los Santos Padres y los escritores eclesiásticos no dejan tampoco lugar á duda alguna, como lo prueban las instrucciones dadas por San Agustín á sus sacerdotes en los momentos de la persecución que sufrieron, las del Papa Celestino I á los Obispos de Viena y Narbona, y las respuestas de San León á las consultas que le dirigió el Obispo Rusticus, no siendo posible confundir con la penitencia pública la penitencia sacramental á que todos estos documentos se refieren.

***

El funcionarismo en España.—Con motivo de las proyectadas economías en los presupuestos, se han echado á volar en multitud de periódicos y Revistas, nacionales y extranjeros, estadísticas de todo género, la mayor parte de ellas defectuosas. Las más exactas son la publicada por *La Estafeta*, y la comparativa de España con otras naciones inserta en *El Economista*. La de *La Estafeta*, se refiere sólo al personal civil del Estado, y es la siguiente:

	Presidencia.	Estado.	Gracia y Just.ª	Gobernación.	Fomento.	Hacienda.	TOTAL
De 600 pt. á 2.000	»	»	»	»	»	»	26.470
De 2.001 » á 5.000	42	168	593	1.393	2.880	2.303	7.379
De 5.001 » á 8.000	15	67	304	64	411	230	1.091
De 8.001 » á 12.500	8	43	302	59	85	68	565
Totales....	65	278	1.199	1.516	3.376	2.601	35.505

La de *El Economista*, con datos tomados de Turquán, da el resultado que sigue:

	Empleados.	Población en millones.	Proporción por 1.000.
Francia.....	416.000	38,5	11
Austria-Hungría.....	63.535	41,3	1,6
Bélgica.....	47.880	6	8
España.....	51.268	17,5	3
Italia.....	90.618	31	3
Rumania.....	20.006	6	4,8

Las cifras exactas del personal retribuído por el Estado, incluyendo á cuantos perciben haberes del mismo en el presupuesto de 1898-99, entre los que figuran, por consiguiente, todos los funcionarios civiles, clero, monjas, militares y marinos, son las siguientes, según datos sacados del presupuesto de 1898-99:

	Funcionarios.
Presidencia del Consejo.....	155
Ministerio de Estado.....	358
Gracia y Justicia.....	34.556
Guerra.....	90.006
Marina.....	21.739
Gobernación.....	9.623
Fomento.....	9.163
Hacienda.....	23.097
TOTAL.....	188.695

Si en los datos de los presupuestos de los demás Estados arriba trascritos figurasen todos los funcionarios incluídos en el nuestro, las cifras totales arriba figuradas aparecerían mucho más crecidas, pues sabido es que Italia, por ejemplo, no cuenta con menos de 300.000 funcionarios.

***

LA LITERATURA COMO OFICIO Y COMO VOCACIÓN. — Camilo Mauclair consagra en *La Nouvelle Revue* un artículo al estudio de las condiciones materiales y morales de la vida del escritor en París, mostrando que allí, como en todas partes, y

en esa profesión como en todas, la vida es dura y el éxito difícil.

El oficio de literato—dice—es prácticamente un oficio difícil, de progresos muy lentos, que exige dones especiales, retribuído, poco más ó menos, como el promedio de los cargos públicos, con mucha menos seguridad, facilidad y descanso, y gastando mucho más la moral de quien lo ejerce. La única base posible es, en suma, en esta profesión, como en todas, la fortuna personal que permite esperar beneficios y escribir según los gustos de cada cual, ó un matrimonio que permita suplir á esta falta de fortuna. La instabilidad de los salarios, el inicuo reparto de los beneficios, acaban por hacer de esta profesión una de las más contrariadas. Sus ventajas son brillantes, de pura exterioridad y vanidad; pero su labor es grande é ingrata y sus beneficios harto pequeños.

Y es que en el fondo existe en esta materia un extraño y misterioso error: la literatura no es, en efecto, *una carrera, sino una vocación y una misión.* La literatura no es un entretenimiento elegante, ni una aristocracia, ni un oficio. Se vende y se estima en salarios por convención de costumbres. En realidad es una misión moral y una dura, pesada obligación, incompatible con la vida ordinaria. No se asimila á un trabajo remunerador y á una profesión sino por una serie de necesidades y de subterfugios. Si se ha convertido en un oficio es por fuerza, pero no debía serlo.

Lo consolador es que hasta para ciertos escritores que viven como los demás, no es un oficio, y que los fuertes, los sinceros, los innovadores, no lo tienen por tal; saben perseguir en el periódico, el libro y la revista, la difusión de sus ideas personales, no renegando jamás de sí mismos. El único lado bueno del periodismo, su única disculpa por el daño que hace á las letras, es que divide claramente á los escritores en dos clases: los que se le resisten son verdaderos hombres, los que se le doblegan caen en la literatura comercial; y en seguida se puede distinguir á los escogidos entre los talentos de moda.

Por más que los escritores de vocación y de raza se forjen una carrera, son siempre, y ante todo, los independientes y los sacerdotes de cierto culto, que es la religión, el apostolado literario.

Para ellos, por encima de los aficionados y de los comparsas de la literatura, el don de escritor es una obligación grave, profunda, que crea estrechísimos deberes morales y obliga á la constante vigilancia de sí mismo para que la vida del escritor sea coherente con sus pensamientos y sus libros. Para ellos el papel de literato es importantísimo, ya se limite á la creación de obras sabias destinadas á selecto y reducido público, ya pretenda ejercer una acción social sobre su tiempo. En ambos casos no hay oficio, sino misión, devoción de sí mismo, á un fin abstracto é ideal. Después vienen los beneficios, si quieren y pueden venir; si es la pobreza la que resulta, tanto monta. Un escritor debe estimarse investido de un terrible cargo al que no puede sustraerse, y que ha de sujetarle toda la vida. Está obligado á ser moralmente doblemente intachable, por sí y por los demás.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Funzioni pubbliche e atti amministrativi, por Guido Cavaglieri.—Un vol. de 109 págs.—Turín. F. Bocca, editores; 1898. Su precio, una lira.

Comprende esta interesante monografía dos partes muy distintas, aunque relacionadas en cierto sentido, en cuanto los conceptos capitales de la primera son supuestos muy importantes para la interpretación de las ideas expuestas en la segunda. Estudia, en efecto, el autor primeramente las funciones públicas, y luego trata de formular una doctrina jurídica y política de los *actos administrativos,* materia esta de las más difíciles é importantes en el derecho del Estado; y, como él mismo advierte, «antes de fijar, según el carácter general de las legislaciones vigentes, el concepto y la importancia del acto administrativo, debemos investigar brevemente cuáles son, según la doctrina más admisible, las bases sociales y jurídicas de la función pública, de la cual el acto administrativo es una de las más vivas é importantes expresiones».

He aquí ahora, en pocas líneas, cuál es el contenido del trabajo del Sr. Cavaglieri. Estudia los caracteres de la actividad social, la teoría jurídica acerca de la acción del Estado, con la determinación del fin jurídico y ético de esta acción, pasando inmediatamente á señalar el concepto de la función

pública, cómo surge y se desenvuelve ésta, y las tendencias que se advierten en dicha función pública. Y hecho esto, se detiene el autor á formular la doctrina de los actos administrativos, cuya idea formula definiendo su naturaleza jurídica, sus caracteres, sus formas, su eficacia y su régimen, especialmente su régimen desde el punto de vista de las exigencias jurisdiccionales.

A. Posada.

Alma contemporánea; estudio de estética, por J. M.ª Llanas Aguilaniedo. Huesca, 1899.—Un volumen de 339 páginas, 3 pesetas.

Por lo mismo que la vida social contemporánea, igual que la vida social de todos los tiempos, que la vida individual humana y que la vida en todas sus formas y manifestaciones, no puede menos de ser perfectamente orgánica, el espíritu entero de la misma se halla indefectiblemente presente en cuantas expresiones ella reviste, sin que pueda darse contradicción real (sino á lo más aparente) entre unas y otras, y por eso el arte de cada época adopta fundamentalmente el mismo matiz que su ciencia, que su religión, industria, política, justicia, etc.; no de otro modo que la religión, el arte, la ciencia de un individuo, ramas todas del mismo tronco, se parecen sin remedio entre sí, siendo débiles ó robustas según lo sea la mentalidad que les presta su savia. Por eso me parece perfectamente ociosa, si se fija uno un poco, la famosa y tan manoseada cuestión acerca de la importancia respectiva del fondo y de la forma en las obras artísticas, pues la forma—que según muchos es lo único esencial en ellas—puede decirse que no es sino el cristal (más ó menos lindo y pulimentado, de este ó el otro color) por donde se transparenta al exterior el alma del artista, y mediante ella la de la colectividad social en que el mismo vive y de la que forma parte; siendo por eso tan diversos los problemas que en las obras de arte se tocan (planteán-

dolos solo, ó procurando también resolverlos, según los casos), como lo son los pueblos, las épocas, las circunstancias en que las tales obras se producen. Para que la obra de arte interese, es menester que impresione las cuerdas sensibles del público, que el alma del artista vibre en cierto modo al unísono con la de éste; lo que significa tanto como que ha de tratar las cuestiones (grandes ó pequeñas, según sean también grandes ó pequeñas las almas que van á ser impresionadas) que preocupan á las personas que van á contemplarla. Y como el alma de cada cual está moldeada necesariamente en relación con los factores que en *su* medio dominan, claro es que no le preocupan más problemas que los que en este *su* medio se agitan. Es por lo mismo imposible que los artistas de nuestro tiempo, v. gr., consigan deleitar, interesar, hacer que gusten al público, que llaman selecto, de nuestro tiempo, las obras adecuadas al gusto de la parte selecta del público de hace dos mil años, aquellas obras cuyos asuntos eran hace dos mil años de «palpitante» actualidad, verdaderos problemas sociales de entonces, pero que ahora no son más que simples recuerdos históricos; como es igualmente imposible que las producciones de un artista que sepa remover el alma de *l'élite* intelectual de nuestros días, de la verdadera *élite*, por servirle en ellas manjares de su gusto, interesen y gusten en la misma medida al gran público, á aquel *infinitus numerus* que, nuevo San Antonio, si vive con el cuerpo en las postrimerías del siglo XIX, con el espíritu vive y comulga poco menos que con los habitantes de la edad del bronce, y se preocupa exclusivamente con las mismas cosas y cuestiones que aquellos nuestros antepasados.—Justamente porque las obras de arte que no tienen más que forma, ó cuyo fondo no llega á constituir para nosotros verdadero problema que nos interese, carecen de valor para el que las contempla, es por lo que existen tantos millares de personas atacadas del mal del *snobismo*, y por lo que si todo el mundo fuera sincero, ó cuando menos en la hora de la muerte hiciera una confesión verdad, serían muchísimos los que de-

clararían, como el otro: «Aunque otra cosa he dicho en vida, *me cargan* Homero y Dante, y tantos otros que pasan por artistas de primer orden; no resisto la lectura de Ibsen y de Hauptmann; no veo nada de particular en tal construcción gótica ó bizantina.»

En las obras artísticas contemporáneas de artistas verdaderos, cultos, de aquellos que las producen para el gusto de la minoría más selecta de la población, palpita entero el espíritu de la vida moderna y se revela el mismo estado de crisis que á ésta trabaja. De aquí ese sinnúmero de direcciones, matices y hasta originalidades y singularidades (aparentes al menos) como se advierten en el arte y en los artistas de nuestros días (naturalismo, realismo, misticismo, socialismo, anarquismo, simbolismo, decadentismo, estetismo, psicologismo, aristocratismo, tolstoismo, ibsenismo, etc.. etc.), todos los cuales traducen—cada cual á su modo y según el punto particular de vista, el temple mental y la educación científica y artística de las escuelas y de sus mantenedores—los diferentes problemas que monopolizan actualmente la atención de los pensadores en los países que se llaman civilizados.

Ahora, el libro del Sr. Llanas se ocupa con mayor ó menor extensión de todos los puntos á que hemos aludido y de otros varios, y se ocupa de ellos con bastante competencia y muy aceptable criterio, aunque también, acaso muchas veces, con un lenguaje y estilo un tanto nebuloso y falto de la claridad apetecible. Yo soy muy amante de que las ideas se tengan bien definidas, y de que se expongan á los lectores de una manera tal que les ahorre todo el trabajo interpretativo posible. Si es verdad que hoy se vive muy deprisa y que necesitamos economizar el tiempo, me parece que todo escritor está obligado á expresar sus ideas en forma precisa, concreta y clarísima, empleando él en esmerarse para lograrlo aquel esfuerzo que de otra suerte tiene que hacer el lector para enterarse bien de lo que lee, con lo cual tarda en la lectura mucho más tiempo y gasta muchas más energías de las que debiera. Yo

creo que un libro vale menos de lo que valdría de otro modo, cuando al trabajo de atención que natural y forzosamente supone toda lectura, hay que añadir el que exige la labor interpretativa de las palabras ó frases, labor muy análoga á la del que lee en una lengua extranjera, no tan conocida para él, que pueda pensar en ella y librarse de una traducción mental de sus palabras á las de la lengua propia.

Además de hablar el Sr. Llanas de la evolución literaria en general en España y de las principales tendencias literarias de nuestros días, á lo cual dedica los primeros capítulos de su libro, trata también en éste—consagrándole la mayor parte de él—de una tendencia nueva que el autor denomina «emotivismo» y que propone como la forma artística propia del porvenir. Con tal motivo nos da á conocer las que, según él, son las «bases filosóficas» de la nueva tendencia y estudia las cuestiones relativas á la «modalidad del fondo emovista (¿pesimismo, optimismo ó impasibilidad?)» á «la moral en el arte» con aplicación á la tendencia emotivista, á las «relaciones del emotivismo con las artes bellas» y al emotivismo en la «vida social.»

En resumen, mi juicio sobre la obra del Sr. Llanas es que es un buen libro; que el autor no se ha puesto á escribirlo (como tantos lo hacen) sin bastante preparación; que en él se tocan problemas de gran susbtancia y se tratan por lo regular de manera aceptable; que el Sr. Llanas necesita, sin embargo, definir y precisar mucho más sus ideas, ora corroborando las que al presente mantiene, ora rectificándolas y completándolas: cosa que hará seguramente, á medida que vaya estudiando más y más, pues el Sr. Llanas, que creo es muy joven, no será de los que se detienen dado el primer paso, ni habrá de confundirse con aquellos á quienes él con razón censura, los cuales se pasan el tiempo en fruslerías y nimiedades; y por fin, que también debe procurar ser más claro en su lenguaje, lo que es de esperar ocurra tan luego como logre conquistar mayor precisión y claridad en sus ideas.

P. Dorado.

Le Musée criminel. Crimes et peines d'autrefois; reproductions d'estampes anciennes, par Henry Varennes et Edgard Troimaux.—París, Société française d'éditions d'art. Sin indicación de año (1899). — Publicación en cuadernos de 16 páginas, en gran tamaño, apaisados, con veinte reproducciones cuando menos de estampas antiguas cada uno; 0,60 francos cada cuaderno.

La economía de fuerzas, ó sea la adopción del mínimo medio, es una ley y á la vez una señal de progreso. Y lo es en materia de enseñanza y de aprendizaje, tanto como en otra cualquiera. De aquí, la preferencia dada cada vez más á la enseñanza intuitiva y de cosas sobre la enseñanza meramente verbalista y memorista, de fórmulas; de aquí, el empleo, de día en día mayor, de los viajes y las excursiones, y á falta de ellas, de las representaciones gráficas de toda clase (fotografías, proyecciones, diagramas, reproducciones, vistas, mapas, etc., etc.) de aquello que se quiere enseñar. Más, mejor y en muchísimo menos tiempo se aprende y conoce de una ciudad, de un país, del modo de explotar una mina, del de funcionar una máquina, observando tales cosas *de visu*, que oyendo hacer ó leyendo uno mismo largas descripciones de ellas, sobre todo, si no van acompañadas esas descripciones de grabados y láminas; más, mejor y en muchísimo menos tiempo se aprende y conoce de geografía mediante viajes, excursiones y mapas, de historia natural y biología con el estudio directo de los seres, que forzando un día y otro la memoria (como á la generalidad nos ha sucedido) para retener, mientras llega el examen y olvidarlo el día después, arrojándolo como carga inútil, largas listas de nombres raros de ciudades, cuya posición no enseña el profesor en el mapa, ó las propiedades de un mineral que nadie se cuida de mostrar, ó cuadros sobre cuadros, á cual más complicado y fastidioso, de las clasificaciones de las aves, de los insectos ó de las plantas dicotiledoneas.

La necesidad del empleo de los procedimientos gráficos y representativos se va reconociendo poco á poco también en

aquellas disciplinas que parecían refractarias á ellos: las ciencias llamadas morales y jurídicas. Novicow, v. gr., ha propuesto no hace mucho tiempo un método de notación sociológica (que no debe considerarse sino como un ejemplo de lo muchísimo que cabe hacer en esta materia), mediante el cual, la vista de un cuadro representativo cuidadosamente hecho sustituye con enorme ventaja á gruesos volúmenes descriptivos. Y no se diga lo que abrevian, para el estudio de todo género de fenómenos sociales, los estados de cifras, y después las gráficas que reducen estos mismos estados.

Tal es la idea que ha inspirado á los autores de *Le musée criminel,* según dicen ellos mismos; idea idéntica á la que ha engendrado los modernos portfolios. «Ya no se lee — escriben. — No hay tiempo para leer. Y sin embargo, nunca ha sido mayor el deseo de saber. La curiosidad pública se va despertando cada vez más. De aquí los portfolios, los panoramas que dan la vuelta al mundo; de aquí, todos esos albums que enseñan por medio de imágenes la historia ó la geografía, los cuales tienen más atractivo que los libros. En pocos instantes se les hojea, y sus dibujos se graban en el espíritu dando á éste nociones precisas y definitivas. Y no es tan sólo la falta de vagar y de facilidades lo que ha determinado el éxito grande de semejantes albums. Es también que el espíritu actual tiene por característica la necesidad del detalle exacto y pintoresco, el amor del color local y del documento menudo. — Tales son las ideas que hemos tenido presentes para componer esta colección de estampas antiguas».

La colección está muy bien hecha, en papel excelente, muy limpia, bien ordenada, con el texto indispensable para explicar la significación de los grabados. En cuanto á su utilidad, nada hay que añadir á lo dicho. Y no ya tan sólo es útil para entretener los ocios de los desocupados y satisfacer la mera curiosidad, sin finalidad alguna, de muchísimas gentes que miran no más que por mirar y van pasando hojas y hojas sin ver substancia alguna detrás de ellas, sino que tiene

también una utilidad que podemos llamar científica. Estas colecciones ayudarán grandemente á formar una historia exacta y más completa de la que hoy tenemos del derecho penal. ¡Ojalá hubiera alguien que acometiera entre nosotros un trabajo análogo al realizado en Francia por MM. Varennes et Troimaux! Seguramente haría mucho más por su patria que siendo diputado ó ministro silvelista.

P. Dorado.

Il Governo parlamentare, por Attilio Brunialti.—Un folleto de 17 páginas. Turín, 1898.—Su precio, 0,80 liras.

Contiene este nuevo trabajo del infatigable y conocido publicista Sr. Brunialti, el discurso ó lección preliminar con que el autor inició un curso libre de Derecho constitucional en la Universidad de Roma. El tema de la lección es la defensa del régimen parlamentario contra los ataques que desde muy distintos campos se le dirigen en Italia y fuera de Italia. Sin desconocer el Sr. Brunialti los defectos del Gobierno parlamentario, estima que debe considerarse como un Gobierno que ha sabido, cual ningún otro, armonizar la libertad y la monarquía, además de ser el Gobierno que ha garantizado y consentido una mayor amplitud y crudeza á la crítica política.

A. Posada.

OBRAS NUEVAS

Acó (S. D.)—El Guardia civil; episodios de su vida y servicios. En 8.° 189 págs.: 2 pesetas.

Adsuar y Moreno (J.)—La enseñanza del dibujo en las escuelas primarias y normales de España. En 8.° may., 374 págs.: 4 pesetas.

Alegre (Dr.)—Arte de vivir mucho tiempo. En 8.°, 114 págs.: 1 peseta.

Almanaque «El sui géneris» para 1900. En 8.°, 128 págs.: 50 céntimos.

Alvarez Quintero (S. y S.)—Los borrachos; sainete. En 4.°, 52 páginas: 1 peseta.

Aramburu y Zuloaga (F. de).—Monografía de Asturias. En 4.°, VI-510 págs.: 5 pesetas.

Arceiz Grañena (E.)—Frente á mi ventana; poema. En 4.°, 16 páginas: 30 céntimos.

Autrán (J. G.)—Páginas revolucionarias. En 8.°, 236 págs.: 2 pesetas.

Bellver de Oña (A.)—El juicio criminal; manual teórico-práctico. En 8.°, 523 págs.: 7 pesetas.

Bereterra (I.)—Despertador del alma descuidada en el negocio máximo de su salvación. En 12.°, 383 págs.: 1,25 pesetas.

Biblioteca bascongada. *Tomo XXXVIII.* Versos de Faustino Díez Gaviño. *Tomo II.* En 8.°, 188 págs.: 2 pesetas.

Boixet (E.)—Busca buscando; colección de artículos. En 8.°, 248 págs.: 2 pesetas.

Cordons (L. de).—La caballería independiente ante los cursos de agua. En 4.°, 125 págs.: 3 pesetas.

Brunel (G.) y Reiner (A.)—El retrato en las habitaciones. En 8.°, 168 págs.: 1,50 pesetas.

Burrel (R.) — Relación histórica y monografía del lugar de Torres del Obispo. En 8.°, 239 págs.: 1,50 pesetas.

Casa Valencia (C. de). — Contestación documentada al discurso del Sr. Muro en el Congreso el 26 de Julio de 1899. En 8.°, 64 páginas: 50 céntimos.

Castillo y Soriano (J. del).—El abogado-consultor de la mujer; derechos y deberes de la mujer espa-

ñola. En 8.°, 383 págs.: 5 pesetas.

Cuellar (J. de).— Neurosis. En 8.°, 159 págs.: 60 céntimos.

Darwin (C.) — Viaje de un naturalista alrededor del mundo. En 4.°, dos tomos, 351 y 394 págs.: 15 pesetas.

Domínguez Berrueta (M.)—Universalidad del magnetismo. En 4.°, VIII-109 págs.: 3 pesetas.

Evero.—Páginas de caza españolas y americanas. En fol., 319 páginas: 10 pesetas.

Fernández Cuesta (N.)—Instantáneas de higiene. En 8.°, 212 páginas: 2 pesetas.

García Alvarez (E.) y Paso (A.)—Alta mar; juguete cómico en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

García Ardura (M.) y García Vinuesa (M.)—Esperanza; comedia en tres actos. En 4.°, 73 páginas: 2 pesetas.

Legarde y Carriquiry (N.)—Ideas generales sobre armas portátiles. En 4.°, 154 págs.: 2,50 pesetas.

Lezo y Vasco (J. M. de).—Recepciones diplomáticas. En 4.°, 73 páginas: 4 pesetas.

López Zaragoza (J.)—Gibraltar y su campo. En 4.°, 188 págs.: 3 ps.

Mariscal y García (N.)—El III Congreso internacional de medicina legal. En 4.°, 228 págs.: 5 pesetas.

Martínez Frías (G.)—Guía práctico para los sargentos, cabos y soldados en servicio activo. En 12.°, 127 págs.: 50 céntimos.

Millares Cubas (L. y C.)—De la tierra canaria. La deuda del Comandante. Los inertes. En 8.°, 413 págs.: 3 pesetas.

Noneva y Pujol (J.)—La Asamblea nacional de productores. En 4.°, 259 págs.: 2 pesetas.

Montón y Montoliu (J.)—Elementos de Historia de España. En 8.°, 228 págs.: 75 céntimos.

No (R. de) y Cavero (F. A.)—En justa vindicación. Antecedentes y consideraciones acerca de un litigio de actualidad. En 4.°, 120 páginas. *Edición para regalo.*

Obiols (F. L.)—Garín; leyenda histórica popular. En 8.°, 124 páginas: 50 céntimos.

Olivar (M. de).—Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros Gobiernos con los Estados extranjeros, desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días. *Volumen noveno de la colección completa.* En 4.° mayor, VI-552 págs.. 15 pesetas.

Orduña y Merry (A.)—La intendencia y la intervención de guerra; apuntes sobre organización. En 4.°, 71 págs.: 75 céntimos.

Orts-Ramos (T.)—Eróticos y sentimentales. En 12.°, 63 págs.: 1 peseta.

Palacio Valdés (A.)—¡Solo! novela. En 12.°, 98 págs.: 75 céntimos.

Biblioteca Mignon, tomo IV.

Palacio Valdés (A.) y Alvarez Mijares (J.)—La suegra de Timoteo; juguete cómico en un acto. En 4.°, 38 págs.: 1 peseta.

Panteones y sepulcros en los cementerios de Madrid. En folio IV. 14 hojas de texto y 14 fototipias: 12,50 pesetas.

Poal y Jofresa (J.)—La protección del derecho inmobiliario. En 4.°, 212 págs.: 4 pesetas.

Quesada (E.)—La cuestión femenina.—Buenos Aires: Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, 1899. En 8.°, 47 págs.

Ramírez (R.) y Domínguez (J.)—Los cencerros; juguete cómico-

lírico en un acto. En 4.°, 33 pági nas: 1 peseta.

Ramón y Cajal (S.)—Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados; estudios sobre el plan estructural y composición histológica de los centros nerviosos, adicionados de consideraciones fisiológicas, fundadas en los nuevos descubrimientos. En 4.° *Cuaderno III*, que contiene los pliegos 30 á 36: 4 pesetas.

Revenga (R.) y Piñana (F.)—Salvadora, y... Salvadora; juguete cómico en un acto. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Rodríguez Navas (M.)—Resumen de historia crítica de España. En 4.°, 354 págs.: 4 pesetas.

Rosado Brincau (R.)—Nociones de derecho común y militar. En 8.°, xv-264 págs.: 4 pesetas.

Ruano y Corbo (J. M.)—El alma; estudios metafísicos. En 8.°, 231 páginas: 3 pesetas.

Ruíz Balbás (C.)—Contabilidad; guia del Capitán cajero de los Cuerpos de Ejército en guarnición y en campaña. En 4.°, 45 páginas: 2 pesetas.

Sánchez-Navarro y Neumann (M.)—Manual de ginecologia. Asepsia y antisepsia. Anestesia. En 4.°, vi-381 págs.: 7 pesetas.

Sierra (E.)—La contradanza; comedia en un acto. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Soldevilla (C. M.)—Recién casada; cartas á una amiga. En 8.°, 137 páginas: 1 peseta.

Soubies (A.)—Histoire de la musique. *Tome II.* Espagne, les XVII et XVIII siècles. En 12.°, 84 páginas con grabados: 2 pesetas.

Urales (F.)—Honor, alma y vida; drama en tres actos. En 8.°, 123 págs: 2 pesetas.

Valbuena (A. de).—Des-trozos literarios. En 8.°, 287 págs.: 3 pesetas.

Velázquez (J. G.)—Operaciones ineludibles y extracción de cuerpos extraños de las vías naturales. En 8.°, 200 págs.: encartonado. 4 pesetas.

Vidal y Careta (F.)—Estudio de las razas humanas que han poblado sucesivamente la Isla de Cuba. En 4.°, 134 págs.: 6 pesetas.

Villaespesa (F.)—Luchas (verso). En 12.°, 124 págs.: 2 pesetas.

Villafáfila Hernández (E.)—Destellos; poesías líricas. En 12.°, 124 páginas: 1 peseta.

INDICE

	Págs.
Tierras vírgenes (novela) continuación, por Ivan Turgueneff.....	5
Un drama de la Pasión en Persia, por Mateo Arnold.....	50
Poetas americanos: Retratos.—Leda, por Ruben Darío.....	81
Cómo se puede reformar la Constitución de 1876, por Adolfo Posada.	84
El discurso de la apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo, por P. Dorado.....	94
Discursos á la Nación Alemana: A qué realidad presente deberá enlazarse la nueva educación de los alemanes, por Juan T. Fichte.	117
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....	132
Revista Hispanoamericana, por Iob.....	141
Revista de Revistas, por Fernando Araujo.....	160
Notas bibliográficas, por A. Posada y P. Dorado.....	192
Obras nuevas.....	200

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas.
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
178	**Anónimo.** — ¿Académicas?.....	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
180	**Araujo.**—Goya.....	3
183	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
111	**Balzac.** — César Birotteau.....	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot..... ...	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
124	— Una Historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**— Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
169	**Bourget.**—Hipólito Taine.....	0,50
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América (dos tomos)..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica.--Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
127	— Littré y el Positivismo	3
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
38	— El sitio de París	3
13-14	Jack (dos tomos)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio	3
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**—Obras completas	3
73	**Ferry.**— Nuevos estudios de Antropología	3
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (dos tomos)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
198-199	**Framarino dei Malatesta.**— Lógica de las pruebas (dos tomos)	15
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito	4
200	— La criminología	10
202	— La superstición socialista	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas	3
167	— Enrique Heine	1
132	— Madama de Girardín y Balzac	3
121	— Nerval y Baudelaire	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres	3
261	**Giddings.**—Principios de Sociología	10
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres	5
164	— Lord Macaulay	1
287	**Goethe.**—Memorias	5
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux	3
205	— Historia de la Pompadour	6
204	— Historia de María Antonieta	7
44	— La Elisa	3
61	— La Faustín	3
129	— La señora Gervaisais	3
6	— Querida	3
11	— Renata Mauperín	3
206	**Gonzàlez.** — Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**— Derecho administrativo comparado (dos tomos)	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros	7
208	**Grave.** — La sociedad futura	8
209	**Gross.** — Manual del juez	12
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico	10
211	— Lucha de razas	8
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia	8
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria	2

N.º del Catál.º		Pesetas.
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
41	**Heine.**—Memorias.....	3
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
217	**Kells Ingram.** — Historia de la Economía política.....	7
218	**Kidd.** — La evolución social.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
220	**Lange.**—Luis Vives.....	2,50
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7
135	— Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
99	— La Vida dichosa.....	3
28-29	**Macaulay.** — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6
294	— La Educación.....	7
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal.....	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.**—María Estuardo.....	6
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas.....	3
229	**Meyer.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**—Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
296	**Mommsen.**—Derecho público romano.....	12
170	**Molins.**—Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega.....	10
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
157	**Pardó Bazán.**—Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala.....	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (dos tomos).....	6
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
285	**Rod.**—El silencio.....	3
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
49	— Tres mujeres.....	3
84	**Sardou.**—La Perla Negra.....	3
240	**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislacion...	3
242	**Schopenhaüer.** — El mundo como voluntad y como representación.	12
78	— Estudios escogidos...	3
241	— Fundamento de la moral.....	5
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4

N.º del Catál.º		Pesetas.
245	— Teoría positiva de la complicidad	5
256	**Spencer.** — De las leyes en general	8
253	— El organismo social	7
254	— El progreso	7
257	— Ética de las prisiones	10
255	— Exceso de legislación	7
248	— La beneficencia	6
246	— La justicia	7
247	— La moral	7
249	— Las instituciones eclesiásticas	6
251-252	— Las instituciones políticas (dos tomos)	12
258-259	— Los datos de la Sociología (dos tomos)	12
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas	9
250	— Las instituciones sociales	7
292	**Stead.** - El Gobierno de Nueva York	3
136	**Stendhal.**—El Amor	3
138	— Curiosidades amatorias	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho	12
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva	7
265	— Historia del Derecho	8
264	— La guerra según el Derecho internacional	4
266	— Las instituciones primitivas	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil	12
96	**Taine.**—El Arte en Grecia	3
101	— El ideal en el Arte	3
66	— Filosofía del Arte	3
106	— Florencia	3
268	— Historia de la literatura inglesa contemporánea	7
269	— Historia de la literatura inglesa.—Los orígenes	7
270	— La Inglaterra	7
74	— La pintura en los Países Bajos	3
108	— Milán	3
103	— Nápoles	3
104-105	— Roma (dos tomos)	6
107	— Venecia	3
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político	3
109	— Estudios penales y sociales	3
273	— La criminalidad comparada	3
271	— Las transformaciones del Derecho	6
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones	3
7	— El ahorcado	3
71	— El camino de la vida	3
63	— El canto del cisne	3
77	— El dinero y el trabajo	3
10	— El Príncipe Nekhli	3
34	— El sitio de Sebastopol	3
81	— El trabajo	3
15	— En el Cáucaso	3
115	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil	3
117	— La escuela	3
20	— La muerte	3
1	— La sonata á Kreutzer	3
95	— Lo que debe hacerse	3
48	— Los Cosacos	3
90	— Los hambrientos	3
3	— Marido y mujer	3
85	— Mi confesión	3
113	— Mi infancia	3
126	— Mi juventud	3
75	— Placeres vicio	3
94	— ¿Qué hacer?	3
294	**Trevelyan.**— La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.**— Aguas primaverales	3
97	— Demetrio Rudín	3
25	— El judío	3
123	— El reloj	3
47	— El Rey Lear de la Estepa	3
8	— Humo	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
139	— La Guillotina.....	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.....	3
80	— Primer amor.....	3
60	— Un desesperado.....	3
281	**Uriel.** — Historia de Chile.....	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.....	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.....	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos..	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (dos tomos)...	15
277	— Novelas y caprichos..	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos....	3
278	**Vivante.** — Derecho mercantil.....	10
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.....	3
279-280	**Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).	15
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.....	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (dos tomos).....	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— La novela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (dos tomos)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	— Nuevos estudios literarios.....	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1

España moderna

AÑO 11. NUM. 132.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE 1899

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

TIERRAS VIRGENES

(CONCLUSIÓN).

XXXV

El gobernador de S..... era de la raza de esas buenas almas, descuidadas y mundanas, que tienen la piel blanca, muy cuidada y muy aseada, y el alma casi tan aseada como el cuerpo, los cuales, bien nacidos, bien educados, bien nutridos de pan de trigo, no habiendo pensado jamás en llegar á ser pastores de hombres, resultan regulares administradores, que trabajan poco, suspiran constantemente por San Petersburgo, y haciendo la corte á las señoritas guapas de provincia, son de una incontestable utilidad para sus Gobiernos, y dejan después un recuerdo muy agradable.

Acababa de saltar de la cama; estaba vestido con una bata de seda, con camisa de noche, desabrochada; sentado enfrente del tocador, se lavaba con agua, mezclada con la de Colonia, la cara y el cuello, del cual sin duda había quitado una colección de imágenes y escapularios, cuando le anunciaron que los señores Sipiaguin y Kallomeitsef acababan de llegar para un asunto grave y urgente.

Conocía íntimamente á Sipiaguin; se tuteaban desde su más tierna infancia. El general solía encontrarle á menudo en

los salones de San Petersburgo, y desde hacía algún tiempo, cuantas veces se pronunciaba delante de él el nombre de Sipiaguin, lanzaba un *¡ah!* respetuoso, presintiendo un futuro dignatario.

Conocía y estimaba mucho menos á Kallomeitsef, á propósito del cual recibía desde hacía algún tiempo quejas de un género desagradable.

Hizo que se invitase á los visitantes á que pasasen á su despacho, y á los pocos momentos entró él, con su traje de casa, sin excusarse siquiera de recibirlos en una *deshabillé* poco oficial y sacudiéndoles amistosamente la mano.

Paklin no había entrado con sus dos acompañantes en el despacho: esperaba en el salón. Al bajar del coche había tratado de escurrirse, á pretexto de ciertas ocupaciones que dijo le reclamaban en su casa; pero Sipiaguin le obligó á no marchar, con firmeza cortés, en tanto que Kallomeitsef, todo azorado, decía al oído de su amigo Boris: «No le dejes, no le dejes, ¡ira de Dios!» y le hacía subir.

Sipiaguin no le invitó á entrar en el despacho; pero con la misma cortesía le había suplicado que permaneciese en el salón esperando á que se le llamase.

Paklin se quedó solo, y tuvo de nuevo la idea de escurrir el bulto; pero un enorme gendarme, prevenido por Kallomeitsef, apareció en la puerta. Paklin se quedó.

—¿Adivinas, sin duda, qué es lo que aquí me trae, Voldemar?—preguntó Sipiaguin al gobernador.

—No, querido amigo, no adivino;—respondió el amable epicúreo, y una afable sonrisa redondeó sus rosadas mejillas y descubrió sus dientes brillantes, medio ocultos por ásperos mostachos.

—¿Cómo? Pero, ¿acaso Markelof?

—¿Qué Markelof?—repitió el gobernador sin cambiar de semblante.

Entonces se acordó vagamente de que el individuo á quien se había detenido la víspera se llamaba Markelof. Se había ol-

vidado por completo de que Mad. Sipiaguin tenía un hermano de aquel nombre.

—Pero, ¿por qué estás de pie, Boris?—repitió.—Siéntate. ¿Quieres tomar té?

Sipiaguin tenía otras cosas en qué pensar. Cuando hubo explicado el asunto que allí les traía á él y á Kallomeitsef, el gobernador lanzó una exclamación de pena, se dió un golpe en la frente y tomó su rostro una expresión de disgusto sincero.....

—Sí, sí,—repitió.—¡Qué disgusto! Aquí está todavía, hasta ver qué se dispone; ya sabes que no se les retiene más que durante una noche; pero el jefe de la gendarmería no está hoy en la ciudad, y he aquí la causa por qué permanece aquí todavía tu cuñado. Pero mañana se le enviará. ¡Dios mío, qué asunto tan desagradable! Tu mujer debe estar muy disgustada..... ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

—Desearía tener una entrevista con él en tu casa, si la ley no se opone.

—¿Qué es lo que dices, querido amigo? Para hombres como tú no se escriben las leyes. Créeme que participo de tu desazón. Es mal asunto, bien lo sabes.

Llamó de un modo particular, y se presentó un ayudante de campo.

—Querido barón, suplico á usted que tenga la bondad. (Le dijo lo que debía hacer. El barón desapareció.) Considera, mi querido amigo, que han tratado de matarle los aldeanos. Le ataron las manos á la espalda, y andando. Y él, ¿quieres creer que no se manifestó colérico? ¡Tiene una calma!..... A mí me ha sorprendido. Vas á verle: es un fanático tranquilo.

—Son los peores—dijo sentenciosamente Kallomeitsef.

El gobernador le echó una mirada.

—A propósito: tenía que hablar con usted, Simeón Petrovitch.

—¿Conmigo?

—Un mal asunto.

—¿Mío?

—Ya recordará usted. Su deudor: aquel aldeano que vino á quejarse á mí.

—¿Qué?

—Se ha ahorcado.

—¿Cuándo?

—Poco importa cuándo; pero es mala cosa.

Kallomeitsef se encogió de hombros y se fué hacia la ventana con marcado desdén.

El ayudante de campo entró acompañando á Markelof.

El gobernador había dicho la verdad. Markelof estaba perfectamente tranquilo. El aspecto perezoso que le era habitual había desaparecido de su cara, sustituyéndolo con la expresión de una fatiga indiferente.

No cambió su fisonomía al ver á su cuñado; sin embargo, cuando sus ojos se fijaron en el ayudante alemán que le había conducido, se hubiera podido notar en ellos un postrer relámpago del antiguo rencor que aquella gente le inspiraba.

Su gabán estaba roto en dos partes, y malamente cosido con hilo grueso; en la frente, en las cejas y en el arranque de la nariz, se notaban erosiones y rastro de sangre coagulada.

No se había lavado la cara, pero sí peinado. Con las manos hundidas en las mangas, se detuvo en la puerta.

Respiraba regularmente.

—Sergio—le dijo Sipiaguin con voz emocionada y dando dos pasos hacia él, tendiendo la mano lo bastante para tocarle ó para detenerle si avanzaba,—Sergio, no he venido aquí para expresarte nuestra sorpresa, nuestro profundo disgusto, de que no puedes dudar. Has querido perderte y te has perdido. Mas he deseado verte para decirte... para hacer... para darte la posibilidad de escuchar la voz de la razón, del honor y de la amistad. Puedes todavía endulzar tu suerte, y puedes estar seguro que haré por mi parte cuanto de mí dependa. He aquí al digno jefe de nuestro departamento, que te confirmará cuanto te he dicho.

Aquí, Sipiaguin levantó la voz.

—Arrepentimiento sincero de tus errores, confesión completa sin restricción, y de ello se dará cuenta á quien de derecho.....

—Señor—dijo de pronto Markelof, volviéndose hacia el gobernador (su voz era también tranquila, aunque un poco ronca),—suponía que me había llamado V. E. para interrogarme de nuevo. Pero si me ha hecho venir á instancias de Mr. Sipiaguin, ordene, se lo suplico, que se me conduzca de nuevo á la prisión; no podemos entendernos. Cuanto me dice es latín para mí.

—Permítame usted... ¡latín!—intervino Kallomeitsef con tono agrio y chillón.—¿Es también latín sublevar á los campesinos? ¿Es eso latín, diga usted? ¿Es eso latín?

—¿Es por ventura este señor un empleado de policía secreta? ¡Tiene tanto celo!.....—dijo Markelof, y una débil sonrisa de complacencia se deslizó por sus pálidos labios.

A Kallomeitsef le rechinaron los dientes, dió con el pie en el suelo; pero el gobernador le contuvo.

—De usted es la culpa. ¿Por qué se mezcla en un asunto que no le concierne?

—¡Que no me concierne, que no me concierne! Me parece que este asunto nos concierne á todos, á todos los de mi clase.

Markelof envolvió á Kallomeisef en una mirada fría y lenta; era como la última mirada que había de dirigirle; luego, volviéndose ligeramente hacia Sipiaguin:

—En cuanto á usted, mi querido cuñado, si quiere que le explique mis ideas, helas aquí: reconozco que los aldeanos tenían derecho á detenerme y entregarme, puesto que no les agradaban mis discursos. Estaban en libertad de hacerlo. Era yo el que iba á ellos, y no ellos á mí. Si el Gobierno me envía á Siberia, no murmuraré, aunque no me crea en lo más mínimo culpable. El Gobierno está á su negocio: se defiende. ¿Le basta á usted lo que le he dicho?

Sipiaguin levantó las manos al techo.

—¡Me basta! ¡Qué expresión! La cuestión no es esta. No se trata de que juzguemos lo que el Gobierno crea que debe hacer, pero deseo enterarme de si usted comprende, si comprendes, Sergio (Sipiaguin tocaba ahora la cuerda del sentimiento) la inconvenienciaa locura de esta tentativa; si estás dispuesto á dar pruebas de arrepentimiento, y si puedo, hasta cierto punto, Sergio, responder de tí.

Markelof frunció sus ásperas cejas.

—He dicho cuanto tenía que decir, y no gusto de repeticiones.

—¡Pero el arrepentimiento, el arrepentimiento.....!

Markelof exclamó bruscamente:

—Déjeme usted tranquilo con su arrepentimiento. Quiere usted penetrar el secreto de mi alma. Ahí no mira nadie más que yo. Déjeme usted.

Sipiaguin se encogió de hombros.

—Siempre eres el mismo. No quieres escuchar la voz de la razón. Podrías salir de este asunto sin escándalo y de un modo digno.

—¡Sin escándalo, dignamente!—repitió Markelof con tono sombrío. — Conocemos esas palabras. Siempre se emplean cuando se propone alguna bajeza. Esa es la significación de tales frases.

—Somos los heridos—siguió Sipiaguin, tratando de convencer á Markelof,—y ustedes se ponen la venda.

—¡Linda piedad! Se nos envía á Siberia; he aquí cómo se nos compadece. ¡Ah, déjeme usted tranquilo, en nombre de Dios!

Y Markelof bajó la cabeza.

Interiormente estaba irritado, á pesar de su calma aparente.

Lo que le torturaba, lo que le hacía más daño que todo lo demás, era el haber sido entregado, ¿por quién? Por Eremei de Golopliok. ¡Por aquel Eremei en quien tenía tan ciega confianza!

Que Medelei Dutik no le hubiese seguido..... bueno; no le sorprendía..... Medelei era un borracho y, por consiguiente, gandul. ¡Pero Eremei, Eremei que era para Markelof la personificación misma del pueblo ruso! ¡Que fuese él quien le hubiese entregado!

¿De modo, que todos los esfuerzos de Markelof habían sido sin objeto ni razón? ¿De modo, que Kisliakof no había dicho más que tonterías? ¿De suerte, que Basilio Nicholaievitch no había ordenado más que absurdos?

Todos aquellos artículos y aquellos folletos, aquellas obras de socialistas, de pensadores, todos aquellos trabajos en los cuales cada línea le hacía el efecto de algo evidente é incontrovertible, ¿no eran más que una mixtificación?..... Aquella soberbia comparación del absceso maduro que esperaba el lancetazo, ¿era asimismo vana palabrería?.....

—No, no—murmuraba al mismo tiempo que se teñía su rostro del color del ladrillo,—no. ¡Todo es verdad!..... La culpa la tengo yo; no he dicho, no he hecho lo que hacía falta. Hubiera debido solamente dar órdenes, y si alguno se hubiese resistido, meterle, sin más ambajes, una bala en la cabeza. El que no está con nosotros no tiene derecho á vivir. A los espías se les mata como á los perros..... peor aún.

Y Markelof se representaba los detalles de su arresto. Primero, silencio en la turba de campesinos; después, guiños de ojos y gritos en los últimos..... Luego un aldeano que se le acerca disimuladamente como para saludarle..... Después un tumulto repentino..... Y él, Markelof, empujado, derribado: «¡Compañeros, compañeros! ¿Qué es lo que hacéis?»

Y ellos...., «Vamos, pronto: un cinturón, átale.....» Después crujir de sus huesos, rabia impotente..... polvo fétido en la boca y en las narices. «¡Hala con él, al carro, al carro!....» Groseras carcajadas. ¡Maldición!

«¡He sido vendido, vendido!»

He aquí lo que le atormentaba; que le hubiesen derribado en el suelo era una desgracia puramente personal, que nada

tenía que ver con la obra común. Esto, al fin y al cabo, podía soportarse; ¡pero Eremei, pero Eremei...!

En tanto que Markelof permanecía con la cabeza sobre el pecho, Sipiaguin llevó aparte al gobernador, y hablándole á media voz, con gestos discretos y haciendo una señal con la cabeza, como diciendo «ya comprendes, el pobre está medio trastornado», se esforzaba en despertar en su amigo, si no simpatía, un poco de piedad hacia aquel insensato.

El gobernador, por su parte, se encogía de hombros, y tan pronto cerraba los ojos como los abría, y reconociendo su propia impotencia, acabó por prometer que haría cuanto pudiese.

—Cuanto yo pueda; ciertamente, cuanto pueda;—repetía con amabilidad al través de sus perfumados bigotes.

Mientras que ambos hablaban en un rincón, Kallomeitsef apenas podía dominar su impaciencia; se agitaba, hacía sonar la lengua, tosía; en una palabra, demostraba su intranquilidad por todos los medios. Ultimamente, no pudiendo contenerse, se acercó á Sipiaguin y le dijo rápidamente al oído:

—¿Ha olvidado usted al otro?

—¡Ah, sí!—respondió Sipiaguin en voz alta.—Gracias por habérmelo recordado. Debo poner en conocimiento de V. E. el hecho siguiente—dijo, dirigiéndose al gobernador.—(Empleaba esta fórmula con su amigo Valdemar para evitar el comprometer el prestigio de la autoridad en presencia de un insurgente.)—Razones de peso me hacen suponer que la loca tentativa de mi cuñado debe de tener ciertas ramificaciones, ó, en otros términos, que uno de los individuos de quienes sospecho se encuentra á poca distancia de la ciudad.—Haz que entre—añadió á media voz—un individuo que espera en el salón y que yo me he traído.

El gobernador miró con admiración á Sipiaguin, como diciendo:

—¡Qué hombre!

Y dió la orden.

Un minuto después, el servidor de Dios (1) Sila Paklin, apareció.

Iba Paklin á inclinarse profundamente delante del gobernador, cuando vió á Markelof, y sin acabar el saludo, se quedó á medio inclinarse, aplastando el casquete entre las manos.

Markelof le miró distraídamente, y sin duda no le reconoció, porque volvió á engolfarse en sus pensamientos.

—¿Es este..... la ramificación? — preguntó el gobernador extendiendo hacia Paklin su dedo blanco, adornado con una turquesa.

—¡Oh, no!—respondió Sipiaguin riéndose.—Sin embargo —añadió después de reflexionar—V. E.,— dijo en alta voz— tiene delante de sí á un cierto señor Paklin. Según lo que he podido saber, reside en San Petersburgo, y es amigo íntimo de un personaje que ha desempeñado en mi casa el oficio de profesor, y que ha huído de ella, llevándose consigo, con rubor lo cuento, una joven pariente mía.

—¡Ah! ¡Sí, sí!—murmuró el gobernador. — Algo he oído hablar de eso en casa de la condesa.

Sipiaguin levantó la voz.

—El personaje de quien he hablado á V. E., es un tal Mr. Nejdanof, de quien tengo vehementísimas sospechas, á causa de sus perversas teorías.

—Un rojo exaltado—añadió Kallomeitsef.

—De ideas y teorías perversas — repitió Sipiaguin de un modo categórico.—De seguro se ha mezclado en toda esta propaganda, y se encuentra, se oculta, me ha dicho el señor Paklin, en la fábrica del comerciante Faleief.

A las palabras «me ha dicho el señor Paklin», Markelof miró de nuevo al cojo, y se limitó á sonreir lentamente y con indiferencia.

—Permítame V. E.,—exclamó Paklin — y el señor Sipiaguin también: yo no he dicho jamás, jamás.....

(1) Frase oficial empleada en tales casos.

—¿Dices que en casa del comerciante Faleief? — preguntó el gobernador á Sipiaguin, moviendo al mismo tiempo la mano como diciendo á Paklin: «Poco á poco, joven; ya hablarás después.» — ¿Qué es lo que les pasa á nuestros comerciantes, á esos venerables barbudos? Ayer se detuvo á otro por la misma causa. Acaso le conozcas: Goluchkin, uno muy rico. ¡Oh, ese no es de los que harán la revolución! Desde ayer no ha cesado de arrastrarse y de suplicar de rodillas.

—El comerciante Faleief nada tiene que ver con esto— dijo Sipiaguin—ignoro completamente cuáles son sus opiniones; hablaba tan sólo de su fábrica, donde, según dice el señor Paklin, se encuentra en este momento Mr. Nejdanof.

—Yo no he dicho eso — gritó de nuevo Paklin.—V. E. es quien lo ha dicho.

—Permítame usted, señor Paklin,—replicó Sipiaguin con la misma implácable entonación; — respeto el sentimiento de amistad que inspira esas negaciones. (¡Oh, Guizot puro!—pensó el gobernador.) — Pero yo me permitiría recordar á usted que aprendiese mi ejemplo. ¿Cree usted que el sentimiento del parentesco no reside en mí, tan fuerte como en usted el de la amistad? Pero hay otro sentimiento, querido señor, que está por encima de esos otros, y que tiene por objeto guiar nuestras acciones: el sentimiento del deber.

—El sentimiento del deber— repitió en francés Kallomeitsef.

Markelof dirigió su mirada hacia los dos oradores.

—Señor gobernador—dijo,—repito mi súplica: ruégole que ordene se me conduzca fuera de la presencia de esos dos charlatanes.

Al oirle el gobernador, perdió un poco de paciencia.

—Señor Markelof—exclamó,—me permito recordar á usted que, en su posición, conviene se contenga un poco y respete algo más á sus superiores, sobre todo cuando, como ahora, expresan sentimientos patrióticos como los que acaban de salir de los labios de su cuñado de usted. Tendré un verdadero pla-

cer—añadió, dirigiéndose á Sipiaguin—en hacer presente tu conducta al Ministro. Pero, ¿se encuentra seguramente ese señor Nejdanof en la fábrica?

Sipiaguin frunció el entrecejo.

—En casa de cierto Solomine, mecánico y jefe de la casa, según me ha dicho Mr. Paklin.

Sipiaguin mostraba cierta satisfacción particular en mortificar al pobre Sila; al mismo tiempo se vengaba del cigarro que le había ofrecido en el carruaje y de la cortesía familiar íntima y casi festiva que le había demostrado.

—Ese Solomine—añadió Kallomeitsef—es un radical, un republicano declarado; no estaría demás, por consiguiente, que V. E. fijase en él su atención.

—¿Conoce usted á esos señores Solomine y, como decíamos, Nejdanof?.....—preguntó el gobernador á Markelof en tono casi oficial y un tanto nasal.

Markelof, con las narices dilatadas por una sonrisa de gozo, le respondió:

—Y V. E., ¿conoce á Confucio y á Tito Livio?

El gobernador le volvió la espalda.

—No hay medio de hablar con este hombre—dijo, encogiéndose de hombros; señor Barón, ¿quiere usted acercarse?

El ayudante se aproximó á su jefe, y Paklin aprovechó esta ocasión para deslizarse hasta ponerse detrás de Sipiaguin y decirle:

—¿Qué es lo que está usted haciendo? Porque pierde usted á su sobrina. Usted sabe que está con él, con Nejdanof.

—A nadie pierdo, señor mío—contestó en voz alta Sipiaguin;—hago lo que mi conciencia me ordena.

—Y su mujer de usted, mi señora hermana, que lo tiene á usted bajo su pantufla—dijo Markelof en el mismo tono que su cuñado.

Sipiaguin, ni pestañeó siquiera. Todo aquello estaba por debajo de su persona.

—Escuche usted—continuó Paklin con la misma voz en-

trecortada; el corazón le temblaba de emoción y quizá de temor; la cólera brillaba en sus ojos y las lágrimas le impedían hablar; lágrimas de compasión por sus amigos y de despecho contra sí mismo.—Escuche usted: le dije que se habían casado, y no es verdad, le engañé á usted; pero el matrimonio debe efectuarse, y si usted lo impide, si la policía los detiene, caerá sobre la conciencia de usted una mancha que nadie podrá lavar.....

—La noticia que ahora me comunica usted—interrumpió Sipiaguin levantando la voz,—si por acaso fuera cierta, cosa que dudo, no haría otra cosa que acelerar las medidas que creo de necesidad tomar. Respecto á la pureza de mi conciencia, le suplico, amigo mío, que no se preocupe usted de ella.

—¿Su conciencia, compañero? Está barnizada; es impermeable, y nada puede hacerle mella. En cuanto á ti, señor Paklin, di cuanto quieras, pero no pretendas desdecirte; no lo conseguirás.

El gobernador juzgó conveniente poner fin á aquellos discursos.

—Pienso, señores—dijo,—que se han explicado ustedes suficientemente; por tanto, señor Barón, suplico á usted que se lleve al señor Markelof. ¿No es esto, Boris? Ya no es menester.....

Sipiaguin abrió los brazos.

—He dicho cuanto tenía que decir.

—Está bien, querido Barón.

El ayudante se acercó á Markelof, haciendo sonar las espuelas, y describió con la mano una línea horizontal y breve, que quería decir: «Si usted gusta, podemos echar á andar.» Markelof dió media vuelta y salió. Paklin, en su pensamiento, solamente le estrechó la mano, con sentimiento de amarga simpatía y de piedad.

—Ahora vamos á lanzar á nuestros muchachos sobre la fábrica—dijo el gobernador.—Escúchame, Boris; me parece que este señor (señaló á Paklin con un movimiento de la bar-

ba) te ha dicho no sé qué á propósito de tu sobrina..... que se encuentra allá en la fábrica. ¿Qué hacemos?

—No es meneeter detenerla—respondió Sipiaguin gravemente;—es posible que reflexione y que vuelva..... Si me lo permites, le escribiré cuatro letras.

—Te lo suplico. Pero, en suma, puedes estar tranquilo. Prenderemos á ese quidam; en cuanto á las mujeres, somos galantes..... y tratándose de esa joven.....

—¿Pero no toman ustedes medidas acerca de ese Sr. Solomine?—exclamó Kallomeitsef, que había estado con el oído atento para pescar algunas frases.—Aseguro á ustedes que es el principal organizador del negocio. ¡Para estos casos tengo yo un olfato, un olfato!.....

—No tanto celo, queridísimo Simeón Petrovitch—respondió sonriendo el gobernador.—¡Acuérdese usted de Talleyrand! Lo que haya, no se nos escapará. Piense usted en su... (el gobernador imitó el resuello de un hombre que se extrangula) en su deudor. A propósito—repuso, volviéndose de nuevo hacia Sipiaguin.—¿Y esta buena pieza?—indicó otra vez con la barba á Paklin.—¿Qué hacemos con él? No tiene un aspecto muy terrible que digamos.

—Déjale—dijo Sipiaguin en voz baja, añadiendo después en alemán: *Lass den lupen laufen* (deja correr el cerrojo).

Sin saber por qué, se imaginaba que hacía una cita del *Goetz de Berlichingen,* de Goethe.

—Puede usted irse—dijo en alta voz el gobernador.—Ya no tenemos necesidad de usted. Vaya con Dios, y hasta más ver.

Paklin hizo un saludo general, y salió herido, anonadado. ¡Dios mío, Dios mío! Aquel desprecio había sido el último golpe.

—Anda—pensaba, con una desesperación imposible de expresar,—¡cobarde denunciador! ¡Pero no, no; soy un hombre honrado, y no carezco de valor!

Pero ¿qué rostro es aquel que espera allí, en la escalinata

de la casa del gobernador, y que le dirige una mirada triste y de reconvención? Es el viejo servidor de Markelof. Ha venido sin duda á la ciudad para seguir á su amo, y no se aleja de los umbrales de la prisión..... Mas ¿por qué mira de ese modo á Paklin? ¿No es él, Paklin, el que ha entregado á Markelof?

¿Quién me habrá metido á mí en un asunto en el que nada tenía que hacer?—se repetía Paklin, cayendo de nuevo en su sueño desolado.—¿Por qué no me habré estado tranquilamente en mi agujero? Ahora pensarán de mí, y acaso escriban: «Cierto señor Paklin lo ha contado todo; ha denunciado á sus amigos.» Se acordó de la mirada que le había lanzado Markelof, y de aquel terrible *Tú no te desdecirás jamás*, y los ojos tristes y rencorosos del viejo... Como San Pedro en el Evangelio, lloró amargamente, y se dirigió con lentos pasos hacia el oasis en busca de Fomuchka, Fimuchka y Snandulia.

XXXVI

Por la mañana, cuando Mariana salió de su cuarto, encontró á Nejdanof vestido y sentado en el diván; apoyaba en una mano la cabeza, y la otra mano, inmóvil é inerte, descansaba sobre la rodilla.

La joven se acercó á él.

—Buenos días, Alejo: ¿no te has desnudado? ¿No has dormido? ¡Qué pálido estás!

Nejdanof levantó lentamente sus pesados párpados.

—Ni me he desnudado, ni he dormido.

—¿Estás enfermo? ¿Es aún á consecuencia de lo de ayer?

Nejdanof movió la cabeza.

—No he dormido desde que Solomine entró en tu cuarto.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—Alejo, ¿eres celoso? ¡Vaya una idea! Mide bien el tiem-

po. Solomine estuvo en mi habitación apenas un cuarto de hora. Hemos hablado de su primo el clérigo y de los medios de arreglar nuestro matrimonio.

—Ya sé que no ha estado en tu habitación más que un cuarto de hora; le ví salir. No soy celoso. ¡Oh, no! Pero desde ese momento no he podido dormir.

—¿Por qué?

Nejdanof guardó silencio.

—He pensado... he pensado...—dijo, después de una pausa.

—¿En qué?

—En tí, en él, en mí...

—¿Y en qué han venido á parar tus pensamientos?

—¿Es preciso decírtelo, Mariana?

—Habla, te lo ruego.

—He pensado que soy un obstáculo para tí, para él y para mí mismo.

—¡Para mí y para él!..... Comprendo lo que quieres decir, aunque afirmas que no estás celoso. ¿Mas para tí mismo?.....

—Mariana, en mí existen dos hombres; el uno impide vivir al otro. Por esto digo que sería mejor que los dos acabasen á un tiempo.

—Vamos, Alejo, vamos. ¿Por qué ese afán de atormentarte y de atormentarme? Lo que conviene por el momento es ver lo que debemos poner en práctica..... Supones, y con razón, que no se nos dejará tranquilos.

Nejdanof cogió suavemente del brazo á Mariana.

—Siéntate á mi lado, Mariana, y hablemos un poco como amigos, en tanto que nos dejan. Dame la mano. Me parece que haríamos bien en explicarnos, aunque, como suele decirse, las explicaciones no hacen más que embrollar los asuntos. Eres inteligente y buena, y comprenderás, ó más bien adivinarás, lo que yo no acierte á decir. Siéntate.

La voz de Nejdanof era tranquila, y en sus ojos, cuya mirada no se apartaba de Mariana, se leía una sin igual expresión de ternura amistosa y de súplica.

Con gusto se sentó Mariana al lado del joven, y le cogió la mano.

—Gracias, querida amiga. Óyeme, no te detendré mucho tiempo. He pensado esta noche pasada lo que había de decirte. Óyeme. No pienses que he estado preocupado por lo que pasó ayer; es probable que mi estado provocase la risa, ó, cuando menos, algo de disgusto; pero tú, no hay necesidad de decirlo, tú no has pensado de mí nada que sea malo ni bajo..... Me conoces. Te acabo de decir que lo que me sucedió ayer no me había preocupado: eso no era exacto..... es falso..... Me he sentido fuertemente preocupado, no por mi embriaguez, sino porque he encontrado la prueba concluyente, absoluta de mi bancarrota, de mi impotencia. No se trata sólo de la imposibilidad en que me encuentro de beber como nuestros campesinos. Se trata de mi carácter. Mariana, debo confesártelo..... Yo no creo en la obra que nos ha reunido, en la obra por cuya causa hemos huído juntos, y por la cual, también debo decírtelo, estaba bastante frío, hasta que tu llama volvió á reanimarme. No creo..... no creo.....

Se tapó los ojos con la mano que tenía libre, y permaneció callado algunos momentos. Mariana guardó también silencio y bajó la cabeza. Aquella revelación no era nueva para la joven.

—Al pronto pensé—siguió Nejdanof abriendo los ojos, pero esta vez sin mirar á la joven—que tenía fe en la obra y que dudaba solamente de mí, de mis fuerzas, de mi habilidad; mis aptitudes—pensaba—no responden á mis condiciones..... Pero es evidente que ambas cosas son inseparables, y después de todo..... ¿para qué engañarme? No; es que yo no creo en nuestra obra. Y tú, ¿crees tú, Mariana?

Mariana se enderezó, y, levantando la cabeza, dijo:

—Sí, Alejo; creo y creo en ella con todas las fuerzas de mi alma, y á ella consagraré mi vida entera hasta lanzar el último suspiro.

Nejdanof posó en ella una mirada, tierna, al mismo tiempo que envidiosa.

—Sí, sí; es la respuesta que yo esperaba. Ves, por lo tanto, que nada tenemos que hacer siguiendo juntos. Tú misma eres la que de un solo golpe acabas de romper el lazo que nos unía.

Mariana permaneció callada.

—Ahí tienes: Solomine, por ejemplo.....—siguió Nejdanof —Solomine no cree.....

—¿Cómo?

—No, no cree; pero no tiene necesidad de creer: va tranquilamente adelante. El hombre que sigue un camino para ir á una ciudad, no se pregunta si la ciudad existe realmente. Marcha. Así hace Solomine, y nada más le hace falta. Yo no puedo ir hacia adelante, no quiero volver atrás, y permanecer en mi puesto me mata. ¿A quién he de ofrecerle mi compañía? Sabes el antiguo proverbio: «Cojed cada uno la carga por cada lado, y todo irá bien.» Pero si uno de los dos carece de fuerza para llevar esta carga, ¿qué hará el otro?

—Alejo,—dijo Mariana con cierta indecisión:—me parece que exajeras. En rigor, ¿no nos amamos?

Nejdanof suspiró profundamente.

—Mariana, yo me inclino delante de ti... y tú me compadeces, y ambos estamos convencidos de la honestidad de cada uno. Esta es la verdad. Amor..... no existe entre nosotros.

—Pero, ¿por qué dices eso, Alejo? ¿Olvidas que en estos mismos momentos comienza nuestra persecución..... y que debemos huir juntos y no separarnos nunca?

—Sí, é ir á casa del Padre Zossimo para que nos case, como nos ha propuesto Solomine. Bien se me alcanza que este matrimonio no es á tus ojos más que un pasaporte, un medio de evitar las molestias con que la policía nos amenaza. Pero al cabo nos obligaría á la vida en común, el uno al lado del otro, y si no nos obligase, por lo menos significaría el deseo de vivir juntos.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Según eso, te quedas aquí?

Nejdanof contuvo un *sí* que iba á escaparse de sus labios, pero reflexionó, y dijo:

—No, no.

—Entonces, ¿al partir de aquí, no vendrás conmigo?

Nejdanof estrechó fuertemente la mano de la joven, que tenía entre las suyas.

—Dejarte sin protector, sin defensor, sería un crimen, y no haré tal cosa á pesar de ser tan débil. Tendrás un defensor, no lo dudes.

Mariana se inclinó hacia Nejdanof y le miró con solicitud, con ansiedad, esforzándose por leer en sus ojos, en su alma, en el fondo de ella.....

—¿Qué te pasa, Alejo? Algo tienes. Dímelo. Me inquietas: tus palabras son tan enigmáticas..... tan extrañas..... ¡Y qué cara la tuya.....! ¡Jamás te he visto así!

Nejdanof la separó suavemente y le besó la mano.

La joven no resistió ni se rió; siguió mirándole con ansiedad.

—No te inquietes, nada me pasa de extraordinario. He aquí en qué consiste todo el mal. Markelof, según me han dicho, ha sido atropellado por los campesinos, que le han golpeado..... A mí no me han hecho daño; por el contrario, han bebido conmigo á mi salud..... pero me han maltratado más todavía que el cuerpo á Markelof. He nacido desequilibrado, he tratado de corregirme, y sólo he conseguido desequilibrarme cada vez más. Eso es lo que observas en mi cara.

—Alejo, harías mal—dijo Mariana lentamente—si no fueses sincero conmigo.

Nejdanof se retorció las manos con fuerza.

—He puesto ante tus ojos mi ser como en la palma de la mano. Cualquier cosa que pueda hacer, te lo diré en lo sucesivo..... En rigor, nada sucederá, absolutamente nada que pueda asombrarte.

Mariana sintió deseos de preguntarle la explicación de estas palabras, pero se contuvo..... porque también en aquel momento entraba en el cuarto Solomine.

Eran sus movimientos más rápidos y bruscos que de ordi-

nario. Movía los párpados; sus labios estaban contraídos, su semblante denotaba preocupación y reflejaba una expresión seca, dura, casi imperiosa.

—Amigos— dijo— vengo á advertiros que no hay tiempo que perder. Preparaos: ha llegado el momento de partir. Es menester estar dispuestos antes de una hora: es también preciso que vayamos á casaros. No tenemos noticias de Paklin. Al pronto se quedaron allá los caballos, pero esta mañana los han enviado. Se ha quedado Sila, por consiguiente, en Arjonoie. Probablemente le habrán conducido á la ciudad. No os denunciará, de seguro, pero ¿quién sabe? Tiene la lengua demasiado larga. Además, pueden haber conocido mis caballos. Mi primo ya está avisado. Os acompañará Paul. También él os servirá de testigo.

—Y usted..... y tú— le pregunto Nejdanof.— ¿Tú no partes? Vas vestido en traje de camino, — añadió indicando las grandes botas que llevaba puestas Solomine.

—No, no; es por el lodo.

—¿Y si se te persigue por causa nuestra?

—No lo creo. En todo caso, eso sería cuestión mía. Con que ya sabéis, una hora. Mariana, Tatiana desea ver á usted. No sé qué cosas ha preparado.

—¡Ah! sí, es verdad; voy á verla.

Mariana se dirigió á la puerta.

En el rostro de Nejdanof se pintó de repente una extraña expresión, mezcla de espanto y de angustia.

—Mariana—dijo con voz desfallecida:—¿te vas?

La joven se detuvo.

—Volveré antes de media hora. En poco tiempo estoy lista.

—Sí; pero ven aquí.

—Con mucho gusto, ¿por qué me llamas?

—Quiero verte otra vez.

La miró atentamente.

—¡Adiós, adiós, Mariana! — La joven pareció sorprenderse.—Te preguntas, ¿qué es lo que me pasa? Nada. No pongas

atención en ello. Vuelves dentro de media hora..... ¿verdad? ¿Sí?

—Sin duda.

—Sí, sí, ¡perdón! Tengo la cabeza trastornada todavía por el insomnio..... esta noche de desvelo..... Yo también estaré dispuesto.

Mariana salió. Solomine intentó seguirla, pero Nejdanof le detuvo.

—¡Solomine!

—¿Qué?

—Dame la mano. Debo darte las gracias por tu hospitalidad.

Solomine se rió forzadamente.

—¡Vaya una salida!

Sin embargo, le dió la mano.

—Ahora escucha—continuó Nejdanof.— Si á mí me sucediese alguna desgracia, ¿puedo contar contigo? Estoy seguro de que no abandonarás á Mariana.

—¿Tu futura esposa?

—Sí..... Mariana.

—En primer lugar, estoy cierto de que nada ha de sucederte; por lo demás, puedes estar seguro, Mariana me es tan cara como tú mismo.

—Lo sé, lo sé, lo sé..... Está bien..... gracias..... Hasta dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

—Estaré dispuesto. Adiós.

Solomine salió y encontró á Mariana en la escalera; tuvo intención de decirle algo á propósito de Nejdanof, pero se calló, y Mariana, por su parte, comprendió que Solomine tenía propósito de decirle alguna cosa también acerca de Nejdanof, pero que, sin embargo, la callaba. Ni uno ni otro dijeron nada.

XXXVII

Apenas Solomine hubo salido, cuando Nejdanof se levantó del diván, dió unos cuantos paseos por la sala, y se detuvo un minuto, como un sonámbulo; después, estremeciéndose como si despertase, se quitó el traje de *máscara,* que colocó en un rincón, y fué á buscar, poniéndoselos después, sus antiguos vestidos.

Dirigióse luego á la mesa de tres pies, y sacó del cajón dos envoltorios y un objeto pequeño que guardó en el bolsillo; los envoltorios quedaron encima de la mesa.

Se bajó después y abrió la portezuela de la chimenea; el hogar contenía un montón de cenizas; era todo lo que quedaba de los papeles de Nejdanof y de su cuaderno de versos: lo había quemado la noche antes; pero en la misma chimenea, apoyado junto á uno de los lados, estaba el retrato de Mariana, hecho por Markelof. Evidentemente no había tenido valor para quemar el retrato con las demás cosas.

Lo retiró cuidadosamente y lo colocó sobre la mesa, al lado de los paquetes de papel. Luego, con un movimiento enérgico, se puso la gorra y se dirigió á la puerta..... pero se detuvo y entró en el cuarto de Mariana.

Permaneció un minuto en pie, inmóvil, miró en derredor suyo, y aproximándose al estrecho catre de la joven, estampó un beso con un sollozo único y contenido, no en la cabecera, sino en los pies del lecho.

Se enderezó súbitamente, afianzó la gorra en la cabeza y salió precipitadamente de la estancia. A nadie encontró ni en el corredor, ni en la escalera, ni en la planta baja. Sin ser visto de nadie entró en el corralillo.

El día era ceniciento, las nubes bajas parecían pesar sobre

la tierra; húmedo el viento, agitaba las puntas de la hierba y columpiaba las hojas de los árboles; el ruido de la fábrica era menor que de costumbre á la misma hora; de ella salía un fuerte olor de carbón de piedra, algodón y sebo.

Nejdanof miró en torno suyo con cuidado y desconfianza, encaminándose en seguida al viejo manzano que había llamado su atención el mismo día de su llegada, al asomarse por primera vez á la ventana de su cuarto.

El tronco del manzano estaba cubierto de musgo ya seco; sus ramas, arrugadas y desnudas, con algunas hojas verdes y rojizas, se elevaban torcidas hacia el cielo, parecidas á los brazos suplicantes de un anciano.

Nejdanof permaneció en pie sobre la negra tierra que rodeaba al manzano, y sacó del bolsillo el objeto que había tomado del cajón de su mesa, mirando atentamente las ventanas del edificio.

—Si alguno me viese en este momento—pensó,—quizá me volvería á casa.

Pero por ninguna parte asomó un rostro humano. Todo parecía muerto, todo se apartaba de él, alejándose para siempre, dejándole solo, á merced de su destino.

La fábrica únicamente le enviaba su aliento y su estúpido ruido. Lluvia fría y escasa comenzaba á caer en gotas finas y penetrantes.

Entonces Nejdanof, al través de las torcidas ramas del árbol, miró el cielo gris, bajo, almohadillado, indiferente, ciego; bostezó, y estirándose dijo:

—Después de todo, no hay otro remedio que hacer esto; no puedo volver á San Petersburgo á la prisión.

Arrojó lejos de sí la gorra, y habiendo experimentado en todo su cuerpo cierta tensión fuerte, angustiosa y dulce, apoyó el cañón del revólver sobre el pecho y tiró del gatillo.

Sintió un choque no muy fuerte, y cayó de espaldas; trató de comprender lo que había pasado, y se dió cuenta de que acababa de ver á Tatiana. Quiso llamarla, decir:

—«¡Ah, esto no es necesario!»

Pero ya la voz no obedecía á su voluntad. Una nube de humo verdoso pasó por delante de sus ojos, envolvió su rostro, su frente y su cerebro, y un peso horrible le aplastó contra la tierra.

No sin razón había creído ver á Tatiana; en el momento mismo en que se disparaba el tiro, la mujer de Paul se aproximó á una de las ventanas de la casa y vió al joven bajo el manzano.

No había tenido tiempo de decirle: «¿qué hace usted ahí con la cabeza descubierta en un día tan malo?», cuando le vió caer de espaldas, con la misma pesadez con que cae un costal de paja.

Aunque no había oído la detonación, comprendió que algo grave acababa de pasar, y echó á correr hacia el patio, y acercándose á Nejdanof, le dijo:

—Alejo Dmitrich, ¿qué tiene usted?

Pero ya la obscuridad envolvía por completo todo el ser de Nejdanof. La mujer se inclinó hacia él, y vió sangre.

—¡Paul!—gritó con una voz que no era la suya.—¡Paul!

Pocos instantes después, Mariana, Solomine, Paul y dos obreros de la fábrica entraban en el corral. Entre todos cogieron á Nejdanof, lo subieron al cuarto y lo colocaron en el diván donde había pasado la noche última.

Echado de espaldas, tenía los ojos medio abiertos é inmóviles; su rostro estaba azulado. Respiraba con dificultad, y parecía atragantarse como un niño que acaba de llorar. Aún no le había abandonado la vida.

Mariana y Solomine en pie, á derecha é izquierda del diván, estaban casi tan pálidos como el mismo Nejdanof.

Sentíanse conmovidos, aterrados, anonadados ambos, sobre todo Mariana; pero no sorprendidos.

—¿Cómo no lo hemos previsto?— pensaban. —Y al mismo tiempo les parecía, sí, les parecía, en efecto, que lo habían previsto.

Cuando Nejdanof había dicho á Mariana: «Cualquier cosa que yo haga, con tiempo te lo digo, no te sorprenderá», y cuando habló de aquellos dos hombres que existían en él, y que no podían vivir juntos. ¿no se había despertado en ella cierto vago presentimiento? ¿Por qué no se había detenido al oir aquellas palabras? ¿Por qué no se había parado á pensar en ellas y en el presentimiento que le habían producido? ¿Por qué no se atrevía á mirar á Solomine, como si éste fuese su cómplice, y como si también sufriese él iguales remordimientos de conciencia? ¿Por qué, al sentimiento de piedad infinita, de compasión desesperada que le inspiraba Nejdanof, se juntaba ahora una especie de terror y de vergüenza? ¿Acaso había dependido de ella el salvarle? ¿Por qué ninguno de los dos se atrevía á pronunciar una sola palabra? Apenas osaban respirar; esperaban..... ¿Qué es lo que esperaban, gran Dios?

Solomine envió á buscar á un médico, aunque no existía ninguna esperanza. Tatiana puso una gran esponja, empapada de agua fresca, sobre la herida, pequeña, exangüe y ya negra de Nejdanof, y humedeció sus cabellos también con agua fresca mezclada con vinagre.

De repente, Nejdanof cesó de respirar con fuerza, é hizo un movimiento.

—Vuelve en sí—murmuró Solomine.

Mariana se puso de rodillas al pie del diván..... Nejdanof la miró..... Hasta aquel momento había tenido los ojos inmóviles como los de los muertos.

—¡Ah! Todavía os veo,—dijo con voz apenas perceptible; —aunque torpemente.

—¡Alejo!—exclamó Mariana.

—¿Te acuerdas, Mariana, de mi poesía *Rodéame de flores?* ¿Dónde están las flores? Pero tú estás aquí..... Mi carta.....

Sintió un estremecimiento en todo su cuerpo.

—¡Oh! El aquí... Daos las manos. Pronto... Daos las manos.

Solomine cogió la mano de Mariana que apoyaba su frente cerca del diván, con su rostro junto á la herida.

Solomine estaba en pie, severo, sombrío como la noche.

—Así, bien; así.

Comenzó otra vez el estertor de Nejdanof. Se le levantaba el pecho y se le hundían los costados..... Hacía grandes esfuerzos por colocar la mano sobre las dos que estaban unidas; pero las suyas estaban ya muertas.

—¡Se va!—murmuró Tatiana, en pie cerca de la puerta, y empezó á hacer la señal de la cruz.

Las boqueadas eran cada vez más de tarde en tarde y más cortas. Buscó todavía á Mariana con la vista; pero una terrible blancura lechosa que venía de dentro, velaba ya sus ojos.

—Bien—dijo.

Fue su última palabra.

Ya no existía, y las manos de Solomine y de Mariana estaban aún enlazadas sobre su pecho.

He aquí lo que contenían las dos cartas que había dejado escritas. La primera dirigida á Siline, se componía de estas solas líneas:

«¡Adiós, hermano mío; hermano mío, adiós!

»Cuando recibas este pedazo de papel, ya no existiré. No preguntes cómo ni por qué, tampoco me quejo. Estoy seguro que me he de encontrar mejor así. Toma, nuestro inmortal Puchkine, y vuelve á leer en *Eugenio Oneguine* la descripción de la muerte de Lenski. ¿Te acuerdas? Las ventanas están blanqueadas, el huésped está ausente..... Nada más. No te digo nada, porque tendría mucho que decirte, y el tiempo falta. No he querido irme sin despedirme de ti. Hubieras podido creerme vivo, y esto hubiera sido una falta en nuestra amistad.

»Adiós, procura vivir.

»Tu amigo,

A. N.»

La otra carta, un poco más larga, estaba dirigida á Solomine y á Mariana.

«Mis queridos niños:»

(A continuación de estas tres palabras había una interrupción como si se hubiese borrado algo, ó más bien desvanecido por alguna lágrima.)

«Quizá extrañéis que os llame así; yo soy casi un niño, y tú, Solomine, tú, bien lo sé, eres mayor que yo; pero voy á morir, y en el límite de la vida me considero ya como un viejo. Me tengo por muy culpable á vuestros ojos, sobre todo á los tuyos, Mariana, porque os causo mucho disgusto (sé que tú, Mariana, lo tendrás muy grande. Lo sé). Pero ¿qué otra cosa hubiera podido hacer? No he encontrado más salida que esta. Tampoco he sabido *simplificarme*. No he tenido otro camino que el que he emprendido. Para ti, Mariana, hubiese sido una carga, como tú para mí. Eres generosa, hubieras quizá aceptado con alegría esta carga como un nuevo sacrificio; pero yo no tenía ningún derecho á imponértelo: tienes algo mejor que hacer.

Mis queridos hijos (dejad que os llame de este modo, una vez que viene, por decirlo así, de más allá de la tumba), juntos estaréis bien. Mariana, acabarás por amar á Solomine, y él..... él te ama desde el día en que te vió en casa de los Sipiaguin. Jamás ha sido un secreto para mí, aunque hayamos huído juntos á los pocos días.

¡Ah, aquella mañana, qué bella, qué fresca, qué hermosa! Al presente me parece que es el símbolo de vuestra vida, de la tuya y de la suya. Por un capricho de la casualidad ocupé yo el lugar que pertenecía á Solomine.

Pero es preciso acabar: no tengo intención de afligirte, quiero solamente disculparme. Mariana, tendréis ratos bien desagradables que pasar. Pero, ¿qué hacer no teniendo otra salida?

Adiós, Mariana, mi querida y buena niña. Adiós, Solomine, yo te la confío. Vivid felices, vivid siendo útiles á los demás. Tú, Mariana, no te acuerdes de mí más que cuando seas feliz. Piensa en mí como en un hombre honrado y bueno también, mas para el cual era mejor la muerte que la vida.

¿Te he tenido amor? No lo sé, mi querida amiga: lo que sí puedo decirte es que jamás he experimentado un sentimiento semejante al que por tí he sentido, y que la muerte me parecía aún más terrible si yo no llevase á la tumba un sentimiento como este.

¡Mariana! Si encuentras alguna vez á cierta persona llamada Machurina—Solomine la conoce, y, según creo, tú también la has visto,—dí que he pensado en ella con reconocimiento poco antes de morir. Ya sabe lo que quiero decirle.

Es preciso poner término á esta despedida. Acabo de asomarme á la ventana: una estrella brilla aún inmóvil detrás de las nubes que corren rápidamente. Mas por rápidamente que corran, no pueden ocultarla. Esta estrella me hace pensar en tí, Mariana.

En este momento duermes en la alcoba inmediata, y nada sospechas. Me he acercado á la puerta; he aproximado el oído, y me ha parecido oir tu respiración tranquila. ¡Adiós; adiós, hijos míos, amigos míos!

Vuestro,

A.

En esta carta, escrita ante la muerte, ni una sola palabra os he dicho de nuestra grande obra. Esto depende de que en el instante en que se va á morir no se miente. Perdóname, Mariana. La mentira estaba en mí, y no en la obra en que tú crees.

¡Ah! Una palabra más. Quizá supongas que he tenido miedo á la cárcel, porque de seguro me habrían detenido, y que he tomado esta determinación para evitarla. No, la prisión no me intimida; pero estar en una prisión por una idea en la que no se cree, sería cosa verdaderamente absurda. Si me mato, no es por miedo á la cárcel.

¡Adiós, Mariana! ¡Adiós!»

Mariana y Solomine leyeron la carta, uno después del otro. La joven guardó en el bolsillo las dos cartas y el retrato, y permaneció inmóvil.

Solomine le dijo:

—Todo está dispuesto, Mariana; partamos. Hay que cumplir su voluntad.

Mariana se aproximó á Nejdanof, apoyó los labios sobre la frente, ya fría, del cadáver, y volviéndose á Solomine, le dijo:

—Partamos.

El la cogió del brazo, y los dos juntos salieron de la habitación.

A las pocas horas, cuando la policía penetró en la fábrica, encontró á Nejdanof..... pero muerto. Tatiana le había colocado cuidadosamente sobre el lecho, poniendo bajo la cabeza del cadáver una blanca almohada, le cruzó las manos y colocó á su lado un ramo de flores.

Paul, á quien se le dieron las instrucciones convenientes, recibió con respeto á los polizontes, aunque con disimulada burla, de tal modo, que los esbirros dudaban entre darle las gracias ó prenderle.

Les contó todos los detalles del suicidio, les hizo comer queso de Gruyer y beber vino de Madera; pero cuando le preguntaron en dónde podrían encontrar á Solomine y á la joven que se hallaba en la fábrica, se declaró completamente ignorante de la pregunta, limitándose á asegurar que Solomine no estaba nunca ausente durante mucho tiempo, que volvería de seguro el mismo día ó el día siguiente, y que tan pronto como regresase, sin perder un minuto, él, Paul, daría conocimiento de su vuelta. Podían estar seguros: era un hombre puntual.

Por consiguiente, los señores polizontes se volvieron con las manos vacías, después de haber dejado dos guardias al lado del cadáver y de prometer que enviarían al juez de instrucción.

XXXVIII

Dos dias después de estos acontecimientos, un hombre y una joven, antiguos conocidos nuestros, entraban en un carruaje en el patio de la casa del padre Zossimo y se casaban al día siguiente de su llegada.

A los pocos días desaparecieron, y el bueno de Zossimo no se arrepintió en modo alguno de lo que había hecho.

Al dejar la fábrica, Solomine entrególe una carta para el patrón; aquella carta contenía una cuenta detallada y precisa de la situación de los negocios, que por cierto era brillante, y en la que se solicitaba una licencia de tres meses. Aquella carta había sido escrita dos días antes de la muerte de Nejdanof, de lo que podía deducirse que ya entonces creía necesario partir con el joven y con Mariana y desaparecer por algún tiempo.

Las pesquisas hechas acerca del suicidio no dieron ningún resultado.

Se enterró el cuerpo, y Sipiaguin no volvió á tomarse el trabajo de averiguar el paradero de su sobrina.

Nueve meses más tarde fue juzgado Markelof. Su actitud ante el tribunal fue la misma que ante el gobernador: tranquilo, no sin cierta dignidad, y un poco triste. Su habitual rudeza se había suavizado algo, no por debilidad, sino por noble sentimiento. De nada se disculpaba, de nada se arrepentía: no acusó ni nombró á nadie; en sus ojos sin brillo y en su rostro adelgazado, no se notaba más que una expresión de resignación y de firmeza; sus respuestas cortas, pero categóricas y francas, despertaban hasta en los mismos jueces un sentimiento muy parecido al de la compasión.

Los campesinos que le habían entregado, y que servían

de testigos de cargo, participaban de ese mismo sentimiento y hablaban de él como de un señor sencillo y bueno.

Pero su culpabilidad era demasiado evidente, y no podía prescindirse del castigo, cosa que él aceptó como lo más natural del mundo.

En cuanto á sus cómplices, en verdad poco numerosos, Machurina se ocultó; Ostrodumof murió á manos de un burgués á quien excitaba á la sublevación; Goluchkin no sufrió más que una pena insignificante, gracias á su sincero arrepentimiento (faltó poco para que se volviese loco de pavor); Kisliakof estuvo preso un mes, y después se le puso en libertad, no impidiéndole que comenzase á rodar por todos los gobiernos de Rusia; Nejdanof se había puesto, al matarse, al abrigo de todas las persecuciones; Solomine, á falta de pruebas suficientes, se le tuvo como sospechoso, pero se le dejó tranquilo. Por su parte, no trató de evitar el presentarse ante el tribunal, y compareció ante él en la época prefijada. Nada se dijo respecto á Mariana. De Paklin nadie volvió á hacer caso, aunque el pobre hombre no se había echado atrás.

*
* *

Habían pasado diez y ocho meses; era en el invierno de 1870.

En San Petersburgo, en ese mismo San Petersburgo en que el consejero privado y chambelán Sipiaguin se preparaba á desempeñar un papel importante, y en que su mujer protegía todas las artes, daba *soirées* musicales y organizaba cocinas económicas, donde Kallomeitsef era considerado como uno de los funcionarios más seguros del Ministerio, un hombrecillo, vestido con una humilde capa de cuello de piel de gato, marchaba cojeando á lo largo de uno de los lados del Vasili-Ostrof.

Era Paklin. Había cambiado mucho; algunos hilos blancos brillaban entre sus cabellos, que dejaba descubiertos su casquete.

Una señora un poco corpulenta, de elevada estatura, envuelta en un abrigo de tela obscura, venía en dirección opuesta.

Sila le dirigió una mirada distraída, pasó al lado de ella, después se detuvo de repente, reflexionó durante un segundo, extendió el brazo, y, volviéndose vivamente, se puso delante de la desconocida y la miró por debajo del sombrero.

—¡Machurina!—dijo á media voz.

La dama le miró de alto abajo con aire majestuoso, y sin decir una palabra siguió su camino.

—Mi excelente Machurina, la he reconocido á usted,—continuó Paklin, cojeando al lado de ella;—pero no se enfade usted, ¡por Dios! ¡Ya sabe usted que no he de hacerle traición! ¡Estoy tan contento por haberla encontrado! Soy Paklin, Sila, Paklin, ya sabe usted, el amigo de Nejdanof. Venga usted á mi casa: está á dos pasos de aquí..... Vamos, se lo suplico á usted.

—*Io sono contessa Rocca y..... y...., é ancora*—respondió la señora con voz grave, pero con un acento ruso muy marcado.

—¡Qué condesa.....! Vamos, sígame usted; hablaremos.

—Pero, ¿dónde vive usted?—preguntó de repente la condesa italiana.—Tengo prisa.

—Aquí en esta misma calle; he allí mi casa, aquella pintada de gris, de tres pisos. ¡Qué buena es usted no ocultándose de mí! Deme usted el brazo: vamos. ¿Hace mucho que está ustá usted aquí? ¿Cómo es que se llama usted condesa? ¿Se ha casado usted con algún conde italiano?

Machurina no se había casado con ningún conde; le habían dado en el extranjero, en donde se hallaba entonces, el pasaporte de cierta condesa Rocca di Santo Fiume, muerta poco tiempo hacía, y así pertrechada, había vuelto tranquilamente á Rusia, á pesar de no saber una palabra de italiano, y aunque su tipo era ruso muy marcado.

Paklin la llevó á su modesta habitación. Su hermana, la

jorobada Snandulia, con la cual vivía Sila, salió para recibirlos de detrás del tabique que separaba la cocina, muy pequeña, de la antesala, más pequeña todavía.

—Snandulia,—dijo Paklin,—te recomiendo á esta señora, grande amiga mía; danos en seguida té.

Machurina, que en modo alguno hubiera aceptado el ofrecimiento de Sila si éste no le hubiese hablado de Nejdanof, se quitó el sombrero, arregló con sus manos masculinas sus cabellos cortos, cortados como en otros tiempos, hizo una inclinación de cabeza, y se sentó sin pronunciar palabra.

No había cambiado; su vestido era el mismo que llevaba en otro tiempo; pero se notaba en sus ojos una tristeza inmóvil que daba á su semblante cierta expresión agradable, á pesar de la rudeza de sus facciones.

Snandulia se apresuró á preparar el té; Paklin se sentó enfrente de Machurina, le dió un golpe amistoso en la rodilla, inclinó la cabeza é intentó hablar; pero se vió obligado á toser, porque la voz le faltó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Machurina permanecía inmóvil, con el cuerpo derecho, sin apoyarse en el respaldo de la silla, y mirando de lado con expresión de pereza.

—¡Ah!—dijo al cabo Paklin.—¡Qué de cosas han pasado! La estoy mirando á usted, y me acuerdo..... ¡qué de cosas!..... ¡Qué de gentes!..... Los vivos y los muertos..... mis dos peluconcillos también murieron, pero me parece que usted no los conocía. Los dos, como yo había anunciado, murieron en el mismo día. Nejdanof, ¡pobre Nejdanof!..... Usted sabe probablemente.....

—¡Oh, sí!—respondió Machurina sin cesar de mirar de lado.

—Y Ostrodumof, ¿sabe usted también lo que le ha acontecido?

Machurina hizo un movimiento de cabeza. Hubiera querido que su interlocutor hablase de Nejdanof, pero no osaba decírselo. Sin embargo, Paklin lo comprendió.

—He oído decir que en la carta que escribió momentos antes de morir, hablaba de usted. ¿Es verdad?

Machurina estuvo algunos momentos sin responder.

—Es verdad,—dijo al cabo.

—¡Qué excelente muchacho era! Pero estaba completamente fuera de su órbita. No era más revolucionario que yo. ¿Sabe usted lo que en rigor era? Un romántico del realismo... ¿Me comprende usted?

Machurina dirigió á Paklin una mirada rápida. Ni le había comprendido, ni quería tomarse la pena de comprenderle. Le parecía extraño é impropio que aquel hombrecillo tratase de compararse con Nejdanof, pero se dijo: «Que se envanezca, ¿qué importa?

En rigor, Paklin no creía envanecerse con esta comparación; antes bien, se creía rebajado con ella.

—He recibido la visita de un tal Siline,—continuó Paklin.—Nejdanof le escribió antes de morir. Ese señor Siline me preguntó si sería fácil encontrar los papeles que hubiese dejado el difunto. Pero los objetos que le pertenecían habían sido sellados, y sus papeles no existían: los había quemado todos, incluso sus poesías. ¿Quizá ignorase usted que hacía versos?

Todo ello ha desaparecido al mismo tiempo que él; todo ha caído en el abismo común y para siempre. Sólo vive en el recuerdo de algunos amigos que á su vez también desaparecieron.

Paklin hizo una pausa.

—En cambio, los Sipiaguin,—continuó,—ya recordará usted, aquel matrimonio tan condescendiente, tan majestuoso y tan antipático,—¡están actualmente en la cumbre del poder y de la celebridad!

Machurina no se acordaba de los Sipiaguin; pero Paklin los odiaba de tal suerte, al marido principalmente, que no podía sustraerse al placer de hablar mal de ellos

—Dícese que su casa es de gran tono. Allí no se habla

más que de virtud; pero he hecho la observación de que las casas en que se habla mucho de virtud son como las alcobas de los enfermos en que se ha quemado perfumes: indican que ha pasado en ellas algo que no es limpio. Tan fuerte perfume de virtud, es sospechoso. Ellos fueron, esos Sipiaguin, los que perdieron á Nejdanof.

—¿Qué ha sido de Solomine? — preguntó Machurina, á quien desagradaba que *éste* hablase de *aquél*.

—¡Solomine! Ese es hombre aprovechado, y que dirige admirablemente su barco. Ha dejado su antigua fábrica, y se las arregla perfectamente. Tenía un excelente compañero, un tal Paul, á quien se llevó también. Actualmente se dice que tiene una fábrica suya, no muy grande, en no sé qué parte del distrito de Perm, y que la ha establecido por el principio de asociación. Se puede asegurar que no se perderá. Hará su agujero. Es de los que tienen agudo el pico, y fuerte al mismo tiempo. Es listo, y sobre todo, no es un curandero repentino de las plagas sociales. Ya sabe usted cómo somos nosotros los rusos. Estamos esperando siempre que llegue algo ó alguien que nos ha de curar de golpe y porrazo, cicatrizar nuestras llagas, y para curarnos todas nuestras enfermedades como se arranca un diente corroído.

¿Quién será ese mágico prodigioso? ¿El darwinismo? ¿La *Commune* rural? ¿Arkhip Perepentief? ¿Una guerra extranjera?.... Poco importa: lo que hace falta es que se nos arranque el diente malo. En rigor, lo que todo esto quiere decir es pereza, falta de energía y de reflexión.

Pero Solomine no pertenece á este grupo; no arranca dientes.... es listo.

Machurina hizo un ademán que quería decir: «He ahí un enterrado».

—¿Y aquella joven—preguntó—cuyo nombre no recuerdo, y que había huído con *él*, con Nejdanof?

—¿Mariana? Se casó con Solomine. Más de un año hará que se casaron. Al principio, el matrimonio no fue más que

pura fórmula; pero actualmente parece que es verdadero. Sí.

Machurina hizo el mismo gesto que al hablar de Solomine.

En otro tiempo tuvo celos de Mariana porque amaba á Nejdanof. Ahora se indignaba porque su rival había hecho traición al recuerdo de su amado.

—¿Habrá ya un niño probablemente?—dijo con tono desdeñoso....

—Acaso.... yo no sé.... Pero ¿á dónde va usted?—preguntó Paklin viéndola coger el sombrero.—Espere usted. Snandulia va á traer el té en seguida.

Lo que Paklin deseaba no era tanto detener á Machurina, cuanto tener ocasión de desahogar todo lo que fermentaba sordamente en su alma. Desde su regreso á San Petersburgo apenas si veía gente, sobre todo jóvenes. Su historia con Nejdanof le había espantado y se había hecho muy prudente; huía de la sociedad, y por su parte los jóvenes le miraban de un modo sospechoso.

Hasta uno de ellos le había llamado en sus barbas «denunciador». En cuanto á los viejos, no sentía gran placer en verlos; de modo que se le pasaban semanas enteras sin que tuviese ocasión de decir una sola palabra.

Apenas si se comunicaba con su hermana; no porque la creyese incapaz de comprender, todo al contrario. La estimaba mucho. Pero con ella era forzoso hablar seriamente y con toda veracidad, y en cuanto él se ponía á hablar en broma, ella le miraba con cierta mirada atenta, no exenta de compasión, que le llenaba de vergüenza. Es preciso convenir en que no se puede hablar en broma cuando uno de dos interlocutores no gusta de ellas.

Todo esto hacía que la vida en San Petersburgo se hubiese hecho poco agradable para Paklin, y que pensase seriamente en transportar sus penates á otra parte..... á Moscú acaso.

En tanto, multitud de consideraciones, de reflexiones, de

pensamientos, de palabras picantes ó ingeniosas se juntaban, se almacenaban en él como el agua en la presa cerrada de un molino. Como no se podía levantar la compuerta, el agua se estancaba y corrompía. Machurina acababa de presentarse; la compuerta se había levantado, y la corriente de palabras corría y más corría.... Tuvo para todos, y habló de todo: de San Petersburgo, de la vida petersburguesa, de la Rusia entera. Ni á cosas ni á personas perdonó. Todo ello interesaba medianamente á Machurina; pero ni le respondía ni le interrumpía, y con esto Paklin tenía bastante.

—Sí,—decía—estamos en excelente situación: se lo aseguro á usted. En la sociedad, estancación completa; todo el mundo se aburre mortalmente. En literatura, vacío absoluto: tabla rasa. En crítica, si algún joven escritor progresista se propone decir que las gallinas tienen la facultad de poner huevos, escribirá veinte páginas para exponer tan profunda verdad, y aun no se habrá explicado á su gusto. En ciencia, ¡ah, ah! también tenemos entre nosotros á Kant, pero solamente en los cuellos de los ingenieros (1). En el arte ocurre lo mismo. Vaya usted al concierto de esta tarde, y oirá usted al cantor popular Agremetsky..... Ha obtenido triunfos colosales. Pues bien: si una carpa rellena pudiese cantar, una carpa rellena, bien gorda é insípida, cantaría precisamente lo mismo que ese señor.

Lo que no impide para que Skoropikine, ya sabe usted, nuestro gran Aristarco, le ponga por las nubes. No hay nada mejor, dice, que el arte occidental. Por lo demás, ensalza hasta el quinto cielo á nuestros pintores del Terror: «En otro tiempo—dice—fuí fanático por los italianos; pero he llegado á entender á Rossini, y he dicho: ¡eh, eh! ¡Puah!.... He visto á Rafael, y ¡eh, eh! ¡Puah!» Y nuestros jóvenes nada piden, se contentan con repetir ¡eh, eh! ¡Puah!.... imitando á Sko-

(1) Kant, en ruso, significa bordado. Los Cuerpos facultativos del ejército ruso ostentan bordados en los cuellos de los uniformes.

ropikine, y se quedan tan frescos. En tanto el pueblo sufre terriblemente, se va arruinando por los impuestos, y la única reforma que se ha llevado á cabo es que los paisanos usen casquetes y que las paisanas hayan recurrido á su antiguo peinado..... ¡y el hambre!..... ¡y la borrachera!..... ¡y los acaparadores!.....

Pero en este momento Machurina bostezó y Paklin comprendió que era conveniente variar de conversación.

—No me ha dicho usted aún—le preguntó—dónde ha pasado estos dos años, ni si hace mucho que ha regresado usted, ni lo que ha hecho, ni cómo ni por qué se ha transformado en condesa italiana....

—Nada de eso necesita saber usted..... Nada de ello es de su incumbencia.

Estas palabras pararon un poco á Paklin; mas tratando de ocultar su turbación, intentó sonreir.

—Como usted guste,—dijo.—Sé que á los ojos de la nueva generación estoy un poco rezagado. La verdad es que no figuro en las filas de los.....

No acabó la frase.

—He aquí á Snandulia que nos trae el té. Tomará usted una taza, y en tanto me escuchará. Acaso haya en mis palabras algo interesante para usted.

Machurina cogió la taza con una mano y un poco de azúcar en la otra, y se puso á tomar el té según la costumbre rusa, mascando pedacitos de azúcar.

De repente Paklin se echó á reir.

—Afortunadamente, la policía no está aquí,—dijo,—porque la condesa italiana..... ¿cómo dijo usted que se llamaba?

—Rocca di Santo Fiume—respondió Machurina con una gravedad imperturbable, tragando un sorbo de té hirviendo.

—Rocca di Santo Fiume—repitió Paklin—tomando el té á la rusa! He aquí una gran inverosimilitud. Sólo esto bastaría para despertar gravísimas sospechas.

—Algo de esto me ha sucedido en la frontera—dijo Ma-

chourina.—Había allí un individuo de uniforme, que no me dejaba en paz, haciéndome un montón de preguntas. Al cabo se me acabó la paciencia, y le dije: «¿Me quiere usted dejar tranquila?»

—¿En italiano?

—No; en ruso.

—¿Y qué hizo él?

—¿Qué hizo? Marcharse inmediatamente.

—¡Bravo!—gritó Paklin. — ¡Ah, qué condesa! Otra taza de té. He aquí una observación que deseaba hacer. Ha estado usted un poco severa con Solomine, y, ¿sabe usted lo que pienso? Los hombres como él son sinceros. No se les comprende; pero, créame usted, son sinceros y el porvenir les pertenece.

No son héroes, ni siquiera héroes del trabajo, de los cuales un festivo escritor, no sé si americano ó inglés, ha escrito un libro para la edificación de nosotros, pobres diablos; ellos son los individuos sólidos que salen del pueblo y no tienen color, ó son, mejor dicho, monocromos. Actualmente tenemos necesidad de ellos, solamente de ellos.

Fíjese usted un poco en Solomine: su espíritu es claro como el día, y es al mismo tiempo firme como un roble. ¡Gran milagro! Hasta ahora, en Rusia, ¿cuál era la regla? Eres un ser vivo, inteligente, consciente, pues eres por necesidad desgraciado. Mientras que Solomine tiene, de seguro, las mismas penas que nosotros, las mismas que las nuestras son sus preocupaciones; detesta lo que nosotros detestamos; pero sus nervios le dejan tranquilo, y su cuerpo obedece como al que le manda. ¡Oh, es un hombre que vale! Diga usted lo que quiera; pero es un hombre que tiene su ideal, que no hace frases, que es instruído y que ha salido del pueblo, que es sencillo y hábil al mismo tiempo. ¿Qué más hay que pedirle?

Y no me diga usted,—continuó Paklin, que cada vez se dejaba llevar más de su afán de hablar sin hacerse cargo de que Machurina no le prestaba atención, y que se había puesto á mirar para otra parte,—y no me diga usted que hay en-

tre nosotros toda clase de individuos: slavófilos, burócratas, generales, dobles ó sencillos como las violetas, epicúreos, imitadores y trastornados. He conocido, dicho sea entre paréntesis, una señora que se llamaba Febronia Ristchof, que de la noche á la mañana se hizo legitimista, y que aseguraba á cuantos querían oirla que, si después de muerta se abría su cuerpo, se encontraría trazado sobre su corazón el nombre de Enrique V. ¡En el corazón de Febronia Ristchof!...

No me diga usted nada de esto, mi respetable amiga; pero crea usted que nuestro único y verdadero camino es el que siguen las personas sencillas y hábiles... los Solomine, en una palabra... Acuérdese usted en qué momentos se lo digo... En el invierno de 1870, cuando Alemania se prepara á romper on Francia, en el momento en que...

—Sila,—dijo á su espalda la voz de Snandulia,—me parece que, enmedio de tus cálculos sobre el porvenir, te olvidas de nuestra religión y de su influencia. Además,—añadió con viveza,—la señora Machurina no te escucha. Harías mejor en ofrecerle una taza de té.

—¡Ah, sí!—dijo Paklin.—En efecto, ¿no deseaba usted?...

Pero Machurina, levantando lentamente sus ojos sombríos, le dijo con aire pensativo:

—Quisiera pedirle á usted, Paklin, si tenía usted algún escrito de Nejdanof ó un retrato.

—Su retrato... sí, y no está mal. En el cajón de la mesa. Voy á buscarlo en seguida.

Y se puso á registrar en el cajón. Snandulia se acercó á Machurina, la miró largo rato, y la estrechó la mano como á una compañera.

—Helo aquí; ya lo he encontrado,—dijo Paklin presentando el retrato á Machurina.

Esta, sin casi mirarlo, sin dar las gracias, toda sofocada, guardó la fotografía en el bolsillo, se puso el sombrero y se dirigió á la puerta. — ¿Se marcha usted? — le dijo Paklin.— Deme usted al menos sus señas.

—No tengo dirección fija.

—Ya entiendo; no quiere usted que yo la conozca. Dígame usted al menos si continúa á las órdenes de Basilio Nikolaievich.

—¿Qué le importa á usted?

—O de otro. ¿Acaso de Sidor Sidorovitch?

Machurina no respondió.

—¿Tal vez de uno anónimo?

Machurina desarrugó el entrecejo.

—Pudiera ser que de un anónimo.

La joven cerró la puerta detrás de ella.

Paklin permaneció largo tiempo inmóvil delante de aquella puerta cerrada.

—¡La Rusia anónima!—dijo al cabo.

Ivan Turgueneff.

FIN

ESTUDIO HISTÓRICO-CRITICO

SOBRE LA FÁBULA DEL PILOTO ALONSO SANCHEZ (*)

I

> Huelva fue la designada por la Providencia para unir su nombre para siempre con el del primer Almirante de las Indias, y unidos ambos constituyen el título más oportuno que pudiera elegir una sociedad local, que empieza cautivando la general simpatía con la cultura de su programa.
>
> (Artículo de D. Cesáreo Fernández Duro. —*Ilustración Española y Americana.*— Madrid, 30 de Julio de 1880.)

No ha menester la célebre ciudad de Huelva engalanarse con mentidas glorias, vestirse postizas y prestadas galas, ni lucir joyas falsas de histórico *doublé*, para alcanzar alto renombre entre las más famosas de la Península Ibérica. Situada en la fertilísima región de Tartessus, que fue lo primero que hombres acá moraron (1), rica por las abundantes producciones de su suelo, por la dulzura y benignidad de su clima, y más rica todavía por los minerales que la tierra de su comarca encierra en sus entrañas, ha sido desde los más remotos

(*) Este *Estudio* obtuvo el premio ofrecido por S. A. R. la Serma. Señora Infanta Doña María Isabel, en el certamen de la Sociedad Colombina Onubense.

(1) *Los quatro libros primeros de la Crónica general de España, que recopila el maestro Florián do Campo.....* En Zamora: Año MD.XLIII.— Por Juan Picardo.—in folio—letra gótica.— Lib. I.

tiempos objeto de codicia, centro de colonización y punto de morada de todos los pueblos que á las costas españolas arribaron, y á ello, sin duda alguna, deben su fundación muchas de las poblaciones del territorio. Las más antiguas memorias históricas hacen referencia de Tartessus, como de terreno fabulosamente abundante en metales preciosos: de allí extrajeron los fenicios, mil y quinientos años antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, aquellas increíbles cantidades de oro y de plata que llevaban en sus naves á Tiro y á Sidón, de lo cual facilitan hoy elocuente testimonio y concluyente prueba los grandes pozos de las minas que laborearon y que, á pesar de los adelantos de la moderna industria, se miran con asombro todavía; y natural era que para albergue de los infinitos auxiliares que necesitaban tan enormes trabajos, se multiplicasen en mucha extensión los centros habitables, en agrupaciones de más ó menos vecindario. Hace muy poco tiempo, en el año 1882, el docto correspondiente de la Real Academia de la Historia, D. Recaredo de Garay y Anduaga, sacó á luz las sepulturas de los mineros más antiguos de la antiquísima Tharsis (1).

No es aventurado, por tanto, el asegurar, como lo hacen varios autores, que la Onuba Estuaria mencionada por Estrabón frontera á la salida del Estrecho, era la moderna Huelva; y menos aún, que no era de fundación romana, sino fenicia, y muy antigua ya en el tiempo en que el historiador escribía.

Desde tan remoto origen datan los fastos de Huelva; y como las causas de su importancia subsisten permanentes, por ser hijas de su situación privilegiada, nunca han faltado sucesos memorables en su historia, pudiendo afirmarse, sin temor de errar, que tampoco faltarán en lo venidero.

Hubo de crecer en importancia la antiquísima Onuba

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia.* — Tomo II, pág. 392.

durante el largo período de la dominación romana, contribuyendo á ello la facilidad de sus comunicaciones por mar, la seguridad de su puerto, y también el pronto paso al interior que prestaban los dos ríos *Urium* y *Luxia* (Tinto y Odiel) que desembocan en su ría á corta distancia de la población.

Obras monumentales emprendieron allí los hijos del pueblo rey; notables edificios de su grandeza lo atestiguaban; mas, desgraciadamente, *de todo, apenas quedan las señales,* como de la cercana Itálica decía Rodrigo Caro.

Fortísimo debió ser el castillo, colocado en posición formidable y estratégica, aunque de la primera forma no resta cosa alguna, pues ensanchado, al parecer, su recinto durante la dominación musulmana, y tal vez destruído en las guerras de la Reconquista en el reinado de Don Alfonso X, fue reedificado mucho tiempo después por los Duques de Medina Sidonia, Señores de la villa, conforme á las necesidades de otra época y con arquitectura muy diferente.

De gran importancia era también el acueducto, que siguió abasteciendo de aguas á la población por espacio de siglos y cuyos restos acreditaban su magnificencia hasta hace pocos años, y aun pueden examinarse en algunos lugares de su antigua dirección, según afirman varios escritores (1).

Hacemos estas referencias de pasada y sólo con el propósito de que se comprenda la significación de la Onuba romana y lo numerosos que debieron de ser sus habitantes, pues obras de tal naturaleza no se emprendían sino en colonias ó municipios de gran consideración.

No escribimos la historia de la capital, recordamos tan sólo sus verdaderas grandezas; y no es pequeño indicio de su importancia que el Rey Sabio, que la recuperó del poder mahometano, la diera en dote á su hija menor Doña Beatriz, donación que envolvía sin duda tanta gravedad para la vigilancia

(1) *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, por D. Antonio Delgado.—Sevilla, A. Izquierdo, 1875.

de las costas y administración de aquel extremo de la Andalucía, que fue revocada por D. Sancho IV, no obstante el respeto que debía merecerle aquel acto solemne de D. Alfonso X, que tuvo tan noble causa como la de recompensar los sacrificios de su cariñosa hija durante las guerras que tanto amargaron los últimos años de su vida.

Noticias ciertas se conservan de la existencia de templos suntuosos dedicados á los dioses de la gentilidad en estas comarcas por sus primitivos moradores. Sobre las ruinas de uno de ellos, situado en lo alto de agradable colina, en solitario y aislado paraje, hubieron de labrar modesta ermita *(rábida)* algunos austeros monjes; y agregándose luego otros varios, movidos por la fama de sus virtudes, se levantó, andando el tiempo, el Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida (1), uno de los que mayor celebridad gozan en todo el mundo, el que atrae y atraerá siempre sobre la ciudad de Huelva y la humilde villa de Palos las miradas, la atención y el amor de todos los hombres, porque á sus puertas llegó un día cansado, fatigoso, y tal vez abatido por los desengaños y la necesidad, llevando de la mano á su pequeño hijo, el ser destinado por Dios á trastornar los axiomas de la ciencia, penetrar los arcanos de lo desconocido y entregar á la humanidad asombrada *las dos puntas del ceñidor* (2) que le permitieran visitar un nuevo hemisferio y dar la vuelta al mundo.

Desde el punto en que aquel extranjero recibió albergue y consuelos en el piadoso Monasterio, el nombre de Huelva quedó para siempre unido con el del primer Almirante de las In-

(1) *Colón y la Rábida,* por el P. Fray José Coll, franciscano; segunda edición.—Madrid. Imp. de los Huérfanos, 1892.

Bosquejo histórico de Niebla, por D. A. Delgado.—*Boletín de la Real Academia de la Historia,* tomo XVIII, pág. 484.

Huelva y la Rábida, por D. Braulio Santa María: 2.ª edición; 1878.

(2) *Colón y sus contemporáneos,* por D. José Echegaray.—*El Liberal.* Madrid 12 de Octubre de 1892.

dias. Huelva y Colón forman una sola gloria, un concierto armónico, que repiten las generaciones en todas las lenguas conocidas.

Huelva tiene su corona imperial en el Monasterio de la Rábida. ¿Cuál es el pueblo del mundo que puede ostentar otra semejante? ¿Qué nombre disfruta fama tan universal? Solamente Jerusalem, la ciudad santa que presenció la redención del hombre, supera en celebridad al pueblo donde se elaboró la revelación del Nuevo Mundo. El genio que concibió pensamiento tan extraordinario, como fue el de caminar á Occidente para llegar con más brevedad á los países de Oriente, encontró en Huelva monjes que apreciaran sus teorías y compañeros que le ayudaran osados en la ejecución de sus atrevidos proyectos. De Palos, de Huelva, de Moguer, fueron los nuevos argonautas de la Edad Moderna; de allí salieron las incomparables carabelas... ¿Puede haber otra que obscurezca aquella gloria?

El conservarla, el aumentar su esplendor y cantarla siempre, sin permitir que sombra alguna venga á empañar su brillo, que las nubes de la emulación puedan disminuirlo, es el timbre glorioso que las generaciones de los heroicos descubridores legaron á los presentes onubenses.

No tiene que ufanarse Huelva de haber sido cuna de un pobre marinero que por casualidad tocara en tierras ignoradas; fue la protectora, la compañera del sabio que, guiado por la ciencia y por la fe, atravesó los mares, y merece las coronas con que al genio premia la humanidad agradecida.

II

De todas las novelas inventadas por cuantos han pretendido empequeñecer la gloria de Colón, ninguna que tenga un carácter de falsedad más evidente que la de Alonso Sanchez.
(Pinheiro Chagas. — *Supuestos precursores de Colón.*—EL CENTENARIO, núms. X y XVII.)

Alonso Sánchez de Huelva no ha existido. Ni como hombre, ni como navegante, ni por náufrago, ni por concepto alguno se encuentra mencionado su nombre entre los de su época, ni se le ve citado en ninguno de los sucesos contemporáneos. No hay libro, papel ni documento conocido que de él se ocupe; y este aserto, que nadie osará desmentir, basta por sí solo para quitar toda fuerza á las suspicacias del ingenio y á las fantasías de la cavilación.

Es el tal piloto un ser fantástico; reproducción de un mito que halla cabida siempre al lado de todas las grandes invenciones; emblema triste de la candidez humana. Flavio Giogia no inventó la brújula, que de tiempo muy atrás era conocida; no fue de Guttenberg el pensamiento de la imprenta, usada desde remotos siglos en la China; el vapor se puso á contribución por Blasco de Garay hace trescientos años, y la aplicación de la electricidad tampoco es original de nuestros días..... Repetición de la misma idea es la fábula del piloto náufrago; á todos los descubrimientos sigue la envidia, como al cuerpo bañado de luz sigue la sombra.

Las citas pudieran multiplicarse con harta facilidad, pero nos limitaremos al tema propuesto, y solamente procuraremos exponer con precisión y claridad, en cuanto de nosotros dependa, el fundamento y verosimilitud de las narraciones

que consideran al navegante Alonso Sánchez de Huelva como precursor de Colón en el Nuevo Mundo.

Hay puntos de vista generales, reflexiones previas que disponen el ánimo y le colocan en situación de juzgar con verdad, con acierto, todos los pormenores objeto del debate.

Ya hemos dicho que el nombre de Alonso Sánchez no aparece en documento alguno anterior ni posterior á la época de los descubrimientos; ni como piloto suena, ni en suceso alguno interviene. Tan ignorada es su patria como su nacimiento y su muerte.

Pero en otro orden de inducción se presenta argumento no menos grave. Ni en Portugal ni en España, en los muchos pasos que dió para alcanzar de los Reyes que protegieran sus proyectos, dijo nunca Cristobal Colón que iba á buscar tierras nuevas, que pensaba descubrir islas ricas y desconocidas. Quería alcanzar el extremo de los países orientales caminando hacia Occidente; encontrar por nueva vía las maravillosas ciudades descritas por Marco Polo, el Catay (la China), la hermosa isla de Cipango (el Japón); llevado de la equivocada idea de que la India se extendía mucho más de lo que hasta entonces habían visto los viajeros. Quería ir á la residencia del Gran Kan, y así lo demostró llevando cartas de los Reyes Católicos para aquél *Rey de Reyes*, las que quiso enviarle en varias ocasiones y señaladamente después de su desembarco en la isla de Cuba (1). Quería conducir á los españoles á las ciudades que tenían puentes marmóreos con numerosas columnas, á la fabulosa Kinsay, la de los edificios de cristal y tejas de plata, que Martín Alonso Pinzón prometía á los vecinos de Palos para animarlos á embarcarse en las carabelas (2).

(1) Véanse en el *Diario de navegación* del primer viaje, los apuntes de los días martes 30 de Octubre y viernes 2 de Noviembre.

(2) Declaración de Fernán Yáñez de Montilla.—*Memorias de la Real Academia de la Historia*, Tomo X, pág. 255.—*Colón y Pinzón*, por D. Cesáreo Fernandez Duro.

A ciuitate vlixiponis per occidentem in directo sunt. 26. spatia in carta signata quorum quodlibet habet miliaria. 250. usque ad nobilisimam et maximam ciuitatem quinsay, circuit enim centum miliaria et habet pontes decem et nomem eius sonat. cita del cielo. ciuitas celi et multa miranda de ea narrantur..... (1). Esto decía el físico Paulo Toscanelli al marino español, y esas riquezas eran las que Colón proponía que vinieran á España por camino más corto y fácil que todos los entonces conocidos.

Mal podría haber recibido confidencias de que existían al Occidente islas de maravillosa vegetación y ricos productos, cuando nunca habló de ir á descubrirlas; y eso que cada día salían expediciones de los pueblos de la costa, encaminándose á las renombradas de San Brandrán, de las Siete Ciudades y otras, que como ilusiones de miraje se creía ver á cada paso al Oeste de las Canarias, de las Azores y de Madera, y que nunca llegaron á encontrarse.

Mas los que quitan toda clase de fundamento á esta fábula, son los libros de estudio de Cristóbal Colón, que, por fortuna, se conservan en la Biblioteca Colombina, creación de su doctísimo hijo D. Fernando, y cuyas notas marginales, puestas hoy al alcance de todos por copias fotográficas (2), demuestran claramente la fijeza del pensamiento del sabio, su constancia en buscar comprobantes en justificación de sus teorías, y son bastante prueba para destruir los errores, luz radiante que basta para iluminar los entendimientos más obcecados. La teoría de Colón era científica, no hija de la casualidad.

---

(1) «Desde la ciudad de Lisboa por Occidente, vía recta, hay 26 espa»cios en la carta adjunta, de los cuales cada uno tiene 250 millas, hasta la »nobilísima y gran ciudad de Quinsay, que tiene cien millas de circuito »y diez puentes, y su nombre significa *cita del cielo,* ciudad del cielo, y »de ella se cuentan cosas admirables...»

(2) *Raccolta di documenti e studi* pubblicati dalla R. Commisione pel quarto centenario dalla scoperta dell'America.—Roma, 1893; parte prima, vol. terzo.

Y aun todavía robustece la convicción, llevándola al terreno de la evidencia, el conocimiento de la consulta que el ilustre genovés dirigió al sabio astrónomo de Florencia Pablo del Pozzo Toscanelli, cuya respuesta dejamos citada. Patentiza, como las anotaciones puestas en los libros de Aliaco, de Eneas Silvio, de Plinio y otros, la preocupación científica, la existencia de una idea para la que se buscaban fundamentos; pero dice mucho más, pues aclara que el pensamiento de Colón bullía y tomaba cuerpo en su cerebro tiempo antes de que pudiera existir la noticia que se supone comunicada por el fantástico piloto.

Los únicos autores que señalan fecha al viaje de Alonso Sánchez son, si mal no recordamos, Gaspar Fructuoso, que escribía un siglo después, por los años de 1590, y dice que sucedió en 1486 (1), y el Inca Garcilaso de la Vega, que la retrasa un poco más, exponiendo (2) que fue «cerca del año de »mil y quatrocientos y ochenta y quatro, uno más ó menos.» Y basta fijar la consideración en que la carta de Toscanelli está escrita en el año 1474 y remitida á Colón en el siguiente, según toda probabilidad, para asegurar que no puede ser origen y causa de los viajes del Almirante la confidencia que le hiciera el piloto.—Este es un dato por sí solo decisivo, y que no hubieron de tener en cuenta los detractores del descubridor que echaron á volar el cuento.

Error grave, preocupación inconcebible, ceguedad completa es necesaria para asentar que muchos de los sucesos de Alonso Sánchez son más ciertos históricamente que otros ad-

---

(1) *Saudades da terra*, pelo Doutor Gaspar Fructuoso.—Manuscripto do seculo XVI, annotado por Alvaro Rodrigues Azevedo.—Tipp. Funchalense, 1873.

(2) *Primera parte de los Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas*..... En Lisboa, por Pedro Crasbeeck, año 1609; libro 1.º, capítulo III.—La segunda parte fue impresa en Córdoba en 1617.

mitidos en la vida de Cristóbal Colón, sin documentos que los justifiquen. La diferencia no puede ser más palmaria. De la existencia de Colón, como de la de Anibal y la de Leónidas, por ejemplo, hay pruebas evidentes; son muchos los hechos de sus vidas, conocidos de una manera indudable; y posible y lícito es, por lógicas consecuencias, deducir algún complemento en consonancia con lo historiado. De lo conocido se puede desprender algo desconocido, á lo menos con caracteres de probabilidad.

Lo propio sucede con Leif, hijo de Eric *el rojo,* cuyos viajes se narran en las sagas islandesas. Es un personaje histórico; quedan noticias de sus vicisitudes, de los países á que llegó, y no parece violento conjeturar si pudieron ser las costas del Markland y del Labrador.

Pero es que Alonso Sánchez no existió, que no puede justificarse de manera alguna que anduviera jamás entre los vivientes, y, por consiguiente, no cabe atribuirle hechos dudosos, siendo un personaje imaginario. Faltando la figura es imposible ponerle adornos falsos ni verdaderos.

Dejemos ya á un lado consideraciones generales, aunque otras muchas se ocurren y no menos concluyentes por cierto, y veamos la fábula desde su principio.

Años de penosa labor pasó Colón en las costas de Portugal y de España. A veces se le acogía con agrado, otras se le postergaba á las atenciones de la guerra. Oyeron sus explicaciones los hombres más ilustrados de ambas naciones, los astrónomos, los peritos en las cosas tocantes á la navegación, y los juicios fueron muy varios; tuvo protectores, y experimentó contradicciones. Pudo, al cabo, presentarse en la villa de Palos, llevando las capitulaciones firmadas por los Reyes, y embargar las dos carabelas con que aquellos vecinos estaban obligados á servir al Estado durante algún tiempo. Tenía ya autorización de los Soberanos y tenía barcos; pero no tuvo marineros. Desertaron de las carabelas cuantos hombres las tripulaban, y ni por ruegos, ni por promesas, ni por amenazas

hubo uno solo que se prestara á emprender aquel viaje. Por los buenos oficios de los monjes de la Rábida entraron en la empresa los valerosos y entendidos hermanos Pinzón, y dedicóse Martín Alonso, según consta de manera indudable (1), á reclutar gente que les acompañase, ofreciendo crecido salario y diciendo á todos que, al fin de aquella jornada, *habían de fallar las casas con tejas de oro*, y volverían ricos y con mucha ventura.

Ni entre los hombres de ciencia en la corte, ni entre los marineros en los pueblos de la costa, se indicó siquiera la noticia de que alguna vez se hubiera visto tierra al Occidente; ni como medio de acallar temores y facilitar el enganche de tripulantes se acudió, aun cuando fuera como falaz argumento, á decir á los indecisos que alguien había ya ido y vuelto. ¿Puede darse demostración más evidente de que tal idea no existía?

Y el argumento cabe esforzarlo mucho más acudiendo siempre á documentos indubitados. No indicaron, en efecto, los hombres escogidos para examinar en Córdoba las teorías de Colón, ni los ilustres varones que en las conferencias de Salamanca tomaron parte, nada que hiciese vislumbrar que había habido *más de una expedición ó aventura desgraciada anterior á la empresa* (2), ni los expertos y audaces marinos de Palos de Moguer y de otros pueblos podían saberlo, aunque hablaran de tierras que *creían ver* al Occidente. Pero la convicción se aumenta, y llega al grado de evidencia, al ver que los Reyes Católicos tampoco tuvieron noticia de semejantes *expediciones ó aventuras*. En carta que dirigieron al Almirante desde Segovia, con fecha 16 de Agosto de 1494, cuyo original se conserva en el archivo de los duques de Veragua, y ha dado á la imprenta D. Martín Fernández de Navarre-

(1) Declaración de Fernán Yañez de Montilla (Véase loc. cit.)

(2) Informe de D. Cesáreo Fernández Duro. — *Boletín de la R. A. de la Historia.*—Tomo XXI, pág. 46.

te (1), después de felicitarle por lo que con el descubrimiento se acrecentaría la santa fe católica, le dicen: «y una de las »principales cosas porque esto nos ha placido tanto, es por ser »*inventada, principiada é habida* por vuestra mano, trabajo ó »industria», expresando clarísimamente que antes no se había hablado de tal cosa.

Leyendo seguidamente las declaraciones de los vecinos de Palos, que conocieron á Cristobal Colón en época anterior á su primer viaje, cuyo examen es hoy facilísimo merced al trabajo de D. Cesáreo Fernández Duro en los dos tomos publicados de los *Pleitos de Colón* (2), se encuentra confirmada la falsedad de la fábula de Alonso Sánchez. Declaran en ellos muchos que formaron parte de las tripulaciones, otros parientes de aquéllos y que vieron partir y volver las carabelas, y todos dicen que *saben que el Almirante D. Cristobal Colón descubrió las Indias primero que otra persona ninguna las descubriese;* siendo aún más explícito el maestre Juan Bermúdez (3), que expresó: «vido partir de Castilla al dicho Almi»rante D. Cristoval Colón con tres navíos á descubrir las »Indias, *las cuales ninguno habia descubierto hasta entonces,* »*ni venido en aquella demanda*».

Igual afirmación hizo pocos años más adelante el doctísimo maestro Pedro de Medina, tan autorizado en todo lo tocante á navegación. Su obra titulada *Libro de grandezas y cosas memorables de España* (4), aunque impresos en el año 1549, le ocupó muchos antes de preparación y estudio. Conocía el

(1) *Colección de viajes y descubrimientos.....* — Tomo II. Doc., número LXXIX.

(2) *Colección de documentos inéditos.....*—Segunda serie, publicada por la R. A. de la Historia.—Tomos 7 y 8.—*Pleitos de Colón.*

(3) *Pleitos de Colón.*—Tomo II, pág. 66.

(4) *Libro de grandezas y cosas memorables de España. Agora de nuevo fecho y recopilado* por el maestro Pedro de Medina, vecino de Sevilla. Impreso en Sevilla en casa de Dominico Robertis, año M.D.XLIX. —fol. 62 vto.

maestro Medina todos los puertos de España, sabía sus costumbres, y era muy respetada su opinión entre los hombres de mar; por eso es muy digno de fijar la atención el concepto que estampa en el capítulo 57, donde trata *de la villa y puerto de Palos, del muy notable camino que della hizieron por mar ciertos navegantes;* diciendo que el valeroso y memorable *don Christoval Colón* partió con tres carabelas, y continuando su camino por el gran mar Océano, anduvo muchos días: «de la »qual navegación y camino que hizo, *ninguna noticia ni uso »de caminar a aquella parte entonces en los hombres de ningu- »na nacion habia*». Estas son afirmaciones concretas de varones doctos y no vagas hipótesis.

Y cierra con llave de oro todo lo expuesto, la declaración del venerable consejero de los Reyes, el Dr. Rodrigo Maldonado (1), anciano de más de ochenta y cuatro años, que con noble franqueza, dijo: «que este testigo, con el Prior del Pra- »do que a la sazon hera, que despues fue Arçobispo de Gra- »nada (Fr. Hernando de Talavera) e con otros sabios e letra- »dos e marineros, platicaron con el dicho almirante sobre su »hida a las dichas yslas e *que todos ellos concordaron que hera »ynposible ser verdad lo que el dicho almyrante decya,* e que »contra el parecer de los mas dellos porfió el dicho almirante »de yr el dicho viaje e sus altezas le mandasen librar cierta »cantidad de maravedis e asentaron ciertas capitulaciones con »el en lo qual todo supo este testigo *como uno de los del con- »sejo de sus altezas*, e que asy partió el dicho almirante a des- »cobrir las dichas yslas e plugo a nuestro Señor que *acertó en »lo que decia* e que este deponiente tiene por cierto que sy el »dicho almirante non porfiara de yr *que estobieran fasta oy sin »hallar e descobrir.....*»

Cual rumor nacido de la ignorancia, tal vez se lanzara esa suposición después del regreso del Almirante y como sospecha que pudiera desprestigiarle algún tanto. Mas no llegó á pre-

(1) *Pleitos de Colón.*—Tomo II, pág. 101.

sentarse de una manera clara hasta que hubieron transcurrido muchos años de la muerte de Colón, cuando su primogénito D. Diego entabló reclamaciones para que la Corona cumpliese los pactos que había firmado con su padre. El Fiscal del Rey emprendió entonces un camino tortuoso y equivocado, y en lugar de sostener con franqueza que las capitulaciones de Santa Fe adolecían de vicios de nulidad, que su cumplimiento resultaba imposible, acudió á terreno más falso, quiso despojar á Cristobal Colón de la gloria de su descubrimiento é hizo el desairado papel que todavía es objeto de amargas censuras. Por entonces, también, aparecieron muchas falsedades que pudieron comprobarse; entonces fue cuando, contestando á preguntas del peregrino interrogatorio por el Fiscal, dijeron algunos testigos que en la villa de Palos hablaba Colón con un *Pero Vázquez de la Frontera,* que había ido una vez con el Infante de Portugal á hacer el descubrimiento, y animaba á las gentes *e les decía publicamente que todos fuessen* á aquel viaje, que habían de hallar tierra muy rica (1).

Esto ocurría ya en el año de 1535, y en aquella parcial información promovida por el Fiscal y ayudada por el hijo de Martín Alonso Pinzón, y puede verse cuán exigua era la noticia, y que aun suponiendo cierto lo dicho por los testigos, se referían á un marinero que había ido en expedición salida de Portugal, y ni por sueños se habla del imaginario Alonso Sánchez. Lo que se desprende claramente de esas declaraciones y de lo que mencionaba Colón con respecto á datos que le comunicaran un marinero tuerto en el Puerto de Santa María, y otro llamado Pedro Velasco Gallego, en Murcia, que tal vez sería el mismo Vázquez, según escribe el Padre Las Casas (2), es que todas ellas se refieren á los muchos viajes que con licen-

(1) *Declaraciones* de Alonso Vélez, Fernando Valiente y Alonso Gallego.—*Memorias de la R. Acad. de la H.*, tomo X, págs. 234, 253 y 260.

(2) *Historia de las Indias,* lib. I, cap. XIII.

cia de los Reyes de Portugal se emprendían en demanda de las soñadas islas de San Brandrán y de las Siete Ciudades.

Las expediciones fueron varias, y de ellas se conservan exactos pormenores; mas, como puede suponerse, nunca dieron resultado alguno.

Y nótese que no era el vulgo ignorante el que tales ilusiones alimentaba. Los habitantes de las islas Canarias sostuvieron con gran tesón, mucho tiempo antes y después de los descubrimientos de Cristobal Colón, y así lo consigna D. José Viera y Clavijo en su historia (1), que al Occidente de aquéllas se creía ver una isla de gran extensión en la que se señalaban altísimas montañas; y á pesar de que muchas veces se armaron barcos para pasar á ella y regresaron sin haberla encontrado, después de navegar hasta ciento cincuenta leguas, jamás dejaron de porfiar en su existencia.

Es muy notable á este propósito lo que refiere el historiador Antonio de Herrera en la primera de sus *Décadas* (2): «Vicente Díaz—escribe—piloto portugués, vecino de Tavira, »viniendo de Guinea en el paraje de la isla de Madera, dijo »que le pareció de ver una isla que mostraba ser verdadera »tierra, y que descubrió el secreto á un mercader ginovés su »amigo, á quien persuadió que armase para el descubrimien»to; y que habida licencia del Rey de Portugal..... armó un »navío, y salió dos ó tres veces más de ciento y tantas leguas, »y *jamás halló nada.*»

A estas infructuosas expediciones se referían los datos de los marineros mencionados por el Padre Las Casas y por don Fernando Colón (3), como anotados en papeles del Almirante;

(1 *Noticias de la historia general de las Islas Canarias.* — Madrid, Blas Román, 1772-74, cuatro tomos en 4.°

(2) *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano.*—Madrid, Juan Flamenco, , 1601, dos vols. con cuatro *Décadas.*—Juan de la Cuesta, 1615, dos vols. con otras cuatro.

(3) *Historia de las Indias*, loc. cit.

Historie del Signor Don Fernando Colombo.—Venecia, 1571.

todos hablan de viajes emprendidos desde las costas portuguesas, y forman parte del conjunto de indicios más ó menos directos y vehementes que reunió Cristobal Colón en apoyo de su teoría para persuadir á los incrédulos.

III

«La hipótesis de Colón reposaba sobre fundamentos mucho más sólidos que la mera creencia popular. En efecto, lo que en el vulgo era credulidad y en las personas ilustradas pura especulación, en su espíritu llegó á ser una convicción profunda y demostrada que le llevaba á arriesgar su vida y su fortuna al éxito del experimento.»

(WILLIAM H. PRESCOTT.—*Historia del reinado de los Reyes Católicos.* Parte I., capítulo XVI.)

Si preparado el ánimo con tales antecedentes, teniendo sabido que en vida del Almirante nadie dijo ni sospechó la existencia, viaje y muerte del piloto Alonso Sánchez, pasamos al examen de los historiadores de Indias, veremos cómo nació, creció y se fue propagando la fábula, sin documento alguno que la justificara.

Fray Bartolomé de las Casas, que tuvo trato íntimo con muchos de los que fueron en el primer viaje de descubrimiento y con Cristobal Colón y con sus hijos, consultando multitud de los escritos, cartas y mapas trazados por aquél, consagra los primeros capítulos de su importantísima *Historia de las Indias* á exponer las razones científicas y naturales, las autoridades y citas de la Escritura Sagrada, Santos Padres y antiguos autores y los indicios y señales que recogiera el célebre marino que pudieran moverle para intentar su empresa.

Después de consignar cuanto acerca de esto encontró en los papeles de Cristobal Colón y en el libro de su hijo D. Fernando, hace mérito en el último lugar de las hablillas que corrían

en la isla Española, cuando á ella llegó el autor, sobre un piloto *portugués* que había sido llevado á aquellas playas, y al volver á la isla de Madera comunicó á Colón cuanto le había acontecido. Mas como el Padre las Casas tenía bien conocidas las muchas razones de ciencia que había reunido aquél, y hasta los libros que había estudiado en comprobación de sus cálculos, concluye de este modo (1): «Pero en la verdad, como tan»tos y tales argumentos y testimonios y razones naturales »oviese, como arriba hemos referido, que le pudieron con efi»cacia mover, y *muchos menos de los dichos fuesen bastantes*, »bien podemos pasar por esto y creerlo ó dejarlo de creer.»

Parécenos que no se alegará el texto citado como prueba de la existencia de Alonso Sánchez.

Y justamente en ese mismo lugar secundario, casi insignificante, coloca la crítica contemporánea todos los indicios, datos y noticias que pudieron allegarse antes del viaje sobre la existencia de tierras en el Océano. Colón se fundaba en cálculos científicos, en autoridades de geógrafos que consideraban el volumen de nuestro globo mucho menor de lo que es en realidad, según resulta de las frases de Toscanelli que anteriormente dejamos copiadas; y de esa base partía para intentar llegar al Oriente caminando hacia Occidente. En apoyo de sus proyectos, y más para persuadir á los demás que para su propia convicción, que ya estaba formada, recogía y anotaba cuanto le contaron del hallazgo de extraños cadáveres arrojados por la tempestad en las playas de las Azores, las cañas de grandes dimensiones y de clase desconocida halladas en la isla de Madera, las noticias que propalaban los marineros que habían salido en busca de tierras imaginarias, que otros creían haber visto y que nunca se tocaban. Todo lo reunía el estudioso marino, de todo formaba su caudal de argumentos. La teoría era suya, exclusivamente suya, hija de su inteligencia, original y nueva; los comprobantes venían de todas partes y

(1) Las Casas, loc. cit.

cada uno ocupaba su lugar. No pudo allegarse dato alguno por Alonso Sánchez, porque no existió. Las noticias comunicadas por otros marineros eran tomadas en cuenta por Colón, que á todos los cita por sus nombres, según hemos visto.

En aquel mismo año de 1535, y en tanto que se publicaba la información á que nos hemos referido, salió á luz en Sevilla, de las renombradas prensas de Juan Cromberger, la *Primera parte de la Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar oceano, escripta por el Capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdes*. Gozó entonces la obra merecido crédito, y aún lo conserva, pues Oviedo tuvo presentes abundantes documentos y papeles de la época; y aunque en muchas ocasiones aparece poco amigo de Colón, y menos todavía de sus hermanos, hace justicia á los altísimos merecimientos del descubridor, que para él son tales, que al hablar de su muerte exclama: «¡Plegue á Dios de le tener en su glo»ria!..... porque demás de lo que sirvió á los Reyes de Castilla, »mucho es lo que todos los españoles le deben (1).»

En su libro, sin embargo, dió cabida á la fábula del piloto muerto en la casa de Colón, aunque diciendo: «*pero aquesta novela assí anda por el mundo entre la vulgar gente..... Para mí* YO LO TENGO POR FALSO.» Fue la primera vez que apareció semejante narración, y salió con el correctivo de que el propio historiador la daba como hablilla y curiosidad, TENIÉNDOLA POR FALSA.

Vamos á insertar, no obstante, lo que, recogido del vulgo, escribió Fernández de Oviedo, para que, cotejándolo con los que vinieron luego, se aprenda de qué modo, de aquello que nada era, se fue formando una novela, añadiendo cada autor, arbitrariamente y á su antojo, detalles hijos de su ingenio, pues ninguno indica el fundamento de sus adiciones.

---

(1) *Historia general y natural de las Indias.*—Madrid. Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851; cuatro tomos en folio.—Lib.

«Unos dicen—escribe el historiador—que este maestre ó piloto era andaluz; otros le hacen portugués; otros vizcaíno; otros dicen que Colón estaba entonces en la isla de la Madera, é otros quieren decir en las de Cabo Verde, y que allí aportó la carabela que he dicho, y él ovo, por esta forma, noticia desta tierra. Que esto passase assí ó no, *ninguno con verdad lo puede afirmar;* pero aquesta novela assí anda por el mundo, entre la vulgar gente de la manera que es dicho. *Para mí yo lo tengo por falso,* y, como dice el Augustino, mejor es dudar en lo que no sabemos que porfiar en lo que no está determinado.» (1). No se necesita comentario; aquí nada encontrarán tampoco los patrocinadores de la conseja, si no es algo que, por su vaguedad, sea contrario á sus intentos.

Estaba casi al cumplirse el primer centenario del descubrimiento, cuando volvió á aparecer en libro impreso el cuento de un piloto que, *sin haber memoria de cómo se llamaba, ni de dónde era, ni qué año las halló*, había descubierto las Indias, llevado de *un viento tan forzoso de Levante y tan continuo,* dice textualmente Francisco López Gómara (2), y añade, *que de su naturaleza y viajes ninguno afirma nada,* solamente concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Colón. «El todo de la acusación descansa en el dicho de Gómara—escribe Washington Irving (3),—siendo de notar que entre los historiadores goza fama de inexacto y demasiado crédulo en admitir cosas sin fundamento.»

Y, en efecto, el Consejo de Indias mandó recoger el libro

(1) Oviedo,—Lib. II, cap. 2.°, pág. 13.

(2) *Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias,* por Francisco López Gómara.—Zaragoza, 1552. (B.ª de Autores Españoles, tomo XXII, pág. 165.)

(3) *Vida y viajes de Cristóbal Colón,* escrita en inglés por el caballero Washington Irving, y traducida al castellano por D. José García de Villalta.—Madrid, José Palacios, 1834. Cuatro tomos en 8.° (Tomo IV, apéndice núm. 11.)

de Gómara, penando en 2.000 maravedises á quien de allí en adelante lo imprimiera, *por ser historia libre*, según el cronista Antonio de León Pinelo (1). *Los errores en que incurrió son frecuentes y de mucha monta,* afirma Mr. William Ticknor (2), y el historiador D. Juan Bautista Muñoz, más explícito todavía, juzga *que dió crédito á patrañas, no sólo falsas, sino inverosímiles* (3).

Hemos hecho estas citas para que á primera vista se aprecie lo que vale el origen de ese cuento. Documento ninguno, el dicho de tal escritor por única base, porque no le puso, como Oviedo, la nota de falsedad.

En otras dos obras escritas ya al finalizar el siglo XVI se vuelve á recordar la misma especie. En el año 1589 publicó el Padre Josef Acosta su libro *De natura novi orbis, libri duo*, que salió á luz en Salamanca de las prensas de Guillermo Foquel, hoy extremadamente raro, y al año siguiente se imprimió de nuevo en Sevilla por Juan de León, traducido en castellano y aumentado con otros cinco libros, bajo el título de *Historia natural y moral de las Indias.* En aquel año mismo escribía el Dr. Gaspar Fructuoso la obra que llamó *Saudades da terra.—Historia das ilhas de Porto-Santo e Madeira,* que ha permanecido inédita hasta el año 1873, que se dió á la estampa en Funchal. Ninguno de estos escritores añade detalle alguno al relato de Gómara, debiendo notarse únicamente que Fructuoso, que vivía y trabajaba en la isla de Madera, al

---

(1) *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental Náutica y Geográfica,* por el licenciado Antonio de León Pinelo.—Madrid, Juan González, 1629.

(2) *Historia de la literatura española,* por Mr. W. Ticknor, traducida al castellano por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique Vedia.—Madrid, M. Rivadeneyra, 1851. (Cuatro tomos en 8.° Tomo II, pág. 117.)

(3) *Historia del Nuevo Mundo.* Escribióla D. Juan B. Muñoz. Tomo I (único publicado).—Madrid, Viuda de Ibarra, 1793. (Un tomo en 4.° Prólogo, pág. 18.)

hablar del supuesto naufragio del piloto, dice sin vacilar: «*cujo nome se naon sabe nem de que naçaon era*».

Y se llega, por orden de fechas, al más conocido propalador de la novela, al que la adornó á su arbitrio con pormenores y nombres que antes no tenía, sin decir de dónde había adquirido tales datos y sin poner tampoco el correctivo de que era falsa, como lo había hecho Oviedo.

Mucho más de un siglo después de la muerte de Cristóbal Colón, y cuando más desacreditada podía considerarse aquella infundada narración, en el año 1609, se publicó en Lisboa, impresa por Pedro Crasbeeck, la *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú*..... escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, y en el principio de la obra, al comenzar el cap. 3.° del lib. I, aparece lo que sigue: «Cerca del año mil y quatrocientos y ochenta y cuatro, uno más ó menos, un piloto natural de la villa de Huelva en el Condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez de Huelva, tenía un navío pequeño con el qual contrataba por la mar, y llevaba de España á las Canarias algunas mercaderías que allí se le vendían bien, y de las Canarias cargaba los frutos de aquellas islas y los llevaba á la isla de la Madera, y de allí se volvía á España cargado de azúcar y conservas.»

Tantas circunstancias y detalles debían constar en algún documento; pero ni el Inca indicó siquiera dónde los había consultado, ni de entonces acá se ha encontrado papel alguno que refiera esos actos de comercio ni nada relativo á semejante piloto; el que se manifieste dispuesto á creerlos ha de satisfacerse con el simple dicho de aquel historiador. Y conviene recordar que ya en su tiempo hubo autor muy concienzudo que le acusó de ligero. D. Juan Solórzano Pereira, decía en 1648 (1): «Que yo sepa, no tuvo fundamento alguno para es-

(1) *Política indiana*, por D. Juan de Solórzano Pereira.—Madrid, 1648.—Tomo I.

»tampar el nombre de Alonso Sanchez». «*Nullo, quod sciam,* »*fundamento ducto Alphonsum Sanchez nominatum scribit*».

»..... atravesando de las Canarias á la isla de la Madera, le »dió un temporal tan recio y tempestuoso, que no pudiendo »resistirle se dejó llevar de la tormenta, y corrió veinte y ocho »ó veinte y nueve dias *sin saber por donde ni adonde*, porque »en todo este tiempo no pudo tomar el altura por el Sol ni »por el Norte.....»

A primera vista se comprende la importancia y exactitud de los datos que pudiera suministrar el que no logró ni aun conocer la dirección en que el huracán lo arrastraba. Pero lo que sigue en el texto del Inca es, si cabe, más notable todavía.

«Padescieron los del navio grandísimo trabajo en la tor»menta, porque ni les dexaba comer ni dormir: al cabo deste »largo tiempo se aplacó el viento, y se hallaron cerca de una »isla, *no se sabe de cierto qual fué*, mas de que *se sospecha* que »fué la que ahora llaman Sancto Domingo..... El Piloto saltó »en tierra, tomó el altura y *escribió por menudo* todo lo que »vió y lo que le sucedió por la mar *á ida y á vuelta;* y habien»do tomado agua y leña *se volvió á tiento sin saber el viaje* »*tampoco á la venida como á la ida.....*»

Es tan larga la cita, y tales los despropósitos que encierra la narración de Garcilaso, que no creemos necesario prolongarla, pues en su mismo contexto lleva envuelta la refutación, y cualquier lector escrupuloso puede hacerla á una rápida ojeada. El piloto saltó en tierra, en aquella isla que *se sospecha* era la Española, aunque sin que sepamos por qué motivo, y escribió muy sosegadamente *lo que le sucedió á la ida y á la vuelta;* cosa rara en verdad cuando aún no podía saber si volvería, y más cuando el propio autor consigna que fue arrastrado *sin saber por dónde ni adónde y volvió á tiento* y en igual ignorancia. ¿Qué fue, pues, lo que escribió?

De gran calibre son las inverosimilitudes que comprende el relato del Inca, y de tal naturaleza, que serían infinitos los

argumentos que en su contra podrían aducirse. Prescindiendo del lado ridículo del asunto, nos limitaremos á una sola consideración, que es muy seria y de innegable importancia. *Si no parece baladí la historia del piloto*, si pudo éste comunicar á Colón la situación de longitud y latitud que ocupaba la isla, que *se sospecha* era Santo Domingo, ¿cómo es que antes de llegar á aquellos parajes faltó el ánimo al Almirante, según otra suposición de sus detractores, y sólo continuó porque Martín Alonso Pinzón dijo «¡adelante!»? Esperamos la explicación, que no se dará, ciertamente. Pero no queremos dejar este extremo sin anticipar una observación que no debe omitirse. Los mismos *hombres de ciencia,* que no encuentran baladíes la historia del piloto náufrago y las manifestaciones del Inca Garcilaso, sostienen con razón, como luego indicaremos, que ni en el terreno teórico ni en el práctico pueden admitirse como verdad tormentas que duren meses, ni el efecto de que arrastren embarcaciones por innumerables días en una dirección constante; y ese absurdo es una de las bases de la leyenda.

Pues en estos fundamentos se ha ido apoyando la novela de Alonso Sánchez, tan novela y tan inverosímil como la más fantástica del Vizconde Ponson du Terrail. Ni un documento, muchas veces lo hemos dicho; ni una mención de tal piloto, ni comprobante de ninguna especie. Y no continuaremos citando otros escritores, porque todos acuden como precedente, unos indicándolo y otros sin expresarlo, al Inca Garcilaso y á sus invenciones. Ecos, repeticiones más ó menos ligeras y adulteradas de los falaces conceptos del Inca Garcilaso son las referencias que hacen incidentalmente en obras de muy distintos asuntos los eruditos del siglo siguiente. El Dr. Bernardo Aldrete, en las *Varias antigüedades de España y África* (1614); Rodrigo Caro, en las *Antigüedades de la ciudad de Sevilla* (1634); D. Fernando Pizarro y Orellana, en los *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (1639), no hacen más que copiarse unos á otros;

y no hay necesidad de examinar manuscritos inéditos que relatan los primeros viajes de Colón con inexactitudes notorias, como el de Fray Antonio de Aspa (1), ni de descender á los escritores del siglo XVIII que tan poca autoridad merecen en sus apreciaciones; aunque sí mencionaremos el *Compendio ó abreviada historia de los descubrimientos* que hizo D. Bernardo de Estrada, por la especialísima circunstancia que en él concurre; pues teniendo por principal objeto defender que el descubrimiento del Nuevo Mundo debe atribuirse á Alonso Sánchez y no á Cristóbal Colón, la Real Academia de la Historia, consultada por el Consejo de Indias, informó que tal libro no era digno de la publicidad, y por ello se negó la licencia para imprimirlo en el año 1786 (2). Sirva este dato para apreciar el concepto de tan doctas corporaciones al finalizar el siglo anterior, acerca de la fábula que nos ocupa.

Veamos ahora el reverso de la medalla. No habló de semejante tradición, ya que así quieren llamarla, el Bachiller Andrés Bernáldez (3), ni la admitió el Padre Juan de Torquemada en *Los veintyun libros rituales* y *Monarquía Indiana,* como tampoco la refiere Antonio de Herrera en el cap. 3.° de la *Década primera*, libro 1.°, entre las *causas que movieron al Almirante para creer que había nuevas tierras.* D. Juan Bautista Muñoz (4) y D. Martín Fernández de Navarrete (5), hi-

(1) Aspa: *Relación de los dos primeros viajes de Cristóbal Colón.*—MS. en la Biblioteca de la R. A. de la Historia. Est. 27, grada 3.ª; E. 93.

Bibliografía Colombina.—Madrid, Fortanet, 1892: un tomo en 4.°—Sección III, núm. 100.

(2) *Compendio ó abreviada historia de los descubrimientos, conquistas y establecimientos del Nuevo Mundo.....* Escribíalo D. Bernardo Estrada.—MS. en la Biblioteca de R. A. de la Historia. Est. 27, grada 2; E. 54.

(3) *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel,* escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez. Sevilla, Geofrín, 1870. Dos tomos en 4.°

(4) *Historia del Nuevo Mundo.* (Loc. cit.)

(5) *Colección de los viajes y descubrimientos.* Introducción.

cieron caso omiso de ella como de hablilla despreciable; el célebre Alejandro Humboldt (1) la juzga, como nosotros, enteramente desvirtuada por los hechos averiguados de los anteriores estudios de Colón; Washington Irving, Cladera, Próspero Peragallo, D. J. Arias Miranda, Henry Harrisse, D. José María Asensio, Rodolfo Cronau, D. Juan Pérez de Guzmán (2) y otros muchos publicistas contemporáneos, rechazan seriamente la historieta, ó se burlan de ella como Pinheiro Chagas, exponiendo los absurdos que contiene. Tal es el aprecio que hoy merece cuanto se refiere al viaje y muerte del piloto Alonso Sánchez de Huelva.

Para mí yo lo tengo por falso. Estas palabras que estampó Gonzalo Fernández de Oviedo hace tres siglos y medio, son las mismas que actualmente consagrará la crítica imparcial después de haber examinado bajo todos sus aspectos *la conseja del piloto que murió en casa de Cristobal Colón*: que de esta manera y no de otra alguna es como puede nombrársela.

Pero hoy que todo encuentra patrocinadores, los ha hallado también esa fábula, y no porque se haya presentado nin-

---

(1) *Histoire de la geographie du Nouveau continent,* par Alexandre Humboldt. Paris, Legrand, s. a. (1837) Tomo I. Sección 1.ª

(2) Washington Irving: *Vida y viajes de Cristobal Colón.* (Loc. cit.)

Cristobal Cladera: *Investigaciones históricas.* Madrid, 1794. Un tomo en 4.°

Próspero Peragallo: *Cristóforo Colombo in Portogallo.* Lisboa, 1882. Un tomo en 4.°

Henry Harrisse: *Cristophe Colomb, son origine,* etc. París, Leroux, 1884. Dos tomos en 4.°

D. José Arias de Miranda: *Examen crítico-histórico* etc. Madrid, Rodríguez, 1854. Un tomo en 4.°

D. José María Asensio: *Cristobal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos.* Barcelona, Espasa y Compañía, 1889-91 Dos tomos.

Rodolfo Cronau: *América. Historia de su descubrimiento.* Barcelona, Montaner y Simón, 1892. Tres tomos.

D. Juan Pérez de Guzmán: *Precursores fabulosos de Colón. Ilustración Española y Americana,* 30 Marzo 1892.

gún documento, no porque se haya visto siquiera el nombre de aquel piloto en la relación de algún viaje del siglo XV, en algún contrato, en un papel insignificante de la época; nada de eso.

El escritor Luciano Cordeiro la defiende por espíritu de nacionalidad, porque hace portugués al soñado marino y quiere adornar á Portugal con las glorias que quita á España y á Colón (1).

El canónigo de la Colegiata de Jerez de la Frontera, Don Baldomero de Lorenzo y Leal, ha escrito un libro con el abusivo título de *Cristóbal Colón* y *Alonso Sánchez* (2), en el que, á vueltas de suposiciones, de hipótesis y vaguedades, se viene á deducir por conclusión, que el viaje de este último está más justificado que muchos de los actos de la vida del Almirante, y que se trata de un personaje histórico cuya existencia no admite duda. Pero no es lo más extraño que de hipótesis en hipótesis, de figuraciones en figuraciones llegue el autor á tan infundada consecuencia, que no sabemos si alguien habrá admitido; lo que verdaderamente maravilla es que al informar á la Real Academia de la Historia persona tan docta, tan conocedora de la época de los descubrimientos como el ilustre marino D. Cesáreo Fernández Duro, se incline á dar asenso á aquellos sucesos; él, que, concienzudo historiador, ha buscado siempre la comprobación de los hechos en los documentos, y sin ellos no los admite como ciertos.

Verdad que en el informe hay palpables contradicciones que dejan el ánimo indeciso, dudando de la convicción con que se escribían. No entra en la índole de esta Memoria el sa-

---

(1) *De la part prise par les portugais dans la decouverte du Nouveau Monde.*—Lisbonne, Rodríguez, 1892.

(2) *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez, ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo*, por el Doctor D. Baldomero de Lorenzo y Leal, canónigo de la Colegial de Jerez de la Frontera.—Jerez, imp. de *El Guadalete*, 1892.

carlas y compulsarlas; mas no es posible dejar de llamar la atención sobre lo que, como última consecuencia, se desprende de aquel trabajo. Rechaza como inteligente perito el señor Fernández Duro, aunque sin decirlo, el relato de Gómara y de Garcilaso, téngase esto muy en cuenta, porque no puede aceptarse en el terreno de la ciencia, ni aun en el de la práctica: —«Ningún marinero—escribe—(1) admitirá en los mo»vimientos de la atmósfera la verdad de borrascas que duren »meses, ni el efecto de arrastrar embarcaciones por miles de »leguas en una misma dirección». *Falsa* era, pues, por necesidad la antigua tradición... Pero á ella opone el docto Académico una serie de hipótesis, de cosas que *podrían* haber sucedido, que, aun siendo posibles, no se saben, ni ocurrieron, teniendo todas las condiciones, apariencias y color de fantasía ó ensueño. Trasladaremos siquiera una parte de esta verdadera novela, demostrativa de la fuerza creadora del escritor. —«Una de las naves (de las que salían con frecuencia en »busca de islas imaginarias) *se dejaría* llevar por las brisas »constantes del Este... y navegando *con mar bonancible* (des»apareció ya la tormenta) llegó sin contratiempo á dar vista »á la tierra, *en toda probabilidad* de Santo Domingo. Ansio»sos de regresar á la patria, trataron de desandar lo andado.» Mas como habían de venir contra el viento... «*forcejearían* »*días* y *días*... acabados *volverían* otra vez á Haiti para pro»veerse de lo que los insulanos poseían, *repetirían* dos, tres, »acaso cuatro veces la tentativa...» Dejemos el cabo de la aventura, expuesto así entre verbos en tiempos dubitativos y condicionales, aunque en ella se ofrece la novedad de prescindir de la muerte del piloto y de sus compañeros en la casa donde habitaba Colón (que formaba con la tempestad las bases de la calumniosa leyenda), y aquel secreto, con que la

(1) *La tradición de Alonso Sánchez de Huelva.*—Informe del señor D. Cesáreo Fernández Duro.—*Boletín de la R. A. de la Historia.*—Tomo XXI, pág. 33.

favoreció, se convierte en comunicación hecha, *no precisamente al Almirante*, sino á las personas de relación ó trato con los náufragos; dejemos la aventura, para asentar una conclusión que deduce el Sr. Fernández Duro, y es tan exacta como importante: — «Colón, ¿quién lo duda?, aprovechaba »toda suerte de indicios en confirmación de sus cálculos y pre»supuestos, pero formada como estaba su resolución sobre »más sólida base, no influían directamente en ella.» Esto es precisamente lo que afirmaba el inteligentísimo William Prescott.

La terminación del informe es sorprendente. — «Quien »supiere... que la ciudad de Boston, en los Estados Unidos de »América, ha erigido estatua, inaugurada con magníficas »fiestas, al northman Leif Eriksen, porque se presume que en »el siglo XI, al igual del perdonavidas de Cervantes, llegó »allí, fuese y *no hubo nada*, discurrirá que con más razón pu»diera levantarla Huelva *al piloto humilde que honra, al mismo »tiempo que su nombre, el de la Marina española.*»

Si, como parece desearlo el eruditísimo americanista, el nombre de Alonso Sánchez debe ir unido al de Colón y han de erigirse monumentos á su memoria, dignos son también de conmemorarse y de que se le levanten estatuas, el marinero tuerto del Puerto de Santa María, Pedro Velasco el de Murcia, Pero Vázquez de la Frontera, y todos los demás que recuerda el P. las Casas en su Historia de Indias, porque estos existieron sin duda alguna, lo que no puede decirse de Alonso Sánchez, y ciertamente comunicaron á Cristóbal Colón noticias de sus viajes, aunque ninguna se refiera al Nuevo Mundo.

IV

Concluyamos, y demos al olvido por un momento, si es posible, todo cuanto hasta ahora va expuesto. Porque es de tal naturaleza esta cuestión, que todo puede concederse en ella.

Tengamos por no dicho cuanto asentado queda. Demos por demostrada la existencia de Alonso Sánchez de Huelva, y por justificados con documentos indiscutibles los hechos todos que á su viaje se refieren. ¿Sería gloria para Huelva, ni para ningún pueblo, el que allí hubiera visto la luz primera un vulgar, un *triste*, un *desventurado* piloto que por nada se distinguió y que tuvo la desgracia de que arrebataran su buque las corrientes del mar, llevándole, sin saber cómo, á un país desconocido y volviéndole de igual manera, y con la misma ignorancia, al punto de su partida? ¿Cuál era el mérito de aquel hombre? ¿Podría contársele nunca entre los descubridores? ¿Dejaría de ser un náufrago malaventurado é imperito, como tantos otros, pero siempre *inconsciente*, *casual* é *ignaro,* según le calificó en gráfica frase el Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo en su conferencia del Ateneo de Madrid?

A lo sumo podría haber dicho el supuesto Alonso Sánchez, lo que con tanta razón exclamaba el protagonista de la graciosa comedia *El héroe por fuerza*: «si á mí me nombran coronel, que hagan general á mi caballo»; porque el piloto no puso nada de su parte, el huracán lo llevó y la tormenta lo trajo, sin que se diera cuenta de cosa alguna... *á tiento*, como escribiera el Inca.

La gloria de Huelva es Cristóbal Colón: consiste en unir su nombre al del genio; en tener cerca de sus muros el Monasterio de la Rábida, donde aquél encontró consuelo y pro-

tección; en haberle dado compañeros para su temerario viaje, y en que hubiera muchos hijos de la comarca entre aquellos audaces españoles que pisaron por vez primera las playas del Nuevo Mundo.

No pueden la ciudad, ni la Sociedad que lleva el simpático título de *Colombina*, mirar con buenos ojos nada que tienda á rebajar la fama de Colón, porque sería atentar á su propia fama, estando unida para siempre su gloria con la del inmortal navegante.

José I. de Osma y Arenas.

EL PROGRESO INTELECTUAL

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

La oleada del progreso intelectual de la América que fue española, aunque crece y crece sin descanso, no llega enteramente hasta nosotros. Llega un eco sordo de las perturbaciones que en este progreso se intenta introducir, y pasa casi desapercibido en la postración inmensa que aniquila esta sociedad desfallecida, contra la cual se levantan sin descanso también, por todas partes, monstruos de famélicas fauces que anhelan suene la hora del festín para tragarnos. ¡Qué guerra tan insensata! ¡Nadie nos perdona, y menos los que no pueden arrancar de las páginas de la Historia los testimonios irrefragables de aquellos tiempos en que gimieron en nuestra servidumbre! ¡Si pudieran borrarnos enteramente de la geografía del planeta y aun de la memoria de los hombres! Pero al abrigar estos sentimientos de hostilidad contra España, cada cual procura apartar el espejo de su propio rostro. No es España la que decae, es toda la raza mediterránea, sobre la que España ejerció la hegemonia que le arrancaron las emulaciones de Francia y que Francia no ha ejercido durante dos siglos sino para devorar á sus hermanas y devorarse á sí misma. Es que al mar de la civilización lo ha anulado el Océano. Es que el porvenir que al cabo presenciará la lucha entre el Océano y el Pacífico, entre el Pacífico y el mar Boreal, relega

al Mediterráneo á una especie de lago Asfaltistes, á uno de esos mares interiores y cerrados, lagos grandes que no prestan camino ni dan salida á ninguna civilización. Si España sucumbiera, ¿cuál de las naciones mediterráneas tendría alientos para vivificar su papel? Si España sucumbiera todas sucumbirían con ella.

Sola España abrió los caminos del porvenir; sólo su nombre, aunque excluído enteramente de los dominios de América, conservará perpetua su resonancia desde el polo del Sur al polo que petrifican las nieves eternas del Norte. Envíe Italia, envíe Francia, envíen todos los pueblos envejecidos sus apiñadas multitudes emigradoras á renovar la sangre y animar la vida de aquel vasto continente. Allí perderán los signos etnográficos de las cunas de donde proceden. Allí amasarán su sangre con la nuestra, y cualesquiera que sean las vicisitudes y las transformaciones de la Historia, no quedará al cabo de ellas sino el signo de la sumisión á que se entregan. España en América será siempre la madre, y los demás que á ella concurran serán eternos advenedizos.

Esta trasnochada emulación que se ha despertado contra la nación vivificadora de América, ha inducido á algunos espíritus incircunspectos á emprender en América una cruzada á muerte contra la lengua española, que es el fundamento de toda aquella nueva civilización. Esta campaña tiene dos centros de impulsión: el uno en Europa mismo; el otro en aquella parte de América que se constituyó del seno de todas las piraterías septentrionales contra el país descubridor, y que implantando en toda la parte Norte de aquel hemisferio una raza secularmente rival de la latina, se ha engrandecido con los despojos de todas sus presas y con la avalancha de todas las escrecencias de la sociedad europea. Esta campaña á la vez se ha emprendido por la emigración italiana, cuyo mayor contingente ha fijado su tienda en la Argentina, y por la vecindad yanki que ejerce sin descanso, así sobre Méjico, como sobre toda la vasta prolongación del istmo que enlaza los dos

continentes, y el vasto archipiélago que le antecede, aquel influjo tenaz y continuo del que aspira á una total dominación. Italia ha sacudido sobre la Argentina, en una emigración casi permanente, una masa muy considerable del proletariado, que la consume, hasta el punto de constituir casi la quinta parte de la población total de la citada República del Plata. La corriente de esta emigración tiene sus altas y sus bajas, pero nunca cesa. Entre su emigración temporal y su emigración permanente, la cifra total por año se halla graduada en el número de 350.000 emigrantes, que buscan asiento estable principalmente en la Argentina, en los Estados Unidos y en el Brasil. El Plata recoge casi los dos tercios de esta irrupción continua, que extiende por sus vastos territorios y forma con ella nuevas colonias agrícolas y nuevas poblaciones industriales. El espíritu de nacionalidad se conserva entre sus individuos por medio de las 350 sociedades de socorros mutuos que los ampara y los protege. Así en la capital de la República como en las de los demás Estados ó provincias, multiplican los Bancos, las Asociaciones de todo linaje. El culto de su idioma lo mantienen, no sólo en el lenguaje de familia, sino en sus periódicos escritos en italiano, en sus círculos literarios y artísticos, en sus teatros líricos y de declamación; y como á la emigración jornalera la acompaña la emigración del proletariado intelectual, esta emigración, infiltrándose en todos los círculos del Estado, ha logrado ser la encargada de fundar y presidir sus oficinas de estadística, el régimen de sus archivos y bibliotecas, gran parte del cuerpo docente en todos los Institutos públicos de educación y enseñanza, habiendo dado por mucho tiempo el tono á lo que puede llamarse toda la ciencia oficial.

Italia no solamente ha descargado sobre América su muchedumbre de labriegos inalfabetos del Véneto, de la Campania, de los Abruzos, de Lombardía, del Piamonte, de la Calabria, de las Marcas, de Sicilia y de todas sus regiones y provincias, de donde, sin embargo, como en el libro de Luigi

Enardi se observa, han salido figuras de millonarios en competencia con los de los Estados Unidos, como el piamontés Guazzone, á quien, á estilo yanki, se le ha dado el nombre de *el rey del trigo,* y que ha llegado á sembrar más de doscientas setenta mil hectáreas de este cereal; como Carlo Anolasco, que, cultivando alfalfa, cosechó el año último de 1898 trescientas mil toneladas de este forraje; como Antonio Tomba, que posee diez kilómetros cuadrados de tierra sembrada de viñas, y recoge un producto medio por año de cincuenta mil hectólitros; ó como el lombardo Enrico dell'Acqua, á quien se le denomina *el príncipe mercader,* que ha logrado ser el gran importador de los tejidos de algodón que se elaboran para él en toda Italia y consume en la Argentina, sin excepción, toda la numerosa colonia connacional. Italia, ya por la torpe dirección de los estudios académicos, ya por la creciente inoculación de las ideas socialistas y anarquistas entre todo su mundo literario, arroja también sobre América, y sobre todos los países que los quieren recoger, un número considerable de emigrantes intelectuales, de los que en la hermosa península del antiguo Lacio constituyen el proletariado indigente de la inteligencia ó el antagonismo con las ideas sobre las que la sociedad actual tiene establecidos sus ejes. César Lombroso ha lanzado un grito desgarrador de agonía por estas fuerzas nacionales continuas que Italia pierde y ha lamentado tantas ilustres proscripciones. «Entre nuestros estadistas y juristas, ha escrito, Pareto y Pantaleoni han tenido que pedir un refugio á Suiza; Pacchioni, Galanti y Sigele, á Austria; y en Suiza también vegeta nuestro gran médico Arnaldi, y en la América del Sur sus colegas Sanarelli y Grandis. Nuestros artistas no caben en nuestra patria: Pittari, Rossi, Boldini, De Nittis, Rafaelli, Rossetti, todos nuestros pintores más esclarecidos, prosperan fuera de Italia; y en el campo de las letras muchos de nuestros grandes escritores, apenas conocidos y apreciados dentro de un pequeño círculo en su patria, como Farina, Fogazzaro, D'Anunzio, encuentran fuera de Italia el radio de gloria y acción que en-

tre nosotros se les niega. No hablemos de los que gimen en la proscripción política, como Rondani, Treves, Vergnani, Cabirni, Chiesi, Monet, Sambuceo, ni de los que gimen en las prisiones como Turati, Nofri y Zavattari. Hemos tenido la gloria de haber dado la vida á Pacinoti, á Galileo Ferraris y á Ferri; ¿y no es una vergüenza para Italia que sus méritos no hayan sido reconocidos hasta el momento en que Alemania ó los Estados Unidos los han señalado con gran sorpresa, por no decir pesar, de nosotros? Entre las glorias italianas contra las que Italia se ha mostrado madrastra y refractaria están Florián, Cavalieri, Sighele, Viazzi, Fioretti, Balestrini, Maino, sólo porque en la ciencia penal que profesan son innovadores, y sus ideas chocan con los que viven atados al culto de lo que se va.»

¡Triste Italia! Ese país, que se pone de pantalla donde quiera que subsiste un rastro de imperio, de influencia, de origen español, se halla corroída de vicios tan desoladores como los que aniquilan á España. No es la emigración de los hombres ilustres lo que la debilita, sino la desproporción que engendra su problema académico con sus fuerzas naturales, que crea ese vasto proletariado de la indigencia, que pasea su desnudez por todo el mundo. Ese proletariado, esencialmente europeo, común á Italia y á España, á Alemania y á Francia, á Austria y á Noruega, es el proletariado que lucha inútilmente, llevando como bandera un título universitario por conseguir un puesto en el banquete de la vida. Bismarck, señalando el punto negro que constituye en las sociedades decayentes de Europa, le llamó el *proletariado de los bachilleres,* proletariado de que sólo la Gran Bretaña ha sabido sustraerse en nuestro viejo continente. De las Universidades de Francia hay siempre en funciones, según el cálculo del Dr. Paul Ernest, 130.000 médicos; en Italia hay cerca de 80.000 y 30.000 en España. El Colegio de abogados de París consta de 3.000 individuos, de los que sólo 200 ganan más de 10.000 francos anuales. En España tenemos 40.000 abogados, de los cuales apenas la octava parte se halla en el libre ejercicio de su pro-

fesión, y un tercio pesa sobre el pensionato del Estado en las diversas carreras de la magistratura y de la administración. En Italia tampoco llega á 18.000 el número de los abogados que se emplean en algo, restando un número tres veces mayor que el de España, para las prostituciones de la miseria y la carne de emigración. Estas cifras, tan voluminosas que espantan, no acreditan, sin embargo, un progreso sólido en la cultura superior. Guido Bacelli, con cifras ha probado que la descuidada y aterradora producción de las Universidades profesionales acusa un descenso en la cultura intelectual superior en relación inversa al aumento de los títulos académicos que se expiden. España, Alemania, Francia, Austria, sin embargo, hallan forma de amortizar estos sobrantes de capacidades académicas sin destino; pero Italia todo lo convierte en paquetes de exportación para sus corrientes emigradoras, sobre todo al Brasil y la Argentina, donde la dificultad del idioma opone menos resistencia á su introducción que los Estados Unidos. Italia, por lo tanto, descarga anualmente sobre América, de su producción universitaria 500 abogados, 350 médicos, 100 farmacéuticos, 150 licenciados en filosofía y letras, y en esta proporción el sobrante de las demás carreras literarias. Lo que presta poco á la emigración americana son ingenieros y mecánicos, ninguno de los profesores que se forman en las Escuelas de estudios politécnicos, y que la América latina suele recibir para los empleos geodésicos, trazados de líneas y construcciones, escuelas especiales de cuerpos técnicos militares é instrucción militar, de Francia, de Alemania, de Inglaterra y últimamente de los Estados Unidos, que ya todo lo absorben.

Las dos bases de número é intelectualidad con que Italia contribuye al progreso de la población en América, donde aparte de sus colonias en la Argentina, los Estados Unidos y el Brasil, extiende la red emigradora de sus hijos por Méjico, Colombia, Venezuela, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Perú y Chile, ha despertado, asi en la península matriz como en al-

gunas de aquellas colonias y principalmente en la Argentina, ideas no sólo de supremacía en su influencia local, sino hasta de dominación material. Si se lee, bajo este punto de vista, á Lombroso, no parece sino que la América que fue española ha carecido de cultura intelectual hasta que Italia ha organizado sus emigraciones del presente siglo, y que su presencia en aquel hemisferio equivale á una nueva conquista por la inteligencia. «El colono italiano, dice á este respecto, ha sabido domar y cultivar la tierra, y ahora está transformando al pueblo que habita esa tierra;» y otros escritores menos prudentes y discretos que Lombroso, no se han recatado de expresar que si el predominio que Italia ha buscado estérilmente en el Mediterráneo es una utopia, que si más allá de los Dardanelos nada hay que esperar para Italia, y que, puesto que hace cuarenta años que á América envía las legiones de sus hijos, la sustitución de raza se impone en las comarcas donde éstos han levantado sus tiendas: de modo que, abandonando la tradición mediterránea que nada les ofrece, el pensamiento italiano debe girar sobre la *italianización* de aquel mundo á que el hecho referido les da cierto derecho político, y hacia cuya consecución hay que erigir esta idea como idea madre de toda una política y como dirección suprema de toda una nueva educación. En el examen de la raza sedentaria iberoamericana reconoce en ésta una inferioridad étnica, una deficiencia política y una nulidad económica, que no admite controversia: y así como los ingleses han suplantado á los holandeses en el África del Sur y á los franceses en el Canadá, Italia cree deber caminar en la América á donde envía el proletariado que le sobra á la misma extirpación de la raza iberoamericana que la puebla. «Todo permite preveer, añade el escritor á quien aludimos, que esas razas americanas del Sur, embastadas por el cruzamiento desfavorable con los españoles, desorganizadas, degradadas, haraganas, poco emprendedoras, poco activas, serán fácilmente dominadas por el elemento de la reciente emigración, cuyas masas, más hábiles y resueltas, sabrán

imponerse en la lucha por la existencia. La emigración italiana, solamente en la Argentina, representa el 70 por 100 de todo nuestro movimiento inmigratorio. Es necesario encaminar esa emigración á los fines expansivos que constituyen el pensamiento de Italia.» A este fondo de doctrina pone el mismo Lombroso el complemento. «El cambio de servicios útiles, los progresos por la inteligencia, serán los ideales que Italia oponga para su conquista, á los tristes y sanguinarios ideales de la espada: primero el número, después la atracción de la inteligencia, y entre tanto la sustitución inmediata de la lengua, que borre toda la literatura de la servidumbre y la barbarie.»

Esta propaganda cobra cada día mayores vuelos, y apoyada en Europa por periódicos de Turín, Roma y Génova, da un paso adelante más con su publicación periódica del *El pensamiento latino,* que proyectado y dirigido por Enrique Piccione, brinda á sociólogos, juristas, pedagogos, literatos, artistas de todas las lenguas neo-latinas en los dos mundos un campo de colaboración en el que ofrece al castellano el lugar más secundario, ya que no se atreve aun á proscribirlo.

Del lado de Méjico y del centro, el fin substancial de la dominación y de la sustitución es el mismo, pero por distintas influencias. «En el progreso científico del mundo moderno, escribe Alfred Boissié, la nación infiuyente aun en América con su lengua representa sólo un signo negativo. Ninguna invención, ningún adelanto debe la ciencia, la mecánica, el arte al pueblo que ejerce todavía la superioridad de su idioma sobre este mundo lleno de vida, en quien residen las auras del porvenir. El motor y la luz eléctrica han transformado las celeridades y las irradiaciones que exige la vida de actividad en que se despliega el espíritu humano. El telégrafo sin hilos hará más fácil la comunicación hasta con los antípodas, y el automóvil y la bicicleta son el complemento de esta transformación. Los rayos Röntgen cristalizan todos los cuerpos opacos, y el cinematógrafo se constituye en una prolongación de la

vida y del movimiento. Las corrientes polifases harán una nueva revolución en la distribución de las fuerzas de la mecánica, y el motor de combustión interior será el procedimiento más económico para convertir el calor en trabajo. La fotografía de los colores depende de los últimos ensayos de Lumière, y la luz fría, el carburo de calcio, el aire líquido industrial, las corrientes repetidas son las conquistas incesantes de esos ensayos de laboratorio que dirige el pensamiento, iluminado por la ley de la ciencia para mejorar la condición del hombre en sus luchas con la naturaleza y en el disfrute de la vida. ¿Cuál de estos progresos lleva un nombre español? Ninguno. El mundo se ha transformado: la vida ha entrado en nuevos horizontes, y España ha perdido hasta la fábula de su heroismo. ¿Por qué el idioma español ha de seguir reinando en mundos que con su poder ya no domina? ¿Por qué ha de imponer ese último estigma de su despótica existencia sobre un mundo que nada le debe en la labor ardua de sus incesantes adelantos? Por otra parte, en Méjico pueblan el 1.987.000 kilómetros cuadrados que forma su superficie 12.578.861 habitantes, de los que más del 20 por 100 son extranjeros que no hablan la lengua castellana. Otros países, cuya población es más densa, probablemente durante el siglo XX arrojarán sobre Méjico el exceso de sus habitantes, y el territorio de la República está destinado, antes de medio siglo, á duplicar su población actual con la emigración extranjera. Probablemente la corriente de esa emigración procederá del Norte, por ser ésta la única puerta terrestre abierta á la emigración; y para que el elemento anglo-sajón, que es el único que ha de realizarla, no sea un estorbo y fuente de perennes dificultades, la nacionalidad mejicana debe procurar irse identificando con él, rompiendo la primera valla que constituye el idioma. Las atracciones de vecindad ya imponen la posesión del inglés á todo hombre ilustrado en Méjico. Las bibliotecas particulares se nutren de libros escritos en inglés, y los periódicos ingleses de los Estados Unidos circulan en la capital, en Veracruz y

en otras ciudades, como en las ciudades norteamericanas de donde proceden. Toda la alta educación de las gentes opulentas se hacen en los establecimientos docentes de los Estados Unidos, donde se envían pensionados á los jóvenes ó se dirigen por profesores yankis en los propios liceos mejicanos. Todas las profesiones politécnicas se ejercen por norteamericanos, y estos han concluído por ser los dueños de las grandes empresas industriales del país, de las fuentes más opulentas de su producción y de casi todo su comercio marítimo. ¿Qué debe, por lo tanto, Méjico á España? ¿Por qué se ha de rendir el homenaje de su habla al raquítico sostén de una literatura que se desvanece? Ningún americano de los que en Méjico se avecindan muestra empeño en aprender el castellano, cuya subsistencia en este hemisferio viene á ser un perfecto anacronismo.»

Como se advierte en las dos tendencias opuestas que dejamos reseñadas, en el Norte del continente americano, á fin de borrar todo vestigio de nuestro paso por aquel mundo que sacamos de la noche sombría de los siglos y redimimos con nuestra sangre, se pide con urgencia á Méjico cierta especie de anglosajonización, mientras que por el Sur los italianos demandan la italianización de aquel continente. Una y otra pretensión son las fases de una misma conquista: el idioma. Mas no es el idioma lo que se disputa, sino algo más importante, que el valladar y la unidad de idioma también defienden. ¿No hemos visto en esa misma Argentina recientemente, cuando, para apoyar los pensamientos atribuídos á Riccioti Garibaldi, hallamos en su honorable comitiva italianos de antigua estirpe, como el príncipe Balthazar Odescalchi, poetas del timbre de César Pascarelli y estadistas como el senador Marqués Médici? También visitan la Argentina en son de conquista: la conquista á que equivale la colonización de la Patagonia, que á estas horas es el blanco á que se dirigen las miras de todos los expansivistas: en Londres, las de los protectores en los galenses del Chaco, y en Roma, las de los compañeros

ó impulsores del activo Ricciotti Garibaldi. Y entre tanto que estos expedicionarios miran con indiferencia las protestas solemnes levantadas contra su conocida intención, en Buenos Aires ellos procuran no perder el tiempo, ensayando el principio atractivo del fin que se proponen por medio de la seducción de la palabra en las conferencias en que Pascarelli aspira á ganar el terreno que ya de antiguo dejaron conquistado De Gubernatis y Edmundo de Amicis.

La lengua española, sin embargo, nacional en toda la América que fue de nuestro dominio y capaz de toda la Minerva literaria y científica de los siglos, es para los americanos que la hablan uno de los signos esenciales de su personalidad y de su independencia. Si recuerda nuestra conquista y dominación, también entraña el tesoro de todas las glorias que los americanos de nuestra raza mirarán siempre como propias. Comunes son para España y para América los triunfos alcanzados por ella en aquel mismo hemisferio. La Minerva española que con sello de propia originalidad no carece de ninguno de los signos supremos de la inteligencia en la coordinación y adelantos de todas las esferas del saber, en América reconoce uno de los principales fundamentos de uno de sus géneros literarios. La *épica* española es casi enteramente americana. Sus gloriosos rudimentos de América los trajo aquel D. Alonso de Ercilla en aquella primera parte de su *Araucana,* que el tejió, en el campo de los hechos, con su espada y en el palenque de la poesía y de la historia, en aquellas octavas llenas de la verdad de la vida, y que muchas se escribieron con sangre y no con tinta, con el filo de la daga y no con pluma, en los troncos de los árboles y no en papel ni pergamino. De América vino el *Arauco Domado*, de Oña; las *Armas antárticas,* de Miramonte Zuazola; los *Varones ilustres,* de Castellanos; *La Argentina,* de Barco Centenera; *El peregrino indiano,* de Saavedra Guzmán; la *Conquista de Nueva Méjico,* del capitán Villagrá; *El Bernardo*, de Balbuena; la *Conquista de Antequera,* de Carvajal y Robles; la *Cristiada,* de Ojeda; los *Cantos de la batalla*

Auxonia, de Acosta, y otras obras semejantes, de aquel tiempo en que España fundaba Universidades, Institutos y Academias docentes, lo mismo en la parte del Norte que en la del Sur, y que de todos los dominios españoles brotó el raudal de talentos esclarecidos de que carecieron hasta la emancipación los demás pueblos europeos de otras razas que buscaron en aquel mundo su coloniaje.

Pero, ¿á qué remontarnos á tan gran distancia? Los patriarcas del renacimiento de la independencia, ¿en qué fuentes se educaron? Si Bolívar es el representante y símbolo de la libertad hispanoamericana, Bello es el símbolo y la representación del génesis de su actual cultura; y Bello, que ejerció su magisterio sobre las nuevas generaciones, aunque abrazó todas las ramas de la ciencia, en dos bases cardinales fundó los cimientos de la cultura intelectual que renacía: el habla y el derecho. La cultura del habla ha proseguido siempre en progresión ascendente, á despecho de todas las influencias extrañas que se han ingerido después, á causa de las emigraciones extranjeras, y que han conspirado desde un principio á corromperla. Mas desde los estudios filológicos de Bello hasta nosotros, ¿ha cesado ni un solo momento el estudio científico de su depuración? Los estudios gramaticales de Baralt, Calcaño, Ramos, Rivodó y Urdaneta, en Venezuela; de Caro, Marroquín, César Guzmán y Bartolomé, en Colombia; de Amunategui, Barra y Cabezón, en Chile; de Zerolo, Izaga, Macías y Toro y Gómez, en Méjico; de Soldan Unanue y González de la Roca, en el Perú; de Monner y Sanz, Subirana, Donabich, Granada y Arenas, en la Argentina; de Llinás, en Santo Domingo, y de los cubanos Fernández de Castro, Carricaburu, Sánchez Giner, Marrón y Varona, Ventura, Guiteras, Sixto y Bobadilla, y Saenz y Saenz, bastarían á acreditar el alto sentido filosófico, pedagógico y lexicográfico del primer habla clásica que aun se habla por el mundo. A pesar de todo, las corrupciones del lenguaje no se han podido impedir: los barbarismos y extranjerismos han penetrado abun-

dantemente en ella en su contacto con las demás lenguas, y no sólo han influído en la adopción de multitud de términos nuevos de acarreo, sino en la consagración de todos los modismos locales que han invadido, no sólo el campo de la elocución tecnológica, sino la sintaxis, la composición fraseológica y todos los términos del lenguaje. Pero este hecho, ¿es nuevo, por ventura, en el castellano que en América se habla? Este hecho es de todos los tiempos y de todos los idiomas: el mismo castellano se inundaba de frases italianas bajo Garcilaso y Hurtado de Mendoza, de frases latinas bajo Fernando de Herrera y Góngora y del comercio que por dos siglos tuvimos con el francés, el flamenco y el alemán de los Países Bajos, recibimos un caudal de términos, de frases y de giros, que criticados en las censuras del tiempo, fueron á la postre sancionadas por el uso. Así sucederá en el castellano de América, sometido, como todas las cosas humanas, á las leyes perpetuas de la vida; pero de esta modificación que constituye la historia de todo lenguaje, á la suplantación violenta á que aspiran los italianizadores de la Argentina y los anglosajonizadores de Méjico hay una distancia insuperable.

¿Tan descontentos de su idioma consideran los innovadores de esta misión y pretendida conquista á los talentos distinguidos que cada día brotan con mayor abundancia en aquel mundo del cruzamiento en nuestra raza? ¿Por qué razón han de pretender los italianizadores del Sur imponer su lengua extraña á los que en Chile y la Argentina hablan como propio y natural el castellano, llevando los apellidos de Vicuña *Makenna, Valker* Martínez, *Brandam, Hunceus, Ronuart, Frere, Kiers, Howarts, Whitte, Williams, Nelson, Loix Klett;* ni los anglosajonizadores del Norte su lengua inglesa á los *Mitre, Guido Spano, Pellegrini, Alberdi, Londolpho, Magallanes, Moure, Peyró, Sylveira, Drago, Quiño Costa, Fragueiro, Murature* y *Schaffino* del Mediodía? Todos estos escritores, cualquiera que sea el origen de su raza, no serán sino hispanoamericanos que no tienen por lengua natural sino la de España.

Después del culto de la palabra, la primera manifestación de toda cultura refluye en el campo de la imaginación y se exterioriza por medio de la poesía. Esta manifestación tan ingenua del espíritu nuevo acompaña siempre á toda evolución de la historia, y en ella vive perenne la fábula de Orfeo, que al ritmo armónico de sus cantos hacía surgir las murallas de Troya. La poesía, en estos momentos, tiene en toda la América española emancipada una importancia extraordinaria. No hablemos del arte que le da formas, sino del sentimiento que la inspira, y realmente, en la actualidad, no cuenta en la América española la unidad de raza, de fe y de destino un vehículo más poderoso ni más eficaz. Los poetas del Sur conocen á los del Norte y del Centro como hermanos, y esta familiaridad de afectos crea el más indestructible vínculo de familia. Berisso ha querido agrupar en un libro todos los multicolores del iris americano formando el rayo de unidad del pensamiento. Registremos su obra, que se reduce á apoteosis de americanos iluminados vivos y muertos. En su libro está el vocabulario de todas nuestras estirpes. *La Ley,* en Santiago de Chile, ha comenzado á publicar sus anexos literarios dominicales. Ellos reflejan la unidad de toda nuestra raza en todo el luminoso ambiente de la inteligencia. No es posible formar el inventario de todos los hijos ilustres de las Musas, cuyas generaciones se suceden y crecen sin tregua, conforme se amplía más el radio de la cultura intelectual. En esta falanje inmensa, ¡qué nombres!, digo, ¡qué dioses! No temed que el rayo de la muerte destruya en la ley de la existencia á los que vence: otros les suceden, y siempre grandes. La Atenas de Colombia ha perdido algunos de sus inmortales: otros salen, y entre ellos Guillermo Valencia, el más joven de todos, el cantor de *Los camellos,* que amenaza ponerse á la cabeza del Parnaso americano. No ha entrado en la pasajera revolución del ritmo, ni ha herido la elocución poética con notas de prosaismo, ni ha desgarrado las blancas y elegantes vestiduras de la armonía, que son las formas que aderezan el ritmo y la cadencia. Conserva la

exquisitez del arte y el atildamiento del buen gusto. No llena de basofia la cláusula poética por buscar un consonante ó completar una rima. Se atiene al precepto. Se atiene á Horacio, que entre nosotros se traduce por los cánones de Herrera. Resulta clásico, sin presumirlo, y sin salir jamás de la estrecha religión del arte, sabe usar de todo el numerario del lexicón y vencer sin esfuerzos todas las dificultades del rimado. ¡Decid á Guillermo Valencia que someta las varoniles estrofas de su númen al afeminado habla del Pó ó al árido ritmo del Támesis ó del Potomac!

En la Argentina hay un poeta que aún le vence en forma, Calixto Oyuela, y en el Perú José Santos Chocano. Chile conserva el puritanismo clásico de Bello en todo, hasta el punto queen toda la América latina si ha de buscarse el severo clasicismo característico de nuestro idioma, ha de buscarse en Chile, en Venezuela y en Guatemala.

Trocad el fondo de esta educación tenaz que ya produce frutos maduros, por la nueva norma que diera al pensamiento la introducción de un habla extraña, que arguye un modo nuevo de pensar y sentir! ¡Persuadid de las ventajas de esta transformacion á toda esa juventud entusiasta que ya acendrá el fuego de su inspiración á la vez literaria, patriotica y nacional en la consagración de esos nombres ó ya laureados por el éxito ó para los que se disciernen las coronas del porvenir y que en Méjico se llaman Peza, Díaz Miron, Larrañaga, Portugal, Ansona, Alba, Fontaner, Valenzuela, Suarez Z., Baltruis Dávalos, Gutiérrez Nájera, Puga Acal, Izaga, Vázquez Tagle, Eguiluz, Gabaldon, Rebolledo, Lizardi; en Colombia Vernaga, Arciniega, Robledo Restrepo, Restrepo García, Arboleda C., Delgado Berbeo, Mogollon Carrizosa, Dolores Leig, Gómez Jaime, Vargas Tamayo, Cadena, Julio y Manuel Flores, Adolfo García, Dario Herrera, Enrique W. Fernández; en el Perú, Valdivia, Obligado, Alejandro A. Flores, Martínez Lujan, Neftalí García, Llona, Paz Soldan, Ricardo y Clemente Palma, Eugenio Chocano; en Chile Eduardo Barra,

Carlos Valker Martínez, Oscar Sepúlveda, Jorge Prieto Lastarria, Samuel E. Lillo, Félix Rocuart Hidalgo, Hipólito Medina Sing, Roberto Brenes Meseu, Augusto Ahumada, Maurot Caamuño, Augusto García, Ramón Alberti Verdejo, San Martín, Horacio Garbarini, Enrique Vives; Zorrilla, San Martín, Olagüe en el Uruguay; Meany y Meany, Cristóforo García, Estrada Paniagua en Guatemala y todo el sin número de los demás poetas de la generación moderna, ya de la generación que se inicia y que llena de luz, de armonía y de esperanza todo el inmenso ámbito hispanoamaricano.

Más si la poesía en su propia espontaneidad no es otra cosa que una preparación para entrar en los dominios supremos de la Minerva literaria y científica, el brillante prólogo por el que América atraviesa augura un día espléndido de completa madurez intelectual. Hasta ahora casi toda la ciencia cultivada en las escuelas americanas es exótica y postiza, menos en una gran rama del derecho, en el derecho internacional. La América española carece todavía de pensamiento científico propio, y hasta aquí no ha hecho sino aplicar á sus propias necesidades el pensamiento científico de los demás. El pensamiento científico político que informa sus Constituciones, sus Parlamentos, sus legislaciones y sus tribunales, es el pensamiento que los Estados Unidos tomaron de las antiguas Constituciones helvéticas y neerlandesas y que la Francia de 1793 buscó en los moldes clásicos del mundo antiguo. La democracia yanki lo ha revestido de formas nuevas y así lo ha propagado por aquel mundo. El pensamiento económico aún no ha salido del molde británico, y la República mejor administrada en las de nuestra raza en América, es la de Chile en su científica economía, porque es la que se ajusta más fielmente al patrón de donde se deriva. Esta misma perfección se alcanza en Méjico, cuyas ideas se adaptan al tipo americano que de las británicas procede, y con mayor ó menor proximidad esta es la escuela que se impone sobre todo á las Repúblicas del Centro.

Las profesiones politécnicas todavía no han arraigado bien en ninguna de las Repúblicas hispanoamericanas, por faltarles objeto de aplicación. Cuando ha surgido un hecho nuevo, como la distribución orográfica é hidrográfica de los Andes entre Chile y la Argentina, con la excepción de este último país que atribuyó la parte directiva de su empeño á su propio geodesta Moreno, se recurrió á las reputaciones de Inglaterra, Alemania y Bélgica. Ingenieros ingleses, alemanes, franceses, belgas y americanos del Norte han dirigido el trazado y obras de todas las grandes vías, y en la parte relativa á la ciencia militar, oficiales alemanes aún sostienen el cuerpo docente del mayor número de las Academias científicas militares, lo mismo en Chile y el Ecuador que en la Argentina y Venezuela. Chile y la Argentina han creado un formidable poder naval y suyos son los jefes y oficiales que han presidido á la construcción de sus barcos, aunque no han trazado su arquitectura, y que los mandan y presidian; pero sus maquinistas han sido contratados en todos los puertos militares de Europa; los cascos de estos buques se han construído en astilleros de Inglaterra, Alemania é Italia, y en Alemania todo su armamento grueso y menudo, las pólvoras y los proyectiles.

A pesar de todo esto, el progreso intelectual de la América española puede jactarse de que el mundo político y sabio le deba ya una conquista. El *arbitraje* que cada día se infiltra más y más en los dominios científicos y en las reglas establecidas del derecho internacional, tiene su verdadera raíz y cuna en la América española, y puede decirse que esta conquista fue enteramente debida á los más esclarecidos campeones de la independencia americana, pues en las Repúblicas hispanoamericanas la idea jurídica del arbitraje nació asociada á la idea política de liga y confederación, y como complemento de ellas. Los progresos que desde el Congreso de Panamá en 1822, hasta el Congreso de El Haya en 1899, ha hecho esta feliz regla llamada con el tiempo á sustituir la razón violenta é in-

humana de la guerra, han sido debidos á la tenaz perseverancia con que los Estados hispanoamericanos han sujetado á ella la mayor parte de sus conflictos, acatando después con toda sumisión sus resoluciones. La concepción de esta idea puede decirse que constituye la evolución más sabia de todo el derecho internacional, desde que los principios de esta ciencia recibió sus primeros cánones, y el culto asiduo que á su perfección se ha consagrado, forma esa brillante escuela de estadistas americanos que ya han producido, principalmente en Colombia, sistemas de derecho que han entrado con alta frente en el torrente progresivo del saber humano. Todos esos tratados, que han recibido su primera luz del arranque instintivo de Bolívar, y se han convertido en savia y fuente de saber bajo la base docente de los principios de Bello, forman con el conjunto de las Constituciones políticas y con las Colecciones legislativas un monumento nacional para el habla común de todas las Repúblicas que han salido de nuestro seno, sólo comparable en la Historia á los que para los pueblos neolatinos constituyeron por muchos siglos los Códigos romanos, y para la España moderna los de Don Alfonso el Sabio. En el habla propia y común de esos pueblos de nuestro origen están escritos estos fundamentos nacionales de su existencia, y en la recolección de esos cuerpos jurídicos han alcanzado una autoridad indiscutible Quesada y López, en la Argentina, Leclier y Bascuñana en Chile, Aranda en el Perú, Echazo y Gutiérrez en Bolivia, Benete en el Paraguay, Pérez-Pinto en el Brasil, Peralta en Costa Rica, Salazar en Venezuela, Reyes en el Salvador, y Seijas en Venezuela, habiendo creado además en Colombia la escuela que presiden en nuestros días los Caro, los Uribe, los Becerras, los Borda, los Marroquín y otra multitud de escritores eximios, que elevan por los dos mundos el concepto del progreso intelectual tan manoseado por interesados émulos en esa parte de América, que aún se agita en el crepúsculo matinal de su organización definitiva.

Donde el derecho crea tales fundamentos de subsistencia, todos los demás progresos están asegurados, y no importa que aquellas sociedades, todavía en la infancia, no hayan madurado completamente el pensamiento con que han de contribuir á los apogeos del saber y á la consumación de los altos destinos de la Historia. Aun siguiendo las líneas del magisterio europeo en otras ramas de la jurisprudencia civil y penal, en todos los dogmas de la pública instrucción, en la biología, en la sociología; en todo el vasto campo de las ciencias filosóficas, morales y políticas y aun en las de observación y número, sus progresos crecientes cada vez se determinan más y más, como los del joven alumno que ante el caballete y el lienzo, con el tiento y la paleta en la mano, se limita á copiar las imágenes del maestro, antes de abrir puertas á la expansión del propio ingenio. A pesar de esto, todo este capital que ya la ciencia progresiva aumenta en la América que fue española, y que forma la base del patrimonio nacional de cada uno de sus pueblos, se funda en la herencia del habla hermosa que con nuestra sangre castellana les dimos, y por numerosas y audaces que sean las corrientes emigratorias que de otras partes concurran á aquel mundo, jamás tendrán fuerza suficiente para proscribir el primero ya de los elementos étnicos de las nuevas nacionalidades, quedando reducidos á utopias sin valor los sueños de la italianización del Mediodía y los sueños de anglosajonización del Norte.

Es evidente que las luchas interiores que han constituído la historia de esos nuevos pueblos desde su emancipación, han sido causa de la rémora del progreso intelectual y científico que en ella hubiera podido prosperar durante tres cuartos de siglo. Pero las aguas turbias de las pasadas tormentas, con ligeras excepciones, por todas partes se sedimentan, y aunque el progreso intelectual no es tan sólido y tan vasto que baste á ocurrir á todas las necesidades, él se impone ya con tan poderosa energía, que no ha de ser maravilla ver desafiar en él hasta á las naciones más adelantadas, de seguir el impulso

que ya lleva, en menos de otro cuarto de siglo. La América española, para asegurar su propia independencia, ha de procurar de dotarse de horizontes más vastos, de modo que ella misma se baste á sí misma en todas las esferas y en todas las ocasiones.

Indudablemente el impulso hacia la organización más sabia y providente y hacia la difusión más completa, es el trabajo á que con predilección se entregan la mayor parte de los poderes que tienen la alta representación de aquellos Estados. Los nombres de Díaz en Méjico, Estrada Cabrera en el Centro, Piérola y Romaña en el Perú, Errázuriz en Chile y Roca en la Argentina, van unidos al impulso de este movimiento educativo de que ha de proceder la mayor prosperidad y la mayor suma de autoridad y poder de los pueblos que gobiernan. En su discurso, al hacerse cargo del poder que representa, vertió Roca hace dos años ideas muy oportunas sobre este tema: «El Estado en América, como en todas partes, tiene el deber de proporcionar á sus súbditos todos los medios posibles, á fin de educarlos é instruirlos de modo que puedan ser á la vez útiles á sí mismos y provechosos á la sociedad en que viven.» El general Roca no se resolvió ni por la enseñanza politécnica, ni por el sistema británico de las escuelas, ni por el sistema alemán, francés ó italiano: lo que dijo terminantemente es que él procuraría que en la Argentina la educación que se diese á la juventud fuese tal, que bastase á formar hombres que pudiesen vivir de sí mismos, y no pensionados obligados é indigentes del Estado. Un sistema de educación fundado en estas bases no se improvisa; necesita el ensayo de toda una generación, y ese ensayo no ha podido hacerse en dos años; pero realmente de esos métodos de enseñanza dependerá que los nuevos Estados de la América que fue española, caminen por las vías del sólido progreso intelectual que necesitan, y lleguen á formular en los dominios de la ciencia el rumbo del pensamiento propio que ya se impone á sus intereses. Hasta ahora, puede decirse, no existe sino un mar de poe-

tas. No son baldíos. Ellos, en su confraternidad internacional, mantienen el fuego santo de unidad y cohesión que es en estos momentos la primera necesidad que se impone á la personalidad é independencia de aquellos jóvenes pueblos salidos de nuestra sangre.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

I

No ha visto la luz en España, que yo sepa, libro alguno sobre el interesante asunto que compendiosamente voy á tratar. De vez en cuando se publican artículos sobre autores franceses; pero tienen carácter de noticia ó de impresión: á lo sumo, de estudio fragmentario. Los contados trabajos dignos de mención que podrían citarse comprenden sólo determinados períodos, considerándolos desde puntos de vista especiales. Aquí me propongo abarcar en su conjunto el arte literario francés desde fines del siglo pasado—momento en que se transformó, rompiendo el ideal clásico el empuje del romanticismo—hasta nuestros días.

Si bien reconozco que es artificiosa la división por siglos, en este caso el hecho inmenso de la Revolución y sus consecuencias marcan una línea divisoria tan profunda, que se impone. En descomposición la sociedad antigua y en formación la actual, aparece la nueva literatura, fruto de los nuevos tiempos, creación de la historia. Francia recoge una corriente internacional, la del romanticismo, y por el ejemplo y las armas envía otra corriente revolucionaria y política á Europa y al mundo.

Cien años de literatura son los que aquí reseñaré; ¡y qué centuria! No la conozco de vida más intensa, ni en que más rápidamente se sucedan las transformaciones, no ya del gusto, del ideal estético—aunque bajo el aspecto del cambio, y aun de la oposición, se escondan las consecuencias de un mismo principio y el desenvolvimiento de un mismo germen. ¡Siglo magnífico! Otros habrán producido figuras literarias más sólidas en su grandeza: ninguno tan rica y varia colección de poetas, pensadores y *sentidores*—pase el neologismo.—Otros siglos, en determinada dirección, habrán volado más alto; ninguno caminado en todas tan infatigablemente. Otros siglos han tenido musculatura más recia, salud mental más robusta; ninguno tan delicada nerviosidad, ni psicología tan complicada y honda. Injusto era el poeta francés que calificó á su siglo de caduco, y á su edad de tardía: el romanticismo indica, por el contrario, el brote de una juventud enfermiza si se quiere, pero ardiente y soñadora como no habrá otra jamás.

Si por lo que mueve á intentar una labor el no haber sido de nadie emprendida tiene excusa suficiente mi empeño, acaso podría este trabajo calificarse de útil, mirando á la influencia que en España ejerce desde el siglo pasado la literatura francesa. Aquí el clasicismo y el enciclopedismo habían encontrado favorable acogida en las clases ilustradas y pudientes; el romanticismo se extendió más, y, cundiendo como la mancha de aceite, lo empapó todo. La plenitud de acción de la literatura francesa sobre la española se ejerció de principios á mediados de este siglo. Acaso hoy va disminuyendo, pero sin que ninguna otra influencia de cultura general la reemplace, y sin que tampoco este fenómeno de minoración del influjo francés tenga por causa un florecimiento de casticismo superior al que hace veintitantos años, con la Restauración; antes fue último destello del sol poniente que aurora de un día glorioso.

Todavía puede afirmarse, sin embargo, que de la producción extranjera, apenas conoce España sino lo que viene de

Francia. Quien lo dude, gire una visita á las librerías españolas, y, si á tanto alcanza, registre también las inteligencias y observe de qué jugo están nutridas. Y no hablemos de la América española, donde el culto y la imitación de los maestros de la literatura francesa han llegado á extremos lamentables, viciando y corrompiendo en las producciones de los escritores jóvenes la forma y hasta la esencia. Quizás para esa generación, subyugada por sus admiraciones hasta sacrificarles la independencia, prenda á todas superior en el orden intelectual y también en los demás órdenes de la vida, ofrezca algún atractivo y provecho un estudio sereno y breve de las escuelas novísimas y de sus orígenes. Tal es el fin á que he mirado al recoger, coordinar y completar estos apuntes, base de mis lecciones en la Cátedra de Literatura extranjera moderna en la Escuela de estudios superiores del Ateneo científico y literario de Madrid.

EL ROMANTICISMO

I

Orígenes.—Juan Jacobo Rousseau.—Bernardino de Saint-Pierre. Andrés Chénier.—Chateaubriand.

Si la palabra *romanticismo* se ha definido de mil modos, y en todos ellos hay su parte de verdad; si para unos es la juventud en el arte, para otros la infracción de las reglas, para Víctor Hugo el liberalismo, para la Stäel la sugestión de las razas del Norte, y para un crítico moderno—perogrullescamente—lo contrario del clasicismo, con la historia en la mano no puede negarse que, al menos en su primer período, el romanticismo en Francia representa, entre otras secundarias, tres direcciones capitales: la apoteosis y sentimiento de la naturaleza, el individualismo y el renacimiento religioso.

Es un fenómeno muy complejo y no cabe en él la coexistencia del soñador romanticismo alemán, del tradicionalista romanticismo español, del aristocrático y altanero romanticismo inglés, del romanticismo patriótico italiano, y dentro de cada uno de esos romanticismos nacionales, de centenares de romanticismos individuales, acaso los más legítimos, transmisibles á la colectividad por modo misterioso. De puro sabido es vulgar decir que el romanticismo literario moderno apareció en tierra sajona antes que en los países latinos; pero en Francia se dió el caso de que, mientras los que indagan las condiciones peculiares del genio francés estiman que son opuestas al romanticismo y de molde para lo que llama Brunetière la formación del ideal clásico, los hechos demuestran cómo la tradición literaria y artística francesa en la Edad Media, desde las canciones de gesta y los libros de caballería hasta las iglesias góticas, es romántica pura, y los afiliados al Cenáculo romántico, al ir á contemplar á la luz de la luna las torres de Nuestra Señora, no hacían más que eslabonar el presente al pasado.

La corriente del Renacimiento arrolló el romanticismo medioeval, y al salir del período de imitación clásica y erudita, aparecieron en Francia de realce ciertas cualidades, por las cuales ha solido caracterizarse la nacionalidad literaria francesa. Dotes de claridad, de exquisito gusto, de amabilidad, de buen sentido, de equilibrio, disciplina y orden en la composición y trabazón de las obras; condiciones que podemos llamar *antirrománticas,* brillaron en la literatura francesa durante sus siglos de oro, el XVII y la primera mitad del XVIII. La agitación intelectual que precedió á la tremenda crisis revolucionaria, vino á romper la majestuosa armonía de aquella noble y elegante literatura, y en parte alguna el romanticismo llegó tan á su hora como allí, brotando sobre el terreno candente, removido y empapado en sangre.

No falta hoy en Francia quien pretenda derivar el romanticismo de los propios clásicos del siglo XVIII, encontrando

en la delicada psicología de Racine, en el nihilismo cristiano de Blas Pascal, en el sentimentalismo de la *Calipso* de Fenelón, en la solemne melancolía de Bossuet, anillos de la cadena. Para el que ve desde afuera y sin prurito de amor propio nacional, el romanticismo francés nace en el siglo XVIII, con Juan Jacobo Rousseau, Bernardino de Saint Pierre, y una novela del abate Prevost, *Manon Lescaut*. No olvidemos una influencia prerromántica, insinuante como el olor de la violeta, y más moderna de lo que se cree, porque exaltó la sensibilidad en una época de seca galantería y helada corrupción: me refiero á las *epistolistas*—del género de la señorita de Lespinasse—(1), autoras de cartas apasionadas, mujeres que presintieron el código moral de toda la dilatada progenie de Rousseau: la consagración del sentimiento, la santidad de la pasión, el lirismo individualista que hace de un corazón eje y centro del mundo.

La Enciclopedia, ó con mayor exactitud, el espíritu enciclopédico, que es centrífugo, irradiando fuera de la nacionalidad, servía de puente entre la época gloriosa de los últimos clásicos y la naciente ebullición romántica. Si á primera vista parece lo más opuesto al romanticismo, realmente no hay salto: es transición perfectamente caracterizada la Enciclopedia. El instinto de independencia del escritor, reprimido bajo la protección de la monarquía, se revela en la empresa enciclopédica, y desde entonces las letras son un poder social, una fuerza libre. También desde entonces la cultura europea las penetra y las modifica profundamente. El pensamiento literario y científico de Inglaterra se enseñorea de Francia por medio de los enciclopedistas.

A su generación pertenece el que por unánime parecer de los críticos puede gloriarse de haber iniciado el romanticismo: el influyentísimo y contagioso Juan Jacobo Rousseau (2).

(1) Las cartas de la señorita de Lespinasse no vieron la luz hasta 1809.

(2) Juan Jacobo Rousseau. Nació en Ginebra en 1712. Murió en Ermenonville en 1778.

No cabe aislar en Rousseau los escritos y el carácter, porque nadie se retrató y tradujo al escribir como el autor de las *Confesiones*. No se le puede leer con desinterés; se le ve en cada párrafo. No infunde estimación, y á veces la misma simpatía se trueca en repugnancia; otras subyuga y persuade á fuerza de elocuencia y de esa ingenuidad que atrae irresistiblemente, aunque subleve al llegar á los límites del cinismo. Sus miserias físicas y morales ayudaron al desarrollo de su genio; por tal procedimiento forma la naturaleza las perlas, hiriendo y enfermando el nácar de la valva perlífera. Plebeyo en una sociedad linajuda; pobre en una época de sensualismo; vagabundo, envilecido, depravado, aquí lacayo, allí dómine, casi siempre vago sin oficio ni beneficio; mortificado en su amor propio, magullado en su ingénita soberbia, enfermo desde la cuna y con una mente que envenenaba los goces aun no gustados; presa del delirio de persecución y las negras sospechas que engendra la vesania, diríase que nació Juan Jacobo para enseñar á todo un siglo la triste ciencia de devorarse el corazón y para suscitar la juventud *que no ríe*, los aburridos, los fatales, los frenéticos y los suicidas. Con tanto como se ha hablado de la carcajada estridente y del gélido excepticismo de Voltaire, es preciso reconocer que, descartada la broza de sus ya caducas impiedades, Voltaire ofrece una lectura más sana y fortificante que Rousseau. Sin embargo, el heraldo de los tiempos nuevos en literatura no es el gran prosista autor de *Cándido*, sino el poeta en prosa autor de *La Nueva Heloisa*.

Uno de los procedimientos seguros para definir el papel y oficio que desempeñó Juan Jacobo es compararle á Voltaire, que le disputaba la dirección del siglo. Voltaire se lee con más gusto que Rousseau á sangre fría; pero adviértase que el siglo empezaba á perderla, y á sentir obscura y dolorosa gestación de impulsos y necesidades que Rousseau se encargaba de expresar. Voltaire tenía brillante ingenio, Juan Jacobo carecía de él; Voltaire reía de todo con efusión maliciosa, Juan Jacobo tomaba en serio hasta los detalles grotescos de la comedia

humana y de la patología; Voltaire resplandecía de sentido común,Juan Jacobo no llegó á sospechar su existencia; en fin, y para no alargar desmedidamente el paralelo, Voltaire era un genio masculino, y Juan Jacobo, en un rasgo de lucidez crítica, dijo de sí mismo que tenía alma afeminada. Esa alma afeminada, tan pronto pasiva y resignada hasta la dulzura infantil como vehemente y tempestuosa hasta el delirio, es justamente el alma *romántica* por excelencia.

Hablo del alma de Juan Jacobo antes de hablar de sus escritos, porque sus escritos son puramente manifestaciones de esa alma turbia, á la vez acibarada y melosa; y el carácter de enérgica expresión individual de tales escritos ratifica su derecho á inaugurar el romanticismo. Un muchacho humilde, hijo de un relojero ginebrino, especie de Gil Blas de Santillana; un literato hambrón que vive de copiar música, llega á ser ídolo de su siglo, únicamente por haber sabido revelarse á sí mismo algunas páginas vibrantes de lirismo y sinceridad. En tanto que Voltaire, Diderot, d'Alembert, los Enciclopedistas, querían recorrer á galope la vasta extensión de los conocimientos humanos, crear la Suma moderna, Rousseau ahondaba en su propia alma y les vencía. La revolución política y social, anunciada y preparada por los Enciclopedistas, vino impregnada de Rousseau: ¿y qué diremos de la revolución literaria?

Un fenómeno moral provocante á risa, manantial de donaires para la musa cómica, fue, si no el único, el principal factor literario en Rousseau: la timidez. Temperamento muy combustible, espíritu sentimental—digan lo que quieran algunos críticos empeñados en negar á Rousseau hasta las cualidades de sus defectos,—sólo en la literatura acertó á revelarse. Cohibido siempre ante las mujeres, y más cohibido cuanto más prendado, buscó desahogo en la música y en la página escrita, y así, finalmente, pudo conseguir la completa expansión presentida en la juventud y ansiada con entera conciencia en la edad madura. «Hago—decía en sus *Confesiones*—lo que no hizo nadie: mi ejemplo es único; muestro patente mi interior, tal

cual lo has visto tú, oh Ser Supremo.» Y es verdad: antes de Rousseau no existían *pelícanos*. Después sí: larga serie de poetas veremos desfilar, arrancándose las entrañas para ofrecerlas al público sangrando aún.

No queriendo citar de ningún autor sino las obras realmente significativas, de Rousseau señalaré las siguientes: *Discurso sobre las ciencias y las artes—Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad—Carta sobre los espectáculos—Emilio—La Nueva Heloísa—El Contrato Social—Las Confesiones.* Los cuatro últimos son libros fundamentalmente innovadores y disolventes: crean una época, barren la anterior. *Emilio* desbarata la antigua pedagogía; *La Nueva Heloísa* abre senda á la pasión y entierra la galantería caduca, con ritornelos de minué; *El Contrato Social* prepara la obra de la Convención y la declaración de los *Derechos del hombre;* las *Confesiones* fundan el subjetivismo romántico. No puede hacerse más con menos derroche de tinta.

Y cabe añadir: con menor cantidad de ideas. Contadas, —pero de extraordinario dinamismo en aquel momento,—fueron las ideas propagadas por Rousseau, ó si se quiere sus utopias. En distinta forma que Diderot, afirmaba la inocencia primitiva del hombre y un estado anterior á la civilización, en que todo era paz, pureza, armonía y virtud. La sociedad se encargó de pervertir á un ser venturoso y noble, muerto para la dicha y el bien desde que trocó la vida de desnudez en las selvas por la ignominia del traje. La cultura es el mayor enemigo de la verdad. Las ciencias y las artes, la literatura, los teatros, los museos, cuanto creemos que embellece el existir, lo corrompe y deprava. Tal fue la tesis de Rousseau, y no es mucho que Voltaire, con la ironía de su buen sentido, dijese que al leer tales lucubraciones entraban deseos de ponerse á cuatro patas.—La gente hizo más caso al utopista que al cuerdo. De esta concepción de los orígenes de la sociedad, que no parece sino inspirada en el que Cervantes llama inútil razonamiento de Don Quijote á los cabreros (tan acorde con las

doctrinas de Rousseau hasta en lo referente á moral sexual), se derivó la filosofía del derecho político del *Contrato,* el individualismo socialista, la negación de la autoridad y de la propiedad,—la protesta que lógicamente había de formular el ciudadano suizo contra el jerárquico Estado francés.—Debe tenerse en cuenta que Rousseau no era realmente lo que se llama un revolucionario; no aconsejaba que se destruyese, antes que se conservase, lo existente; bien se lo echaron en cara sus amigos de un día, los que entonces ostentaban el calificativo de *filósofos,* y que, al contrario de Rousseau, creían firmemente en la necesidad de la convulsión política, en el advenimiento de tiempos mejores y en el triunfo final de la razón, por la libertad, panacea soberana. La oposición entre la democracia y el socialismo estaba iniciada desde el disentimiento de Rousseau y los enciclopedistas, y Proudhon no necesitó, para emitir su famoso axioma, sino empaparse en el Discurso sobre el *Origen y fundamento de la desigualdad.*

El *Contrato* supone que el hombre, al asociarse—con plena conciencia de sus derechos—ha pactado y estipulado condiciones. «Es — escribe Pablo Albert (1), severísimo censor de Rousseau — la supresión de la libertad en pro de la igualdad; la Esparta de Licurgo propuesta como ideal; la intolerable confusión de las sociedades modernas con las antiguas. Los ciudadanos espartanos tenían esclavos..... nosotros no; los esclavos sufrían el peso de la asociación, sin formar parte de ella.» A pesar de fundarse en una hipótesis gratuíta, la acción de *El Contrato* fue inmensa y duradera, así en los hechos históricos como en el pensamiento científico. Un sabio profesor español, Dorado Montero, ha podido decir con exactitud que fue el influjo de Rousseau tan absoluto y visible, que no hubo pensador que se sustrajera á él, aun los que se proponían combatirlo; hallándose no pocos economistas y filósofos contem-

(1) *La litterature française au dixhuilième siècle.*

poráneos, no inspirados, saturados de la doctrina de *El Contrato social*.

En la misma tesis que los *Discursos* y *El Contrato,* hállase inspirado el *Emilio*. Puesto que el hombre nace bueno y es la sociedad la que le pierde, la mejor pedagogía será la que más le aproxime á la naturaleza. Dejar al niño entregado á sus instintos; suprimir castigo y premio; no darle enseñanza religiosa, ni científica, ni literaria. Al lado de tan extraño sistema, que convertiría al alumno en un Segismundo, criado como las fieras, hay en el *Emilio* algo muy provechoso á la generación que tan ávidamente leía y con tal fanatismo se dejaba guiar por la novela pedagógica de Rousseau. No me refiero á los preceptos concernientes á la lactancia materna, al aprendizaje de un oficio manual (1), ni á la enseñanza intuitiva — aunque nadie pueda negarles originalidad en aquel momento: —aludo al sistema de fomentar el desarrollo físico y las energías vitales en el alumno; porque si bien se mira, y descartando afectaciones hoy candorosas, lo que se deduce del *Emilio* es la obediencia á las leyes naturales, y la máxima de que la *institución humana* debe anteponerse, y en último caso, sobreponerse á la *institución científica*. No he menester añadir que este principio late y predomina ya en los sistemas de educación de los países más vigorosos, por ejemplo, Inglaterra, y que en muchos respectos Spencer es discípulo de Rousseau.

Considerando que el talento de Rousseau está más condicionado por los impulsos de la voluntad (en cuanto sentimiento) que por el raciocinio, no parecerá extraño que los libros suyos que conservan mayor frescura, sean aquellos en que ni aun pretende filosofar: una novela y una autobiografía: *La*

(1) Puede parecer curioso, como señal del eco prolongado que despertaron los escritos de Rousseau, que todavía las doctrinas del *Emilio* hayan sido causa de que el conde de Pardo Bazán, padre de quien esto escribe, á la vez que estudiaba Derecho, aprendiese el oficio de encuadernador.

Nueva Heloisa y las *Confesiones*. Aunque el lirismo sensual de Rousseau asoma su oreja de fauno en otros escritos, en estos se ostenta con indecible seducción agitadora, más peligrosa cuando el romanticismo iba á caer como rocío de fuego. Los que hoy leemos á Rousseau, estamos, por decirlo así, vacunados mediante una sueroterapia de lecturas sugestivas, y antes que á contagiarnos propendemos á notar y satirizar el énfasis risible, la fraseología anticuada, la declamación, todo lo que marchita y encanece á un libro recargado de las sensiblerías de la época que, entre apologías de la inocencia y la virtud, iba á recibir de los Saint Just y Robespierre, lectores de Rousseau, el bautismo de sangre; y con todo eso, en ciertos pasajes, por ejemplo, la Carta XIV y la XXXVIII de la primera parte de *La Nueva Heloisa,* ó los recuerdos de la infancia en las *Confesiones,* nos sentimos subyugados y comprendemos la fascinación. La novela psicológica y pasional, que ha llegado actualmente á perfección intachable, no tiene el calor y la sinceridad íntima de *La Nueva Heloisa,* sin duda utopia extravagante y quimérica, pero, en su primera parte, filtro. La vivacidad de las pinturas, que nunca rayan en impudor ni menos en grosería, debió de parecer, y era, decencia y delicadeza, en aquel siglo acostumbrado al desenfreno del estilo y á los madrigaletes eróticos; y Julia y Saint Preux trajeron una ráfaga ideal.

Es verdad trillada que á un escritor no se le comprende si no se le coloca en el ambiente de su época. Juan Jacobo, dado el tiempo en que vivía, no fue libre en la frase, si exceptuamos algunos pasajes de subida crudeza que se encuentran en las *Confesiones*. Su estilo revela, por el contrario, prurito de elevación y nobleza. A no ser así no se explicaría que subyugase la imaginación de las mujeres, encontrando en ellas rendidas admiradoras, sectarias incondicionales. Y no eran las mujeres del siglo de Rousseau ovejas del dócil rebaño, sino seres inteligentes y apasionadísimos. De Rousseau aprendieron el romanticismo de la maternidad, y las dos más ilustres

de Francia en este siglo, la Stäel y Jorge Sand, en Rousseau se moldearon, sin hablar de aquella animosa Roland, que reprodujo fielmente el tipo de *Julia.*

El estilo de Rousseau, musical y pintoresco, sujeto á la retórica de su época, la sufre impaciente y se desborda. Él hizo de la prosa y de la poesía dos hermanas siempre en litigio: la que llamamos prosa poética, con sus bellezas y defectos, es creación de Rousseau; la veremos llegar al límite de la sonoridad y del colorido en la pluma de Chateaubriand.

El ansia de expresar afectos y sueños que en la vida real la timidez comprimía dolorosamente; la protesta contra una sociedad á la cual oponía el estado primitivo, la idílica edad de oro, y el deismo exaltado, el culto del *Ser Supremo* contra el de la *Diosa Razón;* estas tres formas del sentimiento y del pensamiento de Juan Jacobo, se reunen para crearle iniciador del culto de la naturaleza, cuya vista y contemplación le causaba transportes semejantes á los transportes amorosos. También la afición al campo, para decirlo llanamente, se ha vulgarizado, y ha llegado á ser patrimonio del último burgués; pero entonces la jardinería, como la pedagogía, se encerraba en un conjunto de reglas para recortar, alinear, desfigurar en suma la obra de Dios, y no era dogma establecido que el paisaje más hermoso es el más intacto. Sentir el campo como se siente la música, que arrulla y excita, que produce simultáneamente languidez y embriaguez, tampoco era entonces costumbre ni aun de los que se pasaban la vida rimando mitológicas simplezas. Rousseau trajo la llave de oro de un mundo mágico. Por vez primera un paisaje escrito fue un estado de alma. Sobre el lienzo Watteau había dado esta nota de profunda poesía: Rousseau la dió en el papel, abriendo la misma senda á pintores que habrían de sobrepujarle en fuerza descriptiva y en resonancias del alma de las cosas: Bernardino de Saint Pierre y Chateaubriand. No fue en Rousseau un lugar común de retórica aquel sentimiento de la naturaleza que comunicó á la literatura. Hay críticos que señalan como fecha memora-

ble para la renovación literaria la del día en que madama de Warens dijo á Juan Jacobo, señalando á una florecilla azul: «¡Pervinca!» grito que Juan Jacobo repetía enajenado muchos años después. Y es que para su imaginación era un sortilegio la naturaleza. Él nos lo dice, en uno de sus momentos de plena sinceridad: «Mi fantasía, que se exalta en el campo y bajo los árboles, languidece y sucumbe en la habitación, bajo los pontones de un techo. Muchas veces he lamentado que no existiesen Driadas; de seguro que entre ellas me hubiese fijado yo».

Bernardino de Saint Pierre nació en el Havre en 1837; murió en Evagny en 1814. Aunque menos influyente que Juan Jacobo, el autor de *Pablo y Virginia* es tipo expresivo como pocos; en él se ve con claridad la transición del siglo XVIII al XIX. He aquí la fácil genealogía literaria de *Pablo y Virginia:* esta novela es hija de *Robinson,* madre de *Atala* y abuela de *El casamiento de Loti* y *La señorita Crisantelmo.* En las letras, como en la naturaleza, no hay generación espontánea ni saltos: todo libro nace de otro libro, toda idea de otra idea, sin detrimento de la verdadera originalidad, que consiste en el *carácter individual* de las obras.

Bernardino de Saint Pierre aplicó al amor la utopia de Rousseau, pintando el amor en el seno de la naturaleza, lejos de la sociedad, que todo lo marchita y corrompe. Los criollos Pablo y Virginia, inocentes capullos acariciados por la brisa de los trópicos, cargada de aromas de limonero en flor, al ponerse en contacto con la sociedad sucumben. Tal es el asunto del idilio que hizo derramar lágrimas al oficial de artillería que se llamaba Napoleón Bonaparte. El autor traducía en el tierno episodio, entresacado de los *Estudios de la naturaleza*, sus propias aspiraciones: toda la vida soñó Bernardino poseer una isla desierta como la de *Robinson*, fundando en ella una colonia para refugio de las gentes desgraciadas, *virtuosas* y *sensibles*—la jerga de entonces,—y ejerciendo la dictadura; quimera que estuvo á pique de convertirse en rea-

lidad cuando esperaba de la gran Catalina de Rusia, enamoriscada de él según dicen, una concesión de terreno á las márgenes del lago Aral, donder enovar la edad de oro é instituir el Edén. Aunque misántropo y alucinado como Juan Jacobo en la segunda mitad de su vida, no fue tan amargo ni tan receloso Bernardino; conoció afectos de familia sinceros y dulces, y su inspiración pastoril, oreada por el soplo de la musa de Virgilio, hizo de él un incomparable paisajista. Sus paisajes son sobrios, finos de color (como diríamos hoy), dulces, blandos; sus comparaciones siempre felices y apropiadas, y su fantasía casta, melancólica y riente á la vez. Modelo de belleza tomada directamente de la naturaleza misma es aquel encantador pasaje referente á la niñez de Pablo y Virginia, aquella intimidad en la cuna que les predestina, por decirlo así. Todavía hoy se lee con delicia la comparación de los dos brotes de árbol y el medallón de miniatura de los dos niños «desnudos, que apenas pueden andar, cogiditos de la mano y por los brazos, como suele representarse la constelación de Géminis».

Del que escribió un idilio tan tierno y supo despertar la sensibilidad y hacer derramar más lágrimas por la criolla Virginia que nunca fueron derramadas por la griega Ifigenia, se ha dicho lo mismo que de Rousseau: que su vida estaba en abierta contradicción con sus escritos, su estilo con su verdadero carácter. Apologista del amor puro y desinteresado, Bernardino de Saint Pierre, por cuenta propia se pasó la mocedad y aun la edad madura buscando boda fastuosa, mujer rica é ilustre. Sus viajes, su hermosa presencia, le prometían en tal aspiración feliz suceso; pero lo cierto es que Bernardino de Saint Pierre consiguió triunfos de galantería, sin lograr el casamiento brillante con que soñaba. Si la princesa rusa María Miesnik accede á santificar ante el ara unas relaciones secretas, es probable que los *Estudios de la Naturaleza* jamás hubiesen visto la luz.

Lástima grande sería, porque Bernardino de Saint Pierre, cuyo mal sino literario —dice con razón un eminente crítico

—ha sido llegar á la palestra después que Rousseau y antes que Chateaubriand, es superior á aquél por la precisión y acierto del pincel, y á éste por la suavidad y delicadeza del sentimiento. Muy olvidado está hoy, y hasta puede decirse que una capa de ridículo ha recaído sobre las deliciosas escenitas de la historia de *Pablo y Virginia;* pero ¿acaso se lee más la *Nueva Eloisa*? ¿Acaso el ardoroso episodio de *Veleda,* acaso los amoríos y la muerte de *Atala* no duermen en el mismo cenotafio, donde, excepto algunas obras contadas y señaladísimas del humano ingenio, paran todos los libros que un día agitaron el espíritu y concretaron el ensueño de una generación? Cada libro eficaz produce un movimiento, hace pensar ó sentir, ó las dos cosas á la vez, y, causado lo que causar debía, va primero á la penumbra, luego á la sombra. Su efecto continúa, manifestado en otros libros, en la impulsión general de una época. La primer prolongación visible de la escuela de Saint Pierre, son Chateaubriand y Lamartine.

Lo mismo que Rousseau, Bernardino de Saint Pierre era deista, admirador de la obra divina, convencido de su finalidad, que predicaba sin descanso: y estos deistas de fines del siglo XVIII, de un racionalismo optimista y reverente, fueron precursores de la gran reacción católica, que trajo de la mano el romanticismo. En sus *Estudios de la Naturaleza* Bernardino de Saint Pierre fustigaba á los ateos, y esta obra, demostración sistemática del orden providencial en lo creado, vino á su hora, antes del *Genio del Cristianismo;* no es extraño, sino característico de aquel momento, que, por ella, el clero pensase señalar á Saint Pierre una pensión, considerándole el mejor apologista y el mejor argumento contra los Enciclopedistas y Buffon.

Entre los precursores del romanticismo hay quien cuenta á Andrés Chénier (1): yo no veo en él, salvo el espíritu de inde-

(1) Andrés María de Chénier. Nació en Constantinopla en 1762; murió en París en 1794.

pendencia, elemento romántico alguno (1). En los parnasianos modernos podría comprobarse influencia suya: no en Chateaubriand, ni en Lamartine, ni en Vigny, ni en Hugo. A pesar de la autoridad de Sainte Beuve, que no se equivocó en esto sólo, y que por otra parte multiplica los distingos; á pesar del culto que algunos románticos consagraron á la memoria de Chénier sin imitarle, el autor del *Oaristis* no es sino el último clásico, si esta palabra no se toma en un sentido estrecho y no se reduce á lo que significaba allá por los años de 1830, entre el fragor de la batalla. El error de afiliar á Chénier en la falange romántica tal vez nace del dramático fin del poeta. Precursor nunca podría haberlo sido: sus poesías no vieron la luz hasta un cuarto de siglo después de su muerte; y antes de su publicación se escribieron las *Meditaciones* de Lamartine. Que se recibiesen con admiración las poesías de Chénier, nada tiene de extraño; al fin picaba más alto que el criollo Parny y que Delille: era justo saludar á aquella musa semi-helénica, vigorosa, estatuaria, joven con la eterna juventud de la hermosura y de la serenidad griega, graciosa y tierna al estilo de la antigüedad, y vibrante además, como moderna al fin, como impregnada, á pesar de un ideal de tranquila moderación, de las esperanzas y los dolores de su edad. Mas de esto á que influyese en el romanticismo, de esto á que apareciese renovando la poesía francesa, va gran distancia, aun consideradas sus innovaciones rítmicas y reconocida en él más libertad de forma que en el mismo Lamartine. Lo romántico de Chénier fue su muerte. Cada período literario tiene sus modas, y así como en tiempo de Rousseau y Bernardino de Saint Pierre se llevaban las islas desiertas ó pobladas de virtuosos salvajes, en 1820 se estilaban los poetas incomprendi-

(1) La opinión que aquí formulo sobre Chénier es la misma que figura en mis Lecciones del Ateneo, profesadas hace más de tres años. Me ha confirmado en ella ver que es la del eminente Brunetière, en obras recientes como el *Manual* de Historia de la literatura francesa.

dos y sacrificados: Chénier se convirtió en el «cisne que asfixia la sangrienta mano de la revolución:» Así le pinta Alfredo de Vigny, en su novela simbólica *Stello*. Y es el caso que el cisne, según refieren sus biógrafos (1) era un hombre asaz feo, atlético, robusto; que la Revolución no le arrancó de su nido para acogotarle, pues él estaba metido hasta el cuello en la batalla, y era punto menos revolucionario, aunque no fuese terrorista, que los que le enviaron á la guillotina. Bella es la muerte de Andrés Chénier, y digno de un contemporáneo de Leónidas el modo como la arrostró, despreciándola; pero en nada se parece al lánguido cisne del romanticismo el que escribe desde la prisión: «Sólo siento morir sin revolcarles en el fango, sin vaciar la aljaba.» «Oh mi tesoro, pluma mía, hiel, bilis, horror, númenes de mi existencia! ¡Sólo respiro por vosotros!»

Si el vino poético de Andrés Chénier procede de un ánfora antigua, su pensamiento es de su tiempo, y lo es hasta en los resabios y amaneramientos, marca indeleble del siglo XVIII; late en él el espíritu de la Enciclopedia. Chénier era, dice Chênedollé, *ateo con delicia*; uno de aquellos ateos estigmatizados por Bernardino de Saint Pierre y Rousseau. La fe le parecía superstición, los sacerdotes embaucadores de oficio; y para que no le falte ningún requisito de su época, uno de aquellos ardientes metales que Chénier tenía preparados con el fin de fundir campanas rivales del trueno; era un poema condenando las tropelías y atrocidades de los españoles en América, por lo cual debemos congratularnos de que tan denigradora y calumniadora campana no haya llegado á fundirse, y repetir, por distinta razón, las palabras de Alfredo de Vigny: «Me siento consolado de la muerte de Andrés Chénier, ahora que sé que el mundo que se llevaba á la tumba era un poemazo interminable titulado *Hermes*. Iba á desmerecer; allá arriba lo sabían, y le pusieron punto final.»

(1) Paul Albert: *La litterature française au XIX^e siècle.*

Baste á la gloria de Andrés Chénier, más que el dudoso título de precursor del romanticismo, el legítimo dictado de gran palafrenero del caballo Pegaso en el siglo XVIII. A no ser por Chénier, tal siglo podía calificarse de prosáico; Chénier le redimió de la nota de esterilidad y sequedad en la poesía rimada. El siglo, considerado en sí mismo, en su hervor de ideas, de quimeras, de utopias, encerraba materia poética suficiente. Aislado Chénier entre sus contemporáneos por el anhelo de buscar la antigüedad en sus veneradas fuentes, y de coser, como él declara, retazos de ajena y noble púrpura á su manto, se enlaza con su época, pasando por el Renacimiento, por la íntima complexión de su alma. Los horizontes que se abrieron al arte después de la Revolución, ni sospecharlos pudo Chénier.

Aunque en Francia existía, desde la Edad Media y desde la pléyade ronsardiana, fuego escondido de romanticismo, Dios sabe cuánto tardaría en producirse la erupción del volcán, á no ser por los cataclismos políticos y sociales que cuartearon la tierra. Para reconocerlo, es preciso recordar el estado de Francia antes de 1793, y cómo lo que después se llamó *antiguo régimen* había formado á su imagen y semejanza la literatura. Cierto que en los últimos años del reinado de Luis XV y en el de Luis XVI principió á disolverse la unidad y á alterarse la armonía; pero, con grietas y todo, estaba en pie el sólido edificio, y pasmaba la regularidad de sus columnatas, la grandeza de sus pórticos, la elevación de sus techos de cedro, la majestad de sus cúpulas de mármol y la elegancia de sus estatuas y vasos de alabastro, enredados de floridas guirnaldas. Sin figuras: Francia, antes de la Revolución, era coherente, redonda, católica, monárquica, académica, cortesana, culta, sujeta naturalmente al principio de autoridad en los diferentes órdenes de la vida; su literatura, fruto de semejante estado social, tenía, por lo mismo, hondas raíces, era nacional y orgánica. Las revoluciones no se cuidan de renovar las letras, y ellas se renuevan sin embargo; los revoluciona-

rios en política suelen ser conservadores y hasta reaccionarios en literatura, y no les vale; si la república roja trajo una literatura nueva, fue por casualidad, á despecho del clasicismo y del arcaísmo á que rendían parias los terroristas; pero lo que sólo pudieron anunciar Rousseau y Bernardino de Saint Pierre, lo trajo por fin la Revolución con las matanzas, el regicidio, la proscripción de la nobleza, las guerras civiles y de la frontera, la mascarada del Directorio y la epopeya del Imperio.

Este período histórico de la Revolución es sobrado conocido en su grandeza y en su puerilidad, en sus rasgos sublimes y en sus abusos detestables, para que lo reseñemos. Ni importa á mi asunto más que una consideración: la del estado moral de Francia cuando, desangrada y rendida, se entregó sin condiciones á Bonaparte. Que lo explique un elocuente párrafo de Lamartine: «Los terremotos causan vértigo: el pueblo, viendo derrumbarse á la vez el trono, la sociedad, los altares, creyó que venía el fin del mundo. El hierro y el fuego habían devastado los templos; la impiedad había renovado las persecuciones; el hacha había herido al sacerdote; la conciencia y la oración tuvieron que ocultarse como crímenes; *Dios era un secreto* entre el padre, la madre y los hijos; la persecución hizo al sacerdote simpático, la sangre santificó el martirio; escombros de templos cubrían el suelo y parecían acusar de ateismo á la tierra. El mundo estaba triste como suele estar después de un gran sacudimiento; inquieta melancolía reinaba en la imaginación, y se esperaba un oráculo que revelase al género humano el porvenir.» En sazón tan propicia apareció el vizconde de Chateaubriand con el *Genio del Cristianismo* (1).

¡Cuán lejos de nosotros está ya el memorable libro! El autor mismo pudo presenciar su caída y lamentarla. «Publiqué

(1) Francisco Renato de Chateaubriand. Nació en San Malo en 1768; murió en París en 1848.

el *Genio del Cristianismo*—exclamaba, con mal reprimida amargura—entre las ruínas de los templos. San Dionisio yacía abandonado: Bonaparte no pensaba aún en que necesitaría sepultura. No se veían más que escombros de iglesias y monasterios, y se tomaba á diversión ir á pasearse entre los derribos..... Estos tiempos han pasado; veinte años han corrido; vienen nuevas generaciones; gozan de lo que otros prepararon, y no recuerdan lo que costó la lucha. Han encontrado á la religión libre de los sarcasmos de Voltaire; á los jóvenes atreviéndose á ir á misa; á los sacerdotes rodeados de respeto; y creen que el milagro se hizo solo, que en esto no intervino nadie.....»

Notemos, antes de proseguir, un rasgo de la figura de Chateaubriand. O mucho me equivoco, ó Chateaubriand es el primer ejemplo de un tipo que después ha cundido bastante, *el apóstol láico* y *obispo de levita*. Aún no he acabado de decirlo, y ya recuerdo diferencias marcadísimas entre Chateaubriand y los obispos de levita que conocemos; y me apresuro á corregirme á mí misma, declarando que Chateaubriand fue únicamente el primer escritor láico que tuvo carácter de apologista del cristianismo, y que el papel de *obispo de levita,* inadecuado á su condición, quisieron encomendárselo las pasiones de partido, ávidas de estrujar hasta la última gota aquel talento poderoso, que hizo en un solo día, con un puñado de hojas impresas, obra más universal que Napoleón volviendo á abrir al culto el templo de Nuestra Señora. No pudo Chateaubriand desempeñar el papel: no tenía las virtudes de un santo para confundir á sus enemigos, que tampoco eran santos; de aquí el descrédito inmediato de su obra apologética. Triste suerte la de estos libros de circunstancias, que, pasada la sazón, ni se les agradezca la oportunidad.

Recordemos de dónde venía el nuevo Padre de la Iglesia Chateaubriand, que cuando publicó el *Genio* tendría, poco más ó menos, la edad de Cristo, era un hidalgo bretón, de familia más rica en blasones que en hacienda, y por supuesto,

legitimista y católica. Su niñez corrió á orillas de un mar donde arrulla la triste sirena del Norte, ó bajo los centenarios árboles del castillo de Comburgo, residencia llena de nostalgia, al borde de un lago. Una de sus primeras lecturas fueron las de Juan Jacobo, que le calaron hasta los huesos: por mucho que renegase después de tal influencia, nunca pudo echarla de sí.

Predispuesto por la raza, la familia y el medio á la melancolía, y organizado para cultivarla, Chateaubriand aparece atacado,—desde el vientre de su madre, dice él, pero seguramente desde la pubertad—de ese padecimiento que se ha llamado *el mal del siglo*, aunque se encuentra bien diagnosticado en el Eclesiastés: el tedio, el hastío, la convicción de lo inútil y vano de la existencia, que Salomón conoció después de agotar placeres y grandezas, y Chateaubriand, más desgraciado, probó cuando apenas empezaba á vivir. Analizando el alma de *René*—dice su mejor biógrafo—se encontrarían tres resortes ó móviles esenciales: (1) el hastío, insaciable y tenaz, el deseo, rápido como un relámpago, y el honor caballeresco, que se traduce en orgullo. El que iba á reconciliar á su patria con el Cristianismo, empezaba por donde había acabado Rousseau; tenía ya sobre su conciencia una tentativa de suicidio,—además de un sueño incestuoso.

Cuando se embarcó para América, llevaba, ya que no las ilusiones saturnianas de Bernardino de Saint Pierre, por lo menos una viva esperanza de inventar tierras, de desflorar comarcas, de saludar, como admirador entusiasta de *Pablo y Virginia*, una naturaleza vírgen, que le brindase líneas y colores para su paleta. Inverosímil parece que Chateaubriand sólo pasase en el Nuevo Mundo, que tanto lugar ocupa en sus obras, ocho meses á lo sumo. Una noche, á la luz de la hoguera del campamento, leyó un pedazo de periódico que refería el

(1) Sainte Beuve: *Chateaubriand et son groupe littéraire.*

cautiverio de la familia real y los progresos de la revolución. Sin vacilar, el hidalgo legitimista regresó á Francia y se presentó en el cuartel general de los príncipes. Llevaba en su mochila el manuscrito de *Atala*. Enfermo, extenuado, poco faltó para que sucumbiese en una marcha forzosa; y Sainte Beuve, aunque severo para Chateaubriand, al relatar este episodio se pregunta á sí mismo, sobrecogido de respeto involuntario, ¡cómo sería el siglo XIX á faltar tal eslabón de la cadena, á perecer hombre tal antes de que el mundo le conociese!

Mal restablecido pasó Chateaubriand á Londres, donde escribió un libro, el *Ensayo sobre las revoluciones,* que era la escoria depositada en su mente por el siglo XVIII, escoria que necesitaba echar fuera; uno de esos libros exteriores á su autor—por decirlo así—que no revelan la personalidad, sino la presión atmosférica. La muerte de su madre, la de una hermana, le hirieron en el corazón; lloró y creyó, son sus palabras. Alguien ha negado la sinceridad de esta conversión nacida del sentimiento; yo la encuentro, dado el carácter altanero de Chateaubriand, mucho más verosímil que una hipocresía y una comedia repugnante. Que su fe no pudiese parangonarse con la de un San Agustín; que su catolicismo estuviese picado del gusano; que fuese muy débil y muy pecador *René,* nadie lo negará; sin embargo, su imaginación y su voluntad de artista pertenecen al catolicismo, y no hay medio de ver calculado embuste en protestas tan enérgicas hechas por tal hombre. «No soy—exclama—un incrédulo con capa de cristiano; no defiendo la religión como un freno útil al pueblo. Si no fuese cristiano, no me tomaría el trabajo de aparentarlo: toda traba me pesa, todo antifaz me ahoga; á la segunda frase, mi carácter asomaría, y me vendería. Vale poco la vida para que la rebocemos en una farsa. Y ya que por afirmar que soy *cristiano* hay quien me trata de *hereje* y de *filósofo*, declaro que viviré y moriré *católico*, *apostólico*, *romano*. Me parece que esto es claro y positivo. ¿Me creerán ahora los traficantes en

religión? No; me juzgarán por su propia conciencia.» Por lo menos, le creyeron críticos que no se pasan de candorosos, y la caridad nos mandaría que le creyésemos también, si la razón no bastase para enseñarnos que, á pesar de ciertas aleaciones sospechosas, la obra literaria de Chateaubriand cristiana, es, en conjunto, no pagana ni racionalista. Cristiana, como pudo serlo en la hora que Dios señaló á su aparición, providencial en cierto modo; y tan cristiana, que sólo por el cristianismo llegó al romanticismo, siendo así que en estética Chateaubriand no soltó nunca los andadores clásicos, ni vivió un minuto en la Edad Media, cuya belleza no comprendía.

De vuelta en Francia Chateaubriand, preparó la publicación del *Genio del Cristianismo*, y antes la del episodio de *Atala*, del cual luego hablaremos, y que todos los que escriben acerca de Chateaubriand comparan á la paloma del Arca portadora del ramo de oliva, así como el *Genio* representa el arco iris, señal de alianza entre lo pasado y lo porvenir. Fue la aparición del *Genio* un maravilloso golpe teatral; anunciόse al público la obra el mismo día en que Napoleón hizo que bajo las bóvedas de Nuestra Señora se elevase el solemne *Te Deum* celebrando el restablecimiento del culto. En aquella ocasión Chateaubriand llamaba á Bonaparte «hombre poderoso que nos saca del abismo»; verdad que entonces no había fusilado al duque de Enghien. El efecto del libro fue inmenso: ni cabía más oportunidad ni más acierto en la hora de lanzar una apología completa, poética y brillante de la religión restaurada. Con el *Genio del Cristianismo* Chateaubriand sentaba la piedra angular de aquel magnífico renacimiento religioso que se extendió á toda Europa, y que, por no citar más que nombres familiares, produjo en España la filosofía de Jaime Balmes y el genio de Donoso Cortés . Del gran impulso de Chateaubriand procedieron especies sociales que hemos conocido aun hace poco en España: de 1868 á 1875, pulularon aquí los *neocristianos* y los *católicos de salón*, y aún ruedan por el mundo, entre los literatos frustrados y los desesperanzados

artistas, muchos tataranientos de *René* atacados del mal salomónico. La supervivencia de estas especies demuestra qué prolongada vibración, qué enorme círculo en las aguas propagó el *Genio del Cristianismo*.

Como ya este libro no se lee, diré que es una apología ó demostración de las creencias religiosas por medio del esplendor de su hermosura. Divídese en cuatro partes. La primera trata de los misterios y sacramentos, de la verdad de las Escrituras, del dogma de la caída, de la existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza—asunto favorito para un paisajista incomparable—y de la inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento. La segunda abarca la poética del cristianismo, de las epopeyas, de la poesía en la antigüedad, de la pasión, de lo maravilloso, del *Deux ex machina*, del Purgatorio y del Paraíso. La tercera trata de las Bellas artes: escultura, arquitectura y música; de las ciencias: astronomía, química, metafísica; de la historia; de la elocuencia; de las pasiones; la cuarta del culto, de las ceremonias, de la liturgia, de los sepulcros, del clero, de las órdenes religiosas, de las misiones, de las órdenes militares, y, en general, de los beneficios que al cristianismo debe la humanidad.

No cabe plan más vasto ni más alta ambición: es el mismo ideal de la Edad Media, la gran Suma, la Enciclopedia católica opuesta á la Enciclopedia negadora é impía; y en verdad que si Chateaubriand hubiese llenado este cuadro inmenso, en relación á nuestra edad, como Dante llenó el de la Divina Comedia en relación á la suya, Chateaubriand no sería un genio, sería un semidiós.

Si hoy recorremos las páginas de ese libro que removió á su época, que fue «más que una influencia», dice Nisard,—nos cuesta trabajo comprender su acción: sólo vemos sus defectos, la estrechez de sus juicios estéticos y literarios,—cuyo mezquino clasicismo demuestra hasta qué punto Chateaubriand era ajeno á las teorías del romanticismo, é inconsciente al fundarlo,

—la endeblez de las pruebas, la frialdad del estilo, lo trillado de los razonamientos, lo superficial de la doctrina. Es preciso, para que nos pongamos en lo justo, recordar que el *Genio del Cristianismo,* menos duro de roer que la *Divina Comedia,* no ha cesado de servir de texto fácil, y de ser diluído y saqueado en el púlpito y en la prensa católica, como advierte el mismo Chateaubriand; por eso nos parece que está atiborrado de lugares comunes, sin fijarnos en que no lo eran, sino, al contrario, novedades originalísimas, cuando aún enturbiaba el aire el polvo de las demoliciones de los templos. Una labor más fina, una dialéctica más acerada y altiva, una erudición sobria, pero más segura; una crítica más honda, un soplo más directamente venido de las cimas y del cielo, no conseguirían entonces lo que consiguió la obra de vulgarización religiosa de Chateaubriand.

Recibiéronla sus contemporáneos como la tierra seca recibe en estío el riego: la absorbieron con avidez. No hubo al pronto disidentes, ó si los hubo, no se atrevieron á levantar la voz; las críticas, algunas justas, fueron ahogadas; el *Genio del Cristianismo* armonizaba tan bien con las necesidades del momento, con las miras de Napoleón y con el temple conciliador del Concordato! La catolicidad de la obra cooperó á difundirla y á convertir un acontecimiento literario en acontecimiento religioso: cuando Chateaubriand, nombrado secretario de Embajada, pasa á Roma y solicita del Papa una audiencia, encuentra al Vicario de Dios leyendo el *Genio del Cristianismo.*

Nótese bien que un triunfo de esta clase no se parece á los triunfos literarios que presenciamos hoy. Ningún escritor moderno puede esperar que su mejor obra sea recibida como el maná; bien insensato el que soñase con el doble lauro de restaurar ó vindicar la religión y á la vez renovar la poética y las corrientes literarias. No se reproducirá probablemente el caso del *Genio del Cristianismo:* al contrario, según el siglo adelanta, la literatura va especializándose y aislándose hasta

convertirse en lo que califica un donosísimo escritor (1) de mandarinato: camino lleva de que lleguen á leerla sólo los que la escriben. El mismo Chateaubriand no podrá jactarse de conseguir dos veces en su vida tan feliz conjunción de astros. Siete años después de la publicación del *Genio*, da á luz la que cree su obra maestra, una epopeya concebida entre los esplendores de Roma, en el seno del catolicismo; una composición sin género de duda superior al *Genio,* aplicando las teorías expuestas en él: no incoherente como los *Natchez*, sino armónica, depurada, fruto de una madurez todavía juvenil: el poema de *Los Mártires*, embellecido por los castos amores y las gentiles figuras de Eudoro y Cimodocea, enriquecido como diadema de oro con una perla única, con el episodio de Veleda, breve y admirable; saturado de esas comparaciones y de esas imágenes que Chateaubriand rebuscaba en Homero, y conseguía engarzar en su estilo con encanto, si no con la sencillez augusta del inimitable modelo; poema en suma que marca el apogeo de un talento y la plenitud de una manera elevada y brillantísima. Pero el filtro ya no actuaba, el círculo mágico se había roto; las críticas fueron acerbas y crueles, tibio el entusiasmo; el público, según el dicho de Chênedollé, se venga en las reputaciones adultas de las caricias que les prodigó cuando estaban en la niñez. Hubo quien calificó á *Los Mártires* de «necedad de un hombre de talento», y Chateaubriand, con el corazón ulcerado, se despidió de las musas en las páginas del *Itinerario*. Resolvió consagrar la segunda mitad de la vida á la política y á la historia.

No nos despidamos nosotros todavía de lo que verdaderamente inspiraron á Chateaubriand las musas: *Atala, René* y el episodio de *Veleda*. Ni *Los Natchez*, aquél largo poema destinado á rivalizar con *Los Incas* de Marmontel; ni el *Genio del Cristianismo*; ni *Los Mártires*, ni el *Itinerario*, conservan su

(1) Lemaître.

ascendiente; pero la amante de Chactas; el mísero hermano de Amelia; la druidesa de la isla de Sen y el último Abencerraje, viven con esa vida singular que el arte comunica á sus creaciones, más duradera que el soplo fugaz prestado por la naturaleza al organismo físico de las criaturas. El romanticismo, como escuela literaria, ha pasado, aunque dejando raíces; pero hay, y es preciso que lo reconozcamos hasta los más prendados de la realidad, un romanticismo natural y eterno, que nos permite comprender y saborear lo mismo el episodio de Ugolino en la *Divina Comedia*, que los funerales de Atala ó el cuadro de Veleda pasando el lago en su barca entre el fragor de la tempestad. El juicio crítico puede reconocer los errores, los anacronismos, las inverosimilitudes de los episodios de René y Atala; puede condenar severamente que una apología del Cristianismo incluyese la perturbadora historia del corazón de René, corazón amasado de orgullo y de miseria, dice el mismo autor; puede enterarnos de que Chateaubriand, que tan arrebatadora descripción hace del río Missisipí, no lo había visto nunca, pues á lo sumo habría descendido en parte la corriente del Ohío; puede dar por imaginarios los osos beodos de tanto comer racimos, los papagayos verdes con cabeza amarilla, los flamencos rosa; puede asombrarse de que un salvaje como el Sachem ciego haya visto representar tragedias de Racine y escuchado las oraciones fúnebres de Bossuet; todo ello no importa: la verdad de Atala y de René, sobre todo de René, está más adentro, en la imaginación, en el sentimiento lírico, en la correspondencia del alma con la voz del poeta. No hay que negar á Chateaubriand este dictado porque escribiese en prosa: una prosa como la suya tiene derecho á desdeñar el verso, pues lo eclipsa. Su fantasía es un miraje en el mar; su estilo rico en colores, musical, sugestivo, va directamente á los nervios, y de los nervios al alma,—especie de Roma, en cuanto se puede ir á ella por todas partes.

Cuéntase que Bernardino de Saint Pierre, molestado por la fama de Chateaubriand, como éste más tarde por la de La-

martine, dijo en cierta ocasión: «No es extraño que se le vea más que á mí; yo sólo usé el pincel, y él usa la brocha.» Así cada generación reniega de la que le sigue; á su vez Chateaubriand detestaba á sus descendientes, legítimos representantes del romanticismo, devorados por el buitre de Prometeo. No tenemos para qué seguirle á la arena política, en que entró desnudando aquel puñal que, según frase de Lamartine, llevaba cosido al forro de su ropa, y que según el dicho de Luis XVIII valía por un ejército: la terrible invectiva titulada *De Bonaparte y de los Borbones*. Dejémosle luchar y envejecer de mala gana y contra todo su talante, siempre altanero y melancólico, asociando su prestigio de ex-rey de las letras al de una ex-reina de la hermosura, hasta que las olas del mar que de niño le entristecieron el alma, al azotar su tumba abierta en un escollo y señalada por una cruz, arrullen su eterno sueño.

Emilia Pardo Bazán.

POETAS AMERICANOS

I

EN EL TEATRO

¡Qué hermosa estabas en el teatro anoche!
Entreabierto el vestido que te escuda,
Eras la rosa que rompió su broche
Para quedar á plena luz desnuda.
Te ví sumida en abstracciones hondas,
De las que sólo tu mirar arranca,
Surgiendo audaz de tus nevadas blondas
Como otra Venus de la espuma blanca.
Contemplé tu garganta cimbradora,
Con la que siempre mi pasión asedias;
Tu negra cabellera onduladora;
Tu henchido seno descubierto á medias;
Tu hombro tallado por artista griego;
Tu brazo escultural, hecho de nieve;
Tus labios rojos como el mismo fuego;
Tu esbelto talle que á estrecharle mueve.
¡Qué hermosa estabas, como nueva Gracia,
Entre oleadas de luz y de perfume,

Despertando un amor que no se sacia,
Que en anhelos sin nombre se consume!
Al mirarte en tu palco tan radiosa,
Envuelta en claridades de alboradas,
Con tus formas espléndidas de diosa,
Siendo blanco de todas las miradas;
Yo, que te adoro, entre la sombra oculto,
Dulce objeto de todos mis desvelos,
Viendo á la luz lo que formó mi culto,
¡Perdona que lo diga!, tuve celos.
¿No te sentiste de vergüenza roja,
Cuando al llevar tan atrevido escote
Escuchaste con íntima congoja
Torpe lisonja ó flagelante mote?
¿No sintieron tus carnes de alabastro
Bocanadas de fuego, por ventura;
Ni te ha quedado el asqueroso rastro
De tantos ojos de mirada impura?
Cuando agitaste el abanico inquieto
Para que nadie tus pudores vea,
¿Fue porque al descubrir tanto secreto
De rubor la mejilla se caldea?
¿A qué viene ese afán de profanarte,
De estar contigo misma en cruda guerra,
Cuando no necesitas desnudarte
Para ser la más linda de la tierra?
Si quieres conservar limpio el tesoro
Que hoy el mundo sensual te mancha y roba,
Tiene la castidad su llave de oro
Para el tibio recinto de tu alcoba.
Allí, arropada en vaporosas nubes,
Despliega sin temor tus níveas galas;
Y cuando te adormezcas, los querubes
Bajarán á arrullarte con sus alas.
Oculta y sola bajo tu almo broche

Se posarán sobre tus hombros tersos,
En vez del cieno que sentiste anoche,
Las aladas caricias de mis versos.
No sentirán tus carnes de alabastro
Bocanadas de fuego calcinantes,
Ni tus mejillas llevarán el rastro
De tus rojos pudores vergonzantes.
Y yo, que formo de tu nombre un culto,
Dulce objeto de todos mis desvelos,
Al adorarte, entre la sombra oculto,
Jamás tendré de los querubes celos.

II

EN EL BAILE

Mientras las luces del salón se cuajan
Matizando la hirviente pedrería,
Y los trajes, crujiendo, se desgajan,
Oye á la musa triste, vida mía.
Suspende el vals que, en su impetuoso giro,
Turbó el fulgor de tu mirar sereno;
Ven á mi lado, y brotará el suspiro
Que llevas preso bajo tu almo seno.
Jamás, ni en horas en que ví en tus ojos
Temblante y pura la pasión uraña,
Vivió como hoy entre tus labios rojos
Risa tan voluptuosa y tan extraña.
Al agitar tu blanca cabellera,
Cubres la alfombra de marchitas flores,
Llevas los tintes que por vez primera
Miré en tu faz cuando te hablé de amores.
Estoy ligado con tan fuertes lazos
A esa hermosura, que me vuelve loco,

Que en celos ardo, cuando extraños brazos
Ajan los tuyos, que ni en sueños toco.
Te diré, si lo ignoras, que el perfume
Sólo en el cáliz virginal es bueno,
Y que el lirio se enferma y se consume
Con una gota nada más de cieno;
Que la luz que te baña en los salones
Ciega con tantas deslumbrantes ondas,
Y que se ajan allí las ilusiones
Como tus margaritas y tus blondas.
Y después, cuando la urna del acorde
Vuelque sus notas y en las almas vibre,
Y en las copas el vino se desborde
Y hable la lengua desenvuelta y libre;
¡Cuántas torpezas que el licor arranca
Tenaces te herirán con sus murmullos,
A tí, mi bien, que, cual paloma blanca,
Sólo entiendes de amores y de arrullos!
Tal vez, sin que lo digas, te entristece
Ver en mis versos magnitud que abisma;
Pero, al fin de la fiesta, me parece
Que, al acercarte á mí, no eres la misma.
Me parece que lleva tu mirada
Algo muy negro en su esplendor impreso;
Que en tu boca de púrpura y granada
En vez de la oración palpita el beso.
Que tu voz melancólica ha perdido
Su tierno acento de inflexión tan grave;
Que al llegar al vergel do está tu nido
Olvidas todos tus encantos de ave.
Ven á mi lado, pues, mientras se cuajan
Las luces en la hirviente pedrería;
Porque las almas en el baile se ajan
Lo mismo que los trajes, vida mía.

Rodolfo Figueroa.

CRÓNICA LITERARIA

La Campaña del Maestrazgo y La Estafeta romántica, por D. Benito Pérez Galdós. — Libros recibidos. — Una edición económica del Diccionario de la Lengua.

Como son mensuales estas «Crónicas», no se puede en ellas perseguir á la actualidad al paso acelerado de los periódicos diarios. A lo más, se la puede seguir de lejos, dado que no fuera mejor desistir por completo de ir en su seguimiento. De ahí que no se haya hablado aquí todavía de los dos últimos *Episodios Nacionales* del Sr. Pérez Galdós: *La Campaña del Maestrazgo* y *La Estafeta romántica*.

A mi parecer, cada nuevo volumen de esta larga colección, supone más trabajo y mayores dificultades vencidas que los precedentes, aunque sólo sea por la razón de venir detrás de un número mayor de tomos anteriores. Mantener el interés en los veinte tomos de las dos primeras series, sin que decayeran los *Episodios* ni se hastíase el público, fue ya obra magna. Emprender una nueva serie de diez habría podido calificarse de temerario, si la confianza del escritor en sí mismo y en su público, que tal intento supone, no apareciera justificada por la ejecución de los seis volúmenes ya publicados de esta serie y por la buena acogida que han tenido. Hay que confesar, no obstante, que el escribir una semejante colección de novelas,

que tiene ya veintiséis tomos y ha de tener treinta (si al maestro Galdós no se le ocurre acometer la cuarta serie), es decir, igual ó mayor número de libros de los que forman la biblioteca de muchos españoles que han saludado, aunque sea de lejos, á las letras, es obra que merece la nota de valor acreditado, en el terreno literario. Tanto más, cuanto que esto sucede en un pueblo en que hay pocos que lean, y los que leen suelen leer poco, cosa no ciertamente propia para servir de estímulo á que se redacten obras ó colecciones de obras de crecida extensión.

Es verdad que el asunto de cada una de estas series de á diez volúmenes, es, en realidad, diferente, hasta cierto punto, en su doble aspecto de cuadro histórico y de intriga novelesca. La guerra de la Independencia y la revolución pacífica de los doceañistas, las reacciones absolutistas de 1814 y 1823 interrumpidas por la revolución de 1820, los comienzos del reinado de Isabel II con su guerra civil y sus nuevas luchas políticas, son, en rigor, aunque muy enlazadas entre sí, tres fases diferentes de nuestra historia contemporánea. Mas no está en el asunto la dificultad de estas colecciones. Aun contando con tal variedad de sucesos como la que ofrece el período histórico que viene describiendo Galdós, es inevitable ó dificilísimo de evitar que el autor, en el curso de tantos volúmenes, se repita algo, ya en el giro de la acción novelesca, ya en las situaciones, ya en los caracteres de los personajes. De ahí que estas series de novelas adolezcan casi siempre, al final, de monotonía.

Aunque Galdós ha procurado evitar este defecto, y en gran parte lo ha conseguido, todavía hay en la nueva serie de los *Episodios* reminiscencias de las anteriores. La acción novelesca de la tercera, ofrece, por ejemplo, algunos rasgos comunes con la segunda. Pero, ¿qué es esto al lado de la enorme dificultad que supone la creación de tantos personajes diferentes, de tantos y tan varios episodios novelescos, de tantas descripciones y relatos de acontecimientos históricos como comprende la larga colección de los *Episodios?*

Los dos últimos se asemejan muy poco entre sí hasta en su

forma externa, pues mientras *La Campaña del Maestrazgo* está escrita en la forma narrativo-dramática, que generalmente se usa en las novelas, *La Estafeta romántica* va toda en forma epistolar. Tras esta diferencia, que es la más exterior y puede decirse que la más material, hay varias otras que fácilmente habrán observado los lectores de uno y otro libro. La más señalada de ellas es, á mi entender, que mientras en *La Campaña del Maestrazgo* predomina ó desempeña papel preferente el elemento histórico, en *La Estafeta romántica* casi no existe, y en cambio, la parte novelesca avanza más, y adquiere mayor desenvolvimiento. En los volúmenes anteriores hemos visto esbozarse y progresar varias acciones novelescas distintas, aunque relacionadas entre sí: la misteriosa protección de que es objeto Fernando Calpena, y el secreto de su incógnita protectora, la dama de las discretas cartas; los románticos amores de Calpena con Aura, la boda de ésta, el conocimiento del protagonista con las señoritas de Castro Amézaga, son otros tantos cabos sueltos que ha ido dejando el novelista al tejer la urdimbre de su ficción novelesca. En *La Estafeta romántica* se descubre ya el secreto de la protectora de Calpena, y aparece el héroe de la novela como fruto de secretos amores de una gran dama, que es quien con solicitud maternal le viene protegiendo; Aura vuelve á ser la heroina romántica que vimos en *Mendizábal*, sin que quede aclarado si es ó no la desconocida que muere al ir en busca de Calpena: episodio misterioso y lúgubre, muy apropiado á la atmósfera de romanticismo de esta parte de la novela. Al mismo tiempo, se insinúa ya claramente el *destino manifiesto* de Calpena y Demetria de Castro Amézaga, que acabarán casándose en el último episodio de la serie (que se titulará por cierto *Bodas reales)* si D. Benito Pérez Galdós no dispone otra. En suma, la acción novelesca avanza considerablemente en este volumen, y se determina y concreta en diversos puntos que quedaban vagos é indecisos en los tomos anteriores.

***

La Campaña del Maestrazgo tiene por asunto la parte más legendaria y más típica de la primera guerra civil: las sangrientas hazañas de Cabrera—el *tigre del Maestrazgo,* como se le llamó entonces—y de sus adversarios, también feroces é inhumanos, también *tigres.* Al leer esas páginas, escritas sin pasión y sin odio, en que pinta Galdós, no obstante, con enérgicas pinceladas, todo el horror de aquella *guerra inexpiable,* se aprecia de cerca la acción neutralizadora del tiempo, que, al llevarse á los hombres y las cosas, arrastra también en su curso las pasiones, el amor y el odio, dejando sólo, á los que vienen después, memorias de lo pasado, de las cuales no puede derivarse más que un débil simulacro de los afectos que despierta el choque con la realidad.

La generación presente no ha conocido, ni puede representarse apenas como cosa contemporánea, aquel furor insano de las contiendas civiles que pinta Galdós de un modo tan dramático en su libro. Todo eso nos parece mucho más lejano, mucho más remoto de lo que en realidad está, en la sucesión del tiempo. El Cabrera que hemos conocido no era el guerrillero feroz del Maestrazgo, era el Cabrera *rallié,* domesticado y pulido por el ambiente de una civilización superior y antitética de lo que él había representado, como la inglesa. De ahí que la imparcialidad del escritor corresponda, sin duda, al estado general de ánimo de los lectores ilustrados.

Quedan, en verdad, entre nosotros las etiquetas, los nombres y las divisas de los dos bandos, á cuya lucha nos hace asistir el novelista en los *Episodios* de esta nueve serie; pero la tolerancia ó el escepticismo que ha entrado en las costumbres de todos, varía por completo la situación de las cosas y la manera de ser de los hombres. Quizás sea este apaciguamiento moral, simple resultado de los años de paz, de la supresión de la lucha á mano armada, que representa siempre un salto atrás, una resurrección atávica de instintos salvajes; pero hay que reconocer que, en el ambiente moral presente, apenas cabe otro punto de vista que aquel en que se coloca Gal-

dós con tanta fortuna para el efecto estético de su obra, á la cual ese mismo desapasionamiento parece poner el sello de la serena contemplación artística, ajena á todo interés y á todo subjetivismo, elevada sobre las disputas que dividen á los hombres.

La Campaña del Maestrazgo es, á mi juicio, una de las obras mejor concebidas y mejor planeadas de Galdós, singularmente por el acierto con que ha sabido compendiar en algunas pocas situaciones y escenas culminantes, lo característico de los hechos que describe, y cuya larga y minuciosa narración, además de haberle llevado fuera de los límites de la novela histórica, no daría acaso al lector una representación tan viva y apropiada del asunto como los cuadros trazados por el novelista.

En este sentido, la descripción del parador de Viscarrues, y, sobre todo, las patéticas conversaciones con los *escarmentados;* la presentación de Cabrera con su flotante capa blanca, cargando al frente de los jinetes carlistas, y gritándoles en valenciano: *per así fills meus..... seguidme..... els destrosarem;* así como la pintura del banquete de Burjasot, especie de bacanal de tribu guerrera, son, por su colorido y movimiento dramático, verdaderos cuadros plásticos de la guerra.

Uno de los personajes de la novela caracteriza con una frase exacta el ambiente de la obra: «Entramos en plena Edad Media—dice cuando se prepara á penetrar con su acompañante en el teatro de la guerra», y, en efecto, tienen algo de medioeval, por una parte, las sangrientas ferocidades de ambos bandos, y, por otra, la exaltación mística de Marcela y las peregrinaciones y andanzas del noble D. Beltrán de Urdaneta en busca de tesoros que le rediman de sus apuros de Grande tronado.

No hay en esto ficción arbitraria del novelista; la nota medioeval aparece como consecuencia lógica del estado de la lucha sin cuartel que describe Galdós. Ante el espectáculo del dolor y de la muerte, de la crueldad y el exterminio, surge

como reacción psíquica contra los horrores de la vida real, el despego de las cosas terrenales, tan bien representado por la excitación mística de Marcelo y sus acompañantes. Produciendo causas análogas, efectos semejantes, se comprende que el retorno á la inseguridad de la vida, á la ferocidad y al reinado de la violencia, propio de los tiempos medios, produzcan en cualquier momento consecuencias también semejantes en la exaltación de los espíritus, y determine la aspiración á una existencia mejor, *que no es de este mundo.*

Esto, que como observación psicológica es exacto, como efecto artístico contribuye sobremanera al interés dramático y á la novedad del libro, dando ocasión á algunos de sus más originales episodios. Para los lectores asiduos de Galdós es sabida la afición de éste á pintar personajes y estados psicológicos anormales: alucinaciones, sueños, apariciones, locos y maniáticos que en ocasiones discurren con extraordinaria clarividencia. Marcela es una de estas originales figuras, y no la peor de las que comprende la extensa galería de personajes de esta clase que pueden sacarse de las obras del autor de *Angel Guerra.*

En *La Campaña del Maestrazgo* adquiere singular relieve la figura de D. Beltrán de Urdaneta, á quien ya vimos aparecer en alguno de los anteriores *Episodios,* si bien como personaje todavía secundario. Sin vacilación pueden calificarse de las mejores páginas del libro las pláticas de D. Beltrán cuando, puesto en capilla para servir de víctima de unas bárbaras represalias, se cree próximo al último trance, y traza casi una filosofía de la historia de España en los consejos y advertencias que dirige á los que le consuelan y asisten en aquel instante. En estos pasajes, D. Beltrán se nos presenta como una figura *tolstoiana,* no porque Galdós plagie al gran escritor y moralista ruso, sino porque expresa su personaje las mismas ideas de aversión á la violencia y al derramamiento de sangre, de repulsión hacia la barbarie secular de la guerra, que con tanta elocuencia y convicción tan profunda ha sabido ma-

nifestar el autor de *Ana Karenine,* hasta el punto de ser sus escritos el prototipo de esta tendencia.

De la misma especie son los *escarmentados* que presenta Galdós en las primeras páginas de su novela: hombres rudos que sienten, sin embargo, por rectitnd nativa el horror de las crueldades de la guerra y que, desengañados de la sugestión belicosa por los actos de barbarie de que fueron testigos, víctimas ó ejecutores, huyen como Joreas del teatro de la lucha para buscar un pedazo de pan que no les sepa á sangre.

El episodio de Marcelo y Nelet recuerda un tanto el de *Angel Guerra* con Lulú, pero la semejanza es, sin embargo, parcial. La primera de estas acciones, ó sea la que se desarrolla en *La Campaña del Maestrazgo,* es meramente episódica, mientras la segunda es, en *Angel Guerra,* la parte principal de la novela.

***

Por razón de su asunto y hasta de su misma forma (pues se trata, como queda dicho, de una novela escrita en forma de cartas), la *Estafeta romántica* tiene mucho menos movimiento dramático que el anterior *Episodio.* La forma epistolar suele hacerse algo pesada en la novelas; pero la maestría de Galdós ha salvado este inconveniente, consiguiendo dar variedad al relato por la diversidad de los corresponsales y de las materias tratadas en sus cartas. Aparte de algunas descripciones, que ocupan en esta obra lugar secundario, como la de la muerte y entierro de Larra, que da ocasión al novelista para trazar un bosquejo, ó si se quiere una *instantánea,* de lo que era la bohemia de entonces, el elemento histórico entra por muy poco en este volumen, dedicado principalmente, según se ha dicho, á atar cabos sueltos de las diversas acciones novelescas que había ido iniciando el autor en los tomos anteriores.

Representa, pues, este *Episodio* como un descanso ó com-

pás de espera antes de reanudar la descripción de los sucesos públicos, descanso que aprovecha el novelista para poner en claro las vicisitudes particulares de sus personajes, que habían quedado inexplicadas ó interrumpidas en los anteriores tomos. Hasta tal punto parece acesorio lo histórico en la *Estafeta romántica,* que el autor apenas saca partido de acontecimientos que se prestaban á viva y dramática pintura, como la aproximación de la expedición de D. Carlos María Isidro á Madrid ó las negociaciones secretas entre las dos Cortes, cristina y carlista, limitándose á referencias incidentales que sólo dan á estos sucesos proporciones accesorias en el plan general de la novela.

Casi todos los personajes de la *Estafeta romántica* nos son ya conocidos por los anteriores *Episodios;* mas la principal figura de éste es un personaje nuevo: la desconocida protectora de Calpena, que aquí se nos descubre, saliendo del incógnito que hasta entonces la envolviera en una misteriosa penumbra. Galdós, al retratar á esta doña Pilar de Loaysa, ha hecho un primoroso estudio de mujer que por sí solo bastaría para dar interés al libro. El verdadero asunto de la *Estafeta romántica* es la novela de esta dama, el misterio de su *Jardín secreto,* como ha llamado Prevot á aquel rincón del alma y de la vida que permanece cerrado é incomunicable para todos los extraños; *íntimo,* en la acepción más estricta de la palabra. En las cartas de Pilar á su amiga Valvanera, se describe la vida de zozobras y de ficciones que ha tenido que llevar la madre de Calpena para velar de lejos por aquel hijo de una falta por todos ignorada, cuya existencia deben ignorar todos, empezando por el celoso y autoritario marido de Pilar de Loaysa.

Pero llega un momento en que el amor maternal se sobrepone á todas las consideraciones sociales y domésticas, á las imposiciones del recato, al temor al esposo, á los respetos del qué dirán. Pilar quiere constituir á su hijo una posición y un nombre, quiere ponerle en condiciones de aspirar á la mano

de Demetria de Castro Amézaga, arrebatando la encantadora mayorazga al marquesito de Sariñán, hijo de la antipática medio hermana de Pilar, Juana Teresa.

Las cartas en que se describe la revelación del terrible secreto al esposo de Pilar, son de las más dramáticas del libro, y la rivalidad entre las dos hermanas Pilar y Juana María, de naturalezas tan opuestas, apasionada y audaz la una, hipócrita y tenaz la otra, ambas empeñadas en conquistar por medios diferentes cada cual para su hijo, la mano de la mayorazga de Castro Amézaga, da motivo al autor para señalar muchas observaciones atinadas y sagaces de psicología femenina. En los subsiguientes episodios asistiremos probablemente al desarrollo de la lucha entre ambas, que se inicia en *La Estafeta Romántica*.

* * *

Antes de terminar esta crónica citaré varios de los libros recientemente publicados, que he recibido, y de los cuales me propongo ir hablando en La España Moderna.

Los Hidalgos, del Sr. Martín Ruiz, es un folleto en extremo sugestivo, de brillante estilo, y que acredita bien elegidas lecturas y criterio histórico. Al género histórico también pertenece la notable obra del Dr. Konrad Haebler, sobre la prosperidad y decadencia económica de España en el siglo XVI, que acaba de publicarse vertida á nuestro idioma y con un buen prólogo del Sr. Laiglesia, tan competente en asuntos económicos y de Hacienda. Merece asimismo atención la versión española de las obras completas de Montaigne, el gran *ensayista* francés, que ha publicado el estudioso escritor D. Constantino Román y Salamero.

Del folleto de D. Miguel de Unamuno *De la enseñanza superior en España*, nada quiero adelantar por tratarse de firma tan conocida para los lectores de esta Revista.

Por último, la nueva edición del Diccionario de la Lengua (que es la décima tercera) requiere también capítulo aparte.

Sólo diré á propósito de este último libro, que la Academia debería hacer una edición popular de su Diccionario en tamaño más manuable y á precio económico. El Diccionario cuesta 22 pesetas y media, lo cual le hace inasequible para el uso de las escuelas, colegios, Institutos, etc. Como la Academia es la autoridad oficial en materia de lenguaje, una edición barata, de vulgarización, de su Diccionario es más que conveniente, es necesaria.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Filosofía: «La verdadera vida», de Tolstoi.=Historia: La tragedia de Meyerling.=Literatura: Historia de la literatura japonesa.=Ciencias político-sociales: La centralización y el regionalismo.=Hermenéutica: Los testimonios humanos.=Impresiones y notas: Pronunciación de la palabra «boer».—El hambre crónica.—El pueblo español juzgado por Fouillée.—El tratamiento de la pereza, la cólera y la tristeza.—Ganancias de los escritores de París.—El mareorama de la Exposición.—Españoles é hispanoamericanos.

FILOSOFÍA

«La verdadera vida», de Tolstoi.—La *Nouvelle Revue Internationale,* de París, ha tenido la singular fortuna de hacerse con el manuscrito de *La verdadera vida*, obra inédita que Tolstoi no pensaba publicar hasta después de su muerte, y en la que ha recogido, día por día, sus pensamientos sobre los más altos problemas que pueden preocupar á la humanidad. *La verdadera vida*—como dice la genial Señora de Ratazzi en el prefacio que la consagra—encierra todo el pensamiento, toda la moral, toda la doctrina de ese hombre extraordinario á quien se tacha de revolucionario y anarquista, y que no ha hecho, sin embargo, tras los incesantes tanteos de su inquieto espíritu, sino recoger uno por uno los actos y las frases de Cristo, tal como su elevada cultura los comprende. La obra es de suyo harto trascendental para merecer que dediquemos

unas páginas á reproducir sus más salientes conceptos, á título de información documentada é imparcial, sin entrar en discusiones que nos llevarían demasiado lejos.

«He vivido—dice Tolstoi—cincuenta años en la creencia de que la vida del hombre, del nacimiento á la muerte, es toda su vida, y que, por consiguiente, el objeto del hombre es hallar la dicha en la existencia terrenal. He buscado esa dicha, y cuanto más he vivido, más he podido observar que no existe ni puede existir. La que perseguía no la podía alcanzar, y la que poseía dejaba de serlo. En cambio, las desgracias se multiplicaban, y el pensamiento de la muerte me asediaba cada vez más; comprendí que esta vida insensata no puede tener más término que el sufrimiento, la enfermedad, la vejez y el aniquilamiento final; y me he preguntado: ¿á qué todo eso? No he podido encontrar respuesta, y la desesperación se apoderó de mí.

Pensé entonces que mi pena podía resultar de mi temperamento particular, y que los demás hombres, sabiendo muy bien por qué viven, no se afligen. Me puse á observar, y pronto ví que los demás no sabían más que yo del por qué de su vida. Unos, en el torbellino de la vida cotidiana, no se inquietaban de esta ignorancia, pero en realidad era imposible compartir su fe, tan tonta era; por lo demás, para muchos, era puro fingimiento. En cuanto á mí, yo no podía ya tener fe en la religión que me enseñaron de niño y que desapareció en cuanto fuí dueño de mi pensamiento. Cuanto más estudiaba y observaba, más veía la hipocresía é interés de los engañadores, y la estupidez, la terquedad y el temor de los engañados.

Además de las contradicciones interiores de esta religión (la rusa ortodoxa), su bajeza y su crueldad, puesto que nos representa á Dios como inexorable para los hombres, la principal razón que me ha impedido aceptarla era la existencia simultánea con nuestro cristianismo ortodoxo, del cristianismo católico, luterano y anglicano, cada una de cuyas religiones afirmaba ser la única verdadera, sin contar con el budismo,

brahmanismo, mahometismo, confucismo, etc., que hacen también las mismas afirmaciones. En ninguna de estas creencias hallaba respuesta á mis preguntas ni alivio á mis sufrimientos. Mi desesperación iba á llevarme al micidio (1).

Entonces vino la salvación. El sentimiento vago de que la solución buscada estaba en el Evangelio, persistía en mí desde mi infancia. Entonces hice la última tentativa: rechazando todos sus comentarios teológicos, me puse á estudiar el Evangelio y á desentrañar su sentido. A medida que lo leía, mis ojos se abrían á algo absolutamente nuevo, que en nada se parecía á lo que enseñan las Iglesias cristianas, pero que respondía perfectamente á mi cuestión vital. Y acabé por encontrar la solución clarísima.

Y no sólo era clara, sino también cierta, porque correspondía perfectamente á las deducciones de mi razón y á las aspiraciones de mi corazón ante todo, y porque habiéndola comprendido, noté que no resulta en modo alguno de mi interpretación personal del Evangelio, ni aun de la revelación exclusiva emanada de Cristo, sino que es la respuesta á la cuestión de la vida dada con más ó menos precisión por los mejores hombres antes y después del Evangelio: Moisés, Isaías, Confucio, los antiguos griegos, Budha, Sócrates, Pascal, Espinosa, Fichte, etc. Lejos, pues, de estar solo, me he encontrado de acuerdo con los mejores hombres del pasado y del presente. Me he afirmado así en mi convicción, he recobrado la paz y hace veinte años que vivo feliz y me acerco con alegría á la tumba.

Esta solución del problema de la vida es la que quiero transmitir á los demás hombres. Por mi edad y el estado de mi salud, me acerco al fin, de modo que los cálculos é intere-

(1) Pásese el neologismo, pues aunque lo corriente es decir *suicidio*, en este caso, hablando en primera persona, sería un solemnísimo disparate. «Me voy á suicidar» es expresión sin sentido, como lo es «te vas á suicidar» y como lo son «estoy ensimismado», «estás ensimismado» que emplean, sin embargo, personas de no vulgar cultura.

ses humanos no tienen ya valor para mí, siendo además muy probable que este estudio no se publique hasta después de mi muerte. Ruego, pues, á cuantos lean este libro que busquen su sentido rechazando, como yo, toda consideración mundana, no teniendo otra mira que el eterno principio de verdad y bondad en virtud del cual existimos en esta tierra y reflexionando sin apresuramiento ni irritación sobre lo que digo, y si no piensan como yo, corrigiéndome con bondad y afecto, no con desprecio y odio.»

Tras este proemio, comienza Tolstoi la primera parte de su trabajo, que titula «Las antiguas doctrinas religiosas y la nueva concepción de la vida».

«En todo tiempo—dice—han sentido los hombres la miseria, instabilidad é insanidad de su existencia, buscando su salvación en la fe, en Dios ó en los dioses que pudieran defenderlos de los sufrimientos de esta y de la otra vida, dándoles la deseada felicidad. Pero, con el tiempo, las doctrinas que al efecto surgieron, satisfacían cada vez menos las necesidades del alma humana, y á medida que la ciencia progresaba, las creencias religiosas se desmoronaban y se hundían. El conocimiento, por otra parte, de la existencia de otras religiones, cada una de las cuales afirmaba ser la única verdadera y pretendía probarlo con revelaciones y milagros, sumía al hombre sensato en la mayor perplejidad, poniéndole en la precisión de elegir entre unas y otras sin elementos decisivos de juicio.

Sin embargo, la necesidad de dar un sentido á la vida y de resolver la contradicción ante la aspiración á la felicidad y el convencimiento de lo inevitable de las miserias humanas y de la muerte, se hacía cada vez más imperiosa. Cuando esta contradicción fue comprendida por la humanidad y se le hizo más dolorosa, le fue dada la solución por la doctrina cristiana en su verdadera significación. Las antiguas doctrinas religiosas trataban de ocultar las contradicciones de la vida afirmando la existencia de un Dios creador, providente y salvador de todos. El Cristianismo, por el contrario, hace sentir á los

hombres esta contradicción en toda su fuerza, y de su reconocimiento deduce su solución.

La contradicción consiste en que el hombre es realmente, por su cuerpo, un animal, y no puede dejar de serlo, y por otra parte es un sér espiritual que niega todas las necesidades materiales del hombre. Al principio de su vida el hombre existe sin saberlo; de tal modo que quien vive no es él, sino por él, esa fuerza vital que existe en todo lo que conocemos. El hombre sólo empieza á vivir cuando sabe que vive, cuando siente la necesidad de la dicha y se despierta su razón. Pero, al saber esto, sabe que la dicha á que aspira le es inaccesible y que la vida no le promete más que dolores y muerte. El hombre entonces busca una solución á contradicción semejante: quisiera seguir viviendo como antes del despertar de su razón, con vida completamente animal, ó bien transformarla en vida puramente espiritual; quisiera ser una fiera ó un ángel, y no puede ser ni lo uno ni lo otro. Entonces aparece la solución dada por la doctrina cristiana, que hace comprender al hombre que sin ser ángel ni fiera, es un ángel nacido de una fiera, un sér espiritual nacido de un sér animal, y que toda nuestra residencia en la tierra no es más que este continuo nacimiento.

En cuanto se despierta la conciencia en el hombre, aparece el deseo de felicidad individual; pero la misma conciencia muestra que este deseo es irrealizable.—¿Dónde está, entonces, la verdadera vida?—se pregunta el hombre.—Y ve que ni él ni cuantos le rodean viven de la vida verdadera; y entonces deja de reconocerse una existencia corporal y efímera, aislada de los demás seres, viéndose, como ser espiritual y por consiguiente inmortal, inseparable de los demás hombres. En esto consiste el nacimiento en el hombre del ser espiritual.

En los comienzos del despertar de su razón, el hombre creía que su deseo de felicidad se refería solamente al cuerpo; pero cuanto más lúcida y firme se hacía su razón, más com-

prendía que el verdadero sér, el *yo* consciente del hombre no es el cuerpo mortal, y que el deseo de felicidad es impersonal, refiriéndose á todo lo existente. En cuanto al deseo de felicidad colectiva, es el principio vital del conjunto de las existencias, es lo que llamamos Dios. El sér que se revela al hombre por su conciencia, el que nace en él dando vida á todo, es Dios. «Dios es el Amor—como dice el Evangelio,—el deseo de felicidad, extendido á la humanidad entera.»

Teniendo conciencia en su cuerpo individual del sér espiritual é invisible de Dios, y viendo la presencia del mismo Dios en todo lo que vive, el hombre debe preguntarse por qué Dios, sér espiritual, uno é indivisible, se ha encerrado en cuerpos aislados. No hay más que una respuesta: existe una voluntad superior, cuyos designios son impenetrables al hombre; esa voluntad es la que ha instituído el estado actual de las cosas, siendo la causa primera el Dios que siente el hombre en sí, y reconoce fuera de sí. Dios, según la doctrina cristiana, es el Padre que envió á la tierra á su Hijo, en todo semejante á él, para cumplir su voluntad: el bien de todos los seres vivos.

Dios se revela en el hombre razonable por el deseo de la dicha colectiva, y en el mundo por la tendencia de cada sér aislado á la dicha individual. La observación, la tradición y el raciocinio revelan al hombre que el objeto de la vida es la unión, obra divina, á la que debe cooperar por la aspiración del ser espiritual que en él existe: el amor. Sólo el amor puede ayudar á la realización de la unión y la concordia, concurriendo así al establecimiento del reinado de Dios, indicado por la doctrina cristiana.

Por su nacimiento, el deseo de felicidad tiende á difundirse sobre todo lo existente: familiar al principio, se extiende luego á los amigos, á la patria y á la humanidad. La diferencia entre la vida animal y la vida verdadera es la siguiente: la primera tiene por objeto aumentar el número de placeres y prolongar la vida terrestre, objeto que nunca es alcanzado; la

segunda tiene por objetivo ensanchar el dominio del amor, y nada puede impedir su realización, pues todas las causas anteriores, la violencia, las enfermedades y los dolores que dificultan la vida animal, concurren á la realización del fin de la vida espiritual, de la verdadera vida.

La segunda parte de su libro la titula Tolstoi «Los pecados.»

«Para cumplir su misión—dice—debe el hombre ensanchar en sí mismo el sentimiento del amor y manifestarlo en torno suyo.» Pero, ¿cómo debe manifestarlo? Simplemente apartando los obstáculos que se presentan en su camino, pues el amor se revela por sí mismo, sin necesidad de esfuerzo alguno. ¿Qué obstáculos son estos? Los resultantes de su encarnación corporal, de la separación de sus semejantes.

El deseo de felicidad para todo lo existente, ó el amor, encuentra, en sus tendencias á manifestarse, serios obstáculos en el cuerpo humano, y sobre todo en su razón, que sólo se despierta cuando el hombre ha adquirido ya hábitos animales. ¿Por qué el sér moral—el amor—está encerrado en la individualidad humana? Las doctrinas pesimistas pretenden que el aprisionamiento del ser moral en el cuerpo humano es un error que debe corregirse por el aniquilamiento del cuerpo ó de la vida animal; otras doctrinas enseñan que el error está en la suposición de la existencia del sér espiritual; unas niegan el cuerpo y otras el espíritu. Sólo el cristianismo da la solución, resolviendo las contradicciones de la vida, no por el aniquilamiento de la forma individual que reviste, ni sometiéndose á las exigencias de la vida animal, sino sirviendo á Dios bajo la forma en que está encerrado el verdadero *yo* del hombre.

La vida verdadera de todo hombre y de la humanidad entera está en la emancipación del ser espiritual de su envoltura animal. El amor, oculto en todo individuo y en la humanidad, podría compararse con el vapor comprimido en una caldera que, al querer escapar, agita el pistón y lo hace traba-

jar. Para que el vapor pueda ejecutar su obra necesita encontrar obstáculos, como el amor tropieza con los límites del cuerpo en que está encerrado.

Durante su infancia y su adolescencia, y aun después, el hombre vive como animal, sin conocer ninguna otra vida; más tarde, consciente ya, sigue sintiéndose egoista y ejecuta actos por su propio bien, contrarios al amor altruista, y cometiendo así pecados que son los obstáculos naturales á la manifestación del amor, y que aumentan por la herencia del hábito de pecar adquirida por nuestros antecesores.

Los pecados que se oponen al desarrollo del amor son de tres clases: 1.ª Los resultantes del deseo del bien personal; estos son innatos, individuales. 2.ª Los procedentes de la tradición de costumbres é instituciones; estos son hereditarios, sociales. 3.ª Los que provienen de la tendencia en cada cual al aumento de su felicidad egoista.

Hay seis pecados que impiden la manifestación del amor: 1.° La sensualidad, que consiste en inventar placeres resultantes de la satisfacción de nuestras necesidades, como cuando el hombre come ó bebe sin tener hambre ni sed, ó se pone vestidos con otro objeto que el de librarse del frío, ó construye una casa para algo más que para defenderse de la intemperie. 2.° La ociosidad, que consiste en emanciparse del trabajo indispensable á todo hombre para la satisfacción de sus necesidades, como cuando obliga á los demás, por astucia ó por fuerza, á que satisfagan esas necesidades, aprovechándose del trabajo de los demás sin trabajar por sí mismo. 3.° La apropiación (1), que busca el medio de satisfacer las necesidades del porvenir, quitando de este modo á los demás hombres una porción de sus medios de existencia para asegurarse goces futuros y organizando así lo que se llama la propiedad, la adquisición personal de bienes ó cosas para su exclusivo

(1) El original dice la *venalidad;* pero este término nos parece poco adecuado para expresar lo que Tolstoi indica.

provecho. 4.° La ambición, consistente en esclavizar á sus semejantes, como cuando el hombre lucha por aumentar sus riquezas, por conquistar derechos ó títulos para alcanzar más elevada posición ó para mantenerse en la posición personal ó hereditaria á que ha llegado á costa de los demás. 5.° La lujuria, que hace un placer de las necesidades sexuales, ó busca en ella otros fines que la propagación de la especie. 6.° La embriaguez, que produce una excitación ficticia de las fuerzas musculares y cerebrales, como cuando come manjares pimentados, bebe líquidos fermentados, baila ó juega, bebe, fuma, inventa espectáculos que le exciten y debilita de cualquier modo el trabajo de su razón para dar gusto á sus sentidos.

Todos estos pecados, innatos, hereditarios ó inventados, impiden el nacimiento ó el desarrollo de la verdadera vida, sin alcanzar el fin que persiguen, pues todo aumento de necesidades hace menos posible su satisfacción y debilita el placer que de esta satisfacción resulta. Cuanto más se harta de manjares, menos placer siente al comer; cuanto menos trabaja, menos disfruta de su holgazanería; cuanto más sube, más peligro corre de caer y más esfuerzos necesita para mantenerse en el puesto conquistado; cuanto más se entrega á los goces sexuales, menos placer encuentra en ellos; cuanto más se sobreexcita, más gasta sus nervios y su sensibilidad.

Además de ser obstáculos á la manifestación del amor, los pecados causan al hombre las mayores miserias, haciendo sufrir á quienes los cometen y á los demás hombres. Los pecadores, en efecto, sufren la molicie, la saciedad, el aburrimiento, la languidez, la apatía, el cuidado, el miedo, la desconfianza, el rencor, el odio, la exasperación, los celos, la impotencia y toda clase de enfermedades físicas. Los demás sufren el robo, las brutalidades, el asesinato.

Si no hubiera pecados, no habría pobreza, ni saciedad, ni desorden, ni robos, ni asesinatos, ni suplicios, ni guerras. Si no hubiera sensualidad, no habría que gastar fuerzas inútiles en defender los goces de los ricos contra los pobres, ni relaja-

miento moral de los necesitados, ni envidias y odios en unos y desprecio y temor en otros, desapareciendo esa animosidad que de tiempo en tiempo revelan las violencias individuales ó sociales, los asesinatos y las revoluciones.

Si la ociosidad no existiera, no habría hombres que sucumben al peso del trabajo frente á monstruos de haraganería, y desaparecerían los dos campos hostiles, los hartos y los hambrientos, los extenuados de placer y los extenuados de trabajo.

Sin el pecado de apropiación, no habría las violencias que se cometen para adquirir y conservar bienes; no habría robos ni cárceles, destierros ni ejecuciones.

Sin el pecado de ambición, no se gastaría inútilmente la fuerza en combatir y mantenerse en el poder; no habría divisiones en las familias, en las sociedades ni en las naciones, ni conflictos, luchas, asesinatos y guerras.

Sin el pecado de lujuria, tampoco existiría la esclavitud de la mujer ni las adulaciones que la pervierten; no habría discusiones ni riñas, ni dramas de celos, ni la mujer se rebajaría al papel de ser carne de placer; no habría multitud de vicios, ni reblandecimientos físicos ni morales, ni niños abandonados ó asesinados.

Si no se usara vino, tabaco ni opio, ni se recurriese á espectáculos excitantes ó movimientos exagerados, gran parte de las disputas, riñas, desórdenes y asesinatos desaparecerían; no se gastarían energías en actos, no sólo inútiles, sino perjudiciales, y hombres, que con frecuencia son los que están mejor dotados, no se verían embrutecidos y mutilados moralmente, sin provecho para nadie.

HISTORIA

La tragedia de Meyerling.—Interesantísimo es el trabajo que sobre las verdaderas causas de la muerte del Príncipe

Rodolfo de Habsburgo, publica en la *Revue des Revues* la Princesa Odescalchi.

Diez años han pasado desde la trágica muerte del heredero del trono de Austria-Hungría, y es hora ya de levantar el velo de tan triste drama, cuyo verdadero desenlace sólo es conocido por algunas personas del séquito más íntimo del desventurado Príncipe.

El Príncipe Rodolfo, de hermosa presencia, de amabilísimo trato, de exquisita educación, noble, franco, liberal, reunía todas las seducciones. Su educación, dirigida hasta los diez y ocho años por el severo Conde de Gondrecourt, se ajustaba á los más sanos principios, y el Príncipe hasta entonces, no había conocido otros placeres que los de la caza, las ciencias y las artes. A los diez y ocho años eligió por ayo al Conde de Bombelles, y éste, espíritu ligero de costumbres frívolas, al saber que su joven señor no conocía nada de los grandes problemas de la naturaleza, quiso hacerle conocer la mujer y el amor.

Las dormidas pasiones del Príncipe se despertaron, y seducido por los nuevos goces de la vida, se entregó de lleno al más desenfrenado libertinaje, sin respetar clases ni condiciones, y sembrando la deshonra en el seno de las más ilustres familias del imperio. Alarmados los padres por las aventuras de su hijo, decidieron casarle, y después de pasar revista á las Princesas de las familias católicas reinantes, el Príncipe se decidió por Estefanía, de Bélgica, de dieciséis años de edad, y no desprovista de atractivos.

La boda, concertada, estuvo sin embargo á punto de fracasar á última hora. Rodolfo estaba entonces enamorado de la señora F....., hermosa morena, de gallarda presencia, y de origen judío, casada con un rico industrial, de quien se había separado para vivir de sus encantos; apremiado por sus padres para cumplir con el deber de etiqueta de visitar á su futura, el Príncipe tuvo el capricho de hacer el viaje á Bruselas en compañía de la señora F....., oculta en el vagón imperial,

donde no podía penetrar ninguna indiscreta mirada. Todo salió perfectamente, sin que nadie sospechara nada. El Príncipe visitó á su futura y se despidió de ella para volver á su vagón de gala; pero la Princesa Estefanía, prendada de su novio, quiso darle una prueba de su amor sorprendiéndole en la estación en el momento de partir, y logró convencer á su madre para que la acompañase. Las dos Princesas, sin advertir á nadie, llegaron á la estación y aparecieron en el andén cuando el tren imperial sólo esperaba la señal de la partida. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver á través de las vidrieras al Príncipe Rodolfo en compañía de una mujer? La Reina volvió la espalda llevándose á la Princesa Estefanía llorando; el Rey, indignado, quiso romper los lazos de la proyectada unión, y sólo á costa de no pocos trabajos diplomáticos pudo lograrse dominar todos los escrúpulos y llevar á cabo el matrimonio, que se efectuó en Viena con la acostumbrada pompa.

El matrimonio marchó bien los primeros meses, naciendo una hija al cabo del año; pero el Príncipe no tardó en volver á su vida de soltero, haciendo sufrir horribles celòs á su esposa, que no podía resignarse á verse abandonada, y que agoviaba de reconvenciones al Príncipe, sin conseguir otro resultado que apartarle cada vez más del cumplimiento de sus deberes conyugales. Muchas veces, el Príncipe, que iba en un coche de plaza á sus citas amorosas, se encontraba al salir de ellas, en lugar del coche que había llevado, la carroza de corte que la Princesa había dejado en su lugar, rodeada de curiosa multitud que esperaba la salida del miembro de la familia imperial que debía ocuparla. Estas imprudencias acabaron por apartar al Príncipe de su mujer, lanzándole más de lleno en la vida de desorden que llevaba y que minaba su delicada organización; para restaurar sus desfallecidas fuerzas se entregó á la bebida, y su constitución se resintió profundamente de estos desarreglos.

Por entonces vivía en Viena la Baronesa de Vétzera, de origen oriental, hermosa mujer de larga historia, viuda alegre

de un diplomático austriaco, acostumbrada á una vida de lujo y de derroche á que no podía atender ya con su escasa fortuna y sus perdidos encantos. Esta mujer tenía una hija de diecisiete años, María, de belleza arrebatadora, verdaderamente excepcional, y tan ambiciosa como su madre; había visto al Archiduque Rodolfo y, enamorada de él, se había propuesto conquistarle.

María de Vétzera estaba íntimamente relacionada con la Condesa Larisch, sobrina de la Emperatriz Isabel, muy querida de su tía, y que, de carácter ligero, no sólo perdonaba á su primo Rodolfo sus faltas conyugales, sino que se complacía en favorecer sus amores frívolos. María de Vétzera le declaró su pasión, mostrando el deseo de encontrarse con el Príncipe, y la Condesa de Larisch, encantada por aquella intriga, y ganosa de proporcionar á su voluble primo tan delicioso bocado de amor, organizó en su casa un baile al que fue invitada la sociedad más escogida de Viena, y al que suplicó que no dejara de asistir su primo Rodolfo, insinuándole que en aquella fiesta se encontraría con la más deliciosa sorpresa de su vida.

El Príncipe picó el cebo, vió á María Vétzera en un precioso saloncito donde la condesa le llevó, y quedó tan deslumbrado por aquella beldad extraordinaria, que entonces, y sólo entonces, supo lo que era verdadero amor. Aquella noche la pasó el Príncipe en casa de la Baronesa de Vétzera, y desde aquel momento quedó preso en el lazo que le habían tendido los seductores encantos de María y los interesados cálculos de su madre, que no tardó en poder pagar todas sus deudas y en volver á su vida de lujo y ostentación.

La enamorada pareja fue á ocultar sus amores en la quinta de Meyerling, llegando á inquietarse el Emperador al ver que no se trataba de uno de tantos caprichos pasajeros de su hijo, sino de una verdadera pasión que podía traer serias complicaciones. Ni su intervención, ni la de la Emperatriz, dieron resultado, y la Baronesa de Vétzera, comprendiendo todo el partido que podía sacar de la situación, mucho más al saber

que su hija estaba en cinta, declaró al Príncipe Rodolfo que en adelante no toleraría los extravíos de María, y que se la llevaría al extranjero, á menos de que el Príncipe prefiriese divorciarse de la Archiduquesa Estefanía y casarse con la mujer que adoraba.

El Príncipe recibió con estas amenazas un golpe cruel. Trató de calmar á la Baronesa ofreciéndola millones, pero ésta se había penetrado bien de todo y resistió todo género de ofertas. Apremiado por la hermosa María, á quien aguijoneaba su madre, el Príncipe se decidió á presentarse al Emperador suplicándole interviniese para que el Papa anulara su matrimonio. El Emperador se indignó, y declaró que jamás consentiría aquel divorcio. El Príncipe acudió entonces directamente al Papa, pero éste se indignó también, dirigiéndole severas amonestaciones, y recomendando al padre que usara de todo su poder para que el heredero de su trono cumpliera sus deberes de cristiano.

El Emperador, alarmadísimo ya al ver la demacración de su hijo, hizo llamar á su médico para que le informase sobre la salud del Príncipe. El médico declaró minada la vida del Príncipe por una fiebre lenta, rogando al Emperador que con todo género de precauciones emplease todos los medios para separar á su hijo del objeto de su amor, pues sólo el reposo más completo podía todavía conservar su vida. El Emperador hizo llamar al Príncipe, y éste se presentó armado de todo su valor, previendo reconvenciones amargas en consonancia con la respuesta del Papa. El Emperador quedó aterrado á su vista, y sin fuerzas para reprenderle, abrió llorando los brazos á su amado hijo, y le suplicó cuidase de aquella vida tan preciosa para su familia y para su Imperio, rompiendo toda relación con la mujer que le llevaba á la tumba. El Príncipe, emocionado, no tuvo fuerzas para resistir, y prometió y juró no volver á ver á María de Vétzera, y para que la reconciliación fuese completa, aceptó la invitación de su padre de comer aquella misma noche con la familia imperial.

María de Vétzera, atormentada por tristes presentimientos, había pasado la víspera de esta escena con su amiga la Condesa Larisch, á quien confió sus temores, mostrándose tan exaltada que llegó á proferir terribles amenazas que alarmaron á la Condesa, haciéndola escribir á su primo Rodolfo que desconfiara de su amiga si quería escaparse de ella, pues la creía capaz de la venganza más atroz.

El día de la entrevista del Príncipe con su padre, María, sabedora por sus espías del llamamiento del Príncipe, y ansiosa por saber el resultado, lo arrolló todo, y presentándose por la tarde en el palacio imperial, obligó al criado que la cerraba el paso á que la anunciase á su amo; el Príncipe, trastornado todavía por tanta emoción, manifestó su deseo de no recibir á nadie; pero María, no acostumbrada á verse despedida, había forzado la puerta, y precipitándose en la habitación, se arrojó á los pies de su amante, y supo por él, entre lágrimas y besos, que debían separarse para siempre. Tranquila y resignada al parecer, sólo pidió al Príncipe la última entrevista, la de despedida, en Meyerling, donde tan felices habían sido, y de donde ella saldría para no volver jamás; Rodolfo no tuvo valor para negarse, y quedó concertada la entrevista aquella misma tarde en Meyerling.

Eran las dos de la tarde del 29 de Enero, y la nieve cubría el campo. Con un ligero trineo contaba el Príncipe que tendría tiempo de ir á Meyerling, pasar la última hora al lado de su adorada, y estar de regreso en Viena para la comida de familia. Pero retrasos imposibles de evitar hicieron que el sol estuviera ya muy bajo sin que el Príncipe hubiera llegado á Meyerling.

En el camino se encontró con el trineo de su cuñado, el Príncipe de Coburgo, que volvía de Meyerling á Viena para asistir á la comida del Emperador. Sorprendido del encuentro, el de Coburgo rogó á su hermano político que volviese atrás, sin poderle convencer. Poco después, sin embargo, el sol desaparecía, y el Príncipe Rodolfo, comprendiendo la imposibi-

lidad de estar de vuelta á tiempo, y figurándose el dolor de su cariñoso padre ante semejante decepción, se decidió á volver sobre sus pasos, y ordenó á su fiel cochero, Bratfisch, que diese la vuelta. La fatalidad quiso que en aquel mismo instante apareciera el trineo de María de Vétzera que, impaciente en Meyerling, al ver que su amante no venía, había resuelto salir á su encuentro. La voluntad del Príncipe flaqueó; á la vista de María lo olvidó todo, y tomándola en su trineo entraron juntos en Meyerling cuando ya era de noche.

María fué á la habitación que ordinariamente ocupaba con el Príncipe, y éste fue á dar un apretón de manos á los amigos que habían ido á cazar á la quinta, y de los que se despidió enseguida con pretexto de una jaqueca, sin que nadie hubiera notado la presencia de María de Vétzera en el palacio. El Príncipe se hizo servir la comida en su habitación, y María tuvo cuidado de hacerle beber más que de costumbre; en fin, quebrantado, aniquilado por aquel día de tan diversas emociones, el Príncipe se durmió pesada y profundamente.

Despertado de pronto, sobresaltado «por la más atroz y execrable de las venganzas que mujer alguna pudiera imaginar», vió su vida destruída para siempre. Cogiendo un revólver, mató, ante todo, á la que le había infligido tamaño ultraje, y luego, volviendo el arma contra sí mismo, se saltó la tapa de los sesos.

Nadie había observado nada. Al día siguiente, viendo que el Príncipe no bajaba á la hora que había ordenado le tuviesen dispuesto el trineo, el conde de Hoyos subió, y habiendo llamado inútilmente á las habitaciones del Príncipe, se decidió á entrar, hallándose con el terrible espectáculo de María de Vétzera tendida en la cama con un balazo en las sienes, y á su lado al Príncipe Rodolfo con el cráneo deshecho.

Tal es la trágica historia del Príncipe Rodolfo, tal como la relata la princesa Odescalchi. Una persona de alta posición de Viena envía, sin embargo, á la *Gazzetta di Venezia* otra versión, asegurando que es la exacta. Según esta versión, María

de Vétzera tenía concertada su boda con el Conde de***, amigo y confidente del Príncipe Rodolfo. Este había visto á María y se había enamorado de ella; pero aunque el Conde de*** había oído hablar de los amores de su prometida con el Príncipe, no había dado crédito á tales rumores.

Un día el Príncipe le invitó á una cacería á Meyerling, donde pasaron el día. Después de cenar los dos solos, el Príncipe se retiró, y entrando el Conde en sospechas averiguó que en la cámara del Príncipe había una dama, cuyas señas coincidían con las de su prometida. Excitado por los celos, corrió á la habitación reservada, escuchó á la puerta y pudo convencerse de que sus sospechas tenían fundamento. Lleno de furor abrió la puerta y se precipitó dentro de la cámara.

—¿Qué haces aquí?—exclamó el Príncipe—incorporándose en el lecho, sorprendido por aquella irrupción, y cogiendo un revólver de la mesilla de noche.

Por toda respuesta cogió el Conde una botella vacía de Champagne, y asestando con ella tremendo golpe al Príncipe en la cabeza, le hizo caer pesadamense sobre la cama y soltar el revólver. Recogiéndolo furiosamente del suelo, el Conde disparó sobre el Príncipe y luego sobre María de Vétzera, que, presa de terror, se había cubierto con las ropas del lecho.

LITERATURA

Historia de la literatura japonesa.—El editor Heinemann, de Londres, acaba de publicar en su colección de *Literaturas del mundo* la *Historia de la literatura japonesa*, de W. G. Aston (1), cuyo libro analiza Guillermo Pasigli en *La Nuova Antologia*, de Roma.

(1) Muy pronto verá la luz este precioso libro traducido al castellano, formando parte de la Biblioteca de La España Moderna, en la cual figuran ya las historias de las literaturas griega, francesa é italiana.—*(N. del D.)*

Según Aston, la historia de la literatura japonesa se divide en ocho períodos, llamados por los nombres de las ciudades residencia de la corte: Arcáico (hasta el 710), de Nara (710-800), clásico de Heian (800-1186), de Kamakura (1186-1332), de Nambokucho (1332-1392), de Muromachi (1392-1603), de Yedo (1603-1867) y de Tokio (1867, á nuestros días).

El período *Arcáico* se caracteriza por la introducción de la escritura y la propagación del budhismo por el Príncipe Chotoku, muerto en 621; enmedio de multitud de leyendas se destaca como hecho histórico la invasión del país por un ejército procedente de la isla de Kinchu, cuyo jefe, Gimmu Tenno, fue el primer Mikado, estableciendo la capital siglos antes de Jesucristo en la provincia de Yamato. Como documentos literarios de ésta sólo pueden citarse los *Norito*, oraciones en prosa, recitadas con gran ceremonia por los *Nakatomi*, representantes hereditarios del Mikado en las funciones sacerdotales.

En el período de *Nara*, nombre de la residencia de la corte, se fundó una Universidad en la que se estudiaba la historia, los clásicos de China, las leyes y la aritmética. La producción más importante del período es la *Mañochu* ó *Colección de mil hojas*, que contiene unas 4.000 poesías entre *Taukas* y *Naga-utas*, clasificadas en poesías sobre las cuatro estaciones, amorosas, elegiacas, alegóricas y de argumento vario. La poesía épica falta, y no existen huellas de poesía didáctica, filosófica, política ni satírica; sólo la lírica aparece, consistente en versos amatorios, lamentos nostálgicos, loores al vino, cantos elegiacos y versos dedicados á la belleza de ciertos fenómenos naturales, el murmullo del arroyo, la nieve del monte Fugi, el rumor de las olas, los trinos de los pájaros, el zumbido de los insectos, la luna, las flores, el viento, la lluvia; es curioso notar que el esplendor del cielo estrellado no ha llamado la atención de los poetas japoneses, siendo también rarísimos los cantos bélicos. En cuanto al mecanismo de los versos es sencillísimo: no hay rima ni cantidad. La *tauka* ó «poesía bre-

ve» consta de cinco versos, dos pentasílabos y tres eptasílabos alternados, y es la más corriente; la *naga-uta* ó «poesía larga» es también una combinación de quinarios y septenarios, pero no limitada á cinco versos como la *tauka*; es género menos usado, y hoy casi del todo abandonado.

El período de *Heian,* «la ciudad de la paz», es el del más puro clasicismo: su monumento poético más notable es la colección del *Kochinchu,* poesías entre cuyos autores domina la mujer, estimada entonces al igual del hombre, pues la concepción oriental de su inferioridad fue introducida más tarde á imitación de la China; los hombres se dedicaban á estudios más serios, y dejaban á la mujer las frivolidades de la poesía y las novelas. En este período, en que se sustituyó en la escritura el sistema alfabético al silábico, la mayor parte de las obras del *Kochinchu* están escritas para concursos, y tienen por lo mismo poca espontaneidad y mucha afectación. La prosa, que empezó á cultivarse en el siglo X, se ve ilustrada por Kino Zurajuki, autor del *Prefacio del Kochinchu* y del diario de viaje *Tosa Nikki.* Los *Monogatari* son una colección medio novelesca, medio histórica; los *Taketori* se parecen á nuestras novelas de hadas; un recolector de bambú *(Taketori)* abrió un día una reluciente caña, y de uno de sus nudos salió una hermosa niña, que, convertida con el tiempo en bellísima doncella, propone á sus pretendientes dificilísimas empresas, cuyo relato forma el fondo de la obra, digna de sus semejantes en nuestras literaturas. Las dos obras maestras del clasicismo son, sin embargo, el *Guenji Monogatari,* de Murasaki (año 1000) y los *Makura Sochi,* de Sei Chonagon, dos escritoras geniales. La primera es una novela realista, cuyo argumento lo forman las aventuras amorosas del príncipe Guenji, y la segunda es una especie de colección de escritos de todo género, sin enlace alguno.

Tras este período de florecimiento viene el de decadencia de *Kamakura,* producido por el predominio del elemento militar y la ruptura de relaciones con China. La mujer deja de

cultivar la literatura, y sólo los monjes budhistas contienen el abandono de los estudios. La obra de mayor importancia del período es *Guempei Seisui ki,* primer ejemplo de producción histórica en el Japón, relato de las luchas internas del país en el siglo XII, argumento tratado también en los *Heike Monogatari.* El escritor más célebre del período fue Kamo Chomei, autor de los *Hojioki,* notable por sus descripciones, entre las que figuran las de un incendio, un ciclón y una carestía.

El breve período de *Namboku-cho* ó de las dos Cortes fue de escasa importancia literaria. En el de *Muromachi* las letras recobraron no poco del perdido brillo, figurando entre sus producciones en prosa dos obras casi históricas, el *Ginkochotoki* y el *Taiheiki,* y un gracioso volumen de pensamientos y bocetos titulado *Zure-Sure-Gusa.* En poesía aparece el drama lírico *O No,* de origen religioso, con tres personajes y el coro. La más célebre de estas composiciones es la *Takasago.*

En el período de *Yedo* la literatura, reservada á la aristocracia, se vulgariza, la cultura se difunde por todas las clases sociales, la producción literaria se extiende á los ramos todos del saber, y todos se interesan en la lucha filosófica de las dos escuelas rivales de los *Kangakucha* y los *Uagakucha.* La dramática, dividida primero en *No Chibai* (teatro clásico) y *Kabuki Chibai* (teatro popular), en el que el coro tenía muy secundario papel y los asuntos eran tomados de leyendas vulgares, llegó á su apogeo en el *Ayázuri Chibai* ó teatro de fantoches, en el que se representaron los dramas de los mejores escritores, entre los que sobresalió Chicamazu, de quien puede decirse que fue el creador del drama japonés, siendo su obra maestra *Kokuseiya Kassen,* cuyo asunto lo forman las aventuras de un famoso pirata. En poesía, el afán de los japoneses de reducir á la mínima expresión el pensamiento del poeta produjo los *Haikai,* composiciones microscópicas de 31 sílabas (un eptasílabo entre dos pentasílabos), en cuyo género sobresalió Bacho á mediados del siglo XVII, y á su imitación surgieron en prosa los *Habun.* La novela, sin embargo, fue

cultivada con toda amplitud, revistiendo, como las producciones dramáticas, de donde generalmente nacía su argumento, caracteres pornográficos que el Gobierno tuvo que corregir, y llegando á su perfección con Kioden, Bakin é Ikku. Kioden fue el primero que se hizo pagar por los editores, pues antes éstos, ó no daban nada, ó convidaban á cenar al autor si la obra iba viento en popa, y concluyendo con el género pornográfico creó la novela sensacional, de que es tipo su *Inadzuma Hiosci*. El más grande de los novelistas japoneses fue Bakin, autor de unas 290 obras, entre las que sobresalen *Yumihari-Zuki (La luna nueva)* y *Hakkenden (Los ocho perros)*, novela en 106 volúmenes, que comprende hoy no menos de 12.000 páginas de impresión. En cuanto á Ikku, célebre humorista, su novela más famosa es la titulada *Hisakurigue*, narración de cómicas aventuras de viaje.

El período de *Tokio*, ó contemporáneo, caracterizado en política por la caída del feudalismo y la introducción de la cultura europea, se caracteriza al principio por el gran número de traducciones, principalmente de Dumas, Cervantes y Verne, la aparición de los periódicos y revistas, y la imitación, en suma, de todo lo europeo. Las primeras figuras de esta época son: en la literatura dramática y novelesca, Zubuchi, Nansui, Nariyuki y Tocutaro; en ciencias políticas, Tokutomi é Ito; en poesía, Toyama. La influencia de la civilización europea se hace sentir en todas las manifestaciones literarias del Japón, habiendo ya producido una transformación completa en la vida de tan interesante pueblo.

CIENCIAS POLÍTICO-SOCIALES

La centralización y el regionalismo.—D. Joaquín Sánchez de Toca es uno de los políticos más cultos de nuestro país, en el más amplio sentido de la palabra, y quizá por eso no ha llegado todavía á ministro, aquí donde tantas nulidades

hemos visto pasar por los Consejos de la Corona: polígrafo eruditísimo, elegante en el decir y profundo en el pensar, es un trabajador infatigable, y cuanto lanza al público es digno de seria meditación, y generalmente de merecido aplauso, siendo su última labor los artículos publicados en la *Revista Contemporánea* sobre la candente cuestión de *La centralización y el regionalismo ante la política unitaria de la patria.*

«La palabra *región*—dice Sánchez de Toca—apareció por primera vez en documentos oficiales, como denominación técnica de programas descentralizadores, en los proyectos de ley provincial y municipal presentados á las Cortes por el señor Moret el 6 de Enero de 1884, en el que se distribuía en 15 *regiones* el territorio nacional. El 25 de Diciembre del mismo año, Romero Robledo, que sucedió en Gobernación á Moret, presentaba otro proyecto, en el que figuraba un título entero bajo el siguiente epígrafe: «De la administración y gobierno *regional.*» La entidad *región* de este proyecto era, sin embargo, inconciliable con la de los anteriores, sembrándose con semejante contradicción en el programa de los partidos turnantes confusión peligrosísima para que el espíritu público se extraviara, siendo muy de celebrar que las reformas proyectadas en 1891, en vez de traducirse en leyes con las premuras corrientes en nuestras costumbres, tomaran vías de madurez, formulándose, como preliminar de las consultas por el ministerio de la Gobernación, una ponencia oficial que sirviera de base para recoger opiniones competentes.

El espíritu público aparecía entonces indiferente ante tales novedades, y sólo un año más tarde apareció usada la voz *regionalismo* como aspiración política, en la exposición que los catalanes presentaron en 1885 al Rey. Esta voz, sin embargo, era entonces tan vaga, y se tenía tan escasa conciencia de su sentido y alcance, que se empleaba para indicar la aspiración á que España se constituyera al modo de Inglaterra, Austria y Alemania, sin caer en la cuenta de que estas tres formas de descentralización responden á muy distintos ideales, y son real-

mente incompatibles entre sí. El llamado regionalismo despertaba entonces pasiones en reducido nucleo de intelectuales como materia de disertaciones lúcidas, y sólo años después se vió que la teoría regional conquistaba prosélitos fuera de los Ateneos, hasta estallar con explosión formidable al sobrevenir la tremenda crisis de nuestro desastre colonial.

En esta hora crítica, el regionalismo apareció como fórmula mágica para agitar hondamente el alma popular, y sin que la vaguedad del concepto haya desaparecido, el poder sugestionador de la teoría aparece irresistible, porque cuando las multitudes llegan á impresionarse por una de tales fascinaciones, la virtualidad de las palabras se hace independiente de su significación real. Así suena hoy la voz *regionalismo* como emblema de combate y solución de todos los problemas, enardeciendo pasiones dormidas, inspirando programas para que el Estado quede sin acción para cobrar por sí mismo los tributos, y resonando como fatídica voz que hace estremecer el patriotismo, como si sintiera el frío de acerada cuchilla en sus entrañas, mientras hace retroceder ante su propia obra á los gobernantes, asustados de haber lanzado tales fórmulas y palabras al torrente de la circulación sin haber medido el desarrollo que podían adquirir por las pasiones colectivas.

Lo más grave del problema consiste en los caracteres de vértigo pasional que el regionalismo ha adquirido, revelando temeroso estado moral de los ánimos en el momento crítico de la liquidación de nuestro desastre, y siendo urgente discernir, entre los factores de esta explosión, cuáles son los que quebrantan el sentimiento de la patria grande y cuáles los que representan fuentes de regeneración y energías aprovechables.

El síntoma de mayor relieve en la explosión del espíritu regionalista consistente en aparecer ante todo, no como encariñamiento doctrinal con instituciones muertas, sino como protesta vibrante contra el sistema centralizador, como sentimiento de odio invencible de las regiones contra el poder cen-

tral, simbolizado en Madrid. Esta protesta y este odio reviste caracteres tales de violencia, que se llega á sostener que, «de seguir viviendo como vivimos, sería preferible entregarnos á Francia ó Inglaterra, poniendo punto final á la historia de España»; y esto se dice y se aplaude nada menos que en la inmortal Zaragoza, emblema de patriotismo acrisolado. «Un organismo nacional degenerado hasta enloquecer con semejante vértigo—dice Sánchez de Toca—no se libra del suicidio sino con camisa de fuerza, y no puede aplicársele otro reconstituyente que el de infiltrarle, cueste lo que cueste, el sentimiento de la patria una indivisible é intangible.» Y no cabe distender las ligaduras sino cuando resulte vivificado tal sentimiento, que libertades y descentralizaciones sólo pueden florecer con nacionalidad sin envilecimiento, donde no se invoca el santo nombre de patria sin hallar muchedumbres dispuestas, á darle sin regateo vidas y haciendas. Por fortuna, tales síntomas de descomposición aparecen contrarrestados por otros reveladores de vigorosa vitalidad.

Fuera gran desvarío negar que la protesta regionalista carece de fundamento, apareciendo Madrid concentrando todas las iras, como sede y símbolo del organismo burocrático, político y parlamentario que ha gangrenado nuestra existencia nacional. Madrid, sin embargo, es á su vez víctima como quien más de desgobiernos y corrupciones, y participa, en desventuras, impuestos y sacrificios, más que ninguna otra parte de la nación. Los odios aparecen concitados contra ella, no por lo que es, sino por lo que tiene de símbolo como capitalidad del centralismo, según afirmó en uno de sus más elocuentes discursos el insigne Maura.

Aunque este regionalismo aparezca ahora imposibilitado para recurrir á medios violentos, urge que se anticipe por ley su desagravio en todo lo que es justo y necesario para que las energías que contiene se truequen en elementos de regeneración y vida y no en factores de disolución y muerte. Nada se destaca en el trabajo providencial del desarrollo histórico

desde hace diez siglos con tan vigoroso y persistente encadenamiento como la constitución de personalidades internacionales y soberanías de Estado en creciente progresión de fuerzas. Desenvuelta esta tendencia por los monarcas absolutos y llevada á su extremo desarrollo por la revolución francesa y por nuestra épica guerra de la independencia, la unidad nacional, sentida entonces como nunca, llegó á violentar para su más cumplida realización, instituciones y demarcaciones históricas, sacrificadas con gusto por el pueblo en aras del interés supremo de la patria.

El criterio de la política unitaria impuso una organización centralizadora y simétrica, creando por decreto corporaciones y provincias como unidades de artificio para administrar de real orden la vida nacional, y una vez enrasado el suelo por la centralización, pretendimos edificar instituciones parlamentarias, y como el poder quedó en posesión de la omnipotente máquina electoral, y secuestrado á su vez por la tiranía del pandillaje agremiado para vivir de los desmanes de la dominación, la nación entera quedó corrompida hasta la médula. Llámese como se quiera, lo que caracteriza al régimen parlamentario es el estar amasado en una continuación de despotismo y servidumbre. Las elecciones son mentira, los Municipios escuela de perversión moral, las provincias están á merced de cómitres puestos por los grandes corsarios, y la administración central es inepta y prevaricadora, con Consejos de Estado y jueces hechos al servilismo de condenar ó absolver por mandato.

La política unitaria necesita más que ninguna otra continua justificación de grandezas exteriores y glorias militares. Los pueblos aceptan como mártires todos los suplicios, mientras alientan fe viva en que con ellos se ataja el camino de la gloria; pero desdichada la nación, sofocada por los métodos centralizadores, el día de una triste liquidación que la arrebate sus ensueños: perdido el respeto á sus clases gobernantes, desconfía de todo esfuerzo colectivo, y con este pesimis-

mo cunde en todos la idea mortífera de vivir cada uno para sí, atento sólo á su egoismo.

Todo el alcázar de nuestro derecho constitucional está cimentado en falso: aparenta ser una construcción de parlamentarismo con sufragio universal, y su cimiento y argamasa es la más absorbente centralización, con instituciones montadas contra toda iniciativa independiente, resultando el régimen administrativo en inconciliable contradicción con el político. Así se ha visto que á raíz de la catástrofe colonial, se pasó sin transición de la fiebre patriótica al frío del escepticismo, y sin que el mecanismo constitucional se hubiera alterado en lo más mínimo, se tenía conciencia instintiva de que todos los aparatos de la política, conservando sus nombres y apariencias, no representaban ya el mismo poder efectivo.

Enmedio de este derrumbamiento, se percibieron, sin embargo, algunas vigorosas palpitaciones de opinión, primero como ayes lastimeros, y luego cual voces de delirio de una nación estremecida por dolores agudísimos en todos sus órganos vitales. En torno del fantástico alcázar constitucional, mantenido en equilibrio por artificiosos convencionalismos, y perdido ya el talismán de sus prestigios, surgen apariciones del mundo olvidado, como si en la raza brotaran impulsos atávicos para agitarla con las voces de los antepasados, cundiendo entre nosotros, hoy más que nunca, la idea de que el Gobierno, la administración y la justicia son nuestros mayores enemigos, y fermentando en el seno de tal desasosiego, como principales explosivos, los múltiples elementos de lo que se llama regionalismo.

La idea regionalista es quizá la única ilusión viva y con acción de entusiasmo sobre las colectividades; donde esas ideas centellean, á ellas van á afiliarse liberales y conservadores, republicanos y monárquicos, católicos y librepensadores, rompiendo sus respectivas disciplinas de escuela y de partido. Los ideales, resorte dinámico principal en la acción colectiva, aparecen en los partidos unitarios como ideas frías y muertas, mientras en las milicias regionalistas crean estados pasio-

nales de odio y de amor, y en política, como en religión, el creyente tiene más fuerza que el escéptico; porque una convicción enérgica no puede combatirse eficazmente sino con otra convicción de no menor energía.

Esta superioridad de convicciones constituye la principal ventaja que por de pronto lleva el regionalismo; y credo capaz de enfervorizar entusiasmos colectivos, aunque haya en él alucinaciones visionarias, requiere la atención del gobernante y exige que no falte previsión para preservar á la multitud de sus propios extravíos.

Las fundamentales diferencias entre la reivindicación catalanista del siglo XVII y la actual, indican cuánto difieren entre sí los problemas políticos planteados en ambas épocas. Estado y regiones resultan hoy en igual triste necesidad de amaestrarse en las artes de gobierno, y hasta grave es esta peligrosa novedad para que ante ella no se rindan los mayores miramientos de la mayor prudencia política, evitando principalmente los gobernantes el aparecer con actitudes equívocas y palabras generales llenas de duda ó artificio, y previniendo cuanto pudiera tener viso de provocación ó propósito de conducir los sucesos á tensión violenta.

Cuando todos los moradores de una tierra entran en tales inquietudes de espíritu, indicio grave es este de que allí existe algún gran maleficio que desagraviar. Oigase al agraviado y no se desespere al quejoso, y con razones y esclarecimientos será fácil llegar á un acuerdo, y se comprobará que muchos centralistas intratables son en el fondo regionalistas sin saberlo, y no pocos regionalistas intransigentes, en cuanto se enteren bien de lo que hay que hacer en villas y lugares para vivir vida regional, pedirán quizá mayores amparos de poder central que los que hoy existen. Eliminados del regionalismo sus elementos de utopia, puede ser base fecunda de gran política unitaria, procurando al Estado alivio de su agobiadora carga de administración y tutela y siendo para los pueblos medio de desagravio de insoportables opresiones.

El armatoste descompuesto del mecanismo centralizador resulta por otra parte de peligroso manejo, y cualquier descuido en su uso puede lanzar á este pueblo en caminos de perdición, sin siquiera apelar á la rebeldía armada, pues le bastaría ejercitar el veto, que ha sido siempre el poder mayor de las plebes. Las muchedumbres van teniendo conciencia de este poder, hoy más que nunca incontrastable por la rapidez de las comunicaciones, y quizá no hay en el mundo pueblo más apto que el español para este linaje de huelgas de obediencia.

Según la política que con él se siga, el regionalismo será explosivo de anarquía y furioso vendaval que nos lleve al naufragio, ó elemento valiosísimo de reconstitución. El tratamiento del regionalismo requiere ante todo desviarse de cuanto tienda á convertirlo en materia de violencia ó de improperios, respetando sus manifestaciones en letras y artes, y hasta sus enamoramientos de lenguas ó dialectos de regiones, evitando á toda costa qne el conflicto se tramite por las vías de la indisciplina social y de las pasiones embravecidas, pues á tanto equivaldría cortarnos una mano con la otra.

Situando luego unos y otros su ideal en las realidades de la vida, descubrirán que la política unitaria y la regionalista se identifican en la solución de transformar el Estado y la región sus relaciones, para que cada centro, con su vida propia, provea por sí á su desenvolvimiento dentro de la unidad nacional. Pero los maniquíes provinciales y municipales de un Estado centralizado no se convierten de improviso, por el mero desglose de servicio y jurisdicciones, en organismos vivos con iniciativas propias y fecundas. Al político que se atreva á semejante operación no le basta el concepto perfectamente claro de lo que conviene intentar; necesita además voluntad firmísimamente templada, perspicacia y decisión rápida, y ha de ser de los que sepan penetrar en el alma de las plebes interpretando sus sueños sin contagiarse de sus alucinaciones.

Aunque es destino y oficio del hombre de Estado vivir

afrontando siempre las responsabilidades de lo imprevisto, se comprende la ansiedad de su espíritu en estos instantes solemnes de una hora que ilumina en las almas el fulgor de todas las posibilidades. Quien no se sobrecoja en esta hora, ni teme á Dios ni ama á su patria.

HERMENÉUTICA

Los testimonios humanos.—Los magistrados y jurisconsultos del último siglo,—dice en la *Nouvelle Revue internationale* Pedro Denis—desconfiaron del testimonio humano, por lo expuesto que es á error, y exigieron para condenar á un individuo pruebas sacadas de los hechos después de su ejecución, que pudieran ser por lo mismo examinadas con cuidado y con plena libertad de espíritu. Se necesitaban tres de estas pruebas para justificar una condena. Los jueces que hubieran castigado sin tenerlas, podrían ser perseguidos por el condenado ó por su familia y, en caso de error, la responsabilidad era á veces penal, pero siempre pecuniaria y considerable. Y no era esta responsabilidad puramente nominal, pues los casos de indemnización eran relativamente frecuentes, y en un asunto criminal de Melun, que había tenido por resultado la pena de muerte por deserción, fueron ahorcados tres jueces.

Los legisladores revolucionarios cambiaron esta tradición y estas instituciones jurídicas, reemplazándolas con el procesamiento criminal corriente, que hace de todo proceso de Audiencia un espectáculo preparado, arreglado por los jueces de instrucción, y sobre el que sentencian soberanamente doce ciudadanos sacados á la suerte.

Los legisladores revolucionarios, aunque volterianos, imaginaron para asegurar la sinceridad del testimonio el solemne ceremonial del juramento, que sólo tiene valor si quien lo presta cree en la existencia de un juez divino que ha de castigarle si miente; pero que, sin esa creencia, es una formalidad sin valor.

El testigo, por otra parte, puede con la mejor buena fe engañarse ó ser engañado. El valor de su testimonio resulta de la fidelidad y precisión de su memoria, de la exactitud de su espíritu, de sus hábitos de observación, de su sentido crítico y de la extensión de sus conocimientos, sin hablar de la perfección de sus sentidos.

En nuestros tiempos igualitarios, no se distingue entre la declaración de una vieja devota que cree en brujas, y la de un sabio acostumbrado á los experimentos de laboratorio; y hasta se tiene propensión á creer con preferencia lo que dicen gentes incultas, porque se las juzga más sinceras, cuando son frecuentemente más imaginativas, como se admite que el testimonio de los niños es el más leal, cuando los hechos demuestran que el niño, arrastrado por su imaginación ó repitiendo lo que le han enseñado, es sumamente embustero.

Desde muy joven—dice Denis—me he puesto en guardia contra el testimonio humano: he tenido aventuras que los periodistas han contado á su modo, y he podido convencerme de la inexactitud con que se contaban. No sé cómo son los hombres de los demás pueblos, aunque serán poco más ó menos como los franceses; pero el francés, sin ser novelesco, es novelista; en todo asunto el francés busca una novela, y si no la encuentra, la hace. La mayor parte de los procesos no son otra cosa. El juez trata menos de buscar la verdad que de forjar una novela, y la defensa se esfuerza por su parte en forjar otra, y el Jurado elige entre ambas la que más se ajusta á sus opiniones y preocupaciones.

Casi todos los hombres se conducen instintivamente como el juez de instrucción. Ante la puerta de una casa se ve un tropel de gente. Pasais y preguntais la causa.—Es un inquilino que ha pegado al portero, dice uno.—Es un hombre que quería pegar á su mujer, dice otro.—Es un ratero, dice el tercero. Y así, sucesivamente. Y cada cual vá contando á su casa la novela que se ha forjado.

Cuando el proceso Dreyfus, Mauricio Barrés quiso asistir

al acto de la degradación, y á su regreso contó á los redactores de su diario la actitud del condenado y su frenético grito, repetido sin cesar: «¡Soy inocente! ¡Soy inocente!» El gacetillero, por su parte, escribía su informe, repitiendo las palabras de Dreyfus: «¡Soy inocente! Bien sabe el Ministro que si he entregado documentos al extranjero, era para adquirir otros más importantes.» No cabía discutir la verosimilitud de estas palabras; las había dicho y había que copiarlas, y las reprodujeron todos los periódicos, como hecho positivo. Más tarde se supo que era imposible que los periodistas las hubieran oído; les habían sido dictadas. Y eso es lo que se llamó «la confesión de un traidor.»

El testigo cree que su memoria es exacta, pero nada lo prueba. Los más acostumbrados á ejercitarla, tienen que confesar que no pueden repetir con exactitud lo que han oído una sola vez; retienen sólo algunas palabras típicas, cuyo sentido no siempre comprenden. La inexactitud de las *interviews* es bien notoria para los interrogados, cuando no se toman la molestia de escribir por sí mismos, ó de dictar las respuestas más importantes ó las que requieren mayor precisión.

Como hay el daltonismo de la vista, existe el daltonismo de la memoria. Cuando se trata de repetir lo que se ha oído, se reemplaza la palabra que no se recuerda por otra que parece semejante, y así se deforman las frases por la misma ley de la deformación de las palabras. Cuando la palabra oída no tiene sentido para el que la oye, la sustituye por otra que tenga valor para él, y así se convierte la «rue de la Reynié» en «rue de l'Araignée». Si se trata de una frase obscura, el que la oye la repetirá, quitando, poniendo y modificando hasta darle su sentido, que las más de las veces está muy distante de coincidir con el verdadero.

En uno de sus más interesantes cuentos, *El asesinato de la calle Moigne,* cuenta Edgardo Poe que varios vecinos habían oído ciertas palabras pronunciadas con cólera: según uno, era en español; según otro, en alemán; y según otro, en inglés. El

magistrado les pregunta respectivamente si conocen el español, el alemán ó el inglés para hacer tales afirmaciones, y todos contestan negativamente; todos habían creído reconocer precisamente las voces de la lengua que ignoraban; al fin se supo que el autor del asesinato era un orangután, y que sus gritos guturales eran los que los vecinos habían tomado por voces extranjeras. Tal es la historia de multitud de testimonios.

Y lo mismo pasa con los hechos *vistos*. Un abogado ha tenido recientemente que defender á un muchacho acusado de hurto; este muchacho era pobre, pero amigo de instruirse, é iba con frecuencia bajo las galerías del Odeón á hojear los libros en venta; lo descuidado de su traje y lo frecuente y prolongado de sus paradas hizo sospechar al librero que trataba de robarle, y por eso no le perdía nunca de vista; una tarde, mientras el muchacho leía, un ratero escamoteó un libro, y el librero le hizo detener, pero acusando de complicidad al pobre muchacho, que resultó tener ideas anarquistas, cosa que le favorecía bien poco; llegada la vista de la causa, el librero indicó el modo de obrar del pretendido cómplice, tal como se lo había figurado, suponiendo que estaba allí para tapar el robo del otro, hasta que el abogado le obligó á precisar el sitio ocupado por cada uno, resultando que el ladrón se hallaba entre el librero y el anarquista, siendo imposible que éste cubriera á aquél; si por casualidad el robo lo hace el ratero más allá de donde estaba el anarquista, éste hubiera sido condenado sin la menor culpa.

Casi todos los individuos están sujetos á una doble sugestión: la del medio, ó colectiva, y la inconsciente del aparato cerebral. La primera les incita á pensar que un hecho confuso para ellos es de cierta naturaleza, que tiene cierta causa, que tales ó cuales podrían ser sus autores; y eso es lo que se llama opinión general, rumor público, que en tiempo de pestes ó de tifus hace creer en el envenenamiento de las aguas por los frailes ó por los judíos; y cuando esta sugestión colectiva ha despertado la atención, el individuo recuerda hechos, palabras,

gestos insignificantes á los que da el sentido que se acomoda con su sospecha, produciéndose la autosugestión. Como las gentes no tienen conciencia alguna de estos fenómenos psicológicos, se apasionan por su opinión, y así se hace la fe que crea los héroes, los verdugos y los mártires.

Los hombres que por su educación y sus hábitos profesionales debieran sustraerse más á esta forma de la autosugestión, que produce la idea fija en cierta categoría de enajenados, no se libran de ella. Los peritos, en efecto, que en la mayor parte de los casos en que son llamados actúan como verdaderos jueces, se consideran, en general, como auxiliares de los magistrados; su entendimiento toma la inclinación del de los jueces de instrucción, procuradores y sustitutos; creen servir á la sociedad descubriendo una culpabilidad cualquiera, sin pensar en que la servirían mucho mejor buscando y descubriendo la verdad.

La objeción á todo esto es muy general. Tenéis razón—se dice;—pero ¿cómo administrar justicia si no se concede crédito al testimonio humano? Pues reformando el procedimiento, la instrucción, las costumbres judiciales y la institución del Jurado; ante todo, no aceptando los testimonios sino como elementos de investigación, y no como pruebas ó elementos de convicción. Los mejores testimonios en la historia, los más verídicos, concluyentes é irrefutables, no son los de los hombres, sacados de las crónicas, de las memorias ó de los libros, sino los sacados de los hechos, de las cosas. Lo mismo ocurre en derecho procesal: sólo el atestado de las cosas que no tienen pasión ni sugestión, ó de los hechos mismos, que no mienten consciente ni inconscientemente, deberían servir de base para producir una condena, después de atento examen experimental, sin fundarse en testimonios cuyo valor es imposible conocer, porque no se puede penetrar en la conciencia ni en el entendimiento de los testigos. Si la justicia quisiera ser menos impotente, le bastaría ser menos rutinaria y más vigilante, siendo siempre preferible exponerse á dejar impune á un culpable que castigar como culpable á un inocente.

IMPRESIONES Y NOTAS

PRONUNCIACIÓN DE LA PALABRA «BOER».—Ahora que, con motivo de la guerra anglo-transvaalense, tanto se habla y se escribe del valiente pueblo *boer*, no está demás dar á conocer la verdadera escritura y exacta pronunciación de esta palabra, como lo hace J. Bastin.

La palabra *boer* no es otra cosa que la forma flamenca ú holandesa del *bauer* alemán, que significa á la vez *constructor, aldeano* y *labrador,* y tomándola en mal sentido, *rústico, villano* y *sota* (en el juego de cartas), en correspondencia con el verbo *bauen*, del que se deriva, y que significa *construir* y *cultivar*.

Los franceses y los rusos han dado en escribir esta palabra con diéresis *(boër),* pronunciándola equivocadamente en armonía con esta escritura inexacta. Debe escribirse *boer* y pronunciarse *bur,* pues la combinación holandesa *oe* se pronuncia *u*. Boer ó *bur* significa, como la forma originaria alemana, *aldeano, labrador, cultivador, campesino,* y en sentido peyorativo *patán, rústico, villano*. En la baraja se llama también *boer* á lo que nosotros llamamos *sota* y los franceses *valet*.

***

EL HAMBRE CRÓNICA.—Para el año 1930 ha profetizado el sabio W. Cro okes, en su discurso pronunciado en Bristol, un hambre general, hacie ndo notar que el campesino ruso sufre hambre crónica.

La Revue Scientifique y *La Naturaleza,* dicen que, sin entrar en pormenores sobre las causas de estas hambres que todos los años castigan unas ú otras provincias del gran imperio moscovita, no pueden menos de reproducir el asombroso descubrimiento hecho por la oficina de estadística del Gobierno en Pskov, y publicado por *El Correo* ruso, demostrando hasta

qué punto el hombre en general, y especialmente el campesino ruso, sabe y puede acomodarse á las difíciles circunstancias de la lucha por la existencia.

En los distritos castigados por las malas cosechas, que revisten forma crónica, los habitantes han discurrido un medio para adaptarse á la falta de provisiones, medio que no es desconocido del resto del mundo, como dicen las Revistas indicadas, pero que no se practica en ninguna parte sistemáticamente ni con la persistencia en la duración que en el imperio ruso; este medio se reduce lisa y llanamente á meterse en la cama, dormir todo lo posible y moverse lo menos que se pueda. Á este sencillo recurso le dan el nombre de *lejka* (que quiere decir «acto de acostarse»). En cuanto un jefe de familia se da cuenta de que su provisión de trigo tiene que agotarse antes de recoger la nueva cosecha, empieza por disminuir la ración de comida de la familia; pero como la experiencia le enseña que necesita conservar su salud y su fuerza para los trabajos de primavera, y esto no puede conseguirlo ayunando, se entregan él y su familia al *lejka,* permaneciendo acostados cuatro ó cinco meses, sin levantarse más que para calentar la choza y comiendo un trozo de pan negro mojado en agua, tratando de moverse lo menos y de dormir lo más que pueden.

Así, tendido al calor del fuego, conservando la mayor inmovilidad y probablemente sin pensar en nada, el campesino ruso no tiene otro cuidado que el de gastar lo menos posible su calor animal durante el invierno, para lo cual come menos, bebe menos, se mueve menos y, en una palabra, *vive* menos. Cada movimiento superfluo repercute necesariamente en su organismo, ocasionando un gasto superfluo de calor animal, que produce á su vez una recrudescencia de apetito que no hay medio de satisfacer, siendo preciso evitar la causa para que no se produzca el efecto. El instinto le aconseja dormir más y más; en la choza reina la obscuridad y el silencio, y en los rincones más abrigados invernan, solos ó agrupados, los miembros de la familia.

Durante el hambre del año actual, la prensa rusa ha señalado varios casos de este género; pero hasta el presente se ignoraba que el *lejka* no es un hecho pasajero ó accidental, sino todo un sistema practicado por toda una serie de generaciones de campesinos, que se han acostumbrado á considerar la media ración como regla general, la saciedad como ideal irrealizable y el hambre como una molestia que puede soportarse por medio del sueño invernal.

***

El pueblo español juzgado por Fouillée.—Este ilustre escritor consagra en la *Revue des Deux Mondes* un artículo al estudio del carácter español. «En todo español típico—dice—hay un Don Quijote idealista, soñador, y un Sancho Panza observador y amante de la realidad.» La religión es una de las influencias que más se han hecho sentir en la raza, y asociada al espíritu heroico de aventuras caballerescas y de dominación universal, se personifica en San Ignacio de Loyola y en la Compañía de Jesús, ó bien, místico, se encarna en Santa Teresa. La necesidad de sensaciones violentas hace de España la cuna del realismo romántico, que se afirma en la literatura, el teatro y el arte. ¿Cómo ha llegado España, habiendo sido tan grande, á su actual estado de postración? Fouillée lo atribuye á causas físicas que han atacado hasta la sangre de la raza, y á causas morales que, como la indolencia, el desvío del trabajo y la estrechez de conciencia, concurren á la ruina general. Cree, sin embargo, que esta postración es pasajera y que España sabrá apartarse de su desviación secular, volviendo al buen camino y recobrando su prosperidad.

***

El tratamiento de la pereza, la cólera y la tristeza.—En un interesante trabajo del Dr. Mauricio de Fleury, titula-

do *Introducción á la medicina del espíritu,* analizado por *Le Réformiste,* de París, se estudia la pereza, la cólera y la tristeza, y su respectivo tratamiento higiénico.

La pereza de los adultos—dice Fleury—procede de la atonía de los órganos. Tenéis perezosa digestión y circulación lenta, y vuestra fuerza nerviosa es menor y menor la aplicación del espíritu á determinado trabajo. El mejor régimen para un estómago y un espíritu perezoso es el siguiente: corteza de pan duro, huevos, carnes blancas, compotas poco azucaradas, pasteles y quesos secos, evitándose las grasas y salsas, y todo lo que es pesado; poca pimienta y algo de sal. Las menos drogas posibles, tónicos que no sean excitantes, una cucharada de valerianato de amoniaco en caso de enervamiento, poco ó ningún bromuro, algunas píldoras de pancreatina para ayudar á la digestión, y algunos sellos de naftol, es lo único que puede aconsejarse. Para evitar el insomnio, el intelectual debe acostarse con el bocado en la boca. Esto en cuanto al tratamiento fisiológico.

Por lo que hace al tratamiento psíquico, hay que someter el espíritu á un esfuerzo más intenso, para que la fuerza acumulada por los tónicos no se transforme en crisis convulsivas, lágrimas y accesos de cólera. Hay que inspirar al perezoso el deseo de consagrarse á una obra en relación con sus aptitudes, dándole una *idea fija* que le ocupe por completo, que le interese, que le recompense por el placer experimentado, y que sea relativamente fácil y de no lejana realización. Si se le puede dar un compañero de trabajo que le estimule y sea testigo de sus esfuerzos y progresos, el resultado será mejor. Y una vez inspirado el gusto por el trabajo, hay que sostenerlo por los medios siguientes: 1.° Ponerse al trabajo *desde el levantarse;* si se empereza uno, todo el trabajo del día se resiente. 2.° Trabajar *á las mismas horas.* 3.° Trabajar con preferencia *por la mañana.* 4.° Aumentar *progresivamente* la dosis del trabajo, dos horas al principio, luego tres ó cuatro al día; cuatro horas bien empleadas son suficientes; Víctor Hugo no trabajaba más, ni Zola tampoco.

Pasando á los coléricos ó irritables, estos pertenecen á dos categorías de temperamentos: los que tienen fuerza de más, sanguíneos y pletóricos, y los que se irritan porque no tienen bastante fuerza. Estos, los neurasténicos, de rostro pálido, ojos apagados y piernas cansadas, ganan mucho con inyecciones de agua salada. Evitad en los débiles la fatiga, de donde nace la irritación. ¿Habéis visto esa niña excitada, inquieta, nerviosa? Es que está fatigada. Dejadla un momento de descanso, fortificad su cuerpo con una ducha, un masaje, un baño salado, una carrera al aire libre, y será otra.

En los pletóricos de ojos relucientes, colorada tez, mano poderosa, músculos recogidos y apetito voraz, la irritación es el estado continuo, y este exceso de fuerza se mata con bromuro en alta dosis, suprimiéndose todos los tónicos y excitantes, carnes, alcoholes y vinos, estando indicada el agua y el régimen vegetal. En cuanto al régimen psíquico, hay que emplear estas energías en tareas útiles y regulares, dando salida por el trabajo al exceso de fuerza que nos oprime y atormenta. Si queréis impedir á un hombre violento que cometa actos lamentables, lanzad le en una carrera donde necesite gastar su energía.

La tristeza habitual procede del estado de debilidad, de depresión de nuestros órganos. Hay, por lo tanto, que tonificar nuestros nervios por los tónicos indicados del sistema nervioso. Dad música—dice Fleury—á vuestros nervios acústicos y masaje á los nervios de vuestros músculos, hermosos espectáculos á los ojos, fricciones con guantes de crin ó chispas estáticas á los nervios de vuestra piel, aire vivo á vuestros pulmones, suero al torrente sanguíneo y un buen régimen á vuestro estómago, y aumentaréis vuestras fuerzas disminuyendo vuestra tristeza habitual.

*
* *

Ganancias de los escritores de París.—Camilo Manclair descubre en la *Nouvelle Revue* lo falso de las leyendas corrien-

tes sobre las grandes ganancias que en París proporciona la pluma literaria.

Los novelistas que publican sus obras en volumen obtienen por término medio 0'40 francos por cada ejemplar, y como la venta, en caso de éxito, no pasa de 900 á 1.000 ejemplares, su ganancia se reduce á 400 francos; los que llegan á vender 1.500 á 2.000 necesitan tener ya gran nombre, y pueden llegar en este caso, haciendo dos novelas al año, á un producto de 1.400 á 1.500 francos. Los que publican sus novelas en Revistas se ven mejor pagados y pueden obtener de 1.500 á 4.000 francos lo más, pues el precio varía de 10 á 25 francos la página de Revista, y la novela ocupa de 150 á 170 páginas. Esta fuente de ingresos es, sin embargo, difícil de obtener; no hay más que siete ú ocho Revistas importantes que publican en junto unas 25 novelas al año, y claro es que, no todos los que quieren y pueden tienen salida para sus creaciones novelescas.

Muchos se dedican á los artículos de Revistas para salir de apuros, recibiendo de 10 á 25 francos por página, y como cada artículo tiene por término medio 20 páginas, consiguen así 250 francos de honorarios. Un autor especialmente favorecido puede hacer insertar 30 artículos al año y ganar de ese modo 7.500 francos, añadiendo á los cuales otros 3.500 de novelas puede llegar hasta 11.000 francos al año como caso excepcional, pero se necesitan cualidades enormes de tenacidad y erudición, facultades enciclopédicas y un poder de trabajo extraordinario para escribir un artículo de 20 páginas cada quince días, forjar una novela original y vivir su vida personal, aparte de lo poco estable que por mil causas es esta clase de rentas; «no creo—añade Mauclair—que se encuentre en París un autor que figure 30 veces al año en los sumarios de las Revistas».

***

El mareorama de la Exposición.—Como la torre Eiffel en 1889, el *clou* de la Exposición de 1900 va á ser, al decir de los que siguen de cerca los trabajos del Campo de Marte, el mareorama de Hugo de Alesi.

Se trata, según la *Grande Revue de l'Exposition,* de un panorama monstruo en el que se ofrecerá á los visitantes, cómodamente instalados en un verdadero vapor en marcha, el grandioso espectáculo de las orillas del Mediterráneo, de donde surgirán, evocadas por los genios combinados del arte y de la ciencia, las ciudades de Túnez y Nápoles, Venecia y Constantinopla, y mil pintorescos sitios que constituyen el encanto de las playas mediterráneas, desarrollados en telas de un kilómetro de largas por 15 metros de altas. Es una *tournée* deliciosa, hecha cómodamente con todos los detalles que pueden contribuir á que la ilusión sea completa, apareciendo el mar en primer término con las barcas y escuadras que lo cruzan, con sus días de calma ó de tormenta y sus noches estrelladas ó encapotadas, de donde brotan sucesivamente los magníficos panoramas de Venecia con sus cantos de gondoleros ó las espléndidas cúpulas de Constantinopla con el animado espectáculo del Bósforo.

*
* *

Españoles é hispanoamericanos.—La *Revista de Chile* publica, con el título de *Mis confesiones de viajero*, los fragmentos del diario de viaje de Roberto Huneeus, entre los cuales hallamos algunas impresiones dignas de ser recogidas por la sinceridad que en ellas resplandece.

«El inglés—dice—es el hombre-cálculo; el francés el hombre-nerviosidad; el español la mujer-corazón.

»He salido de Madrid con verdadera melancolía; amo ese pueblo. Estoy sobrecogido de admiración por la ciencia y sabiduría de Menéndez Pelayo. Posee tan á fondo las materias que trata, y conoce tan admirablemente los veneros y recur-

sos todos de la abundosa lengua castellana, que llega á aparecer como un coloso de la palabra. Me produjo tal entusiasmo cuando le oí en el Ateneo, que al tiempo de terminar le aguardé pacientemente en uno de los pasillos de la salida. Al enfrentarlo tuve la audacia de detenerle y decirle: «Señor, escúcheme usted; soy chileno, me llamo Huneeus; me marcho de Madrid esta noche, y no he querido hacerlo sin antes darme la honra de conocerle y de obtener el favor de que usted me dé la mano.

«El Ateneo es un orgullo para España. Se ve que hay intelectualidad. Abundan las conferenciantes y los públicos que los estimulan y los comprenden. Hay sabios españoles que tratan de demostrar la riqueza intelectual de su patria durante los siglos XVI y XVII. ¿Por qué España, país tan rico de cerebros y de alma, habría de ser una excepción á la ley de la coincidencia del engrandecimiento político y social con el artístico y científico? Lo que hay es que España ha sido apática para hacer circular sus glorias, y sus negros fanatismos han retardado el paso triunfal de sus aspiraciones de progreso. España es, ha sido y deberá ser, un pueblo muy superior á la idea que de él se tiene.»

«Dato curioso: En Madrid, un muchacho que me señaló el camino de la estación del Norte, y que me acompañó hasta ella, no quiso recibir la propina que yo, naturalmente, le ofrecía. Actos como este son extraordinarios en Europa».

«Uno de los motivos que contribuyen á hacer juzgar desfavorablemente á España, es el mal servicio de sus ferrocarriles: son lentos, carísimos y desordenados. El extranjero ama su propia comodidad, y se retrae de trasnochadas y de retardos que se traducen en pérdidas de salud y de dinero.»

«Con profunda pena he salido de España. ¡Gloria á la madre!»

Fernando Araujo.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.=I. La peste bubónica en el Paraguay.—Alarmas en el Brasil, la Argentina y Chile.—Medidas de contensión—Declinación de la epidemia.=II. España en América.—Las Cámaras de Comercio.—Patriótica petición de la Argentina.—Lo que el patriotismo impone.=III. La alianza latinoamericana.—Su resonancia en los Estados Unidos.—El artículo del *Sun*.—Los expansionistas de Chicago.—Los contraexpansionistas de Nueva York.—Modificación de la política de Washington.—Reacción en Cuba—Los blancos y los negros y la bandera española.—Actitud de los Estados Unidos con motivo del fallo arbitral del conflicto anglovenezolano.=IV. Situación económica de los principales Estados hispanoamericanos.—Chile.—La Argentina.—Colombia. Guatemala.=V. Situación general política.—Los conflictos provinciales de la Argentina y la reforma constitucional.—Las montoneras del Perú.—El separatismo en Colombia.—El nuevo régimen político en Bolivia.=VI. En busca de Ibarrola.

Mientras en Europa, al parecer, pues hasta hace unos días el telégrafo internacional no nos lo ha comunicado, se ha desconocido la presencia de la peste bubónica en el Paraguay, la prensa americana que desde Agosto último hemos recibido no ha dejado de traer amplios informes de su aparición, desarrollo, examen y calificación, de los temores que en el Brasil, la Argentina y Chile han existido acerca de su propagación, de los medios que se han empleado para contenerla y de la existencia de algunos casos aislados en algunos pueblos del Chaco y en algunas poblaciones brasileñas fronterizas del territorio paraguayo, donde se dejó sentir esta calamidad casi simultáneamente que en Portugal en Europa y en el Egipto en África. Ni en estas últimas regiones, ni en la parte de Amé-

rica que la epidemia ha castigado, ha tenido el contagio pavorosa intensidad. Esta rara distribución simultánea del mal es la que presta motivo mayor de estudio á la observación científica, que el mismo procedimiento profiláctico de su prevención, el terapéutico y clínico de su curación y el de policía y desinfección contra su propagación, puesto que constituye un dato evidente con que entrar, en lo humanamente posible, en el análisis de las influencias ó de las corrientes que pueden producir las enfermedades epidémicas. La epidemia de las bubas apareció en la ciudad de la Asunción, capital del Paraguay, á los principios de Agosto. Aunque desde luego la ciencia procedió á sus estudios de observación, hasta principios de Septiembre no quedó clínica, bacteriológica, experimental, anatómica y epidemiológicamente calificada, después que el Gobierno argentino, siguiendo en todo la conducta del Gobierno de España respecto á la epidemia de Oporto, delegó al Dr. Malbran para que pasase á la Asunción á observar la naturaleza y el giro del mal y á informar acerca de él al Gobierno de Buenos Aires. En aquel tiempo la peste bubónica se hallaba como estacionada en el Hospital de la Caridad de la capital del Paraguay, foco principal de la invasión, y en aquellos momentos todos concordaban con la opinión del Dr. Stocklin, jefe de la oficina bacteriológica de Córdoba, de que la enfermedad existente pudiera ser la llamada *pestis minor*, que no es más que una forma benigna de la bubónica. En todas las fronteras de la República interior se tomaron inmediatamente las medidas profilácticas contra las procedencias del Paraguay; se registraron escrupulosamente en los puertos del Brasil, del Oriental y de la Argentina los buques de toda procedencia, y entonces se observó la presencia en algunos de ellos de la fiebre amarilla, con varios casos de muerte durante la navegación, y aun en Río Janeiro se contaron el día 7 de Septiembre trece casos de la misma fiebre, de los que ocho fueron fatales. Otros dos doctores argentinos, los señores Voger y Delfino, habían descubierto ya el baci-

lo de la peste en la Asunción, y ya no hubo vacilaciones ni dudas en decretar para los buques las cuarentenas de los reglamentos de Sanidad, y en establecer las estaciones sanitarias y organizar todos los servicios médicos. A pesar de las medidas adoptadas, el 26 de Septiembre el contagio en la Asunción adquirió mayores proporciones, tomando también la alarma más cuerpo á causa de la condición de las personas atacadas y el desarrollo fulminante de la enfermedad. En este día el primer atacado que murió fue el sirviente del Cónsul argentino, Sr. Alcorta. Contagiadas algunas personas de su familia, murieron también antes de poder ser conducidas al hospital. En este establecimiento murió el mismo día uno de los sirvientes, y á la madrugada una de las hermanas de la Caridad y un niño. Al día siguiente ocurrieron otros tres casos, del mismo modo fulminantes y con defunción. Este recrudecimiento sembró el pánico en la ciudad y el telégrafo lo propagó por los Estados vecinos, poniéndose en activo movimiento los Gobiernos de Buenos Aires, Santiago de Chile y Montevideo á fin de arbitrar perentorias medidas preventivas contra la propagación. Por fortuna el recrudecimiento de los días mencionados no se sostuvo, y la enfermedad entró en un período de tibieza semejante al que en Portugal se ha observado. Días de ninguna invasión, seguidos de otros en que acaecían casos aislados, pero siempre fulminantes y fatales, y así se entró en Octubre.

A mediados de este mes comenzaron á ocurrir casos aislados, pero bien definidos, en otras poblaciones paraguayas, en Villeta, Peribebui y Villa Rica, mientras de la Asunción parecía haber desertado el contagio, y el día 16 el telégrafo de Río Janeiro denunció tres casos sospechosos ocurridos en Santos; pero como las oficinas sanitarias de Montevideo se apresuraron á declarar sucias las procedencias de aquel puerto, el Gobierno del Brasil, con los informes del Dr. Nuño d'Andrade, hizo saber en la capital del Uruguay y de la Argentina que los casos ocurridos en Santos no eran de peste bubónica,

aunque sin determinar el diagnóstico de la ciencia. El 19 declaró que las infecciones sufridas eran de fiebre tifoidea; pero esto no obstó para que en las dos márgenes del Plata se consignaran como sucias, no sólo las procedencias de Santos, sino las de todos los puertos atlánticos del Brasil, imponiendo á los buques que de ellos llegaran quince días de observación, si á bordo no había ocurrido novedad, y el tratamiento que en cada caso se determinase para los que hubiesen tenido casos sospechosos ó comprobados de la peste reinante. Del mismo modo se prohibió en los puertos uruguayos y argentinos la introducción de los artículos del Brasil, que, como las plumas, cueros, cerdas, lonas, tejidos y mercaderías enfardadas ó embolsadas pudieran ser conductoras del contagio. Hasta á la correspondencia del Brasil se le impuso la desinfección en los mismos términos que se ejecutaba con la de Portugal. El 22 de Septiembre la peste volvió á aumentar en la Asunción, registrando nueve invasiones nuevas en aquel día. Con estas alternativas la epidemia bubónica ha continuado estacionada todo el mes de Septiembre y de Octubre, sin haberse modificado esencialmente hasta el 2 de Noviembre, á que alcanzan las últimas noticias telegráficas, sin desaparecer del todo ni tomar más serio incremento. La alarma ha denunciado en este tiempo casos aislados en Montevideo, en algunas estaciones del Chaco y en otros puntos de las regiones limítrofes; pero, en realidad, hasta ahora no se han confirmado. Lo curioso del caso es la disparidad de opiniones en que se ha encendido la prensa asunceña, así la profesional como la política, acerca del carácter de la epidemia. Esta controversia se ha hecho más viva en el seno del Consejo de Sanidad, y los Dres. Rubio y Olano, que conocen experimentalmente la fiebre bubónica por haber asistido en Filipinas enfermos que la han padecido, sostenían que la reinante en el Paraguay no era la bubónica, contra el parecer de los Dres. Voges, Delfino y Lofruscio, que así la definen. Los Dres. Rubio y Olano, á cuyo voto se adhiere el doctor paraguayo Sr. Velázquez, opinan que la epi-

demia reinante ofrece un cuadro sintomático de influencias locales, más que de influencias exóticas, y todos convienen que, de constituir el mal en realidad, la peste bubónica está en extremo degenerada, y que nada tiene de común ni en violencia, ni en intensidad, ni en erratividad, con las epidemias de este género que en 1720 fueron el azote de Marsella, en 1738 el de Viena, en 1742 el de Italia, en 1755 el de Kronstand, en 1770 el de Moscú, y en 1771 el de Polonia y Kiel. En Hungría la peste bubónica duró de 1785 á 1839; en Turquía y Grecia, por largo número de años tuvo un carácter endémico, hasta que desapareció enteramente. Por el Norte de África avanzó en los principios del siglo actual, y ocurrieron casos en Mallorca, en Malta y algunos puntos de Sicilia. En Asia ha estado localizada en la segunda mitad de este siglo, causando espantosos estragos, y con la misma extremada insistencia la han padecido también la China, la India, Calcutta y la zona de África llamada Uganda. Su aparición este año simultáneamente en Egipto, en la América del Sur y en Portugal, presta base sólida á la observación de las causas atmosféricas de que evidentemente procede y de las corrientes que la introducen en puntos tan diversos del planeta. Y es evidente que si los procedimientos preventivos que aconseja la ciencia no dejan de ser eficaces para contener su propagación, tal vez ésta no se ha determinado ni en Egipto, ni en Portugal, ni en el Paraguay, en virtud de las mismas influencias desconocidas que la han localizado en los lugares que ha invadido. Tal vez cuando escribimos estas líneas la capital del Paraguay se halla salvada ya del terrible huésped que desde Agosto último la pone en perturbación; pero interés de la ciencia y de los Gobiernos es ahora más que nunca vigilar sin descanso, pues si desde 1770 hasta 1839 la enfermedad no hizo más que girar errática, sin desaparecer, por toda la Europa Oriental, fácil es que el año próximo se recrudezca cerca ó lejos de las comarcas que en el actual ha azotado.

***

La posición de España en América, á pesar de haber quedado desnuda de todo territorio propio en el hemisferio que descubrió, pobló y civilizó, es cada día más lisonjera. A los vínculos políticos contra los que se agitaron los pasados odios van sustituyendo las relaciones morales más íntimas de raza y las relaciones materiales que estrechan cada día más los intereses de la comunicación, el trato y el comercio continuo. Las Cámaras de Comercio de Buenos Aires, Montevideo y Méjico trabajan sin descanso en esta obra meritoria, y principalmente la de la capital de la Argentina se convierte en un instrumento poderoso de relación entre España y aquella República, que llegará á constituir una fuerza poderosa para el acrecentamiento continuo de los intereses que desarrollan estas relaciones. Así lo reconocen en Méjico los representantes de nuestro programa comercial en América, y la lectura de *El Correo Español,* que se publica en aquella capital, á este respecto, es la evidencia más palpable del respeto que en todas partes se conquista el activo patriotismo de nuestros connacionales establecidos en las dos orillas del Plata.

Pero, enmedio de estos merecidos elogios, fácil es observar que, si la conducta de la Cámara de Comercio Argentina se hace para la de Méjico digna de esta admiración, no alcanza á imponer á su congénere del antiguo imperio de los Motezumas todo el ejemplo provechoso que de sus actos emana. El último número del *Boletín* de la Cámara argentina se enriquece con dos suertes de documentos enteramente ceñidos al fin de su institución, los cuales alegran y consuelan. Los primeros son la nota que la Cámara ha pasado al Ministerio de Estado de España sobre el proyecto de *Exposición de productos españoles y argentinos en Buenos Aires*, que está en el propósito de ejecutar. Los segundos, no menos patrióticos y lisonjeros, contienen otra nota al señor Marqués de Comillas, gerente de la *Trasatlántica Española*, para que, con motivo de la proyectada Exposición, organice un nuevo servicio de vapores al Río de la Plata para bien de la importante

Compañía naviera que gobierna, y especialmente para el del comercio hispano-platense, cuyo desarrollo y arraigo es de vitalísima necesidad para nuestra patria.

Es indudable que la Cámara de Comercio de Buenos Aires ha encontrado en el ministro de España, D. Julio de Arellano, aquel colaborador eficaz de todos los pensamientos generosos y buenos que los mejores proyectos necesitan para llegar á una airosa ejecución y á un éxito victorioso. Mas de cualquier manera, el hecho en sí revela que nuestros connacionales establecidos en la Argentina, y singularmente los que constituyen el Consejo directivo de la Cámara, ilustran su pensamiento en el de la patria, consagrándose á su prosperidad y beneficios. De esperar es que las Cámaras de Comercio de la península, á quienes la peste endémica de la política que nos estraga embarga en estos momentos más que la vigilancia y el impulso de los intereses salvadores que representan, presten la atención debida á la apelación que de su hermana de Buenos Aires ha recibido, y que la sección comercial de nuestro Ministerio de Estado, inspirándose en las altas obligaciones que le incumben, tome la parte que pueda y deba, á fin de que, tanto las Cámaras de Comercio de la península con sus medios, como la prensa periódica de toda España con los de la publicidad, sean acicate poderoso que mueva el espíritu reacio de raza á coadyuvar en propio beneficio á lo que la Cámara de Buenos Aires proyecta y propone. Si los connacionales establecidos en un mundo, que ya no es nuestro mundo, y en la explotación de intereses que no son intereses nuestros, emplean su actividad y sus fatigas, acaso sus sacrificios, por establecer y ampliar corrientes de vida que resarzan á España de las pérdidas sufridas al dejar de poseer los dominios que constituían los restos, aún opulentos, de nuestro antiguo imperio trasatlántico, ¿qué menos puede hacerse desde aquí, donde ha de venir la vena de los beneficios que se logren, que responder con fe y con constancia á iniciativas tan plausibles? Hagamos comercio de altura; establezcamos

corrientes de relación; procuremos hacer prósperos los frutos de nuestra naturaleza, de nuestra agricultura, de nuestro trabajo, de nuestra industria, de nuestra imaginación y de nuestra inteligencia, y cuando, poniendo en juego todos es toselementos reconstructivos y de regeneración, por ellos lleguemos al estado de prosperidad que nos es aún lícito alcanzar, esta única prosperidad efectiva, robusteciendo todas las fuerzas nacionales, nos proporcionará medios y nos dará empuje para volver de nuevo sobre los destinos de la patria y sumar todas nuestras ventajas en una ecuación imponderable de su poder.

La Cámara de Comercio de Montevideo tampoco desmaya en sus afanes. Aunque por nuestro Ministerio de Estado haya sido desahuciada en virtud de la negativa recibida del Gobierno francés, á su deseo de hacer representar en la sección del pabellón español que en París se construye para la próxima Exposición Universal los productos de la riqueza natural y del trabajo de la República oriental, deseo que también se abrigó por parte de la Argentina, en *La liga española de consumidores* establecida en la capital del Uruguay, y en otros proyectos protectores del comercio y del consumo de la producción nacional, demuestra el mismo celo que hace á la Cámara de Buenos Aires digna de nuestros aplausos.

El Correo Español, que se publica en la capital de Méjico, cercano al campo de nuestras últimas infaustas luchas, y desde donde presencia los últimos efectos morales de éstas, es testigo obligado de las que todavía nos toca sostener, cuando él mismo confiesa que en Cuba no se está satisfechos con habernos arrancado la soberanía y el imperio, sino que los odios contumaces se sobreponen á los tratados recientes: que á Méjico llega de aquella isla una corriente continua de emigración de los españoles que allí quedaron con sus intereses al amparo de los pactos de París, y que, desconocidos éstos, para evitar ultrajes tienen que abandonar la tierra que les expulsa. El tratado de París reconocía el derecho á la permanencia

en la isla de Cuba, con sus personas y con sus intereses, á aquellos españoles que, sujetándose á las leyes del vencedor ocupante hoy, y del soberano independiente mañana, quisieran constituir allí su residencia en la misma forma que cualquier otro extranjero. Esta numerosa colonia, así establecida en la gran Antilla, no interrumpía completamente con la Península los vínculos seculares del comercio. Pero los odios del separatismo aún están muy recientes para que se hayan extinguido. A los norteamericanos les importa cuanto contribuya á alejarnos más del corazón de los naturales que allí quedan, y aunque haya recalcitrantes de la independencia que, como Lacret, Quintín Banderas y Juan Gualberto Gómez, todavía se reunen en fraternales banquetes bajo la sombra de la bandera española, ayer aborrecida y atropellada por ellos, en odio contra el nuevo dominador que se les ha impuesto, eso, ni representa todavía, ni representará por mucho tiempo una verdadera reacción hacia España. La reacción vendrá; pero no hasta tanto que, ó hayan desaparecido los que han vendido, con su conciencia, la independencia por que ayer peleaban, al oro americano, ó hayan gastado en las disipaciones de sus vicios el último dollar, y necesiten nuevos socios de dinero con que embriagar su cinismo.

Las Cámaras de Comercio de Méjico tienen intereses por que velar, dentro de la religión de su instituto, en la cercana isla que España ha perdido, y aun sin salir de Méjico ¿no es vasta la esfera de actividad que en esta República amiga se les ofrece? No hemos de desconocer los servicios efectivos que la Cámara tiene prestados, y como el *Boletín comercial de la secretaría de Hacienda y crédito público* de aquel Estado, con las últimas cifras que publica, revela que el comercio entre España y Méjico va cobrando un aumento no interrumpido y siempre creciente, á este campo benemérito de acción la reclamamos, seguros de que merecerá los aplausos y la bendición de la patria.

En el mes de Agosto último, las importaciones de merça-

derías españolas han ascendido á 270.808 pesos en oro, excediendo en 114,313 la cifra del año anterior. La diferencia en pro de nuestro comercio en Méjico durante Julio y Agosto ha sido en 181.170 pesos, y el mismo fenómeno se nota en las exportaciones en Méjico para España, donde hemos recibido en Agosto último mercaderías mejicanas por valor de 143.132 pesos, en contraposición de los 95.102 que importaron las recibidas en Agosto de 1895. Por esta senda gloriosa es por la que las Cámaras de Comercio deben caminar sin descanso.

***

Que en toda América el espíritu público nos favorece en este empeño, es un fenómeno que salta á la vista. La guerra inicua que hemos tenido con los Estados Unidos y las consecuencias de nuestra extenuación en ella, lejos de haber quebrantado los vínculos de raza con aquel mundo, los ha estrechado más, hasta el punto de que bien podemos decir que entre España y las jóvenes Repúblicas de origen español hasta ahora no se habían estrechado tan fuertemente, después de su emancipación, los vínculos de familia. Si España antes de la guerra se hubiera dirigido á sus hijas independientes y les hubiera dicho: «La guerra que contra mí se proyecta á vosotros os hiere en lo profundo de vuestra seguridad y de vuestra independencia,» tal vez ninguna lo habría creído, porque ninguna consideraba nuestra situación en las Antillas como el nudo protector de los intereses de raza. Mas cuando después de la victoria se vió á los Estados Unidos captarse sagazmente de todas nuestras posesiones americanas, excluyendo de toda participación en la victoria y en sus resultados á los que se habían amparado de sus auxilios á título de protectores de su independencia; cuando, no bastando este engaño público al mundo, se proclamó la política de expansión y se amenazó al Centro por Nicaragua y al continente del Sur por Panamá y Colombia, y al Ecuador se le pidieron las islas Ga-

lápagos, y la mano yanki se vió á través de todas las revoluciones interiores y de todos los conflictos políticos, á fin ó de debilitar más y más á los Estados hispanoamericanos, ó de ponerlos en actitud de que ellos pudieran justificar su intervención para tragárselos uno á uno, toda la América latina salió de su sueño, vió la realidad y volvió hacia España los sentimientos enérgicos de su simpatía. España nada pretendió de ninguno. Excluída de aquel hemisferio, sólo predicó á los pueblos salidos de su sangre y de sus huesos, la fraternidad y la unión para defenderse á sí propios y salvarse de las conquistas con que se les amenazaba. Apenas los síntomas de esta unión fueron conocidos, ¿cuál ha sido el inmediato resultado? Pronto oiremos el nuevo Mensaje de Mac-Kinley á la reunión de las Cámaras norteamericanas. De seguro no habrá en él las arrogancias ni las bravatas del Mensaje del año antecedente. En Cuba ya se le odia. En Filipinas no posee más soberanía que la trazada en un papel con una nación vencida que de allí ha sido desalojada; pero cualesquiera que sean las perspectivas que se dibujen sobre los periódicos de Nueva York y los telegramas de las Agencias puestas al servicio de la Casa Blanca, sobre todo ahora que se halla próxima la reunión de las Cámaras, Otis no es el dominador del Archipiélago, ni el indio de ninguna estirpe está sometido ni se reconoce vencido. La cuestión de los canales está empantanada, y ya nadie habla de que sea preciso que los Estados Unidos sean los dueños exclusivos de los territorios por donde atraviesen, ni de sus entradas y salidas. El tratado Clayton-Bülver que se prometía que Inglaterra lo anularía, permanece subsistente, y todas las tentativas anexionistas se han disipado ante las entrevistas del general Roca con Errázuriz en el estrecho de Magallanes y con Campos Salles en Río Janeiro, y ante la negativa de Chile y la Argentina á deshacerse de sus escuadras.

La alianza de las Repúblicas hispanoamericanas quiso tomarse á broma en Nueva York y en Washington, hasta que el representante de Méjico declaró que, aunque ignoraba si esa

alianza estaría en vías de pactarse, si llegaba á hacerse sería un hecho grave; y, en efecto, tan grave ha sido ya, que en un solo año ha obligado á variar la clave de toda la política de Mac-Kinley.

Al desprecio que antes se fingió acerca de ese hecho, han sucedido los artículos hábiles, con sus punteras de recriminatorios de la prensa yanki. Veamos cualquiera de los numerosos artículos que se han escrito sobre esta cuestión: veamos *The Sun*:

«Según telegramas recibidos recientemente de Buenos Aires, el resultado de nuestra guerra con España ha hecho temer á los americanos del Sur que los Estados Unidos entren en un camino de conquista. Dícese también que con el fin de resistir la temida agresión de nuestra parte, varios hombres públicos influyentes se proponen formar una alianza ofensiva y defensiva entre la Argentina, el Brasil y Chile. Nosotros no creemos que haya semejantes propósitos, porque la experiencia de Méjico y de Venezuela ha enseñado á todos á distinguir entre amigos y enemigos. Asumir una actitud de sospecha y hostilidad contra nosotros sería un acto de locura por parte del Brasil y de la Argentina, cuyos vastos y escasamente poblados territorios han de ser codiciados ciertamente en el curso del siglo XX, como salidas para la población sobrante de Europa. Si nos es dable juzgar de lo futuro por lo pasado, las Repúblicas hispanoamericanas es probable que tengan entre sí más motivos de discordias por que pelear que con los Estados Unidos.

»En la naturaleza de las cosas no hubo razón alguna para que las comunidades de lengua española no siguieran en todo caso el ejemplo de las trece colonias inglesas y se unieran en confederación estable. Sin embargo, todas las tentativas para establecer un Gobierno federal en grande escala han fracasado. Los americanos del Centro han repudiado la conexión política con Méjico, y sólo por breve tiempo tolerarían la unión entre sí. Tampoco pudo consolidarse la unión federal

entre Venezuela, Colombia y el Ecuador. Bolivia se ha mostrado opuesta á unirse con el Perú ó con la Argentina, y las relaciones entre Clile y la Argentina, aunque aquella debió á sus hermanas del lado oriental de los Andes su independencia de España, nunca han sido cordiales, habiendo estado á punto de estallar en fecha muy reciente. Entre Perú y Chile existe una perpetua rivalidad, la cual en el Perú se ha convertido en odio desde que Chile lo privó de su provincia de Tarapacá y de los distritos cautivos de Tacna y Arica. En cuanto á españoles y portugueses, su unión no es más probable en el Nuevo Mundo que en el viejo. En 1580 España se anexionó á Portugal; pero en 1640, cuando España se había debilitado, los portugueses se rebelaron con buen éxito. Los habitantes del Brasil que hablan portugués, y los nativos de la Argentina que hablan español, se disputaron mucho tiempo el territorio que llamaban *Banda Oriental,* y que, como Estado neutro, se formó con el nombre del Uruguay en aras de la paz. Los antagonismos entre los dos pueblos no cesaron nunca, sin embargo, y estallaron otra vez después de ejercer su acción común contra el Paraguay. En los mismos Estados constituídos hay gérmenes de perennes divisiones interiores que los debilitan. La provincia brasileña del Río Grande del Sur ha vivido por tres cuartos de siglo en estado de crónica rebelión contra el Gobierno de Río Janeiro, porque en su territorio hay mucho elemento español, y otro, no menos grande, alemán. Con estos elementos, ¿se puede formar una confederación latinoamericana?

»Los latinoamericanos no ignoran que si de alguna parte les amenazan invasiones no es de los Estados Unidos. Desde que la Santa alianza quiso intervenir en pro de los intereses españoles en América, los Estados Unidos, en alianza con Inglaterra, y proclamando la doctrina de Monroe, cooperó á la defensa de los nuevos Estados emancipados. La mayor parte de la América Central, en aquel tiempo, hubiera sido absorbida por esta misma Inglaterra, si no hubiera sido por la enér-

gica actitud de Clayton en 1850. Méjico sería un imperio austriaco si Seward no hubiera obligado á Napoleón III á retirar las tropas francesas. Todo el territorio venezolano que domina la boca del Orinoco estaría en poder de la Gran Bretaña, si Cleveland no hubiera declarado que la frontera de la Guayana debía fijarse por medio de un arbitraje. De los Estados Unidos dependió la suerte del Brasil. Los Estados Unidos contienen la expansión de los holandeses de Cayena, que se creen con derecho á extenderse hasta el Amazonas. El Brasil se hallaría bajo el peso de esta amenaza sin la interposición de los Estados Unidos, que neutraliza la acción que Holanda pudiera ejercer en alianza con Alemania. La Argentina no está segura contra la agresión extranjera, y la creciente emigración italiana hace presagiar que puede estar no lejano el día en que el Gobierno argentino necesite de la cooperación de los Estados Unidos para evitar toda tentativa de estos italoamericanos, que ya, con motivo de la guerra en perspectiva con Chile, quisieron armarse en legión de 20.000 soldados, de tratar de anexionarla á su país natal. Por otra parte, la deuda argentina á los capitalistas ingleses es enorme, y hay que estar en vigilancia continua para que la Gran Bretaña, que también ha querido, en la colonia de los galenses, *calar el melón*, no quiera hacer de este pingüe Estado un segundo Egipto. Con estos hechos no es imaginable siquiera pensar en una alianza hispanoamericana contra los Estados Unidos, porque esta alianza equivaldría á un suicidio.»

A pesar del artículo del *Sun*, cuyos principales párrafos quedan transcritos, la idea de la posibilidad de esa alianza ha modificado, así en la opinión como en el Gobierno de los Estados Unidos, el giro que llevaba el pensamiento. Las amenazas de absorción del lado de los publicistas y de los periódicos yankis habían salido: la profecía de esta misma absorción total, de los oradores políticos de Inglaterra, que gallardeaban de los resultados de la alianza de las dos Inglaterras, la real y la republicana, para repartirse entre sí el imperio del

mundo. Los *boers* del Africa del Sur han sido los encargados de advertir á la Inglaterra real que el proyecto es más fácil de concebir en los ámbitos de la imaginación que en la arena cerrada de los hechos, así como á la Inglaterra republicana los tagalos, que hubieran vivido sumisos á España ascendiendo en el camino pacífico de una serena civilización, sosteniéndose con una energía que nadie podía esperar, han detenido igualmente los vuelos de las ambiciones yankis. Ya en Washington no se toma á broma la alianza defensiva de los Estados hispanoamericanos, como después de la cesión de Cuba y de las Filipinas. Ya no se amenaza á Nicaragua con arrancarle, de grado ó por fuerza, la faja de territorio por donde hubiera de cruzar el canal proyectado, ni á Colombia se le dirigen los mismos fieros, aunque en Panamá se hayan sembrado las semillas separatistas, que ya tienen encendida una nueva guerra civil. Ya no se trata todos los días de salvajes á los individuos de la raza ibérica que pueblan aquel continente, aunque las ideas expansionistas siguen explotándose por los periódicos en Chicago, en Nueva York y en Washington. Comienza á hilarse más delgado en cuanto concierne á las amenazas de anexión con que á diario se insultaba y se ofendía el patriotismo y el amor á la libertad y á la independencia de todos los pueblos de nuestro origen.

En cuanto á la barrera que el peso de los Estados Unidos opone á las naciones de Europa que se consideran con derecho á territorios americanos en litigio, veremos lo que ocurre ahora que ya se ha pronunciado en París el laudo arbitral en el conflicto anglovenezolano. El fallo ha sido desfavorable á Venezuela, pues equivale para este país á la pérdida de las cinco sextas partes de la zona materia del litigio. Se ha hablado de protestas de parte del Gobierno de Washington, pues por ese fallo, que ha sido unánime, queda arrollado el principio sobre que descansa la famosa doctrina de Monroe. Inglaterra por ese fallo va á ocupar territorios de que nunca ha estado sino en posesión imaginaria, y en vez de las protestas esperadas lo

que en Londres se dice es que el Presidente Mac-Kinley y su Gobierno, en vista de la unanimidad con que el Tribunal arbitral ha pronunciado su sentencia, la aprueban enteramente considerándola garantida por la imparcialidad. De modo que del artículo protector del *Sun* que antes hemos citado, ya se puede rebajar por Venezuela esta partida de descargo que se le recordaba para que no entrase en las alianzas bosquejadas en el estrecho de Magallanes, aceptadas en las entrevistas de Río Janeiro y que dentro de poco recibirán su última consagración en Buenos Aires al pagarse al general Roca su visita á Campos Salles, para cuya espléndida recepción ya han comenzado á hacerse en la capital de la Argentina ostentosos preparativos.

En todos estos acontecimientos España no puede tomar más parte que la de la simpatía moral con que los vé desarrollarse. Nosotros no tenemos pleitos territoriales con ninguno de los nuevos Estados americanos, ni pensamos en nuevas conquistas en ellos, ni aspiramos á ninguna anexión. Pero á esas calurosas simpatías nos moverán siempre los intereses de raza, el hervor de la sangre común y la comunidad de fe, de historia y de destino. La joven América española ha necesitado para despertar á la conciencia de su seguridad y de sus intereses, presenciar la total ruína de España en aquel mundo y encontrarse partícipe de una amenaza común. ¡Sea enhorabuena! Nosotros palpitaremos siempre de alegría con el espectáculo de nuestras hijas en el seno de la prosperidad, en la fuerza de su unión y en el progreso de su civilización.

*
* *

No son, por desgracia, tan apresurados como deseáramos estos adelantos; pero, ¿quién duda que por todas partes hacia ellos se camina, aunque inveterados defectos constitutivos originen obstáculos que los dificulten? No entraremos detalladamente en cada uno de los problemas económicos que á la

vez ocupan y preocupan á los Gobiernos de Chile, la Argentina y Colombia, que en estos momentos tienen sobre el tapete las grandes cuestiones de que depende la salud y el respiro de sus respectivos tesoros. Reconocemos que los tres Gobiernos luchan con dificultades inmensas para poner en equilibrio los gastos con los ingresos, para normalizar su crédito y para establecer la debida proporción entre la moneda circulante y los valores fiduciarios. La lucha es empeñadísima en cada uno de estos tres Estados, y las dificultades para resolver los respectivos conflictos financieros enormes; pero ningún país ha dejado de pasar por estas crisis y por estos trabajos, cuando en los horrores de una Hacienda descuadernada se ha tratado de introducir el orden y la economía. La más abundante en recursos propios es la Argentina, y es, sin embargo, donde el problema presenta faz más angustiosa. En Chile, lo bien organizado de la administración logra superar los compromisos del déficit y el desequilibrio de los cambios, y Colombia protesta contra toda clase de emisiones nuevas de papel moneda, pidiendo inspiraciones al orden y al acierto para vencer una situación insostenible. No desconfiamos de los resultados. «Querer es poder», y el pensamiento, estrechado por la angustia de las circunstancias, cada día tiene un rayo de inspiración que le descubre un nuevo horizonte. Chile, la Argentina y Colombia trabajan con fe para dominar los conflictos de sus haciendas, y, uniendo á la fe la constancia, lograrán, como Porfirio Díaz lo logró en Méjico, establecer el equilibrio y la armonía á que se prestan los grandes recursos nacionales de que disponen.

*
* *

Más penoso espectáculo ofrecen las sociedades perturbadas por el perpetuo anarquismo americano. En la progresiva Argentina las deficiencias de las administraciones locales engendran cada día un nuevo conflicto: primero el Estado de Bue-

nos Aires, después el de Cajamarca, y ahora se anuncia que el fuego de esta combustión se propaga por la del Rosario. Ya van dos Estados intervenidos por el voto de las Cámaras federales; pero por todas partes resuena la demanda de la necesidad de reformar, si es preciso, hasta el Código que se funda en el pacto federal.

En Colombia la propaganda separatista, tal vez atizada por intereses muy sospechosos, al cabo ha lanzado al campo de las armas á los rebeldes del departamento de Antioquía. La idea que produce esta rebelión consiste en la separación y consiguiente independencia de los territorios divididos por el límite natural del río Magdalena, de lo que resultaría la formación de dos Estados autónomos: el compuesto de los departamentos de Antioquía, Cauca, Tolima, Bolívar y Panamá, con los puertos de Tumaco, Buenaventura y Panamá, en el Pacífico, y Colón, Cartagena y el magnífico muelle de Puerto Colombia, en el mar de las Antillas, aparte de la zona que marca el futuro encuentro de los dos Océanos; y el Estado compuesto de los departamentos de Candinamarca, Boyacá, Santander y Magdalena. Si la revolución triunfara, esta desmembración se resolvería en la total ruina de las dos partes, como colectividades políticas independientes.

En el Perú el nuevo Gobierno del Sr. Romaña, tan bien recibido por la opinión sana del país y por la de los Estados limítrofes, no acaba de hacer desaparecer las montoneras que siembran la anarquía por una gran parte del país. El general Cáceres se ha retirado de la contienda armada dando un manifiesto al país; pero el diputado Durand sostiene vivo el fuego de la rebelión. También se ha dirigido al país con su manifiesto correspondiente, aspirando á realizar en el antiguo imperio de los Incas otra epopeya como la del agitador de los indios de Bolivia. Por ventura, ¿no ha logrado, después de aquellas tristes escenas, ser erigido supremo magistrado de su nación? Pero el Perú no tiene aquellos elementos salvajes con que hacer la guerra de la desolación y del miedo, y si se ha

de dar crédito á lo que el telégrafo dice, Durand, siempre perseguido de cerca por las fuerzas leales, sólo camina de derrota en derrota. La verdad es que aunque caminara de victoria en victoria, en el efecto repugnante que ya produce toda rebelión en sociedades tan necesitadas de unión, de paz, de reposo, siempre resultaría un héroe trágico de los que ya abomina hasta el teatro.

***

Muerto nuestro connacional Ibarrola por los indios del Chaco, ultrajado su cadáver, comido por los antropófagos, creíamos que ya no se volvería á hablar de él. No es así. En la Argentina ha habido quien ha organizado una expedición para ir en su busca. Esta expedición está llenando su cometido bajo la dirección de D. Carmelo Uriarte, y el ministro de España en Buenos Aires hace poco recibió un telegrama de Uriarte fechado en la Concepción del Paraguay, diciendo que las referencias dadas por los indios del Piliomayo, aunque dudosas, eran optimistas. ¿Tendremos el segundo Rey D. Sebastián? ¿Aparecerá un nuevo *Pastelero de Madrigal?*

Iob.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

terpretation sociale et morale des principes du développement mental.—*Etude de psycho-sociologie*, por James Mark Baldwin, trad. franc. de C. L. Duprat. 1 vol. 577 págs.—*Bibliotheque sociologique internationale*, Vol. XVIII. París, 1889. Giard y Brière.—Su precio 10 francos.

Es el autor de este importantísimo trabajo el gran psicólogo norteamericano Baldwin, á quien debe la ciencia otras obras del más alto interés, como, v. gr.; sus Manuales de psicología. La obra de que hoy voy á dar brevísima noticia, publicóse no hace mucho en inglés, y debe considerarse como la continuación de otra muy notable, muy estudiada por psicólogos, pedagogos y sociólogos, y que hace poco se publicaba en francés bajo el título de *El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza* (París, Alcan).

La *Interpretación social y moral de los principios del desenvolvimiento mental*, es, como dice el mismo autor, una obra de psico-sociología, ó bien pudiéramos decir, de psicología sociológica. M. Baldwin es un sociólogo preparado en los estudios psicológicos, que ha venido á la sociología, no de la biología y de la fisiología, ni siquiera de la etnografía y de la historia, sino de la psicología: por eso domina en él el sentido y orientación, que en el desenvolvimiento recientísimo de las ciencias sociológicas rectifica y destruye en gran parte la concepción biológica de la sociología, ese sentido ú orientación que también se advierte, por ejemplo, en M. Tarde, y en M. Giddings, es el psicológico, que llega en M. Baldwin probablemente á su más alta manifestación, puesto que para

él la sociología no es más que una amplificación de la psicología.

El mismo propósito capital del libro de M. Baldwin, revela el sentido psicológico de su concepción sociológica. «Mi objeto—dice—en el presente ensayo, es investigar en qué medida los principios del desenvolvimiento mental en el individuo son también los principios de la evolución social.» El autor considera que hay tres métodos más ó menos científicos, susceptibles de ser empleados para resolver los problemas complejísimos que la realización de su objeto entrañan. Y son: el método *antropológico* ó *histórico*, el sentido *sociológico* ó *estadístico* y el *genético,* el cual encuentra su aplicación en dos campos de investigación: el desenvolvimiento mental del individuo, cuyo estudio nos da luz sobre los elementos sociales y sobre los movimientos naturales, que hacen al hombre capaz de entrar con sus semejantes en una organización social, y las fuerzas biológicas y sus resultantes en la vida animal, juntos con los fenómenos psicológicos de esta misma vida, cuyo estudio nos da luz sobre los antecedentes de las fuerzas sociales y sobre las instituciones humanas. El autor adopta el método genético en sus investigaciones, y especialmente aquella forma de tal método, que estudia al individuo en los primeros momentos de su desenvolvimiento mental, para aclarar su naturaleza social y la organización social en la cual tiene una parte.

M. Baldwin desarrolla su obra estudiando primeramente la persona pública y privada, á partir de las manifestaciones más espontáneas de la imitación en la persona, pasando luego á considerar ésta en cuanto inventa, para determinar después sus funciones y las sanciones personales. En la segunda parte examina la sociedad, comenzando por considerar la persona en acción, para analizar á continuación la organización, é inferir, por último, las consecuencias prácticas y las reglas de conducta.

Adolfo Posada.

L' omicidio nel diritto penale, per G. B. Impallomeni.—Torino, Unione tipografico-editrice, 1899.—Un volumen de 582 páginas, 10 liras.

El autor de este libro, conocido muy ventajosamente entre los penalistas por otras varias publicaciones, y sobre todo por su comentario del Código penal italiano *(Il Codice penale italiano illustrato*, tres volúmenes, Florencia, 1890), pretende ofrecer al público el tratado más completo que hasta ahora se ha escrito acerca del homicidio.

Y lo que no puede dudarse es que recoge en un solo libro muchísima doctrina esparcida en escritores antiguos y modernos, en Códigos, etc., y que la presenta muy ordenada.

La obra se divide en cuatro capítulos, dedicados á estudiar: el primero, la TEORÍA GENERAL del homicidio, *causalidad* del homicidio (sección primera), el *sujeto pasivo* del homicidio (sección segunda), el *elemento moral* en el homicidio, el dolo y la culpa (sección tercera), el *concurso* real y formal en el homicidio (sección cuarta), la *complicidad correlativa* (sección quinta), y la *participación en una riña* seguida de homicidio ó de lesiones (sección sexta); el segundo, la HISTORIA del homicidio (desde los hebreos hasta los Códigos modernos); el tercero, los HOMICIDIOS CUALIFICADOS, ya por razón de la *persona* que los realiza ó sobre quien recaen (sección primera), ya por el *modo* como se ejecutan (sección segunda), ya por la *causa* ó motivo que los determina (sección tercera); el cuarto, las circunstancias que *excluyen* ó que *atenúan* la responsabilidad en el homicidio (enfermedad mental, alcoholismo, obediencia jerárquica, etc.)

Dada la multitud de elementos, doctrinales, históricos y legales, que el Sr. Impallomeni reune y ordena en su libro, es posible considerar á éste comc un tratado amplio y casi completo sobre la parte general del derecho penal; mucho de lo que el autor escribe acerca del homicidio es aplicable, en efecto, á todos los delitos en general, ó á todos los delitos de sangre y de violencia.

Y por otra parte, aunque tiene mucho de comentario de la

legislación italiana tocante al homicidio, á la cual se da, naturalmente, la preferencia sobre las otras (si bien hay frecuentes excursiones al campo de la legislación comparada), sin embargo, lo que de ella dice puede, *plus minusve*, por la analogía de circunstancias, ser aplicable á las demás que rigen en Europa y América.

La parte material y tipográfica del libro, bien cuidada.

P. Dorado.

Uma classificaçao dos phenomenos e das sciencias sociaes, por M. I. Abundio da Silva.—Coimbra, 1899.—Un folleto de 49 páginas.

En este opúsculo, el señor da Silva, con conocimiento de lo que trae entre manos, ofrece al lector una clasificación suya propia de los fenómenos y de las ciencias sociales, la justifica, y por fin da cuenta brevemente de otras clasificaciones de los referidos fenómenos y ciencias, entre ellas de las de Comte, Ferraris, Lilienfeld, Asturaro, Alberto Sales, Reńé Worms y De Greef.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Anales de la Sociedad española de Historia natural. *Serie II. Tomo séptimo.* En 4.°, 452-258 páginas, con grabados: 15 pesetas.

Berjón y Vázquez (A.)—Estudios críticos acerca de las obras de Santo Tomás de Aquino. En 8.°, 409 págs.: 5 pesetas.

Biblioteca Bascongada. *Tomo 39.* Territorios sometidos al Fuero de Vizcaya en lo civil. *Tomo II.* En 8.°, 288 págs.: 2 pesetas.

Bombín Martínez (S.)—Predicación parroquial rural. En 8.°, 2 tomos, 373-412 págs.: 7 pesetas.

Buisson (F.)—La educación popular de los adultos en Inglaterra; noticias sobre las principales instituciones por los miembros de sus comités, con un prefacio de F. Buisson, traducción y prólogo de Adolfo Posada, Profesor en la Universidad de Oviedo. En 4.°. 320 págs.: 6 pesetas.

Caballero (R.)—Diccionario de modismos (frases y metáforas): En 4.°, 1.198 págs.: 25 pesetas.

Calleja (S.)—Biblioteca de las escuelas. Tratados de las asignaturas de la primera enseñanza superior, publicados por Saturnino Calleja. *Tomo IX.* En 8.°, 190 páginas, con grabados: 1 peseta.

Campillo y Burgos.—Cuentos y sucedidos (prosa y verso). En 8.°, VII-312 págs.: 3,50 pesetas.

Censo de la población de España.—Resultados provisionales del Censo, según el empadronamiento hecho en la Península é Islas adyacentes, el 31 de Diciembre de 1897, por la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico. En 4.° may., XIV-431 páginas, tela: 8 pesetas.

Cervantes Saavedra (M. de).—El ingenioso hidalgo D. Quibote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Primera edición del texto restituído, con notas y una introducción por Jaime Fitzmaurice Kelly. C. Ormsby. *Segunda parte.* Edimburgo, Impreso por T. y A. Constable. 1899. En 4.°, XIII-556 páginas.

Commelerán (F. A.)—Gramática elemental de la lengua latina. En 8.°, 166 págs.: 2 pesetas.

Conrotte (M.)—Notas mejicanas (viajes). En 8.°, 392 págs.: 3 pesetas.

Critón.—Hágase Ejército; infantería, caballería, artillería; estudios tácticos al alcance de todos. En 8.°, 293 págs: 2 pesetas.

Cubas (M.)—Ida San Telmo. (La Cortesana Militar.) Historia anecdótica. En 12.°, 100 págs.: 1 peseta.

Fernández (S. J.)—Albores de la enseñanza. *Tomo VI.* En 8.°, 94 páginas: 50 céntimos.

Fernández Amador de los Ríos (J.) Los orígenes de la oratoria. En 8.°, 228 págs.: 3 pesetas.

Fernández Duro (C.)—Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón. *Tomo V.* En 4.°, 484 págs. y 12 láminas: 15 pesetas.

Giner de los Ríos (H.)—Manual de literatura antigua y moderna, nacional y extranjera. *Primera parte.* En 4.°, VII-412 págs.: 5 pesetas.

Giner de los Ríos (H.)—Resumen de Etica. En 8.°, 88 págs.

Gómez Carrillo (E.)—Tristes idilios. En 12.°, 190 págs.: 50 céntimos.

González (P. A.)—La inmoralidad del teatro moderno. En 8.° mayor, 230 págs.: 2,50 pesetas.

González Hernández (P.)—Conversaciones incoherentes. *Primera serie.* En 8.°, XIX-295 págs.: 4 pesetas.

Guerra Alvarez (J.)—El inglés sin maestro en 20 lecciones. En 4.°, XV-94 págs.: 3 pesetas.

Guixé (R.)—Apuntes de hacienda pública. En 4.°, 271 págs.: 8,50 pesetas.

Izquierdo y Alonso (S.)—Primer curso de castellano. En 4.°, 99 páginas: 2 pesetas.

Idem.—Primer curso de latín. En 4.°, 118 págs.: 2,50 pesetas.

Jordán de Urries y Azara (J.)—Biografía y estudio de Jáuregui. En 4.° mayor, VII-273 págs.: 4 pesetas.

Lecea y García (F. de).—El problema de la salud. En 4.°, 800 páginas: 10 pesetas.

López Ferreiro (A.)—Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela. *Tomo II.* En 4.°, 555 págs.: 7 pesetas.

Mélida y Alinari (A.)—Discurso leído ante la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Sr. Fernández Casanova. En 4.° mayor, 44 páginas.

Montenegro (A.)—El conflicto de las aguas de Madrid. En 8.°, 47 páginas: 1 peseta.

Muro (J.)—Nociones de historia. *Primer curso.* En 4.°, 104 páginas: 3 pesetas.

Orti y Lara (J. M.)—Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso académico de 1899 á 1900. En 4.° mayor.

Palma (L. de la).—Historia de la sagrada Pasión, sacada de los cuatro Evangelios. En 8.°, 556 páginas: 1,50 pesetas.

Paol y Jofresa (J.)—Estudios jurídicos y notariales. En 8.°, 221 páginas: 4 pesetas.

Parral y Cristobal (L.)—La educación social. En 8.° mayor, XVIII-209 págs.: 2 pesetas.

Pereyra de Armas (M.)—Un cuarto

á espadas. El Sr. Sánchez de León y su compañía. En 8.°, 43 págs.: 50 céntimos.

Pérez R. Mínguez (F.)—Revisión del Código civil. En 4.°, 54 páginas: 1 peseta,

Piquer (M.)—Alma parens de nuestra Administración Militar; estudio biográfico de la Academia de este Cuerpo, estado actual de dicho centro docente, y opinión acerca de su racional perfeccionamiento. En 4.°, v-208-III páginas: 6 pesetas.

Porreño (B.)—Historia del serenísimo Sr. D. Juan de Austria, hijo del invictísimo Emperador Carlos V. En 4.°, XVI-596 páginas: 30 pesetas.

Romero Girón (V.) y García Moreno (A.)—Complemento de las instituciones políticas y jurídicas de los pueblos modernos. *Apéndice IX.* En 4.° mayor, 723 páginas: 16 pesetas.

Sáiz y Sánchez (J.)—Nociones de Geografía. En 8.°, 63 págs.: 30 céntimos.

Idem, y Sánchez Morate y Martínez (J. F.)—Breves nociones de pedagogía. En 8.°, 126 páginas: 2,50 pesetas.

Sánchez y Hernández (A.)—Las Vesanias primitivas. En 4.°, 357 páginas: 4 pesetas.

Sánchez-Morate y Martínez (J. F.)—Breves nociones de Física, Química é Historia Natural. En 8.° mayor, 135 págs.: 2,50 pesetas.

Santamaría (V.)—La responsabilidad notarial. *Tomo I.* Parte orgánica del notariado. En 4.°, 308 págs.: 5 pesetas.

Suárez Somonte (I.)—Primer curso de aritmética. En 8.°, 151 págs.: 3 pesetas.

Torroja (E.)—Tratado de geometría de la posición, y sus aplicaciones á la geometría de la medida. *Cuaderno 4.°* En 4.° mayor, páginas 497 y 813 final: 3 pesetas.

Uhagón (F. R. de .—Indice de los documentos de la Orden Militar de Calatrava, existentes en el Archivo Histórico Nacional. En 4.°, 167 págs.

Verdes Montenegro (J.)—La peste bubónica, su desarrollo, síntomas y medios de combatirla según los últimos progresos científicos, con inclusión de los realizados en Oporto. En 8.°, 109 págs.: 2 pesetas.

Villa y Pajares (E. de la).—Viaje histórico-descriptivo á Tierra Santa de la primera peregrinación española. En 8.° XIX-210 páginas: 1,25 pesetas.

Zavala (J. M.)—Observaciones sobre las aguas minerales de Cestona. En 4.°, 103 págs.: 1 peseta.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1899.

Altamira (Rafael).—*Los discursos de Fichte á la nación alemana.* Abril, pág. 35.—*Psicología del pueblo español.* Marzo, pág. 5.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Alcalá de Henares durante la guerra de la Independencia.* Setiembre, pág. 37.

Anónimo.—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 190; Febrero, pág. 205; Julio, pág. 202; Septiembre, pág. 194.=*Obras nuevas:* Enero, pág. 205; Febrero, pág. 206; Marzo, pág. 205; Abril, pág. 204; Mayo, pág. 206; Junio, pág. 204; Julio, pág. 205; Setiembre, pág. 199; Octubre, página 203; Noviembre. pág. 200; Diciembre, pág. 198.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 136; Febrero, página 168; Abril, pág. 156; Mayo, pág. 129; Junio, pág. 133; Julio, página 162; Agosto, pág. 132; Setiembre, pág. 175; Octubre, pág. 161; Noviembre, pág. 160; Diciembre, pág. 138.

Arnold (Mateo).—*Un drama de la Pasión en Persia.* Noviembre, página 50.

Asensio (José María).—*La patria de D. Juan de Jáuregui.* Agosto, página 73.

Barnett (P. A.)—*Las Bibliotecas gratuítas.* Agosto, pág. 56.

Barnett (Samuel A.)—*Las colonias universitarias.* Abril, pág. 76.

Bénard (F. G.)—*La Institución Birkbeck.* Febrero, pág. 69.

Bénard (W.)—*Ejemplos de Instituciones politécnicas inglesas.* Junio, pág. 65.—*Un pequeño centro local de educación técnica.* Junio, página 65.

Bernaldo de Quirós (Constancio).— *Notas bibliográficas,* Junio, página 197.

Buisson (F.)—*La educación popular de los adultos.* Enero, pág. 67.

Buylla (Adolfo).—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 200; Mayo, página 199.

Byrne (Bonifacio B.)—*La oración del niño.* Octubre, pág. 108.

Cabrera (Manuel).—*El himno del martillo.* Julio, pág. 67.

Consejero de instruccion pública (Un). — *Las reformas de segunda enseñanza.* Julio, pág. 72.

Chevalley (A.)—*La educación de los adultos en Inglaterra.* Enero, página 70.

Chocano (José S.)—*El fin de Satán.* Mayo, pág. 123.

Darío (Ruben).—*Retratos.* Noviembre, pág. 81.— *Leda.* Noviembre, página 82.

Dorado (P.)—*El Discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 94. — *Notas bibliográficas:*

Enero, pág. 188; Marzo, pág. 204; Abril, págs. 197, 200 y 202; Mayo, págs. 198, 202 y 205; Junio, pág. 199; Agosto, págs. 191, 194, 197 y 199; Octubre, pág. 199; Noviembre, págs. 193 y 197; Diciembre, páginas 200 y 201.

Fichte (Juan T.) — *Discursos á la Nación Alemana.* Abril, pág. 41; Mayo, pág. 96; Junio, pág. 100; Agosto, pág. 81; Septiembre, página 129; Octubre, pág. 110; Noviembre, pág. 117.

Field (W. G.)—*La Colonia de University Hall.* Mayo, pág. 77.

Flower (J. Edward).—*Las escuelas de noche y la Asociación de las escuelas recreativas nocturnas.* Febrero, pág. 47.

Gómez de Baquero (E.)—*Crónica literaria.* Enero, pág. 171; Febrero, página 134; Marzo, pág. 168; Abril, pág. 188; Mayo, pág. 188; Junio, página 185; Julio, pág. 110; Agosto, pág. 120; Setiembre, pág. 146; Octubre, pág. 127; Noviembre, pág. 132; Diciembre, pág. 128.

Hamilton (Guillermo Gerardo).—*Lógica parlamentaria.* Enero, página 193.

Hancok Nunn (Tomás). —*La colonia universitaria de Whitechapel.* Abril, pág. 56.

Ignotus.—*De la guerra: Las causas del desastre.* Enero, pág. 26; Febrero, pág. 110; Marzo, pág. 123; Abril, pág. 108. *Notas bibliográficas.* Octubre, pág. 201.

Iob.—*Revista Hispanoamericana.* Enero, pág. 110; Febrero, pág. 148; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 129; Mayo, pág. 164; Junio, pág. 157; Julio, pág. 185; Agosto, pág. 171; Setiembre, pág. 156; Octubre, página, 137; Noviembre, pág. 141; Diciembre, pág. 179.

Kenward (Isabel M. M.)—*Asociación por correspondencia para las jóvenes.* Setiembre, pág. 113.

Korolenko (Uladimiro).—*La víspera de Pascua.* Abril, pág. 5.

Lampérez y Romea (Vicente). *Santa Cruz de la Serós;* observaciones sobre un monumento arquitectónico casi desconocido. Octubre, página 92.

Martínez Luján (Domingo).—*El prisionero del Diablo.* Agosto, pág. 64.

Mélida (José Ramón).—*Ávila. Iglesias ojivales.* Enero, pág. 46.

Monchet (Gastón).—*Las Sociedades de lectura y las Bibliotecas populares en Inglaterra.* Agosto, pág. 39.

Ortega (Eduardo).—*Luciérnagas.* Julio, pág. 70.

Osma y Arenas (José I. de).—*Estudio histórico-crítico sobre la fábula del Piloto Alonso Sánchez.* Diciembre, pág. 45.

Pardo Bazán (Emilia).—*El niño de Guzmán,* novela. Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 146. *La literatura moderna en Francia.* Diciembre, pág. 96.

Patón (C. M.).—*Casas nocturnas para las jóvenes inglesas.* Setiembre, pág. 104.

Patòn (J. B.)—*La Educación social del obrero.* Julio, pág. 40.

Pérez de Guzmán (Juan).—*Bajo los Austrias. De la criminalidad en Castilla, cabeza de España, y del estado de las costumbres sociales en Madrid, su Corte, durante el reinado de Felipe II.* Febrero, página 85; Abril, pág. 14; Junio, pág. 78; Agosto, pág. 95; Setiembre, página 83. *Castelar:* Julio, pág. 137.—*La evolución de la Historia.* Octubre, pág. 73.—*El progreso intelectual de la América Española.* Diciembre, pág. 75.

Pérez Merino (Nicolás).—*Los canales del itsmo centroamericano.* Marzo, página 60.

Peza (Juan de Dios).—*En la lid.* Julio, pág. 69.

Posada (Adolfo).—*Cómo se puede reformar la Constitución de 1876.* Noviembre, pág. 84.—*La educación popular de los adultos.* Enero, pági-

na 61.—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 187; Febrero, pág. 204; Marzo, pág. 202; Abril, págs. 199 y 201; Mayo, pág. 203; Junio, págs. 198 y 202; Agosto, págs. 190, 192, 196, 198, 200, 201 y 202; Setiembre, páginas 195, 196 y 197. Octubre, pág. 200. Noviembre, págs. 192 y 199; Diciembre, pág. 198.

PRASINIANUS.—*La educación de los adultos en Inglaterra. El salón del pueblo*. Julio, pág. 48.

RÍOS DE LAMPÉREZ (Blanca de los).—*¿Estudió Cervantes en Salamanca?* Abril, pág. 93; Mayo, pág. 44.

ROMERO (Paulo Emilio).—*¡Madre!* Octubre, pág. 106.

ROSSEL (Juan C.)—*El nido*. Octubre, pág. 109.

ROSSIGNOL (M.)—*La Colonia Universitaria de «Hull House» en Chicago*. Setiembre, pág. 120.

RUSSELL (J.)—*La Colonia de «University Hall.»* Mayo, pág. 86.

SADLER (Michael E.)—*La extensión de las Universidades en Inglaterra*. Marzo, pág. 85.

SALILLAS (Rafael).—*La parentela de Velázquez*. Julio, pág. 123.

SCOTT LIDGETT (J.) — *La colonia Universitaria de Bermondsey*. Mayo, pág. 71.

STEELE (James W.)—*El cubano*. Enero, pág. 103.

TURGUENEFF (Ivan) *Tierras vírgenes* (novela).—Mayo, pág. 5; Junio, página 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Septiembre, pág. 5; Octubre, página 5; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 5.

VALENCIA (Guillermo).—*Los Camellos*. Junio, pág. 130. *En el Circo*. Setiembre, pág. 77.

WAKELY (Carlos).—*La educación de los adultos en Inglaterra.—La lucha contra el alcoholismo*. Julio, pág. 56.

WELLS (Sydney).—*La Institución politécnica de Battersea*. Junio, página 47.

INDICE

Págs.

Tierras vírgenes (novela) conclusión, por Ivan Turgueneff..... 5

Estudio histórico-crítico sobre la fábula del Piloto Alonso Sánchez, por José I. de Osma y Arenas..... 45

El progreso intelectual de la América española, por Juan Pérez de Guzmán..... 75

La Literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán..... 96

Poetas americanos: En el teatro. — En el baile, por Rodolfo Figueroa..... 124

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 128

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 138

Revista Hispanoamericana, por Iob..... 179

Notas bibliográficas, por A. Posada y P. Dorado..... 198

Obras nuevas..... 202

Índice por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en La España Moderna *durante el año 1899*..... 205

AP 60 E8 año 11 no.130-32 La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY